Jacques Heers

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA



El propósito del libro de Jacques Heers, profesor de la Universidad de París, es el de proseguir en la línea rigurosa de perspectiva histórica que el ya famoso manual de Historia Antigua, de Petit había iniciado.

Como obra de referencia básica, que permita orientarse por el entramado medieval, las páginas de Heers conjugan la puntualidad informativa imprescindible y el nervio expresivo característico de una experiencia de enseñante que sabe plantear las cuestiones de verdadera proyección sobre la historia entendida como proceso. Se satisfacen así los intereses del estudiante, pero también se enriquece y amplía el gusto por la historia, signo característico del lector contemporáneo.

La vastedad de los programas universitarios, y la necesaria tendencia a la especialización sobre épocas o problemas determinados, obliga precisamente a la frecuente consulta de una obra del carácter que presentamos. Este libro es el plano metódico que permite distinguir, en su perspectiva justa, los accidentes del terreno.

Dentro de las limitaciones cronológicas establecidas, se estudian las cristiandades griega y latina y sus respectivas expansiones. Tanto sus interferencias recíprocas como la proyección oriental y africana de la cultura árabe (y la expansión occidental de las cruzadas que crea en el cercano oriente un eje de tensión de tres culturas), iluminan y perfilan el juego de intereses en pugna.

Las indicaciones bibliográficas cumplen la función de mencionar los textos inevitables o complementarios para una mejor visión del panorama que tan ejemplarmente considera el profesor Heers.

epublibre

Jacques Heers

HISTORIA DE LA EDAD MEDIA

ePub r1.0
Titivillus 13.10.2022

Título original: *Précis d'histoire du Moyen Âge*
Jacques Heers, 1968
Traducción: Eulalia Bosch José

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1







Índice de contenido

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Este libro es la continuación de la Historia de la Antigüedad *de Paul Petit.*

Al escribirlo, he pensado especialmente en los estudiantes de primeros cursos de nuestras facultades, que deben enfrentarse no sólo a los amplios programas que les proponemos sino incluso al estudio de materias complementarias que si bien no son obligatorias resultan siempre necesarias. Los límites cronológicos que se establecen, tal vez menos despreciables que otros, son los tradicionales en la enseñanza e investigación de la Historia Medieval tanto en Francia como en el extranjero. Respecto a los límites geográficos, no hay duda de que habría sido necesario superar las fronteras demasiado estrechas de Occidente y tratar el desarrollo de los pueblos lejanos de Asia, África e incluso de América. Sin embargo, en la actualidad estos análisis sólo aparecen en nuestros programas de forma excepcional; es por ello que me he limitado a las dos fracciones de la Cristiandad, la latina y la griega, y a los países musulmanes. La expansión occidental permite estudiar las Cruzadas y con ello los puntos de contacto entre las civilizaciones de los tres mundos. A su vez, la expansión musulmana ofrece la posibilidad de exponer las relaciones con los pueblos asiáticos más lejanos y con el África negra, tema éste que lamento no poder tratar más que desde este punto de vista.

La bibliografía es necesariamente reducida. Al margen de las grandes colecciones ya suficientemente divulgadas, he indicado, para cada uno de los capítulos, las publicaciones más recientes (libros o artículos) de las que

me he servido y que modifican o enriquecen nuestros conocimientos tradicionales. No he creído conveniente citar las obras de erudición ni las tesis doctorales, pero he señalado, en el mismo texto, el agradecimiento que debo a los autores mencionados, conocidos ya por los lectores más preparados.

PRIMERA PARTE

EL MUNDO CRISTIANO OCCIDENTAL Y EL MUNDO ESLAVO

Capítulo primero

Migraciones y reinos bárbaros en Occidente
(400-720 aprox.)

Mapas: I, frente a pág. 32 y II, frente a pág. 48.

MIGRACIONES E INVASIONES

A lo largo del siglo V, separadas ya de Oriente, las provincias occidentales del Imperio romano, menos ricas, peor gobernadas, debilitadas por conflictos sociales y dificultades económicas, abandonadas a sus propios recursos y defensas, sufren los repetidos asaltos de los bárbaros procedentes del Este y del Norte. El continuo enfrentamiento, dramático a veces, entre los pueblos romanos y los nuevos invasores provoca lo que algunos autores llamaban *la caída del Imperio romano*. En realidad, más que una caída parece un largo período de adaptación a un nuevo equilibrio étnico, a nuevas estructuras políticas y sociales. Querer fechar con precisión el fin del Imperio romano y el inicio de la *Edad Media* responde, sin duda alguna, a un intento de vulgarización o de facilidad pedagógica demasiado superficial: además, es con-

ceder una importancia excesiva a un falso problema y sumirse en discusiones interminables, con frecuencia inútiles.

Por otra parte, no hay que olvidar que estas transformaciones sólo conciernen a Occidente: el Imperio romano oriental se mantiene incólume. Constantinopla sigue siendo la capital de un mundo romano, bilingüe durante largo tiempo, sólidamente vinculado a todas las tradiciones, a la administración de la justicia y a las jerarquías de antaño. Este Imperio *bizantino* emprende una rápida reconquista de las orillas del mar Tirreno, posteriormente resiste todos los ataques de los nuevos bárbaros de Asia, de los persas y más tarde de los árabes. No sucumbe bajo la presión de los turcos hasta 1453.

Es decir, a pesar de que las *invasiones bárbaras* de esta época han desempeñado un papel determinante en la evolución del mundo occidental y la desmembración del Imperio, de hecho no constituyen más que un episodio importante, especialmente destacado, de una larga serie de asaltos e infiltraciones de distinto alcance que desde antiguo amenazaban las fronteras del Imperio y habían sido contenidos por los *limes*; a partir del siglo III, estas amenazas se intensifican y no empezarán a perder virulencia hasta mucho más adelante, al ser vencidos por la encarnizada resistencia de los nuevos reinos e imperios. Toda la historia de Europa está fuertemente marcada por los ataques de pueblos hostiles que, constantemente, reaparecen por las mismas vías. Después de una breve tregua, en tiempo de los primeros carolingios, los escandinavos toman de nuevo, en el siglo IX, las rutas seguidas en los últimos cuatrocientos años por los conquistadores sajones y por los piratas frisios que se dirigían a Inglaterra, a las costas francesas del mar del Norte y del canal de la Mancha. Simultáneamente, en el sur, los musulmanes, como antes los vándalos de Genserico, ocupan el Mediterráneo occidental, las islas y las tierras del trigo. Al este, a pesar de las duras contraofensivas de la cristiandad, las invasiones se suceden casi sin interrupción a lo largo de nuestra Edad Media; a los germanos les suceden en primer lugar los eslavos y los húngaros y, más tarde, todos los pueblos turcos procedentes del Asia central: búlgaros, pechenegos, cumanos y especialmente los mongoles de Gengis Kan hacia 1250, y de Tamerlán en 1404.

Estas incursiones hacia Occidente no son más que un aspecto, el menor sin duda, de las grandes migraciones de jinetes nómadas del Asia central que, en este mismo período, atacan sin tregua al Imperio chino y llegan a imponerle la dinastía mongol de los Yuan desde 1260 a 1368. Así pues, podemos establecer un cierto paralelo entre las dificultades del Imperio romano de Constantinopla o de los reinos cristianos de Occidente y las del mundo chino, entre los *limes* y posteriormente la defensa más

flexible de las ciudades y castillos en Europa y la muralla china. En cierta medida, esas grandes migraciones de pueblos, nómadas en su mayoría, procedentes de las estepas de Europa oriental o de Asia, dirigen el destino del mundo sedentario de Occidente y el de los pueblos del extremo oriental de Asia.

Orígenes de las migraciones

A falta de una información precisa, resulta imposible determinar con claridad las causas de las migraciones: esos pueblos bárbaros están todavía poco estudiados y la interpretación histórica es arriesgada y difícil. En cualquier caso, las migraciones no pueden atribuirse exclusivamente ni a una degradación climática que habría ahuyentado a los pastores de las altas planicies hacia tierras mejores, ni a una expansión demográfica suficientemente dramática, ni tan sólo a unas determinadas estructuras sociales que habrían provocado una emigración de numerosos miembros del clan en busca de mejor suerte. Lo único que resulta evidente es que la extrema movilidad de esos nómadas —ganaderos de las estepas, agricultores establecidos en las artigas de los bosques de Germania o piratas marinos— favorecía las empresas arriesgadas y lejanas. Por otra parte, esta movilidad marcará, durante toda la Edad Media e incluso por más tiempo, nuestros pueblos de Occidente, surgidos de esta mezcolanza étnica.

Para los romanos, los bárbaros son, ante todo, soldados. Con frecuencia se ha atribuido el éxito de las invasiones a una indiscutible superioridad militar: caballería más ligera y rápida, gran habilidad en el entonces difícil arte de forjar armas. En efecto, parece que estos bárbaros combatían de forma muy distinta a la de los romanos: son prueba de ello los arcos de los jinetes hunos que montaban rápidas caballerías, las largas espadas y lanzas de los jinetes vándalos o alamanes o las espadas más cortas de la infantería franca. El mobiliario funerario encontrado en las tumbas de los poblados militares sólo da indicaciones precisas en el caso del armamento de los francos, y aun éste es considerablemente posterior a las primeras invasiones. Las armas encontradas son

todas ellas de carácter ofensivo: el hacha de un solo filo —la famosa *francisque*— que se arrojaba al enemigo desde lejos, la espada larga de doble filo, la espada corta, o *scramasax*, de un solo filo. Estos distintos tipos de espadas dan testimonio de una tremenda habilidad en el arte de alear metales, templar el acero y soldar las piezas perfectamente ensambladas. Estas armas elaboradas con un esmero extraordinario, cuyas vainas y empuñaduras se hallan frecuentemente adornadas con dibujos damasquinados con oro o plata y piedras preciosas, adquieren un valor simbólico. Son la fortuna y el orgullo del guerrero. Mucho más tarde, los cantares de gesta y el ritual caballeresco se refieren todavía al amor del hombre libre por su espada. Estos tipos de espadas superan en mucho a las de los romanos: sobre el cuerpo hecho de una plancha fina de varias hojas (hasta 8 o 10 a veces) de hierro suave y de aceros muy elásticos y sólidos, los artesanos germanos adherían y soldaban los filos de aceros templados y cimentados, extraduros, tan cortantes y resistentes como los aceros especiales de hoy en día (E. Salin).

A pesar de todo, son raras las grandes batallas o combates decisivos que hayan merecido la atención de los cronistas, tales como la victoria de los godos en Adrianópolis contra las tropas de Valente el 9 de agosto de 378, o la desastrosa brecha abierta en los *limes* del Rin el 31 de diciembre de 406 por los vándalos y sus aliados, o aun las brutales conquistas de España por los mismos vándalos (409) y de Auvernia por los visigodos.

Sin embargo, es más frecuente que los bárbaros se introduzcan en el Imperio, sin enfrentamientos, en virtud de acuerdos de todo tipo que les abrían pacíficamente los *limes*: se trataba de infiltraciones lentas e inadvertidas más que de invasiones. Hacía siglos que Roma reclutaba mercenarios bárbaros de caballería e infantería para sus cuerpos auxiliares: éste es el caso, por ejemplo, de los *riparioli* que defendían las orillas del Ródano y del Rin. A algunos de sus jefes se les confiaban incluso cargos militares y se les encargaba rechazar los ataques de nuevos bárbaros, extranjeros aún, pero impacientes por servir… o saquear el Imperio. Para defender y repoblar los medios rurales, Roma instalaba en las fronteras, e incluso a veces en zonas del interior, colonias de guerreros germanos, algunos de ellos antiguos prisioneros, sometidos a una estricta disciplina militar y totalmente aislados de las poblaciones romanizadas. El recuerdo de estos *laeti* —laetes — se mantiene durante largo tiempo en ciertos topónimos (Ale-

mania, a causa de los alamanes, por ejemplo). La ambición de los bárbaros era arrancar de los romanos la *hospitalidad* que les aseguraba tierras a cambio de servicios militares y de respetar la legislación del Imperio. De esta forma, tribus, poblados o pueblos enteros obtenían un *feudo*, esto es, un tratado que precisaba las condiciones de asentamiento de los confederados en tierras abandonadas o en dominios de los grandes propietarios romanos. Estos acuerdos, que revitalizaban ciertas tradiciones propias del asentamiento de los soldados del ejército imperial en campaña, atribuían a cada familia bárbara una parte —*sors*— de las tierras *de huésped* (el tercio o los dos tercios según los casos), mientras que los bosques y pastos permanecían a menudo indivisos. Estos guerreros confederados fueron repetidas veces los fieles aliados de Roma, dispuestos a defender sus fronteras.

Los pueblos bárbaros

Los griegos, como más tarde los romanos, llamaban *bárbaros* a todos los pueblos claramente extranjeros, es decir, ajenos a su civilización, sus modos de vida, sus estructuras económicas y sociales, su cultura e incluso su lengua. De hecho, a lo largo del Imperio, se consideró bárbaro al hombre de las estepas o de los bosques, nómada aún en los pueblos de agricultores y, en todo caso, incapaz de asimilar la civilización grecorromana, esencialmente urbana. El término resulta especialmente útil para ocultar una casi total ignorancia de los pueblos establecidos más allá de los *limes*. Todavía hoy la historia de los bárbaros es poco conocida. Incluso los nombres mismos son a veces inciertos: con frecuencia, esos pueblos formaban amplias confederaciones, inestables, compuestas por tribus de orígenes muy diversos que adop-

taban el nombre del pueblo vencedor, del que se consideraban miembros, y lo abandonaban más tarde al variar la suerte de las armas.

Sin embargo, podemos distinguir entre:

— Los pueblos iranios de raza blanca que, procedentes de las altas mesetas de Turquestán y Jorasán, en Asia central, se establecieron en las estepas próximas al mar Negro; eran los escitas, sármatas y, especialmente, los alanos que formaron allí un gran imperio.

— Los asiáticos, nómadas de raza amarilla, que podemos calificar de turcos y, posteriormente, los hunos y los ávaros.

— Los germanos, el grupo étnico más numeroso, muy heterogéneo en su composición, originario, sin duda, de las provincias meridionales de Escandinavia y cuyas primeras migraciones se remontan al segundo milenio antes de nuestra era. Contenidos durante largo tiempo por los celtas, los germanos continuaron su expansión hacia el sur y encontraron entonces la resistencia de los romanos. A principios del siglo IV, los germanos, establecidos fuera del *limes* romano, formaban, en toda Europa, poderosas confederaciones que recibían distintos nombres, sin duda en función de las diferencias étnicas que presentaban, de las distintas lenguas en uso, cada vez más diversificadas; de sus modos de vida y, particularmente, de sus actividades: los godos de las estepas, pastores nómadas; los germanos de los bosques de la Europa central, los sajones y los frisios de las riberas nórdicas, pastores de bueyes, marinos y piratas.

Las invasiones germánicas

En el año 375, los hunos, procedentes de Asia, destruyeron el Imperio alano establecido en las orillas del mar Caspio, rechazaron los ataques de todos sus enemigos en su camino hacia el oeste y fundaron, alrededor de los años 400-410, un extenso Estado nómada, en Europa central, de fronteras inciertas y dirigido por un rey todopoderoso y hereditario. Estaba rodeado por una casta de nobles y administradores de palacio. En el año 434, el rey Atila dirigió sus ejército contra los *limes* de Oriente y los pueblos de los Balcanes, y más tarde, en 451, asoló el norte de la Galia; sin

embargo, detenido por las murallas de Orleans, vencido en los *Campos cataláunicos*, Champaña, por los romanos y sus aliados bárbaros, se retiró dirigiéndose al año siguiente contra Italia, tomando y saqueando todas las ciudades de la llanura del Po. Su muerte, en 453, anunció la desmembración del Imperio huno, tan temido por los romanos. Las posteriores empresas, brutales y devastadoras, de los restantes nómadas asiáticos resultaron marginales o sin posibilidades de continuidad. En el siglo VI, los ávaros se enfrentaron a los defensores del Danubio, instalándose en las llanuras de Panonia, pero su expansión hacia Occidente fue duramente impedida por los francos.

De hecho, la historia de las invasiones bárbaras es ante todo, para el Occidente cristiano, la de las migraciones germánicas.

En tierra, esas migraciones afectan en principio a las provincias orientales del Imperio: la «primera ola» germánica (L. Musset) es la de los godos que ocupan Iliria. Los visigodos (godos del oeste), poco integrados en el Imperio, encargados de restablecer el orden, de destruir o de diezmar a los bárbaros más belicosos, obtuvieron un *feudo* en 418 y un amplio reino que abarcaba Aquitania y España. Los ostrogodos (godos del este) establecidos ya por un primer *feudo* (455) en las llanuras del curso medio del Danubio, amenazaban constantemente los Balcanes, acosando incluso a Constantinopla y, desviados hacia el oeste por el emperador bizantino Zenón, se apoderaron de Italia (489-493) al mando de su rey Teodorico. En la misma época, otros pueblos bárbaros habían atacado directamente el *limes* occidental. Los vándalos franquearon en 406 la frontera del Rin por la fuerza y tres años más tarde entraron en España, de donde huyeron a África perseguidos y derrotados por los visigodos (429); allí, a pesar de la asignación de un *feudo*, se apoderaron de las mejores provincias romanas. Los burgundios, que fueron siempre aliados del Imperio, se establecieron en primer lugar en la cuenca del Rin (*feudo* que data del 413), y más tarde formaron un po-

deroso reino que, vertebrado en torno a sus dos capitales, Lyon y Ginebra, reunió las tierras del Saona y el Ródano hasta el Durance. En las fronteras, ya debilitadas, de las provincias más occidentales fue tomando consistencia el sorprendente hado político de los francos, pueblo desconocido durante mucho tiempo, o, mejor dicho, confederación de pueblos más o menos autónomos, que nunca intentaron atacar directamente a los *limes* sino que fueron infiltrándose lentamente; eran soldados del ejército imperial en la Galia, colonos militares establecidos desde antiguo en Bélgica y en las orillas del Rin (el primer *feudo* data del 290), que luego pasaron a ocupar las tierras abandonadas por las defensas romanas. Más tarde, otros pueblos francos que habían permanecido en Germania aprovecharon la brecha abierta por los vándalos en el año 406 y se instalaron como conquistadores en los valles del curso medio del Rin y del Mosela, ocupando las fortalezas y devastando las ciudades todavía prósperas.

Nacido hacia 465, Clodoveo pasó a ser, alrededor de 481, jefe de los francos salios de la región de Tournai y, lentamente, conquistó o agrupó en un amplio reino todas las provincias de la Galia del norte.

Una segunda ola de invasiones terrestres afectó de nuevo, años más tarde, a Italia recuperada por la reconquista bizantina (536-552). En 568, los lombardos, germanos establecidos en Panonia (feudo de 540), abandonaron sus tierras presionados por las amenazas de los ávaros y, al frente de un ejército, numeroso pero desigual ya que comprendía todo tipo de tribus germánicas y asiáticas, forzaron los *limes* de Friul. La conquista, fácil al principio, chocó con la encarnizada resistencia de los bizantinos que fortificaron los puertos, las costas y establecieron nuevos *limes* en los Apeninos. De esta forma, los bizantinos no perdieron Génova hasta el 640 y conservarían Ravena hasta 751. Sin embargo, al cabo de un tiempo, los lombardos habían creado un sólido Estado cuyo eje central era la llanura del Po, en torno a Milán, Verona y Pavía; esta última fue tomada en 572 y se transformó en capital a partir de 626.

Entre tanto, las migraciones marítimas de los germanos del norte, no menos espectaculares que las terrestres, alteraron por completo el mapa étnico y político del noroeste de Europa. Desde los inicios del siglo IV, los piratas sajones que utilizaban todavía esquifes muy precarios para sus incursiones, atacaron la tota-

lidad de las costas del mar del Norte, del canal de la Mancha y del océano Atlántico hasta los estuarios de Galicia. De ahí la construcción de fortificaciones costeras, formando el *litus sexonicum*, sólido y coherente, a lo largo de todo el litoral oriental de Bretaña (la actual Gran Bretaña). A estas audaces incursiones, con frecuencia devastadoras, les sucedieron diversos intentos de repoblación, muy indecisos en el continente (en la región de Boulogne y en la cuenca normanda), pero de mayor importancia en Bretaña; aquí, los sajones, unidos a otros pueblos marítimos del norte, frisones, yutos y anglos, no encontraron más que un país abandonado por Roma y Ravena y debilitado por las luchas entre los pequeños reyes celtas. Las tribus conquistadoras, provenientes de la baja Sajonia y de Jutlandia, se establecieron, en primer lugar, en los estuarios del Hamber y del Támesis, en las marismas de Wash y en las costas de Kent. Desde estas cabezas de puente, fueron avanzando hacia el interior, al mismo tiempo que se unían las diversas tribus (a partir de los años 500-520 aproximadamente), que, de forma incierta, formaron varios reinos mal delimitados: Northumbría, Bernicia, Mercia, Wessex y Sussex.

Las rebeliones indígenas

Sin embargo, esas grandes migraciones germánicas provocaron graves trastornos en el interior mismo del Imperio. Especialmente en África, destruyeron por completo las defensas de las ciudades contra las tribus nómadas y, por todas partes, Galia, España, Bretaña, provocaron las rebeliones de los pueblos indígenas todavía poco sumisos y poco asimilados a la cultura urbana de los romanos. Esta es la causa de un resurgimiento vivo y com-

plejo de las tradiciones autóctonas y del folklore esencial, muy sensible a la evolución de los géneros de vida, cultos religiosos y formas de expresión artística (fundamentalmente motivos ornamentales); este resurgimiento marcó al mismo tiempo toda la vida política del momento. Además, a las oposiciones étnicas se sumaron los conflictos sociales que agravaron los problemas económicos y la miseria campesina. Entre los años 400-450, el Imperio en su totalidad se vio profundamente amenazado por las rebeliones agrarias: *bagaudes* de la Galia y la Tarraconense, bandas de *rustid* del noroeste de España, *circoncellions* de África.

Otro resurgimiento brutal, con frecuencia catastrófico, fue el del bandidaje en tierra y de la piratería en el mar, que arruinaron, por todas partes, la seguridad y las comunicaciones, aislaron provincias enteras y acentuaron los particularismos regionales, confundidos antes en el seno del Imperio.

Por otra parte, las migraciones germánicas atrajeron a todas las fuerzas del Imperio hacia los frentes del norte y del este, debilitando las defensas contra los bárbaros del oeste en las restantes zonas. Así, por ejemplo, en África, la provincia de Mauritania, abandonada por Roma desde 450 aproximadamente, pasó a manos de las tribus bereberes insumisas. Lo mismo ocurrió en Bretaña, donde los países celtas, ocupados en otro tiempo por los romanos, resistieron los asaltos de los bárbaros del norte —los pictos de Escocia— y del oeste —los escotos de Irlanda—. En la costa oeste los escotos lograron entonces grandes éxitos que corresponden exactamente, en la misma época, a los de los sajones en la costa este: primero, incursiones de piratas, y más tarde, asentamiento en el País de Gales, Devon, Cornualles y colonización de Escocia.

En resumen, todas las invasiones bárbaras procedentes del este o del oeste provocaron, en contrapartida, importantes migraciones humanas hacia el interior del Imperio, muchas de las cuales, ciertamente, solamente dejaron rastros inciertos. Sólo conocemos bastante bien la más importante de ellas: la de los celtas o bretones de Bretaña que, huyendo de sus propias islas cedidas por Roma a los bárbaros, atravesaron el canal de la Mancha para establecerse en el sur, en Armórica, la Bretaña actual, y también en las costas de Galicia. Este largo exilio (entre 450 y 600 apro-

ximadamente) introdujo en Armórica estructuras económicas y sociales y, en especial, tradiciones religiosas muy peculiares, al mismo tiempo que propagaba una lengua nueva. Este particularismo étnico explica la resistencia de esta nueva Bretaña a la expansión de los francos que, sometidos a sus rudos asaltos, tuvieron que contentarse con mantener una zona fronteriza de difícil defensa.

LOS PRIMEROS REINOS BÁRBAROS DE LA EUROPA MEDITERRÁNEA

Los vándalos en África

Surgido de la conquista militar, el reino vándalo fue en África un Estado guerrero que se sustentó en un sólido ejército repartido por todo el país en grupos formados por un millar de hombres. Al mismo tiempo, ese Estado comportó una estricta segregación entre los vencedores y los aristócratas romanos, que vieron sus tierras confiscadas; a decir verdad, muchos de ellos habían huido hacia Sicilia o Roma. Charles Courtois, en una tesis fundamental para toda la historia de las migraciones germánicas, afirmaba que «las destrucciones fueron, sin lugar a dudas, mucho más escasas de lo que se ha dicho y que la decadencia económica precedió, generalmente, a la invasión y sólo más tarde, después del hundimiento del reino vándalo, se generalizó»; los contemporáneos, al hablar de los males de la época, raramente incriminaban a los bárbaros. Pero los trabajos más recientes, y en especial los restos arqueológicos, muestran la amplitud de las des-

trucciones de Cartago, tomada, no obstante, sin combatir en 439. Por otra parte, los vándalos, de raza aria, persiguieron a los católicos forzándoles, a veces, a alcanzar las costas españolas, hecho que agravó todavía más la hostilidad entre los dos pueblos.

El rey vándalo Genserico (477) asestó duros golpes al Mediterráneo romano, arruinando sus comunicaciones y amenazando constantemente los cargamentos de trigo, todavía indispensables para el avituallamiento de la capital; sus piratas atacaron todas las costas de Grecia e incluso saquearon Roma en 455. Genserico se apoderó de las islas del mar Tirreno, ocupó una parte importante de Sicilia y, de esta forma, creó un vasto imperio del mar, servido por una flota de piratas, y que Chr. Courtois llama «imperio del trigo». Así fue como las conquistas de los vándalos privaron a Roma de sus grandes mercados de cereales; separaron decisivamente a Italia de las islas y de África y, por último, favorecieron el aislamiento hispánico. Pero, incluso en África, la dominación de esos germanos no pasó de ser precaria dado que carecían de cuadros urbanos, administradores y escribanos; por ello no pudo resistir con fuerza los primeros ataques del ejército bizantino de Justiníano, en 534.

Los ostrogodos en Italia

El 4 de septiembre de 476, el emperador Rómulo Augusto, todavía niño, fue depuesto de su cargo por el ejército italiano. Odoacro, jefe de una pequeña tribu de bárbaros —hérulos o esquiros—, fue, de alguna forma, reconocido como *patricio* por el emperador Zenón de Constantinopla. De hecho, pasó a ser el jefe de un ejército integrado por mercenarios de muy diverso origen y de un verdadero reino bárbaro concentrado en Italia cuyo

centro vital estaba situado en la llanura del norte, entre Ravena, la capital, y Milán.

En 489, Teodorico, jefe de los ostrogodos, invadió la península al mando de un ejército de carácter muy heterogéneo y derrotó rotundamente a Odoacro cerca de Verona. Teodorico sitió a Odoacro en Ravena, le engañó ofreciéndole la posibilidad de repartirse el poder y, finalmente, le hizo asesinar (marzo de 493).

Luego el gobierno de Teodorico se inspiró en la sabiduría política de Odoacro: una especie de dualismo que mantuvo, con gran habilidad, el equilibrio entre las tradiciones imperiales romanas y las de los bárbaros. Teodorico, generalísimo del ejército romano, *patricio* y rey de los germanos, al mismo tiempo, había sido educado en la corte de Constantinopla durante sus largas estancias en aquella capital. Mantuvo las antiguas leyes, conservó el nombre de «emperador» en las monedas y retuvo en sus puestos a magistrados y empleados; en especial, supo ganarse a la clase senatorial, respetando sus privilegios, y al pueblo de Roma, siempre bien alimentado y distraído. Hizo reparar las termas, centros de aprovisionamiento, acueductos y alcantarillado de la capital.

Sus ambiciones sobrepasaban en mucho las fronteras de Italia y parece que deseaba un cierto tipo de hegemonía goda en el conjunto del mundo germánico, reunido bajo su autoridad. Mantuvo siempre estrechos contactos con las tribus que habían permanecido en Germania, entre las que reclutaba soldados y a las que enviaba legados con el fin de reforzar esa solidaridad entre los bárbaros. Se esforzó en establecer lazos familiares entre las restantes casas reinantes; él mismo se casó con una hermana de Clodoveo, y su hermana tomó por marido a Trasamundo, rey de los vándalos; más tarde, casó a una de sus hijas con el visigodo Alarico II, y a otra con el burgundio Segismundo.

Después de 507 y de la victoria de Clodoveo sobre los visigodos, salvó Provenza de la invasión franca, envió víveres a Arles, que había sido arrasada, retuvo Septimania y, desde 511 a 526, impuso un verdadero protectorado al reino visigodo de España, gobernado entonces por oficiales de Ravena.

Sin embargo, en los últimos años de su vida, Teodorico persiguió a los católicos y a miembros de la aristocracia acusados de formar un partido bizantino e imperial. Aquejado por una terrible manía persecutoria, el rey veía por todas partes complots trama-

dos contra él y llegó a hacer morir en prisión al papa Juan II y a su propio amigo Boecio. Además, su muerte, en 526, creó un difícil problema de sucesión que fue usado como pretexto para la intervención de las tropas griegas de Justiniano en 536 (cf. *infra*, pág. 271).

Los visigodos en España

Los visigodos, mercenarios del Imperio, habían tomado y saqueado Roma en 410. Más tarde, por el *feudo* de 418, se establecieron en Aquitania. Este primer reino visigodo, ubicado en torno a Toulouse, atravesó un período de esplendor bajo el reinado de Eurico (466-484) que llegó a dominar la mayor parte de España, ocupó toda la Provenza al sur del Durance (en 480 se tomaron Arles y Marsella), conquistó Auvernia y expulsó a los celtas armoricanos de Bourges. Pero, en 507, el rey Alarico II fue vencido y muerto en Vuillé por los francos de Clodoveo; los godos sobrevivientes cruzaron los Pirineos.

El segundo reino visigodo, establecido en España, sometido por los ostrogodos de Ravena primero, e independiente después, fue, sin duda, el más poderoso y original de todos los reinos bárbaros de Occidente. Sin embargo, la unidad y la paz interna estuvieron largo tiempo amenazadas por graves peligros:

— Las sublevaciones de los pueblos enemigos residentes en la misma España. Los reyes visigodos tuvieron que luchar incesantemente contra los suevos, bárbaros cuyo origen e historia permanece todavía muy obscuro, instalados en el oeste (Galicia, Lusitania, Bética occidental). Los visigodos se enfrentaron también a la resistencia de los pueblos insumisos, especialmente los vascos. Por otra parte, intentaron detener el avance de los bizantinos que, en 551, se dirigieron a la península a causa de una disputa sucesoria; más tarde les fue preciso reconquistar las provin-

cias ocupadas por los griegos: Bética, incluidas Sevilla y Córdoba, la Tarraconense hasta Denia y Algarbe. La unificación política hizo grandes avances durante el reinado de Leovigildo (568-586), quien anexionó las provincias de los suevos, sometió los grupos de campesinos sublevados, construyó la nueva fortaleza de Vitoria para hacer frente a los vascos y reconquistó Córdoba y Medina Sidonia primero, y Sevilla más tarde, a los bizantinos. Sin embargo, dicha unificación se vio gravemente comprometida por la sublevación del hijo primogénito del rey, Hermenegildo, quien convertido al catolicismo, se apoyó en las ciudades del sur y provocó una verdadera guerra civil; pero Leovigildo compró la neutralidad de los griegos, tomó Sevilla en 584, apresó a su hijo y, sin duda, le hizo asesinar.

— La oposición religiosa entre los godos de raza aria y los hispanorromanos católicos. Aunque no pueda hablarse de persecuciones, la diversidad de creencias e Iglesias fue, durante largo tiempo, el mayor obstáculo para la fusión de ambos pueblos. Este problema se resolvió en 586 cuando el rey Recaredo (586-601), segundo hijo de Leovigildo, fue convertido al catolicismo por el obispo de Sevilla, Leandro. Desde entonces, los reyes visigodos españoles encontraron en la Iglesia un poderoso apoyo; los concilios de Toledo, a los que asistían todos los obispos de España, se transformaron en verdaderas asambleas del reino.

— La oposición de los jefes de la antigua aristocracia. Los duques visigodos manifestaron siempre un vivo deseo de independencia. Confiaron siempre en el apoyo de los francos. Después de una disputa dinástica, se produjo el enfrentamiento de dos partidos nobles, hostiles entre sí, cada uno de los cuales defendía a una familia rival; en 710, a la muerte del rey Vitiza, uno de los pretendientes, Akhila, llamó en su ayuda a los ejércitos musulmanes de Tarik, reunidos en Tánger. El otro rey visigodo, Rodrigo, ocupado en reprimir una rebelión vasca, acudió a toda

prisa, pero sus tropas fueron derrotadas en la dura batalla de Janda (del 19 al 26 de julio de 711).

De esta forma el reino visigodo español llegó a su fin. Sin repudiar las tradiciones, el derecho y la lengua de Roma, aquél aportó un carácter de originalidad nacional muy peculiar. Isidoro de Sevilla, consejero político del rey, dejó testimonio de ese nacionalismo español al exaltar el pasado de los godos y la grandeza de España («dichosa madre de príncipes y de pueblos, reina de todas las provincias»). Isidoro de Sevilla luchó contra el legado intelectual de los griegos y, respecto a Roma, mantuvo la autonomía y particularidades de la Iglesia española. En él la idea de un imperio universal da paso a la de una nación, una patria y un pueblo: *Gothorum gens ac patria*.

LOS REINOS GERMÁNICOS DEL NORTE

Los reinos del norte, fundados más tarde, abandonan, de forma todavía más pronunciada, las tradiciones políticas de Roma, e incluso la lengua y el derecho desaparecen de provincias enteras. Son reinos bárbaros en sentido pleno.

Los francos en la Galia y en Germania

Con anterioridad al reinado de Clodoveo, los francos, procedentes de las orillas inferiores del Rin, habían conquistado ya todo el norte de la Galia hasta el Somme. Por otra parte, sus tribus avanzaron hasta Tréveris y alcanzaron el Mosa. La historia de las conquistas de Clodoveo parece, en principio, muy obscura, si exceptuamos su victoria sobre Syagrius, jefe del ejército romano de Soissons. En 15 o 18 años entró en contacto con todos los países situados al norte del Loira; pero carecemos de todo indicio de

batallas importantes, de incursiones armadas o incluso de simples conquistas y ocupaciones militares. Más bien parece que el rey reunió bajo su autoridad numerosas colonias francas establecidas desde antiguo en esas regiones. Luego, por el contrario, organizó temibles expediciones guerreras contra los pueblos vecinos, arrancándoles provincias enteras o sometiéndolos a una especie de protectorado. Éste fue el caso, por ejemplo, de los ataques contra los turingios, burgundios o alamanes (495 o 505?). Después, una vez convertido al cristianismo y bautizado (en 496, 498, 499 o 506?), utilizó el apoyo de la Iglesia para destruir completamente el poder de los visigodos (Vuillé en 507) y se apropió de su reino hasta los Pirineos. Poco después, conquistó todas las tierras de las tribus francas del Rin.

Aparte de los estrechos lazos que le unían a los obispos, Clodoveo no rehusó por completo la herencia política de Roma. Al día siguiente de Vuillé, recibió, en Tours, las tablas consulares enviadas por el emperador de Constantinopla, Anastasio y, por iniciativa propia, según parece, vistió la túnica purpúrea y la diadema de los emperadores. Instaló su capital en París, ciudad en la que permanecieron muchos e influyentes jefes galorromanos.

Sin embargo, su reino fue, esencialmente, bárbaro y germánico. La totalidad de la vida política giró en torno al poder absoluto del rey conquistador. El servicio del príncipe estableció, entre los hombres libres, una jerarquización favorable a la nobleza cortesana formada por colaboradores, fieles o *leudes*, que se vinculaban al rey. Los restantes hombres libres, galorromanos o guerreros francos, fueron perdiendo, poco a poco, sus derechos políticos y militares.

Los francos siguieron siendo guerreros temibles y, durante largo tiempo, lograron éxitos decisivos sobre sus vecinos. Después de la muerte de Clodoveo en 511, sus sucesores, que se consideraban descendientes de un antepasado legendario, Meroveo, y a los que los historiadores llaman merovingios, trataron, repetidas veces, de extenderse por el este. Hicieron asesinar a Segismundo, rey de los burgundios, y, a costa de terribles batallas, se anexionaron todo el país (534). Durante la reconquista bizantina, los francos se lanzaron a lejanas expediciones en Italia, diezmando los ejércitos griegos, romanos y godos y apoderán-

dose de considerables botines. En 553, sus bandas, aliadas a las de los alamanes, llegaron a Venecia, y, más tarde, a Apulia, Calabria y Campania. Sus campañas en Turingia y en Sajonia, contra los alamanes y bávaros, les transformaron en jefes de un amplio imperio que alcanzó, con frecuencia bajo la forma de un protectorado sancionado por tributos, hasta las regiones del curso medio del Danubio. Hacia 550, su hegemonía se dejaba sentir sobre todo el mundo bárbaro de Occidente.

Pero Clodoveo, que consideraba el poder real como una especie de propiedad personal, había repartido su reino entre sus cuatro hijos y parece que no tuvo, en modo alguno, en cuenta las particularidades étnicas o lingüísticas, sino que atendió más bien a establecer partes de igual valor.

Incluso Aquitania, tan particular y, con frecuencia, tan hostil, fue repartida entre los cuatro hijos.

Con ello, la historia de los hijos y nietos de Clodoveo no fue más que una serie inextricable de conflictos familiares, intrigas, asesinatos y guerras civiles. Lo cual ensangrentó y debilitó todos los países francos y opuso, cada vez más, Neustria (al oeste de la Galia) y Austrasia (al este). Mientras el poder real se desmoronaba, iba afirmándose cada vez más el de los *duques*, comandantes del ejército y, sobre todo, el de los hombres de *palacio* que formaban una verdadera casta, reducida, solidaria, poseedora de grandes propiedades rurales y capaz de conseguir importantes concesiones de los reyes.

En este período confuso y, con frecuencia sombrío, surgen dos personajes decididos a preservar la autoridad real. Brunhilda, durante cincuenta años consejera o regente de cuatro generaciones de reyes (su marido, Segisberto, primero, y sus hijos, nietos y biznietos, después) y claramente adversaria de la aristocracia, fue, por ello, vencida y ejecutada en 613. Dagoberto, rey desde 629 a 639, que apoyado en sus consejeros-obispos, sometió la

nobleza a su obediencia, después de lejanas inspecciones en Borgoña y Austrasia.

Después de esta última tentativa de restaurar la autoridad real, solamente los *funcionarios de palacio* podían todavía oponerse a las pretensiones de los grandes. Este grupo fue consolidándose a partir de mediados del siglo VII. Pipino de Heristal (714), funcionario responsable de Austrasia, que había vencido a todos sus adversarios por medio de despiadadas guerras, aparecía ya como el verdadero soberano, fundador de una nueva dinastía.

Los lombardos en Italia

La conquista lombarda, consecuencia de la invasión de los jinetes ávaros en las llanuras de la Europa central, arruinó a Italia con sus interminables guerras. La propia Roma fue sitiada muchas veces, destruida en gran parte y debilitada por la repetida escasez de alimentos. El país entero parecía entregado a la anarquía y a desórdenes de todo tipo. Al principio, la población huyó de esas bandas de bárbaros, terriblemente hostiles, poco introducidos en la civilización romana de Oriente; convertidos muy recientemente al arrianismo, parecían animados por un celo de neófitos contra los cristianos romanos.

Por largo tiempo, la ocupación lombarda se apoyó en la ley militar de los conquistadores; las tierras fueron confiscadas; la aristocracia romana o goda, aniquilada. Durante casi dos siglos, ninguna ley garantizó la inmunidad de personas y bienes romanos, sometidos a especiales vejaciones y coacciones. Además, la invasión destruyó los *limes* de Friul y las plazas fuertes de Venecia; de esta forma, abrió las rutas de los Alpes a ávaros y eslavos

quienes, repetidas veces, penetraron en las llanuras del norte, llegando a alcanzar incluso las costas del Adriático.

El Estado lombardo reunió tribus de origen étnico muy diverso; surgido de la conquista, muy pronto fue socavado por profundas crisis sucesorias: en especial, después de la muerte de Alboíno, entre los años 574 y 584. La única fuerza política existente era el gran ejército bárbaro, mal delimitado por principio, de carácter más o menos nómada, distribuido en los llanos, en grupos compactos, dirigidos por un *duque* prácticamente independiente. El rey no logró imponerse más que lentamente y lo hizo sólo en el reino de Liutprando (713-744), en el momento en que se desmoronaban las últimas defensas bizantinas en el norte. Poco a poco, jefe guerrero y justiciero mayor, rodeado en Verona, Milán y, especialmente, en Pavía por oficiales de palacio y administradores formados en la cancillería romana, anexionó a su mando las provincias del norte. Instaló allí a sus oficiales, condes o *gastaldi*, agentes todos del dominio real, que usurparon los poderes de los duques, reclutaron nuevas tropas y presidieron los tribunales. Sin embargo, hacia 750, cuando el Estado lombardo se hundió bajo la presión de los ejércitos francos, las zonas centrales, bajo el caudillaje de los duques de Spoleto y Benevento, permanecieron prácticamente autónomas. En el sur, bandas de guerreros dirigidas por jefes insurrectos, ocuparon las regiones montañosas y vendían sus servicios a Bizancio, al papa, al emperador carolingio o luchaban contra todos, siempre en pos de un botín.

Los reinos anglosajones

En Inglaterra, el orden político y social fue también el resultado de una conquista militar, pero ésta, de carácter mucho más masivo, tomó la forma de verdaderas migraciones, seguidas de una colonización, con frecuencia intensa, del suelo por parte de pueblos de orígenes diversos, ciertamente, pero teniendo todos ellos un fondo étnico común. Todos parecían estar habituados a un tipo de vida colectiva, a celebrar asambleas de campesinos libres, con el fin de repartirse las tareas. Estas asambleas pudieran haber sido el origen de la *hundred*, institución fundamental de los primeros tiempos anglosajones en Inglaterra.

Las identidades regionales no parecen tener tanto que ver con las diferencias étnicas, como con los azares de la conquista, de la

implantación de las tribus y de su reagrupamiento.

El rey, en principio jefe guerrero de una sola tribu, fue rodeándose de colaboradores que formaron una especie de nobleza militar. En el siglo VII, en el reino de Wessex, existía todavía una clara distinción social entre el campesino libre y el hombre que llevaba el nombre de *colaborador* (del rey), cuyo *wergeld* (suma que debía entregarse por el rescate de la sangre) era mucho más elevada: 1200 chelines en lugar de 200. Esas relaciones interpersonales, heredadas de la antigua sociedad de guerreros germanos, marcaron durante largo tiempo la vida política inglesa: incluso los obispos y abades se rodearon de una corte de colaboradores armados muy parecida a una banda guerrera. La virtud tradicional del jefe era la generosidad respecto a sus subordinados fieles, entre los que, de vez en cuando, repartía tierras.

A partir del siglo VI, esas tribus se irían reuniendo, hasta formar reinos poderosos, dominados por un jefe supremo, que trataría de atraerse los servicios de muchos reyezuelos. Esos reinos, fundamentalmente confederaciones de tribus, permanecieron inciertos durante largo tiempo y sus límites no estaban bien definidos; efímeros y ligados directamente a la fortuna del rey, con frecuencia se desmoronaban a su muerte. Sin embargo, constituyeron un primer paso hacia la formación de Estados más coherentes.

Los textos más antiguos, como la *Historia eclesiástica* de Beda (673-735), señalan ya una distinción fundamental entre los países situados al norte del Humber, la *Northumbría*, donde existían dos reinos opuestos (Deira y Bernicia), y los del sur (reinos de Lindisfarne, Anglia oriental, Essex, Mercia, Wessex y Kent). Sus reyes respectivos, para imponer su supremacía a las regiones vecinas e intentar unificar Inglaterra, se enfrentaban en continuas luchas, al tiempo que combatían a los bretones. Estos últimos se vieron rechazados hacia el oeste en los países de *Domnonea* (Devon, Dorset, Cornualles) y de Gales (construcción después del

año 700 de una imponente muralla, el Offa's Dyke), o debieron refugiarse al este y al norte de ciertas regiones montañosas (Cumberland).

Cada sucesión real dio lugar a rebeliones en las que Northumbría quedaba sumergida en la anarquía: los pequeños reyes conseguían de nuevo la independencia. En el sur, por el contrario, y para poder luchar contra las amenazas de los escandinavos en las costas orientales (primera expedición 790), se pretendía, aun con numerosos reveses de la fortuna, la unificación de los pequeños reinos en beneficio al principio de Mercia y, luego, de Wessex.

Bibliografía: L. MUSSET, *Les Invasions. Les vagues germaniques* (col. «Nouvelle Clio», núm. 12), 1965. (*Las invasiones. Las oleadas germánicas*. Trad. esp. Ed. Labor, S. A., Barcelona, 1967). G. TESSIER, *Le baptême de Clovis*, 1964. F. M. STENTON, *Anglo-Saxon England*, 2.ª ed., Londres, 1947. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Historia de España*, t. III: *España visigoda*, Madrid, 1940. G. FOURNIER, *Les Mérovingiens* (col. «Que sais-je?», núm. 1238), 1966. R. FÉDOU, *L'Etat au Moyen Âge* (col. «Sup-L'Historien»), 1971. G. PEPE, *Le Moyen Âge barbare en Italie*, trad. fr., 1956. R. LATOUCHE, *Les Grandes Invasions et la crise de l'Occident au Ve siècle,* 1946. D. WHITELOCK, *The Beginnings of English society*, 1966.

Textos y documentos: P. COURCELLE, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1948. R. LATOUCHE, trad. Grégoire de Tours, *Histoire des Francs*, París, 1963. A. Loyen, trad. Sidoine Apollinaire, *Oeuvres* (col. «G. Budé»), París, 1966. R. LATOUCHE, *Gaulois et Francs, de Vercingétorix à Charlemagrte* (Arthaud), 1965. Ch.-M. DE LA RONCIÈRE, R. DELORT, M. ROUCHE, *L'Europe au Moyen Âge, Documents expliqués*, t. I (395-888), 1969. D. WHITELOCK, *English historical documents* (500-1042), t. I de la col. dir. por D.-C. Douglas, 1955.

Capítulo II

Civilización y vida espiritual en los reinos bárbaros de Occidente

Mapas: I, frente a pág. 32 y II, frente a pág. 48.

CONTINUIDAD ROMANA Y APORTACIONES BÁRBARAS

Las migraciones germánicas provocaron, en las provincias romanas de Occidente, el choque entre civilizaciones originales, de estructuras extremadamente complejas. De estos contactos surgió nuestra civilización medieval, civilización de síntesis en la que es difícil distinguir entre las tradiciones romanas y las múltiples aportaciones bárbaras. Desde hace más de un siglo, los historiadores resaltan una u otra influencia, según las técnicas de investigación usadas, el avance de las ciencias auxiliares o incluso según las tesis y corrientes de opinión vigentes.

La población bárbara

Todavía hoy, parece imposible valorar, aunque sea de forma aproximada, la importancia de la población bárbara. Por regla general, los estudios recientes concuerdan al señalar el número relativamente bajo de invasores bárbaros y, desde hace ya mucho tiempo, se ha abandonado la idea de una gran masa humana o de olas irresistibles de individuos que hundieran el Imperio, destruyéndolo todo a su paso. En ningún país se estableció un orden político absolutamente nuevo, imponiendo modos de vida totalmente diferentes. Desde el punto de vista humano, esas migraciones bárbaras fueron más bien infiltraciones de grupos étnicos poco numerosos entre poblaciones ya muy heterogéneas de por sí.

De hecho, las estimaciones numéricas, más audaces no se refieren más que a los ejércitos bárbaros en los momentos de las grandes migraciones y conquistas; las más estrictas, dan cifras relativamente modestas: de 10 000 a 80 000 hombres aproximadamente. Los visigodos, para los que las informaciones parecen más precisas y coherentes, y que fueron, sin duda, los más numerosos, llegaron tal vez a 100 000 en el momento en que se establecieron en el sur de la Galia y, por supuesto, decreció su número después de Vuillé y del éxodo hacia el otro lado de los Pirineos. Los historiadores valoran en siete u ocho millones de habitantes la población de la península ibérica; se trataba, pues, de una aportación humana relativamente modesta, incapaz de provocar, ni en el plano regional ni tan sólo en el local, núcleos compactos de población, exclusivamente godos. Los invasores tuvieron que convivir, en todas partes, con los iberorromanos; nunca formaron comunidades puras.

Por lo que respecta a los demás pueblos germanos, las cifras resultan incompletas. Para evaluar más exactamente la influencia germánica, sería preciso tener en cuenta las migraciones y desplazamientos de los pequeños grupos. Incluso antes de las grandes olas, muchos aspectos de la civilización, de la vida política y del derecho de las provincias romanas se hallan profundamente marcados por el contacto con los bárbaros establecidos en Occidente.

Parece que los estudios de nombres tanto de personas como de lugares, en los que se basan hipótesis demasiado apresuradas, a veces, deben ser usados con cierta reserva. Las críticas, no siempre adecuadas, de F. Lot han demostrado la fragilidad de algunas

de las conclusiones extraídas. La constatación de gran número de sufijos germánicos en una época determinada sólo puede ser tomada en cuenta de forma relativa, en relación al conjunto de topónimos de la región estudiada. Ni tan sólo la multiplicación de esos nombres es prueba suficiente de la intensificación del poblamiento bárbaro, sino que, con frecuencia, indica la existencia de una aristocracia dominante, no siempre muy numerosa, de la que el resto de la población adopta las costumbres, los nombres y patronímicos, como una nueva moda. Así pues, todo intento de cuantificar por este procedimiento la importancia de la implantación bárbara se encuentra con dificultades insuperables.

Defensa de la civilización romana

Parece más sencillo definir las formas de resistencia romana, de las que dependía, en suma, el mantenimiento de los modos de vida, la lengua y el derecho tradicionales. Muchas veces, esta defensa fue infravalorada y gran número de trabajos insistían en la ruptura fundamental entre el fin del Imperio romano y los primeros tiempos bárbaros.

La resistencia no tuvo un carácter uniforme. No se situó en un frente continuo ni a lo largo de un *limes* intacto. Pero ese *limes*, arrasado o desbordado, destruido en muchos lugares, mantuvo una real importancia: siguió siendo una zona fronteriza entre dos civilizaciones absolutamente extrañas entre sí. Esto fue así, especialmente, en relación a Germania, donde el *limes* tenía sus puntos de apoyo en ciudades bien consolidadas, centros de guarnición, grandes núcleos administrativos y mercados prósperos, que mantuvieron por largo tiempo la población, estilo de vida y actividades económicas del tiempo del ejército romano. En el

Rin, en la región del Mosela e incluso en todo el norte de la Galia, esa «ruta de ciudades» fortificadas marcó profundamente, durante siglos, la civilización y las formas de expresión de los países vecinos. En ciertos lugares, la persistencia de una estructura social estrechamente vinculada a la ciudad, la de las *villae urbanae*, mantuvo importantes islotes romanos en pleno territorio germano. En resumen, entre Basilea y el mar, la frontera lingüística entre romanoparlantes y germanoparlantes se estableció, de forma bastante regular, a unos cien kilómetros al oeste del *limes* en lugar de hacerlo en función de los obstáculos naturales. Mientras que en la zona más oriental, en los países del otro lado de los Alpes, donde la implantación romana había sido mucho más débil, esta frontera se situó mucho más al sur del antiguo *limes* del Danubio (L. Musset, mapa).

Sin embargo, incluso desde el punto de vista militar, la defensa romana confiaba menos en las fortificaciones que en los grandes ejércitos de campaña, fuerzas eficaces de intervención, asentado uno en el norte de la Galia (al mando de Syagrius y vencido solamente por Clodoveo en 486) y el otro en la llanura del Po, alrededor de Milán, Verona y Ravena (al mando de Odoacro). En los países del Mediodía, esta defensa dependía todavía más de la flota, sin rival en el Mediterráneo durante mucho tiempo, capaz de asegurar la protección de los cargamentos de trigo, de las grandes rutas comerciales, los puertos, las relaciones con Grecia y el Bósforo y capaz, asimismo, de aportar refuerzos. Los emperadores de Oriente mantuvieron su dominio o su influencia gracias al mar, por el que llegaron los ejércitos, funcionarios, escribanos y monjes, formados e instruidos en Constantinopla. Gracias al mar, la ciudad del Bósforo pasó a ser la capital espiritual e intelectual del mundo romano. El Imperio, debilitado en tierra y con sus defensas destruidas, cuidó celosamente su dominio del mar y prohibió a sus súbditos enseñar a los bárbaros el arte de construir navíos. De ahí el choque decisivo entre las dos civiliza-

ciones: la de los bárbaros, nómadas o seminómadas, jinetes pastores o soldados de infantería, y la de los romanos, de ciudades y puertos activados por rutas ancestrales.

Solamente el Imperio vándalo de Genserico amenazó por un tiempo el dominio romano en el Mediterráneo. La reconquista bizantina fue enjuiciada de forma muy distinta. A pesar de sus clamorosos triunfos, tuvo que enfrentarse a una dura resistencia (cf. *infra*, pág. 277). Casi todos los historiadores subrayan los graves daños sufridos por Italia durante las guerras contra los ostrogodos, primero, y contra los lombardos, después. Algunos, deseosos de enaltecer las virtudes bárbaras o germanas, consideran a los lombardos como un pueblo dotado ya de una estructura política sólida, de una rica civilización y, en todo caso, capaz de regenerar Italia, descompuesta por los abusos o la desidia de los orientales. En consecuencia, a pesar de ese descrédito casi general, especialmente sensible en los autores alemanes de antes de 1939, la empresa de Justiniano aparece como uno de los factores decisivos en la defensa de la civilización romana. Permitió recuperar las antiguas tradiciones y presentar de nuevo las enseñanzas de Oriente en el plano tanto espiritual como artístico. Y ello sucedió no sólo fuera de las fronteras de Italia sino que incluso se extendió más allá del dominio del Mediterráneo.

España entera vio llegar a los comerciantes griegos o sirios, al tiempo que los orientales fundaban monasterios u ocupaban sedes episcopales: así, por ejemplo, la de Mérida, regida primero por Pablo, un antiguo médico griego, y luego por su sobrino Fidel. Martín, un sacerdote llegado de Arabia para evangelizar a los suevos, introdujo en Braga, al noroeste de la península, el ascetismo y las costumbres contemplativas del monaquismo oriental. Las peregrinaciones a Tierra Santa, los concilios ecuménicos, las estancias de estudio de los prelados en Constantinopla (como Juan de Gerona o Juan de Santarem) reforzaron todavía más esos lazos espirituales. También en España, los israelitas establecidos en las ciudades enviaron a sus hijos a estudiar a las escuelas de Persia y Mesopotamia: a Sora y especialmente a Pombeditah, en Caldea. El África y la España bizantinas siguieron siendo, como antaño, los puntos de cobijo y abastecimiento de las rutas marítimas hacia Armórica y Bretaña. Todavía pueden encontrarse ánforas de construcción oriental en Irlanda, Cornualles y Devon. Con lo cual, puede pensarse en ciertas conexiones entre esos núcleos cristianos del extremo occidental europeo y Constantinopla. En las grandes iglesias de los monasterios irlandeses, un muro cortaba

la nave a la manera de los iconoclastas orientales; en el convento de Santa Brígida, en Kildare, ese muro estaba decorado con objetos de marfil e imágenes pintadas sobre la madera, procedentes de Roma o Constantinopla.

Mucho después de la invasión lombarda, esa influencia bizantina seguía siendo muy fuerte en Italia; especialmente, en las provincias del sur (Campania, Apulia, Calabria), en las islas que se mantenían bajo el dominio de los emperadores de Oriente y en las zonas de refugio, protegidas durante mucho tiempo por un *limes*, y todavía poco penetradas por los invasores. Así, por ejemplo, Venecia acogió en torno a sus lagos y pueblos de pescadores a las gentes de las ciudades del interior; Génova fue el lugar al que se dirigieron los milaneses, por lo que, la región de Ravena fue llamada, más tarde, incluso por los mismos italianos, *tierra de romanos, Romanía*.

Modos de vida: los bárbaros y la ciudad

La vinculación entre la civilización germánica y un tipo de vida más o menos nómada o errante, extraño, en cualquier caso, a las tradiciones de la vida ciudadana, es un hecho comúnmente aceptado. Asi pues, se considera que las invasiones bárbaras provocaron el hundimiento de las ciudades, de las relaciones mercantiles y del artesanado urbano e incluso de la economía monetaria. Esta interpretación clásica no es inexacta en su conjunto; sin embargo, debe matizarse a fin de explicar las numerosas excepciones registradas en determinadas regiones.

Es cierto que el habitat propio de los germanos, por lo menos en los países del norte, no era ni la ciudad rodeada de murallas, ni la *villa* romana de piedra, sino el *poblado* donde se alineaban las chozas hechas de ramajes. No se sabe si esos poblados constituían lugares de asentamiento nuevos o si se instalaban sobre las ruinas

de las *villae* destruidas. Sin duda muchos de ellos fueron también la continuación de antiguos poblados celtas, del mismo tipo que la ocupación romana no había hecho desaparecer por completo. Así la desaparición o debilitamiento de los modos de vida propiamente romanos se explica tanto por el resurgimiento de la «barbarie indígena» como por el éxito de la «barbarie importada» (L. Musset). Ciertamente, la evolución fue muy lenta y poco sensible a los ojos de los contemporáneos que siguieron empleando el mismo nombre: *villa*.

En cualquier caso, en Occidente, el establecimiento de los bárbaros provocó un cierto declive, aunque de carácter muy desigual, de las ciudades romanas existentes. En efecto, esta regresión fue extremadamente fuerte en la Galia: los habitantes abandonaron una parte importante de la ciudad y se refugiaron en un núcleo fortificado, situado, con frecuencia, cerca de los anfiteatros o de una de las puertas de acceso. En Autun, el recinto de seis kilómetros de longitud se vio reducido a 1300 m, en Perigueux la superficie de Vésone pasó de 50 a 5 ha. Mientras que en España e Italia casi todas las ciudades conservaron, si no su nivel de actividad, por lo menos su importancia de antaño (a excepción de Bolonia que pasó de 70 a 25 ha).

De hecho, la civilización urbana no desapareció verdaderamente más que en Inglaterra y Armórica. La conquista de Bretaña por los anglosajones fue acompañada de una germanización casi total del país: abandono de la lengua bretona y del cristianismo de casi todas las ciudades y *villae*. En las restantes provincias del Imperio, no parecen ser las migraciones germánicas las responsables de la destrucción de la ciudad romana. Incluso en África, Chr. Courtois ha señalado «cómo los reyes vándalos impulsaron importantes obras en Cartago», ciudad cuyo puerto acogió siempre a los mercaderes extranjeros y en la que los obispos de 61 ciudades africanas fueron representados en el concilio de 525.

En la Galia, España e Italia, los reyes francos o godos no fueron reyes nómadas, pero tenían sus palacios en varias ciudades administrativas. Un interesante trabajo de E. Ewig subraya la importancia de las ciudades con función de capital, residencias reales, enriquecidas por una corte, la administración, escuelas, san-

tuarios y una basílica funeraria para la dinastía. En la Galia, fue el caso de Orleans, Soissons, Reims y, especialmente, París: palacio de la Cité, primero y de Clichy, después; necrópolis reales de la abadía de los Apóstoles (Sainte-Geneviève), de la Santa Cruz (Saint-Germain-des-Prés) y, más tarde, de Saint-Denis. Las grandes y fortificadas residencias principescas, condados o episcopados, rodeadas de las casas de la *familia*, esos santuarios dispersos en la ciudad o más allá de sus murallas, esos burgos abaciales rodeados, a menudo, de muros de defensa, vitalizados por el mercado y el trabajo de los artesanos, marcaron de forma decisiva el paisaje urbano de la Galia, entre el Sena y el Rin. Las antiguas ciudades romanas se irían substituyendo por otras más anárquicas, o mejor dicho, por ciudades dobles o múltiples, aglomeraciones, «conglomerados de ciudades», en definitiva.

En España, los visigodos, pueblo fundamentalmente ganadero, se establecieron en las altas mesetas centrales. Su instalación provocó, sin duda, un debilitamiento de la vida urbana: fue una muestra de ello el episodio dramático de la total destrucción de Cartagena, tomada de nuevo a los bizantinos en 615. Sin embargo, ese pueblo godo mantuvo algunas guarniciones en las ciudades del norte; algunos de ellos se casaron con mujeres de la aristocracia hispanorromana; constituían un grupo étnico bastante numeroso: un obispo ario oficiaba en varias ciudades de Galicia (Viseo, Tuy, Palencia) y de Levante (Barcelona, Tortosa, Valencia). Mérida y Toledo, capital política fortificada por Leovigildo (568-586), fueron embellecidas con ricos monasterios y basílicas; mientras que Sevilla, metrópoli religiosa de los católicos, se mantuvo, con los obispos Leandro e Isidoro, fiel a las antiguas tradiciones. En torno a los palacios reales, construidos, al principio, fuera de las ciudades, se formaron verdaderas ciudades-capital, posteriormente abandonadas, pero de gran impacto en su momento: Gerticos (no lejos de Salamanca), Pampilica (cerca de Burgos) y, en especial, Recopolis, en el Tajo, con sus bellas mu-

rallas de 600 m de longitud, conteniendo en su interior una ciudad de 30 ha. Por último, Toledo debió a los reyes bárbaros su riqueza y su prestigio, su esplendor intelectual y artístico, que siguieron vigentes mucho después de la conquista musulmana.

También en Italia, la suerte de Pavía parecía estar estrechamente ligada al palacio del rey bárbaro. Capital administrativa, metrópoli religiosa del arrianismo después y, una vez convertida al catolicismo, sede de sínodos a los que acudían los obispos de Milán y Ravena, sede de la Cámara real, organismo financiero que controlaba las aduanas de los pasos alpinos y de los ríos, centro intelectual donde tomó cuerpo el renacimiento de las letras y los estudios jurídicos, la ciudad adquirió un renombre que perduró largo tiempo después del hundimiento del reino lombardo y de la conquista franca.

El mundo bárbaro

MAPA I



LA IGLESIA Y LA EVANGELIZACIÓN

Los arrianos

Las migraciones bárbaras favorecieron, sin lugar a dudas, el resurgimiento de antiguas herejías, latentes ya muchas veces, en las poblaciones rurales. Así, en África y, sobre todo, en España, el priscilianismo, que había surgido durante la etapa de decadencia del Imperio, se extendió en el momento en que los suevos se instalaron en la Península. En 567, el concilio de Braga tuvo todavía que condenar formalmente la doctrina de Prisciliano.

Los godos fueron convertidos al cristianismo antes de establecerse en Occidente. Pero, acaudillados por Ulfila, uno de los que residió en Constantinopla después del triunfo del arrianismo, se hicieron arrianos. Ulñla fue consagrado obispo en 341 y, hacia fines de siglo, las conversiones masivas se multiplicaron entre los godos. A continuación, la fe arriana fue ganando adeptos entre los vándalos, burgundios, suevos y, más tarde, llegó también a los lombardos. El antagonismo religioso fue, normalmente, un obstáculo para la fusión entre germanos y romanos: iglesias separadas, matrimonios prohibidos, conversiones difíciles. En África, graves persecuciones, cierto es que provocadas también por el deseo de abatir a la aristocracia romana y a la autoridad de los obispos, expulsaron a los cristianos de sus iglesias, forzando a comunidades enteras a tomar el camino del exilio hacia España. Es verdad que otros pueblos dieron prueba de una mayor toleran-

cia, pero el problema del arrianismo retrasó, en todas partes, la posibilidad de unificación y amenazó la paz interna.

En España, los visigodos vieron durante largo tiempo en el arrianismo la señal de un particularismo étnico y de una cierta superioridad. El rey Eurico (466-484) prohibió las elecciones para ocupar las sedes episcopales romanas vacantes y las prácticas religiosas públicas. Leovigildo, que quería completar la unidad política de la península, pretendía imponer el arrianismo a todos sus súbditos; en 580, el sínodo de los obispos arrianos decidió que los romanos podían convertirse sin necesidad de ser bautizados de nuevo, sino por simple purificación de las manos. Las reuniones de teólogos, en la basílica de Santa Eulalia de Mérida, intentaron ganarse a los obispos católicos, mientras que se agravaron las persecuciones por todas partes. Todos esos esfuerzos fracasaron y Roma salió vencedora, en 587, por la conversión de Recaredo. La resistencia arriana, eminentemente aristocrática, parece que tuvo poca resonancia popular.

Los paganos

Mucho más larga y difícil fue la evangelización de los paganos. En la Galia y en el norte de España, se dio un vivo renacimiento de las antiguas supersticiones e idolatrías después de la llegada de los germanos, de los francos sobre todo, que reforzaron al máximo ese paganismo popular que, antiguamente, se había resistido a los esfuerzos de Roma y de los obispos. Sin duda, la conversión de los reyes y jefes fue rápida y espectacular. Pero esas conversiones, tales como el bautismo de Clodoveo, cuyas características distan mucho de ser conocidas, no pasan de ser superficiales y limitadas a una cierta aristocracia de palacio. De hecho, incluso mucho después de Clodoveo, si bien las ciudades contaban con sólidas comunidades cristianas reunidas en torno a sus obispos, la gran masa de la población rural, en la Galia y todavía más en Germania al otro lado del Rin, siguió aferrada a sus antiguas creencias. El mismo término, *paganus*, designaría entonces al campesino y al pagano.

De ese apego a las supersticiones y al paganismo es testimonio la literatura religiosa del momento (vidas de santos, cartas pontificales, el famoso *De correctione rusticorum*, manual misionero de Martín de Braga), las prácticas y el mobiliario funerario estudiados por E. Salin. Los hombres se adornaban con innumerables amuletos, colmillos de jabalí, dientes de oso, cornamenta de ciervo, medallones de resina o de ámbar. Mantenían encendidos los fuegos purificadores sobre las tumbas donde celebraban las comidas rituales. Hacían ofrendas a los dioses de las fuentes, lagos y bosques; algunos de ellos adoraban al sol y al fuego cuyos símbolos (ruedas estilizadas, monstruos giratorios) adornaban piedras y objetos familiares; otros, en Germania, llegaron incluso a levantar templos a las divinidades del antiguo panteón romano, a Diana, por ejemplo.

Los obispos

Durante los primeros tiempos bárbaros, el obispo fue el único dueño y señor de la ciudad, encarnó la única fuerza espiritual del momento y, con frecuencia, se identificó incluso con la *nación* romana. En esos tiempos de confusión, la cruz de los cristianos fue llevada muchas veces por un laico, piadoso y poderoso, introducido ya en los asuntos públicos. El obispo, como miembro de la alta aristocracia, propietario rico o administrador sagaz, protegió la ciudad de los saqueos y desórdenes; aseguró el abastecimiento y control del mercado y construyó y protegió hospitales y escuelas. Alrededor de la catedral, hizo trabajar a un pueblo de pequeños artesanos y comerciantes.

Pero, durante el siglo VI, el campo se mantenía todavía considerablemente alejado de la vida cristiana. Las parroquias eran poco numerosas y aisladas: en la diócesis de Auxerre sumaban 37, frente a las 217 del tiempo de Luis IX. Sin embargo, los notables

construyeron, en sus dominios, oratorios, que al principio fueron simples lugares de oración y reunión y, más tarde, se transformaron en los lugares de culto donde los fieles recibían los sacramentos. Posteriormente, se afincaron en ellos escuelas de clérigos (*presbyterium*), y de esta forma fueron definiéndose las nuevas parroquias rurales, mientras que las prácticas religiosas y, en particular, la misa cotidiana y la comunión frecuente, fueron regulándose según rituales más precisos. Las innumerables vidas de santos (varios centenares escritas en tres siglos) muestran, generalmente con gran entusiasmo, cuán grande era el interés de los obispos en la evangelización del campo. Este fue el caso de Sulpicio, obispo de Burgos entre los años 624 y 644, consejero del rey Clotario II, que dio prueba de un gran celo en la conversión de herejes y judíos y en la destrucción de los ídolos de los paganos, hasta el momento en que se retiró a vivir entre los pobres.

Sin embargo, las lejanas conquistas del cristianismo en la Galia del Norte y Germania, fueron debidas, fundamentalmente, a la obra de los monjes misioneros, en su mayoría pertenecientes a dos grandes familias espirituales, enfrentadas entre sí durante mucho tiempo.

Los monjes irlandeses

Irlanda, que se mantuvo al margen del mundo romano, primero, y de la Bretaña anglosajona, después, conservó sus antiguas costumbres y sus estructuras políticas y sociales propias: grandes familias tribales dominadas por jefes o reyes, sometidos a su vez a reyes más poderosos. La evangelización del país se debió a los misioneros: sacerdotes enviados por el papa (en 431, por Celestino I) y, sobre todo, Patricio; este último, de origen bretón, cautivo durante un tiempo en Irlanda, residió en la Galia y fue consagrado obispo por Germán de Auxerre, en 432, con el fin de que fuera a evangelizar a los irlandeses. La nueva iglesia, muy pronto omnipotente, se organizó en torno a los monasterios que, a falta de ciudades y obispos, ejercieron, sin oposición alguna, su autoridad espiritual en el campo, transformándose en los únicos centros de vida religiosa e intelectual.

Los primeros monjes irlandeses vivían como ermitaños. Sin embargo, más adelante se multiplicó el número de conventos dispersos por toda la isla: Clouard, fundado por san Finían; Clonmacnoise, por Ciaran; Durrow y Derry, por Columbus, que posteriormente emigró a la costa escocesa y se estableció en la isla de lona (murió allí en 597). Estos monasterios, construidos a menudo al estilo de las moradas de los reyes —los *raths*—, estaban rodeados, para protegerse de los lobos y de los bandidos, de muros circulares o murallas de tierra de varios metros de espesor. En el interior de este recinto se reunían numerosos edificios de distinto orden: iglesia, refectorio, hospicio, escuela, celdas para dos o tres monjes, etc. Los edificios eran de construcción muy modesta: las celdas, normalmente, no pasaban de ser chozas de ramajes y las iglesias, rectangulares, con hermosas piedras talladas y cubiertas por un tejado puntiagudo hecho con losas grandes y delgadas, no tenían más de entre tres y cinco metros de longitud. Solamente algunos monasterios construyeron grandes iglesias donde los fieles podían reunirse; por regla general, éstos rezaban fuera del oratorio, cerca de una cruz de piedra levantada en el interior del recinto amurallado.

En Irlanda, las reglas de la vida monástica se inspiraron, al principio, en las de Oriente. La de san Colombo, ya tardía (hacia el año 500), insistía todavía en la pobreza, la castidad y la mortificación; pero hacía del monasterio una comunidad cerrada, sometida a una estricta obediencia, y a severas penitencias; esa comunidad debía distribuir su tiempo entre la oración, el estudio (o la copia de libros) y el trabajo. Los monasterios, que practicaron generosamente la hospitalidad, dirigieron la vida espiritual de los laicos; sus *penitenciarios*, o guías de confesores, fueron posteriormente utilizados en todo Occidente. Sus escuelas acogieron numerosos discípulos provenientes de Inglaterra. De esta forma se fundaron las grandes ciudades monásticas donde vivieron, en tomo del abad y de los monjes, varios centenares de profesores y estudiantes, artesanos y obreros agrícolas. En Toomregan, el monasterio albergó tres escuelas: una para los estudios latinos, otra destinada al derecho irlandés y la tercera para la poesía irlandesa.

Sin lugar a dudas, estos monjes irlandeses debieron a las tradiciones aventureras de los escoceses (piratería, expediciones en las costas de Bretaña y Escocia) su afición por los viajes lejanos y la

vida errante; así lo atestigua toda su literatura épica y popular. Sus virtudes fundamentales, la *peregrinatio* y el deseo de aislamiento, constituyeron la razón última de la elección de enclaves escarpados para sus monasterios, construidos en islotes rocosos o en montañas abruptas, y de las largas migraciones solitarias; éste fue el caso de la de san Brendan. Estos monjes errantes emprendieron el descubrimiento de las islas del norte. En el continente, en la Galia y en Germania, fueron misioneros intrépidos. San Colomban, el más activo y el más famoso, fundó en primer lugar los monasterios de Luxeuil y Fontaine (en el sur de los Vosgos). Pero se enfrentó a los obispos y fue expulsado por Brunhilda; se hizo suyas con facilidad Suiza (donde su discípulo san Gallo dirigió luego una comunidad), la corte de los reyes lombardos y, por último, Bobbio, en los Apeninos ligures. Allí construyó un nuevo monasterio, que pronto pasó a ser centro de evangelización, de lucha contra la herejía arriana y de roturación de los bosques vecinos. Murió en 615. Los discípulos de san Colomban establecieron numerosos monasterios por toda la Galia y todos ellos siguieron una reglamentación común: Fontenelle en Coutances (Saint-Wandrille), Saint Eloy (Solignac en Limousin), Corbie, Remiremont, Hautvilliers y Saint-Valéry-en-Vimeu.

Roma y la regla de san Benito

Sin embargo, en la Galia del Sur, los primeros monasterios fueron establecidos en las costas de Provenza, donde las influencias de Oriente llegaron con mayor facilidad: las islas de Lérins (en 410, por Honorato), San Víctor y San Salvador en Marsella (en 418, por Casiano), Arles (en 513, por san Cesáreo). A continuación, más al norte, los reyes burgundios y francos dotaron ampliamente a las nuevas comunidades; así, por ejemplo, Segismundo, rey de los burgundios (515, Agaune), Clodoveo y Clotilde (Santa Genoveva, en París), Childeberto (Saint-Germain-des-Prés), Clotario (Saint-Médard, en Soissons), Radegunda, su mujer (Sainte-Croix de Poitiers), Brunhilda (Saint-Martin-d'Autun). Más adelante, en Normandía, la Île de France y la región

central se multiplicó el número de fundaciones en las tierras de los grandes, condes o familiares de palacio. En Provenza, las primeras reglas de vida monástica estaban todavía inspiradas en el ascetismo oriental: largas horas de oración y severas mortificaciones, poco contacto con el mundo exterior. Algunas de esas tradiciones se mantuvieron por mucho tiempo; en Agaune, por ejemplo, los monjes debían cantar salmos, sin parar. Sin embargo, la regla de Cesáreo de Arles, que, en el concilio de Agde (en 506), había hecho precisar las reglas disciplinarias para el clero secular, constituyó un primer paso hacia una vida monacal liberada de las prácticas orientales, una vida menos contemplativa y más adaptada a las exigencias de la evangelización rural.

En este ámbito, la acción de san Benito fue decisiva. Nacido en Nurcia, Umbría, en 480, vivió mucho tiempo como ermitaño en una gruta de los Abruzzos, cerca de Subiaco; en 529, famoso ya entre los campesinos por los numerosos milagros que había realizado, se estableció en Monte Cassino. Para dirigir a sus monjes, él mismo redactó una regla que se distinguía por un profundo sentido de organización y orden. En ella se precisaban las atribuciones del abad, el empleo del tiempo por los religiosos y la distribución de los oficios. Frente a las tradiciones orientales, su originalidad proviene de subrayar la necesidad de compromiso con la vida exterior, así como la importancia de la vida comunitaria y del trabajo, tanto intelectual como manual.

Esta regla de san Benito, indulgente y precisa, fue vigorosamente respaldada por el papado, y muy particularmente por Gregorio Magno (590-604). Este pertenecía a una rica familia patricia de Roma y desempeñó el cargo de prefecto de la ciudad. Una vez elegido papa, supo reparar las ruinas de la ciudad y alimentar a la población hambrienta y debilitada. Se dedicó especialmente a organizar la Iglesia, imponiéndole una estricta disciplina por medio del envío de *visitadores* y por el control de las elecciones episcopales en todo Occidente. Sus obras (los *Diálogos*, las *Morales* acerca de Job, los sermones u homilías, la *Pastoral*) muestran todas ellas el abandono de las grandes controversias dogmáticas y el deseo de ofrecer reglas prácticas para la religión y la vida cristiana. En definitiva, afirmó su supremacía sobre las metrópolis del norte de Italia y los patriarcas orientales. Bajo su

reinado, Roma, frente a Constantinopla y Ravena, ocupó de nuevo su puesto de capital, pero esta vez de capital espiritual.

Las grandes misiones de evangelización

La actividad misionera fue uno de los aspectos esenciales de esta obra de restauración. Al mismo tiempo permitió reducir el particularismo, la pujanza y autonomía de la Iglesia de Irlanda. En 597, Gregorio envió a Inglaterra, para evangelizar a los sajones, a Agustín, abad del monasterio que él había fundado en Roma, en el monte Coelio. Agustín consiguió muy pronto la conversión del rey Etelfredo y organizó, con gran rapidez, la iglesia de Inglaterra: primado de Canterbury, provincias de Londres y de York. Sin embargo, esta cristianización no pasó de ser superficial y los sucesores de Agustín debieron luchar durante largo tiempo contra los constantes retornos al paganismo. No puede decirse que la mayor parte de Inglaterra fuera cristiana antes del año 700. Es más, el establecimiento de la Iglesia romana en la isla provocó un vivo descontento entre los monjes irlandeses que habían instalado ya sus monasterios y centros de evangelización. La rivalidad entre las dos Iglesias se agravó todavía más dada la vinculación de los irlandeses a sus particularismos: forma de tonsurar a los clérigos y fijación de la fiesta de Pascua. Irlanda del Sur se unió a Roma en 631, pero Irlanda del Norte y los monjes de lona no lo hicieron hasta mucho más adelante, en 704 y 716.

Durante este período, en la Galia, la regla de san Benito prevaleció también sobre la de san Colomban y, de esta manera, la unidad de la Iglesia se vio reforzada en favor del papado.

Fue entonces cuando se multiplicaron las grandes empresas llevadas a término por los monjes y obispos misioneros, funda-

dores de monasterios y primeros jefes de las nuevas Iglesias, tanto en Germania como en Frisia, países que habían sido olvidados por la Iglesia franca. San Amando, procedente de Aquitania, que al principio fue monje en la isla de Yeu y en Tours, y que más tarde, después de su estancia en Roma, se estableció en la región de Gand, fue consagrado obispo de Maestricht en 647; se enroló siempre en lejanas peregrinaciones, desde el Danubio hasta los Pirineos. Muchos de estos misioneros procedían de Irlanda o de Inglaterra: Fridolin (abad, primero, de San Hilario de Poitiers, y después, de los monasterios del curso alto del Rin), Pirmin (fundador de Reichenau en una isla del lago Constanza), Willibrordo (obispo de Utrecht, muerto en 739) y, especialmente, Bonifacio, arzobispo desde 731, evangelizador de Turingia y de Baviera, reorganizador de la Iglesia franca, que fue degollado en Frisia en 754.

LA VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

Los misioneros, fieles a las directrices de san Colomban y de Gregorio Magno, intentaron no enfrentarse nunca a las prácticas ancestrales; a veces, incluso mantuvieron fiestas paganas, celebrándolas en honor de un santo. Esta conversión de los bárbaros (sajones, francos, germanos del este) fue, de todas formas, una obra delicada y de larga duración. Marcó profundamente la vida misma de la Iglesia romana, la actividad de su clero y las reglas de la vida monástica. Este apostolado constituyó otro aspecto original de Occidente, frente a Oriente, que tomó cuerpo después de las migraciones bárbaras.

La idea de que las invasiones bárbaras acabaron con la civilización romana, imponiendo tradiciones completamente nuevas, constituye un punto de vista completamente erróneo. Ciertamente, el derecho bárbaro da testimonio de una mentalidad y una práctica originales: responsabilidad colectiva de la familia, rescate de los crímenes por medio de multas —*wergeld*—, duelos

o pruebas judiciales. Pero las leyes bárbaras, tales como el *Código de Eurico* o la *Ley Sálica*, escritas, por otra parte, en latín, estuvieron profundamente influidas por el derecho romano mismo, o, cuando menos, por algunas de sus formas provinciales.

La lengua y las letras

Difícilmente pueden encontrarse, en los campos literario e intelectual, los rastros de una verdadera cultura germánica. La escritura utilizada por las lenguas nórdicas, jamás tuvo gran ascendencia en el continente; adoptada tardíamente, tendió a desaparecer desde los inicios del siglo VI (L. Musset). La lengua gótica, escrita por medio del alfabeto griego, en auge en el momento de la conversión de los godos, cedió definitivamente su lugar al latín dos siglos más tarde. Por otra parte, las manifestaciones de una cultura popular y de un folklore rural opuesto a la cultura del clero resultan todavía difíciles de definir y analizar por lo que respecta al tiempo de los reinos bárbaros. Sin lugar a dudas, esta cultura popular responde más al resurgimiento de viejos substratos indígenas, celtas, que a aportaciones verdaderamente originales.

La literatura remite siempre a viejas expresiones. La lengua latina, el gusto por la retórica, se mantuvieron pujantes durante los reinos godos. Así por ejemplo, en Ravena Boecio (480-524; la *Consolación filosófica*) y Casiodoro (480-575; de *Institutione divinarum litterarum*); o también, después de la reconquista bizantina, en el monasterio de Vivarium, Calabria, donde Casiodoro dirigió una especie de Academia literaria y científica, dotada de una admirable biblioteca. En España, Isidoro de Sevilla (560-636, *Historia de los godos, Sinónimos, Orígenes o Etimologías, Libro de la Naturaleza de las cosas*), hombre de fuerte personalidad y uno de los clérigos más brillantes de toda nuestra Edad Media occidental, permaneció también fiel a la cultura latina. Después de él, numerosas y preciadas obras profanas dejaron testimonio del prestigio alcanzado por las letras romanas: sirvan de ejemplo las *Cartas* de Braulio de Zaragoza o la *Crónica* de Julián de Toledo. Los monasterios (Dumio cerca de Braga, Servitano cerca de

Valencia, Agaliense cercano a Toledo y Caulanium próximo a Mérida), las escuelas episcopales (Sevilla, Zaragoza y Toledo), los reyes y los nobles de España enriquecieron sus bibliotecas con libros antiguos. En Irlanda, el latín se conservó como una lengua culta, erudita, protegida de todo intento de vulgarización. En la misma Galia, podemos observar muestras de afectación en las lamentaciones de Gregorio de Tours deplorando el declinar de las letras: la cultura antigua se mantuvo siempre viva en Provenza (Arles) y Vienne (regida por el obispo Avit entre 450 y 518 y, luego, por Didier entre los años 540 y 610).

Sin embargo, esta imitación no fue forzosamente servil. A pesar de que la obra de Isidoro de Sevilla rezuma una fuerte nostalgia por la antigua grandeza de Roma, una viva atracción por los antiguos temas filosóficos y una cierta sobriedad en las formas de expresión, asimismo da testimonio de una profunda originalidad. En ella podemos encontrar emociones verdaderas, un poder real de afección y sugestión, una mentalidad diferente, una profunda adhesión a su tiempo y a los valores del momento. La *Historia de los godos* es una especie de canto épico nacional y, según J. Fontaine, «una de las primeras formas de expresión literaria de la sensibilidad medieval». Esta emoción «nacional», este abandono del universalismo romano, del que Casiodoro había dado ya las primeras muestras, anunciaban una cultura nueva.

El arte bárbaro

Parece que las migraciones bárbaras aportaron a Occidente expresiones artísticas absolutamente nuevas. Durante los tiempos bárbaros, las artes llamadas *menores* (sería mejor denominarlas *mobiliarios* o *industriales*) prevalecieron sobre la arquitectura y la gran escultura. En cierta medida, puede establecerse una correlación entre este arte nuevo y las tradiciones nómadas, entre aquél y el deseo de guardar la fortuna en las armas, vestimentas y joyas. La asombrosa habilidad de los artesanos godos o francos, ambulantes al principio y establecidos más tarde en las orillas del Rin, en Worms, Colonia o Bonn, donde sus talleres eran ya céle-

bres antes de Clodoveo, demuestra el gran interés centrado en la fabricación y decoración de las armas, en la orfebrería religiosa o profana (fíbulas, placas de cintos, collares de oro). Ese trabajo siempre preciso, atento, de un objeto original al cual el artesano debe aportar todos sus sentidos, rompió netamente con la producción tosca, en serie, de la Galia romana. Entonces aparecieron placas compartimentadas con engarces de esmaltes. Los bárbaros conservaron de sus tradiciones nómadas y de Oriente el gusto por el lujo; nuevas técnicas: el trabajo de finas hojas de metal, de filigrana, de los metales preciosos y los colores vivos, los vestidos suntuosos y las joyas de oro y plata, de bronce dorado con incrustaciones de piedras duras o preciosas. Varios testimonios recuerdan este lujo bárbaro: las descripciones de Sidoine Apollinaire, las de los cronistas árabes que describían a los nobles visigodos cautivos en Damasco después de la conquista, los tejidos y joyas encontrados en la tumba de la princesa Arnegonde en Saint-Denis (hacia 570) y, sobre todo, los extraordinarios tesoros visigodos de España (las coronas descubiertas en Guarrazar) y las joyas lombardas de Monza.

Este arte bárbaro se ciñe a la decoración llana e ignora completamente el relieve: piedras grabadas, dibujos en filigranas. Es más, delimita un nuevo gusto: motivos abstractos de decoración, entrelazados geométricos y, en todo caso, formas estilizadas. El arte animalista de los godos (águilas, peces…) se vio enriquecido por el contacto con los lombardos, pueblo del que parece recibieron una influencia considerable. A sus temas habituales se sumaron los propios del *arte de las estepas* (arte de los escito-sármatas), es decir, la representación de animales fantásticos tales como los grifos y los dragones. Otra de sus características era la de ser un arte del movimiento: bestias enfrentadas en duros combates entrelazados, o monstruos de formas retorcidas.

A pesar de todo, debemos abstenernos de exagerar la importancia de las aportaciones propiamente germánicas. Este arte bárbaro fue también un arte de síntesis que reunió elementos muy complejos, de origen muchas veces incierto. Las tradiciones romanas permanecían todavía muy vivas en los reinos mediterráneos de los godos que construyeron las grandes iglesias de Ravena, Mérida o Evora; más tardías (después del 650) fueron

las de San Juan de Baños, en la región de Valencia, y las de Terrassa cerca de Barcelona, de planta cruciforme, adornadas con arcos cabalgados de hierro y cubiertas con bóvedas de piedra. San Isidoro dedicó tres capítulos de sus *Etimologías* a la construcción de edificios religiosos o profanos. Por otra parte, en los países del norte, allí donde las técnicas arquitectónicas no eran suficientemente fuertes, los temas ornamentales no fueron totalmente bárbaros. Muchos procedían de reminiscencias celtas. El arte irlandés, con sus magníficos manuscritos coloreados en los monasterios (el *Book of Kells*, por ejemplo) y las grandes cruces de piedra esculpida son un ejemplo apasionante de esa síntesis de elementos diversos: decoraciones sacadas de los sarcófagos galorromanos (sacrificio de Abraham; Daniel en el foso de los leones), escenas populares, imitaciones de orfebrería sajona e imágenes paganas. Los escribas irlandeses adoptaron gustosamente los motivos paganos, transformándolos en símbolos cristianos, con lo que mantuvieron vivas las antiguas creencias (entrelazados, símbolo de caudales de agua; ánades, símbolo de fertilidad). Es decir, en Occidente, las numerosas aportaciones bárbaras parecen sacadas de las civilizaciones orientales, de Bizancio o de la Persia de los sasánidas. Los monumentos y objetos bizantinos de Ravena constituyen, en la etapa final del Imperio, un testimonio decisivo de la evolución del arte romano —cada vez más influido por Egipto y Siria—, impulsada por los bárbaros. De hecho, sin ignorar la importancia de las nuevas técnicas, en especial en el trabajo del metal, esa estética bárbara debió muchas de sus formas y contenidos al Oriente mediterráneo.

Bibliografía: Obras citadas en la pág. 25. J. LESTOCQUOY. *Le paysage urbain en Gaule du Ve au IXe siècle,* Annales. Economies. Sociétés. Civilisations, 1953. E. EWIG, *Résidence et capitale pendant le haut Moyen Âge*, «Revue historique», 1963. H. PLANITZ, *Die Deutsche Stadt im Mittealter*, Graz, 1954. J. FONTAINE, *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisighotique*, 2 vols., 1959. P. RICHÉ, *Education et culture dans l'Occident barbare (VIe-VIIIe siècles)*, 2.ª ed., 1967. R. LATOUCHE, *Les origines de l'économie occidentale (IVe-XIe siècles)*, 1956.

Textos y documentos: Textos citados *supra*, pág. 25. E. SALIN, *La Barbarie mère des civilisations* (400-700) (col. «Les métamorphoses de l'Humanité»), 1967. F. HENRY, *L'art irlandais* (col. «Zodiaque»), 2 vols., 1963-1964. W. HOLMQUIST, *L'art des Germains depuis le Ve siècle,* en «Celtes et Germains» (col. «L'art dans le monde»), págs. 152-221, París, 1964. A. GRABAR, C. NOKDENFALK, *Le haut Moyen Âge*, Skira, 1957. J. HUBERT, *Les origines de l'art français*, París, 1947. J. HUBERT, J. PORCHER, W. F. VOLBACK, *L'Europe des invasions*, 1967. A. THIERY, *Récits des temps mérovingiens*.

Capítulo III

El Imperio de Carlomagno

Mapas: III *a* y *b*, frente a pág. 64.

LOS CAROLINGIOS Y LA RESTAURACIÓN DEL IMPERIO

La nueva dinastía

En 751, el advenimiento de una nueva dinastía franca señaló el triunfo de los mayordomos de palacio de Austrasia y el restablecimiento, en su favor, de la autoridad real debilitada o menospreciada por las grandes familias. Ellos mismos pertenecían a una de esas poderosas familias, poseedoras de grandes dominios entre el Rin y el Mosela, en las orillas del bajo Mosa, en la región de Brabante. De esas amplias propiedades supieron extraer hombres para defender la provincia y tierras para instalar allí guerreros fieles o fundar, para su propia gloria, importantes centros monásticos. Pipino el Viejo, llamado también Pipino de Landen († 639), mayordomo de Austrasia, casó a su hija Begga con Ansegiseldo, hijo de Arnulfo. Ese Arnulfo, consejero de Clotario II y más tarde obispo de Metz, habiendo alcanzado un gran prestigio, fue invocado posteriormente como padre espiritual de la dinastía carolingia. Pero las empresas de los mayordomos chocaron siempre con la hostilidad declarada de los restantes poderosos, ce-

losos de una independencia casi total. Un primer intento para suplantar al rey merovingio provocó, en 656, en el momento de la muerte del rey Segisberto II, una sublevación general de la aristocracia franca. Grímoaldo, hijo de Pipino el Viejo, fue hecho prisionero y ejecutado juntamente con su hijo y su cuñado Ansegiseldo.

Solamente un siglo más tarde, sus descendientes, fortalecidos por el prestigio de grandes victorias, se lanzaron de nuevo a la aventura y, al fin, triunfaron.

Pipino, llamado de Heristal, hijo de Begga, mayordomo de palacio a su vez, se dedicó a reunificar el reino. Vencedor del mayordomo de Neustria, en Tertry, cerca de Perona (687), dejó a su muerte (714) los tres gobiernos de palacio, Austrasia, Neustria y Borgoña, en una misma mano. Su hijo bastardo, Carlos Martel, unió a su nombre la gloria de Poitiers (732), donde las armas francas rechazaron los asaltos de los musulmanes, procedentes de España y en expansión hacia el norte. Poitiers sirvió, por partida doble, a la política y al prestigio de los carolingios. Carlos apareció entonces como el defensor de la cristiandad frente al islam. Pero constituyó un hecho de la máxima importancia el que los francos se impusieran todavía más en Aquitania, país que había permanecido fiel a las tradiciones galorromanas, manteniendo su postura hostil e insumisa; podría pensarse que los musulmanes fueron convocados por los insurgentes y, por tanto, en Poitiers, los francos debieron luchar a la vez contra los jinetes árabes o bereberes y contra algunos contingentes de Aquitania. De esta forma, Poitiers aseguró con gran solidez la empresa de los francos en este país resueltamente extranjero.

Después de la muerte de Carlos, sepultado en 741 en la basílica de Saint-Denis, el reino fue dividido entre sus dos hijos, Carlomán y Pipino; ambos ratificaron sólidamente su alianza con la Iglesia y su jefe en el país franco, Bonifacio, evangelizador de Germania. En 747, Carlomán abdicó y Pipino el Breve pasó a ser el único gobernante; en 751, con el apoyo del papa Zacarías, fue proclamado rey y el último merovingio, casi olvidado con el tiempo, desapareció en un convento. Pipino, poco después de

haber sido ungido por Bonifacio, acogió al papa Esteban II, acompañado de seis cardenales, en su dominio real de Ponthion. Entonces el papa se instaló en el monasterio de Saint-Denis, donde él mismo consagró al nuevo rey. La alianza con Roma marcó desde este momento la política de los reyes carolingios. Ungido por el Señor según el rito hebreo, principal protector de los cristianos y honrado con el título de *patricio* de romanos, Pipino reconoció al papa, el gobierno de la ciudad de Roma y la posesión de las provincias bizantinas de la Italia central (754). Confirmó así las palabras de la famosa *Donación de Constantino* (primer emperador cristiano), «de la que hay buenas razones para pensar que acababa de ser elaborada, con la ayuda de varias leyendas, por un falsificador a sueldo de la Santa Sede» (L. Halphen). El nuevo rey intervino por dos veces en Italia y derrotó a los lombardos que amenazaban Roma o la independencia del pontificado.

Carlomagno, rey de los francos

Sin embargo, a su muerte, en 768, la unidad del reino parecía todavía incierta: sus dos hijos, Carlos y Carlomán, se repartieron las provincias. Carlos, el más joven, retuvo el núcleo del antiguo reino merovingio pero se vio obligado a combatir de nuevo en Aquitania, donde no habían sido suficientes ocho difíciles campañas militares ni el asesinato del duque para terminar con la resistencia a la dominación franca. Los dos hermanos lucharon a base de intrigas, buscando aliados cerca del duque de Baviera o del rey lombardo, cuya hija fue tomada como esposa por Carlos. Pero Carlomán murió en 771.

Entonces, Carlos el Grande, del cual los contemporáneos, y en especial Egínhard, exaltaron su gran estatura, su fuerza, fortaleza de carácter y su deseo de imponer por todas partes el orden y el respeto de Dios, prosiguió acertadamente la política de sus antepasados. El rey franco, aliado del papa y protector de la Iglesia, atacó a los enemigos de Roma y de la fe, cualquiera que fue-

ra el lugar en que se encontraran. En 773, los lombardos y su rey Desiderio, habiendo penetrado en Roma y en San Pedro, sometieron al papa y además arrasaron las tierras pontificias hasta el pie de las murallas de Ravena. Carlos respondió a la llamada del papa Adriano I, repudió a la hija del rey lombardo, envió dos ejércitos a través de los Alpes, tomó Pavía después de nueve meses de sitio, celebró la Pascua de 774 en Roma y anexionó el reino de Desiderio, primero, y el ducado lombardo de Benevento, después. De este modo se convirtió en *rey de francos y lombardos*, confirmando así las famosas Donaciones de Constantino y de Pipino. Esta expedición, la primera de esa envergadura, que había obligado al ejército a invernar en campaña, concluyó con una verdadera conquista del norte de Italia y con la implantación de una nueva nobleza franca en este país. Carlomagno confió entonces el gobierno del reino de Italia a su hijo Pipino, asistido por varios consejeros.

Su gran obra fue, en vistas a la expansión del reino y de la cristiandad, la conquista y sumisión de los pueblos paganos del norte y del este: frisones, ávaros y sajones, especialmente, cuyas incursiones de saqueadores destrozaban constantemente los campos e iglesias de los países francos. En 767, Carlos lanzó tres expediciones contra Baviera, confiscándola al duque Tasilón, y permaneció durante más de tres años en Ratisbona para introducir ahí la administración franca. Frisia, siempre hostil a los francos y al cristianismo, donde Bonifacio había sido asesinado en 754, dividida en condados y evangelizada por clérigos procedentes de Utrecht, no fue completamente cristianizada y pacificada hasta el final del reino. Los ávaros, pueblo asiático de carácter todavía seminómada, se habían instalado en las llanuras de Panonia, desde donde su jefe —el *khan* o *khagan*— les conducía cada año a la conquista del botín. Ya debilitados por la expedición de 791, acabaron de hundirse bruscamente cuando los ejércitos francos se apoderaron, por dos veces, en 795 y 796, de su *ring* y de los tesoros de guerra; a partir de entonces, fueron aceptando lentamente la conversión y la pacificación, alteradas solamente por algunos levantamientos esporádicos.

Mucho más dura y pertinaz, la resistencia de los sajones, durante más de treinta años —de 772 a 804— movilizó las fuerzas de los francos. Esta fue la más grave empresa asumida por el reino, dirigida con brutal resolución y rara perseverancia. Carlomagno dirigió personalmente muchas de las batallas e invernó incluso en campaña para estar listo para el ataque en cuanto lle-

gara la primavera. Los sajones, galvanizados por sus jefes —en especial el célebre Widukindo—, resistieron desesperadamente a la dominación franca y rechazaron el cristianismo; en 782, aniquilaron todo un ejército franco en las orillas del Weser, capturando a oficiales y obispos y quemando las iglesias. Carlos respondió con un rigor extremo: masacres de prisioneros —la de Verden en 785—, devastaciones, captura de rehenes, conversiones forzosas garantizadas por las leyes de excepción y deportaciones masivas hacia otras provincias del reino. Finalmente, el edicto de 795 y el acuerdo entre los jefes posibilitó la continuación del proceso de asimilación; solamente los pueblos del norte seguían resistiéndose. La conversión se extendió por medios pacíficos y la evangelización siguió inmediatamente a la conquista. Los obispados de Bremen, Minden, Münster, Paderborn, Osnabrück, así como el de Salzburgo al sur, frente a los antiguos países de los ávaros, se transformaron en centros activos de misiones. De esta manera, una inmensa provincia, considerada en otro tiempo irreductible, había sido ganada para la cristiandad.

Carlos sufrió graves contratiempos con los musulmanes de España. Fue llamado a España, para intervenir en el conflicto omeyas-abasidas, por el gobernador de Zaragoza, sublevado contra el emir de Córdoba. Se vio obligado a sitiar Zaragoza en 778, pero fracasó y, cuando se batía en retirada, en el paso de Roncesvalles, la retaguardia de su ejército fue sorprendida y aniquilada por las bandas de vascos emboscados en las montañas; allí murieron muchos condes de palacio y Rolando, prefecto de los confines de Bretaña. Sin embargo, poco después, procedentes de las plazas fuertes de la marca de Septimania, los ejércitos francos atravesaron los Pirineos y, después de varias victorias y derrotas, conquistaron las principales plazas de Cataluña hasta el Ebro: Gerona en 795, Barcelona en 801 (o 803), Tortosa en 811.

El restablecimiento del Imperio de Occidente

La restauración imperial, en el año 800, apareció en un principio como la consagración de esas victorias, la consecuencia de la

expansión del reino franco. En Italia, e incluso en Roma, todo contribuía a afirmar el prestigio de Carlos: el papa León III, objeto de violentos ataques, apaleado en la plaza de San Lorenzo en Lucina y salvado en el último momento por dos *missi* francos, se trasladó a Sajorna para implorar la ayuda y protección del rey. Este, ya *patricio*, y por tanto, protector de Roma, entró en dicha ciudad como árbitro y señor, presidió un tribunal que juzgó las faltas del papa, recibió las llaves y el estandarte del Santo Sepulcro, enviados por el patriarca de Jerusalén y, el día de Navidad del año 800, fue aclamado por el pueblo de Roma como *emperador de los romanos*.

Esta restauración imperial supuso muchos problemas para los contemporáneos (y más tarde para los historiadores). Muy pronto se vio enfrentada a la hostilidad de Bizancio, poco dispuesta a abandonar sus prerrogativas. Constantinopla era regida entonces por una mujer, Irene, y los consejeros francos pensaron arreglar ese conflicto proponiendo una boda política entre los dos soberanos. Pero Irene fue derrocada y Carlos no fue proclamado emperador de Occidente hasta 812, mediante un acuerdo.

Resulta difícil precisar a qué idea política o a qué sentimiento colectivo respondió la proclamación de un nuevo Imperio de Occidente. Los análisis de L. Halphen, continuados y precisados por R. Folz y H. Fichtenau, permiten relacionarla con la noción de un *imperium christianum*, más o menos heredada del ejemplo bizantino: un solo reino en el cielo y un solo jefe en la tierra. Cristo no puede tener más que un vicario. Al reino de Cristo, creador del universo, le correspondía el de Carlos, todopoderoso, escogido por Dios, y, en definitiva, lugarteniente de Cristo, administrador de la Iglesia. El rey debía mantener y propagar la fe en todo lugar. Debía predicar con el ejemplo, como lo hacía el clérigo en sus sermones, educar y administrar a los súbditos del reino terrestre: «es un rey en su poder, un clérigo en sus sermones», escribió Alcuino. La idea de la necesidad de un nuevo título, consagrando esta dignidad, se hizo patente en el momento en que las conquistas francas fueron extendiéndose, cuando Bizancio parecía quedar resentida y reaccionar por medio de algunas

intervenciones, vanas sin duda, pero significativas: el hijo de Desiderio, rey de los lombardos, fugitivo, fue proclamado *patricio* en Constantinopla. En 794, Carlos residió por primera vez en Aquisgrán; allí decidió la construcción de un palacio sacro a imagen y semejanza del de Bizancio y de una capilla palatina edificada según los modelos del Santo Sepulcro de Jerusalén, del *chrysotriklinos* de Constantinopla y de San Vital de Ravena. Además, el rey franco había obtenido del papa autorización para levantar en las iglesias y palacios de Ravena columnas, capiteles, mosaicos y bloques de mármol para adornar su capilla.

«La religión cristiana constituye realmente el verdadero dinamismo del Imperio; es también ella la que otorga un prestigio nuevo a la tradición heredada de Roma; la que confiere "a los organismos legados por el *Regnum Francorum*" cohesión y vitalidad» (M. Pasaut).

Sin embargo, Carlomagno, rodeado de extraordinarias muestras de respeto y exaltado por la pompa del ceremonial palatino, jamás fue un rey-sacerdote, como se ha dicho algunas veces. H. Fichtenau insiste mucho en este punto. Si el emperador intervino en los asuntos de la Iglesia, sometió al papa a su autoridad, impuso a veces su propio punto de vista en materia de dogma, nunca fue investido del poder sacerdotal. Después de la ceremonia de coronación que, en verdad, se parecía mucho a la de la consagración de los obispos, nunca tuvo lugar la imposición de las manos. En la capilla palatina, el trono real, separado de los fieles y elevado por encima de éstos, estaba situado en la parte oeste del edificio, mientras que el altar de Cristo estaba en la parte este, el lado sagrado.

EL NUEVO IMPERIO DE OCCIDENTE

El emperador reivindicó, sobre los hombres libres, un conjunto de derechos que se han llamado con frecuencia *regalia* o *derechos regalianos*; éstos eran: el mando de los ejércitos y la leva de las tropas o incluso las tasas correspondientes, el ejercicio supremo de la justicia, el monopolio de la acuñación de moneda y la percepción de ciertos censos, tales como peajes y *toulieux* y el derecho de intervenir en las elecciones episcopales (M. Pacaut).

La principal preocupación de Carlomagno fue, sin duda, la de establecer una administración sólida, igual y centralizada en todos los países del Imperio. En este punto, todos los historiadores han señalado la importancia de su obra. Pero algunos de ellos se preguntan en qué medida fue respetada la autoridad real.

Intentó controlar las comunidades de hombres libres, sus tribunales, sus *centeniers* e imponerles, si no sus costumbres políticas, por lo menos una misma regla moral; pretendía extender esas instituciones francas a los países extranjeros recientemente conquistados. En cada *condado*, circunscripción que correspondía con frecuencia al antiguo *pagus*, el *conde* —*comes* o *graf*— era el lugarteniente directo del rey; era el administrador, presidente del tribunal —el *mallus*— protegía a los *boni homines* o a los *scabini*, convocaba y dirigía al ejército. Excepto el corazón del reino, que estaba directamente gobernado por el rey, en el resto del Imperio Carlomagno instituyó amplios gobiernos provinciales, sometidos a los condes y confiados a un *prefecto, duque* o *margrave*. En las fronteras se crearon las *marcas*, verdaderos gobiernos militares: marca de España, de Bretaña, de Friul, la marca danesa al norte y la avara al este. Carlomagno tuvo que confiar con frecuencia sus cargos a miembros de la nobleza local, los únicos capaces de hacerse obedecer. Muchos de ellos, ligados a importantes propiedades de tierra y apoyados en una amplia clientela, se manifestaron independientes y cedieron sus cargos a sus hijos. Con lo cual, para vigilarlos más de cerca y reprimir los abusos de las dinastías provinciales, el rey enviaba a los célebres *missi dominici* para inspeccionar sus dominios y a sus oficiales. Los *missi* fueron casi siempre fieles, francos; con frecuencia viajaban juntos un laico, oficial vinculado a palacio, y un obispo.

Carlomagno quiso gobernar a la Iglesia de la misma manera: la dirigió, la protegió en el interior del reino de los abusos o herejías, y en el exterior, de los enemigos no

cristianos. Los *Libri Carolini*, redactados según su voluntad (791), atacaron a los teólogos del concilio de Nicea (787) y, a propósito del culto de las imágenes, acusaron a los emperadores bizantinos de querer reinar como seres divinos. Ataques sinceros tal vez, pero que, sobre todo, tenían la ventaja de afirmar el derecho de Carlos a rechazar los errores dogmáticos. En 794, en un concilio reunido en Francfort, los obispos procedentes de todo el Occidente, incluso de Bretaña, condenaron, solemnemente bajo su mandato, el adopcionismo, doctrina profesada en España, especialmente en Toledo.

MAPA
II

Italia bizantina y lombarda



Prácticamente, el emperador decidía la elección de cada obispo y a continuación los empleaba dándoles todo tipo de cargos, como simples oficiales. Condes y obispos eran instruidos en el mismo palacio, donde Carlos atrajo, parece ser que a precio de oro, ofreciéndoles en cualquier caso cuantiosos beneficios, a los sabios extranjeros: Alcuino, maestro de la escuela episcopal de York, el hispánico Teodulfo, Paulo Diácono y Pablo de Pisa, ambos italianos. Así fue tomando cuerpo en la corte imperial un movimiento intelectual y literario llamado, de forma bien simplista, el «renacimiento carolingio». A ese resurgir de las letras le correspondió la brillantez del arte oficial: mosaicos y mármoles de las capillas en los palacios imperiales o episcopales; éste fue el caso de Germiny-les-Prés, oratorio de una villa campestre de Teodulfo, obispo de Orleans. Y todavía más, se configuró el suntuoso trabajo de las miniaturas, lujosas sobre su fondo de oro: la escuela palatina, bajo el dominio del mismo Carlomagno (evangeliario de Godescalc) y, posteriormente, las escuelas llamadas de Reims (evangeliario de Ebbon y Biblia de Carlos el Calvo) y de Tours (evangeliario de Lotario). Esta miniatura carolingia, que tomó de nuevo muchos de los temas ornamentales de la antigua Roma, constituye muestra suficiente del boato de un arte imperial del que no quedan más que escasos vestigios.

Por lo tanto, en el campo intelectual, las ambiciones de Carlos parece que quedaron limitadas a formar buenos administradores y buenos obispos, instruidos y dignos. Lo esencial era darles instrumentos de trabajo, y textos claros, especialmente jurídicos, a los cuales debían adaptarse. Esto último limitó de forma singular el alcance de este «renacimiento carolingio». Así, los *sabios de la corte* se esforzaron en precisar las reglas de gramática atendiendo, en la mayoría de los casos, a una simple imitación, a veces servil y formal, de los modelos antiguos. La reforma de la escritura, la famosa *caroline*, que facilitaba la copia y lectura de los textos esenciales, respondió a ese mismo deseo. En la escuela palatina fue-

ron retranscritos y luego recopiados por los escribas, en varios ejemplares, los *Capitulaires* de Carlomagno —sus leyes—, pero se hizo lo mismo con las obras de Gregorio el Grande y de los Padres de la Iglesia, el manual litúrgico romano y los compendios de decretos del Derecho canónico. De esta manera, sin originalidad alguna, más preocupados por citar que por crear, los eruditos reunidos en torno a Carlomagno, por lo menos conservaron fielmente una parte importante de la herencia de Roma y de los primeros tiempos de la Iglesia; sin duda, prepararon un lento progreso de las letras y un lento resurgir de la espiritualidad cristiana.

¿Sumisión o independencia de la aristocracia?

H. Fichtenau opone al libro clásico de L. Halphen (1947), que señalaba la eficacia del gobierno imperial, una perspectiva más pesimista. Aquél incrimina particularmente el espíritu de independencia y el escaso valor espiritual de condes y obispos. Sin duda, el emperador se esforzó en nombrar para los cargos episcopales, sobre todo en los países del este, a hombres sabios y personas instruidas en la corte: Richulf de Maguncia, Arno de Salzburgo, Ebbon de Reims; pero esos hombres dignos de sus cargos no pasaron de ser la excepción; abades y obispos no se ocuparon, generalmente, más que de reunir el mayor número posible de reliquias (en el monasterio de San Riquier: los cuerpos de 56 mártires, 34 confesores, 14 vírgenes, 14 santos y un gran número de desconocidos). Los monjes estaban obligados a orar constantemente por su propia salud o la del soberano (también en San Riquier, 300 monjes y 100 clérigos rezaban sin interrupción por el glorioso Augusto Carlos).

El emperador se esforzó también en luchar contra la influencia de los condes y de la nobleza local, estableciendo en las provincias a sus propios vasallos —los *vassi dominici*—, gratificados con beneficios y tierras procedentes del dominio real. Poco a poco, la nobleza franca fue imponiéndose más allá del antiguo reino, suplantando a la aristocracia provincial o integrándose a ella por medio de numerosos enlaces matrimoniales. De este modo, ciertas familias, verdaderas dinastías nobles de origen

franco, a veces incluso emparentadas con los carolingios, poseían cargos, honores y tierras dispersas por varias regiones. Esta colonización se aplicó especialmente a los países hostiles: Aquitania, donde todos los cargos pasaron muy pronto a manos de los francos y donde fueron instalados gran cantidad de pequeños vasallos reales, y los países recientemente conquistados tales como Italia o Baviera. Así, los Widons, procedentes de las orillas del Mosela, fueron margraves de Bretaña, duques de Spoleto e incluso, mucho más tarde, llegaron a ser los herederos del título imperial de Italia. Pero estos *potentes*, muy poco numerosos según parece, se convirtieron muy pronto en infieles, absolutamente dedicados a conquistar cargos y fortunas, a recaudar impuestos extraordinarios, a asegurarse ciertas protecciones familiares en la corte e incluso a corromper a los *missi dominici* a fin de evitar el castigo real. En especial, intensificaron de forma abusiva su poder sobre los hombres libres de la pequeña nobleza y de las clases medias. Estos últimos, abrumados por los servicios que debían al rey (servicio en el ejército o en la policía, asistencia tres veces al año al tribunal) o a la Iglesia (el diezmo que pasó a ser obligatorio y expresamente señalado en el juramento de fidelidad a partir de 820), y encontrándose en una situación económica difícil, se sometieron, más pronto o más tarde, a la protección de un grande, transformándose en su *vasallo* o su *hombre*, perdiendo así su independencia. Los grandes señores que, en la misma época, exigieron pesados servicios de sus *hombres*, rehusaron con frecuencia el que sirvieran en el ejército real, utilizándolos en sus querellas privadas.

A través de este razonamiento, H. Fichtenau muestra que la obra administrativa de Carlomagno fue un fracaso. Solamente su recia personalidad permitió mantener una apariencia de solidez. Después de él, el edificio se derrumbó.

¿Debe considerarse también la vida económica de la época carolingia, desde una perspectiva pesimista, como una era de regresión o, en todo caso, de contracción, como muchas veces se la ha presentado? Esta idea debe mucho a la importante tesis presentada y desarrollada por H. Pirenne en su libro *Mahoma y Carlomagno* (1937). Según él, la conquista musulmana interceptó el comercio marítimo de los cristianos, aislando a Occidente de los ricos mercados de las orillas orientales del Mediterráneo. Al mismo tiempo, el Imperio de Carlomagno fue un imperio de tierra, dedicado solamente a producir para su propia subsistencia: se trataba de una economía casi cerrada, apartada del gran comercio internacional y de los intercambios monetarios (Carlomagno abandonó la acuñación del oro). Esta tesis, que conserva todavía algunos partidarios, ha suscitado numerosas controversias y, hoy en día, parece difícil de mantener. El gran comercio había ya decaído mucho antes de las conquistas árabes y la piratería sarracena. Este replegarse hacia el interior y esa economía de intercambio tan precaria no fueron más que el resultado de un largo proceso de empobrecimiento de Occidente, en marcha desde los últimos tiempos del Imperio romano. Incluso ciertos autores, M. Lombard especialmente, afirman la tesis contraria a la de Pirenne y apuntan que, en los tiempos carolingios, existían ya signos anunciadores de un cierto renacimiento mercantil. Muestran la importancia de la reforma monetaria que reafirmó el monopolio real e instituyó la acuñación de *dineros* de plata, piezas de gran valor aceptadas tanto en el mundo musulmán como en los países nórdicos.

Los mercaderes sajones y frisios frecuentaron los puertos de Quentovic (cerca del actual Etaples) y de Dorestat (en el bajo Rin, cerca de Utrecht); remontaron el valle del Sena hasta París y la feria de Saint-Denis, el del Rin hasta Estrasburgo, donde intercambiaron telas por vino, e incluso llegaron a Basilea y Constanza. Más al norte, llevaron a Hedeby (en Schleswig), establecimiento mercantil, *portus* o *vicus* característi-

co, protegido por una muralla, fosas y una empalizada, las pieles compradas en Birka, otro condado fortificado, en Suecia. La conquista militar de los países sajones abrió también el camino de expansión para el comercio. En las grandes rutas estratégicas, Carlomagno estableció numerosos *Königshöfen*, puestos militares, luego centros de evangelización e importantes paradas mercantiles. Este fue el caso, por ejemplo, del largo *Hellweg*, gran vía de penetración frecuentada ya en tiempo de los romanos; desde Colonia, llegaba a Dortmund, Paderborn y luego a Magdeburgo, pasando bien por Hamel y Hildesheim, o bien por Corvey (impresionante abadía de colonización, levantada por los monjes de Corbie), Goslar y Halberstadt. Otra ruta, la de Dortmund, llegaba a Münster y Osnabruck y luego se dividía en tres ramas hacia Bremen y Hedeby, Minden, Verden y Hamburgo. Luneburgo y Bardowick. Todas estas rutas terrestres, así como las del Mosa y el Rin, parece que fueron muy activas y los historiadores alemanes, H. Planitz especialmente, afirman que en tiempo de Carlomagno se avivó el estancamiento del comercio. En un poema alegórico, escrito en 826, el monje Ermold el Negro hizo decir a los Vosgos: «Si tú no existieras, Rin, nuestros graneros estarían intactos, repletos por el grano de nuestros fecundos campos, que tú transportas, para que sea vendido más allá de los mares, mientras nuestros desdichados campesinos sufren hambre». A lo que respondía el río: «Está bien vender a los frisios y a las demás naciones marítimas e importar productos mejores. Así nuestro pueblo se engalana; nuestros mercaderes y los del extranjero transportan para él ricas mercancías».

Sin embargo, la tierra siguió siendo la fuente principal de la fortuna y del poder político. Ciertamente, el gran dominio, la *villa* heredada del bajo Imperio fortalecida en el momento de las invasiones germánicas y de las conquistas francas, presentada como la explotación típica de los tiempos carolingios, no reunió siempre todos los territorios. Al margen de las *villas* subsistieron, particularmente fuera del ámbito del antiguo reino franco, importantes comunidades de campesinos, pequeños propietarios de tierras libres. Pero los textos se refieren solamente a la *villa* del dueño. Por lo que refiere a esta época, los textos son numerosos y, con frecuencia, precisos: el *Capitulaire de Villis*; el compendio de las instrucciones dictadas por Carlomagno para la administración y explotación de sus tierras en las que el rey, con increíble esmero, describió los deberes del granjero modelo; los inventarios redactados por los *missi* referentes a muchos de los grandes dominios o *fiscs* del norte de la Galia; y, por último, los famosos *polípticos*, o censuarios, de las abadías carolingias que precisaban la extensión de las tierras y los derechos de los campesinos, y daban

el número exacto de edificios, ganado y utensilios agrícolas: *políptico de Saint-Germain-des-Prés*, llamado *de l'Abbé Irminon* y, en Alemania, los de las abadías de Prüm, Lorsch y Wissembourg. Saint-Germain y Prüm poseían cada una varias *villae* y alrededor de 20 000 ha de terreno; las demás abadías citadas, casi el doble. Obviamente, existían posesiones mucho más modestas: en Baviera, la de Staffelsee (850 ha) o la de Niederaltaich (alrededor de 4500) (Ph. Dollinger). En los países de antigua implantación franca, desde la Île-de-France al Rin, cada unidad de explotación, o *villa*, reunía de 500 a 1000 ha de tierras varias y de bosque, repartidas entre las que eran directamente cultivadas por el señor, que formaban lo que se ha llamado, por comodidad, la *reserva* (el término latino *mansus indominicatum*, *tierra del señor*, se presta a confusión cuando se traduce, porque la palabra «dominio» designa también el conjunto de posesiones) y los simples *mansos*, pequeñas explotaciones confiadas a campesinos propietarios.

El corazón de la *villa* lo constituía la *cour*, lugar de residencia fija o temporal del señor y, en todo caso, centro de administración y explotación. Protegida normalmente por empalizadas cerradas por puertas de hierro, la *cour* comprendía la casa del señor, las habitaciones de los criados y esclavos, los establos, porquerizas, majadas, la granja, cavas y bodegas, y además todos los talleres: forja, curtiduría, batán, molino y lagar. Los trabajos, en las tierras de la reserva, eran, en la primera parte del mes, realizados por esclavos domésticos, *familiares*, que vivían junto al señor, instalados cerca de su casa, conducidos al trabajo, cada día, en equipo, bajo la dirección del intendente y de los oficiales del dominio, los *ministeriaux*. Ciertos esclavos realizaban tareas especializadas de artesanos y trabajaban la madera, el hierro o el cuero, mientras que las mujeres, en el *gineceo*, tejían telas de cáñamo o de lino y telas de lana. Sin embargo, esta mano de obra servil ligada a la tierra era muy escasa: los esclavos capturados en las

campañas del este y puestos a la venta en el mercado de Verdún fueron casi siempre revendidos en los países del islam. De ahí el interés de parcelas confiadas ya sea a hombres libres (*manses ingénuiles*), ya a no-libres (*manses serviles*). El *manso* correspondía a la unidad de explotación campesina, cultivada en principio por una familia. Esta estructura se encuentra en todos los países de Occidente bajo diversos nombres —*hide*, *Hüfe*— y con una superficie variable en función de los terrenos y de la capacidad de fragmentación de las herencias. En su forma primitiva, designó, con frecuencia, una parcela de una decena de hectáreas. Los colonos participaban activamente en la explotación de la reserva. Estaban obligados a pagar un canon, a menudo en especie y correspondiente al arriendo de la tierra, y sobre todo a soportar pesadas cargas, diferentes según su condición respectiva. Estaban obligados, además, a ceder un hombre, uno o varios días por semana, para cargas personales de trabajo, cosecha o vendimia; debían proporcionar asimismo los acarreos, la vigilancia, la construcción de cercados y la reparación de las fortificaciones; los mansos serviles debían suministrar vigas, bardas, tablones de madera, duelas y aros para toneles. Las mujeres esclavas tejían la sarga con la lana del señor y cebaban las aves de corral. Así, la economía del dominio se basaba, en gran parte, en la explotación directa de la tierra, asegurada por los siervos domésticos y los pesados trabajos exigidos a los colonos. El señor era un jefe de la explotación y dueño de los hombres.

LA PARTICIÓN DEL IMPERIO

Ludovico Pío

La unidad del Imperio y, en definitiva, la idea misma de Imperio no resistió, en el caso de los carolingios, a las particiones, crisis sucesorias y querellas familiares. Se ha insistido mucho en el hecho de que el mismo Carlomagno consideraba los reinos conquistados por los francos como un patrimonio dinástico del que podía disponer a su antojo para establecer a sus hijos. La fórmula es, sin duda, excesiva; sin embargo, en 806, dividió sus estados entre sus tres hijos y sólo la muerte de dos de ellos permitió a Luis (Ludovico Pío) reinar sobre todas las provincias reunidas de nuevo. Su reino (814-840) supuso, en primer lugar, bajo la influencia de los administradores de palacio y los obispos, un claro refuerzo de la idea imperial. En 817, Luis proclamó la unidad indisoluble del Imperio (hecho que «provocó un escándalo en la santa Iglesia») y designó a su hijo primogénito Lotario como su único sucesor; los otros dos, Pipino y Luis, no tendrían más que *regna*: Aquitania y Baviera. En la misma época, se agravó la presión de los *missi* imperiales sobre Roma y el Estado pontificio, transformado en un verdadero protectorado franco. El Imperio no debía constituir más que «un solo cuerpo en Cristo».

Este centralismo abusivo y esta especie de cesaropapismo provocaron rebeliones violentas por parte de condes y grandes (Hugo, conde de Tours, el duque de Friul) apoyados muy pronto por Lotario. La situación empeoró todavía más cuando el emperador decidió reservar Alemania a un hijo suyo más joven, Carlos, nacido de su segunda mujer, Judith de Baviera; en 831, decidió un nuevo reparto. Vencido y humillado por todas partes, en 823 se vio obligado a mostrar su arrepentimiento y restaurar la unidad del Imperio en favor de Lotario.

El reparto de Verdún (843)

El Imperio franco cayó entonces en una anarquía total. Después de la muerte de Luis, en 840, los tres hijos que le sobrevivieron, Lotario, Luis y Carlos (Pipino había muerto en 838) se

disputaron la herencia; Lotario congregó a cierto número de fieles y clérigos ligados todavía a la idea de la unidad. Sus dos hermanos, aliados entre sí, se apoyaron en el particularismo del país. Vencedores en 841, en Fontenoy-en-Puisaye, cerca de Auxerre, se prometieron al año siguiente, en Estrasburgo, mutua ayuda y asistencia. En agosto de 843, Lotario, expulsado de Aix y refugiado en Lyon, tuvo que aceptar el tratado de Verdún que consolidó la partición del Imperio y que marcó, durante siglos, la escena política de Occidente. Carlos, llamado más tarde *el Calvo*, recibió la parte occidental: Neustria y Aquitania; la frontera seguía el curso de los ríos Escalda, Mosa, Saona y Ródano o se aproximaba a ellos. Luis el Germánico reinó en Austrasia, al otro lado del Rin (más un importante enclave en la región de Maguncia y de Worms, en la orilla izquierda) y en Germania. Lotario se reservó, juntamente con el título imperial y las dos capitales (Aix y Roma), la zona central de Italia.

Sin embargo, el reparto de Verdún no dio lugar al nacimiento de tres «naciones». Solamente se impuso la idea de la gran *Francia* común a todos y, por otra parte, los pequeños *regna*; así, Alemania se vio dividida entre varios pueblos y varios regna: sajones, bávaros… y Francia entre borgoñones, aquitanos, bretones, normandos. K. F. Werner recuerda que el ejército de Carlomagno, cuando marchaba a la guerra, se ordenaba según los *regna*. Con posterioridad a 843, el rey de los *francorum occidentalium* reinó en un Estado compuesto formado por diferentes *regna*, confiados frecuentemente a un *duque* o a un *marqués*.

Sin duda, la idea de una cierta solidaridad dinástica sobrevivió a este reparto. Los tres hermanos reunieron asambleas donde evocaron delante de sus fieles la defensa de Occidente contra las invasiones normandas y los problemas de la Iglesia: en Thionville, en 844, y en Mersen, en 847 y 851. Pero pronto se enfrentaron en luchas constantes. Después de la muerte de Lotario (855), su hijo Luis II tuvo que combatir a sus tíos, de nuevo aliados, ya que en el nuevo reparto de Mersen (870), le dejaron solamente Italia. Muerto Luis II sin herederos, Carlos el Calvo se hizo proclamar emperador en

Roma en 875 y, exceptuando Alemania, retuvo firmemente todo el antiguo imperio franco, incluida Italia. Su fuerte personalidad le permitió mantener todavía el ceremonial imperial y la idea de la unidad de los cristianos de Occidente. Pero, después de su muerte, su hijo Luis II el Tartamudo fue incapaz de imponerse; por otro lado, murió dos años más tarde. La corona imperial no correspondió a Carlos el Gordo († 888), hijo de Luis el Germánico, hasta 881. No obstante, la parcelación territorial se acentuó y el mismo título imperial, después de la última tentativa de Arnulfo de Germania, sólo fue llevado por príncipes italianos de segunda fila: Lamberto de Spoleto, después Luis de Provenza, Berengario de Friul, «supervivientes rezagados de un mundo definitivamente muerto».

Bibliografía: L. HALPHEN, *Carlemagne et l'Empire carolingien* (col. «Evolution de l'Humanité», núm. 33), 1947. H. FICHTENAU, *L'Empire carolingien* (col. Payot), 1958. R. FOLZ, *Le couronnement de Charlemagne*, 1967. G. PEPE, *Le Moyen Âge barbare en Italie* (col. Payot), 1956. P. ZUMTHOR, *Charles le Chauve*, Club Français du Livre, 1957. R. BOUTRUCHE, *Seignewrie et féodalité. Le premier âge des liens d'homme à homme* (col. Aubier), 2.ª ed., 1968, págs. 59-105 (hay trad. cast. Ed. Siglo XXI, 1973). R. LATOUCHE, *Les origines de l'economie occidentale* (col. «Evolution de l'Humanité», núm. 43), 1956. P. RICHÉ, *op. cit*. G. TESSIER, *Charlemagne*, 1967. R. DOEHAERD, *Le haut Moyen Âge occidental* (col. «Nouvelle Clio», núm. 14), 1971. (*Occidente, durante la Alta Edad Media*, Labor, S. A., Barcelona, 1974). R. FEDOU, op. cit.

Textos y documentos: G. TESSIER, *Charlemagne* (col. «Le Mémorial des siècles»), 1967. EGINHARD, *Vie de Charlemagne*, trad. L. Halphen («Classiques de l'Histoire de France»), 2.ª ed., 1938. ERMOLD LE NOIR, *Poème sur Louis le Pieux et épîtres au roi Pépin*, trad. E. Faral («Class. Hist. de France»), 1932. NITHARD, *Histoire des fils de Louis le Pieux*, trad. Ph. Lauer («Class. Hist. de France»), 1926.

A. GRABAR, C. NORDENFALK, op. cit., cap. II. *Les Carolingiens* (Dossier D. P. 5232, éd. Doc. française). J. HUBERT, J. PORCHER, W. F. VOLBACK, *L'Empire carolingien*, 1968. C. HEITZ, *Architecture et liturgie à l'époque carolingienne*, 1963. J. HUBERT, *L'art prérornan*, 1938.

Capítulo IV

Europa occidental y las invasiones en tiempos de los carolingios

Mapa III *b*, frente a pág. 64.

El Imperio carolingio, debilitado ya por las frecuentes particiones, sufrió, simultáneamente, los asaltos de los Pueblos del Mar, en todas sus costas, y de los jinetes esteparios en sus fronteras orientales. Estas nuevas migraciones provocaron la formación de nuevos Estados, más o menos estables allí donde los invasores fijaron su residencia, modificando así la estructura política de Occidente. Fundamentalmente, socavaron la cohesión del mundo cristiano, minaron por todas partes la autoridad real, precipitaron la evolución de las estructuras políticas y la emancipación de los pequeños jefes.

Debilidad del Imperio

El Imperio, después de Ludovico Pío, fue incapaz de resistir estos ataques, que ya resultaron peligrosos en tiempo de Carlomagno. Para explicar este fracaso se apela generalmente:

— por una parte, a la debilidad de la ideología imperial, difundida solamente en el estrecho círculo de condes, duques, margraves u obispos y, prácticamente, desconocida por los jefes

subalternos y, mucho más todavía, por las masas populares. Desde el fin del reinado de Ludovico Pío, fue difícil reclutar contingentes militares para hacerles participar en la defensa común, lejos de sus provincias. Con frecuencia, los jefes, e incluso los grandes, desatendieron la llamada del rey y Carlos el Calvo no logró jamás mantener guarniciones suficientes en los puentes fortificados que cruzaban el Sena;

— por otra parte, a la organización de los ejércitos carolingios orientados a la ofensiva: una caballería muy pesada, poco manejable, difícil de concentrar y sólo disponible algunos meses al año; una marina prácticamente inexistente; y, sobre todo, la ausencia de plazas fuertes: la mayoría de ciudades y monasterios carecían de murallas;

— y, por fin, al pánico que se apoderó desde los primeros asaltos de las poblaciones. Los invasores se esforzaron en crear un clima de terror a base de abominables matanzas, atrocidades ejemplares, e incluso de sus propias vestimentas. En estas condiciones, todo posible espíritu de resistencia se desmoronó.

No puede olvidarse que este «segundo asalto contra la Europa cristiana» se inscribe exactamente en la tradición de la primera ola de grandes invasiones. L. Musset muestra cómo los húngaros se consideraron herederos de los hunos de Atila y cómo las expediciones normandas en las costas de Occidente no son más que la continuación de las de los piratas sajones que, antiguamente, habían atacado Inglaterra y, algunas veces, Normandía. Sólo gracias a la fuerza de resistencia de los reinos francos y del Imperio después, en la época de Carlomagno, Occidente pudo vivir un largo período de tregua.

Carácter de las invasiones

Durante largo tiempo, las invasiones no fueron más que expediciones de saqueo, procedentes de lejanas bases o de campos fortificados de países sometidos, a los que los guerreros regresaban cada invierno cargados del producto de sus rapiñas: tesoros de monasterios principalmente, relicarios, estatuas, objetos de arte, mobiliario litúrgico; fundían el oro tan pronto volvían. Es decir, era el afán de botín más que la esperanza de una cierta dominación política lo que lanzaba a estos hombres a la aventura.

Pero no a lo desconocido: los itinerarios de estas incursiones seguían las rutas de las antiguas invasiones germánicas o las rutas mercantiles normalmente muy frecuentadas.

Las incursiones de los jinetes esteparios o de los piratas sarracenos nunca superaron este estadio. Los piratas del norte —los vikingos— establecieron algunas relaciones comerciales, aunque sólo fuera, en algunos casos, la lamentable trata de esclavos. Estos, más que seguir saqueando las poblaciones, exigieron un tributo más o menos regular y, finalmente, formaron Estados que muy pronto aceptaron la religión cristiana y una cierta asimilación. La mayoría de estos Estados tuvieron sólo una existencia efímera, pero su influencia sobre la civilización y la vida política misma de Occidente no puede menospreciarse.

LA ETAPA DEL PILLAJE

Los húngaros

Durante toda la Edad Media, el mundo bizantino se vio profundamente zarandeado por las invasiones procedentes del este. Una sola ola de estas grandes migraciones alcanzó la Europa occidental. Los magiares, pueblo de origen finés, al parecer procedentes en un principio del norte de Rusia, aumentaron el número de sus tropas con tribus turcas del Asia central. Hacia el año 875, atravesaron los Cárpatos y se instalaron en Panonia, de donde expulsaron a los campesinos sedentarios y a los misioneros. Encontraron allí amplios territorios de pasto y lugares propicios para pasar el invierno. Conocidos en Occidente con el

nombre de húngaros, lanzaron, a partir de 898, terroríficas incursiones anuales contra los campos y monasterios de Alemania (desde Baviera al mar del Norte), de la Galia (llegaron a los alrededores de París y de Orleans en 937, y asolaron Borgoña y el valle del Ródano hasta la Camarga) y de Italia (llanura del Po, montañas centrales e incluso las cuencas de los ríos del Adriático). Estas audaces incursiones, llevadas a cabo por rápidos jinetes que, de forma innovadora, y tal vez ello les daba una notable superioridad, herraban sus caballos y usaban estribos, devastaron Alemania entera. Detuvieron todo esfuerzo de colonización agraria en los valles de la baja Austria y de Baviera. A pesar de que algunas ciudades resistieron, Pavía y Estrasburgo fueron completamente destruidas, y el miedo hacia el jinete húngaro aparece de forma obsesiva en las crónicas y folklore de la época.

Fueron precisos los esfuerzos perseverantes de los reyes sajones para frenar su ímpetu de vencedores absolutos y devolver la seguridad. Enrique el Pajarero (rey en 919) fortificó las ciudades, construyó castillos y organizó nuevas fuerzas de caballería. Se enfrentó a las tribus eslavas aliadas, muchas veces, con los húngaros: en 928 se luchó entre el Elba y el Oder, construyéndose después el fortín de defensa de Meissen. Su hijo, Otón el Grande, dio un golpe decisivo a los húngaros en la batalla de Lechfeld (10 de agosto de 955), en el sur de Augsburgo.

A partir de entonces, los jinetes húngaros, estrechamente vigilados e incapaces de llevar a cabo nuevas expediciones lejanas, fijaron su residencia y se aliaron a otras tribus eslavas y turcas; poco a poco, sus príncipes administraron Panonia a la manera de los antiguos condes carolingios. El progreso de la evangelización se debió a las misiones bávaras de Ratisbona, Passau y Salzburgo. En el año 1000, Esteban († 1038) recibió la corona real de manos del papa.

Los sarracenos

Desde la época de Carlomagno, las flotas musulmanas procedentes del norte de África y de España, atacaron las islas del mar Tirreno y las zonas costeras italianas. Verdaderas repúblicas marítimas organizadas para la guerra corsaria, la piratería y la captura de esclavos, lanzaron durante casi dos siglos devastadoras incursiones en las regiones vitales de la cristiandad mediterránea: Provenza, Latium, Campania. Muy pronto, sus ataques penetraron hasta las zonas del interior. La conquista de Sicilia (hacia el año 830) reforzó sus posiciones y toda la Italia meridional parecía amenazada. Los piratas y los jefes de las bandas musulmanas —los *sarracenos*— se instalaron en Tarento y luego en Bari; en 846, saquearon Roma, sus iglesias y monasterios; en 869, devastaron el santuario lombardo de Monte Gargano, en la costa Adriática. Las tropas bizantinas tomaron de nuevo Bari en 871, pero el emirato de Tarento siguió siendo muy peligroso. Además, los sarracenos se atrincheraban en sus campos fortificados situados a lo largo de la costa tirreniense hasta el norte de Campania (el de Garigliano) o en las montañas del interior (Sepino, al norte de Benevento); desde allí asolaron con facilidad los valles del Volturne y de sus afluentes: el monasterio de San Vicente y, más alejado, Monte Cassino. Con frecuencia, los jefes cristianos de los principados lombardos, enfrascados en interminables conflictos, compraron sus servicios: en Nápoles, el duque Sergio se alió con el emir de Palermo; Nápoles pasó a ser «otro Palermo, otra África».

La reconquista cristiana, obra de las escuadras y ejércitos de Bizancio, se consolidó hacia el fin del siglo: en 880 se tomó Tarento y se libraron las batallas que, respondiendo a la llamada del papa Juan VIII, salvaron Roma de un nuevo desastre; en 915, se reconquistó Garigliano, la última colonia musulmana. Pero muy pronto la instalación en Palermo de los fatimitas africanos sirvió de nueva base de lanzamiento para las incursiones sarracenas y la guerra corsaria, llevada a cabo, casi siempre, por mercenarios eslavos establecidos en las islas del archipiélago ilirio. Las ciudades de Calabria, Campania y la misma Génova en 932, fueron saqueadas de nuevo y los griegos del sur de Italia pagaron fuertes tributos. Mucho más tarde todavía, la campaña de Otón I en Calabria y Apulia se resolvió en una verdadera catástrofe: después del desastre de Sila (julio de 982) ¡el mismo emperador buscó refugio en un navío bizantino! Los árabes sitia-

ron Cosenza, se apoderaron de Matera y acamparon bajo las murallas de Bari. Entonces los griegos no consiguieron más ayuda que la de las flotas cristianas de Italia: en 1003, frente a las costas de Bari, fueron apoyados por los venecianos, y en 1006, por los pisanos a lo largo de Reggio. Estas fueron intervenciones decisivas que señalaron el inicio del desarrollo de las ciudades mercantiles del norte y de las nuevas fuerzas de Occidente; más tarde, los ejércitos normandos derrotaron por sí solos a los musulmanes en varias batallas, todas ellas decisivas.

En Provenza, los perseguidores de esclavos y botín aislaron completamente Córcega y Cerdeña, atacaron Tolón, Arles y Fréjus. Desde *Fraxinetum*, su base fortificada invulnerable, impulsaron rápidas campañas en los valles de los Alpes hasta las orillas del lago Constanza. Hasta el año 973, en que *Fraxinetum* cayó bajo los esfuerzos conjugados de los condes de Provenza y Saboya, no pudo asegurarse la paz en los caminos de montaña. Pero las incursiones perduraron durante largo tiempo, forzándose las ciudades amuralladas: Tolón fue saqueada de nuevo en 1178 y 1197.

Origen de las migraciones escandinavas

Los orígenes de las expediciones normandas puede ser explicado por todo tipo de causas: ninguna teoría es completamente satisfactoria. Es difícil referir estas expediciones a un momento de peligrosa superpoblación: muchas de ellas perseguían el botín y no las tierras; además, en Escandinavia quedaban inmensas extensiones de terreno por roturar; de todas formas, esta superpoblación no tuvo nada que ver con la poligamia, como a veces se ha pretendido. Hablar de un enfriamiento de temperatura, durante el verano, que habría provocado la búsqueda de territorios más soleados, sería contradictorio con lo que sabemos respecto a la evolución climática del resto de la Europa occidental. También parece demasiado aventurado el pensar en un amplio movi-

miento de expansión política, consciente y organizado: las primeras migraciones se sitúan en un momento en que apenas está asegurada la consolidación política de Noruega, bajo la dirección de Haroldo, el de la Cabellera Hermosa (hacia el 900); la unidad de Dinamarca no se consolidó antes de 950 con Haroldo Diente Azul. De hecho, las incursiones de los piratas normandos, las expediciones a través de las llanuras rusas, fueron dirigidas por jefes de clanes, ricos propietarios, dueños de todos sus hombres y de su botín y, prácticamente, independientes de los reyes que se vieron impotentes, durante largo tiempo, para controlar el país. Es posible pensar que muchos jefes necesitaron ir en busca de lejanas fortunas a causa de conflictos dinásticos. El prestigio del jefe procedía siempre de la cantidad de tesoros distribuidos entre sus fieles, y es posible que respondiera además a su actividad guerrera, que pronto cobraba un carácter legendario, recogida más tarde en los cantares épicos que, en forma fabulada, cantaron los *sagas*. L. Musset prueba que el deseo de ascensión social y la búsqueda de hazañas guerreras y patrimonios familiares fueron los estímulos más poderosos y que los primeros éxitos obtenidos acrecentaron rápidamente este espíritu de aventura.

Desde el punto de vista económico, los normandos, pueblo de campesinos pero también de hábiles artesanos, pudieron vender sus productos de hierro, madera o cuero, así como el resultado de los saqueos y de la pesca, en los mercados del norte, Hedeby y Birka, en la isla de Gotland. Este tráfico lejano de mercancías se ejercía frecuentemente por medio de intermediarios extranjeros que no se incluían en el mundo de los pueblos mercaderes: los frisones y los vikingos, dominadores del mar; durante largo tiempo, no se dedicaron más que al pillaje, repartiéndose el botín, fundiendo los tesoros y negándose, según parece, a usar monedas. Pero, por otra parte, los productos del mundo carolingio llegaron regularmente a los países escandinavos: telas, vidriería, vinos y sal. Este tráfico, absolutamente esencial para el mundo normando, parece que estuvo estrechamente ligado a la aparición de monedas de plata musulmanas, aportadas por los varegos, guerreros y mercaderes de los países del este. Un cierto debilitamiento de todos estos intercambios, en torno a los años 850, provocado quizá por la ruptura de las rutas orientales del Báltico (rutas hacia los condados de Letonia —Grobina—, de Lituania y de Prusia oriental), habría suscitado entonces graves dificultades económicas y la necesidad de salir en busca de botín.

En última instancia, los primeros ataques escandinavos, los de los daneses por lo menos, parecían respuestas directas a los de Carlomagno contra los eslavos del norte, más allá del Elba.

Las incursiones de los normandos

Los normandos habían adquirido gran experiencia en el oficio de la piratería: su derecho ancestral de piratas rigió, durante largo tiempo, el armamento y organización de las flotas, la forma de ser gobernadas, la navegación, los ataques a tierra y el reparto del botín; costumbres muy afianzadas aseguraron la cohesión del grupo guerrero (L. Musset). Contrariamente a lo que afirmaron las crónicas francas, el pirata normando no era un hombre sin ley, fuera de toda obligación.

Tenía a su disposición excelentes instrumentos de combate. Estrechos barcos carentes de cubierta, rápidos y resistentes, de unos veinte metros de eslora, con un solo mástil y una gran vela desplegada en rectángulo. Las tumbas de los reyes noruegos (especialmente la de Oseberg) han conservado admirables ejemplos de estas construcciones navales, con una veintena de hombres a bordo, capaces de resistir mar gruesa, de detenerse en todas las costas y de remontar los ríos. En tierra, los guerreros vikingos llevaban una gran lanza, arco, escudo de madera y, en algunos casos, casco de metal; a estas armas tradicionales se sumaron las fuertes espadas francas introducidas poco antes o después de las primeras incursiones.

Los ataques contra los dominios francos, anglosajones o irlandeses fueron realizados, con toda seguridad, sin un previo plan de conjunto. Fueron sucediéndose durante más de un siglo (desde 810 a 911 en la Galia y desde 833 a 876 en Inglaterra), de forma muy irregular y con largos períodos intermedios de tregua. Sería inútil intentar establecer una historia cronológica precisa. A pesar de que las tres naciones escandinavas —suecos, noruegos y daneses— parecían muy distintas, con frecuencia reunían expe-

diciones y clientelas a base de estos hombres procedentes de lejanas regiones, unidos por tipos de vida comunes y por lenguajes semejantes. En la Galia, los contemporáneos se referían a los normandos para designar el conjunto de pueblos del norte a los que conocían muy poco. Sin embargo, para el mundo occidental, existió una gran diferencia entre las lejanas empresas, siempre marítimas y aventureras, de los noruegos y los ataques más profundos de los daneses, que penetraron hacia el interior y muy pronto se establecieron en campamentos estables ocupando las tierras colindantes.

Los noruegos saquearon las islas del norte (Shetlands, Orcadas y Hébridas) —donde, con el tiempo, fueron estableciéndose buen número de ellos—, el norte de Escocia y, hacia los años 840, las costas de Irlanda y la isla de Man. Inmediatamente después, se dirigieron hacia el sur: canal de la Mancha y océano Atlántico. El reciente descubrimiento de cerámicas meridionales en los emplazamientos arqueológicos de Irlanda, Cornualles y Devon muestra la importancia, en los tiempos bárbaros, de una vía comercial marítima entre España, Aquitania y los países del norte: lejana ruta, seguida más tarde por las flotas vikingas. En 859, una gran incursión dirigida por dos célebres jefes —Hanstings y Bjorn— condujo a una escuadra desde un campo fortificado del Loira hasta Sevilla y Cádiz; al año siguiente, estos dos vikingos asolaron las costas atlánticas de Marruecos, pasaron el estrecho, llegaron a las Baleares y Cataluña, e invernaron en una isla de la Camarga desde donde lanzaron duros ataques contra las ciudades de la baja Provenza; atacaron Luni (que confundieron con Roma), Pisa y remontaron el curso del Arno hasta Fiesole. Algunos de sus navíos siguieron rumbo al este hasta Egipto; los demás, vencedores de una flota musulmana cerca de Medinasidonia, volvieron a sus bases del Loira hacia el año 862. Otras intrépidas empresas marcaron la expansión noruega hacia el norte: la colonización de Islandia, que, a partir de los años 900, provocó importantes migraciones de hombres libres, esclavos y ganadería; más tarde, la colonización de las costas de Groenlandia y el descubrimiento de una tierra lejana, *Vinland*, donde crecía la vid y que algunos han identificado con el litoral

de Norteamérica (expedición de Erico el Rojo hacia el año 1000).

A partir de 834, los daneses asolaron las costas de Frisia y Amberes, remontando luego el valle del Rin. A continuación, desde 834, se dieron las incursiones simultáneas de Ruán y las costas de Inglaterra. Llegaron a París en 845 y obtuvieron entonces de Carlos el Calvo un primer *danegeld*, tributo de 7000 libras de plata. A pesar de todo, no dejaron de lado sus incursiones y pillajes, su persecución de esclavos y de los tesoros de los monasterios; partieron de su campo fortificado de Oisselles, en el Sena, hacia París, quemado en 857, Evreux, Chartres y Bayeux; dominaron todo el curso del Loira desde Nantes a Orleans. El puente fortificado de Pitres, construido por Carlos el Calvo, estuvo siempre falto de protección con lo que se malogró la posibilidad de utilizar a los normandos ya establecidos en la Galia como mercenarios contra las nuevas bandas; en 860, el jefe Weland se alió con los piratas. Más hacia el este, una potente flota nórdica construyó sólidos campos fortificados en las orillas del Lys, en Courtai, y del Escalda, en Gante y Condé, y, posteriormente, en la zona más interior de Asselt, en el Mosa; sus incursiones asolaron los valles del Mosa hasta Lieja y del Rin hasta Estrasburgo. En Inglaterra, los jefes daneses conquistaron el nordeste de la isla —*Danelaw*— y en 867 se apoderaron de York; pero la resistencia de Alfredo el Grande, rey de Wessex (871-899), la construcción de una sólida red de fortalezas, futuros centros de población, y de una flota de combate impidieron el progreso de la invasión.

LOS EFECTOS DE LA INVASIÓN

Los jefes vikingos, en cuanto los primeros botines estuvieron dispersos y el oro de los tesoros fundido, juzgaron más provechoso explotar a las poblaciones que obligarlas a desertar de sus ciudades y monasterios. Los francos pagaron su primer tributo sobre el Sena, en 845, y los ingleses en 865. Desde entonces, el *danegeld*, exigido frecuentemente, pasó a ser una institución habitual, especialmente en Inglaterra donde se tributaba casi cada año. La práctica del *danegeld* marcó así una segunda fase de la historia de las invasiones escandinavas: la búsqueda de nuevas tierras, de relaciones más estrechas con los pueblos sometidos y de períodos de tregua más prolongados. En Nantes los normandos evacuaban la ciudad los días de mercado. Las bases fortificadas en las desembocaduras de los ríos se transformaron entonces en centros de colonización y de tráfico de mercancías. Por el edicto de Pitres, en 864, Carlos el Calvo prohibía a sus súbditos comerciar con los normandos y facilitarles armas y caballos; prohibición ésta que tuvo que ser recordada en 876. Los noruegos construyeron muchas ciudades en las costas de Irlanda, centros comerciales como Dublín y Limerick.

El pasaje de estos asentamientos militares y mercantiles al Estado organizado fue, sin duda, favorecido por la conquista o cesión de amplios territorios, la necesidad de administrarlos, la introducción de estructuras políticas indígenas y, más tarde, la paulatina infiltración del cristianismo. En el reino franco, este pasaje estuvo apoyado por una concesión oficial del soberano: tratado de Saint-Clair-sur-Epte (911) en favor de Rollon, referente al vecino país de Ruán. L. Musset cita siete Estados surgidos del establecimiento normando en Occidente: uno en las bocas del Weser, otro en las del Rin, tres en Inglaterra (York, Anglia oriental y el formado por los cinco condados de Lincoln, Leicester, Nottingham, Stamford y Derby), y dos en Francia (Ruán y Nantes). Pero todos, a excepción del de Rollon en Ruán, exclusivamente sostenidos al principio por el prestigio del jefe, fueron desapareciendo en el transcurso de algunos años. Fueron minados por las disputas sucesorias, las luchas entre daneses y noruegos y entre normandos cristianizados y las nuevas bandas paganas; además, la disminución en este momento de las migraciones, impidió a los normandos conseguir refuerzos para resistir a las empresas de reconquista. Eduardo de Wessex recu-

peró York, hacia el 944 y, superada la minoría de edad de Ricardo I, duque de Normandía, el rey de Francia instaló un conde en Ruán.

Sin embargo, los Pueblos del Mar amenazaron siempre las costas de Occidente. Hacia el año 1000, una segunda ola de grandes migraciones llevó a los ejércitos daneses, ya perfectamente organizados y sometidos a una estricta disciplina, a las costas inglesas, y su rey Sven conquistó todo el país (1014). En la Galia y en España, este «segundo paroxismo» de las invasiones normandas se caracterizó solamente por grandes incursiones, devastadoras de los noruegos realizadas según la antigua tradición de los piratas (contra Compostela en 968).

MAPA III

a) **El Imperio de Carlomagno: País entre el Rin y el Elba**



b) **El Imperio de Carlomagno: Las invasiones en Europa occidental en tiempo de los carolingios**



Destrucciones y aportaciones de los pueblos escandinavos

A pesar de las afirmaciones de ciertos autores actuales, los daños causados por los normandos parecen indiscutibles. Los cronistas de los monasterios y el folklore del momento lamentaban la destrucción de ciudades y conventos, describían la devastación de los campos y a las comunidades de monjes buscando siempre refugios más lejanos. Esto vale para los países del norte, desde las costas del Báltico a las de Irlanda y desde las orillas del Rin a las del Loira. Si a esta situación le añadimos las devastaciones producidas por las incursiones húngaras y sarracenas, podemos decir que pocos fueron los lugares de la Europa occidental que se mantuvieron al margen de las destrucciones. La misma España musulmana fue atacada muchas veces y sus ciudades fueron devastadas. Estas destrucciones y masacres, la presencia de saqueadores en los ríos hasta entonces muy frecuentados, la destrucción de las flotas monásticas del Sena, por ejemplo, impidieron totalmente o, por lo menos, frenaron el cultivo de tierras, retrasando por mucho tiempo las roturaciones.

Sin embargo, no todas las regiones fueron afectadas por un igual y el resurgir económico, a veces realmente espectacular, se produjo en fechas muy variables. El tráfico de esclavos, o más tarde, su rescate, fue uno de los primeros síntomas de esa vuelta a la actividad; éste fue el caso de los puertos de Anglia oriental, Ruán y Noirmoutiers, mercados donde eran vendidos los hombres capturados en el interior del país antes de ser embarcados hacia las ferias escandinavas.

A. R. Lewis opone claramente el destino del norte y oeste de la Galia, zonas éstas absolutamente separadas del Mediodía y de Italia y reducidas a una «economía local», al de Germania, que había sido abierta al gran comercio por los frisones y los esfuerzos de Carlomagno, primero, y por los normandos, después. El Rin se mantuvo como una vía activa de intercambios, jalonada por nuevos centros comerciales, entre Tiel (que pasó a ocupar el lugar de Dorestat, entonces en ruinas) o Xanten y Duisburgo. Es más, la intervención normanda vitalizó las grandes rutas marítimas del norte, desde Irlanda a las orillas orientales del Báltico, y

las rutas fluviales de los varegos hacia los mares Negro y Caspio. En este sentido, los normandos «estimularon más que arruinaron la economía». El desarrollo de Bremen y de varios centros urbanos de Frisia, como Stavoren, dan testimonio de la nueva actividad de estos itinerarios mercantiles. En Inglaterra se dio el mismo proceso; la ciudad de York, por ejemplo, en absoluta decadencia durante los años 800, encontró de nuevo, bajo su influencia, una asombrosa prosperidad, y los simples pueblos de Anglia oriental (Norwich) se transformaron en ciudades comerciales, centros del intercambio a larga distancia y de acuñación de moneda.

La influencia que los normandos tuvieron sobre la civilización de los pueblos del norte, francos y sajones, parece asimismo difícil de precisar. La importancia de la población escandinava en las provincias de Normandía, sometidas entonces a la ley danesa, y en el Danelaw inglés sigue siendo un problema muy debatido, especialmente por lo que se refiere al caso de Inglaterra. Después de los estudios onomásticos (J. Adigard des Gautries), podemos decir que en Normandía los colonos escandinavos fueron relativamente numerosos. Procedentes, en su mayoría, de Dinamarca, y después de varias detenciones en Inglaterra, se asimilaron con rapidez a las poblaciones indígenas: el nombre de mujeres de origen nórdico no supone más que 4 % del total; lo que implica un elevado número de matrimonios mixtos. Sin embargo, esta asimilación y la sumisión a los duques de Ruán parecen mucho más inciertas en el este, en Avranchin y Cotentin, mal penetradas ya en otro tiempo por la autoridad franca, y donde no se asentaban los hombres de Rollon sino jefes aislados y cuya población de origen noruego tenía su importancia.

De todas formas, no pueden negarse algunas aportaciones importantes: imitaciones lingüísticas o jurídicas (en el caso del derecho matrimonial, por ejemplo), innovaciones técnicas, especialmente por lo que se refiere a los utensilios del mar, pesca y navegación. Los ingleses imitaron bien pronto (desde Alfredo el Grande) los navíos vikingos.

Transformaciones de Europa

En definitiva, la misma necesidad de oponer una mejor defensa a los invasores transformó la apariencia de Europa de norte a sur. Sin duda, la construcción de ciudades elevadas no puede atribuirse a las incursiones de los piratas del mar. Sin embargo, en Provenza, este movimiento de repliegue de los habitantes de la llanura hacia los *oppida* se empieza a vislumbrar mucho antes, a partir del fin del Imperio romano, y bajo Carlomagno las ciudades del sureste de la Galia pasaron a ser reductos fortificados, agrupados en torno al *castrum* (anfiteatros de Arles y Nimes). En el norte, para, contener a los normandos, construyeron, alrededor de las antiguas ciudades y de los nuevos mercados, sólidas defensas inspiradas en las de los campos fortificados de los vikingos. El norte de Francia y los Países Bajos se cubrieron de fortalezas: Brujas (879), Cambrai (881), Langres (887), Saint-Omer (891) y la abadía de Montreuil-sur-Mer; los habitantes reconstruyeron las murallas romanas de Estrasburgo y Tréveris. En la misma época Inglaterra renació a la vida urbana y cambió su rostro: antiguas ciudades romanas reconstruidas y cercadas (como Chester), centros comerciales del Dunelaw y, especialmente en el país sajón, innumerables puestos de defensa —*burks*— establecidos por los reyes.

Las invasiones normandas, húngaras o sarracenas, ayudaron también a que se precipitara gravemente la evolución de las estructuras sociales y las formas de gobierno. No todos los castillos, simples *mottes* cercados por empalizadas, fueron construidos contra los invasores o saqueadores. Sin embargo, la densa red de fortalezas privadas atestigua también la frecuente debilidad del rey, la disgregación de los poderes y responsabilidades, los estragos causados por las guerras privadas, y, en definitiva, la inseguridad de caminos y ríos. Con lo cual se afirmó el poder de los castellanos entre los guerreros; los demás, no pudiendo ofrecer asilo fortificado a los campesinos, sucumbieron fácilmente, pasando al rango de vasallos. De esta forma se instauró un nuevo

orden político, marcado por la exasperación de los particularismos regionales y la multiplicación de los lazos de dependencia y juramentos de fidelidad de hombre a hombre, características que fueron, a la vez, obstáculos para el ejercicio de la autoridad real. Poco a poco se instauró el carácter hereditario de los cargos y beneficios de vasallaje que el capitular de Quierzy-sur-Oise, redactado por Carlos el Calvo en 877, consagró e intentó solamente reglamentar. En la misma época, los grandes principados regionales, con frecuencia heredados de grupos étnicos o políticos, se superpusieron a los antiguos *pagi* carolingios y se emanciparon del poder real; y, en el interior de los *pagi*, los castellanos arruinaron el poder del conde. A partir de este momento, desaparecieron los cuadros territoriales de los tiempos carolingios. Se trató, sin duda, de una lenta evolución, iniciada ya antes de las incursiones de saqueadores, pero agravada por éstas. En este sentido, las «invasiones» señalaron un punto esencial en la formación de las sociedades feudales de Occidente.

Bibliografía: L. MUSSET, *Les invasions. Le second assaut contre l'Europe chrétienne* (col. «Nouvelle Clio», núm. 12 bis), 1965. (*Las invasiones. Segundo asalto contra la Europa cristiana*, Labor, S. A., Barcelona, 1968). Fr. DURAND, *Les Vickings* (col. «Que sais-je?», núm. 1188), 1965. A. R. LEWIS, *Naval Power and Trade in the Mediterranean. A. D. 500-1100*, Princeton, 1951, y *The Northen Seas, Shipping and Commerce in Northen Europe. A. D. 300-1100*, Princeton, 1958. L. MUSSET, *Les peuples scandinaves au Moyen Âge*, 1951. R. BOUTROUCHE, *Seigneurie*… (*op. cit.*, cap. III), págs. 167-181. R. LATOUCHE, *Les origines*… (*op. cit.*, cap. III).

Textos y documentos: F. MOSSÉ, *La saga de Grettin*, París, 1933. F. WAGNER, *La saga du scalde Ejil Skallagrimsson, histoire poétique d'un Vicking scandinave au Xe siècle,* 1925. T. D. KENDRICK, *Late Saxon and Viking Art*, Londres, 1949. H. ARBMAN, *The Vikings*, Nueva York, 1961. J. BRONDSTED, *The Vikings*, trad. ingl., 1960. E. OXENSTIERNA, *Les Vickings*, trad. fr., París, 1962.

CAPÍTULO V

Las invasiones en Europa central

MAPA IV, frente a pág. 80.

LAS MIGRACIONES HUMANAS

Los eslavos

Los historiadores de Europa oriental oponen, sin dificultad, las invasiones germánicas o asiáticas del fin del Imperio romano a la «obscura progresión de los eslavos». Quedan muchos problemas por resolver a pesar del nuevo interés suscitado por las investigaciones sobre los primeros años eslavos y el avance en los métodos de investigación, especialmente en el dominio de la arqueología.

Los eslavos fueron reconocidos desde el Alto Imperio romano, pero su nombre no aparece hasta los años 500. Su primer habitat fue una amplia zona de estepas de Ucrania, entre el Vístula y el Don, limitada al norte por el creciente bosque, y al sur por los territorios ribereños del mar Negro. Formaban un grupo humano poco consolidado, con estructuras políticas o religiosas muy débiles, incapaces de provocar, por encima

del simple compañerismo de las tribus y los pequeños principados de base familiar o tribal, la formación de Estados organizados.

La progresión de los eslavos se inició, según parece, durante los últimos tiempos del Imperio romano, ligada a una fuerte presión demográfica, con lo cual se ejerció siguiendo diversas direcciones. En Europa oriental los eslavos fueron, poco a poco, expulsando a los pueblos turcos: leñadores fino-húngaros de la taiga en la región del Oka y del Smolensko actual, jinetes esteparios del este, atacados a lo largo del Don y, después, del Volga; hacia el año 1000, los eslavos llegaron al mar del Norte y al de Azov.

Hacia el oeste, su expansión siguió a la de los germanos en un país casi vacío y, en todo caso, «totalmente desorganizado» (L. Musset); ocuparon sin saqueo pero siempre de forma muy lenta, un inmenso territorio hasta una zona fronteriza que, iniciada en el Báltico, llegaba al principio al Elba y luego a Magdeburgo, dirigiéndose hacia el sureste para cortar el Danubio en la región de Passau. Esta frontera que, salvo el curso del Elba, cruzaba el cauce de los ríos y parecía por ello bastante caprichosa, señaló el límite último de su avance. Y ello a pesar de las importantes incursiones emprendidas por las tribus del norte y, sobre todo, por los eslavos de Bohemia que, como los húngaros en esta misma época, se dirigieron a los países germanos en busca de botín (desde los años 800 al 1000 aproximadamente). Más al oeste, en los grandes dominios, era posible encontrar grupos considerables de población eslava, colonos infiltrados o prisioneros esclavos. Pero este complejo étnico, de poblaciones muy entremezcladas, permaneció bajo el dominio político alemán.

Hacia el sur, hicieron su aparición en el momento en que Justiniano desguarneció el frente de los Balcanes y se lanzaron a expediciones de saqueo más allá del Danubio; después de franquear en masa el río, atacaron repetidas veces Tesalónica y Constantinopla; finalmente se establecieron en los Balcanes y en Grecia e incluso en algunas islas a las que llegaron, según se cree, en sus

piraguas construidas simplemente ahuecando un solo tronco de árbol para cada una de ellas. Ocuparon, sin lugar a dudas, Macedonia y las provincias vecinas del norte; pero la implantación de los eslavos en Grecia propiamente, y de forma especial en el Peloponeso, es uno de los puntos más discutidos de la historia de las migraciones medievales. Los autores griegos han reaccionado enérgicamente contra la tesis alemana que mantenía una eslavización total del mundo griego. A. Bon, estudiando el Peloponeso bizantino, señaló la complejidad del problema y la falta de solidez de las fuentes narrativas, tales como la célebre *Crónica*, llamada de *Malvasía*, cuya fecha permanece incierta. El emperador Constantino Porfirogéneta (913-959) afirmó claramente que hacia los años 850 los países griegos estaban «totalmente eslavizados»; pero resulta difícil saber si debe entenderse que «habían pasado a ser eslavos» o «esclavos», es decir, reducidos al estado de esclavitud.

De todas formas, la influencia eslava en el Peloponeso se ejerció de manera distinta a como se hizo en el norte, donde los invasores formaron bloques compactos, y en el sur, donde eran menos numerosos y estaban muy divididos entre sí. Los griegos se refugiaron en la costa (donde incluso fundaron nuevas ciudades como Malvasía), en las islas, en las regiones meridionales, o también en las montañas del centro y del oeste, especialmente en la cordillera de Pindo. Otros griegos huyeron de su país y se dirigieron por mar a Calabria o incluso a Sicilia; una teoría todavía defendida hoy, atribuye a este éxodo de los griegos ante el avance eslavo la llegada de colonos y monjes a la Italia meridional y el refuerzo del helenismo en estas provincias. En cuanto a los eslavos, formaron, también en Grecia, grupos tribales cuyos jefes rehusaron por mucho tiempo el cristianismo y la asimilación al mundo bizantino. Estas *eslavinias*, que seguían siendo vasallas del emperador de Constantinopla, pagaban un tributo pero mantuvieron durante mucho tiempo una cierta autonomía étnica y religiosa. Se sublevaban con frecuencia y resistían violentamente las expediciones militares de represalia organizadas por los emperadores (por Irene en 783). Un poco más tarde, estalló una sublevación general de los eslavos del Peloponeso; atacaron la ciudad de Pairas con la ayuda de los sarracenos. A pesar de los progresos de la reconquista administrativa y militar, a pesar de la creación de *thêmas* en el noroeste, primero, y luego en el sur, a pesar de las transferencias de población, del avance de la conversión cristiana, de la institución de las metrópolis de Atenas y Pairas, hacia el año 900, todavía dos fuertes tribus instaladas en las montañas de Taigeto, los melingues y ezerites, se contentaron con pagar un tributo y conservar su autonomía. La *eslavinia* no pudo ser jamás sometida por completo.

Estas migraciones eslavas fueron limitadas u orientadas por las de los pueblos de origen turco o finés —búlgaros y húngaros— cuya intervención alteró completamente el mapa étnico de la Europa oriental.

Los búlgaros situados, al fin del Imperio romano, en las estepas del sur de la Rusia actual, entre los cursos inferiores del Don y del Volga, sirvieron durante mucho tiempo, como mercenarios o aliados, a los emperadores bizantinos contra los godos. Jinetes audaces, algunas veces vasallos de los avaros, les acompañaron en largas incursiones contra ciudades y campos de los Balcanes, llegando incluso a sitiar Constantinopla en 626. El fracaso de este ataque debilitó a los avaros y se formó entonces un gran reino búlgaro, reforzado por la llegada de otros pueblos turcos, que, bajo la autoridad de un solo soberano, Kubrat († 642), se extendió desde el Don hasta las llanuras de Kuban. Las grandes migraciones búlgaras, provocadas o aceleradas por la división de este reino y por el avance de otros pueblos turcos procedentes del este, tomaron, como las de los eslavos, varias direcciones. Dos grupos búlgaros cayeron bajo el dominio de otros pueblos turcos al igual que ellos, pero más poderosos: los ávaros en Panonia y los cázaros en Kubán y el norte del Cáucaso. Pero otros dos conservaron su autonomía; dirigiéndose:

— unos, hacia el nordeste donde fundaron, en las llanuras próximas a la confluencia del Volga y del Kawa, un imperio sólido y coherente, llamado a veces, *Gran Bulgaria*, y que perduró hasta el momento de la conquista por parte de los mongoles en 1236. Convertidos al islam a partir de los años 800, solicitaron del califa de Bagdad teólogos y juristas y afirmaron así su independencia frente al vasto Imperio cázaro judaizado;

— los otros, hacia el suroeste, en los Balcanes, donde se formó rápidamente un primer Imperio búlgaro. Instalados oficialmente por el emperador (hacia 680), en las llanuras de la desembocadura del Danubio, los búlgaros dirigidos por sus *khans* avanzaron hacia el sur, llegando al mar Egeo en los años 800 y amenazando de nuevo a Tesalónica y Constantinopla. Un siglo más tarde, bajo el reinado de Simeón (893-927), formaron un inmenso imperio y sometieron Macedonia, Albania y una gran parte de Servia hasta Belgrado. La dominación búlgara permitió entonces a las *eslavinias* de estas provincias conseguir una cierta cohesión e incluso alcanzar un cierto nivel de unidad.

Sin embargo, más al norte, la invasión de los magiares, hacia el año 1000, y su posterior establecimiento en Panonia, arruinaron los esfuerzos de unificación política del mundo eslavo de la Europa central; unificación iniciada ya con la expansión de un poderoso principado, la Gran Moravia.

Por otra parte, no pueden olvidarse las incursiones y el establecimiento de los suecos, guerreros o mercaderes. Desde sus bases del Báltico oriental ganaron, a través de bosques y estepas, por el Volga primero y más tarde por el Dniéper, las orillas del mar Negro, las del mar de Azov y las del sur del Caspio. Comerciaron con los bizantinos o musulmanes y, mercenarios al servicio del emperador griego, formaron una sólida guardia de *varegos* dirigida primero contra los musulmanes en Sicilia y, con posterioridad a 1050, contra otros normandos en el sur de Italia. No hay duda de que estas expediciones motivaron un comercio considerablemente intenso en las rutas de la Europa oriental; y, sobre todo, condujeron a los pueblos eslavos hacia el sur, preparándoles para el ataque contra las estepas y Constantinopla.

La población de Europa oriental

Después de estas nuevas migraciones, la Europa oriental resultó muy dividida. El mundo eslavo, limitado al sur y sureste por los pueblos de las estepas y frenado al norte por los bálticos y los fineses de los bosques, se vio él mismo compartimentizado por la presencia de ingentes grupos de población extranjeros:

— los bloques turco o finés de búlgaros y húngaros;

— las islas donde se mantuvieron poblaciones de lengua latina, comunidades residuales romanizadas, heredadas del bajo Imperio. Algunas de ellas, las del oeste, desaparecieron muy pronto como tales, germanizándose; éste fue el caso de poblaciones latinas poco conocidas, calificadas de *valacas*, escalonadas a lo largo del valle del Danubio, hasta Suabia. Pero otras sobrevivieron mucho más tiempo. Así, por ejemplo, los valacos de Tesalia y del Pindó, los rumanos del sur del Danubio en la región de las Puertas de Hierro y de Timok y, especialmente, los rumanos de Transilvania. Gracias a estos escasos «residuos de romanización», mantenidos a pesar de las migraciones eslavas y asiáticas, estos últimos formaron el grupo más importante. La propia historia de este grupo, muy desconocido, plantea un grave problema. Los historiadores húngaros, haciendo constar la falta de fuentes que indiquen algún tipo de supervivencia latina, afirman que esta provincia de Transilvania fue completamente repoblada por los latinos a partir de los años 1200. Pero la ausencia de textos nunca es prueba suficiente. Los autores rumanos piensan, parece que con razón, que la invasión eslava y búlgara provocó solamente una reconversión de las actividades y el abandono de la vida urbana por una economía de pastoreo refugiada en las montañas; hasta el momento de la gran expansión demográfica (en torno a 1100), las comunidades latinas aisladas se mantuvieron allí, sin desarrollar ningún tipo de organización política verdadera.

Todos estos pueblos extranjeros, latinos, germanos o invasores procedentes de las zonas más alejadas de Asia, contribuyeron directamente a agravar el parcelamiento del mundo eslavo, acentuando sus particularismos y divisiones. Pero, desde los inicios de las invasiones, se pusieron ya de manifiesto importantes divergencias que comenzaron a separar los destinos políticos de los diferentes Estados. Es usual distinguir entre los eslavos del oeste y los del sur o de los Balcanes. Respecto a cada uno de estos grupos, y especialmente al primero, es imposible hablar de una unidad de civilización o de estructuras políticas, de un derecho co-

mún. La unidad del mundo eslavo sólo puede concebirse por un error de perspectiva o forzando mucho el concepto.

LOS PRIMEROS ESTADOS

La historia de los primeros Estados de la Europa oriental ha suscitado muchas controversias y ha vasto enfrentadas tesis absolutamente opuestas, surgidas a finales del siglo pasado en el momento en que los nacionalismos germanos y eslavos chocaron en todos los dominios. El punto más discutido y que desde entonces acapara todavía la atención de los expertos fue el del papel exacto jugado por los suecos, jefes *varegos*, en el desarrollo de las ciudades y principados eslavos. Este problema está lejos de ser resuelto, por lo menos en el caso de Rusia, a pesar de los recientes progresos en las investigaciones arqueológicas. Pero, en otro dominio geográfico totalmente distinto, no puede olvidarse otra influencia, de carácter más esencial: la del Imperio bizantino. Los primeros imperios bárbaros de los Balcanes y de las estepas del sur debieron a Constantinopla sus propias concepciones del Estado, sus estructuras político-religiosas, el cristianismo con sus herejías y la organización de sus iglesias e incluso su derecho comercial. La política bizantina fue siempre la de asimilar a los pueblos vecinos o, por lo menos, a sus príncipes; asimilación iniciada por la conversión al cristianismo, consagrada por las alianzas matrimoniales y que podía llegar hasta la adopción de príncipes. Por ejemplo, en el caso de los búlgaros y los rusos.

Los imperios de las estepas. El Imperio búlgaro

Antes de seguir el ejemplo bizantino y adoptar el cristianismo, los pueblos turcos establecidos en la frontera norte, en las estepas de Kubán y el sur de Rusia, formaron sólidos Estados: los imperios ávaros tomados luego por los búlgaros, la Gran Bulgaria del Volga, los búlgaros de los Balcanes y, especialmente, el Imperio de los cázaros, enriquecido por el comercio de caravanas hacia el Caspio o el mar Negro y por sus ciudades mercantiles, pobladas de judíos, cristianos y musulmanes. Su estricta organización política debió mucho a la herencia turca, a la omnipotencia de una nobleza militar muy jerarquizada y a la sumisión a un jefe supremo, el *khan* o *khazar*, el poder del cual se consideraba de origen divino. Recurrieron también con frecuencia a los ritos políticos y al ceremonial de las antiguas tradiciones sasánidas de los persas: los palacios fortificados de los *khans* se inspiraron directamente en los de Mesopotamia y Ctesifonte. La concepción del Estado fue también, como la persa, la de un imperio que reunía a pueblos diversos, de distintas lenguas y religiones, dirigido por los oficiales turcos.

Entre los búlgaros de los Balcanes, el primer imperio se desarrolló de forma decisiva, a la manera del de Constantinopla, del que sus *khans* adoptaron la religión y las concepciones políticas. Esta evolución fue también, en cierta medida, provocada por una eslavización progresiva del Imperio y de los propios cuadros que lo regían: lentamente los elementos eslavos parecen llevarlo a su núcleo original, *protobúlgaro*. En 705, el *khan* búlgaro recibió, por vez primera, el título de *César*; en 864, el bautismo de Boris preparó, después de algunas tentativas para introducir el clero romano, la instalación de una Iglesia griega con su patriarcado autónomo. Señor de poblaciones muy diversas —búlgaros, eslavos, griegos, latinos, germanos—, el emperador búlgaro pretendió atribuirse la dignidad imperial de los griegos y la herencia de Roma. Las señales de esta *translatio imperii* se manifestaron plenamente cuando Simeón, en 913, tomó el título de *basileus* y se proclamó aliado de Constantino VII Porfirogéneta. Más adelante, el intento fracasó y entonces fue necesario destruir el Imperio de los búlgaros y dispersar al pueblo por las armas. Dejó de ser para Bizancio punto de atracción y prestigio.

Los eslavos del este. Los rusos. Los principados de Kiev

La historia de los pueblos eslavos del este parece escapar completamente, en sus inicios, a esta influencia bizantina. Desde que los búlgaros y cázaros formaron sus extensos imperios, el destino político de los eslavos orientales fue marcado, por el contrario, por un proceso de lenta maduración. En un principio, fueron consolidándose las comunidades de familias o de clanes, más o menos igualitarios, administrados por todos los hombres reunidos en una asamblea general, la *vetche*. Más tarde, se formaron federaciones de tribus, pequeños principados aislados, bajo la autoridad de un jefe, servido por una guardia personal de guerreros, la *droujina*, y señor de fortalezas cercadas por empalizadas de madera. Estos primeros principados se mantuvieron, sobre todo, en las zonas de bosque, separadas del Báltico por otros pueblos, fineses o húngaros, y luego por las intervenciones escandinavas; en el sur, fueron respetados por los imperios de las estepas del mar Negro. Los castillos fortificados, o *gorods*, dominaron todo el país: los eslavos llamaban a la futura Rusia, el *país de los gorods*. Sin embargo, estos castillos no fueron exclusivamente centros militares y de explotación dominal sino, frecuentemente, verdaderos centros preurbanos, habitados por un número creciente de artesanos y visitados en ocasión de ferias o grandes fiestas a las divinidades paganas. Se pueden contar unos quince de esos *castra* o *gorods*; así, en Kiev, cuyos orígenes se remontan por lo menos a los años 800, tenemos Smolensko, Rostov y Chernigov.

¿En qué condiciones se unificaron estos principados y se formó el Estado de Kiev, primer Estado ruso sólido y conquistador? Sólo en el texto literario, *Crónica del tiempo pasado*, o *Crónica de Néstor*, ya se dice que los príncipes eslavos del norte, destrozados por rivalidades y conflictos inextricables, llamaron en su ayuda a un jefe normando, Rurik, que estableció entonces (hacia los años 850) su dominio sobre Novgorod. Más adelante, extendió su autoridad a las fortalezas situadas más al sur, hasta Smolensko, y a lo largo del Dniéper. Su hijo Oleg se instaló en Kiev, primer

centro de un imperio ruso que absorbió, poco después, todos los centros rurales y, en particular, Polotsk, donde reinaba una dinastía local.

La tesis «normanista», mantenida durante mucho tiempo por los historiadores escandinavos y alemanes, admite este esquema en su conjunto. Insiste en la importancia del poblamiento escandinavo en las ciudades e incluso en los campos, en el papel decisivo jugado por los mercaderes y guerreros varegos lanzados por las rutas de los ríos para el transporte de mercancías hacia el mar Negro y Bizancio. Admite «el requerimiento a los varegos» y muestra que la consolidación política del Estado de Kiev fue, posteriormente, obra suya.

Los historiadores rusos tienden a oponerse totalmente a esta tesis así expuesta. Afirman que la vida urbana existía en Rusia antes de la intervención de los escandinavos y que las ciudades no fueron el resultado de la expansión del comercio procedente del extranjero sino que constituían la herencia de una tradición muy antigua. Las excavaciones de Novgorod-la-Grande, realizadas entre los años 1951 y 1958, muestran que la ciudad, incluso después del año 1000, conservaba el aspecto propio de las ciudades eslavas: calles con pavimentos de madera (a lo largo de 25 años aproximadamente, fueron añadiéndose pavimentos nuevos: se llegaron a contar 28 niveles diferentes), casas de madera de dos plantas. Los jefes no eran mercaderes sino jefes «feudales» cuya fortuna estaba ligada a la tierra, incluso a veces a dominios muy alejados (hasta 500 km) que les proporcionaban importantes rentas en especies; tanto los documentos oficiales como las cartas y documentos privados, escritos en corteza de abedul, testimonian estas fortunas territoriales. Novgorod estaba situado en el centro de una gran extensión agrícola donde se cultivó primero el mijo y luego el centeno; la cosecha cubría las necesidades de la ciudad en la que las casas daban a un patio con establos y caballerizas. El artesanado jugaba un papel mucho más importante que el comercio; había numerosos zapateros, forjadores especializados y fabricantes de objetos de hueso. En otras ciudades rusas, menos importantes, los habitantes trabajaban ellos mismos sus campos. Estas ciudades acogieron, sin duda, a los varegos pero, afirman los autores rusos, fueron rápidamente integrados; su papel político resulta innegable.

Los historiadores escandinavos actuales han propuesto una interpretación más precisa que se sitúa entre estas dos tesis extremas y que ha sido aceptada por todos los historiadores, a excepción de los rusos. Mantienen que el nombre de *rusos*, y las pruebas de ello parecen indiscutibles, se dio, en primer lugar, a los suecos que avanzaron hacia el sur. Estos hombres encontraron,

sin duda, una civilización preurbana, o tal vez urbana, ya evolucionada y principados civilizados. Sin embargo, fueron muchos los que se establecieron allí y a ellos se atribuyen:

— la apertura de vías de acceso al mar Negro, favoreciendo así el gran comercio en Rusia y provocando un segundo desarrollo urbano;

— y la concentración en un Estado coherente y unificado de los principados rivales más o menos aislados. Así pues, el Estado de Kiev fue obra suya a pesar de que poco después dejaran de ser sus dominadores.

Por otra parte, la influencia bizantina fue siendo cada vez más viva desde que los rusos de Kiev atacaron los Balcanes y amenazaron Constantinopla. Sus príncipes conocieron también las enseñanzas de Bizancio y el cristianismo por medio de los búlgaros o los cázaros, a los que destruyeron el Imperio en 968; aquel mismo año Sviatoslav venció a los búlgaros del Danubio y tomó Itil, capital de los cázaros, donde vivían ya numerosas colonias rusas. Los rusos viajeros y comerciantes recibieron el bautismo en Constantinopla o en Kersón, Crimea. En 988 o 989, Vladimir (rey desde 980 a 1015), hijo de Sviatoslav, se convirtió y, después de la conquista de Kersón se casó con Ana, hermana del emperador Basilio II. La leyenda dice que desde entonces el primer príncipe cristiano de Kiev adoptó el vestido bizantino propio de Constantino el Grande al que los cronistas rusos de la época le compararon. Surgieron entonces los sacerdotes búlgaros y más tarde, después de la destrucción de su Imperio, los primeros sacerdotes griegos. Rusia conservó su Iglesia nacional, pero adoptó la liturgia, ritual, formas arquitectónicas y el culto de los iconos inspirados en los de Bizancio.

Los eslavos del oeste: los Estados

Los destinos políticos de los eslavos del oeste no parecían tan distintos: no formaron grandes imperios surgidos como resultado de un proceso de conquista, sino más bien modestos principados que se esforzaron en integrar las tierras colindantes. Los del sur y del centro debieron parte de su prosperidad a las rutas que conducían a los mercaderes hacia las ciudades búlgaras y Constantinopla; en cambio los del norte, especialmente de Polonia, consiguieron su fortuna a partir de los recursos locales y su proceso de evolución fue distinto. En todo caso, la influencia más o menos grande de Bizancio, tanto en el plano político como en el económico, acentuó todavía más estas divergencias.

Los eslavos de los Balcanes, organizados en grupos tribales prácticamente autónomos, no conocieron la unidad política y la formación de un Estado coherente hasta que pasaron a ser dominados por el Imperio búlgaro. Faltaría solamente determinar hasta qué punto fue eslavizado este imperio. A pesar de todo, los esfuerzos de consolidación fueron afirmándose en el noroeste. Después de un primer fracaso provocado por la intervención victoriosa de las armas francas de Ludovico Pío (hacia 820), los príncipes eslavos croatas dominaron una parte de Serbia y disputaron las ciudades costeras de Dalmacia a los griegos y venecianos.

En la Europa central, resultó más espectacular el establecimiento del reino eslavo de Gran Moravia en una región dominada entonces por señores guerreros, dueños de los *castra* fortificados. Hacia los años 900, los príncipes moravos impusieron su autoridad sobre un amplio territorio habitado por pueblos de orígenes diversos, que, además de la Moravia y Eslovaquia actuales, se extendía por los valles superiores del Elba y el Vístula. Cristianizados ya en parte por los monjes procedentes de Salzburgo, los moravos desearon, sin embargo, una cierta autonomía religiosa y su rey Ratislav pidió, en 862, a Bizancio que les enviaran misioneros. El emperador escogió para esta misión a Cirilo el Fi-

lósofo (827-869), que más tarde adoptó el nombre de Constantino; era alumno de Focio, patriarca de Constantinopla, y fue apóstol de los cázaros. Le acompañó su hermano Método y ambos obtuvieron el apoyo del papa contra el clero alemán; ante la imposibilidad de helenizar a todos los pueblos y cleros eslavos, dotaron a Moravia de una Iglesia nacional, de carácter muy original por la invención de una lengua literaria, el *eslavón*, y la adopción de una liturgia particular, que respetaba las normas establecidas al mismo tiempo que introducía algunas peculiaridades. Además, emprendieron la tarea de traducir al eslavón una antología de lecturas del Evangelio.

Las monedas o joyas y objetos de arte descubiertos en las excavaciones de las ciudades moravas, Milkucice y Staré Mesto, dan testimonio de intercambios comerciales muy activos con Constantinopla por el Danubio y luego la ruta de Belgrado, Nich y Andrianópolis, e incluso con Venecia.

Pero la invasión húngara y el aniquilamiento de Gran Moravia señalan el fin de la influencia bizantina y del posterior retroceso del clero griego ante los monjes alemanes.

Más al norte esta influencia bizantina parece muy difusa, si no inexistente. En todo caso, el proceso seguido allí no fue el de la formación de amplios imperios complejos y plurilingües, sino de reinos mucho más homogéneos, que correspondían a grupos étnicos mejor delimitados: los Estados checo y polaco.

Los destinos de Bohemia y de sus príncipes parecían, a pesar de la presencia de mercaderes árabes o judíos en Praga, ligados a los del Imperio alemán del que adoptaron el cristianismo; les reconocían una especie de supremacía o soberanía política. En el momento en que, bajo los Otones (después de 950 aproximadamente), se consolidó la *renovatio imperii* y la pretensión de un

cierto universalismo, estos eslavos fueron, para los soberanos alemanes, parte integrante del nuevo Imperio. Esta política recuerda la del *basileus* griego de Constantinopla y permitió conservar las lenguas, las Iglesias nacionales e incluso una cierta autonomía de los reinos sometidos al Imperio. No obstante, los checos permanecieron mucho tiempo dispersos y sus jefes —*duques*—, dueños también de fortalezas en las montañas, no admitieron la autoridad de los príncipes de Praga, Premyslidas.

La Polonia medieval surgió también de un lento proceso de maduración política. El Estado primitivo de los *polanos* se inició, de forma poco conocida durante largo tiempo, bajo la dinastía de los Piast; su suerte no pasó de ser mediocre al igual que la de los numerosos pueblos eslavos vecinos. Las grandes conquistas y la consolidación del reino fueron obra de Mieszko I (Mesco, 960-992). A. Gieysztor ha precisado las etapas y características de este proceso; ha demostrado que en 960 el dominio del príncipe de los polanos, centrado en torno al *castrum* fortificado de Gniezno, no comprendía más que las llanuras bajas de Gran Polonia, Cuyavia, Masovia y Potlaquia, tierras bastante pobres que no tenían ningún punto en el litoral; estaban rodeadas por el nuevo Imperio alemán, el Estado de Bohemia, el de Kiev, y, al norte, el de los véletos agrupados en una federación de tribus. Las empresas de Mieszko se dirigieron en primer lugar contra Pomerania, para conquistar las bocas del Oder (Wolin) y del Vístula (Gdansk), las ricas marismas y las grandes salinas de Kolobrzeg. Política ésta que pretendía conseguir una salida marítima a la ruta del gran comercio internacional y que decidió al príncipe Gniezno a aliarse con los alemanes, suecos y daneses contra los véletos. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del soberano para consolidar la seguridad de las comunicaciones, construyendo castillos en las zonas deshabitadas más allá de Poznan, y a pesar de la creación del obispado de Kolobrzeg —*Salsae Cholbergensis episcopus*—, la Pomerania occidental, donde surgían frecuente-

mente fuertes brotes de germanismo, siguió estando poco integrada al Estado polaco; durante los años 1000 saldría de su área de influencia. Entonces fue necesario renunciar a establecer el dominio polaco en las tierras del litoral e incluso reforzar las antiguas fortificaciones que bordeaban el Notec y construir nuevas murallas, más al este, entre el curso de este río y el del Vístula. Pareció también un fracaso la colonización polaca de los países situados al otro lado del Oder, protegidos, sin embargo, por el *castrum* fortificado de Lubusz.

Por el contrario, en la segunda parte de su reinado, Mieszko fijó su mirada en las provincias del sur, colonizadas ya por una población relativamente densa y protegidas por poderosas murallas que se extendían a lo largo de 130 km en la línea del Bober. Silesia fue parte integrante del Estado y, más adelante, «encabezó la civilización polaca». Asimismo las llanuras de la Pequeña Polonia, donde las tribus eslavas de la región de Sandomir y de Cracovia, los vislanos, habían sido sometidos sucesivamente por los moravos y los checos, fueron sólidamente integradas al Estado de los polanos. Hacia el año 1000, Boleslao I (992-1025), hijo de Mieszko, continuó y se aprovechó de esta política; ocupó Lusacia, Bohemia en 1003 y Eslovaquia y Moravia entre 1004 y 1017. Esta inversión marcó el destino de Polonia y subrayó el papel de los países meridionales en la unificación política del nuevo reino. En estas provincias se desarrolló, mucho más que en el norte, una civilización original, más evolucionada. En este punto, los trabajos recientes prueban la importancia innegable de la herencia romana. La Polonia oriental usó utensilios agrarios más perfeccionados —particularmente las partes de hierro del arado— desde el final del período romano y mucho antes que la Gran Polonia. Es cierto que las primeras ciudades eslavas se formaron en las provincias próximas a las ciudades que Roma había establecido en el Danubio.

Así, A. Gieysztor y los historiadores polacos actuales subrayan el fracaso, o semifracaso, de las empresas dirigidas hacia el Báltico y, por el contrario, el éxito de la expansión hacia las provincias meridionales. Lo que añade un argumento más a la refutación de las tesis «normanistas» que atribuían, según hemos visto, la formación y consolidación de los Estados eslavos a la intervención de los varegos. Polonia debió muy poco al mundo báltico. Para explicar los éxitos de las expediciones de Mieszko se requiere, desde este punto de vista, apelar en primer lugar al «reforzamiento de la comunidad étnica», debido especialmente a la difusión de la lengua de la corte, a la sólida organización del Estado en los ámbitos económico y militar, ambos estrechamente ligados, y, en definitiva, a la nueva religión, factor esencial en la creación de un primer sentimiento nacional (en 966, Mieszko fue bautizado y se creó el arzobispado de Poznan).

Por otra parte, los espectaculares resultados obtenidos por los estudios de arqueología de la Alta Edad Media realizados en Polonia y Checoslovaquia muestran claramente que en los antiguos reinos moravos, checos y polacos, la ciudad mercantil y administrativa no se fundó bajo el impulso de los varegos, sino por un lento desarrollo, ligado al de las tierras colindantes. En este proceso evolutivo, muchas veces casi inapreciable, podemos distinguir, sin embargo, dos fases primordiales:

— La de los *castra* fortificados y los centros llamados *preurbanos*. El poder de los jefes de clanes, de tribus y, más tarde el de los príncipes se basó, muy pronto, en la posesión de recintos fortificados llamados *castra*, más o menos complejos y numerosos. Simples castillos de madera o bien centros preurbanos que comprendían una fortaleza señorial flanqueada por uno o varios *suburbia* de cabañas de madera, igualmente cercadas por empaliza-

das, estos *castra* dominaron la totalidad de la vida social y económica de los alrededores. En un principio, fueron centros de comunidades de clanes. Los primeros parece que aparecieron hacia los años 700. Estos centros preurbanos estaban todavía muy ligados a la vida rural y obtenían sus recursos de los campos vecinos. En el interior del recinto las casas estaban dispersas, no se seguía ningún plan de ordenación y las calles eran simples pistas. Las actividades profesionales, exceptuando los guerreros de la guardia y los oficiales, y el personal administrativo más o menos influyente y diversificado, parece que estaban todas estrechamente ligadas a la agricultura. El mismo trabajo artesanal no respondía a las exigencias de una economía de mercado, sino que pretendía solamente abastecer al *castrum* de los productos indispensables. Los intercambios eran nulos o escasos y, verdaderamente, no puede hablarse de salarios: los artesanos recibían simples subsidios de víveres. El conjunto de la población del castrum formaba la *familia* del señor.

A partir de los años 900, este tipo de economía se consolidó todavía más, en favor de los príncipes polanos, con la institución de las *ciudades ministeriales*. Los *ministeriales*, campesinos siervos del duque, establecidos en haciendas hereditarias, además de los censos que pagaban en productos agrícolas tradicionales, debían al señor servicios propios de su oficio. Estaban agrupados en pueblos muy especializados. Se han encontrado varios centenares de estos pueblos, próximos a unos 50 *castra* principescos, dedicados a un oficio preciso y designados por el nombre de ese oficio. De esta manera, el *castrum* constituía siempre una célula económica coherente.

— Y la de las ciudades. Estos *castra*, centros preurbanos, se transformaron en ciudades de variable estatuto jurídico y de actividades económicas mucho más complejas. Esta evolución, sin duda de carácter progresivo tuvo lugar en momentos distintos, según las diferentes regiones, y el movimiento que en un principio apareció en Moravia, cerca de las antiguas ciudades romanas, se extendió posteriormente hacia el norte. Hacia el año 900 aproximadamente, las ciudades de Milkucice y Staré Mesto conocieron un periodo de gran prosperidad. En Milkucice, las excavaciones de 1954 mostraron la existencia de un *costrum* de 6 ha

con un *palatium*, de un *suburbium* contiguo de 50 ha, y varios núcleos urbanos más: en total 100 ha de murallas de piedra y madera y nueve iglesias de piedra; en Staré Mesto, el emplazamiento urbano ocupaba 200 ha. En Bohemia, Praga era visitada desde los años 950 por los mercaderes eslavos, húngaros, rusos, judíos y musulmanes; centro administrativo y religioso, adquirió también el carácter de ciudad manufacturera, famosa especialmente por sus ligeros tejidos y por sus pañuelos adornados que sirvieron entonces de verdadera moneda para los intercambios. Los artesanos se agruparon en calles especializadas pavimentadas con madera.

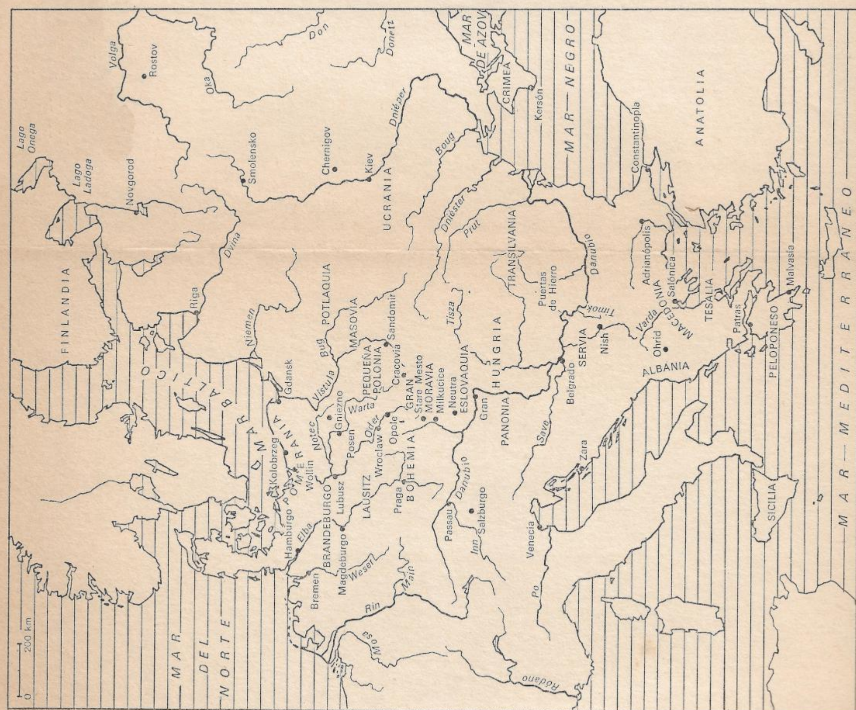
En Polonia no puede hablarse del paso del centro preurbano, capital rural, a la ciudad mercantil con anterioridad al año 1000, y este proceso es particularmente claro después del año 1000. Por tanto, la mayor parte de las ciudades fueron *castra* reales importantes: Gnieszno, Poznan, Wroclaw y Opele. La ciudad comprendía siempre un *castrum*, centro administrativo y religioso, rodeado de *suburbia*. Pero el aspecto general y las estructuras son bien distintas. A medida que la población aumentaba, las casas iban apiñándose: en Opele, las excavaciones permiten contar hasta 160 casas en 0,7 ha y en Gdansk, 200 casas en 2,2 ha; la densidad de población en casi todas partes es de unos mil habitantes por hectárea en el castrum y generalmente superior en los *suburbia*. La población de estas ciudades llegó con frecuencia a los 5000 habitantes y quizá más. Las actividades profesionales parecían muy especializadas y los caseríos de explotación rural prácticamente habían desaparecido. Los habitantes perdieron su condición de siervos de la *familia*, pasando a ser, en su mayoría, hombres libres aunque de diversos rangos sociales; muchos de los mercaderes o incluso de los artesanos pertenecían a la caballería. Por último puede comprobarse también una disminución de los metales preciosos o en los aderezos de los tesoros ocultos y, por el contrario, un aumento en el número de piezas metálicas;

las del país se fueron substituyendo, poco a poco, por piezas danesas, bizantinas, persas o árabes. Al período de la economía fundamentalmente rural, caracterizado por el deseo de atesorar y por la costumbre del trueque, le sucedió el de los intercambios mercantiles.

Así, las tesis de los historiadores polacos, apoyadas en importantes descubrimientos arqueológicos, rechazan las de los «normanistas» que atribuían la formación de las ciudades y los Estados eslavos a la intervención sueca. Por supuesto, estos descubrimientos no niegan la importancia del comercio escandinavo, del gran comercio internacional y de las ferias que se realizaban en el litoral del Báltico. Pero permiten afirmar que en las llanuras y en el sur, la ciudad nació y se desarrolló por la explotación de las tierras interiores. Centro administrativo, militar y religioso (santuario pagano, primero, y catedral después), vio ligado su destino al del *castrum* rural. Su pujanza fue el resultado de una lenta evolución de las actividades y estructuras económicas y no de una intervención extranjera. Incluso en el norte, una ciudad como Wolin, situada en las bocas del Oder, se formó en tomo a un *castrum*. Un último punto lo constituye el hecho de que, según muestran las excavaciones, la población de origen escandinavo, muy numerosa en ciertas ciudades polacas del norte, se sometió a un proceso de integración muy rápido: las primeras casas con empalizadas de tipo nórdico cedieron su lugar a las construidas según la tradición autóctona.

Bibliografía: L. MUSSET, op. cit., cap. IV. R. PORTAL, *Les Slaves. Peuples et Nations* (col. «Destins du monde»), París, 1965, págs. 30-36 y 70-81. A. V. ARTSIKHOVSKI, «La ville russe au Moyen Âge», en *Le Moyen Âge*, 1959, págs. 453-468. A. GIEYSZTOR, «Aspects territoriaux du premier Etat polonais», en *Revue historique*, 1961, págs. 357-382. W. HEESEL, *Méthodes et perspectives de recherches sur les centres ruraux et urbains chez les Slaves (VIIe-XIIIe siècles)*, París, 1964. W. HENSEL, L. LECIEJEWICZ, «En Pologne médiévale: l'archéologie au service de l'histoire», en *Annales E. S. C.*, 1962. K. MODZELEWSKI, «L'organisation "ministériale" en Pologne médiévale», en *Annales E. S. C.*, 1964, págs. 1125-1138.

Textos y documentos: S. H. CROSS, O. P. SHERBOWITZ-WETZOR, *The Russian primary Chronicle (la Crónica de Néstor),* trad. ingl., Cambridge, 1953. P. KOVALEVSKY, *Atlas historique et culturel de la Russie et du monde slave*, París, 1961.


MAPA IV
Las invasiones en Europa oriental
0 200 km
MAR DEL NORTE
MAR BALTICO
FINLANDIA
Lago Onega
Lago Ladoga
Novgorod
Volga
Rostov
Riga
Oka
Dvina
Niemen
Smolensko
Kolobrzeg
POMERANIA
Gdansk
Hamburgo
Elba
Wollin
Notec
Vistula
Bug
POTLAQUIA
Chernigov
Don
Bremen
BRANDEBURGO
Gniezno
Magdeburgo
Lubusz
Posen
MASOVIA
Weser
Warta
LAUSITZ
Oder
PEQUEÑA POLONIA
Kiev
Mosa
Rin
Wroclaw
Sandomir
UCRANIA
Dniéper
Donetz
Praga
Opole
Cracovia
Main
BOHEMIA
GRAN
Stare Mesto
MORAVIA
Milkucice
Dniéster
Boug
Passau
Danubio
Neutra
ESLOVAQUIA
Tisza
Prut
MAR DE AZOV
Inn
Salzburgo
Gran
HUNGRIA
CRIMEA
PANONIA
TRANSILVANIA
Ródano
Po
Venecia
Save
Puertas de Hierro
Kersón
Belgrado
MAR NEGRO
Zara
SERVIA
Timok
Danubio
Nish
Constantinopla
Varda
Adrianópolis
Ohrid
ALBANIA
MACEDONIA
Salónica
ANATOLIA
TESALIA
Patras
SICILIA
PELOPONESO
Malvasía
MAR MEDITERRANEO

Capítulo VI

Las sociedades de vasallaje y los nuevos Estados

Mapa V, frente a pág. 128.

LA «FEUDALIDAD» EN EUROPA OCCIDENTAL

Evolución y límites

Lo que R. Boutruche llama «la rase decisiva en la que se reunieron los elementos clave hasta entonces mal conjuntados» se sitúa, en la historia de las estructuras políticas y de las instituciones de vasallaje, en el reinado de Carlos el Calvo, o poco después. La primera etapa correspondió, en muchos de los países del antiguo imperio, a una determinada fijación de vínculos interpersonales, al establecimiento de costumbres e incluso de ciertas reglas de conducta, a una mayor precisión del vocabulario político y social, al carácter hereditario de feudos y cargos y, especialmente, a una profunda conexión entre el ejercicio del poder, el oficio de las armas y la posesión de la tierra.

A continuación se dio una «segunda etapa feudal» en la que el gobierno de los hombres se rigió por estas relaciones de vasallaje. Encontró su más perfecta expresión en las «monarquías feudales». Esta evolución se produjo de forma muy desigual en los distintos países.

Las estructuras «feudales» no penetraron con la misma profundidad en todas partes. El área geográfica en la que el historiador puede constatar una feudalidad triunfante, «clásica», estudiada hace poco de una manera magistral por F.-L. Ganshof y Marc Bloch, es particularmente restringida. El término «sociedad feudal» sólo puede aplicarse de forma rigurosa a los países en que la fortuna social y política, el derecho de mando —derecho de destierro—, se basan a la vez en la explotación de la tierra y en el poder guerrero. Estos países coinciden con los que, anteriormente, habían soportado la tradición de gobierno de los carolingios: nobleza palatina y administrativa, amplios poderes confiados a los condes, multiplicación de los vínculos de recomendación y vasallaje y luego la degradación de todo este montaje en el momento de los repartos dinásticos, las invasiones y la inseguridad. Pero allí donde la riqueza y el poder militar se mantuvieron concentrados en las ciudades, donde las estructuras políticas y sociales siguieron fieles a la herencia romana, la ciudad y el Estado conservaron su prestigio y su poderío. En ellas, la aristocracia no fue guerrera ni rural, sino ciudadana, y estaba dedicada a los quehaceres laicos o eclesiásticos; en las zonas rurales de estos mismos países, la «feudalidad» chocó con las propiedades individuales, alodios, tierras privadas y libres de toda sujeción de vasallaje. Esto sucedió fundamentalmente en la Europa meridional, en España, en las regiones francesas situadas al sur del Loira y, todavía más, en Italia donde la influencia franca no había pasado de ser superficial en el norte, incluso después de la conquista por Carlomagno, y en el sur, donde se mantuvo todavía vigente el

legado romano y las tradiciones llegadas con la ocupación bizantina o musulmana.

En otros países, las instituciones imperiales carolingias perduraron mucho más o sufrieron una especie de renovación: de ahí, el retraso cronológico, a veces considerable, y los originales caracteres de la feudalidad alemana.

Por último, hubo países que habían quedado al margen de las formas políticas propias de romanos y carolingios: fue el caso de Alemania del Este, Sajonia y los reinos anglosajones de Inglaterra. En Frisia se mantuvieron las comunidades libres de campesinos que, durante mucho tiempo, se resistieron al señorío de la tierra y a las relaciones de vasallaje.

Sin lugar a dudas, todas estas sociedades tienen rasgos comunes con la «feudalidad clásica»: dependencia personal, recomendación, formación de clientelas; sin embargo, cada una de ellas presenta divergencias fundamentales; con frecuencia, no se trata de sociedades organizadas en función de la vida militar o de la explotación del suelo.

Por otra parte, en ciertos países las estructuras «feudales» fueron introducidas o reforzadas por la conquista: conquista pacífica cuando el papa francés Silvestre II intentó imponer el feudo en los Estados pontificios, conquista militar la llevada a cabo por los normandos en Inglaterra y en la Italia meridional. Pero estas «feudalidades de importación», como poco después en Tierra Santa, tuvieron un carácter muy especial. Sumaron a las circunstancias del establecimiento o de la colonización, las antiguas tradiciones y estructuras; con lo que el resultado parecía muchas veces artificial, no asimilado.

En resumen, la «feudalidad» de tipo «clásico», en estado puro, no puede encontrarse en la realidad, no es más que una concepción teórica. Donde la feudalización de la sociedad se dio más profundamente fue en el norte de Francia, en Flandes y en las

provincias occidentales del Imperio. En el resto de Europa se limitó muchas veces a un cierto vocabulario, a una cierta mentalidad colectiva.

La sociedad feudal francesa en el dominio real

En estas regiones, desde el año 1000, las peculiaridades feudales parecen bien arraigadas. Especifican:

— Las modalidades del acto de sumisión, acto material y tal vez reminiscencia pagana, que consistía, para el vasallo, en poner sus manos entre las del señor (¿hecho evocador tal vez de la mezcla de sangres?), arrodillándose a sus pies. Casi siempre se añadía a ello el ósculo de la paz. Esta era la tradicional ceremonia de la recomendación o del *homenaje*. Por el juramento prestado sobre las reliquias o un cuerpo santo, el hombre juraba fidelidad a su señor; a cambio, éste, inmediatamente después, procedía a la investidura del *beneficio* o *feudo* por medio de la cesión simbólica de un poco de tierra o de un estandarte.

— La naturaleza de los deberes recíprocos. A cambio del beneficio y la protección concedidos por el señor, el vasallo prometía, en primer lugar y ante todo, no perjudicarle y serle *fiel*. Compromiso esencial en aquellos tiempos de anarquía política y de restauración del orden basada en lazos de dependencia personal, en nuevas formas de solidaridad privadas. Además, le debía el *servicium*, término general por el que se entendía la obligación de aparecer ante la corte del señor y su tribunal —el *consilium*—, aparte de la ayuda militar propiamente dicha. Esta última, que obligaba a proporcionar hombres y caballos, tomaba a veces primacía sobre los restantes deberes. La ayuda militar era muy costosa y justificaba el feudo —*fief de haubert*,[1] es decir de armadura

—; determinaba el tipo de vida del vasallo que se convertía, ante todo, en un caballero. Implicaba, además, fuertes gastos: armadura de hierro, casco, espada y lanza, en una época en que todo objeto de hierro era un objeto de lujo extremadamente caro. El caballo de combate, de gran peso, *destrier*, era igualmente caro; su mantenimiento exigía prados de alfalfa y campos de avena. El oficio de las armas suponía una gran práctica para las cargas de caballería y la esgrima de la lanza, larga y pesada, arma de estoque, difícil de manejar que, después del año 1000, substituyó a la antigua lanza arrojadiza, más ligera. De ahí la importancia, en el entrenamiento guerrero, de los torneos, auténticos combates a menudo mortíferos. Por último, la ayuda militar reforzaba los lazos familiares y de linaje; contrariamente a lo que se afirma a menudo, el combate no era en absoluto individual y anárquico sino colectivo: los hermanos, primos y parientes formaban cuadrillas cuyos miembros se respaldaban y sostenían mutuamente.

— Las bases territoriales de las relaciones de vasallaje. La cesión de un feudo, de bienes raíces, de dominios rurales, parcelas de tierra, o funciones o cargos administrativos e, incluso rentas, llegó a ser cada vez más la condición necesaria del vasallaje. Asimismo, alrededor del año 1000, el término *feudo* substituyó al de *beneficio* en el norte de Francia; hasta entonces designaba el salario del doméstico en tierras o en especies; se hablaba del *feudo de caballero*, o *noble* o *de haubert*, por oposición al *feudo de los artesanos* o de los *oficiales* domésticos. Más adelante, el término *feudo* se reservó, aunque sólo en el dominio real, para las relaciones de vasallaje, y los de *tenencia* o *censo* para los campesinos y plebeyos. De esta forma, el vasallo sólo se comprometía a cambio de un feudo cuya importancia pronto determinaría la de su servicio militar. De este feudo, ciertamente, no tenía más que el usufructo, la propiedad *real*, no pudiendo disponer de él como de una propiedad personal, como de un alodio. El señor conservaba la propiedad *eminente* o *directa* sobre las tierras infeudadas. Sin em-

bargo, en Francia, desde Carlos el Calvo, el vasallo cedería el feudo a sus herederos.

Este asentamiento del vasallo en un feudo determinado debilitó en mucho la solidaridad feudal y rompió los estrechos lazos que, por la práctica de una vida común, de una ayuda cotidiana, le ligaban al señor. En estos casos, los hombres podían pasar a ser, por las tierras que ocupaban o por sus distintos cargos, vasallos de varios señores: ello fue fuente de conflictos de deberes, y, finalmente, provocó el debilitamiento de estos deberes.

En el norte de Francia, estas prácticas, fijadas así por la costumbre, penetraron todos los ámbitos sociales. Se introdujeron también en la Iglesia, situándola entonces bajo el dominio absoluto de los príncipes y los señores laicos. La función episcopal se redujo a un beneficio concedido por el soberano y el juramento de vasallaje reguló las relaciones entre sacerdotes y obispos, monjes y abades.

Particularidades regionales: comparación entre el norte de Francia y el Imperio

La sociedad feudal alemana presentó rasgos fuertemente originales. En primer lugar se mantuvo, por lo menos de derecho, y en especial en la época de los emperadores otónidas, una autoridad superior preocupada por retrasar la infeudación de los altos cargos y por aplicar el antiguo derecho público, lo más ampliamente posible. Esta resistencia se plasmó en la tardía introducción de las estructuras o, en todo caso, del vocabulario feudal.

Los principados territoriales

Desde el punto de vista político, el rasgo más espectacular de «la primera etapa feudal», en el norte de Francia y en el Imperio, fue la agudización del proceso de desintegración de la autoridad

y la consolidación de los grandes principados territoriales. Según hemos visto ya, muchos apelan a un cierto particularismo regional ligado a los antiguos *regna*, o incluso al recuerdo de una comunidad étnica autóctona. Esto parecía muy claro en el caso de los ducados nacionales alemanes al frente de los cuales se mantuvieron verdaderos jefes militares: Sajonia, cuya individualidad parece todavía más acentuada; Baviera, heredera de la marca fronteriza creada otrora por Ludovico Pío; Suabia, el antiguo país de los alamanes; Franconia y Lorena, cuyo particularismo resulta más incierto, pero cuyas fronteras correspondieron, sin embargo, a las de las antiguas provincias eclesiásticas de Tréveris (Alta Lorena) y de Colonia (Baja Lorena). Lo mismo ocurrió en los países limítrofes de la Francia occidental: Flandes, Borgoña, Bretaña y, especialmente, las regiones situadas al sur del Loira, donde las antiguas marcas carolingias se transformaron en verdaderos principados, cuyos marqueses, condes o duques se abstuvieron de prestar homenaje al rey.

En la misma *Francia*, ciertos principados se separaron claramente del resto, afirmando un particularismo étnico o, por lo menos, una especificidad ancestral. Este fue el caso de Normandía, donde el duque mantuvo un fuerte poder; prohibió la descentralización de la administración de justicia y de acuñación de moneda en un territorio que había cobrado individualidad desde los años 900, antes de la desmembración de los antiguos *pagi* carolingios. Las fronteras de Normandía siguieron siendo bien precisas: correspondían a las de la provincia eclesiástica de Ruán y a la jurisdicción consuetudinaria normanda; unidad jurídica que contrastaba con la extraordinaria complejidad de las costumbres del dominio real. El duque normando prestó un cierto homenaje al rey de Francia, pero en la frontera de sus dominios y no en la corte real. J. Lemarignier subraya la originalidad de estos *homenajes fronterizos* prestados igualmente por el conde de Champaña

y el duque de Borgoña, que prueban la existencia de una acusada autonomía regional.

También en el norte de Francia se formó una «segunda zona de feudalidad» en el momento en que se consolidaron ciertos principados surgidos de la desmembración de los antiguos *pagi*. El conde de Anjou se independizó cada vez más de la autoridad real. Foulque Nerra (987-1040) arrebató Nantes al duque de Bretaña, venció al conde de Blois, recibió el homenaje del conde de Maine, y reconquistó Touraine, devastada por las invasiones normandas. Construyó gran número de castillos para defender sus fronteras (Chaumont, Montrésor, Langeais, Sainte-Maure, Moncontour), pacificó su condado, sometió a los castellanos rebeldes y organizó los altos cargos cortesanos. Para ello se apoyó en el alto clero, defendiendo las abadías. Dos (o quizá tres) peregrinaciones a Tierra Santa y la fundación de dos grandes abadías condales: San Nicolás, cerca de Angers, y Beaulieu, cerca de Loches, le valieron un gran prestigio. Ya bajo el reinado de Roberto I (1031), el conde de Anjou, juntamente con el de Vermandois, fue el único que, en los documentos reales, pudo poner el nombre de su condado a continuación de su propio título. En los reinados siguientes dejó de figurar entre los firmantes que asistían al rey en la redacción de diplomas. De esta forma los condes demostraron su independencia. Su *Crónica*, escrita en 1096, al describir la batalla contra Eudes de Blois, menciona un conflicto entre *angevinos* y *franceses*.

Pero, en Francia, todos estos nuevos príncipes, duques o condes, no ejercieron nunca las prerrogativas unidas en otro tiempo a los cargos condales. De hecho, su autoridad dependía de la importancia de sus feudos y de sus clientelas. En todas partes, los vasallos, liberados de la autoridad del conde, impusieron su derecho de mando —de bando— a los campesinos que les rodeaban, e incluso usurparon algunos derechos regios, tales como acuñar moneda y ejercer la justicia. De este modo se formaron numerosas castellanías independientes, centros de poder militar y judicial.

Este proceso de desintegración parece haber sido mucho más tardío y limitado en Alemania.

Nobleza y caballería

La oposición entre Francia y el Imperio parece mucho más clara desde el punto de vista social, pero su estudio ha suscitado multitud de controversias. El vocabulario permite distinguir, sobre todo, entre los que recibían la sumisión, el juramento de dependencia, y aquellos que lo prestaban: los *domini* o *seniores* de los *vassi, vassalli* u *homines*. El término *vasallo* deriva, sin duda, de la palabra celta *gwas* = *hombre*. Alrededor del año 1000, se impuso el término *miles*. Entre los vasallos, e incluso entre los del rey, se encuentran hombres de las más diversas condiciones sociales. ¿Quiénes eran y cómo explicar sus orígenes?

Durante largo tiempo se ha afirmado que los señores formaban una aristocracia de caballeros, una nobleza de nueva planta, que había substituido a la anterior, la de la época de los francos y los carolingios, por la fuerza de las armas y gracias a una serie de usurpaciones. Los autores actuales, por el contrario, comparten la opinión de L. Génicot y L. Verriest, según la cual la nobleza medieval es independiente de la caballería; no depende de la potencia militar sino de la raza. El noble invoca y glorifica a sus antepasados. Los historiadores alemanes (G. Tellenbach, K. F. Werner) incluso contraponen de forma decisiva:

— la nobleza ligada a la raza y al ejercicio del poder (*Herrschaft*);

— la caballería de carácter doméstico, cuya calidad se vincula a un hombre y a un servicio (*Dienst*).

Todos estos autores afirman la existencia de una sorprendente continuidad, a través de diversas generaciones, de la nobleza administrativa carolingia a la nobleza feudal; se trata de un grupo cerrado, solidario, al que ningún plebeyo podía acceder: los cuentos de hadas hablan de bodas entre condes y pastoras: hecho excepcional, objeto de la más grande admiración.

Así pues, el caballero, guerrero al servicio de un grande, no es un noble.

Un examen más profundo de estas tesis, no obstante, obliga a matizarlas y, especialmente, a señalar una neta diferencia entre países de *Francia* y de *Germania*. Para ello hay que considerar:

— Forma de sucesión de las familias nobles: ¿línea masculina o femenina? Por más que la resonante tesis de E. Verriest, afirmando que la nobleza se transmitía por línea materna, ha encontrado inmediatamente una fuerte oposición, se admite, sin embargo, con G. Tellenbach y K. Schmid, que, en este punto, las tradiciones han evolucionado. En la época carolingia, la familia noble era la *Sippe*, grupo muy vasto y mal definido de aliados. La herencia se realizaba entonces a través de las hijas que aportaban sus bienes al matrimonio, con la consiguiente dispersión y movilidad de las fortunas territoriales y la ausencia de residencia fija. Los apellidos familiares no existían y los nombres procedían de la ascendencia materna. Esto corresponde a una época en la que el noble no podía hacer fortuna más que viviendo vinculado a la casa real; la redistribución continua de cargos le impedía tener una «casa» particular. Era la nobleza doméstica, o *Hausadel*.

Más adelante, se constata, por el contrario, que la familia noble quedó restringida a un linaje, una raza —*Geschlecht*— definida en torno a un antepasado común cuyo apellido ostentaban todos los hombres del grupo. Vivían en una «casa», cuna de la familia. La transición correspondió al momento en que los nobles pudieron abandonar la domesticidad real y establecerse por sí mismos. Sólo entonces la sociedad feudal tomó su auténtico carácter: exaltación del hombre, de la virtud guerrera, de la solidez del linaje, tendencia creciente al carácter hereditario de las fortunas y de los poderes. Sin embargo, esta transición se produce mucho antes que en el Imperio y sus límites (Franco-Condado, Namurois, por ejemplo).

— La condición de los caballeros, *milites*. En Alemania, el caballero (*Ritter*) era a menudo un siervo muy semejante a otros criados domésticos. Vivía junto a su señor, sin establecerse por su cuenta. Su condición difería poco de la del campesino libre, enriquecido, que debía prestar servicio militar como infante. Este caballero no presentaba sus causas ante los tribunales feudales, reservados a los litigios concernientes a los vasallos, que aplicaban la legislación de los feudos —*Lehnrecht*—, sino ante los tribunales condales, todavía en funcionamiento, que seguían aplicando el derecho común territorial —*Landrecht*—. También en Flandes, en Champaña y en Normandía se encontraban estos caballeros-siervos, sometidos al tipo de vida propio de los domésticos, alimentados a menudo en el propio castillo o establecidos en tierras cedidas por su señor.

En cambio, en regiones más meridionales, Forez (E. Perroy) y Máconnais (G. Duby), por ejemplo, los caballeros poseían bienes raíces propios, hereditarios, feudos y alodios. Su género de vida era pues, en este caso, muy distinto.

Por otra parte, la exaltación del valor moral y de las virtudes del caballero apareció mucho antes en Francia que en Alemania. En Francia, desde el año 1000, se impuso, con la Paz de Dios, la idea de un orden guerrero, de una *milicia* de Cristo sujeta a una regla específica. A los caballeros del castillo de Hugues d'Abranches, marqués de Chester (1075-1143), un clérigo les enseñaba las virtudes ejemplares de los santos militares: Jorge, Demetrio y Mauricio, o del conde-monje Guillermo de Aquitania (G. Duby). En Alemania, esto no se esbozó hasta más tarde, en los años 1100, después de la introducción y los éxitos de las órdenes de caballería, surgidas de las Cruzadas. El caballero, hombre de servicio doméstico, se convirtió entonces en combatiente de Dios. Por otra parte, en el intervalo se había enriquecido al servicio de los emperadores empeñados en la querella de las investiduras contra los papas, mediante el ejercicio de las más altas funciones administrativas y por la participación en las grandes roturaciones del este de Alemania. Con ello, el grupo de los caballeros se diversificó todavía más; algunos llegaron a reunir grandes fortunas.

Las relaciones de dependencia en Italia

En Italia, desde los Alpes a Sicilia, las ciudades se mantuvieron como centros de toda la vida política, económica o social. En ellas tenían sus casas, agrupadas en sólidos bloques, los poderosos, los condes o sus representantes —los vizcondes—, oficiales de todo tipo y guerreros, así como sus clientelas y sus bienes raíces, a menudo muy extensos; pronto ejercían una intensa actividad mercantil.

El contraste con el norte de Francia es especialmente patente en la Italia meridional que, bizantina aún en torno al año 1000, constituía un mundo aparte, escasamente afectado por las instituciones germánicas. En Calabria o en Apulia, incluso en Campania, la ciudad estaba dominada por una aristocracia de funcionarios, militares, oficiales de la administración imperial, obispos, cuyos títulos cortesanos procedían de Constantinopla. Algunas familias eran originarias de Oriente, especialmente en Rossano, y todas ellas poseían tierras. Cuando el emperador era incapaz de defender estas regiones, estos grandes propietarios ofrecían su protección a los más débiles a cambio de la cesión de sus bienes, acrecentando así sus grandes dominios.

Antes de la conquista normanda se establecieron, pues, lazos de dependencia bastante definidos. Algunos de ellos procedían de la tradición romano-bizantina. Tal fue el caso de la *provisio* que, para reforzar su fidelidad, concedía tierras, rentas e incluso campesinos a los miembros de la aristocracia; al principio, la obligación no era otra que la de guardar fidelidad. En Apulia, aunque no en Calabria, algunos propietarios transmitían de padre a hijo la obligación de prestar un servicio militar en el ejército del *théma* (provincia militar). Otras costumbres procedían de los lombardos que, en algunos casos durante dos siglos, dominaron algunas provincias: las regiones de Cosenza y Bisignano, o el valle del Crati, por ejemplo. Poco antes de la conquista normanda, la práctica de la *commendatio* tenía plena vigencia en todos los territorios sometidos a Bizancio: se trataba de concesiones imperiales, no de tierras sino de exenciones tributarias y, sobre todo, del derecho de impartir justicia —a menudo según el derecho lombardo— sobre los dependientes, y el derecho de acoger o «agrupar extranjeros» para convertirlos en villanos sometidos a una estricta tutela. Por lo demás, esta práctica se mantuvo aún largo tiempo después de la conquista: los normandos cedían los vagabundos (*advenae, alieni, miserabilis personae*) a sus fieles o a las iglesias en calidad de *commendati* o *affidati*. No obstante, todos estos lazos de dependencia, muy vigentes en la Italia meridional, no implicaban la existencia de una «feudalidad» semejante a la del norte de Francia: el señor vivía en la ciudad, los servicios militares regulares eran ex-

cepcionales; una importante parte de los bienes raíces siguió estando regida por el derecho romano tradicional: carácter individual de la propiedad hereditaria de la tierra, cuyos límites estaban perfectamente marcados por muros, empalizadas o setos; respeto al contrato matrimonial y a la dote; respeto al testamento.

Pese a la conquista lombarda y a la ocupación carolingia, también las estructuras políticas y sociales del centro de Italia, e incluso del norte, diferían profundamente de las de los países francos. En estas provincias, los grandes vasallos del emperador afirmaron muy pronto el carácter hereditario de sus feudos. Tal fue el caso de los grandes condados fronterizos o *marcas* de Friul, de Ivrea, de Spoleto, de Toscana y, especialmente, de la marca de Italia, dominada entre 1052 y 1115 por la célebre Matilde, señora de todas las regiones apeninas al sur de Mantua y Ferrara. Y también de los obispos, alemanes en su mayoría, defensores de los emperadores sajones en la península. Estos condes, marqueses y obispos construyeron castillos y fortalezas y, a su vez, cedieron en beneficio algunos bienes a siervos ministeriales de su corte. Se constituyó con ello una aristocracia de segundo grado sobre la que más adelante se apoyaría el emperador: en 1037, por la *Constitutio de Feudis*, Conrado II concedió carácter hereditario a los feudos menores.

Pero esta sociedad italiana se distinguió netamente por:

— Un derecho original, llamado *jure Langobardorum* por oposición al *jure Francorum*. Este derecho fue muy pronto fijado por escrito. La asociación entre el feudo y el servicio militar está poco acentuada y la nobleza feudal no forma una casta guerrera. El feudo tendió a convertirse en una especie de propiedad privada, alienada quizás. El beneficio, por último, se mantuvo como propiedad colectiva de los hermanos que formaban una estrecha asociación, un *consorzio*, proveniente de la antigua *fraterna* germánica de los lombardos; los hermanos heredan conjuntamente; el derecho de primogenitura, impuesto en muchos países del norte de Francia, no fue aceptado aquí.

— El predominio de las ciudades. Excepto en la parte oriental de los Alpes, ninguna ciudad estuvo sometida a un castillo; Bondano, centro político de la princesa Matilde, no pudo someter Ferrara ni Mantua; Reggio Emilia, pese a la proximidad de los poderosos señores de Canossa, se mantuvo al frente de un condado. En las grandes ciudades, y en especial en Génova, Florencia y Pisa, los nobles emprendieron la conquista de las tierras próximas, forzando a los señores rurales a jurar un pacto de defensa mutua y a establecer su residencia en la ciudad.

La sociedad anglosajona

Ante la conquista normanda, Inglaterra siguió un proceso evolutivo muy distinto. No podemos encontrar allí ni la herencia romana ni la del Imperio carolingio, sino una sociedad germánica, estable y, de algún modo, aislada, algunas de cuyas regiones recibieron las aportaciones danesas. La marcha de la sociedad hacia un régimen de vasallaje, al estilo franco, se vio retrasada por la fuerte solidaridad de las comunidades campesinas, que mantuvieron muy viva la idea de libertad personal y de igualdad entre los hombres libres dependientes directamente del soberano: ello explica también el mantenimiento de una administración local autónoma en el marco del condado —*shire*— y, sobre todo en el de la centena —*hundred*—, unidad política coherente, de raíces muy antiguas y cuyos orígenes y peculiaridades parecen todavía poco conocidos. Además, la autoridad real no cesó de exigir la ayuda militar de todos.

Ciertamente, muy pronto se consolidó el poder de los grandes señores, surgidos del desarrollo de inmensas propiedades territoriales y de las delegaciones de poder y jurisdicción concedidas por el soberano en favor de esos fieles enriquecidos; éstos eran los *earls* o *earldormen*. Pero, en Inglaterra, estos lazos de dependencia fueron muy laxos y carecieron de un vocabulario preciso hasta el momento de la conquista normanda. En

una sociedad todavía poco fijada a la tierra, conmovida frecuentemente por invasiones y conflictos, los individuos tendían a estrechar sus tradicionales vínculos de compañerismo guerrero y se limitaban a formar pequeños grupos en torno a un jefe. Esencialmente eran los lazos de fidelidad personal los que reforzaban, entre estos fieles, la cohesión de la comunidad familiar; vinculación afectiva cantada en los poemas de la época cuando se referían a la angustia del hombre solo, sin señor. Este señor debía proporcionar, pues, protección y alimento; él era el *dador de hogazas* (*Hlaford*, palabra de la que procede *lord*).

La variedad de condiciones en que podían hallarse los dependientes, señalan la evolución tardía e incierta del régimen de vasallaje. Los *geneats*, compañeros armados de los primeros tiempos, no eran más que campesinos distinguidos por algunos servicios especiales. Los *knights*, guerreros domésticos (*housecarles*), vivían todavía en la casa del señor. Solamente los *thegns*, antiguos servidores que pasaron a ser grandes vasallos, fueron provistos de tierras e intentaron, alguna vez, dominar los tribunales de justicia de las *centenas*. Aquí, las relaciones de dependencia podían romperse si se restituían las tierras concedidas por el período en que durara la fidelidad. En resumen, la distinción entre la vida noble y el servicio guerrero, por una parte, y el trabajo de la tierra, por la otra, estaba mucho menos marcada que en los países francos. Sociedad de *agrarii milites* en la que los *geneats* e incluso los *thegns* debían, a veces, realizar modestas corveas además del servicio militar, en la que los campesinos libres servían también en la *fyrd*, armada real.

LA RECONSTRUCCIÓN POLÍTICA. LOS NUEVOS ESTADOS

Desde el año 1000, en todos los países de Occidente, estos lazos de dependencia de caracteres tan diversos, aquí más o menos ligados a la posesión de la tierra y al oficio de las armas, en otras

partes mucho más inciertos y desdibujados, chocaron con la autoridad de los soberanos que, con distinta fortuna, los utilizaron entonces en beneficio propio. De ahí procede el nombre, utilizado por lo menos en los casos de Inglaterra y Francia, de *monarquías feudales*. En Alemania, la restauración imperial estableció una ideología política distinta que dio lugar a una situación general bastante diferente también.

El nuevo Imperio germánico

Otón I el Grande, hijo de Enrique el Pajarero, duque de Sajonia y luego rey de Germania, consiguió someter los ducados nacionales, apoyándose en la Iglesia, los obispos y las grandes abadías reales (Saint-Gall, Reichenau) y en el ejército de los sajones. Logró vencer los complots tramados contra él en Suabia y Lorena. Vencedor de eslavos y húngaros (955), y directamente implicado en la reforma de la Iglesia (asamblea de Augsburgo, 952), apareció entonces como en otro tiempo lo hiciera Carlomagno, como paladín y protector de la cristiandad. En 962, recibió en Roma la corona imperial de manos del papa Juan XII.

El nuevo Imperio tropezó con graves dificultades. Los emperadores otónidas: Otón I († 973), Otón II († 983) y Otón III (996-1002), que llegaron al poder después de un interregno de trece años, no pudieron mantener el orden en el interior del país, dominar a los musulmanes y griegos del sur de Italia y luchar al mismo tiempo contra las sublevaciones alemanas o los ataques eslavos. Se les reprocha el hecho de haber sacrificado la paz alemana al «sueño italiano». Pero esta dinastía sajona impuso una nueva fuerza política, la idea de Imperio, del Sacro Imperio Romano Germánico, reforzada desde el principio por el apoyo de la

Iglesia, conjugando así las tradiciones romanas y el legado de Carlomagno. Esta política, llevada a cabo, sobre todo, por Otón III, retrasó el desarrollo de las estructuras de vasallaje en Alemania y les confirió, desde su aparición, una especial posibilidad de desarrollo.

Otón III emprendió cuatro expediciones a Roma, donde, desde 962, confirmó las donaciones de Pipino y Carlomagno. Durante largo tiempo, el emperador sufrió la influencia de Gerberto de Aurillac, abad de Bobbio y, posteriormente, arzobispo de Reims; desde su puesto de arzobispo de Ravena llegó a papa en 999, tomando el nombre de Silvestre II y, desde este nuevo cargo, siguió siendo su confidente y le prestó un firme apoyo: ellos fueron «las dos antorchas del mundo». Pero Otón afirmó en seguida la supremacía imperial sobre la Iglesia; en efecto, había dispuesto varias veces de la elección del papa, al que trataba como simple administrador de los bienes de San Pedro; un manuscrito de Bamberg le representa coronado por Pedro y Pablo; un documento de 1001 declara que la donación de Constantino es sólo un escrito «imaginario y engañoso». Además, pese a la oposición de Bizancio, que no había podido aceptar la boda de Otón II con una princesa griega y que estaba absolutamente en contra de las expediciones alemanas en el sur de Italia, la ideología imperial se pretendía continuadora de Roma. Instruido por su madre, griega, y por Juan Philagothos, arzobispo de Piacenza, Otón III hablaba latín y leía griego. En Roma, su capital, se rodeó del ceremonial romano-bizantino; llevaba los zapatos de cuero rojo, la clámide de púrpura o la capa de los grandes sacerdotes de Roma representando la bóveda celeste y la diadema de oro; en la mano sostenía la esfera de oro. El sello imperial estaba acuñado con el lema *Renovatio Imperii Romanorum* y la imagen de una figura femenina que simbolizaba Roma, armada de escudo y lanza. Además, Otón III adoptó la concepción política de un Imperio que reuniera, por simples lazos de dependencia, a nacio-

nes autónomas. Favoreció el establecimiento de Iglesias nacionales en Polonia (metrópolis de Gnieszno y Gnesen), donde Boleslav tomó el título de «hermano y colaborador del Imperio, amigo y aliado del pueblo romano»; lo mismo sucedió en Hungría (metrópolis en Gran), donde Esteban llevó una corona real enviada por el emperador. La célebre miniatura de Reichenau muestra bien claramente esta concepción: en ella, el emperador recibe el homenaje de cuatro mujeres: Germania, Galia, Italia y Eslovenia.

Puede parecer paradójico que los emperadores sajones invocaran también a Carlomagno, considerándose sus herederos, cuando éste, en otro tiempo, había sometido a su pueblo. Pero muy pronto, desde los inicios de la dinastía, la leyenda sajona glorificó a Carlomagno y sólo exaltó las virtudes de Widukindo después de su conversión. Otón III, que había colmado de favores a la iglesia de Aquisgrán, en el año 1000 pasó allí una larga temporada, después de las fiestas de Pentecostés. Su interés era encontrar la tumba de Carlomagno y, según afirmaron los cronistas (Thietmar de Merseburgo, Lomello), el cuerpo fue encontrado intacto, como si estuviera vivo, ciñendo en su cabeza la corona de oro. Otón, fiel sin duda a la tradición pagana y para impregnarse de la fuerza del muerto, le clavó las uñas, le arrancó un diente y su cruz pectoral. Desde entonces el recuerdo de Carlomagno inspiró todos los actos de los emperadores y, más adelante, después de los otónidas, siguió fortificando su posición en Alemania, frente a los partidarios del papa. Los preámbulos a los documentos imperiales recuerdan «el ejemplo y la sabiduría de Carlos». Enrique III, en 1046, se hizo coronar el día de Navidad, a fin de que se avivara, en el pueblo, el recuerdo del gran emperador. Tales fueron, según explica el análisis preciso y agudo de R. Folz, la ideología imperial y las armas de los soberanos germánicos en el momento del conflicto con los papas: apelación al legado romano-bizantino y, luego, concentración en el recuerdo de Carlomagno.

El reino de Francia

La elección de Hugo Capeto, en 987, para el trono real no puede presentarse como una elección sorprendente o revolucionaria. De hecho, desde hacía tiempo, esta familia, abada a los carolingios, gobernaba el reino. Dos de los hijos del conde de París, Roberto el Fuerte, héroe de la lucha contra los normandos,

habían sido reyes de Francia: Eudes (desde 888 a 898) y, luego, Roberto (922-923); también lo había sido Raúl de Borgoña, yerno de Roberto (923-936). El hijo de este Roberto, Hugo el Grande, ejerció, de hecho, el poder en nombre de los soberanos carolingios.

Todos los historiadores han subrayado la debilidad de los primeros reyes capetas, propietarios de un estrecho dominio formado por sus bienes personales (París, Etampes, Orleans, Melun) y algunas herencias carolingias (en los valles del Aisne y del Oise; Compiègne y Reims). Se encontraban desarmados frente a los grandes principados feudales, amenazados en el interior de *Francia* por la desintegración política y los intentos belicosos de los castellanos, al mismo tiempo que surgían conflictos con el emperador o con el papa. Se ha hablado también de los callados esfuerzos de estos soberanos y sus éxitos se han atribuido a su habilidad política, a su particular conducta de alianzas o intrigas y a su obstinación por reunir territorios. Por último, se ha apelado a la asociación del trono al hijo primogénito, evitando así querellas sucesorias y al uso del derecho feudal, sobre todo por lo que refería a la riqueza territorial de la Île de France, zona ésta muy poblada, mejor cultivada y productora, por tanto, de mejores cosechas que las provincias colindantes.

A pesar de todo, la verdadera política de estos reyes y la evolución seguida por la concepción del poder permanecen muy obscuras. Estos problemas fueron estudiados por J.-F. Lemarignier, en cuya obra se muestra claramente cómo se transformó la idea del poder real. Hugo Capeto (987-996) se apoyó siempre en la tradición carolingia y Abbon de Fleury, su consejero, cuando quiso definir el *ministerium regis*, se refirió todavía a textos que databan de Ludovico Pío. Esta tradición se mantuvo vigente bajo el reinado de Roberto el Piadoso (996-1031), a pesar de que se había producido una verdadera desmembración política al dividirse los antiguos *pagi* y al debilitarse los obispados, colegiatas y las grandes abadías reales (Saint-Germain-des-Prés y Saint-Vaast de Arras, especialmente). Hacia 1030, fue esbozándose un nuevo espíritu, hecho que ayudó al desmoronamiento de las instituciones francas. La monarquía fue adaptándose a este proceso evolutivo y, poco a poco, se transformó a su vez en un principado territorial capeto. El abandono de Orleans y su substitución por París, en el centro del dominio, señaló el inicio de esta nueva política. Por otra parte, en tiempo de Enrique I (1031-1060) y, sobre todo, de Felipe I (1060-1108), los miembros de la alta aristocra-

cia, obispos y condes, se abstuvieron cada vez más de asistir al rey en la firma de *documentos* (leyes). En este momento los que le asistían eran, principalmente, los miembros de las familias poseedoras de castillos en la Île de France, unidos al rey, a menudo, por lazos de parentesco. Pero no sólo éstos sino que, incluso en los años 1100, había entre ellos caballeros y castellanos, y personajes de estratos sociales inferiores como jefes de aldeas o cultivadores enriquecidos, pero todos ellos habitantes de tierras reales. El palacio del rey no era, como en tiempo de los últimos carolingios, el consejo de los fieles, sino el de los oficiales. Esta concentración geográfica vino compensada por un refuerzo de la justicia y autoridad reales, testimoniada por la multiplicación de *mandatos*, cartas muy precisas, escritas en un tono muy autoritario, mucho más imperativas que las *leyes*.

Por último, otro aspecto de la cuestión considerado esencial por J.-F. Lemarignier es el de que todavía no se encuentra una jerarquía feudal dominada por el rey, sino que solamente se empiezan a distinguir clientelas y vasallajes mal delimitados. Al final del reinado de Felipe I, el rey era el único en exigir el homenaje y la fidelidad de todos sus súbditos y trataba de definir esta jerarquía basada en las relaciones de vasallaje. Política inspirada, sin duda alguna, en la del papado, organizado entonces de una forma estrictamente jerárquica.

La expansión normanda

Las conquistas normandas, después de 1050 aproximadamente, alteraron por completo la carta política de Europa y sentaron las bases, en Italia y en el sur de Inglaterra, de dos sólidos reinos. Estas expediciones no sólo agruparon a los guerreros descendientes de los vikingos; estos últimos, con frecuencia, cumplían sólo las funciones de mando. Pero estas conquistas se mantuvieron todavía estrechamente ligadas a las migraciones escandinavas. El ducado de Normandía recibió, mucho después de su formación, refuerzos daneses o noruegos; hacia el año 1013, el duque Ricardo II llamó en su ayuda a los guerreros de Escandina-

via para luchar contra el conde de Blois; más tarde, otros vikingos vencieron a las tropas del conde de Poitiers y el rey de Francia tuvo que exigir al duque de Normandía que no llamara a sus tierras más que a los normandos ya bautizados. Por otra parte, los conquistadores de Italia procedían, ciertamente, de Normandía; el ducado se enriqueció a base de las fortunas de los guerreros; numerosas iglesias, entre ellas la catedral de Coutances, fueron construidas gracias al dinero procedente de Apulia.

Los normandos en Italia

Los primeros guerreros normandos pasaron por Italia en su camino de vuelta de una peregrinación a Jerusalén; se detuvieron en el santuario de San Miguel, en Monte Gargano, entonces muy célebre y frecuentado. En la misma Normandía, además de la peregrinación de Mont-Saint-Michel hacia 1050, los monjes de Saint-Ouen de Ruán atrajeron peregrinos a un pequeño santuario de Saint-Michel, situado en un promontorio de la aldea llamada por ellos, precisamente, Monte Gargano.

Estos grupos de peregrinos armados contaron generalmente con varios centenares de hombres y se pusieron al servicio de los gobiernos griegos o de los pequeños príncipes lombardos. Su primer triunfo data del año 1030, momento en que el duque de Nápoles concedió a uno de estos aventureros, Rainolf, el título de conde, lo casó con su hermana y le otorgó el feudo de Aversa, entre Nápoles y Capua. Rainolf de Aversa recibió más adelante Gaeta, cedida por el duque de Salerno que, según la *Crónica de Monte Cassino*, «sin el apoyo de los normandos no podía defender sus bienes ni conquistar los de los demás príncipes». Otros aventureros se instalaron más hacia el interior, en Melfi; entre ellos se distinguió Tancredo de Hauteville y sus numerosos hijos: Guillermo Brazo de Hierro, Dreu (Dragón), Onfroi, Roberto Guiscardo y Roger de Sicilia. Desde allí dominaron Apulia y, posteriormente, Roberto, atrincherado en el nido de águila de San Marco Argentano, atacó las aldeas de Calabria. Sólo Reggio opuso una fuerte resistencia pero sucumbió en 1059 (o 1060). Entre tanto, los jefes normandos aplastaron totalmente los ejércitos pontificios en Civitate (1053). Por último, Roger pasó a Sicilia, encabezando un fuerte grupo de caballeros italianos, toscanos, lombardos y ligures; se apoderó fácilmente de Palermo (1072) y, a pesar de la du-

ra oposición de los musulmanes del Centro (guerra llamada *de Benaverto*, 1073-1086), ocupó todo el país. La conquista de Sicilia no señala el final de la expansión normanda en el Mediterráneo. Desde 1081, Roberto Guiscardo, una hija del cual debía casarse con el hijo del *basileus* de Constantinopla, sitió Durazzo, destruyó los ejércitos bizantinos de Alexis Comneno y tomó la ciudad. Llamado a Italia, a causa de la sublevación de sus vasallos y sobre todo en ayuda del papa Gregorio VII asediado por los ejércitos alemanes, entró en Roma y, triunfador, liberó al papa. En 1085, consiguió, frente a los griegos, otro éxito espectacular en Corfú. En este mismo año, su muerte provocó la división de sus dominios entre sus dos hijos: Roger de Apulia o Roger Borsa y Bohémond, pero no supuso el final de las empresas de Oriente. Para los normandos, la primera Cruzada se inscribió exactamente en la línea de las expediciones de Roger Guiscardo.

La organización política de los nuevos principados, condados de Aversa, de Apulia, Calabria y Sicilia, estuvo marcada por los vínculos que habían unido a los primeros jefes de bandas; éstos, durante mucho tiempo, designaron ellos mismos su propio jefe. En Apulia, en 1042, los señores normandos escogieron a Guillermo Brazo de Hierro que, a partir de este momento, tomó el nombre de «conde de Apulia»; asimismo, los doce principales jefes recibieron también tierras y el título de condes. Este principio electoral se mantuvo en todas las sucesiones en el condado de Apulia incluso en 1085, a la muerte de Roberto Guiscardo. Las tierras se sorteaban y pasaban a ser propiedades particulares sin ninguna restricción ni derecho de supervisión por parte del conde. Pero, poco a poco, se fue reforzando la autoridad de la familia de Hauteville. Por ello en Calabria, los feudos, de dimensiones siempre modestas, fueron directamente concedidos por Roberto que, con antelación, había reservado la mitad para Roger. Los dos hermanos reprimieron duramente las sublevaciones de sus vasallos. Más adelante, en Sicilia, Roger hizo construir sólidas fortalezas (ciudadela y castillo de Palermo, ciudadela de San Gerlando construida con las piedras de los templos griegos de Agrigento) y trazar rutas estratégicas; implantó sólidas colonias de normandos y de italianos en el centro de la isla (Paterno y su región) y en la diócesis de Catania.

Sin embargo, si los nuevos príncipes intentaron utilizar en su provecho las tradiciones feudales de Normandía para asegurarse la fidelidad y obediencia de sus compañeros e impedir la anarquía y la división, esta «feudalidad de importación» no pasó de ser muy superficial. Toda la vida económica, las relaciones sociales, la actividad mercantil y la condición de las tierras de cultivo se regularon según la antigua tradición romana. Roger de Sicilia mantuvo las instituciones bizantinas, instaló su corte a semejanza de la de Constantinopla y su cancillería conservó el formulario imperial para los súbditos griegos. Estos griegos, burgueses de las ciudades, ejercían los servicios públicos, los cargos eclesiásticos y consiguieron gran influencia en palacio y dominios con villanos y esclavos dispersos por toda la isla. Formaron un pueblo poderoso, muy distinto de los caballeros procedentes de Italia o de Francia. Por otra parte, no parece exacto que el príncipe hubiera apoyado, sistemáticamente, a una Iglesia romana de rito latino, en contra de los monasterios griegos, cuyo número de fundaciones aumentó en mucho después de la conquista. Además, se impuso una cierta nobleza musulmana, heredera de los notables de las aldeas (*cheik*) o de los jueces (*kakim* o *cadif*), mientras que los capitanes del ejército (*kaïd*) pasaron a ser vasallos del rey o, incluso, del obispo de Catania y tenían a su mando las tropas musulmanas reclutadas por Roger; en 1906[2], 23 000 musulmanes fueron conducidos al asedio de Amalfi, y dos años más tarde un cronista describió su campamento en San Marco de Calabria, diciendo que en él se levantaban Innumerables tiendas de tela parda y que las colinas servían de pastos a los rebaños de tribus nómadas.

Las relaciones de vasallaje, al estilo normando, parece que estaban limitadas a un grupo muy reducido de conquistadores. El proceso de implantación fue muy lento: el *Catalogus Baronum* (inventario de feudos y derechos) no fue redactado, por lo que se refiere a Apulia y Calabria, hasta la época de Roger II, alrededor

de 1150. Con lo cual, la Italia normanda no puede considerarse un Estado feudal. La introducción de las bandas guerreras normandas no logró alterar las estructuras económicas, que siguieron siendo forzosamente monetarias, ni tan sólo la mentalidad de los indígenas.

La Inglaterra normanda

La conquista de Inglaterra señaló el final de un largo conflicto que, con el fin de dominar la isla, enfrentaba a los daneses con los anglosajones, apoyados estos últimos en los normandos de Normandía. El rey danés Canuto el Grande había concentrado las tierras de Dinamarca, Noruega, el sur de Suecia e Inglaterra formando el gran imperio de los mares del Norte. Pero, a su muerte, en 1035, los anglosajones tomaron de nuevo el poder en la persona de Eduardo el Confesor (1042-1066), que se rodeó de numerosos señores y clérigos procedentes de Normandía; fue entonces cuando se inició el proceso de colonización de las tierras inglesas por familias normandas. A la muerte de Eduardo, Inglaterra, debilitada ya por los desórdenes internos, tuvo que enfrentarse a la dura competición entre tres pretendientes al trono: Haroldo, favorable a los daneses, que muy pronto se hizo coronar rey; Harald de Noruega, que atacó la costa este, y Guillermo de Normandía, que afirmaba haber recibido las promesas solemnes de Eduardo y Haroldo. Este último venció a los noruegos y se dirigió luego hacia el sur en busca del ejército normando, ampliado entonces por contingentes flamencos, de Picardía y del Poitou. El 14 de octubre de 1066, en Hastings, la batalla se decidió en favor de Inglaterra: Haroldo fue asesinado. Guillermo se hizo coronar rey en Londres.

Pero la ocupación del país, fácil al principio, requirió todavía duras campañas. En 1070, Guillermo, para disuadir una intervención danesa, causó terribles estragos en la parte oriental de la isla, el *Danelaw*. También se vio obligado a repeler las incursiones procedentes de Irlanda, a someter las sublevaciones y sitiar Rochester. De esta forma, la conquista y dominación de Inglaterra, más difíciles de lo que generalmente se dice, tuvieron que apoyarse en una sólida organización militar; ésta se inspiró, a la vez, en las tradiciones anglosajonas y normandas, utilizando las fuerzas vivas de los dos sistemas políticos y guerreros. Guillermo no hizo tabla rasa de las estructuras antiguas y la «feudalidad de importación» normanda no triunfó de forma general y absoluta. Por lo menos durante una decena de años, los caballeros no se instalaron en sus feudos, como en Normandía, sino que vivieron, agrupados, en los castillos construidos para dominar las llanuras, formando verdaderas comunidades guerreras. Su instalación por cuenta propia fue muy lenta y siguió a los progresos de la pacificación: en 1166, un siglo después de la conquista, todavía existían caballeros sin feudos. J. Bealer demuestra también que el rey hizo un llamamiento a la milicia inglesa formada por hombres libres —el *fyrd*—, al mando de su *sheriff*. Eran soldados de infantería a pesar de que, a partir de un cierto momento, usaron el nombre de *knights*. De esta manera, el ejército del rey no estaba formado tan sólo por caballeros sino que era mixto; ésta era la causa de su superioridad.

Por otra parte, fueron confiscados todos los bienes de los rebeldes y Guillermo procedió a distribuir gran número de feudos. Al final de su reinado, todos los grandes *landlords*, que dependían directamente del rey, señores de ricas propiedades, eran extranjeros, compañeros de la conquista o llegados después de ésta. Todos los autores señalan la extrema dispersión de estos grandes *honores* (posesiones) de los *landlords*; sus tierras estaban siempre repartidas por varios condados diferentes, a veces 10 o más; las del conde de Mortain se repartían en 20 condados, y las del duque de Chester, en 19. Por lo menos 14 lords laicos poseían bienes al norte del Trent y al sur del Támesis, al mismo tiempo. Por otra parte, igual dispersión existía en el interior de cada condado: en Buckinghamshire, el conde de Mortain poseía treinta aldeas repartidas en 14 de las 18 *centenas* de ese condado. Las consecuencias políticas de esta dispersión resultan evidentes: favoreció la centralización real, debilitó los tribunales de justicia señoriales e impidió las rebeliones de una sólida comunidad regional. Pero esta situación no surgió de la conquista: los bienes de los grandes señores anglosajones, de los *ealdormen*, estaban ya diseminados a

través del reino; los normandos, con frecuencia, habían simplemente recibido las tierras de un inglés. Por el contrario, la innovación aportada por Guillermo fue la de crear sólidos *honores*, indivisos, en las regiones más amenazadas: en Cornualles, en las fronteras del País de Gales (ducados de Chester, Hereford y Shrewsbury) y en las fronteras de Escocia (ducado de Northumbría, obispado de Durham); lo mismo hizo en Kent y Sussex para asegurar las comunicaciones con Normandía y cerca de las marismas del este para contener las incursiones danesas. Por último, el rey respaldó su autoridad en una nueva Iglesia que, después de la depuración del alto clero anglosajón, llevada a cabo por la enérgica acción de los legados pontificios y los consejos reformadores, impuso la reforma gregoriana en todo el país. Pese a una larga resistencia, Stigand, arzobispo de Canterbury, fue substitudo por Lanfranc, abad de Bec en Normandía. La Iglesia surgida de la conquista, como la caballería, fue totalmente sometida al poder real: los clérigos debían el servicio feudal y Guillermo prohibió a los prelados viajar a Roma.

Esta severa organización y el deseo de una administración dura se pusieron de manifiesto, sobre todo, en la extraordinaria investigación ordenada por Guillermo en 1086, antes de su salida de Inglaterra, un año antes de su muerte. Pretendía hacer un inventario completo de los bienes y derechos de cada uno, y en particular de los del rey, resolver los litigios surgidos de apropiaciones abusivas y revisar el reparto de los servicios de caballería. Los resultados de tal investigación fueron presentados, por condado y honor, en el *Domesday Book*, documento excepcional. Aunque ha llegado hasta nosotros incompleto (le faltan los cuatro condados del Norte y la ciudad de Londres) y resulta de muy delicada interpretación, el *Domesday Book* sigue siendo todavía la mejor fuente, en mucho, para la historia rural, económica y social de todo el Occidente medieval. En él figuran las transferencias de propiedades después de la muerte de Eduardo el Confe-

sor, la descripción de cada dominio —*manoir*— la enumeración de los hombres, utensilios de trabajo y ganado. Desde Plymouth o Bristol hasta Londres, no puede encontrarse ningún recorrido de cinco millas en el que no haya un lugar citado en el *Domesday Book*. Por otra parte, la investigación muestra, mejor que cualquier otra realización del joven Estado, el rigor de la administración real que, debido a la conquista y a las necesidades de dominar sólidamente al país, estableció severos métodos de gobierno.

Durante mucho tiempo se consideraron estas instituciones, que implicaban las relaciones de vasallaje, como la simple transferencia a Inglaterra de las tradiciones de Normandía, donde el poder real había ya dominado a los feudales. Esta explicación no es inexacta pero resulta incompleta. D. C. Douglas, en su obra sobre Guillermo el Conquistador, ve en ellas, sobre todo, la herencia de las instituciones reales anglosajonas —como el *fyrd*— reforzadas por el esfuerzo de la guerra y la colonización militar. Fue en Inglaterra donde se forjaron, entonces, los futuros órganos y principios de gobierno del reino anglonormando.

Bibliografía: R. BOUTRUCHE, *Seigneurie et Féodalité. Le premier âge des liens d'homme à homme*, I (col. Aubier), 2.ª ed., 1968. M. BLOCH, *La société féodale* (col. «Evolution de l'Humanité», núms. 34 y 34 bis), 2 vols., 1939-1940. F.-L. GANSHOF, *Qu'est-ce que la Féodalité?*, Bruselas, 3.ª ed., 1957. L. GENICOT, «La noblesse au Moyen Âge dans l'ancienne "Francie"», en *Annales E. S. C.*, 1962, págs. 1-22. J.-F. LEMARIGNIER, *Le gouvernement royal au temps des premiers Capétiens (987-1108),* 1965. E. PONTIERI, *Tra i Normanni nell'Italia meridionale*, Nápoles, 1948. D. C. DOUGLAS, *William the Conqueror: the Norman impact upon England*, Londres, 1964. M. DE BOÜARD, *Guillaume le Conquérant* (col. «Que sais-je?», núm. 799), 1958. F. M. STENTON *The First Century of English Feudalism 1066-1166*, 2.ª ed., Oxford-Nueva York, 1961. R. FOLZ, *La naissance du Saint-Empire*, 1967. F. LOT, R. FAWTIER, *Histoire des institutions françaises au Moyen Âge* (col. «Sup-L'historien»), 1970. R. FEDOU, op. cit., cap. I.

Textos y documentos: J. F. FINO, *Forteresses de la France médiévale*, París, 1967. *Le château fort* (dossier D. P. 5253; ed. Doc. française).

Capítulo VII

La Reforma espiritual y la independencia de la Iglesia

(900-1000 aprox.)

Mapas: V, frente a pág. 128 y VI, frente a pág. 144.

El gran movimiento que introdujo en Occidente una nueva espiritualidad y afirmó la independencia temporal de la Iglesia ante el poder laico ha sido calificado durante mucho tiempo como Reforma gregoriana, por el nombre del papa Gregorio VII. De hecho, resulta evidente que la personalidad de Gregorio VII no es más que un símbolo y que su acción fue sólo un aspecto de una renovación muy amplia y compleja.

LAS PRÁCTICAS Y EL SENTIMIENTO RELIGIOSOS ANTES DE LA REFORMA

El clero y los laicos

Con anterioridad a esta Reforma, todos los cronistas y moralistas trazaban un cuadro muy sombrío de la vida religiosa y de las costumbres del clero y de los laicos; sin duda, se trataba de un cuadro exagerado en muchos puntos.

Uno de los males de la época, constantemente denunciado, era la insuficiencia e indignidad del clero. Incluso en tiempos de Carlomagno, el cristianismo no había penetrado de forma absoluta en las zonas rurales; luego, las incursiones escandinavas, húngaras o sarracenas destruyeron abadías e iglesias, dispersando a los monjes. El aumento de la población y las nuevas roturaciones de bosques y zonas pantanosas hicieron que la mayoría de nuevas aldeas o caseríos carecieran de iglesia y cura, teniendo sólo una simple capilla. Hacia el año 1000, en el norte de Francia y especialmente en Inglaterra, cada parroquia reunía varias localidades, en algunos casos bastante alejadas entre sí; sin embargo, no contaba más que con una iglesia parroquial, centro religioso, frecuentemente situado en un *atrium*, espacio privilegiado, recinto fortificado a veces, que comprendía el cementerio y algunas casas. Atendida por varios curas, esta iglesia era la única en poseer pilas baptismales y todos los campesinos debían comulgar en ella tres veces al año (Navidad, Pascua y Pentecostés). Antes de la conquista normanda, en Inglaterra era frecuente encontrar un *minster*, directamente ligado al dominio de un *thegn*, que oficiara en varias aldeas. De hecho, el oficio divino se celebraba sobre todo en la ciudad episcopal, asegurado día y noche por un numeroso clero de curas, diáconos y subdiáconos, en las distintas iglesias de la ciudad, y señalado a lo largo del año por imponentes y fastuosas ceremonias que congregaban a un gran número de personas.

Por otra parte, la desintegración del orden público había provocado la confiscación de muchos bienes de la Iglesia por parte de los laicos, desde el emperador hasta el simple señor de aldea. Enrique III, investido con el título de *patricio* romano, resolvió los litigios existentes en la ciudad y se erigió en árbitro; en 1046, depuso a los tres papas que se disputaban Roma y, en el sínodo de Letrán, tras recibir el ruego de escoger un

nuevo pontífice por parte de los asistentes arrodillados, designó a un alemán, Suidger de Bamberg (Clemente II). En adelante, y hasta 1057, todos los papas fueron obispos alemanes designados por el emperador; así Dámaso II (Poppo de Brixen), León IX (Bruno de Toul) y Víctor II (Gebhart de Eichstätt). En todo el Occidente, los soberanos nombraban a los obispos o ejercían duras presiones para imponer el candidato de su elección, un familiar, un fiel capaz de servirles. Esta actitud se justificaba por el considerable poder temporal del obispo, beneficiario de feudos y derechos de mando. En la misma época, las abadías cayeron en manos de sus protectores, grandes señores que abandonaban su primitivo papel de justicieros por la administración y explotación sistemática de los bienes de los monasterios. Las familias poderosas, condes o vizcondes, consideraban a menudo los obispados y abadías como bienes propios y estrechamente ligados al patrimonio del linaje señorial. En las zonas rurales, por último, el señor de la aldea se apropiaba de las rentas de la Iglesia parroquial, que podía vender o alienar o repartir entre sus hijos. En estas condiciones, los curas, elegidos por el señor, formaban parte de una especie de *familia*, casa doméstica, y vivían únicamente de los ingresos del *altar* (misas, sacramentos, limosnas, ofrendas y oblaciones). La propia iglesia, sus tierras, sus rentas y los diezmos percibidos dependían de la administración señorial. Los curas ingleses se integraron por completo en la comunidad campesina, si bien poseían y explotaban una de las mayores tenencias sometidas al *manor*; algunos señores exigían de ellos que celebrasen la misa en su dormitorio. Otros debían además duros servicios al rey: tal era el caso de tres curas de Herefordshire, obligados a llevar los mensajes reales al vecino País de Gales.

De esta forma el clero, privado de toda independencia, se hallaba estrictamente sometido a los príncipes y a los señores cuya elección podía recaer en personajes indignos, carentes de toda riqueza espiritual. De ahí el relajamiento de las costumbres y los dos principales «vicios» del momento, insistentemente denunciados: la *simonía* —acción de obtener cargos religiosos por medio de influencia o dinero— y el *nicolaísmo*—, es decir, rechazar el celibato religioso y, en definitiva, transgredir la pureza de las costumbres eclesiásticas.

Prácticas y costumbres

Cualquier estudio del sentimiento religioso de esta época, y, a menudo, de otras más tardías, tropieza con grandes dificultades,

casi insuperables: fuentes muy escasas, poco sinceras y de delicada interpretación. Pese a que no puede trazarse un cuadro preciso, es posible, sin embargo, subrayar algunos de los rasgos más destacados de las actitudes religiosas de aquel entonces.

Muy poco numeroso en las zonas rurales, frecuentemente analfabeto, con escasos estudios e incapaz de enseñar las verdades fundamentales de la religión, este clero diezmado se desinteresó en su conjunto de su misión espiritual. Los desórdenes de la época, las guerras y las rapiñas y los vínculos sociales basados en la fuerza se sumaron a esta situación para dar lugar a una religión popular burda, poco sentida y limitada a unas pocas prácticas formales.

Antiguas supersticiones o ritos más o menos mágicos rememoran las tradiciones paganas que el esfuerzo de evangelización sólo había extirpado temporalmente. Por otra parte, el conocimiento superficial de las Escrituras favoreció también un tipo de religión familiar, ligada especialmente al culto de los santos y las reliquias; este culto pasó entonces a ocupar un lugar destacado en la vida popular, hecho que explica la multiplicación e intensificación de las peregrinaciones y del que da un magnífico testimonio la *Crónica* de Raul Glaber († 1050). Hay que señalar también la ausencia de la idea de caridad y de fraternidad humana, en un mundo de costumbres brutales. Es cierto que los señores, cualquiera que fuera su condición, cedían tierras a las abadías, fundaban hospitales y conventos; pero esos actos, en su espíritu, se resumían a un intercambio de bienes materiales y perecederos por bienes eternos; así se indicaba claramente en la fórmula habitual de los preámbulos de las donaciones: *pro perituris aeterna commutant* (J. Choux).

El año 1000 y el Apocalipsis

Además, la religión, por regla general, estaba marcada por el temor al juicio final o, más todavía, por el miedo al fin del mundo. Existe una polémica entre historiadores respecto a este miedo colectivo que se habría desencadenado entre la población cristiana, en Occidente, en tomo al año 1000, fecha terrible anunciada en el Apocalipsis de San Juan. Sin embargo, parece que este temor generalizado del que se habla responde a una interpretación errónea, elaborada con posterioridad: la Iglesia se mostró muy prudente y hostil desde un comienzo a estas creencias. Ciertamente no se nota ningún movimiento de pánico colectivo. Sólo después del año 1000, y en fechas muy variables, encontramos crónicas que se refieren a signos sobrenaturales, cometas y meteoros; lo mismo ocurre con la crisis de subsistencias (hambre) de 1033 (sin embargo, hay que señalar que ocurrió mil años después de la Pasión). Pero el hecho cierto es que la narración del Apocalipsis de San Juan, atormentada, dramática, cargada de símbolos espantosos y de plagios de las profecías judías, encontró entonces gran acogida. Especialmente, fue comentada por los doctores de la Iglesia en sus sermones. El más célebre de estos comentarios fue el del español Beato de Liébana (730-798), recopiado muchas veces e ilustrado con sorprendentes miniaturas que inspiraron toda la iconografía de la época románica: frescos de Saint-Benoît-sur-Loire, portadas esculpidas de las abadías. Paralelamente, en el norte, muchos manuscritos carolingios y, más tarde, el famoso manuscrito de Bamberg, presentaron también otros *Comentarios*. Esos Libros del Apocalipsis, los *Beatos* sobre todo, eran tan numerosos o incluso más que la Biblia en las abadías y catedrales; eran leídos y explicados en cada oficio; lo que explica el tipo de enseñanza religiosa popular que se impartía y el clima espiritual de la época.

LA REFORMA: SUS ASPECTOS POLÍTICOS

Orígenes de la lucha de las investiduras

Los dos aspectos de la reforma religiosa, renovación espiritual y liberación de la tutela laica, son indisociables. Este nuevo clima religioso dio al papado un mayor poder espiritual que le capacitaba para enfrentarse políticamente, con sus propios recursos, a los soberanos.

La lucha entre el papado y el Imperio, resumida de una forma bastante arbitraria pero cómoda en la «lucha de las investiduras»,

se desencadenó de forma decisiva durante los pontificados de Nicolás II (1059-1061) y de Gregorio VII (1073-1085). Nicolás II hizo promulgar los célebres decretos que confiaban la elección de soberano pontífice a los cardenales de la Iglesia (obispos de la Campania romana, consejeros del papa); esta elección debía ser aceptada por el pueblo de Roma y el emperador no conservaba más que el derecho de confirmación. Gregorio VII, monje (Hildebrando) místico, dedicado totalmente a la reforma espiritual del clero, consejero de varios papas anteriores, declaró, inmediatamente después de su elección, la independencia de la Iglesia. En el período de dos años, inhabilitó a todos los prelados que habían obtenido sus cargos a cambio de sumas de dinero y condenó formalmente las investiduras episcopales o de abades concedidas por laicos. En los *Dictatus papae*, él mismo proclamó la primacía absoluta de Roma sobre la Iglesia y sobre el conjunto de la cristiandad. Esta actitud provocó una fuerte reacción por parte del emperador Enrique IV y anunció el inicio de la lucha de las investiduras; de hecho, la lucha por la dominación del mundo occidental.

Las armas de los adversarios

Esta lucha se situó en los planos político y doctrinal, a la vez. Teólogos y juristas se enfrentaron para tratar de definir a quién correspondía la primacía y el derecho de regir a la cristiandad. El partido romano invocaba siempre la famosa donación de Constantino que, además de los territorios del centro de Italia, habría dado al papa un derecho de mando, juntamente con la posibilidad de usar el *phrygium*. Precisamente, este sombrero, signo de soberanía, dio lugar a la mitra de los obispos y a la *tiara* del papa,

sostenida en su base por una diadema adornada con piedras preciosas. Se recordaban también las circunstancias en las que los carolingios llegaron al poder (751), y las que rodearon a la coronación de Carlomagno (800); de todo ello concluían que el papa podía conceder el Imperio a sus buenos servidores. El partido alemán alegaba que, como mínimo por dos veces (Carlomagno en 767 y Enrique III en 1046), el emperador eligió al papa, al concurrir dificultades excepcionales; además esta doctrina imperial concedía una importancia considerable, un carácter primordial, al título de *patricio*, voluntariamente confundido con el de emperador.

Desde el punto de vista político, la lucha no se redujo a una simple prueba de fuerza entre, por una parte, los ejércitos de Enrique IV, capaces de invadir Italia, tomar Roma e imponer en la Santa Sede un antipapa designado por una asamblea de obispos alemanes y, por otra parte, las armas espirituales del papado: *excomunión* que atacaba directamente al emperador o *interdicción* que, privando a la población de los oficios y sacramentos cristianos, les separaba completamente de su soberano. El papa encontró eficaces aliados en los príncipes alemanes contrarios a la autoridad imperial y en los normandos de Sicilia; en 1084, Roberto Guiscardo liberó Roma de manos de los alemanes. En la misma Alemania, Gregorio VII favoreció el movimiento de emancipación de las abadías; la de Hirsau, en la Selva Negra, en 1075, había obtenido la exención plena de la autoridad temporal y consolidado su total libertad para elegir a su abad y el derecho a deponerle si alienaba los bienes de la comunidad. Este ejemplo fue seguido por las grandes abadías suavas (Lindau, Kempten) y por Reichenau.

En cuanto al emperador, explotó el descontento que suscitaba la política pontificia de centralización. Y ello no sólo en Alemania, donde la mayor parte del episcopado le era favorable, sino también en Italia, en Milán y, especialmente, en Ravena, donde

se había desarrollado una escuela de derecho romano, favorable a la teoría imperial de las investiduras. Hacia el año 1050, el arzobispo de Ravena hizo establecer un falso diploma de Carlomagno que sustraía ocho sedes episcopales a Roma para someterlas a Ravena (la industria de las falsas donaciones y los falsos privilegios seguía siendo una de las armas favoritas de ambos adversarios). De hecho, el arzobispo Guiberto, que fue canciller imperial en Italia, intentó formar, siguiendo el ejemplo del papa, un *Estado patriarcal* incluyendo el antiguo Exarcado y la Pentápolis: tardía manifestación del conflicto que, en tiempo de Justiniano y sus sucesores, había enfrentado a las dos metrópolis. En 1084, Enrique IV instaló en Roma a ese Guiberto de Ravena.

El triunfo de la Iglesia

El momento más dramático de esta lucha llegó en enero de 1077, cuando tuvo lugar la célebre entrevista de Canosa en la que el emperador Enrique IV, excomulgado y amenazado en Alemania por un competidor, Rodolfo de Suabia, imploró el perdón del papa, al que se presentó vestido de penitente y andando descalzo por la nieve. Esta humillación confirmó sin duda el prestigio moral de Gregorio VII, pero el perdón le impidió sacar partido del éxito conseguido. El conflicto reapareció. De hecho, la victoria del papado se debió a Urbano II (1088-1099), Eudes de Chátillon, que anteriormente había sido monje de Cluny y obispo de Ostia. Una vez elegido papa, levantó contra el emperador a las ciudades del norte de Italia, asociadas en una Liga lombarda (1093), se aseguró la alianza de los Welf, duques de Baviera, y ganó para su causa a todos los prelados alemanes gracias a la enérgica acción de sus legados y del vicario apostólico Gebhardo de Constanza. De esta forma, Enrique IV quedó reducido a la impotencia.

El conflicto de las investiduras propiamente dicho quedó regulado, después de las infructuosas empresas de Enrique V, por la firma del Concordato de Worms (23 de septiembre de 1122) que, recogiendo la teoría de Yves de Chartres, distinguió entre la *investidura espiritual* concedida por el papa (simbolizada por la cruz y el anillo) y la *investidura temporal*, que estaba referida a los

feudos episcopales y era concedida por el emperador (representada por el cetro).

Por otra parte, en esta misma época, se consolidó un movimiento de restitución de bienes eclesiásticos, sensible ya en Francia desde el año mil. Los señores, cada vez más, abandonaron sus derechos sobre las iglesias parroquiales y, con frecuencia, las donaban a un monasterio próximo. Entonces, estos monasterios, fortificados y enriquecidos por esas donaciones, se liberaron de la tutela de sus grandes *protectores* (en el norte) o de sus *abadías seculares* correspondientes (en el Mediodía). En el condado de Toulouse, el conde y otros abades seculares que habían asegurado hasta entonces la defensa del monasterio de Moissac, extrayendo diversas ganancias y manteniendo allí, en terrenos reservados, campesinos y siervos militares libres de servicio, juraron fidelidad al abad hacia 1060; se comprometieron a no repetir estas «acciones impropias».

LA REFORMA ESPIRITUAL

La renovación monástica

Parece comúnmente admitido que el movimiento de reforma monástica contribuyó, de forma decisiva, a la renovación espiritual de la cristiandad de Occidente. Los orígenes de este movimiento son difíciles de precisar, pero conviene atribuir una importancia particular a:

— por una parte, la influencia de los monjes de Italia meridional que, en Apulia y en Calabria, mantuvieron las tradiciones

egipcias, griegas y bizantinas: ermitaños en las grutas, comunidades o *laures* en el macizo arbolado de Mercurion. En Salento, al norte de Matera, verdaderas aldeas trogloditas, con sus iglesias y sus ermitas rupestres, recuerdan las ciudades-refugio de Capadocia. Los monasterios griegos contribuyeron, en mucho, a la roturación de bosques y landas; al mismo tiempo, se transformaron en grandes centros de estudio con un profundo interés por los autores clásicos, dispusieron léxicos y gramáticas y copiaron a Homero y Aristófanes. Con frecuencia, sus monjes emigraron a un país latino; éste fue el caso, por ejemplo, de san Nilo de Rossano (910-1005), que vivió 15 años en las montañas próximas a Monte Cassino, en el monasterio de San Miguel, junto con sesenta monjes, y después cerca de Gaeta. Precisamente en el sur de Italia, muchos reformadores latinos conocieron las prácticas del monaquismo griego: en 940, Odón, abad de Cluny, fue en peregrinación a Monte Gargano; asimismo, el lorenés Juan de Gorze visitó los monasterios de Campania; más adelante, lo hicieron Guillermo de Volpiano, que fue abad cluniacense de San Benigno de Dijon, y Romualdo, fundador de la orden eremítica de los camaldulenses;

— por otra parte, la influencia de algunas grandes escuelas episcopales y abaciales de Francia, Lorena y del Imperio, centros de enseñanza, de estudio de la liturgia, que contribuyeron mucho a elevar el nivel intelectual y espiritual del clero. Así, la de Reims, dirigida por Gerberto de Aurillac, el futuro Silvestre II, o la de Fleury-sur-Loire. En Lorena, el movimiento de reforma encabezado por Gerardo de Brogne (880-959) se extendió desde la abadía de Brogne hasta Flandes y su obra fue continuada, mucho más lejos todavía, por Juan, abad de Gorze (hacia el año 950). Numerosos autores consideran que ese movimiento reformador lorenés, cuyo interés estuvo centrado en la vida ascética y mística, se extendió muy pronto por Borgoña y por los países alemanes, jugando un papel decisivo en la renovación espiritual.

De San Maximino de Tréveris, partió, hacia los años 950, otra corriente reformadora, apoyada firmemente por los emperadores sajones; antes del año 1000, había llegado ya a Reichenau, Ratisbona y a las numerosas abadías de Baviera, Franconia y Austria.

Fortuna y originalidad de Cluny

Así pues, la originalidad de Cluny, la célebre abadía fundada en 909, cuya historia ha simbolizado siempre esta renovación, no puede situarse, de forma rotunda, en la línea del nuevo ideal de espiritualidad y del estricto respeto a las reglas monásticas; esto último estaba entonces ampliamente difundido por numerosos conventos. Esta originalidad proviene de la participación de sus monjes en las obras sociales de la época (ayuda a los pobres, enfermos y huérfanos; escuelas y mantenimiento de las parroquias rurales) y, sobre todo, de la fundación de una *orden* religiosa cuyo considerable éxito sentó las bases para una nueva unidad del mundo cristiano. Innovación esencial que supuso un cambio decisivo en la historia del monaquismo occidental y debía insuflar una nueva fuerza a toda la cristiandad. Los monasterios que se adhirieron a la reforma de Cluny no vivieron una vida propia; formaron parte de una comunidad real, dirigida por una especie de gobierno muy centralizado, cuyos poderes se extendían más allá de las fronteras diocesanas y de los Estados. Algunos de ellos conservaron solamente una cierta autonomía y, en particular, el derecho de elegir a su prior; el abad de Cluny designaba a todos los demás, visitaba todos los monasterios, viajaba con frecuencia a Roma y dirigía la política general de la orden. J.-F. Lemarignier ha demostrado claramente que la institución de esta orden estuvo íntimamente ligada al privilegio de *exención* que, conse-

guido lentamente por los abades de Cluny, excluía a sus monasterios de la jurisdicción episcopal, situándolos directamente bajo la protección del papa. Esta *libertas romana* hizo de Cluny el eficaz auxiliar del papado en tiempo de Gregorio VII, sobre todo cuando la idea de una Iglesia universal centralizada substituyó a la de Iglesias episcopales. Esta exención y la sólida organización de la orden son factores explicativos de su suerte: bajo el reinado de san Hugo (1049-1109), existían 200 monasterios y cerca de 200 prioratos diseminados por Europa, Inglaterra, Alemania oriental y España. La orden representaba una fuerza considerable; la iglesia de Cluny era la más extensa de Occidente; su abad, el segundo jefe de la cristiandad, después del papa.

La reforma monástica al margen de Cluny

Sin embargo, los recientes estudios prueban que generalmente se ha exagerado un poco el papel de Cluny o, por lo menos, se ha infravalorado el de otros centros monásticos. Con posterioridad a los años 1050, y en el interior mismo de la orden, la reacción «nacional» de los príncipes favoreció una cierta autonomía de las abadías situadas en provincias alejadas. Cluny encontró especialmente una fuerte resistencia en ciertas regiones donde se mantenía la influencia de antiguas abadías benedictinas, reformadas, que controlaban numerosos prioratos; fue el caso de San Marcial de Limoges y, más todavía, de San Víctor de Marsella. En Cataluña, el conde de Barcelona mantuvo un cierto equilibrio entre las abadías extranjeras, pues no concedió más que tres monasterios a Moissac (afiliado a Cluny) y dio a San Víctor varias abadías importantes, como las de Lagrasse y Ripoll, de las que dependían numerosos prioratos. La historia de los movi-

mientos reformadores regionales, surgidos por la acción de un abad influyente, nos es todavía bastante desconocida; no obstante, fue decisiva. En Aude, por ejemplo, la abadía de San Poncio (fundada en 936) se transformó, bajo el mandato del abad Frotard (elegido en 1060), en el centro de una congregación monástica que agrupó varios conventos y poseía tierras incluso en Cataluña y Aragón. Otra congregación de la misma orden se estableció en San Cugat del Vallés, cerca de Barcelona. En Italia, fue también el espíritu de reforma espiritual y de búsqueda de una vida más contemplativa el que animó a Juan Gualberto, fundador de la abadía de Vallombrosa (en 1038), centro de otra congregación muy influyente en Toscana y más allá de los Apeninos, en la región de Bolonia. Gracias a Vallombrosa, Florencia empezó a ser uno de los principales centros religiosos de Occidente: «Su reputación en el mundo empezó en el plano espiritual» (Y. Renouard).

El clero secular

Los trabajos recientes muestran también que el historiador es víctima, con frecuencia, de un defecto óptico, al conceder una extrema fidelidad a las crónicas de la época, redactadas, las más de las veces, por los abades; atribuyen todo el mérito de la reforma espiritual de la cristiandad al nuevo monaquismo. En efecto, el oponer la pureza de los monjes sometidos al dominio de Cluny a los desórdenes y abusos del clero secular ha pasado a ser un lugar común entre los historiadores.

Pero el clero secular ejerció también una influencia considerable sobre la población. El propio papado y sus legados dirigían, con frecuencia, su acción. En 1068, el papa Alejandro II envió al cardenal Hugo a la provincia eclesiástica de Narbona, y éste consiguió desposeer al arzobispo simoníaco impuesto por la familia vizcondal; entonces dos concilios reformadores, en Gerona y en Toulouse, sentaron las bases para la pacificación y la reconquista

espiritual del Languedoc y del condado de Barcelona, asegurando además la fortuna de las grandes abadías. En Inglaterra, el reinado de Guillermo estuvo marcado por la celebración de grandes concilios reformadores; entre 1072 y 1080: Winchester, Wesminster y Gloucester impusieron el celibato, primero, a los canónigos de los *minsters*, y después, a los curas de las aldeas.

Una de las originalidades de la época parece haber sido la influencia decisiva de las iglesias colegiatas, fundadas generalmente por señores que ligaban así a un grupo de curas a su castillo. Estos clérigos les ayudaban a administrar sus tierras, a pasar cuentas y a administrar justicia. Iglesias privadas señoriales, estas colegiatas estaban dotadas de un cierto número de *prebendas*, bastante modestas, ya fueran tierras cedidas a cada uno de los canónigos, ya fueran ganancias de peajes o tránsitos, o incluso rentas pagadas en dinero. Los canónigos ocupaban normalmente casas separadas del castillo, a excepción de su *doyen*, que residía en él. Una *mensa* común permitía atender la iglesia y la celebración de los oficios (mensa *ad thesaurum ecclesie, ad lumen ecclesie*). Ciertas colegiatas tuvieron sus escuelas, dirigidas por un clérigo. Fueron muy numerosas en Alemania, en el norte de Francia (castillo de Flandes y de Artois) y en el valle del Loira. En Normandía parece que fueron el elemento primordial de la reconquista espiritual después de las invasiones escandinavas (L. Musset). Varias de ellas se beneficiaron de los favores de la familia ducal: la de Cherburgo, fundada en 1063 por Guillermo, y fundamentalmente la de San Evroult en Mortain, fundada en 1082 por su hermanastro, el conde Roberto. Más tarde, esos canónigos libres cedieron el paso a los monjes o, las más de las veces, a los canónigos regulares sujetos al respeto de reglas, más o menos estrictas; una de ellas no exigía más que una simple disciplina espiritual (la regla llamada de Aquisgrán); otra, sin embargo, inspirada en las directrices señaladas por san Agustín, imponía la vida comunitaria y prohibía la propiedad privada; por último había otra, más severa, llamada de «estricta observancia», que insistía en el voto de pobreza y en el trabajo manual; ésta fue la seguida por san Norberto, cuando fundó la orden de los Mostrenses en 1120. Esta reforma de los canónigos se inició en tomo al año 1000 y siguió luego, alentada por el papado, especialmente por Urbano II.

En esta misma época, se multiplicaron las iglesias parroquiales. Así sucedió en Inglaterra, después de la conquista normanda, donde el número de nuevas fundaciones fue considerable gracias a las donaciones de barones, caballeros, obispos y abades.

La evolución de las costumbres

Sin duda alguna, la actuación del clero secular contribuyó ampliamente a una nueva mentalización de los laicos, caballeros o burgueses, en materia de religión y del conjunto de la vida espiritual; en todo caso, logró suavizar las costumbres. Las tierras de la Iglesia merecieron la reputación de tierras de paz. Las *sauvetés*, [3] aldeas fundadas por las abadías, delimitadas por cruces, beneficiaron también este derecho de asilo. Desde 989, el Concilio de Charroux condenó formalmente la guerra privada y el pillaje. A esta condena, espiritual en un principio, siguieron de inmediato severas medidas de control: en el Concilio de Bourges, en 1038, se configuró una liga en pro de la paz, al servicio de la cual se pusieron fuerzas suficientes para poder castigar a los culpables. De esta manera, se multiplicaron, primero en Francia y luego en el resto de Occidente, las *Asambleas de la Paz*, presididas por el obispo, y congregando a clérigos, señores y burgueses y, en ellas, cada cura debía jurar sobre las reliquias que respetaría las normas establecidas. Estos *juramentos de paz*, el primero de los cuales fue, tal vez, el exigido por el obispo de Beauvais en 1023, implicaban siempre los mismos compromisos: prohibición de atacar a los clérigos o a sus bienes, de secuestrar campesinos o mercaderes, robar su ganado, incendiar las casas y cortar las viñas. Con esa *Paz de Dios* y la *Tregua de Dios* (prohibición de batirse desde el viernes hasta el domingo), la Iglesia impuso al caballero un modo de vida distinto, una nueva mentalidad. Los caballeros, puestos al servicio de Dios, formaron una *orden*, en el sentido religioso del término. De esta actitud mental y de esta conciencia colectiva dio testimonio el ritual de la ceremonia de *investidura*, día en que el joven recibía sus primeras armas; esta ceremonia, con sus dos apartados de velar las armas y rezar en la capilla del castillo, recordaba varios ritos de la ordenación de los clérigos.

También en las ciudades la religión de los laicos evolucionó y adquirió sentimientos nuevos: respeto por la paz y la fraternidad humanas. En este campo los testimonios son más escasos y poco

conocidos; sin embargo, no puede ignorarse el significado religioso de las *cofradías* o *hermandades*, que normalmente agrupaban a individuos de un mismo oficio, pero sobre todo a asociaciones religiosas de laicos. La carta de la *hermandad* de la Halle Basse de Valenciennes, estudiada por M. Mollat, empieza con una invocación a la Trinidad y un largo preámbulo de 20 artículos en forma de sermón (entre 1050-1100 aproximadamente). Estas *hermandades* de las ciudades del norte establecieron una vida religiosa colectiva: culto a los santos, ceremonias para celebrar la fiesta patronal, cuidado de la capilla y compra de cirios. Tenían un capellán y sus asambleas, que se llamaban *capitulum*, como las asambleas monásticas o de canónigos, se ajustaban a las horas de los oficios. Sus estatutos insistían enormemente en las virtudes del amor y la caridad, la necesidad de respetar la paz y de buscar la vida eterna; preveían duros castigos para los que se dejaran llevar por la violencia, para los que «sintieran odio». Este espíritu de concordia, de unión en Cristo, se manifestaba especialmente en las ceremonias funerarias, cuando un hermano era velado por sus compañeros.

Los eremitas y la religión popular

Un foco de difusión fue, sin duda, el sur de Italia, donde se siguió el ejemplo de los ascetas griegos de Sicilia y Apulia. Sin embargo, existieron también eremitas refugiados en los bosques del oeste de Francia y en las islas del mar del Norte.

Los eremitas eran exclusivamente hombres de Dios. En una época en que los grupos familiares y la solidaridad privada jugaban un papel tan importante, ellos abandonaron sus aldeas; llevaron una vida errante y solitaria; exaltaron la pobreza y el tra-

bajo manual. Dentro de aquella sociedad formaron una especie de *orden* perfectamente caracterizada, con rasgos distintivos propios: la túnica de tejido crudo y basto, una gran barba, las rodillas descubiertas y los pies descalzos.

No obstante, la vida del eremita no consistió solamente en la búsqueda de soledad y, mucho menos, en el rechazo del mundo o, como a veces se ha dicho, en la sublevación contra el orden establecido y la jerarquía eclesiástica. El eremita fue, con frecuencia, viajero y peregrino. De todas formas, atraía, cerca de su caverna o de la gruta que habitaba, a multitudes emocionadas por el ejemplo de una vida pura, ansiosas de milagrosas curaciones ya que, según el pueblo, el santo varón estaba dotado de poderes sobrenaturales. Las investigaciones de E. Delaruelle y de G. G. Meersmann demuestran que esos hombres participaron también en un programa de evangelización popular, alentados, e incluso directamente dirigidos, por los papas, en particular por Urbano II.

Predicadores nómadas —los *Wanderprediger* de las crónicas alemanas—, los eremitas tenían la posibilidad de llegar hasta las gentes sencillas, las poblaciones errantes que vivían en los bosques y estaban poco afincadas en un lugar determinado: pastores, carboneros y especialmente siervos fugitivos. De esta forma introdujeron en esta parte de la población el nuevo cristianismo y una religión bien distinta a la que hasta entonces habían conocido: los laicos se limitaban a cumplir con los rituales externos, que en ocasiones llegaban a tomar la forma de prácticas supersticiosas, y a confiar en las oraciones de los monjes y los santos. Los sermones de los eremitas, por el contrario, ponían el acento en la salvación personal, en la penitencia y, por lo tanto, en la responsabilidad individual. Asimismo, enseñaban y comentaban la Biblia. Sus héroes eran san Juan Bautista, san Miguel, María Mag-

dalena, y todos los santos del Evangelio en general, pero sólo muy raramente alguno de los preferidos por los campesinos de Occidente. De este modo, debilitaron las devociones tradicionales y provocaron un fuerte interés popular por Tierra Santa, por el Mesías, por las peregrinaciones y las Cruzadas.

En el norte y en el este, los eremitas emprendieron también la tarea de evangelizar a los paganos. Un antiguo pirata, instalado en solitario en la isla de Faria, frente a las costas alemanas, donde construyó una iglesia, atrajo a numerosos marineros, piratas en su mayoría, que le presentaban ofrendas; para ellos la isla era *tierra santa*, y así se denominó en lo sucesivo: *Heligoland*. En los países eslavos, el emperador y el papa dieron su apoyo a las misiones evangelizadoras. Adalberto, hijo de un gran señor de Bohemia y amigo íntimo de Otón III, fue en un principio obispo de Praga; sin embargo, pronto se trasladó a Italia, donde conoció a san Nilo y a los eremitas de Calabria, y permaneció durante un tiempo en un convento romano. Al regresar a Praga, fundó un monasterio en un bosque próximo (Brevno). Se dirigió, por último, a las orillas del Báltico para evangelizar a sus pobladores, y allí fue asesinado en 997. Otro intento de evangelización fue conducido por Romualdo, hijo de un noble de Ravena. Romualdo fundó el convento de los Camaldulenses en los Apeninos, cerca de Arezzo, así como la comunidad de Pereo en la laguna de Venecia, cuyos miembros vivían alternativamente en el monasterio y en ermitas aisladas situadas en las islas. Allí reunió hombres «sólidos», a menudo parientes del emperador, formándolos según la dura escuela de Pereo. Estos eremitas alemanes educados en Italia, así como los eremitas eslavos más adelante, fueron los auténticos artífices de la evangelización de los pueblos eslavos y magiares, que seguían siendo paganos pese a la conversión al cristianismo de sus soberanos (G. Tabasco, H. Grundmann, J. Kloczowsky).

El movimiento eremítico, dirigido por hombres que habían sido abades u obispos, familiares del papa y del emperador, no sólo no fue una rebelión contra la Iglesia, sino que condujo en muchos casos a la fundación de nuevas órdenes religiosas, ciertamente caracterizadas por una profunda originalidad y un intenso ascetismo pero sometidas a una regla y organizadas de forma similar a las anteriores comunidades monásticas. Tal fue el caso de la orden de Grandmont, fundada por Etienne de Muret en 1077; la Gran Cartuja (Bruno de Colonia, 1084); Fontevrault, para mujeres (Robert d'Arbrissel, 1101). Y también el Císter se inscribe en este movimiento. En 1098, Robert de Molesme, abad de un poderoso convento benedictino, lo abandonó para construir con 21 monjes el monasterio de Citeaux, al que se dio aco-

gida a nuevos discípulos. La nueva orden, animada especialmente por la extraordinaria personalidad de san Bernardo de Claraval, recibió sus estatutos por la *Charte de Charité*, redactada en 1119. En ella se establecía una regla común pero un gobierno menos centralizado que el de los cluniacences. Insistía sobre todo en el voto de pobreza y en la bondad de la soledad; prohibía, asimismo, a los monjes percibir rentas de los campesinos. La orden progresó rápidamente: 80 abadías en 1134, 530 alrededor del año 1200. Surgida de un afán de ascetismo, de una reacción, incluso, contra la fortuna y el poder político de Cluny, encontró numerosos adeptos entre los eremitas. Muchas abadías cistercienses habían sido previamente ermitas: la de Haute-Combe, en Saboya, Froidemont, en Oise, etc.

EL ARTE ROMÁNICO

A este renacimiento espiritual que invadió todos los ámbitos, le correspondió, en la misma época, una renovación artística que tuvo su mejor expresión en las grandes abadías románicas, en sus muros y en sus bóvedas de piedra tallada, en las extraordinarias decoraciones de sus tímpanos y capiteles esculpidos, o en sus frescos murales que en muchos casos sólo han sido descubiertos a partir de principios del presente siglo. Se le denomina «arte románico» en la medida en que enlazaba con antiguas tradiciones de Roma, y en cualquier caso era netamente distinto a las expresiones artísticas propias de los reinos bárbaros de la Alta Edad Media y del arte cristiano oriental.

Las características del arte románico varían de una región a otra. En especial, sus orígenes son harto complejos y, según el trabajo de L. Grodecki sobre la arquitectura otónica, entre las manifestaciones aquitectónicas del «arte románico primitivo» hay que distinguir claramente las siguientes:

— Una arquitectura de los países nórdicos que, heredera directa del arte carolingio, no poseía más que unos pocos rasgos en común con los monumentos romanos, paleocristianos o incluso más antiguos. Esta arquitectura se desarrolló mucho antes del año 1000, bajo la dinastía de los reyes y emperadores sajones. En este sentido, el renacimiento del arte carolingio, bajo Otón III en especial, constituyó uno de los aspectos de la *renovatio imperii*. Dio lugar a la aparición de innumerables e imponentes obras maestras: la iglesia de Hersfeld, en Franconia; las abadías de Santa Gertrudis de Nivelles (al norte de Namur), construida por una prima de Otón III, y la de San Miguel de Hildesheim, en Sajonia, obra de Bernward, antiguo preceptor del emperador; múltiples iglesias de la región de Utrecht; Santa María de Reichenau. Pese a algunos matices regionales, especialmente acusados en Sajonia y Alsacia, este arte otónida presentaba una cierta unidad, entre 950 y 1050, en todos los países del Imperio, desde Lorena a Bohemia y Polonia. En su aspecto externo, se caracterizaba por las grandes proporciones de las catedrales y abadías, de techo plano de maderas pintadas y múltiples torres muy altas que encuadraban la fachada y coronaban la cabecera. En el interior podían observarse muros continuos con arcos repujados, pilares macizos y tribunas en la parte que daba al oeste. En resumen, una decoración muy sobria que daba la impresión de gran austeridad. Las mismas características pueden encontrarse, con pequeñas innovaciones o algunos tímidos intentos de renovación, en el norte

de Francia y en Champaña (San Riquier; Corbie; San Rémi de Reims —desde 1005 a 1049; Montier-en-Der, abadía reconstruida entre los años 960 y 982, por Adson, amigo de Giberto, el futuro papa Silvestre II, consejero de Otón III), en la Île de France (Saint-Germain), y en los países del Loira (San Martín de Tours y San Aignan de Orleans). En Normandía, (Saint-Wandrille, Jumièges y la primera catedral de Ruán) se impusieron algunas novedades: bóvedas colaterales y decoraciones a base de arcadas ciegas. Esta identidad del estilo en las diversas zonas es la que posibilitó a M. Grodecki el hablar del «arte románico primitivo del norte» que se extendió desde el Océano al Elba, desde el mar del Norte al Loira y a los Alpes.

El apogeo del arte otónida se manifestó también en las brillantes miniaturas inspiradas, al mismo tiempo, en las tradiciones carolingias y en el ejemplo bizantino (grifos y leones que imitaban las sederías orientales). Estos grabados procedían de los famosos talleres de copistas que estaban al servicio de las grandes abadías: Corvei, Hildesheim en Sajonia, Ratisbona, el convento de Esternach en Luxemburgo y, en especial, Reichenau. Los espléndidos manuscritos del año 1000 se adornaron con grandes y suntuosas iniciales, de oro y púrpura, rodeadas de hojas de pámpano. Los *Códices* de Reichenau y de Esternach tuvieron un papel decisivo en la elaboración de la iconografía románica.

— Un arte románico primitivo meridional en el que destacaron mucho más que en el Norte las artes decorativas aplicadas a la arquitectura o al mobiliario.

Desde el punto de vista arquitectónico, sus orígenes deben buscarse en Italia, pero no en la tradición heredada de Roma sino de Ravena y, por tanto, de Oriente. Los monumentos de ladrillo que, aun teniendo grandes naves, estaban construidos sin ninguna articulación interna, con sus campanarios cilindricos y columnas coronadas por grandes capiteles, cornisas esculpidas a base de dientes de sierra, hornacinas o arcadas, mantuvieron muy vivas, y prácticamente sin variación, las tradiciones de Ravena y Bizancio en toda la costa adriática de Italia. Recordemos las iglesias rurales de la región de Ravena, la iglesia y el palacio abaciales de Pomposa, el palacio patriarcal y la catedral de Aquileya (construidos por el patriarca Poppo hacia 1020) y, sobre todo, los monumentos venecianos. Esta ciudad fue entonces escenario del mayor progreso artístico de Italia: catedral e iglesia de Santa Fosca en Torcello, San Marcos (el tercer edificio se inició en 1063), que fue la copia exacta de la iglesia de los Doce Apóstoles de Constantinopla y fue adornada con una magnífica serie de capiteles véneto-bizantinos.

No obstante, en Lombardía, desde el año 1000, se siguió una nueva forma de construcción, en especial en la región de Como y Milán (San Ambrosio de Milán, en particular). Conservando también el legado artístico de Ravena, aportó innovaciones muy importantes: disposición de la nave en varios volúmenes distintos, articulación de la cripta, y más adelante del coro, dejando un corredor de circunvalación alrededor del altar (*deambulatorio*), cobertura a base de bóvedas dobles de piedra, bóvedas de arista (es decir, formadas por la penetración de dos bóvedas perpendiculares) cuyas diagonales estaban rematadas con arcos de *aristas* muy pronunciadas. La decoración exterior se fue complicando poco a poco: sucesión de nichos o arcadas que se llamaron *bandas lombardas*. Este arte de los maestros albañiles de Milán y Como —los *comacini*— se propagó hacia el sur, llegando a Toscana, Roma e incluso a Apulia (San Nicolás de Bari se inició en 1087). Su expansión hacia el norte provocó una renovación artística cuyas etapas fueron estudiadas en el trabajo ya clásico de J. Puig i Cadafalch. El arte románico primitivo meridional llegó así al litoral mediterráneo de Francia y Cataluña; por los valles del Ródano y el Saona, llegó hasta Borgoña y los valles alpinos, donde chocó con la arquitectura otoniana; sin embargo, la decoración lombarda se encuentra hasta las orillas del lago de Thoune (Spiez) y al norte mismo del lago Constanza (Sankt Blasien, 1013-1036).

Uno de los focos más activos de este arte fue ciertamente Cataluña, donde las bóvedas de piedra, desde los años 950-960, recubrieron pequeñas iglesias y poco después amplias naves: Santa María de Ripoll (1032; 5 naves), o San Martín del Canigó. Aquí, la arquitectura, heredera por supuesto del arte lombardo, se enriqueció con elementos diversos procedentes de la influencia mozárabe y bizantina; por ejemplo, la cúpula. Esta influencia, que puede notarse en elementos diversos, es especialmente clara en la decoración escultórica de los capiteles, las tablas de los altares y los dinteles de las portadas. Los artistas interpretaron, aunque de forma muy libre, los motivos decorativos bizantinos o musulmanes o los aportados por los marmolistas del Languedoc francés. Estos primeros intentos de escultura «románica» aparecieron, en primer lugar, en las abadías benedictinas del norte de Cataluña, San Pedro de Roda y Saint-Genis-des-Fontaines.

Estas diversas tradiciones e innovaciones triunfaron, después de 1050 aproximadamente, en el momento en que se logró, en toda Europa y especialmente en las provincias del mediodía, un fantástico arte monumental, de carácter absolutamente original. Consiguió un alto grado de perfección en las hermosas abadías de Cluny y estuvo siempre engalanado con maravillosas decoraciones. Los ejemplos nórdicos se imponen todavía hoy por las grandes dimensiones de las iglesias y la altura de sus torres. Los inventos meridionales fueron desarrollándose: bóvedas de piedra más atrevidas y complejas (aparejadas o de artistas), trabazón de hermosas piedras talladas, gran importancia del crucero, del coro, del deambulatorio, de las capillas orientadas hacia el este o de artesonados en torno al coro y de los pilares de composiciones más complejas. En su aspecto externo, las formas aparecían más ágiles y articuladas, pero, a pesar del equilibrio de las masas, la impresión de conjunto era de una gran solidez. Por último, resulta siempre especialmente destacable la decoración esculpida de los tímpanos de las portadas y de los capiteles de las naves y claustros.

Sin hablar de verdaderas escuelas regionales, es fácil distinguir varios estilos de características muy distintas, e incluso oponer las amplias basílicas de Borgoña o las grandes iglesias con tribunas —llamadas, a veces, de *peregrinación*— del Languedoc a aquéllas, más simples y modestas, del Poitou y la Provenza. En Normandía, las dos abadías ducales de Caen (La Trinidad y San Esteban) y la catedral de Bayeux conservan sus impresionantes fachadas; la casi total ausencia de preocupación decorativa contrasta fuertemente con todas las muestras románicas que pueden encontrarse al sur del Loira.

A pesar de su carácter regional, el arte románico siguió las rutas de peregrinación, viéndose sometido a grandes corrientes de influencia, con frecuencia decisivas, que reforzaron todavía más la acción centralizadora de las órdenes religiosas y el prestigio de las grandes abadías matrices o de los santuarios insignes.

Cluny III (el tercer edificio iniciado por Hugo en 1088 y concluido hacia el año 1120), de impresionantes dimensiones (182 m de longitud, 10 m de anchura y 30 m de altura de la bóveda), de cinco grandes naves bien articuladas entre sí, de gran luminosidad, fue bien pronto imitado en Paray-le-Monial, La Charité-sur-Loire y Saulieu. A través de Cluny, el arte románico penetró en la baja Borgoña; el arte románico del norte de España, más alejado pero no menos brillante, siguió el progreso de Cluny o de los peregrinos de Santiago de Compostela. La influencia francesa, de San Marcial de Limoges y de San Sernin de Toulouse especialmente, parece que fue decisiva en el caso de la catedral de Compostela precisamente, donde trabajaron 50 talladores de piedra del otro lado de los Pirineos, en la iglesia real de San Juan Bautista de León y en la catedral de Jaca.

Los temas iconográficos del Mediodía, cargados de reminiscencias orientales o heredados de las miniaturas de los *Beatus*, se extendieron por toda la cristiandad. De ahí los animales fantásticos o simbólicos de los capiteles y las grandes composiciones de los tímpanos: el Juicio Final de Conques, la Ascensión, tema que se representó primero en Toulouse y, después, en Cahors, Chartres y Borgoña, o el Apocalipsis de Moissac, repetido después en Chartres y en Bourges. Otros temas provienen directamente de la flora del país y del folklore local; así sucedió en Auvernia. Cluny aportó curiosidades y complacencias eruditas relativas a temas antiguos, expresados de forma alegórica: virtudes espirituales y estaciones del año, notas del canto gregoriano, ríos del Paraíso en forma de jóvenes efebos. También los frescos de la capilla cluniacense de Berzé-la-Ville, de fondo obscuro y rica ilustración, se oponían a la ingenuidad y pobreza decorativa de los de Saint-Savin-sur-Gartempe, en los que predominaban los ocres y los colores claros.

A fines de siglo, y a raíz de algunas violentas exhortaciones de san Bernardo, Citeaux provocó una fuerte reacción contra el lujo y la fantasía decorativa. El arte cisterciense, expresión de una nueva espiritualidad, rechazó la anécdota ornamental en bus-

ca de una mayor pureza en las líneas y una arquitectura de composición más noble. Anunciaba con ello (en la abadía de Fontenay, en Borgoña, por ejemplo) el futuro reinado del arte gótico.

Bibliografía: H. FOCILLON, *L'an mil*, 1952. K. BIHLMEYER y H. TUECHLE, *Histoire de l'Eglise*, t. II, Mulhouse, 1963. R. MORGHEN, *Medio Evo cristiano*, Roma, 2.ª ed., 1961. P. COUSIN, *Précis d'histoire monastique*, 1956. J. DECARREAUX, *Les moines et la civilitation*, 1962. M. PACAUT, *Les ordres monastiques et religieux au Moyen Âge*, 1970.

Textos y documentos: E. POGNON, *L'an mil*, 1947. G. DUBY, *L'an mil*, 1966. V. MORTET y P. DESCHAMPS, *Recueil de textes relatifs a l'histoire de l'architecture et à la condition des architectes en France au Moyen Âge*, 2 vols., 1911-1924. R. CROZET, *L'art roman*, 1962. Todos los volúmenes de la colección «Zodiaque» (*Poitou roman, Quercy roman, Val de Loire roman*…). M. DURLIAT, *L'art roman en Espagne*, 1962. L. GRODECKI, *Au seuil de l'art roman: l'architecture ottonienne*, 1958. A. GRABAR y C. NORDENFALK, *La peinture romane du XIe au XIIIe siècle* (col. «Skira»), Ginebra, 1957. E. MALE, *L'art religieux du XIIe siècle en France. Etude sur l'origine de l'iconographie au Moyen Âge,* 5.ª ed., 1947. M. PACAUT y J. ROUSSIAUD, *L'âge roman*, 1969. H. DECKER, *L'art roman en Italie*, 1958. A. DIMIER, *Les moines bâtisseurs*, 1964. A. DIMIER, *L'art cistercien*, 1962. Y. BOLTINEAU, *Les chemins de Saint-Jacques*, 1966. O. DEMUS, M. HIRMER, *La peinture murale romane*, 1970. J. LAFOND, *Le vitrail*, 1966.

Capítulo VIII

El florecimiento de Europa: La vida agraria y las grandes roturaciones

Mapas: VI, frente a pág. 144 y VII, frente a pág. 176.

Una fecha, el año 1000, y una frase célebre, la del monje Raúl Glaber, sobre la blancura del hábito religioso con la que se engalanó la cristiandad, adquieren para muchos un valor simbólico: el de un renacimiento después de tiempos difíciles y agitados. De hecho, en estos años se confirmó un amplio movimiento, desigual y más o menos precoz, que afectó a todos los países de Occidente y les confirió un nuevo equilibrio económico y humano a cambio de encarnizados esfuerzos llevados a cabo durante siglos. No hay duda de que este florecimiento de Europa estuvo provocado por un fuerte crecimiento demográfico que hizo necesaria la búsqueda de nuevas tierras y nuevas actividades.

Resulta difícil medir el crecimiento demográfico a falta de testimonios suficientemente precisos y numerosos; lo excepcional son los datos directos; sin embargo, el estudio de los cementerios de la época, en Alemania y Escandinavia especialmente, muestra una elevación del tiempo medio de vida. Por otra parte, la división del manso, que era ya frecuente en Francia desde el siglo X y que se extendió luego por todo Occidente, obligó a las familias, más numerosas que antaño, a dividir sus tenencias.

A este empuje demográfico, al que se atribuyen graves crisis de subsistencia (en particular, el hambre sufrida por Europa en

1033), se respondió de formas bien distintas; en principio, con la expansión militar, política y religiosa: las cruzadas en Oriente, la *Reconquista* en España y las conquistas territoriales de los alemanes y los países eslavos. Pero, a más largo plazo, las transformaciones substanciales sufridas por la economía occidental constituyeron un factor mucho más decisivo: desarrollo del gran comercio, resurgimiento y ocupación de las ciudades, empleo de numerosa mano de obra en la industria de tejidos, cuyos productos permitían mantener el comercio a larga distancia y, por último, la conquista de nuevas tierras conseguidas mediante la roturación de bosques, marismas, landas y baldíos. Algunos autores creen que estos procesos de roturación se vieron favorecidos por unas condiciones climáticas más favorables, por un recalentamiento general. Esta hipótesis resulta muy interesante y verosímil, pero la climatología histórica, ciencia realmente apasionante, no ha precisado todavía todas sus conclusiones.

LA CONQUISTA DEL SUELO

Las grandes roturaciones llevadas a cabo en Francia y Alemania desde el siglo X, interrumpidas luego por las invasiones húngaras o normandas y por la anarquía general, y continuadas más adelante hasta los años 1280 aproximadamente, constituyen uno de los hechos más espectaculares, y tal vez el más decisivo, de nuestra historia. Por todas partes, los hombres, enfrentándose a una naturaleza hostil y todavía poco desbrozada, consiguieron hacer avanzar la civilización. Estas grandes roturaciones confirieron a nuestros campos de Occidente un nuevo rostro, que, exceptuando algunas regiones, desde entonces no ha variado demasiado.

Muchas de estas conquistas fueron el resultado del trabajo de simples campesinos, aislados, que libraron, con fortuna diversa, un singular combate contra el bosque o las marismas próximas. Se contentaban, los años que se presentaban buenos, con extender sus superficies sembradas hasta los límites de antiguos campos, lo que constituía un avance titubeante e incierto cuyo resultado era un paisaje agrario irregular y anárquico: parcelas de tierra dispersas y en desorden en las fronteras de aldeas forestales, embrollos de canales de drenaje, o de simples riachuelos a veces, que en ciertas marismas inglesas o en el país de Monts, en Vendée, encerraban granjas aisladas en islotes rocosos.

A estas empresas campesinas, modestas, respondieron otras de mayor envergadura dirigidas por los señores, laicos o abades, que establecieron en sus dominios *leñadores y roturadores*, encargados de supervisar la roturación de los bosques. Pero la totalidad de estos trabajos sigue siendo poco conocida, pues no exigían ningún tipo de contrato y por tanto no han dejado huella en los textos; solamente podemos guiarnos por la evolución del paisaje agrario, no siempre fácil de precisar.

Por el contrario, las roturaciones colectivas han podido estudiarse mucho mejor, puesto que su resultado era la creación de nuevos hábitats humanos, aldeas o caseríos, la transformación radical del paisaje y la redacción de un documento, con lo cual resultaban mucho más espectaculares e importantes que las roturaciones individuales.

Características de las roturaciones colectivas

Los hombres: La creación de nuevas aldeas fue un hecho muy importante para grupos humanos, como comunidades familiares muy consolidadas o nuevos grupos surgidos de la aventura de los viajes, en busca de baldíos. Estas grandes migraciones, cuya dirección e importancia sólo puede medirse por medio de estudios de toponimia, provocaron la «mezcla» de poblaciones rurales de toda Europa: montañeses del Macizo Central establecidos en las

llanuras de Aquitania, franceses en Aragón y Navarra, flamencos, holandeses o renanos en el Estado alemán. Para reclutar y proveer de mandos a estos campesinos, asegurar las primeras siembras, los instrumentos de trabajo, las piedras de molino, los materiales de construcción y el alimento durante varios años, era preciso casi siempre el dinero y el control de señores feudales, propietarios de terrenos incultos.

En Francia, los reyes protegían sus fronteras (especialmente contra Champaña) y los caminos (entre París y Orleans) multiplicando el número de ciudades fortificadas. En toda el área cristiana, las órdenes monásticas se constituyeron también en grandes empresarios de la colonización del suelo: cluniacenses, cistercienses, órdenes militares cuyas «encomiendas» llevaron a cabo grandes empresas de roturación. Sin duda, los textos, más numerosos y mejor conservados, permiten conocer mejor la obra de los monasterios que la de los obispos o señores laicos; así pues, en este punto, el historiador puede ser víctima de un enfoque erróneo. Sin embargo, puede considerarse como primordial el papel desempeñado por los «monjes constructores». Con frecuencia, el príncipe y el abad o el obispo se unían a través de un contrato llamado de *pariaje* para fundar una nueva aldea y repartirse las ganancias entre ellos. En 1187, Luis VII protegió más de 40 nuevas aldeas dependientes de Tournai, y sólo en 1272, Felipe III patrocinó 38 fundaciones en el suroeste.

En Italia las roturaciones fueron generalmente emprendidas por las ciudades mercantiles ansiosas de fortalecer su dominio político en las llanuras, de luchar contra la aristocracia feudal en los campos y de asegurar con mayor fuerza su abastecimiento de grano. Fundaron varias *terre nuove, borghi franchi* en los que acogieron a siervos fugitivos. En Lombardía y en Toscana particularmente, se lanzaron a la conquista de los valles, construyeron malecones a lo largo de los ríos, desecaron ciénagas arboladas en la baja Lombardía (en la región de Mantua, por ejemplo) y cons-

truyeron canales de regadío: en 1239 Milán concluyó el gran canal a expensas de la Comuna.

Los campesinos establecidos en estas nuevas aldeas —*hôtes*—[4] se beneficiaron de una situación privilegiada: libertad personal, terrenos y cercados cedidos gratuitamente, censos menos elevados que los que pagaban por sus antiguas tenencias y exenciones de impuestos durante cierto número de años. Todo esto por lo que se refiere a las nuevas aldeas creadas en el marco del señorío feudal tradicional. Los cistercienses introdujeron otro tipo de relaciones humanas. Fieles a su regla que prohibía percibir censos y servicios, ellos mismos explotaron sus tierras y roturaron sus haciendas —granjas— con la ayuda de los hermanos conversos —o *legos*— y de trabajadores asalariados. De ahí la obligación que tenían de procurarse la moneda necesaria, de vender sus productos y de especializarse: viñedos, cría de corderos en Provenza y en Inglaterra.

Los paisajes: Algunas veces, los nuevos hábitats se presentan como simples caseríos, surgidos de la desmembración de una antigua aldea cuyas familias se instalaron en las tierras próximas; este fue el caso de los *torps* de Escandinavia y, en Inglaterra, los *denns* de Weald y de Sussex, antiguos caseríos de pastores que al principio vivían de la trashumancia de piaras de cerdos, y que luego pasaron a dedicarse al desbroce del bosque.

La roturación provocó, con mucha frecuencia, la fundación de una nueva aldea concentrada, coherente e independiente, a la que acudían campesinos procedentes de tierras lejanas. Estas aldeas tuvieron una importancia muy desigual. En Italia, los *borghi* y los *castelli* construidos cerca de los castillos señoriales reunieron fácilmente de cien a trescientas familias; en Aquitania, algunas

bastidas contaron con varios centenares de cercados con terrenos de más de cien hectáreas.

Eran verdaderas aldeas agrícolas con su plaza porticada, mercado y edificios públicos de gran belleza. En el norte, por el contrario, las aldeas parecen mucho más modestas: algunas decenas de tenencias (*Hüfen*) en el este de Alemania. En Normandía, las roturaciones «dan lugar a unos tipos de habitat intermedios entre las ciudades y las aldeas campesinas» (L. Musset); estos *burgos*, bien distintos de las antiguas *villae*, estaban cuidadosamente delimitados por cruces de término. Surgidos del desmembramiento de una reserva señorial, los burgos contaban, por término medio, con un centenar de tenedores (o precaristas).

También los paisajes variaban considerablemente de un lugar a otro. Los campos de cultivo de las nuevas aldeas parecen obedecer a una planificación: las parcelas, de dimensiones frecuentemente idénticas entre sí, se ordenan de forma simétrica. Pero la aldea no se agrupaba siempre en el centro de los cultivos. A los hábitats concentrados, en los que las casas se ordenan en torno a una plaza central (*green-village* en Inglaterra, *Rundling* en Alemania), se oponían las aldeas de bosque (Waldhüfendorf) y de marismas (Marschüfendorf), cuyas casas se alineaban a lo largo de una calle principal. En éstas, cada casa posee sólo una gran parcela colindante con ella, alargada y perpendicular a la calle. Son las aldeas a veces llamadas de «espina de pescado», que en ocasiones se extendían a lo largo de varios kilómetros; muy numerosas en las provincias del este alemán, se las encuentra también en las regiones boscosas del oeste francés (región de Ruán, por ejemplo).

Ejemplos de los grandes frentes de roturación

Las marismas occidentales. La fertilización de las marismas litorales, desde la Vendée a Flandes, obra difícil y de gran alcance, exigió la movilización de importantes recursos. Había que aislar la marisma mediante un resistente dique que la protegiera de los embates del mar, y construir luego una red de canales de drenaje, estrechos y regulares, cuyo mantenimiento implicaba una aten-

ción constante. En varias regiones los trabajos se vieron frenados por el deseo de preservar economías tradicionales, como la producción de sal, por ejemplo, indispensable entre los pueblos del norte para la conservación del pescado. En Francia, las salinas de la bahía de Bourgneuf alimentaban un importante tráfico internacional. En la costa este de Inglaterra, la sal se obtenía por evaporación de agua de mar mediante la combustión de turba o madera; el *Domesday Book* enumeraba 34 *salt boilers villages* en el litoral de Lincolnshire y más de 60 en Norfolk, donde la mayoría de la población estaba constituida por *salinarii*; en regiones como Cheschire y Worcestershire, la producción de sal por evaporación dio lugar, incluso, al florecimiento de auténticos centros industriales especializados (Norwich, Middlwich, Droitwich).

A ello se debió que la transformación de las marismas fuese lenta, imperfecta y que, en definitiva, no afectase más que a sectores limitados de la costa. Donde se produjo, fue por obra de poderosas abadías o de sólidas comunidades de campesinos libres, apoyados por el príncipe en ambos casos. La reducción de las marismas de Poitou parece haberse completado entre 1199 y 1293, merced a la acción de las grandes abadías (*canal de los Cinco Abades*) y del rey (*canal del Rey*, construido bajo el patrocinio de Felipe el Atrevido y cuidado luego por una docena de abadías conjuntamente). La acción de las comunidades campesinas tuvo especial relevancia en el norte. En el Flandes marítimo, el conde (Balduino V, 1036-1067) instaló campesinos libres en los terrenos pantanosos (*meersen, broeken*) desecados y transformados en *polders* que sirvieron, primero, como tierras de pastoreo (corderos y, luego, vacas) y, más adelante, como campos de trigo. El ejemplo del conde fue seguido por las abadías del litoral, en primer lugar por la de Bourbourg y, más tarde, por todas las cistercienses. En Inglaterra, la fertilización de los grandes *fens*, vastas extensiones cenagosas que bordeaban la bahía de Wash a lo largo de más de 100 kilómetros, se realizó entre 1100 y 1250 aproximadamente. De esta época datan numerosas aldeas, dominadas todas ellas por imponentes iglesias y cuyos terrenos estaban distribuidos de forma regular. En ambos países, la cohesión de las comunidades campesinas viene explicada por el ineludible respeto de las obligaciones colectivas y de un rígido calendario de trabajo en el mantenimiento de los diques y canales y en la explotación de las tierras desecadas. Son ejemplos de ello los *wateringues* del estuario del Escalda y del litoral del mar del Norte en Flandes, o los *sokes* que agrupaban a varias aldeas de los *fens* ingleses. Estos sokes disponían de fondos propios así como de jurisdicciones particulares encargadas de la aplicación de la *ley de las marismas*, y organizaban inmensas concentraciones de ganado para marcar bueyes y corderos.

El suroeste francés. Al parecer, la colonización romana sólo había roturado los márgenes del Garona. Alrededor del año 1000,

inmensos bosques cubrían aún las llanuras de la región de Toulouse. Obra clásica de desbroce, la roturación fue iniciada por los hospitaliarios que, poco después del año 1000, fundaron gran número de *sauvetés*, ciudades de *hôtes*, en los claros del bosque y a menudo al borde de los caminos de la ruta de Santiago (todavía entre 1100 y 1110 se establecerían más de 40 *sauvetés* entre Muret y Saint-Gaudens). Los éxitos de la Reconquista española, en virtud de los cuales numerosos colonos franceses cruzaron los Pirineos, frenaron durante más de cien años la colonización de la tierra en las regiones surcadas por el Garona. Sin embargo, tras la victoria cristiana de Navas de Tolosa (1212), el flujo de colonos franceses hacia España disminuyó notablemente. Los condes de Toulouse, los reyes de Inglaterra en tanto que señores de Guyena, y el rey de Francia o sus senescales, favorecieron entonces la construcción de *bastidas* para proteger sus fronteras y las rutas de los valles. Las *bastidas*, aldeas fortificadas situadas en lo alto de un cerro calcáreo, constituyeron a menudo centros de colonización de la tierra, agrupando a pobladores de los caseríos cercanos y acogiendo a montañeses del centro de Francia. Las *bastidas* marcan una nueva y decisiva etapa en el proceso de eliminación de los bosques y en la construcción del peculiar paisaje agrario de estas regiones.

LA VIDA AGRARIA

Evolución de las condiciones de vida del campesinado

Si al considerar la evolución de las condiciones de vida del campesinado, evidente desde mediados del siglo XI, hablásemos sólo del proceso de emancipación, ello implicaría la adopción de una perspectiva muy limitada. Significaría reducir nuestra consideración del campesinado al ámbito del señorío. Y tal generalización sería excesiva. Los más recientes trabajos subrayan, por el contrario, la existencia, en muy distintas regiones de Occidente, de gran número de *alodios*, tierras poseídas por campesinos al margen de todo señor. Los mismos trabajos muestran también la importancia de las comunidades campesinas que administraba la aldea, imponiendo frecuentemente rígidas obligaciones colectivas.

Pero incluso en el ámbito del señorío, y en lo que respecta al campesino tenedor, ello significaría reducir los vínculos de dependencia a una servidumbre de carácter meramente jurídico, cuando en realidad ésta parece mucho más compleja, y afectando tanto a las tierras como a los hombres. Por otra parte, parece imposible dar una definición precisa de la servidumbre rural imperante en torno al año 1000. Hay que tener en cuenta, asimismo, las dependencias de carácter económico y las restricciones que los derechos comunes imponen a las actividades de los villanos. La evolución de las sociedades rurales se caracteriza más bien por una mejora de las condiciones financieras, por la liberación de las obligaciones señoriales o comunitarias, por la liberación económica, en suma, de los campesinos ricos propietarios de tierras.

Parece razonable pensar que este movimiento fue provocado por las progresivas dificultades económicas de los señores de la tierra. Tanto los señores laicos como los abades vieron aumentar sus gastos de forma alarmante. Ello hay que atribuirlo al gusto por el lujo en el vestir, en el comer, en la vivienda y en las armas, así como a las lejanas expediciones a Tierra Santa, muy costosas. Y todo ello en un momento en que las rentas en especie se mantenían inalteradas y las monetarias perdían su valor a consecuencia de la devaluación de la moneda circulante.

Los señores renunciaron de buen grado a sus derechos sobre los hombres a cambio del pago al contado de apreciables sumas, rescate que podía ser realizado individual o colectivamente;

aceptaron, asimismo, fijar y precisar impuestos hasta entonces arbitrarios y variables. Los campesinos, por su parte, no sólo perseguían una satisfacción moral, la desaparición de una mácula servil o el aligeramiento de unos servicios demasiado duros sino, y sobre todo, el fijar la cantidad y periodicidad de la *talla*, cuya percepción hasta entonces dependía en todos sus aspectos del señor. Efectivamente, la arbitrariedad parecía soportable en una economía en la que el hombre sólo pretendía subsistir, poniéndose para ello bajo la protección de un señor. Sin embargo, la arbitrariedad pasó a ser intolerable cuando, con el desarrollo de una economía de mercado, los campesinos podían enriquecerse con la venta del excedente de sus cosechas, lo cual exigía fijar definitivamente los tributos señoriales.

Muy a menudo, la emancipación de los campesinos tomaba forma legal mediante un texto escrito, ya la carta de fundación de una nueva ciudad, ya, en los países franceses, la *charte de franchise* aplicada a una antigua comunidad aldeana. En los países del Imperio, el derecho consuetudinario se codificó y precisó en las *Weistümer*, cartas menos liberales, sin duda, pero que indican, no obstante, una mejora de las condiciones del campesinado. Tales cartas se multiplicaron durante esta época y algunas de ellas, por su antigüedad o por sus características, se impusieron en regiones enteras: la de Lorris, por ejemplo, concedida por el rey Luis VII en 1155 y adoptada luego por 83 comunidades de las regiones de Gâtinais y Orleanés, o la de Beaumont-en-Argonne (1182), que fue aplicada a más de quinientas aldeas de Luxemburgo, Champaña y Borgoña. Muchas cartas eran susceptibles de aplicarse por igual a un burgo mercantil o a una aldea rural.

Con ellas, los campesinos obtenían, por regla general:

— la libertad personal y, en consecuencia, la supresión de los gravámenes considerados deshonrosos: capitación, mano muerta y formariage;[5]

— la fijación de la *talla*;

— el aligeramiento de los deberes de hueste y, además, de los derechos señoriales sobre mercados, transportes, molinos y hornos;

— el aligeramiento de las penas resultantes del ejercicio de la justicia común.

Sin embargo, este proceso de emancipación no tuvo igual fortuna en todas las regiones. Alrededor del año 1300 no quedaban siervos (*hommes de corps*) en el centro de la cuenca parisiense, en Normandía ni en Lorena; por el contrario, eran aún bastante numerosos en los Alpes e incluso en las franjas orientales del norte de Francia: Franco Condado, y algunos cantones de Champaña y de Borgoña. En varios países, el número de siervos oscilaba de una aldea, de una castellanía o de un manor a otro: en Warwickshire, por ejemplo, el número de siervos oscilaba, en 1279, entre el 27% y el 46% de los cabezas de familia.

Es preciso subrayar, por último, que las cartas de emancipación no afectaban al conjunto de la población rural sino, en la mayoría de los casos, a un número limitado de campesinos. Frecuentemente debilitaban, además, los derechos comunales y las obligaciones colectivas. El aligeramiento de los impuestos que pesaban sobre los mercados estimuló el florecimiento del comercio rural y, consecuentemente, la especialización de los cultivos. Globalmente, esta emancipación dio lugar a una mayor y más grave jerarquización en el seno del mundo campesino. Los débiles, progresivamente despojados de los derechos comunales, el de pastoreo, por ejemplo, llegaron a constituir en numerosas aldeas un auténtico proletariado rural (*cottagers* en Inglaterra, *cottiers* en Francia). Los labradores ricos fueron adquiriendo tierras, arrendaron partes de la reserva señorial, construyeron hermosas moradas, acapararon derechos comunes y acabaron por apoderarse de la administración de la aldea. Tal ocurrió en Inglaterra y

en Normandía especialmente, donde hubo campesinos ricos que tuvieron su propio sello con sus armas grabadas.

MAPA V

Europa (años 900-1100)

La evolución de las técnicas

Por regla general, la evolución de las técnicas va a remolque de la evolución de las estructuras sociales o de la necesidad de incrementar la producción de cereales en tierras roturadas y sembradas desde largo tiempo. Una innovación capital la constituyó la difusión de las herrerías aldeanas: ello permitió a los aldeanos forjar sus propios instrumentos sin depender ya de los talleres señoriales. El gran número de patronímicos a que dio lugar el oficio de herrero —Febvre, Lefèvre, Ferrer, Smith, Schmidt— testimonia la importancia de esta revolución en la historia del trabajo rural. No obstante, sus efectos en la mejora de las técnicas fueron muy limitados. Los instrumentos de hierro siguieron siendo muy caros y excepcionales, quedando reservados para los ricos y siendo utilizados sólo en algunos trabajos. En realidad, en esta época sólo la labranza exigía una «máquina» y la reja de arado costaba a veces el precio de una explotación rural de dimensiones medias. La misma labranza costaba tanto como el conjunto de las restantes tareas de cultivo. El término *labrador* indicaba por sí mismo una categoría social: la de los hombres suficientemente ricos para mantener uno o varios arados y sus correspondientes yuntas. Ya el *Domesday Book* calculaba el valor de un *manor* en base al número de arados y bueyes de labor. El labrador, por lo tanto, se distinguía netamente del resto de campesinos que no poseían otros instrumentos de trabajo que sus brazos y sus manos: braceros (*brassiers*) y peones (*manouvriers, manoeuvres*).

En su conjunto, esta civilización agraria siguió siendo una civilización de la madera. Detrás del arado, los hombres deshacían los terrones con mazas de madera; la laya no tenía más que una simple lámina de hierro clavada a la pala de madera. La guadaña, muy cara, sólo se utilizaba para el heno, frecuentemente reservado para las monturas del señor. Para la recolección del trigo, el campesino utilizaba una hoz curva y dentada: trabajaba de pie, *aserrando* con una mano los tallos del puñado de espigas que sostenía con la otra. Los rastrojos eran, pues, muy altos y los aldeanos pobres podían utilizarlos para el techo de sus chozas o como pajaza para sus animales. Ello constituye un signo inequívoco del peso de las obligaciones colectivas sobre algunas técnicas.

Las verdaderas mejoras técnicas perseguían incrementar la producción en las regiones carentes de tierras vírgenes. Existe

una fuerte polémica en torno a la historia de la difusión de la collera de espaldilla para los caballos y del yugo frontal para los bueyes. En cualquier caso, parece evidente que no se trató de una «revolución» espectacular y rápida como se ha venido sosteniendo durante largo tiempo y como afirman aún algunas obras de vulgarización. En realidad, parece que las tres principales innovaciones fueron:

— la substitución del buey por el caballo. Aunque más caro de adquirir y mantener, y frecuentemente incapaz de trabajar en condiciones muy difíciles (regiones montañosas o primeros desbrozos), el caballo permitía multiplicar las labores al arar más de prisa y orear mejor el suelo;

— el empleo del arado de vertedera en lugar del arado común. Investigaciones recientes han desmentido la definición del arado común, simple y carente de ruedas, como instrumento mediterráneo y del arado de vertedera como nórdico. Igualmente erróneo es vincular el arado de vertedera a los cultivos de *openfield*, de campos regulares y alargados. Los países escandinavos, de campos abiertos y regulares, utilizaron el arado común durante buena parte de la Edad Media. La diferencia fundamental entre los dos instrumentos no reside en las ruedas sino en la reja disimétrica que permite al arado de vertedera no sólo abrir surco sino remover la tierra para que se airee y se reconstituyan los elementos fértiles sin necesidad de una cavazón manual posterior;

— la introducción de la rotación trienal (dos cultivos cada tres años: trigos de invierno, trigos de primavera, barbecho) que reemplazó la rotación bienal (trigos de invierno, barbecho) u otros sistemas más primitivos. De esta forma, y a lo largo de un lento proceso de varios siglos de duración, las mismas tierras que habían sido objeto de ro-

zas periódicas, alternadas con breves fases de cultivo, pasaron a ser cultivadas dos años de cada tres.

Estos avances se impusieron en las mejores tierras, muy pobladas y cultivadas desde largo tiempo, en las que el hombre intentaba a menudo obtener un excedente para su venta en el mercado: en primer lugar, las llanuras de la cuenca parisiense, más adelante, las llanuras de Inglaterra y Lorena. Sin embargo, estas nuevas técnicas distaron mucho de penetrar inmediatamente en todos los países de Occidente.

En general, los progresos fueron limitados y el rendimiento de la tierra siguió siendo escaso: los mejores terruños producían cinco o seis granos por semilla, que llegaban a ser ocho o nueve en los años excepcionales. Los cereales, todavía poco adaptados a climas más fríos que los de su lugar de origen, eran muy vulnerables; la inclemencia del tiempo provocaba catástrofes. Pese a todo, durante estos tres siglos, el espectro del hambre se alejó de Europa occidental. No responde a la realidad la imagen dantesca que suele presentarse del mundo «medieval»: agobiado por la miseria general, constantemente azotado por el hambre y la peste. Su agricultura, ciertamente primitiva, de escasos recursos, alimentó sin embargo a una población cada vez más numerosa: logro que pocos pueblos «primitivos» de ayer y hoy han sido capaces de realizar. Este éxito agrario constituiría la base de muchas de las fortunas que posteriormente se consolidarían en Europa.

Bibliografía: H. PIRENNE, *Histoire économique et sociale du Moyen Âge*, 3.ª ed. por H. Van Werveke, 1969, págs. 56-70. R. GRAND y R. DELATOUCHE, *L'agriculture au Moyen Âge de la fin de l'Empire romain au XIVe siècle,* 1950. G. DUBY, *L'economie rurale et la vie des campagnes dans l'occident médiéval* (col. Aubier), 2.ª ed., 2 vols., 1962. (Hay traducción española. Ed. Península, 1968). *Cambridge Economic History of Europe*, t. 1, 2.ª ed., 1967. Ph. WOLFF, «Le Moyen Âge», en *Histoire générale du travail*, t. II, 1960. R. BOUTRUCHE, *Seigneurie et féodalité*, t. II: *L'apogée (XIe-XIIIe siècle)* (Aubier, ed. Montaigne), 1970.

Textos y documentos: Recopilación de textos en la obra antes citada de G. DUBY, pág. 118, *La civilisation au Moyen Âge* (dossier 55-09, Doc. française).

Capítulo IX

El florecimiento de Europa: El comercio y las ciudades

Mapas: VI, frente a pág. 144 y VII, frente a pág. 176.

Los manuales franceses de enseñanza secundaria conceden siempre una importancia decisiva al resurgimiento de las ciudades en Europa, a partir del siglo x. Según ellos, a una civilización exclusivamente rural, le habría sucedido la de las ciudades y el comercio. Este renacimiento estaría ligado al desarrollo del comercio a larga distancia y al progresivo avance de la burguesía, nueva categoría social, preñada de futuro. Pero esta idea no es más que un mito, surgido en el siglo xix, en el momento en que se exaltaron los movimientos comunales de la Edad Media presentados «como una prefiguración o incluso como los inicios de la revolución de 1789». F. Vercauteren ha demostrado también el papel jugado en la elaboración de estas tesis por las corrientes nacionalistas, antifeudales y anticlericales, circulantes, por aquel entonces, en la mayoría de los países occidentales. Posteriormente, las teorías ampliamente conocidas y difundidas de H. Pirenne aportaron sólidos argumentos en su defensa. Este último afirmaba, por una parte, que el comercio a larga distancia había quebrado en toda el área cristiana después de la conquista del Mediterráneo por los musulmanes y que, por tanto, el mundo carolingio había sido un mundo sin ciudades. Por otra parte, consideraba que sólo el comercio y los mercaderes eran responsables del florecimiento de nuevas ciudades; con lo cual, el capital agrario y la aristocracia rural no habrían participado en este proceso. No obstante, estas ideas de Pirenne deben ser corregidas o tal vez abandonadas.

La evolución histórica de las ciudades eslavas, aunque no es este el caso tratado por Pirenne, desmiente su esquema.

EL GRAN COMERCIO INTERNACIONAL Y LA ECONOMÍA MONETARIA

Es cierto que este gran comercio evolucionó, después del año 1000, de forma espectacular muchas veces, y que la vida mercantil penetró hasta tal punto en los países de Occidente que propulsó un uso mucho más generalizado de la moneda y favoreció el desarrollo de las nuevas actividades industriales; todo lo cual permitió la afirmación de nuevas mentalidades.

El Mediterráneo

Las ciudades italianas controlaron de nuevo el tráfico de mercancías orientales y especias, procedentes de las costas de Siria, Egipto o Constantinopla. Incluso con anterioridad al año 1000, Venecia, que al principio comprendía sólo un conjunto de aldeas-refugio de pescadores situadas a lo largo del litoral de los lagos, estableció su primera fortuna gracias a la explotación de las salinas del Adriático y a la organización, más adelante, de viajes triangulares hacia Oriente. Sus navíos zarpaban cargados de madera, metales y esclavos vendidos en Alejandría y se intercambiaban por oro del Sudán transportado en caravanas; muy pronto, llegaron a Constantinopla donde su oro les permitía comprar especias y sedería que se llevaban consigo a Venecia. Las flotas del sur de Italia mantenían, como en tiempo de los romanos, gran actividad en Oriente: fundamentalmente, Barí, el puerto de los peregrinos, y Gaeta. Amalfi, situada en el acantilado, construía galeras que, cada año, llegaban a los puertos de Siria y Palestina. Sus mercaderes —los Pantaleoni, por ejemplo— fundaron un

hospital en Jerusalén para acoger a los peregrinos pobres. Pronto se enriquecieron y construyeron una catedral al estilo oriental, con la fachada policromada y recubierta de mármoles. Ravello, otra ciudad mercantil situada en la montaña, fue adornada con bellos palacios y con otra catedral de puertas de bronce y mosaicos dorados procedentes de Levante.

Fuera de la Italia bizantina, el florecimiento mercantil estuvo estrechamente ligado a las empresas de la reconquista cristiana en el Tirreno. Los buques pisanos y genoveses atacaron a los piratas musulmanes donde quiera que fueran, llegando incluso a perseguirles hasta sus guaridas en el norte de África, y apoyaron a los ejércitos aragoneses en el litoral español. La guerra y el botín explican su enriquecimiento, y éste fue el que suscitó sus primeras expediciones mercantiles.

En Oriente, los italianos alquilaban sus servicios armados a cambio de concesiones territoriales y privilegios fiscales. Hacia 1080, Venecia estaba ya fuertemente establecida en Constantinopla. Estas concesiones se multiplicaron en el momento de las Cruzadas gracias al apoyo de los navíos y buques de asedio genoveses, pues Pisa y Venecia contribuyeron de forma muy eficaz al éxito de la conquista. Los príncipes latinos de Tierra Santa concedieron a estas tres ciudades *señoríos* con tierras y castillos, ya en las zonas del interior, ya en las aldeas costeras; más tarde obtuvieron exenciones fiscales y autonomía judicial. Las mismas ciudades italianas obtuvieron de Constantinopla todavía mucho más y llegaron a poseer allí puertos y almacenes. En 1204, la toma de la ciudad por los Cruzados abrió a los venecianos los mercados de Grecia entera, incluidas las islas del Egeo, tales como Eubea (Negroponte) y Creta (Candía). En 1261, los genoveses restablecieron a los griegos en Constantinopla y recibieron importantes puntos de apoyo en el litoral del mar Negro: en Crimea (Caffa) y en el punto más alejado del mar de Azov (La Tana); posiciones que muy pronto les fueron disputadas por sus ri-

vales los venecianos. De esta forma se consolidaron en Oriente los grandes imperios coloniales italianos, bases esenciales para su tráfico marítimo.

Los mares del norte

Las invasiones normandas habían provocado importantes cambios desde el canal de la Mancha al Báltico. El Rin, y más todavía el Mosa, conducían hacia el mar del Norte, y de forma especial hacia el puerto de Tiel, un intenso tráfico de mercancías: objetos de hierro, artículos de cobre de Dinant, piedras esculpidas y pilas baptismales de Lieja. Verdún, gran mercado de esclavos capturados en las campañas del Este, mantuvo estrechas relaciones con los valles del Saona y del Ródano, así como con España; hacia el año 1000 podía encontrarse allí un gran centro de mercaderes. La prosperidad de las ciudades de Flandes se debía entonces al renombre alcanzado por sus telas que, tejidas en Ypres, Gante, Brujas, Lille y Douai, con la lana comprada a Inglaterra, substituyeron en los mercados lejanos a las capas frisias. Estos tejidos flamencos se vendían en la feria de Novgorod, en el Báltico, y también en las ciudades italianas, donde otros tejedores las teñían de colores brillantes, dándoles un nuevo aspecto para su exportación a Oriente; con ello contribuyeron a equilibrar, primero, y a inclinar en favor de Occidente, luego, la balanza comercial, favorable durante mucho tiempo a Constantinopla y los países musulmanes.

Es por esta razón que el eje principal de los intercambios europeos unían el norte de Italia a Flandes a través de los Alpes, el Jura y las llanuras francesas. Los intercambios se vincularon desde un principio a las grandes ferias de Lille, Ypres y, a partir de

1050 aproximadamente, a las de Champaña. Estas ferias destacaron sobre todas las demás dada la protección de los condes que, poco a poco, instituyeron en su favor un derecho especial. Sin embargo, no puede hablarse de un comercio nómada o de temporada: el ciclo de las ferias se extendía a lo largo de todo el año. Los mercaderes se organizaban y reunían en *naciones*: los italianos gobernados por sus *cónsules* (sieneses y mercaderes de Piacenza fundamentalmente), catalanes, gentes del norte, de las ciudades de Flandes, Picardía, Champaña y el Imperio. Construyeron *palacios y lonjas* permanentes. Las cuatro ciudades feriales Troyes, Provins, Bar-sur-Aube y Lagny se desarrollaron de forma asombrosa, construyendo recintos fortificados, nuevas iglesias y un hospital (en Provins); a su vez se desarrolló la industria.

En la misma época, el puerto de Brujas recibía a los mercaderes que, alentados por el conde de Flandes, acudían a comprar tejidos de lana. Los alemanes fundaron allí el comercio más importante de la ciudad, la casa llamada *Oosterlingen*. Brujas, verdadero puerto de redistribución y almacenaje del mar del Norte, pero cuyo canal se enarenaba con gran rapidez, requirió un primer antepuerto en Damme y, un siglo más tarde, un segundo en Sluis (l'Ecluse). El eje Brujas-Lübeck-Novgorod se transformó entonces en la ruta primordial del comercio del norte de Europa, frecuentada asiduamente por los hombres y navíos de la *Hansa germánica*: comerciantes de Hamburgo, Lübeck, Rostock y Stettin. Esta expansión de la Hansa, que siguió al progreso de la conquista política (el de la Orden teutónica en Prusia) y que se consolidó con posterioridad a 1280, suscitó ya un importante tráfico de grano, madera y pieles; provocó el florecimiento de ciudades nuevas y una importante colonización alemana en las ciudades bálticas y escandinavas (comerciantes y artesanos).

Este desarrollo, a veces considerable, del comercio a larga distancia e incluso de los intercambios en los mercados rurales, llevó consigo un retorno a las prácticas monetarias olvidadas desde hacía mucho tiempo. Incluso después del año 1000, el derecho de acuñar moneda estuvo todavía monopolizado por un número de señores o establecimientos eclesiásticos. Sólo se acuñaban pequeñas piezas de plata, herederas de los *deniers* de Carlomagno, y cada vez eran más ligeras y de peor ley. Las únicas piezas de oro que estaban en circulación eran una imitación de los *mangons* árabes o de los *besants* de Constantinopla. Para responder a las nuevas necesidades de los mercaderes se hizo preciso acuñar piezas fuertes y pesadas. Las primeras, los *matapanes* de plata, salieron de los talleres venecianos en 1192. Bastante después, Florencia siguió su ejemplo y en 1237 empezó a acuñar los *sueldos*; luego lo hicieron la Francia de San Luis (1266), Flandes (1275) e Inglaterra (1279) con los *gros*. La acuñación del oro fue reanudada en Genova y Florencia en 1252 (*ducados* genoveses y *florines*), en Venecia (*ducados*) en 1284 y, después de una vana tentativa, en Francia en 1285. De esta forma, la mayoría de las ciudades y países de Occidente adoptaron el bimetalismo monetario. De ahí la necesidad, para establecer el valor recíproco de las piezas, de un cambio interno que se evaluaba por mediación de una moneda ficticia, llamada moneda de cuentas. En muchos países esta moneda de cuentas era la *libra*, subdividida en *sueldos* (1 libra = 20 sueldos) y en *denarios* (1 sueldo = 12 denarios). Cada pieza de moneda que tenía un cierto peso de metal puro (su valor intrínseco) valía un cierto número de unidades de cuentas (su valor nominal). Toda variación de uno solo de estos valores provocaba una *mutación monetaria*.

El comercio de la plata ocupaba ya un lugar importante entre las actividades de las ciudades mercantiles: intercambio de piezas extranjeras, prestadas a un interés más o menos camuflado para sortear las prohibiciones eclesiásticas contra la usura. Los cambistas, instalados por regla general detrás de los bancos establecidos en la plaza pública, juntamente con los grandes mercaderes, muy pronto pasaron a ser *banqueros* que aceptaban depósitos, abrían libros de cuentas y efectuaban, por simple orden verbal, transferencias monetarias para sus clientes.

Entonces, numerosos israelitas abandonaron su pequeño comercio o su profesión artesanal para dedicarse a préstamos con fianza, exigiendo fuertes intereses. Generalmente se dice que esta especialización se debía a su posición como no-cristianos que les permitía escapar a las exigencias religiosas. Pero es necesario ver también en ella la reacción natural de una minoría étnica que, protegida por los soberanos pero amenazada por el pueblo, buscaba su afirmación en la acumulación de sólidas fortunas (L. Poliakov). De todas maneras, los judíos no monopolizaban esta práctica; también había otros extranjeros, en las aldeas y campos, que se dedicaban al préstamo: lombardos (gentes de Piacenza, de las ciudades de Toscana, del Piamonte, de Asti y Chieri, llegados por las rutas de las ferias) y gentes de Cahors. Desde los años 1200, en París y sobre todo en Flandes, los términos *lombardos* y *cahorsins* significaban indistintamente todos los prestamistas. Las sucursales de las compañías de préstamo reclutaban numerosos clientes entre los campesinos de Champaña y de los alrededores de París, que les dejaban sus tierras como fianza. De esta forma la gente de las ciudades se fue introduciendo, poco a poco, en las zonas rurales.

LOS MERCADERES Y LAS CIUDADES DEL NORTE

Origen, situación social y mentalidad de los mercaderes

Para Henri Pirenne, cuyas tesis sólo se aplican, en resumidas cuentas, a los países del norte, los mercaderes del año 1000 eran

«hombres nuevos». Aventureros o vagabundos, en busca de rápidas fortunas y fuera de las actividades y cuadros habituales de la sociedad feudal, no estaban ligados de ninguna manera a la tierra y se liberaron de toda obligación. Esta idea, insistentemente reiterada, encuentra todavía eco entre los historiadores. Desde principios de siglo, la superpoblación, el hambre y las guerras habían bandeado a un número considerable de individuos, errantes, privados de todo, que pasaron a engrosar la multitud de mendigos o peregrinos ya existente. Entonces se dedicaron a pequeños negocios, enrolándose como marineros en los navíos o uniéndose a las caravanas en ruta hacia ciudades lejanas. Probaron una nueva suerte que nada tenía en común con las actividades tradicionales.

Así pues, uno puede suponer que estos mercaderes crearon una mentalidad propia, muy particular. Esta gente que hizo tabla rasa de sus antiguos vínculos se lanzó a la aventura, desafiando el azar de los caminos y buscando, ante todo, un rápido enriquecimiento. Transgredían constantemente la moral establecida. Los cronistas hablan de advenedizos, de hombres sin fe y sin ley, sin escrúpulos, que «por sus costumbres y modos difieren de los demás hombres». Las ciudades de mercaderes eran, por fuerza, lugares de perdición y derroche donde triunfaban la violencia y la grosería. Además, esos hombres pretendían constituir su propio derecho —el *jus forense*— y formar sus propios tribunales de justicia para resolver sus asuntos; así, en Inglaterra, los que llevaban el nombre significativo de *courts of piepowders*. Para defenderse y ayudarse mutuamente se agruparon en asociaciones: *guildas, cofradías* o *hansas* cuya fuerza se fundamentaba en el respeto absoluto de un juramento colectivo. También los mercaderes fueron objeto de duras críticas: se ganaban la vida, y a veces grandes fortunas, sin producir nada, lo que era contrario a las tradiciones y a la ética establecida. Se reunían en conjuras, aunque este juramento se opusiera a la jerarquía y al orden social imperante. En este sentido, el mercader se situó fuera de los cuadros y mentalidades tradicionales de la sociedad feudal y agraria.

No obstante, un perspicaz análisis de F. Vercauteren permite destacar la función que, incluso para los países del norte, cumplieron las catedrales, abadías y demás establecimientos eclesiásticos en el florecimiento de un comercio, menos lejano quizá, limitado especialmente a los productos alimenticios, pero no por ello menos activo. Las grandes peregrinaciones de la región del Mosa, como la de san Trond, provocaron una gran afluencia de

mercaderes, importantes intercambios, la celebración de una feria e incluso alguna vez la creación de un centro urbano completamente nuevo. Entre los primeros mercaderes de Lieja, era fácil encontrar domésticos o servidores de los canónigos de San Lamberto, que tenían una tienda en la aldea donde vendían productos agrícolas. Lo que demuestra que, al principio, no todos los mercaderes eran vagabundos errantes.

Las nuevas ciudades del norte: orígenes y características

Las teorías de Pirenne resultan totalmente superadas cuando se aplican a la fundación de las ciudades. Según él, los mercaderes ambulantes habrían descargado, expuesto, intercambiado y después vendido sus mercancías al pie de las murallas del castillo feudal —el *bourg*— o de la ciudad episcopal. Estos (los antiguos *burgos* o *ciudades*) no eran más que pequeñas aglomeraciones, mediocres, pobladas solamente por administradores, oficiales, funcionarios y servidores. Los mercaderes habrían fundado también aglomeraciones, pero de un carácter completamente nuevo, situadas cerca de un río, del mar o de un puente. A éstas se les llamó *suburbios* (*forisburgus* = burgo de fuera) y después, simplemente, *burgos* o *portus* o *wick*, en Alemania. Con lo cual, las ciudades medievales habrían surgido de esos nuevos *burgos* que no poseían ningún rasgo común con las antiguas *civitates*, «centros de administración religiosa y comunal». Sus habitantes, llamados *burgueses*, se opusieron fuertemente a los jefes feudales, al señor demasiado lejano o al obispo demasiado próximo. Les arrancaron privilegios y libertades, como fue algunas veces el derecho a administrarse y juzgarse; para ello designaron a sus propios magistrados, el *alcalde* y los *regidores*; tenían sus *milicias* de infantería y ase-

guraron, aunque fue tarea muy costosa, la construcción de muros y puertos fortificados que figuraban en su sello. Acogieron siervos fugitivos, tan pronto como eran emancipados; de ahí el viejo refrán alemán: «el aire de la ciudad libera».

Las tesis de Pirenne postulan, incluso para los países del norte, el desarrollo de ciudades nuevas, fundadas exclusivamente por los mercaderes. Sin embargo, cabe preguntarse en qué países hay ejemplos de dichas ciudades. En el estado actual de las investigaciones, estas teorías sólo pueden aplicarse a ciertas ciudades de Flandes y, aunque en menor medida, a las ciudades hanseáticas. No obstante, en estas últimas, como en los países eslavos, se constata la existencia de centros preurbanos o incluso urbanos cuyas actividades estaban estrechamente ligadas a la economía de las zonas rurales próximas. En ellas, el resurgimiento comercial no hizo más que conceder una nueva importancia a centros ya existentes y, además, este comercio no se limitó a productos exóticos o procedentes de países lejanos.

Por otra parte, la historia de las ciudades del norte de Europa ha sido completamente renovada en función de las excavaciones arqueológicas recientes y del estudio topográfico preciso de las aglomeraciones antiguas. Este trabajo se realizó, primero, en Alemania y en los países eslavos; después, en Inglaterra, y más tardía y lentamente, en Francia. Las obras de H. Planitz y de Ed. Ennen muestran un esquema de conjunto de los resultados obtenidos ya en 1954. Subrayan la extrema diversidad de los desarrollos urbanos y renuncian a presentar teorías explicativas para este fenómeno en su conjunto. Pero los trabajos posteriores realizados sobre regiones muy diversas pretenden afirmar, contrariamente a las ideas de Pirenne:

— La importancia del legado de la Antigüedad. Aunque resulte excesivo erigir en dogma la teoría de la «continuidad» romana a lo largo de la Alta Edad Media, sin embargo, parece cierto que las ciudades *romanas* se mantuvieron muy activas en esta épo-

ca en Renania y en muchas otras regiones. Esto es lo que, desde 1934, F. Vercauteren demostraba respecto a las *civitates de la segunda Bélgica*, las ciudades del norte de Francia, muy próximas al Flandes de Pirenne.

— El papel del comercio local en el resurgimiento urbano. En la mayoría de las ciudades alemanas, las primeras fortunas nacieron del tráfico de cereales y esta economía de mercado estuvo dominada, en primer lugar, por el señor, con frecuencia el obispo, dueño de amplios dominios en los campos próximos. Las mismas conclusiones son aplicables a numerosas ciudades de Inglaterra, del norte y del este de Francia. J. Schneider ha demostrado de manera contundente que los aristócratas de Metz eran ricos terratenientes. De lo que se desprendería que la ciudad no apareció de forma artificial o yuxtapuesta a la aldea: su economía estaba inserta en la del distrito rural al que pertenecía; constatación ésta que contradice la idea de una declarada hostilidad entre el mundo urbano y el mundo rural, entre la aristocracia mercantil de las ciudades y la aristocracia feudal del campo.

Limitaciones del movimiento comunal

Conviene también delimitar la importancia que tuvieron el «movimiento comunal» y las «revoluciones urbanas», sobre las que algunos autores contemporáneos han insistido mucho, ya sea por razones ideológicas, ya por haber comprendido mal la naturaleza exacta de la «burguesía». La idea comúnmente aceptada era que la *Comuna*, asociación jurada de burgueses, había hecho tambalear el poderío de los señores feudales —y con mayor frecuencia la del obispo—, consiguiendo una carta de franquicia, estableciendo un gobierno de magistrados libremente elegidos y constituyendo así un cierto tipo de gobierno democrático, precursor de tiempos mejores. De hecho, hay que señalar que:

— este movimiento fue bastante limitado y pocas veces estuvo coronado por el éxito. Al leer nuestras crónicas queda absolutamente claro que las sublevaciones urbanas fueron muy numerosas: en Laon y Mans en 1070, y entre los años 1127-1128, en Lille, Saint-Omer y Gante. Pero,

excepto en el norte de Francia, y más precisamente en Flandes, las Comunas tuvieron que ceder ante la intervención del príncipe. Le Mans no pudo obtener la autonomía comunal y París permaneció sometida, de forma muy estricta, al rey;

— este movimiento no puede considerarse absolutamente democrático. Los «burgueses» formaban ya una aristocracia reducida y su Comuna era un organismo prácticamente cerrado y de carácter elitista. Los magistrados eran designados o bien por cooptación o bien por la designación de un grupo restringido de entre ellos: cien *pares* elegían a los doce regidores y al alcalde de Ruán.

LAS CIUDADES MERIDIONALES

Los mismos autores han cometido graves errores al enjuiciar el caso de las ciudades meridionales, por las mismas razones ya mencionadas. Exaltaban las «repúblicas» y las «burguesías» mercantiles, centros de libertades, que muy pronto conocieron un extraordinario florecimiento artístico y literario. El último término, en todo caso, debe ser abolido: los mercaderes de las grandes ciudades no eran burgueses sino nobles e hijos de auténticos nobles, ricos terratenientes y poseedores de los correspondientes derechos feudales.

El movimiento municipal en el sur de Francia

Lo que más sorprende de Provenza y el Languedoc es la ausencia de grandes sublevaciones urbanas dirigidas contra el príncipe, contra su representante o contra el obispo. Este desarrollo pacífico se explica sobre todo por la fuerza, en estas regiones, del

legado romano. En el sureste (G. Duby), la red urbana era tan densa que se bastaba para asegurar la defensa del país en el momento de la anarquía política y de las incursiones sarracenas. Así pues, las ciudades, rodeadas de murallas, poseían varias fortalezas levantadas en torno a las catedrales, abadías o, más frecuentemente, a los antiguos edificios romanos, lo que las transformaba en poderosos centros militares. En el campo quedaron pocos castillos: los señores feudales pasaron a residir en la ciudad. Poseedores de tierras en los alrededores, de hombres y de poder de mando, se encerraban en sus casas fuertes de la ciudad o en los antiguos anfiteatros romanos (así, por ejemplo, los *chevaliers des àrenes* de Arles). Con lo cual no puede hablarse en este caso de oposición entre la ciudad y el campo, entre la sociedad urbana y la feudal. La ciudad era también el centro del poder feudal; su aristocracia guerrera acaparaba los cargos políticos (vizcondes, oficiales…) e incluso, durante algún tiempo, los eclesiásticos.

La misma aristocracia reorientó su actividad hacia los negocios. Los *caballeros* de las ciudades se enriquecieron e intentaron asegurar sus ganancias y libertades por medio de privilegios fiscales y políticos. Dado su poder, no tuvieron ninguna dificultad ni reparo en obtener dichos privilegios del príncipe y se mantuvieron al frente de la ciudad liberada. Entonces se consolidaron gran número de Comunas llamadas de *consulado* que, gobernadas por un grupo restringido de magistrados (el número de *cónsules* oscilaba entre diez y veinticuatro) se beneficiaron de una amplia autonomía interna (G. Sautel).

Las ciudades italianas hacia el año 1000: funciones administrativas y estructuras sociales

La ciudad italiana aparece, sin ninguna solución de continuidad, como la heredera directa de la ciudad romana. Las ciudades de la Alta Edad Media conservaban dentro de sus murallas las antiguas *civitates*, muchas de ellas todavía prósperas, transformadas casi siempre en la sede de un obispo que poseía las tierras y pueblos de alrededor. Así pues, hubo pocas ciudades desaparecidas y prácticamente no se crearon ciudades nuevas (el caso de Ferrara parece ser excepcional). Los únicos cambios notables fueron los repliegues hacia el interior, motivados, sin duda, por las amenazas de incursiones sarracenas: desde Luni a Sarzaba, desde Massa a Grosseto.

Algunas ciudades, que habían sido capitales del reino o de los ducados lombardos, del reino franco en tiempo de los carolingios, centros comerciales en las montañas (Toscana, la región apenina o Liguria), adquirieron un gran prestigio y una gran fortuna a base de cumplir las funciones administrativas y políticas, Pavía, hacia el año 1000, era una gran ciudad, muy activa y conocida ya por su centro de estudios jurídicos (leyes lombardas, primero, y capitulares francos, después). Mantuvo siempre su condición de capital religiosa del norte de Italia. Los obispos de Lombardía (Milán, Bérgamo, Cremona…) y los grandes monasterios (Bobbio, Nonantola, Santa Giulia…) poseían todos una casa en Pavía con un patio y un almacén, un muelle sobre el Tesino o incluso un *xenodochium* (hospital y caravanserrallo, a la vez) donde se instalaban tiendas para ser alquiladas a los mercaderes. La *Cámara* de Pavía controlaba los talleres monetarios de la ciudad y de Milán, y las aduanas establecidas a lo largo del paso de los Alpes (desde Susa hasta el Isonzo); supervisaba el desarrollo de los distintos oficios y ostentaba el monopolio del oro y la seda. Cuando los emperadores dejaron de ser coronados ahí, pasaron a conceder su protección y apoyo a Milán, en tiempo de Conrado II, o a Monza.

De todas formas, incluso en las simples ciudades episcopales, la función administrativa estaba estrechamente ligada a la posesión de la tierra y, de una forma más general, a todas las actividades económicas. El emperador delegaba su poder a los *marqueses* o, con mayor frecuencia, a los *vizcondes* y el obispo lo hacía con otros oficiales. Estos familiares o vasallos del obispo, los *vicedominici, visconti* o *avvocati*, que las más de las veces poseían castillos, administraban una parte del distrito episcopal (el *contado*); establecidos en la ciudad, desempeñaron importantes cargos de gobierno. En todo caso, el conjunto de personas que ostentaban es-

tos cargos formaban una aristocracia política y militar, una nobleza poseedora de feudos y de bienes raíces en la ciudad; residían en ella y la dominaban por medio de sus agrupaciones en comunidades solidarias, establecidas en torno a sus casas fortificadas coronadas con una torre.

En Pavía, como en el resto de las ciudades del norte, los oficios estaban organizados según el modelo bizantino, es decir, sometidos a una reglamentación muy estricta que recordaba a la del prefecto de la ciudad de Constantinopla.

En Italia, la emancipación política nunca fue resultado de la actividad de una asociación profesional, de un gremio. La fuerza política no se basaba en los vínculos profesionales consolidados por medio de un juramento, sino en los lazos familiares y de vecindad. De esta forma, los privilegios y franquicias no se conseguían con carácter restrictivo para una sola asociación jurada, sino para la totalidad de la ciudad, para todos aquellos que residían en ella. Y ello bajo la forma de un privilegio de *inmunidad* que situaba a todos los hogares de la ciudad fuera del poder de intervención de los agentes del soberano. Uno de los primeros, fue el privilegio concedido por los reyes Berenguer y Aldeberto, desde 948, a los habitantes de la ciudad de Génova, ordenando «que ningún duque, marqués, conde o vizconde entrara por la fuerza en sus casas sino que era su obligación dejarles vivir pacíficamente»; asimismo sucedió en 996 en la ciudad de Cremona y, más tarde, en numerosas ciudades del norte y centro de Italia. También en España se consiguieron inmunidades de este mismo tipo, en la misma época (E. Ennen).

Orígenes y características de la Comuna en Italia

De hecho, esta autonomía administrativa puso el poder en manos de la aristocracia terrateniente. Este grupo social fue el que se enriqueció durante las primeras expediciones comerciales, a pesar de que estas empresas tuvieron en primer lugar un carácter guerrero. Sólo los nobles genoveses y pisanos pudieron dirigir a los soldados de infantería y marinos, hacer construir y armar los navíos y reunir algunos capitales para comprar especias. En ningún caso podemos referirnos a una «burguesía» comercial.

El origen de las grandes fortunas conseguidas a base de negocios debemos buscarlo en el capital agrario, los poderes de mando y los diversos derechos feudales (especialmente los peajes). Incluso en Venecia, después del año 1000, la riqueza se centraba todavía en la tierra (la de las islas, molinos, salinas…) y los ingresos del comercio no superaban todavía a los de los dominios agrarios. Las contribuciones debidas por el pueblo al Dux y a la Comuna consistían en servicios de transportes, corveas, trabajos profesionales y suministros de productos naturales: sal, peces, pájaros y heno.

Para llevar a cabo sus negocios lejanos, estos hombres, señores y mercaderes, formaban asociaciones comerciales, llamadas *compagne*. En las ciudades costeras y en algunas del interior, la Comuna era una *compagna*, es decir, el resultado de la fusión de varias *compagne*. Regida y organizada como una empresa comercial, estaba gobernada por un grupo de magistrados, los *cónsules*; éstos eran designados por un electorado muy reducido, casi siempre sobre una base topográfica y dándose la circunstancia de que cada barrio estaba dominado por una gran familia. Esta comuna aristocrática de cónsules formaba un verdadero «señorío» y se integraba perfectamente en la aristocracia feudal. Poco a poco fue suplantando al obispo, extendiendo su dominio a todo el *contado* e imponiendo un juramento de vasallaje a todos los señores que habitaban en las montañas. Escogió sus armas y su sello. Acuñó monedas propias.

El movimiento comunal estuvo marcado, sin duda, en muchas ciudades, por graves motines populares. Pero fundamentalmente estas revueltas parecen un reflejo, o mejor, la contrapartida de la querella entre papas y emperadores en el momento de la lucha de las investiduras. El pueblo de las ciudades se levantaba contra los obispos simoníacos y hostiles al papa (así fue en el caso de Florencia) o contra el mismo emperador; así ocurrió, en Pavía en 1004, durante la coronación de Enrique II y en 1024, cuando se anunció su muerte, en Milán, Parma y Ravena; desde este momento las ciudades italianas dejaron de fechar sus actas en relación con el reinado de los emperadores. Sin

embargo, todas ellas siguieron estando gobernadas por sus familias señoriales correspondientes.

Por otra parte, es cierto que esta Comuna italiana evolucionó. A los primeros cónsules, guerreros y mercaderes, se unieron otros, juristas y administradores, aunque no aportaron ninguna diferencia substancial, pues todos ellos pertenecían a un mismo grupo. Las luchas entre facciones, grupos familiares, para tomar o conservar el poder, las rivalidades de intereses y las interminables rencillas mutuas arruinaron la paz pública y exigían la presencia de un árbitro. Este papel se confió al *podestat*, juez y capitán, al que se encomendó la milicia armada y el derecho de resolver los conflictos. Para evitar la venganza de los ambiciosos, este podestat procedía siempre de una ciudad extranjera y no podía ostentar el cargo por más de uno o dos años. Queda por decir que la ciudad italiana, que reunía en la plaza pública el palacio del podestat y el de la Comuna, situados frente a frente, y la catedral, era dominada por la aristocracia de las grandes familias, propietarias de bienes raíces y dueñas del gran comercio.

Bibliografía: H. PIRENNE, *op. cit., supra*, pág. 130; págs. 33-47 y 72-111. F. VERCAUTEREN, «Conceptions et méthodes de l'histoire des villes médiévales au cours du dernier demi-siègle», en *Rapports du XIIe Congrès int. des Sciences historiques,* Viena, 1965. H. PLANITZ, *Die deutsche Stadt im Mittelalter*, Graz-Colonia, 1954. E. ENNEN, *Frügeschichte der europäischen Stadt*, Bonn, 1953, *Recueils de la Société Jean-Bodin*, t. V: *La foire*, Bruselas, 1953, y t. VI (1), *La ville*, Bruselas, 1954. A. FANFANI, *Storia economica*, 2.ª ed., Milán, 1965. M. BLOCH, *Esquisse d'une histoire monetaire de l'Europe*, 1954. Y. RENOUARD, *Les villes d'Italie de la fin du Xe siècle au debut du XIVe siècle,* 1969.

Textos y documentos: *Les villes au Moyen Âge* (dossier 52-70, Doc. française).

Capítulo X

Los Estados en la Europa occidental

(1100-1300 aprox.)

Mapas: VI, frente a pág. 144 y VII, frente a pág. 176.

La idea de una monarquía universal, aunque había estado muy asumida en la época de la *renovatio imperii* y de la reforma gregoriana, fue perdiendo vigencia tanto en Alemania como en Italia. Con ella fueron fracasando uno tras otro los esfuerzos de papas y emperadores por dominar los dos reinos e imponer su soberanía en todos los pueblos cristianos de Occidente. Este segundo conflicto entre el papado y el Imperio no sólo comprometió la prosperidad o la paz, sino también la unidad misma de Alemania y de Italia, donde la autoridad se desmoronaba en favor de numerosos y diversos Estados, a veces verdaderamente minúsculos. En estos dos países se mantenía, e incluso a veces se reforzaba, el autonomismo, rasgo característico de las estructuras políticas «medievales» que, en todas partes, las monarquías nacionales se esforzaban en controlar y reducir. Efectivamente, en esta misma época, los príncipes franceses, ingleses e incluso españoles abandonaron o confiscaron en beneficio propio una parte considerable de los derechos feudales e instauraron lo que algunos historiadores llaman «monarquías feudales».

LA LUCHA ENTRE EL SACERDOCIO Y EL IMPERIO

Entonces el envite parecía mucho más importante y los deseos mucho más ambiciosos que en el tiempo de la lucha de las investiduras. De hecho, ambos soberanos disponían de recursos ma-

yores tanto en número de hombres como en dinero y podían recurrir a aliados más activos y eficaces. Este conflicto comprometió a Italia y Alemania en su conjunto y, en términos amplios, a todo Occidente. En Italia, la nueva y progresiva situación económica, política y militar de las ciudades del norte y del centro introdujo en esta lucha un factor nuevo y con frecuencia decisivo.

El fracaso de Federico I

No obstante, el Imperio encontró en Federico I Barbarroja (1152-1190) un jefe valeroso, capaz de realizar sus grandes ambiciones. Su elección, en Francfort, ponía fin a un largo conflicto que, aproximadamente desde 1125, oponía, en toda Alemania, a dos grupos políticos: los gibelinos, partidarios de los Hohenstaufen procedentes de Suabia, y los güelfos, partidarios de los Welf de Baviera. Federico I Hohenstaufen, aliado con los Welf, se dedicó a restaurar la paz y la unidad, mientras que sus juristas, especialmente los de Bolonia, precisaban sus pretensiones al gobierno del mundo. Apaciguó las guerras entre los príncipes imponiendo su arbitraje. Confió a Enrique el León, el más poderoso de todos los jefes güelfos, el ducado de Sajonia, a modo de virreinato, y la dirección de la expansión alemana hacia el este. Más adelante, Enrique se sublevó pero fue condenado repetidas veces hasta que, después de una severa derrota, fue desterrado del Imperio y despojado de todos sus bienes por la *dieta* —asamblea del Santo Espíritu— reunida en Erfurt en 1181. En esta misma época, se reafirmaron las reivindicaciones imperiales del *dominium mundi*: canonización de Carlomagno en 1165, renovado interés por Aquisgrán, intensidad y dureza de las intervencio-

nes en Italia y especialmente en los asuntos de la Iglesia. En 1155, Federico recibió, en Roma, la corona imperial y entregó al papa al tribuno Arnaldo de Brescia, que había establecido en la ciudad una especie de república a la antigua usanza y expulsado de ella al soberano pontífice.

Federico quiso, muy pronto, imponer su autoridad en toda Italia. Se introdujo en los territorios de los Apeninos, los antiguos feudos que la princesa Matilde había cedido al papado. En la Dieta de Roncaglia (1158) retiró a las ciudades italianas los derechos imperiales (regalías) y pretendió recuperar el derecho a designar él mismo sus cónsules. Para enfrentarse al papa Alejandro III (1159-1181), aliado con la ciudad de Milán, Federico contaba con el apoyo de varias ciudades vecinas, entre ellas Cremona; tomó Milán sucesivamente en 1158 y 1162, dejándola en manos de sus enemigos, que la destrozaron por completo. Muy pronto el emperador tuvo que enfrentarse a una liga urbana que, reforzada posteriormente, dio lugar en 1167 a la poderosa *Liga lombarda*. Los italianos, para cortar el camino a los ejércitos alemanes, construyeron, al sur de Pavía, una nueva ciudad fortaleza, llamada Alejandría, en honor del papa. En 1176, consiguieron una victoria absoluta sobre los ejércitos imperiales, en Legnano.

La paz de Venecia, en 1177, confirmó la victoria del papa, al que el emperador hubo de someterse. Y, a su vez, ratificó el triunfo de las ciudades italianas, por lo menos de las de Lombardía y Venecia, capaces de oponerse al dominio imperial y de hacer respetar sus libertades recientemente adquiridas. Por otra parte, el esfuerzo militar de Federico había comprometido su autoridad y su poder en la misma Alemania. Se vio obligado a comprar la paz de sus vasallos y el envío de contingentes armados a cambio de fuertes concesiones. Con ello aumentó el poder de los príncipes y en Alemania, como en Italia, se dio un paso adelante en el proceso de autonomización de las ciudades comerciales.

MAPA
VI

Italia en tiempo de las Comunas



Los grandes proyectos de Enrique VI e Inocencio III

No obstante, cuando en 1190 Federico murió ahogado al cruzar un río en Anatolia, camino de Jerusalén, el prestigio del Imperio se mantuvo intacto. Federico Barbarroja había sabido darle un nuevo empuje, aprovechando su imagen de héroe popular admirado por todos, que pronto pasó a la leyenda, y su calidad de jefe absoluto de los ejércitos alemanes. Tuvo la habilidad de cambiar la fortuna de su dinastía al casar a su hijo Enrique con Constanza, heredera del reino de Sicilia, ya que de esta manera privaba al papado de su tradicional y más poderoso aliado.

Enrique VI (1190-1197) recogió los frutos de esta nueva política. Después de coronado en Roma, venció en Alemania a los partidarios de Enrique el León, y, en Sicilia, a los de Tancredo de Lecce; en 1194, conquistó la isla gracias a la ayuda recibida de las flotas aliadas de Pisa y Génova. Las ambiciones imperiales, bajo su reinado, tomaron nuevas dimensiones y se consolidaron en hechos. Enrique afirmó de nuevo su derecho al *dominium mundi* y pretendía exigir un juramento de vasallaje a los soberanos occidentales. Obtuvo el del rey de Chipre; en 1193, la captura de Ricardo Corazón de León, en Austria, a su retorno de la Cruzada, dio a Enrique la ocasión de exigirle ese juramento y al mismo tiempo un fuerte rescate. Se sabe también que quería intervenir en el conflicto entre Plantagenets y Capetos, y que durante algún tiempo negoció con Felipe Augusto para que le rindiera homenaje. Pero su muerte puso punto final a esas pretensiones imperiales: dejó sólo un hijo de tres años, el futuro Federico II, y el reinado de Constanza se planteaba en términos muy complicados.

En efecto, parece que el papa Inocencio III (1198-1216) tenía también grandes deseos de poder y soñaba en instaurar, en Occidente, una especie de teocracia, en la que todos los príncipes temporales deberían someterse al patrocinio del papa, vicario de

Cristo. Estas pretensiones sobrepasaban en mucho a las de Alejandro III, que había proclamado que los reyes tenían el derecho a la *administratio* del poder por delegación del papa, pero él se abstuvo siempre de intervenir como príncipe temporal. En aquel momento, las circunstancias le eran muy favorables: la minoría de edad de Federico II permitió al papa disponer prácticamente del Imperio a su antojo. Sus legados en Alemania imponían siempre la candidatura de su protegido: Otón IV de Brunswick frente a Felipe de Suabia, y luego, después de la excomunión de Otón en 1210, apoyaron al joven Federico II. La victoria de Bouvines (1214), en la que las tropas de Felipe Augusto, aliado del papa, aplastaron a la coalición dirigida por Otón, fue también una victoria de Inocencio III. Este se había dedicado a reforzar la centralización de la Iglesia, ampliando las posesiones de los Estados pontificios que se extendían desde la región romana hasta Ravena, las Marcas, Ancona y el antiguo ducado de Spoleto. Dos Cruzadas fueron también obra suya: una en Oriente, en 1204, y otra contra los albigenses.

El apogeo del poder temporal de la Iglesia quedó de manifiesto en el concilio de Letrán celebrado en 1215. En él, Inocencio III dispuso de los feudos confiscados al conde de Toulouse, que él atribuyó a Simón de Montfort. Ya entonces, o poco después, recibió el homenaje y tributo de numerosos soberanos: del rey de Inglaterra, Juan sin Tierra; de los reyes ibéricos de Aragón, Castilla y Portugal; de los de Suecia y Dinamarca, y de los de Polonia, Hungría y Bulgaria. No obstante, Felipe Augusto se negó a dicha sumisión, por lo que el papa le amenazó con imponerle una condena pontificia por el hecho de haber repudiado a su mujer Isambourg de Dinamarca. El papa intervino activamente en los asuntos de Occidente: él fue quien dificultó, y de hecho hizo imposible, la expedición de Felipe Augusto contra Inglaterra para conquistar la isla.

Federico II, rey de Sicilia desde 1197 y coronado emperador tres años más tarde, fue uno de los hombres más originales y discutidos de su época. Se esforzó en mantener la unión entre Alemania y su reino en el sur de Italia, de combatir la influencia pontificia en toda Italia y de asegurar para su hijo la doble sucesión. Consiguió sus propósitos en 1240, cuando el papa coronó a su hijo, el joven Enrique, rey de los romanos. Pero esta política tradicional de los emperadores germanos cedía muchas veces ante intereses y ambiciones distintas. Federico II, que hablaba varias lenguas, entre ellas el griego, era un hombre de gran curiosidad, apasionado por todas las ciencias, y por las civilizaciones griega y oriental, especialmente. Reunió en su corte de Palermo, capital suntuosa, a numerosos artistas, médicos y sabios, juristas y filósofos procedentes de todos los países mediterráneos, cristianos o musulmanes. Es posible que soñara en un Imperio del sur, con el centro en Palermo; puede que su boda con Isabel, hija del rey de Jerusalén, Juan de Brienna, fuera una forma de preparar ya desde 1225 su viaje a Tierra Santa (que resulta difícil calificar de Cruzada). En todo caso, esta boda le permitió, después de firmar el acuerdo con el sultán de Egipto que le abría las puertas de la ciudad santa, hacerse proclamar rey en Jerusalén (1229). Quería transformar Sicilia en un Estado moderno, sólidamente administrado, centralizado y sometido a una estricta disciplina: mientras el particularismo político, e incluso tal vez la anarquía, se agravaban en toda Alemania, cuyo gobierno estaba tan alejado, las *Constituciones de Melfi* instalaron en 1231 en el reino de Sicilia (es decir, en la isla propiamente dicha y en el resto de la Italia meridional) una monarquía burocrática. Esta se sustentó en una amplia red de fortalezas, impuso en todo el país a sus vicarios y oficiales, se ocupó directamente del control de las actividades económicas, estimuladas mediante privilegios y exencio-

nes fiscales, reprimiendo los abusos feudales y dedicándose a la construcción de nuevos caminos.

Esta administración real encontró en el sur de Italia una fuerte oposición. Federico II fracasó completamente, puesto que pretendía imponerla en el resto de Italia, que según sus planes debería ser dividida en circunscripciones políticas, y además quería someter a las ciudades comerciales, que tenían ya una larga historia de libertad, a la autoridad de sus vicarios. Excomulgado dos veces por el papa, el emperador tuvo entonces que enfrentarse a las sublevaciones de las ciudades de las ciudades de la Liga lombarda o de Toscana y, en 1239, a una verdadera Cruzada. Es cierto que consiguió impedir la celebración de un concilio convocado por Gregorio IX (deteniendo los navíos en los que viajaban los cardenales) y echar al papa de Roma; pero, depuesto en 1245 por el Concilio de Lyon, se vio incapaz de conseguir una victoria decisiva.

La desmembración política en Alemania e Italia

En Alemania: En 1220 y 1231, Federico II concedió a los príncipes gran cantidad de regalías, implicando libertades tales que el reino se convirtió en una confederación de estados bajo la lejana supervisión del emperador. Esta situación se degradó todavía más después de su muerte, durante el largo interregno (1250-1273), que se caracterizó por una casi total anarquía. Entonces, su hijo (Conrado IV) y luego su nieto (Conradino) se encontraron con la oposición de competidores extranjeros, con frecuencia ausentes, pero respaldados por el papa o por algunos príncipes: el conde Guillermo de Holanda, Alfonso X de Castilla y Ricardo de Cornualles, hermano del rey de Inglaterra Enrique III.

Era el reino del *Faustrecht* (*el derecho del puño*), de las ligas feudales y del bandidaje feudal. Las instituciones imperiales, tales como el Consejo de los Príncipes y la Dieta, se mantuvieron vigentes pero Alemania no era más que un mosaico de Estados prácticamente autónomos y con estatutos muy diversos. Por todas partes hubo enfrentamientos entre los principados laicos, ya

debilitados internamente por las discordias, los principados eclesiásticos de Maguncia, Tréveris o Colonia, el Estado de los Caballeros Teutónicos y las ciudades libres de la Hansa o de Renania y las consistentes comunidades de campesinos, administradas por un Consejo central, que agrupaban a numerosas aldeas de las montañas de Baviera y de Suabia o de las marismas desecadas próximas al mar Báltico.

En 1273, los príncipes, por instigación del papa, deseoso esta vez de no prolongar la vacante imperial, eligieron como emperador a Rodolfo de Habsburgo, cuya fortuna, recientemente adquirida y todavía muy modesta, no atemorizaba a nadie; poseía solamente algunos feudos en la alta Alsacia y en el norte de Suiza. Más que lanzar atrevidas expediciones al otro lado de los Alpes, su primera preocupación fue la de asegurar la paz y, más todavía, la de conquistar para los suyos un amplio Estado principesco. Lo consiguió recuperando para el Imperio Austria, Estiria y Carniola, a costa del rey de Bohemia, Otokar II. De esta manera su reino anunciaba el abandono de las pretensiones imperiales a la monarquía universal y al dominio de Italia. El reino de Sicilia se separó completamente del Imperio, durante los reinados de Manfredo, hijo natural de Federico II, y de Carlos de Anjou, instalado en el trono por el papa. Incluso en Alemania, el emperador prefirió respaldarse en su propio patrimonio antes que en sus derechos de rey o en su prestigio como emperador; lo que contribuyó, en gran medida, al debilitamiento de la idea de monarquía.

En Italia: El conflicto entre el papado y el Imperio favoreció la independencia de las ciudades y provocó la formación de dos partidos antagónicos cuya lucha marcó profundamente la totalidad de la vida italiana entre los años 1180 y 1200: discordias, guerras civiles y desórdenes, éxodos, confiscaciones de bienes, represalias y disturbios.

Esta lucha entre los dos partidos, *güelfos* y *gibelinos*, no puede resumirse, como se ha hecho frecuentemente, como la lucha entre los partidarios del papa y los del emperador. M. Pacaut ha definido claramente las concepciones políticas y las doctrinas en que se basó al güelfismo, en el momento de la paz de Venecia, en 1777. Por aquel entonces, los güelfos no rechazaban al emperador sino que le consideraban su soberano supremo. Sin embargo, para ellos, el Imperio no era ni una federación ni una confederación, sino simplemente «una reunión de entidades políticas diversas». En Italia, el emperador no debía ejercer más que algunas de sus regalías, mientras estaba presente en el país. Los güelfos exigían especialmente que las costumbres de cada ciudad fueran respetadas. Aceptaban también el universalismo imperial, siempre y cuando respetara un cierto particularismo político: «forma de pensar típicamente medieval». La liga lombarda no pasó de ser una comunidad de intereses efímeros. Es cierto que bajo el reinado de Federico II los ánimos se exaltaron. Los gibelinos resistieron violentamente al

papa y a sus aliados los angevinos de Nápoles. Pero, por su parte, los güelfos, normalmente favorables al papa, le abandonaron desde el momento en que intentó imponer su autoridad más allá de sus propios Estados, y, sobre todo, cuando se propuso unificar Italia. De hecho, la liga güelfa, Roma, Nápoles y Florencia, no pasó de ser una alianza de circunstancias.

Por otra parte, los partidos no se atribuyeron nunca doctrinas políticas bien definidas; o por lo menos, variaron con frecuencia a lo largo de su historia con lo que los nombres de güelfos y gibelinos abarcaron opiniones y actitudes muy diversas. No obstante, esta oposición, manteniéndose muy viva en las distintas ciudades y profundamente enraizada en las costumbres y mentalidades, se transformó en una especie de reflejo colectivo. La explicación de este hecho no hay que buscarla tanto en la interiorización de un programa político o de un líder como en las divergencias de intereses, tal vez en los conflictos sociales, y siempre en las querellas familiares. En 1215, en Florencia, los güelfos dominaban absolutamente la ciudad; pero, a raíz de un asesinato, la familia del culpable pasó al bando del emperador y reunió en torno a ella a sus parientes, aliados y clientes que se levantaron contra las restantes familias de la *parte güelfa* y se proclamaron *gibelinos*. De todas formas, las disputas entre la nobleza parecían inevitables. En Toscana, los güelfos, vencedores y señores de la ciudad, se subdividieron a su vez en dos fracciones rivales, los *blancos* y los *negros*: primero en Pistoia, en 1296, la ruptura de una promesa matrimonial provocó enfrentamientos sangrientos entre los hombres de las grandes familias, y más adelante sucedió lo mismo en Florencia. Esta situación ocasionó nuevas intrigas, motines y destierros: después del triunfo de los *negros* en Florencia, en 1301, Dante Alighieri tuvo que soportar al amargura del exilio que se prolongó hasta su muerte, en 1321.

Por supuesto, estas luchas entre partidos, de consecuencias muy confusas, no pueden atribuirse exclusivamente a la lucha entre el Imperio y el papado, que hacia los años 1300-1310 había quedado completamente olvidada. Lo que realmente parecen

significar es el deseo de independencia de las ciudades italianas y, sobre todo, la fuerza de las grandes familias que encabezaban fracciones irreductibles y la posición que la venganza ocupaba en la mentalidad colectiva de la época.

LAS MONARQUÍAS LLAMADAS «FEUDALES»: INGLATERRA Y FRANCIA

Las dos monarquías, habiendo establecido un gobierno de *funcionarios*, competentes y fieles, reclutados por el mismo rey para su servicio, escapaban al control de las grandes casas señoriales. Parece que esta situación fue fruto de una doble política: por una parte, la hábil utilización de los poderes del soberano y la confiscación por parte de éste de los principales derechos feudales; por otra, la búsqueda de un sólido apoyo en los hombres libres, ciudadanos o campesinos, que se beneficiaban del florecimiento de las ciudades y de las empresas de roturación llevadas a cabo. Esta emancipación del poder real se vio seriamente comprometida por bruscos y esporádicos movimientos de retroceso y por coyunturas desfavorables: en Inglaterra, las sublevaciones de los barones para imponer su tutela al soberano; en Francia, fuerte resistencia regional durante la guerra de los albigenses y posteriormente, no menos peligrosa, durante el último período del reinado de Felipe el Hermoso.

Inglaterra

El poder real: Inmediatamente después de la conquista normanda, el rey consolidó su autoridad sobre los barones. Desde entonces, la monarquía inglesa era más respetada que la francesa. Desde el principio, el gobierno jugó un papel más burocrático y centralizador: ello quedó claro ya en la sorprendente encuesta del *Domesday Book*. Esta tendencia fue cada vez más acusada, a pesar de las guerras sucesorias desencadenadas a la muerte de Guillermo el Conquistador (1087) (entre sus tres hijos, Guillermo el

Rojo de Inglaterra, Roberto Curthose de Normandía y Enrique I), y de una segunda guerra entre Godofredo Plantagenet y Esteban de Blois, que provocó una verdadera guerra civil desde 1139 a 1147.

El éxito de la monarquía se explica fundamentalmente por la concurrencia de dos circunstancias favorables:

> — las tradiciones anglosajonas que permitían al rey disponer, en ciertas ocasiones, del apoyo de todos los hombres libres, sometidos a una ley común y gobernados por asambleas locales, en la *hundred* y el *shire*;
>
> — el carácter militar de esa monarquía, que, establecida por la conquista, se ocupó rápidamente de dominar el país. Esta peculiaridad favoreció al rey porque le permitió exigir estrictos servicios tanto en hombres como en dinero; estos servicios mantuvieron sus antiguos nombres: el *fyrd* y el *danegeld*. El aspecto militar del gobierno real se agudizó y precisó en el momento de las difíciles guerras contra escoceses y galeses y, todavía más, cuando se realizaron las expediciones en el continente, ya fuera en Normandía ya en Tierra Santa. Estas lejanas y largas empresas requerían una regularidad mayor de los ingresos y servicios, un ejército más fiel, más disciplinado, incluso a veces a sueldo, y liberado ya en parte de los servicios de vasallaje.

La obra de Enrique II: Durante el reinado de Enrique II (1154-1189), heredero de Godofredo Plantagenet, y el de su hijo Ricardo Corazón de León, el rey impuso su voluntad a los barones y sometió de nuevo a los señores a su obediencia. Los *funcionarios del rey*, juristas expertos en derecho romano y derecho canónico, consolidaron un fuerte gobierno central en el que, muy pronto, ciertas instituciones especializadas se emanciparon de la

corte de los vasallos, de la *Curia Regis*. La *Corte de los pleitos comunes*, llamada más tarde el *Tribunal del rey* juzgaba los asuntos que implicaban al soberano. El famoso *Echiquier* recibía el dinero de los impuestos y controlaba las cuentas de los sherifs. Por otra parte, las *Assises*, instrucciones impartidas a los agentes reales, sherifs presidentes de tribunales condales y jueces-inspectores sin destino fijo, tendían a imponer por todo el reino la ley común. Por la *Constitución de Clarendon* (1164), Enrique II sometió a la iglesia de Inglaterra y quiso bandear el control pontificio. Este intento provocó el dramático enfrentamiento con Tomás Becket, arzobispo de Canterbury, empeñado en defender sus prerrogativas y las de Roma. El asesinato de Tomás Becket en 1170, que si no estuvo ordenado por el rey, por lo menos obtuvo su consentimiento, provocó un sentimiento masivo de oposición: el soberano tuvo que hacer pública penitencia y Canterbury se transformó en el peregrinaje más famoso de Inglaterra, donde los fieles honraban la memoria del santo. A pesar de ello, la monarquía había triunfado.

Los barones y el Parlamento: Después de la muerte de Ricardo Corazón de León, la monarquía se vio duramente amenazada e incluso a veces vencida a lo largo de los reinados de Juan Sin Tierra (hermano de Ricardo, 1199-1216) y de su hijo Enrique III (1216-1272). Las sublevaciones de los barones, provocadas por los grandes fracasos sufridos en el continente frente a los Capetos y, más todavía, por la sumisión del rey a Roma y el establecimiento de una especie de tutela pontificia, intentaron, por dos veces al menos, constituir un consejo feudal en torno al soberano. Los barones, vencedores de Juan Sin Tierra, impusieron en 1215 la *Carta Magna*, que contenía las primeras libertades políticas inglesas. En 1258, una nueva sublevación dirigida por Simón de Montfort precisó nuevas exigencias, recogidas en las *Provisiones de Oxford*; pero esta oposición de los barones, debilitada por los conflictos personales y por el arbitraje desfavorable de san Luis, se extinguió en 1265, después del asesinato de Montfort en Evesham.

Durante todo este período, las Asambleas de la *Curia Regis* se multiplicaron y adquirieron una importancia mucho mayor que el simple *Consejo* privado del rey. Estos *Parlamentos* comprendían entonces a los obispos y grandes abades del reino, a los grandes barones laicos y, posteriormente, al lado de esos *lords*, tuvieron

su lugar los representantes de los *Comunes*, ya fueran caballeros rurales, ya delegados de los *burgos*, campesinos enriquecidos —*yeomen*— o mercaderes. La presencia de representantes responsables, elegidos en cada condado bajo el control del sherif, aseguraba al rey y a los barones la realización exacta de las decisiones tomadas.

El ejército y el palacio: El reinado de Eduardo I (1272-1307) supuso una nueva restauración de la autoridad real, después de un largo período de anarquía. Los barones pretendían servir en ultramar «solamente si los extranjeros invaden nuestras tierras» (1205) o si lo requería la «defensa de Inglaterra» (1230); en todo caso, su deseo era limitar sus obligaciones a cuarenta días por año. No obstante, el rey obtuvo un servicio más prolongado y regular de sus vasallos y subvasallos, a cambio de transacciones en el número de caballeros disponibles. Se avino gustoso a cobrar el rescate de este servicio (impuesto de *scutoge*) cuyo dinero utilizaba para pagar a los mercenarios. Por último, el *Estatuto de Winchester*, en 1285, precisó las condiciones de armamento y reclutamiento de todos los hombres libres, operación supervisada por agentes especiales, llamados *comisarios responsables de restablecer el orden*.

El rey, conquistador triunfante y victorioso de los reinos de Gales y de Escocia (en 1296), absolutamente seguro de su prestigio, quiso gobernar solo. Para escapar al Echiquier, feudalizado, caído en manos de las grandes familias, se apoyó en su propia casa, su *palacio*. Los oficiales de la Cancillería, al principio tesoreros militares, recibían directamente los ingresos públicos: 204 000 libras contra 24 000 recibidas por el Echiquier durante las guerras en Gales. El soberano multiplicaba así las actas selladas, no por el gran sello de la *Cancillería*, sino por un sello privado, personal: procedimiento éste mucho más libre y rápido.

Este gobierno de *palacio* se mantuvo bajo el reinado de Eduardo II (1307-1327) pero provocó entonces vivas reacciones que el rey, débil y desacreditado por la política de sus protegidos, tales como Hugo el Derrochador, no pudo vencer con facilidad. Ello fue fuente de interminables conflictos, que aumentaron cuando la reina Isabel de Francia y su favorito, Mortimer, apoyaron a la oposición y, en 1326, lanzaron varios ejércitos contra el del rey. Al año siguiente, Eduardo II abdicó en favor de su hijo Eduardo III, siendo, poco después, encarcelado y ejecutado. A pesar de todo, estos graves desórdenes no pudieron poner en cuestión las importantes conquistas del poder real.

Francia

El prestigio del rey: La imagen familiar de Luis VI el Gordo (1108-1137) empeñada en liberar la Île de France del bandolerismo —especialmente el del vil Coucy— adquirió un valor simbólico: el orden real suplantó al orden (llamado generalmente el desorden o la anarquía) feudal. De hecho, esta imagen refería a una larga campaña de propaganda que, durante siglos, había intentado presentar a los soberanos como protectores de la paz, defensores de campesinos y burgueses contra los señores, garantes de las virtudes cristianas y amigos de los pobres. Los cronistas favorables a la monarquía participaban de esta intención, que parecía traducir una voluntad consciente de los círculos próximos al rey y, más tarde, de un estado de ánimo generalizado. Ya Helgaud, el monje de Fleury-sur-Loire, exaltaba las virtudes y dedicación de su soberano y omitía cuidadosamente las libertades de su vida privada y sus altercados con el papa: su *Vida de Roberto el Piadoso* es una obra de hagiografía. Resulta significativo que ni sus licencias —tres matrimonios sucesivos—, que le amenazaban con la excomunión, ni después el levantamiento de Bertrade de Monfort, esposa del conde de Anjou, ni incluso un siglo más tarde, el grave conflicto que enfrentó a Felipe Augusto con el papa, no disminuyeran en nada el prestigio del rey en Francia. Este

propósito aparece también muy claramente cuando los cronistas describen al mismo Felipe Augusto aclamado por la muchedumbre al retorno de Bouvines, o cuando muestran a Luis IX impartiendo justicia, lavando los pies a los pobres o atendiendo a los leprosos. La canonización de Luis, rey caballero, cristiano y cruzado tuvo una resonancia política considerable. Fue uno de los factores esenciales que permitieron el establecimiento de un poder central y contribuyeron al deterioro de las fuerzas señoriales y de los particularismos. La monarquía francesa le consideró, durante siglos, su héroe.

En efecto, las armas principales del rey de Francia fueron, muy pronto, el prestigio adquirido por su corona, por su persona y, tal vez la más importante, su popularidad. La canonización sellaba la alianza tradicional con la iglesia; en otro tiempo esta alianza se había basado en el bautismo de Clodoveo. La consagración subrayaba así el carácter divino de la monarquía: el rey podía hacer milagros y curar a los enfermos. Contaba con el asentimiento popular frente a los grandes vasallos. Luis IX afirmó entonces que «los franceses son uno en el rey como los cristianos son uno en Cristo», y él mismo dijo a sus súbditos: «Vosotros sois la santa Iglesia en la medida en que todos sois el rey» (M. David). Desde este punto de vista, nada podía limitar el poder real.

Por otra parte, no hay duda de que los Capetos debieron una parte importante de su fuerza a sus propias riquezas; su dominio, bien situado, administrado con gran celo, reunía las mejores tierras del reino, las más pobladas y las que proporcionaban mayores rendimientos. Lo que les valía importantes reservas de hombres y oro. El soberano, para desarticular las intrigas y romper las alianzas de los barones, recurría antes a la diplomacia y al oro que a las armas.

El monarca feudal: El rey, al mismo tiempo que se esforzaba en suprimir las tradiciones de vasallaje y en imponer un gobierno central, utilizó en su propio beneficio sus derechos de señor feudal. Exigió el supremo homenaje de sus vasallos —*homenaje ligio* — e intervino frecuentemente en los feudos para imponer su tutela a las viudas y a los menores. Persiguió a sus enemigos, infieles, acusados de felonía en nombre del derecho «feudal» y condenados por el tribunal de otros vasallos: así sucedió todavía en 1202 con Juan sin Tierra, que se negó a comparecer en París. El rey, señor feudal por excelencia, se benefició de todos los sentimientos de fidelidad y de la afección colectiva que despertaba la persona del señor. Blanca de Castilla, regente durante dieciséis años (desde 1226 a 1242), cuando hubo de enfrentarse a la gran sublevación de los barones en 1230, usó de ese prestigio y de sus propios derechos de *Señora* según la tradición de las cortes feudales. Tal vez fue esto lo que le valió la adhesión decidida de Thibaut IV de Champaña, el príncipe poeta, cuyos versos hablan de su amor por la reina de Francia, aunque entre muchas otras, desde luego.

El soberano exigía siempre la ayuda militar y, sobre todo, la ayuda financiera de sus vasallos y del clero. Si Felipe Augusto tuvo que sufrir todavía serias dificultades para recaudar, para la Cruzada, su célebre *dîme saladine* en 1188, Luis IX la impuso en 1248 y 1267. En cuanto a las aportaciones eclesiásticas o *diezmos* concedidos por vez primera en 1188 por el papa, aportaban ingresos considerables: 43 recaudaciones extraordinarias entre 1188 y 1294. Los derechos de realce —de *rescate* o, en Languedoc, de *acapte*— pagados en caso de permutas, alcanzaron algunas veces el valor de los ingresos anuales del feudo y aportaban al soberano grandes sumas de dinero o tierras. Felipe Augusto recibió el burgo de Pont-Sainte-Maxence de los herederos del conde de Nevers, en 1219. San Luis percibió 30 000 libras por el condado de Flandes, 4000 al año siguiente por el de Dreux, y 5000 en 1251 por el de Ponthieu.

Las instituciones reales: El progreso del poder real bajo los reinados de Felipe Augusto (1180-1223), Luis VIII (1223-1226), Luis IX (1226-1270), Felipe III el Atrevido (1270-1285) y Felipe el Hermoso (1285-1314), estuvo marcado por:

— La evolución del tribunal de los vasallos, la *Curia Regis*, que se subdividía en cámaras, consejos, órganos especializados donde, cada vez más, dominaban los oficiales, funcionarios, legisladores, e incluso plebeyos o miembros de la pequeña nobleza asalariada, adicta al rey. Las asambleas generales y solemnes que reunían a los vasallos adscritos al servicio de la corte o de la *plaid*, eran mucho más restringidas. No obstante, participaban en ellas representantes de las ciudades y del bajo clero; éste fue el caso de la convocada por san Luis en 1262, cuando se estableció la ordenación monetaria. Desde el reinado de Felipe Augusto, este *Consejo*, que asistía al rey y tenía poder decisorio, agrupaba a numerosos juristas; eran los *funcionarios y caballeros del rey*. Estos incrementaron su poder de forma decisiva bajo el reinado de Felipe el Hermoso: Enguerran y Felipe de Marigny, Guillermo de Nogaret, Pedro Flotte. El espectacular progreso de la justicia real y, por extensión, del derecho de apelación y del derecho de prevención (el agente real podía adelantarse a cualquier otro tipo de justicia) obligaron a celebrar, bajo el reinado de San Luis, reuniones especiales, llamadas *Parlamenta*, de juristas especializados. Hacia 1275 aproximadamente, esta *Curia parlamenti* fue subdividida en: *Chambre des requêtes*, encargada de examinar las denuncias y de considerar la utilidad de un juicio; *Chambre des enquêtes*, que reunía los elementos de información, y *Chambre aux plaids*, que juzgaba en nombre del rey. Más adelante, la sección de la *Curia regis* que controlaba las finanzas reales pasó a ser una nueva cámara, la *Chambre des comptes*.

— La evolución de la casa real u *Hôtel* del rey, cuyos principales cargos eran poseídos como feudos hereditarios por las grandes familias señoriales. Felipe Augusto transformó estos cargos en simples títulos honoríficos o los de-

jó vacantes; asi sucedió con el de *sénéchal*, equivalente a mayordomo de palacio, a la muerte de Thibaud V de Blois en 1191. En 1185, el cargo de *chancelier*, el de mayor importancia por ocuparse de redactar y expedir las actas reales, quedó también interrumpido; entonces el rey confió el sello real a uno de sus familiares, el hermano hospitalario Guérin. Desde este momento los *gardes du sceau* desempeñaron un papel fundamental en la política del gobierno central, aunque se mantuvieron siempre a disposición del rey. Durante el reinado de Felipe el Hermoso estos puestos fueron ocupados por laicos.

— La creación de una administración local más estricta y que ofreciera una mayor credibilidad. Su actuación se yuxtapuso a la de los *prévôts*, cuerpo de funcionarios existente desde la época carolingia, cuyos agentes poseían también sus cargos como feudos hereditarios y cuyos excesos habían provocado serias protestas de los aldeanos. Al principio los nuevos agentes fueron enviados reales extraordinarios sin residencia fija, pero más adelante pasaron a ser oficiales con destinos permanentes en circunscripciones muy bien delimitadas. Su misión allí era la de ejercer y defender los derechos del rey. Los documentos hacen referencia por vez primera a estos *baillis* en 1190, en la famosa disposición de Felipe Augusto redactada cuando éste partió hacia la Cruzada; la institución era, pues, anterior a este momento. Estos funcionarios estaban estrictamente sometidos al rey y debían ir a París a rendir sus cuentas ante el soberano. Sin embargo, en 1254, se hizo necesaria ya la redacción de severas disposiciones para reprimir ciertos abusos; recordaban la prohibición de recibir regalos o beneficios, y de casarse con herederas en la demarcación de la bailía. A pesar de todo, estos *baillis* fueron magistrados mucho más fieles y eficaces que los antiguos *prévôts*.

La unificación de Francia: En Francia, las mayores dificultades se presentaron cuando se intentó ampliar el dominio real y se provocó de esta manera el enfrentamiento con el particularismo regional; este hecho ha sido frecuentemente omitido por cronistas e historiadores. Esta expansión, pacífica o guerrera, basada en adquisiciones por dinero, herencias, confiscaciones de feudos o conquistas, puede resumirse en dos grandes empresas:

— La lucha contra el Imperio Plantagenet formado a partir del matrimonio (1152) de Leonor de Aquitania, repudiada por el rey de Francia Luis VII, con Enrique Plantagenet. Dos años más tarde, cuando Enrique fue coronado rey de Inglaterra, poseía en el continente el condado de Maine, Anjou y Turena, patrimonio de su familia, y la Normandía y Aquitania con el Poitou, la Guyena y Auvernia. Con ello, sus Estados eran mucho más extensos que los de los Capetos y, por tanto, representaban una amenaza para éstos. Esta situación llevó al inevitable conflicto que algunas veces se ha llamado «la primera Guerra de los Cien Años». Fue éste un enfrentamiento «feudal» en el que el rey de Francia, como señor feudal por excelencia de todos los grandes feudos continentales, intentó imponer sus prerrogativas y, de hecho, buscó la forma de ampliar las fronteras de su propio dominio. Después de unos años de incertidumbres y de éxitos repartidos, la oposición entre los dos reyes se agravó durante el reinado de Felipe Augusto, quien sublevó a los hijos de Enrique II, Enrique el Joven († 1183), y Ricardo y Juan Sin Tierra, contra su padre. Más tarde, siendo rey de Inglaterra Juan Sin Tierra (1199-1216), el rey de Francia actuando con mayor habilidad y energía, le hizo condenar con la pérdida de sus feudos (1202). Después del largo asedio y de la toma de Château-Gaillard, invadió Normandía; en 1214, sus ejércitos derrotaron por dos veces a los ingleses (en La Roche-aux-Moines) y a sus aliados (en Bouvines). Si Felipe, dada la oposición del papa y la muerte de Juan, fracasó en su inten-

to de conquistar Inglaterra, sin embargo, consiguió desmantelar el Imperio Plantagenet y dejarlo reducido, en el continente, al ducado de Guyena.

No obstante, Luis IX, vencedor de Enrique III en Tailleburgo y Saintes, concedió al rey inglés una paz sólida y generosa; además de la Guyena, le cedió sus antiguos feudos en Limousin y Périgord (Tratado de París, 1259). Esta actitud, que entonces sorprendió a muchos, fue interpretada de formas muy diversas pero no parece que respondiera solamente a un deseo de paz. Por este tratado, el rey Plantagenet se comprometía a rendir homenaje al rey de Francia a cambio de sus feudos en el continente. Lo cual significaba un verdadero reconocimiento de la supremacía de Luis IX como señor feudal absoluto y, al mismo tiempo, reafirmaba el prestigio de la corona francesa.

La sujeción del Languedoc: La Cruzada de los albigenses, más que una cruzada religiosa, fue una operación política que sirvió a los deseos del rey. Originariamente, la expedición respondía sin duda al deseo de reprimir la herejía y fue organizada por el papa (véase capítulo XI, pág. 165). Pero resulta significativo que se llevara a cabo muy pocos años después del triunfo sobre los Plantagenet; por otra parte, permitió al rey apoderarse de los Estados del condado de Toulouse que, prácticamente, escapaban a la autoridad real y que era preferible conquistar bajo un pretexto noble. De este modo, esta guerra tomó el cariz de una verdadera guerra de secesión, alentada también por motivos ideológicos, entre dos mundos muy distintos, opuestos por su lenguaje, y por su civilización tanto material como espiritual; lo que, en cierta medida, puede explicar los excesos de los vencedores después de esta invasión, de esta guerra de conquista.

De hecho, hubo dos Cruzadas. Después de la primera expedición, en 1215, Inocencio III confió al jefe de los cruzados, Simón de Montfort, el gobierno de los feudos sustraídos a Raimundo VII de Toulouse. Inmediatamente el rey de Francia trató de desviar la operación en su propio beneficio. Felipe Augusto no pudo dirigir la primera cruzada por su enemistad con el papa; sin embargo, Luis VIII dirigió la segunda. En 1229, por el tratado de París, las provincias orientales del Languedoc pasaron a depender directamente de la corona de Francia (senescalados de Beaucaire y de Carcasona), mientras que se preveía para más adelante la anexión de los restantes feudos del conde de Toulouse.

Particularismos regionales y sublevaciones principescas: Hay que reconocer que la mayoría de las veces la administración real se impuso de una forma bastante hábil. El rey reemplazó a los *baillis* por los *sénéchaux*. Eran elegidos de entre la nobleza local y sus responsabilidades se extendían a grandes circunscripciones, con lo cual el rey trataba de moderar las susceptibilidades de las provincias conquistadas. Para la provincia de Toulouse se adoptó una decisión especial: se permitió un largo período de transición en el que el gobierno estuvo confiado a Alfonso de Poitiers, hermano de san Luis, administrador prudente y estricto. Este consiguió restablecer el orden y reorganizar la economía, disipar los rencores y ganarse, en cierta medida, a una población duramente castigada tanto material como espiritualmente.

Durante el reinado de Felipe el Hermoso, las mayores dificultades provinieron fundamentalmente de las graves crisis sufridas por las finanzas reales. Estas se explican, sin duda, por una contracción económica casi general, pero sobre todo por las cargas cada vez más considerables que supone un gobierno centralizado, burocrático, que mantiene agentes a sueldo y que se extiende no sólo por amplios dominios sino también por lejanas provincias. De ahí las diversas medidas económicas impuestas: impuestos extraordinarios, préstamos, confiscaciones de bienes pertenecientes a judíos y lombardos o mutaciones monetarias. De estas dificultades financieras surgieron los dos grandes conflictos del reinado: el de los Templarios, sobrecargados ya por los «préstamos» requeridos por el rey, y de cuyas riquezas pretendía apoderarse, y el del papa Bonifacio VIII, que intentó oponerse a la imposición de tributos al clero. El rey, para reforzar la unidad nacional, se apoyó, en estos dos asuntos, en la opinión popular, hábilmente orientada por una campaña de calumnias de todo tipo. Su postura se consolidó con la convocatoria de amplias asambleas. La que se celebró en Tours, en 1308, le permitió exponer su política y conseguir un vago asentimiento. Sin embargo, triunfó en ambos casos. Bonifacio VIII, vencido y maltratado por Guillermo de Nogaret en su refugio de Anagni (1303), murió poco después y le sucedió un papa francés, Clemente V. Los

dirigentes de los Templarios, después de un proceso judicial inicuo, fueron ejecutados en 1314.

No obstante, la oposición fue cada vez mayor en las provincias. Los ejércitos reales habían sufrido ya una derrota humillante en las murallas de Courtrai, en 1302, cuando Flandes se sublevó de nuevo en 1313. Al año siguiente, las ligas regionales, dirigidas por los príncipes, pero contando siempre con el apoyo de la nobleza e incluso del pueblo, se levantaron contra el impuesto real, cada vez más oneroso. Los agentes del rey, sus «bandoleros», eran maltratados en todas partes y varios ejércitos señoriales dominaban las zonas rurales. Así ocurría en Borgoña, Normandía, en el norte desde Beauvaisis a Picardía, en Champaña y Forez. La muerte del rey, el 30 de noviembre de 1314, desarticuló en parte a estos núcleos de oposición. Pero su sucesor Luis X (1314-1316) se vio obligado a firmar numerosas cartas que confirmaban los derechos de los barones en las distintas provincias. Este éxito del particularismo provincial da muestra de la precariedad de la unificación. No obstante, durante la Guerra de los Cien Años, surgieron dificultades mucho más graves.

Bibliografía: R. S. LÓPEZ, *L'essor de l'Europe* (col. «Destins du monde»), 1962. F. LOT y R. FAWTIER, *Histoire des institutions françaises au Moyen Âge*, 3 vols., aparecidos entre 1957-1962. M. PACAUT, *Louis VII et son royaume*, 1964. M. PACAUT, *Frédéric Barberousse*, 1967. M. BLOCH, *Les rois thaumaturges*, 1924. R. FAWTIER, *Les Capétiens et la France*, 1942. L. GENICOT, *Le XIII*e *siècle européen* (col. «Nouvelle Clio», núm. 18), 1968. (Hay trad. cast.: *Europa en el siglo XIII*, Labor, S. A., Barcelona, 1970). R. FEDOU, *op. cit.*, cap. I. R. BOUTRUCHE, *Seigneurie et féodalité*, t. II: *L'apogée (XI*e*-XIII*e *siècles)*, París, 1970.

Textos y documentos: R.-H. BAUTIER, G. LABORY, ed. y trad. de Helgaud de Fleury, *Epitoma vitae regis Roberti Pii*, París, 1965. A. PAUPHILET, Ed. Pognon, ed. de J. de Joinville, «Histoire de Saint Louis», en *Historiens et Chroniqueurs du Moyen Âge*, París, 1952.

Capítulo XI

La vida espiritual y artística en los siglos XII y XIII

(1100-1300 aprox.)

Mapas: VI, frente a pág. 144 y VII, frente a pág. 176.

El florecimiento de las ciudades y el surgimiento de una nueva economía implican la formación de nuevas estructuras sociales, de mentalidades colectivas distintas y de diferentes formas de concebir los valores humanos; esta evolución se refleja en las diversas tendencias de la vida espiritual y de la expresión artística. Desde el punto de vista religioso, el contraste entre la difícil situación, miserable a veces, de los primeros artesanos textiles y la de los mercaderes, burgueses o nobles, negociantes y hombres de industria, resultó tan sorprendente que provocó la necesidad de nuevas investigaciones, ya dentro de la Iglesia, ya en contra de ella.

LA VIDA RELIGIOSA

La herejía en Oriente y Occidente: Durante los siglos XII y XIII fueron consolidándose distintas sectas o herejías que, por su actitud resueltamente antijerárquica y hostil a Roma, amenazaron gravemente la unidad espiritual del mundo cristiano de Occidente. Podría decirse de algunas de ellas que introdujeron nuevas religiones, pues, interpretando el dogma de forma muy particular, estaban organizadas según reglas muy estrictas.

Con frecuencia, el nacimiento y éxito de estas herejías se explica apelando a la influencia oriental. En efecto, la mayoría de ellas parecen proseguir las doctrinas *dualistas* que habían triunfado en varias filosofías o religiones orientales, tales como la de Manes y sus discípulos en Persia: oposición y antagonismo entre un Dios del Bien creador del cielo y un Dios del Mal creador de la tierra y de todos los hombres. Desde el año 1000, hubo cronistas que calificaron de *maniqueas* las herejías de Aquitania. Ciertamente, podría pensarse en una influencia directa dada la cantidad de viajes y peregrinaciones a Siria y Palestina, o bien en una influencia mediatizada por la iglesia búlgara de los *bogomilitas* a través de la ruta de los Balcanes; en Occidente, los heréticos eran llamados generalmente *bougres* o búlgaros. Sin embargo, los estudios más recientes y, en particular, la investigación de R. Morghen, contradicen estas teorías; por otra parte, no puede darse ninguna prueba ni citarse ningún testimonio literario o artístico de esta transmisión.

De hecho, es conveniente insistir en la tajante oposición entre la herejía oriental, de carácter dogmático, filosófico y que empezó desarrollándose en círculos restringidos de doctores y eruditos, y la herejía occidental, esencialmente popular, que cuajó entre gente poco instruida o iletrada.

Las sectas y la Reforma: El afán de búsqueda de un dogma nuevo o de especulaciones filosóficas especializadas no fue el origen de las primeras sectas occidentales. Sus primeros esfuerzos se inscribieron más bien en el marco de la Reforma gregoriana: deseo de pureza, respeto a las reglas de la vida evangélica y exigencias morales muy estrictas. Incluso en los siglos siguientes, el *dualismo*

de estas sectas o Iglesias, parecía ser muy atenuado, como en realidad lo fue entre los *bogomilitas*; no se basaba en un rigor dogmático real sino que se contentaba con expresar una oposición entre el Bien y el Mal existente en las actitudes y la vida moral de los hombres, más que en su propia naturaleza o en la del mundo. Así, al principio, no fue más que una tendencia *reformadora*, entre otras muchas. En Italia, y especialmente en las zonas central y norte, esta tendencia se manifestó de forma más violenta en contra de los obispos simoníacos, fieles al partido imperial. En Milán, la secta de los *Patarinos*, muy activa entre los años 1050 y 1070, fue sólidamente apoyada por Roma y por Gregorio VII; Anselmo de Baggio, su primer jefe, fue, más adelante, nombrado papa y adoptó el nombre de Alejandro II (1061-1073).

Este movimiento reformador encontró eco entre los obreros de la industria textil, gente miserable las más de las veces, poco integrados en la ciudad y excluidos del marco familiar o incluso del parroquial. Estos Patarinos eran llamados, en el lenguaje de la época, pordioseros. Un siglo después, la secta de los Humillados surgida también en Milán, reunió asimismo a los obreros de la lana, gentes de condición humilde.

Los heréticos en contra de Roma: La ruptura con Roma se produjo hacia los años 1100, cuando los Patarinos rehusaron los sacramentos administrados por curas simoníacos y se negaron a atender sus misas. Esta postura era contraria a la del papado que, después de muchas vacilaciones, reafirmó la validez de estos sacramentos. Desde este momento sus doctrinas y sus actos fueron condenados y calificados de heréticos, antirromanos y antijerárquicos.

Con posterioridad, se desarrollaron verdaderas herejías que fueron extendiéndose por todo el Occidente. Proclamaban la

necesidad de una renovación moral y, en este sentido, prolongaban el espíritu de la reforma gregoriana. A través de sus sermones, los monjes, favorables a esta reforma, propagaron entre los humildes ese deseo de renovación. Su traducción en la vida real era muchas veces la nostalgia de una Iglesia primitiva, evangélica, considerada como un modelo de pureza y, por otra parte, la voluntad de recobrar un orden moral pasado, es decir, de volver a la moralidad que se atribuía a los primeros tiempos del cristianismo. En cualquier caso, estas herejías rechazaban la Iglesia constituida: rehusaban la misa y la comunión, el clero romano y el culto a la Virgen y a los santos. Estas nuevas religiones tenían su fundamento en cierta interpretación del Nuevo Testamento. Desde el punto de vista social, la perfección implicaba la renuncia a los bienes terrenales.

A partir de los años 1100, el nombre de *cataros* designaría a todos los heréticos occidentales emplazados fuera de la Iglesia; se aplicó con frecuencia a los Patarinos y, posteriormente, a todas las sectas de Italia, en Bolonia, por ejemplo. Los cataros pasaron a ser muy numerosos y activos en Toscana y en Umbría; dominaban las magistraturas de Siena y Asís e hicieron de Orvieto una «verdadera plaza fuerte de la herejía» (L. Salvatorelli). Cuando Roma y sus fieles lograron que se eligiera allí un podestat decidido a combatir la herejía, la muchedumbre le apresó y mató (1119).

En el Languedoc, donde con frecuencia se había incriminado el lujo y la corrupción de un clero poco sensible a la reforma gregoriana, la difusión de las doctrinas cataras fue recibida con gran entusiasmo en diferentes medios sociales. Así pues, tuvo gran éxito entre los pobres de las ciudades, los burgueses e incluso entre los grandes señores. Baste decir que hacia los años 1200, las comunidades cataras de *albigenses* triunfaron repetidas veces sobre la Iglesia romana y resistieron todos los intentos pontificios de reconquista.

Las Iglesias heréticas: No obstante, no todas estas corrientes religiosas pueden ser consideradas como simples movimientos es-

pontáneos, populares y anárquicos. De hecho, ciertas sectas se organizaron en verdaderas Iglesias extendidas por varias provincias. En Lyon, Pedro Valdo, rico mercader, conmovido por la miseria de los humildes durante el hambre de 1176 y sintiéndose aludido por los sermones de los monjes que visitaban la ciudad, renunció al mundo y reunió en torno a sí a numerosos discípulos, los llamados *pobres de Lyon*. Estos, con la ayuda de los italianos, propagaron rápidamente las doctrinas de su maestro. Los *valdenses*, excomulgados en 1185, fueron poderosos en España, en Lombardía y en los Alpes franceses. Al cabo de un tiempo, se hablaba de los *valles valdenses*, donde se habían refugiado y continuaban sus prácticas a pesar de las persecuciones. Su Iglesia mantenía una cierta jerarquía: los *majores* cumplían la función de jefes y dirigían un clero de *juniores*; se distinguía a los verdaderos fieles, los *pobres*, que hacían voto de pobreza, de los simples *amigos*.

Los albigenses establecieron también una diferencia neta entre los *puros, perfectos* o *cátaros*, que se caracterizaban por una renuncia total a los bienes terrenales, y los *fieles* que, normalmente, no participaban de esta abstinencia hasta el *consolamentum*, sacramento que se recibía antes de morir. Los perfectos dirigían las comunidades y formaban una verdadera Iglesia. Las diversas Iglesias cátaras de Francia, Italia, Dalmacia y Oriente se mantenían unidas en su resistencia común contra Roma. Con el tiempo esta organización se concretó mucho más. Se abrieron escuelas para cátaros en Toscana, Poggibonsi, San Gimignano y Poppi en el Arno. También en Toscana, el obispo cátaro de Florencia extendió su jurisdicción hasta Grossetto y Arezzo, lo que en realidad significaba una extensión a toda la provincia. En 1218, se reunió en Verona una asamblea de *Pobres lombardos*.

Las herejías, originariamente movimientos populares y espontáneos, se fueron consolidando en Iglesias nuevas con sus jerarquías propias.

Las órdenes mendicantes

Franciscanos: En 1206, Francisco de Asís (1182-1226), hijo de un rico pañero de la ciudad, abandonó a los suyos para vivir como ermitaño. Muy pronto se vio rodeado por varios discípulos que adoptaron su regla de pobreza, aprobada por el papa Inocencio III en 1210; a éstos se les llamó *hermanos menores*. Desde entonces, los *franciscanos*, pobres monjes y mendigos, vivían de limosnas, fieles al ideal evangélico de paz y pureza, predicando por toda Italia. Esta orden reunió su primer capítulo general en 1215 y más tarde se instaló en Francia, Inglaterra y los restantes países occidentales.

La vida de Francisco de Asís tuvo una resonancia considerable en toda la cristiandad latina y marcó profundamente a la Iglesia romana y a las formas de vida religiosa de Occidente. No obstante, las características y el sentido de su obra fueron muchas veces mal interpretados y presentados de una forma demasiado simplista. Las conclusiones de L. Salvatorelli, presentadas en 1955, aportan un análisis mucho más matizado y sitúan de nuevo el franciscanismo en el lugar que le corresponde en la vida religiosa de su momento y en la política de la Iglesia. Es errónea la imagen que presenta a san Francisco como un ermitaño, un asceta, un iluminado tal vez, un individuo dispuesto a la huida del mundo y al aislamiento, hostil a toda forma de vida social y a toda jerarquía. Puede afirmarse sin ninguna duda que la renuncia a los bienes terrenales, el deseo de pobreza, de pureza, el amor entre los hombres y especialmente los humildes, los lazos fraternales que unían a los monjes estaban presentes ya en todas las sectas religiosas que, desde hacía dos siglos, exigían una reforma de la Iglesia.

Es posible que Francisco de Asís o algunos de sus discípulos se hubieran visto fuertemente influidos por el ejemplo de Joaquín de Fiore, monje cisterciense de Calabria, ermitaño refugiado en la altiplanicie del Sila. Pero así como Joaquín, que atacaba violentamente las costumbres de la época y la corrupción del clero,

tuvo un número de discípulos muy reducido y un éxito muy limitado, los franciscanos consiguieron extenderse por todo el mundo. Ello se debió precisamente a que el franciscanismo tenía un carácter peculiar en tanto que no fue nunca un movimiento de protesta, un movimiento destructor; ni su actuación ni las prédicas de sus monjes implicaron nunca algún tipo de crítica. Antes bien, se concentró en la tarea de reconquista espiritual de la Iglesia, dirigida por el papado y en especial por Inocencio III. Estuvieron siempre al servicio de Roma: como ermitaños, primero, y como monjes y fundadores de nuevas órdenes religiosas, después.

Los sermones de los franciscanos no estuvieron dirigidos a la población rural sino a los habitantes de las ciudades. En 1201, el papa apoyó a una comunidad de *humillados*, monjes que trabajaban en la industria textil, sometida a Roma, oponiéndola, con gran acierto por su parte, a los humillados heréticos. Poco después, Inocencio III protegía también a grupos católicos y romanos de pobres lombardos (1208) y de valdenses (1210). El apoyo que el papa dispensó a los franciscanos fue un ejemplo más de esta política. Los vínculos entre el franciscanismo y el papado se estrecharon todavía más cuando el cardenal Ugolino de'Conti, *protector* de esta orden religiosa, fue nombrado papa bajo el nombre de Gregorio IX. A él se debe la canonización de Francisco de Asís en 1228, dos años después de su muerte.

Francisco de Asís, lejos de desinteresarse del mundo, fue un conquistador, un misionero al servicio de una fe y de una causa. Cuando joven, había sido combatiente del ejército de Asís frente a las tropas de Perusa, y como soldado del ejército del papa se había batido contra el emperador en Apulia. Después de un intento fallido por llegar a Tierra Santa, la idea de convertir a los infieles le condujo primero a España y, luego, a Egipto. Desde mediados de siglo los franciscanos visitaron Persia y China: Plan Carpin (en 1247) y Guillermo de Rubrouck (en 1253). En Occidente, la

orden se consagró por entero a la conquista, o mejor a la reconquista, espiritual de las masas. Para ello se contaba con el nuevo aliento que Francisco transmitía a través de sus sermones (E. Delaruelle). Su padre había vivido mucho tiempo en Aviñón y, por tanto, había sufrido la influencia de la cultura francesa y de los *troubadowrs*. Francisco, en contacto directo con este ambiente, quiso ser el «juglar de Dios» y sus prédicas terminaban en «efusiones líricas». En ellas transcribía el gusto por lo familiar y lo pintoresco, con lo cual resultaban muy accesibles para el pueblo. En 1224, Francisco, por primera vez, celebró la Navidad en una gruta. Su visión del mundo correspondía más a la de los laicos que a la propia del clero; su mentalidad era la de los hombres de su época y su amor por la naturaleza (*Canto al sol*) se adecuaba perfectamente al gusto de los ciudadanos florentinos.

Todas estas características e innovaciones se encuentran en los *Fioretti*, una especie de leyenda de su vida escrita en forma de novela de caballerías por sus discípulos de las Marcas. También pueden encontrarse, sin embargo, en las *Meditaciones* de san Buenaventura (1221-1274) y, sobre todo, en la célebre *Leyenda dorada* de Jacques de Voragine, arzobispo de Génova (1230-1298), que contribuyó a enriquecer el repertorio iconográfico de la época. Por último, aparecen también en los *laudi*, poesías populares, escritas en lengua vulgar y compuestas en versos libres, que originaron, en Italia, los misterios y el teatro religioso.

La orden de las *clarisas*, hermanas franciscanas (fundada en 1212) y la *orden tercera de penitentes*, que congregó a individuos laicos y les asoció a la obra común, expandieron ampliamente las enseñanzas del franciscanismo. No obstante, esta conquista espiritual funcionó también a otros niveles, especialmente en el campo de la educación. Los *studia* franciscanos se implantaron en todos los países de Occidente y sus teólogos, san Buenaventura, Duns Escoto, Guillermo de Occam…, adquirieron gran renombre en las universidades, especialmente en París. Por último hay que decir que los franciscanos participaron, de forma muy activa, en la represión de las herejías. En los tribunales de la Inquisición, fueron tan numerosos e influyentes como los dominicos.

Dominicos: Resulta mucho más sencillo concretar los orígenes y la naturaleza de la orden dominicana. Ante todo, fue una orden combativa, surgida de la expresa voluntad de someter la herejía albigense. Domingo, canónigo español, había cruzado el Languedoc acompañado de su obispo en su camino hacia Dinamarca. Impresionado por los progresos y la fuerza de los cataros en la región, volvió en cuanto pudo a ella para intentar convertirlos por medio de la predicación. Sus discípulos se pusieron en seguida al servicio de Roma, y la orden *dominicana*, aceptada primero por Inocencio III, fue definitivamente reconocida por Honorio III en 1216. Su primer capítulo general se celebró en 1220. A pesar de que la orden seguía la regla de san Agustín, su género de vida coincidía mucho más con el de los franciscanos. El mismo año en que Francisco de Asís dejaba la casa paterna (1206), Domingo fundaba su primer monasterio en Pruille, cerca de Franjeaux, en pleno país cátaro. Los dominicos, monjes mendicantes también, vivían de limosna y compartían las precarias condiciones del pueblo, ofreciendo a los herejes la imagen de una vida evangélica y de una pureza rayana en la perfección. Más aún que los franciscanos, llegaban a las masas mediante la predicación: de ahí su nombre de *hermanos predicadores*. Sin embargo, y a diferencia de los franciscanos, sus sermones se dirigían más a convencer y demostrar que a emocionar; no hay que olvidar que las circunstancias en que los desarrollaban eran también muy distintas: los hermanos predicadores luchaban directamente contra la herejía.

Los eremitas de san Agustín. El surgimiento de un nuevo eremitismo constituye otra prueba de una cierta renovación de la vida religiosa. Entre 1230 y 1240, y en Italia especialmente, pequeñas comunidades se establecieron en modestos edificios situados fuera de las ciudades, donde llevaban una vida más o menos ascética. En algunos casos seguían una regla de vida religiosa. En 1243, Inocencio IV reunió a los eremitas de Toscana, les impuso la regla de san Agustín e instaló la nueva orden en el convento de Santa Maria del Popolo, en Roma. La nueva orden se extendió rápidamente por toda

Italia y, más adelante, por todo el Occidente. Gobernada por un cardenal protector, se organizó en provincias (17 en 1245, 24 en 1329) y celebró capítulos generales: en Florencia en 1287, en Ratisbona en 1290. En 1309, Clemente V autorizó la fundación de veinte nuevas casas, seis de ellas en Francia y tres en Inglaterra. He ahí un nuevo y claro ejemplo de la política pontifical, que consiguió organizar y controlar un movimiento originalmente espontáneo de reforma religiosa.

La cruzada contra los albigenses y la reconquista romana

La reconquista pacífica por la predicación de los dominicos parecía progresar, obteniendo algunas conversiones, cuando, en 1208, fue asesinado el legado pontificio Pedro de Castelnau. Acusando al conde de Toulouse, Raimundo VI, de ser el inspirador del crimen, Inocencio III decidió la intervención armada, además de excomulgar al conde: convocó una cruzada contra sus Estados en la que participaron principalmente los franceses del norte. Esta Cruzada contra los herejes de Occidente se organizó como antaño las de España o las de Oriente. El interés político de los Capetos en ella parece evidente. La guerra, de gran dureza y agravada por antagonismos exacerbados hasta el odio, atrajo hacia las ricas tierras meridionales a numerosos caballeros ávidos de nuevos feudos y a masas de desposeídos con ansias de pillaje. De ahí, como en cada Cruzada popular, el saqueo de ciudades entregadas a la infantería, que robaba y asesinaba sin piedad (saqueo de Béziers, en 1209). Pese a una encarnizada resistencia y a los refuerzos llegados de Aragón, los ejércitos del norte consiguieron un triunfo decisivo en la batalla de Muret (1213), persiguiendo implacablemente a los cátaros que se refugieron en sus fortalezas (Montségur, por ejemplo).

Acabados los combates, quedaba por realizar la reconquista espiritual de un país arruinado y violentamente hostil. La tarea corrió a cargo de los dominicos, que además de la predicación,

contaron con su dominio sobre la nueva Universidad de Toulouse, fundada después de 1229 por imposición del legado pontificio. Asimismo, maestros y discípulos se reunían en los claustros y jardines de su gran convento de los *Jacobinos*, que acogía también los capítulos generales de la orden. De esta forma, Toulouse parecía ser la capital de los dominicos. En la nave de la iglesia, la gran obra gótica del Languedoc, monjes y fieles asistían juntamente a los oficios religiosos.

La represión, que al principio había sido ejercida por los tribunales episcopales ordinarios, fue confiada, a partir de 1229, a un nuevo órgano creado por Gregorio IX, los tribunales especiales de la Inquisición, dirigidos por los obispos o por los dominicos. La Inquisición actuó duramente, si bien no es cierto, como afirma la historia «romántica», que los inquisidores infligiesen torturas, tal como hacían otros tribunales de la época (los del conde de Toulouse especialmente). Sí es cierto, en cambio, que multiplicaron las investigaciones judiciales y las confiscaciones de bienes. Sus procesos provocaron fuertes reacciones populares y señoriales: tal fue el caso del célebre drama del 28 de mayo de 1243, cuando, en el castillo de Avignonnet, una tropa procedente sin duda de Montségur, dirigida por varios nobles del Toulousain y del Lauraguais, mató a una decena de personas miembros del tribunal. De hecho, los condenados entregados al brazo secular y al verdugo fueron muchos menos que los condenados a penas de cárcel (21 y 306, respectivamente, en Toulouse entre 1250 y 1257) y, en cualquier caso, muchos menos que en otras regiones (en Picardía o en Champaña, por ejemplo) o en otras épocas (contra los begardos, en el Languedoc, en tomo a 1320). La Inquisición provocó, por confiscación o venta, una masiva transferencia de tierras (Y. Dossat). Por otra parte, las muy numerosas penas menores, multas o trabajos forzados, contribuyeron a la restauración de las iglesias (en Lavaur o en San Juan de Najac, por ejemplo) según la nueva estética de los hermanos predicadores, que recogen las ideas de san Bernardo contra el lujo del arte románico. Desde entonces, en el Languedoc, la austeridad y la simplicidad del gótico francés prevalecieron sobre las fantasías y exuberancias del románico meridional: signo evidente de la reconquista espiritual, de la victoria del norte.

EL ARTE GÓTICO

El problema de la bóveda ojival

El arte gótico de las grandes catedrales opone, en efecto, formas nuevas a las tradiciones románicas. Los dos estilos se distinguen fácilmente y expresan un espíritu y una ética muy diferentes. No es posible definir el arte gótico por sus elementos arquitectónicos característicos:

— *el arco ojival*, es decir, el arco apuntado, utilizado en las ventanas y en los perfiles de las bóvedas. Estos perfiles ya eran muy variados en la última época del románico y, en algunos casos, apuntados. El arte gótico, por su parte, llegó a utilizar, al final al menos, formas mucho más complejas que la simple ojiva;

— *la crucería ojival*. La bóveda de aristas, formada por la penetración de dos bóvedas de ejes perpendiculares, deja aparecer aristas diagonales. La crucería ojival está formada por los nervios salientes de esta bóveda de aristas, nervios que se cortan en la clave de bóveda.

Las teorías clásicas afirmaban, y afirman aún (Viollet-le-Duc, R. de Lasteyrie, C. Enlart, M. Aubert), que en esta crucería ojival reside la esencia del arte gótico: construida en primer lugar, soportaría todo el peso de la bóveda, canalizando de alguna forma su empuje hacia los cuatro ángulos de la superficie interior de la bóveda (intradós). En estos bien definidos puntos, pueden levantarse grandes pilares y contrafuertes, y en el intervalo existente entre los pilares, donde el empuje sería mínimo, podrían abrirse amplios ventanales que permitiesen iluminar ampliamente el interior del edificio. Además, la crucería ojival, armazón de la catedral, posibilitaría la construcción de bóvedas mucho más audaces que las románicas. Esta teoría, que hace depender el aspecto general del edificio y la nueva estética del arte gótico de una técnica específica, ha sido combatida, desde 1934, por P. Abraham, quien afirma que la crucería no tiene valor funcional alguno. P. Abraham destaca que:

— la sección de los nervios no es proporcional a las dimensiones y al peso de las bóvedas, cosa que debiera suceder si los nervios tuviesen que «soportar» la bóveda. En realidad, su sección es a menudo la misma para el intradós de 20 m^2 de una nave lateral que para el de 200 m^2 de un crucero;

— con el paso del tiempo se han visto aparecer pequeños espacios vacíos (*junturas*) entre las diferentes piedras de la crucería ojival. Es decir, los nervios

> no sólo no «soportan» la bóveda, sino que ni siquiera se sostienen por sus propios medios: están fijados a la bóveda.

De esta forma, el autor sólo concede importancia a la «penetración» de las bóvedas y, en consecuencia, a la bóveda de aristas, perfectamente conocida ya por los constructores de la época románica. En ese caso, la crucería ojival no es más que un elemento decorativo y como tal es considerado: «No son las técnicas las que condicionan el arte, sino el arte el que somete las técnicas».

No está en absoluto demostrado que los hombres de la época concibiesen la crucería saliente como algo distinto a un hallazgo estético particularmente feliz. La posterior multiplicación de los nervios, perfectamente inútil, no obedece más que a la evolución del gusto. Por otra parte, y a partir de los trabajos de P. du Colombier, puede afirmarse que el albañil de la época no era un «arquitecto», un geómetra capaz o deseoso de calcular fuerzas y empujes. Por el contrario, sabemos que trabajaba de forma empírica, carente incluso de planos a escala. Este empirismo explica la necesidad de modificar los proyectos iniciales, de añadir soportes y contrafuertes, de reforzar las bóvedas inseguras. Estos procedimientos difícilmente concuerdan con la idea de un hábil «racionalismo»; los artesanos de la época gótica no supieron prever catástrofes como el hundimiento del coro de Beauvais.

Características del arte gótico

Más que por sus técnicas arquitectónicas o por sus elementos decorativos, el arte gótico se define por una nueva concepción que corresponde a las peculiares circunstancias históricas en que se desarrolla la creación artística. Se trata, en efecto, de:

— un arte propio del norte, que en un primer momento sólo se impuso en el dominio real; posteriormente, desde Saint-Denis, Chartres y las catedrales de la Île de France, se extendió por las provincias del norte de Francia y sólo bastante más tarde, y muy lentamente, por las del Mediodía, donde adoptó modulaciones regionales muy distintivas. Este arte reanuda las tradiciones del románico nórdico, de las grandes iglesias monumentales en que las vastas y bien iluminadas naves estaban cubiertas por techos de madera, mucho más ligeros que las bóvedas de piedra. Las altas torres de las fachadas eran también una herencia de estas iglesias postcarolingias, y luego románicas, del norte. Muy a menudo, en Normandía, las primeras manifestaciones del gótico aparecieron al reemplazar los techos de madera, repetidamente destruidos por incendios, por bóvedas de piedra con arcos cruzados;

— un arte real, en un momento en que se consolidó el prestigio de la monarquía y se completó la unificación territorial de Francia. En cierta medida, los progresos del arte gótico fueron a remolque de los de la administración real, de modo que el arte de la Île de France acabó por imponerse al de provincias. En cualquier caso, y al menos en lo que a edificios religiosos concierne, el arte francés presentaba cierta unidad de concepción y estilo frente a la extraordinaria variedad de formas del arte románico, arte de los principados feudales.

Por otra parte, desde mediados del siglo XIII, el arte parisiense (en la Sainte-Chapelle, por ejemplo) anunció un desplazamiento hacia formas más refinadas, las de las cortes principescas.

— Un arte urbano que correspondía al gran florecimiento de las ciudades, centros de la vida económica, de la riqueza, de la actividad espiritual y artística. Fue la era de las grandes catedrales y, posteriormente, de los conventos de los dominicos o de los franciscanos. Construidas bajo la dirección del obispo y de la *fábrica* —u *obra*— controlada por laicos, grandes comerciantes es-

pecialmente, las catedrales simbolizan la buena marcha de las ciudades. Las catedrales exigían de todos un esfuerzo financiero considerable y ocupaban, en la vida social, un lugar de primer orden, algunos de cuyos aspectos han sido frecuentemente omitidos. La catedral no era sólo un lugar dedicado al culto. Tampoco se limitaba a acoger a los habitantes de la vecindad a la hora de la misa o de las diversas oraciones. Acogía, además, a las masas que acudían a escuchar los sermones o los coros, a admirar las procesiones y las danzas litúrgicas en las que se desplegaban en todo su lujo hábitos y ornamentos. La muchedumbre participaba también en las grandes fiestas solemnes, a veces burlescas, asistía a las primeras representaciones de los dramas religiosos —los *misterios*—, cuya escenificación se desplazó del interior de la catedral a la explanada exterior. Es decir, la catedral podía acoger a toda la población de la ciudad, y aún más. Como en otro tiempo lo hicieran los templos, el foro, los teatros e incluso el circo, permitía a la ciudad afirmar su influencia y prestigio sobre las tierras vecinas. Fue, en definitiva, uno de los elementos primordiales de esta civilización urbana, otra vez floreciente.

Desde esta última perspectiva, la catedral puede definirse como la manifestación de un arte burgués que traduce la mentalidad y aspiraciones de un nuevo medio social. Por excesivo que pueda parecer relacionar todas las características del arte gótico a esta clientela urbana, es innegable que la ética gótica es un exponente inequívoco de una nueva espiritualidad. A ella remiten el impulso hacia lo alto de los edificios (audaces naves, flechas, pináculos, esbeltas ventanas), la búsqueda de la luz, luz casi siempre policroma gracias a las vidrieras de color con que se cierran todos los ventanales (en Chartres, 164 vanos con una superficie total de 2600 m^2). La catedral se convierte en la imagen tangible de la Jerusalén celeste, «construida con piedras preciosas, transparente como el cristal», aquella deslumbrante y victoriosa imagen del himno final del Apocalipsis.

Las etapas del arte gótico (hasta 1300 aprox.)

A la abadía de Saint-Denis, construida por Suger pero modificada luego repetidas veces, le sucedieron, a partir de 1150 aproximadamente, las primeras catedrales góticas de la Île de France: Sens, construida entre 1140 y 1164, bajo la dirección de su arzobispo Enrique Noyon (1155), Senlis (cuyo coro se construyó entre los años 1153-1180), Laon (entre 1160 y 1220, aproximadamente), Notre Dame de París (cuyo coro fue construido entre 1163-1182) y Soissons (cuyo coro data de 1177-1207). Todas ellas pertenecen a lo que hoy llamamos, con frecuencia, *gótico primitivo*.

Más adelante, el *arte de las grandes catedrales* se vio encauzado hacia un perfeccionamiento o, en todo caso, hacia un equilibrio, gracias a la construcción de tres iglesias tipo, cuya influencia fue considerable:

— Chartres, destruida por el incendio de 1194, a excepción de la fachada oeste. La nave y el coro fueron concluidos en 1220 y la iglesia fue consagrada en 1260;

— Reims: incendiada en 1210, vio terminado su coro en 1240 y la nave hacia 1310.

— Amiens: incendiada en 1218, y cuya nave fue construida entre 1220 y 1236, no tuvo coro hasta 1269.

Esta última iglesia puede considerarse, sin duda alguna, como el cenit del arte gótico *clásico*, una obra maestra de equilibrio y armonía.

En esta misma época, o poco después, se consolidó el arte gótico *parisiense*, más ornamental, que comportaba un cierto preciosismo, por lo que ha sido frecuentemente calificado de *florido*. Esto puede verse en la capilla de la Virgen y en el refectorio de Saint-Germain-des-Prés, en las capillas laterales y en los dos últimos travesaños del crucero de Notre Dame, en la Sainte-Chape-

lle, capilla palatina y relicario de la santa espina (1245-1248). El coro de la catedral de Beauvais (incendiado en 1225), había sido construido en 1278 y, derrumbado en 1284, se procedió a su reconstrucción, que finalizó en 1324. Las iglesias de Picardía y de Champaña (Saint-Urbain de Troyes) se inspiraron directamente en estos modelos *franceses* o *parisienses*. La catedral de Brujas (1209-1270), a pesar de manifestar muy claramente la influencia de París, sin embargo pone de relieve cierto apego a formas más antiguas y a una mayor variedad de decoraciones arquitectónicas.

En resumen, esta evolución del arte gótico, desde su fase primitiva hasta su momento de máximo esplendor (gótico florido), estuvo caracterizada por:

— la reducción de la anchura del crucero a la del conjunto de las naves; la mayor profundidad del coro; la multiplicación de capillas radiales en la girola (5 en Chartres, 7 en Amiens, 13 en Le Mans);

— la progresiva elevación de las bóvedas: 32 metros en París, 37 en Chartres, 42 en Amiens, 48 en Beauvais; reforzamiento del impulso ascensional propio del gótico, mediante arbotantes separados de los muros, lo cual proporcionaba al conjunto un aspecto de ingravidez, y con frecuencia de dos plantas;

— la multiplicación de vanos y vidrieras. En Noyon y Laon, la altura interior se distribuye en cuatro niveles: grandes arcadas, tribuna, triforio y altas ventanas. Poco después son ya sólo tres y, a partir de 1250 aproximadamente, el triforio queda reducido a una estrecha galería

que apenas separa las grandes arcadas de los altos ventanales (en Beauvais, por ejemplo);

— enriquecimiento de la fachada, sobre cuyo pórtico destacan gabletes triangulares y grandes rosetones calados (de ahí la denominación de gótico florido), así como una o dos galerías de estatuas.

La ornamentación escultórica, especialmente la de las fachadas, también evolucionó:

— Por una parte, por lo que se refiere a la concepción misma de la decoración. Las primeras catedrales góticas continuaron con la tradición del románico y presentaban siempre los tímpanos de los pórticos decorados con importantes escenas religiosas esculpidas: el Juicio Final o escenas de la vida de la Virgen. Todas estas composiciones escultóricas se colocaban según un programa previo: escenas del Antiguo Testamento en la fachada lateral norte, del Nuevo Testamento en la orientada al sur y momentos de la vida de la Virgen en la fachada principal, al oeste. Sin embargo, en Reims prevaleció otra concepción decorativa. En ella, se prescindió de los tímpanos esculpidos en favor de la decoración de gabletes y jambas; a ambos lados de la puerta pueden verse las grandes estatuas alegóricas que inclinan ligeramente sus cuerpos unas hacia otras.

— Por otra parte, por lo que se refiere a la elección de temas y a su interpretación. Durante largo tiempo, las esculturas góticas dan testimonio de un cierto idealismo, de un rechazo de lo pintoresco, de las fantasías y exuberancias. Tratan de simbolizar arquetipos más que retratos: el rey, el profeta… Su intención no es conmover sino enseñar y convencer; en realidad, presentan verdaderos compendios del saber humano, acertadas lecciones sobre el dogma cristiano. Los temas profanos (calendarios, monstruos y animales) desaparecen de los medallones del basamento o de las partes elevadas (balaustradas y gárgolas). Por el contrario, entre 1260 y 1280 aproximadamente, el aspecto humano de las esculturas adquirió relevancia. Se opone a la figura de Cristo rey, la del Cristo de los dolores. La Crucifixión se esculpe en las fachadas (en Reims, en 1285). La iconografía cristiana, bajo la influencia bizantina, se enriqueció con temas nuevos, imágenes pintorescas y anecdóticas, procedentes en su mayoría de las leyendas orientales y de los evangelios apócrifos. El franciscanismo favoreció esta evolución. En esta misma época, se agudizó todavía más el culto a la Virgen, avivado ya por los cistercienses y los sermones de san Bernardo: escenas de la Anunciación y de la Visitación, vidas de santa Ana y san Joaquín, matrimonio y coronación.

LA VIDA INTELECTUAL

Las escuelas episcopales

El nuevo ideal religioso de Cluny, y más todavía el de Citeaux, que recalcaba la importancia de la oración y el trabajo manual, supuso un claro decaimiento de las escuelas monásticas, tan famosas aún en el año mil (abadía de Bec en Normandía, Fleury-sur-Loire). Es cierto que las órdenes mendicantes se interesaron por la enseñanza y la investigación intelectual, pero también es cierto que instalaron sus conventos en las ciudades y que sus esfuerzos coincidieron con frecuencia con los de los obispos y canónigos. Los dominicos encargaron a cuatro religiosos, en cada convento, la enseñanza de las artes (retórica y lógica, fundamentalmente), la filosofía y la teología a los jóvenes estudiantes de sus órdenes. A un nivel superior existían los *studia solemnia* (dos por cada provincia eclesiástica de la orden, en las que los estudios a realizar duraban tres años) y los *studia generalia* en París, Montpellier, Colonia, Bolonia, Nápoles, Oxford, Barcelona y Cahors, cuya misión era formar, además de los cuadros directivos de la orden, los cuadros jerárquicos de la Iglesia y, especialmente, a los futuros obispos (C. Douais). Las escuelas episcopales, en la mayoría de los casos estaban confiadas al capítulo de la catedral o de las grandes iglesias. En París, los estudiantes recibían sus clases en los claustros de Notre Dame, de Saint-Victor y de Sainte-Geneviève. En España, los capítulos catedralicios dirigían todas las escuelas urbanas, en particular las de Palencia y Salamanca, las de mayor renombre de toda Castilla. La escuela —el *studium* — estaba siempre bajo la autoridad de un miembro del capítulo, el maestro.

No obstante, la enseñanza no perdió su carácter oral: *lectio* del maestro, seguida de la *questio* y completada con un debate: *disputatio* o *quodlibet*. Se asiste de todas formas a una difusión mucho más amplia del libro, que deja de ser un objeto de lujo. La copia de los textos pasó a ser un trabajo realizado en serie en talleres de artesanos donde cada uno recopiaba varias veces el mismo fragmento, de extensión no superior a una sola *peda* de pergamino. La escritura se hizo más rápida, las abreviaturas más numerosas y pequeñas y el formato de los libros más manejable. En esta misma época, la Iglesia y las fundaciones de caridad multiplicaron sus donaciones y préstamos para estudiantes pobres, para los *colegios* que les acogían y nutrían, concediendo incluso los beneficios

eclesiásticos a algunos profesores y alumnos. San Luis, al igual que algunos particulares, fundó becas estudiantiles. Ello permitió ver en las clases a hijos de artesanos y campesinos.

Algunas escuelas, las más famosas y frecuentadas, impartían una enseñanza más general y recibieron del papa o del emperador, juntamente con el título de *studium generale*, el derecho a expedir licencias (es decir, reconocer el derecho a enseñar) válidas en todo el ámbito de la cristiandad (*licentia ubique docenti*).

Las escuelas municipales

En los países mediterráneos, y en particular en Italia, los mercaderes fundaron y dotaron ampliamente escuelas privadas donde se desarrolló la enseñanza de ciencias específicas que juzgaban necesarias para la formación de sus hijos: cálculo y derecho civil. No hay duda de que la escuela de Bolonia, que llegó a ser tan famosa, empezó siendo una escuela privada. También en este momento, algunas Comunas se hacen cargo de las escuelas episcopales de sus ciudades; así sucedió en Parma, Modena, Reggio y Cremona. Lo mismo puede decirse de algunas escuelas profesionales como la de Salerno, fundada en torno al año mil por un grupo de patricios y que pronto adquirió un renombre internacional; baste saber que en 1221 Federico II le otorgó el derecho de expedir licencias para enseñar medicina.

Si París destacó por su Facultad de Artes y por sus centros de estudio de teología, estas ciudades y escuelas italianas contribuyeron de forma decisiva a la difusión de las ciencias profanas en Occidente y a la salvaguarda del legado griego u oriental. Este bagaje clásico no fue solamente transmitido, como algunos todavía hoy creen, por medio de los árabes sino que debió mucho al

contacto directo entre bizantinos y hombres de negocios y eruditos italianos. Pisa sobresalió por su célebre escuela de derecho, que entonces contaba con unos 15 profesores. Burgundio de Pisa (1110-1193), que ejerció diversas magistraturas en su ciudad, había vivido cinco años en Constantinopla. Distinguido helenista y hombre de gran curiosidad intelectual, tradujo al latín gran cantidad de textos griegos de interés diverso: Los *Pandectas*, obras de medicina de Galeno e Hipócrates, las *Geopónicas* (compendio de textos antiguos sobre las técnicas agrarias compuesto por Constantino Porfirogéneta), los tratados teológicos de Juan Damasceno y los sermones (*homilías*) de Juan Crisóstomo (Y. Renouard). Pisa, junto con Bolonia, introdujo en Occidente el conocimiento directo de la cultura griega, clásica o bizantina, gracias a su carácter de ciudad marinera y de negocios. La catedral, el baptisterio y el campanile, finalizados hacia el año 1100, al igual que sus mosaicos, sus púlpitos esculpidos y las posteriores pinturas del Campo Santo, también dan testimonio de los estrechos vínculos existentes entre esa floreciente escuela pisana y Bizancio o, en general, los países de Oriente. Todo lo dicho hasta aquí subraya el papel que las ciudades comerciales jugaron en el renacimiento intelectual y artístico de esta época.

Las universidades

Surgidas espontáneamente, las universidades, centros específicamente medievales, eran asociaciones nacidas de la fusión, en una ciudad, de pequeños núcleos de estudiantes, cofradías si se prefiere, que, durante varios años, habían ido trabajando junto a un maestro. Estos grupos, apoyados por el soberano y por el papa, escaparon a la tutela del obispo o de la Comuna. La universi-

dad obtuvo entonces sus propios privilegios y estatutos como cualquier otra asociación profesional. Así, por ejemplo, en París (1200-1210), en Piacenza, Siena y Roma o en Bolonia, donde el papa apoyó repetidas veces a los estudiantes en contra de la Comuna, o en Salamanca (1254).

Los miembros de la universidad escapaban, como los *funcionarios*, a la jurisdicción ordinaria del soberano o de la ciudad. Se agruparon en *naciones* que, al principio, concentraban a los estudiantes procedentes del mismo país: en París había las *naciones* francesa, normanda, picarda e inglesa; éstas eran, ante todo, organizaciones para la defensa mutua.

La enseñanza universitaria tenía dos niveles y se impartía en *Facultades*, que generalmente eran cuatro:

— la Facultad de Artes (nivel inferior), por la que pasaban todos los estudiantes; allí se seguían los tradicionales cursos del *trivium* y el *quatrivium*. Hacia los 19 años, más o menos, los estudiantes podían obtener el bachillerato y, dos años más tarde, el grado licenciado;

— tres Facultades especializadas: Teología, Derecho y Medicina, donde se finalizaba con el título de doctor.

Las Facultades eran regidas por los *decanos*; siendo *rector* de la universidad el de la Facultad de Artes. Así como la autoridad eclesiástica local (en París, el canciller) concedía siempre la licencia, los restantes títulos dependían exclusivamente de los profesores universitarios.

Bibliografía: K. BIHLMEYER y H. TUECHLE, *op. cit.*, cap. VII. R. MORGHEN, «Problèmes sur l'origine de l'hérésie au Moyen Âge», en *Revue historique*, 1966, págs. 1-16. P. ABRAHAM, *Viollet-le-Duc et le rationalisme médiéval*, París, 1935. P. DU COLOMBIER, *Les chantiers des grandes cathédrales*, 1953. L. HAUTECOEUR, *Histoire de l'art*, t. II, 1959. J. LE GOFF, *Les intellectuels au Moyen Âge*, 1960.

Textos y documentos: V. MORTET y P. DESCHAMPS, *op. cit.*, cap. VII. E. MALE, *L'art religieux du XIIIe siècle en France. Etude sur l'iconographie du Moyen Âge et ses sources d'inspiration,* 3.ª ed., 1910. M. AUBERT, *L'art gothique à son apogée* (col. «L'art du monde»). F. SALET, *L'art gothique* (col. «Les neuf Muses»). *L'eglise au Moyen Âge* y *Naissance d'une cathédrale* (dossiers D. P. 5196 y 5211, ed. Doc. française). R. JULLIAN, *La sculpture gothique*, París, 1965. L. GILLET, *La cathédrale vivante*, 1964. E. REY, *L'art gothique du*

midi de la France, 1934. P. Deschamps, M. Thibout, *La peinture murale en France au début de l'époque gothique*, 1963.

Capítulo XII

Las Cruzadas de Oriente

Mapa VIII, frente a pág. 192.

Las Cruzadas no son más que un aspecto, aunque sin duda el más espectacular, de la expansión de Occidente y de un fuerte crecimiento demográfico cuyas consecuencias económicas hemos ya examinado. Se trató de una verdadera conquista de nuevas tierras, conquista no sólo política sino también agraria. A pesar de que esta expansión se inscribiera dentro de un amplio movimiento religioso de características muy particulares y fuera apoyada por un espontáneo impulso colectivo, esto no modifica en nada el aspecto humano del problema. La Europa occidental, que ya en la época de los carolingios era un polo de atracción para los pueblos invasores procedentes del Este y del Norte, acusó dos siglos más tarde un grave problema de superpoblación que provocó un movimiento migratorio de sus hombres en busca de nuevas tierras. Y ello hasta tal punto que los historiadores alemanes han relacionado esta colonización de Tierra Santa con la de los países de la Europa central y, en ambos casos, hablan de migraciones humanas. Este fenómeno no es aplicable sólo a los campesinos sino también a los jóvenes de la nobleza, caballeros y cadetes de familias carentes de herencias.

No obstante, restringir el origen de las Cruzadas a Tierra Santa y a España e incluso al este de Alemania a motivaciones puramente económicas, resulta una simplificación excesiva. No puede olvidarse el papel esencial que tuvo a lo largo de todo el proceso la idea de Cruzada, ni negligirse el estudio de las mentalidades colectivas que pueden explicar por sí mismas la magnitud de dichas empresas y la persistencia del entusiasmo en ciertos medios sociales.

LA CONCEPCIÓN DE LA CRUZADA

Desde los años 800, y tal vez con anterioridad a esta fecha, la resistencia y la lucha armada contra los infieles, especialmente contra los musulmanes, marcaron profundamente la vida de los cristianos de Occidente. La victoria de Carlos Martel en Poitiers fue acogida con gran entusiasmo y posiblemente lo mismo ocurrió con los primeros éxitos conseguidos por los jefes cristianos de Asturias. Las campañas de Carlomagno y, más aún, la lenta progresión de los príncipes de León, Navarra o Barcelona, y los ataques pisanos y genoveses contra las guaridas o flotas sarracenas (principales piratas del Mediterráneo), participaron también en este amplio movimiento de reconquista cristiana que finalizó con la liberación del Mediterráneo del Imperio musulmán. En Occidente, estos combates librados en nombre de la fe tomaron en seguida el cariz de una guerra santa en la que el combatiente conseguía méritos religiosos evidentes. Ya Juan VIII, papa desde 872 hasta 882, proclamó que los guerreros que perecieran en los ataques contra los sarracenos atrincherados en el centro de Italia, alcanzarían la vida eterna.

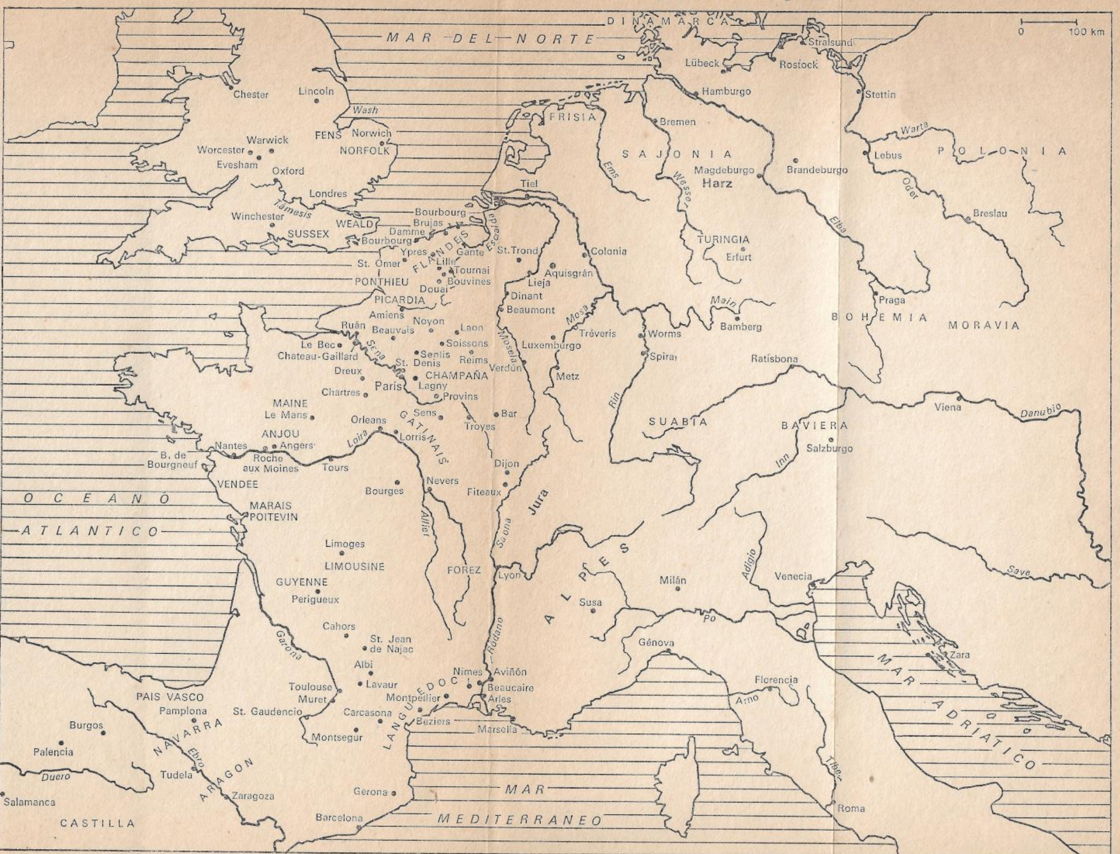
La Cruzada no solamente alentó las ambiciones políticas y las expediciones de los barones sino también un inmenso entusiasmo popular que consiguió movilizar a grandes masas de hombres. La primera gran empresa llevada a cabo en Oriente respondió a la incitación de Urbano II y reunió, en 1095, a gente humilde al frente de la cual se situó a Pedro el Ermitaño, santo varón, predicador, corrector de almas desviadas y peregrino. El nombre de *peregrino* designaba generalmente a los cruzados pertenecientes al pueblo llano y los cronistas y relatos de la época se

refieren al *santo viaje a Jerusalén*. Considerar solamente, al relatar la historia social o militar de las Cruzadas, las grandes expediciones dirigidas por los príncipes, a las que, por la necesidad de clarificación pedagógica pero no sin riesgo de error, numeramos (tercera, cuarta… Cruzada), parece absolutamente artificioso.

En Occidente, se manifestaron claramente las condiciones idóneas para suscitar ese entusiasmo popular al que antes nos referíamos y para desarrollar la idea de las Cruzadas. Las prédicas de los ermitaños llegaron muy directamente a las gentes humildes de las zonas rurales y provocaron en ellos vivos sentimientos de piedad. En este momento, el Apocalipsis ocupó un lugar considerable en la liturgia e iconografía cristianas. Por otra parte, la peregrinación se consideró como una práctica esencial, casi obligatoria, de la vida religiosa. Los peregrinos se dirigían a Roma, a Monte Gargano, a Santiago de Compostela y, cada vez en mayor medida, al Santo Sepulcro de Jerusalén. Las grandes peregrinaciones, en especial las que se dirigían a Tierra Santa, conseguían muchos más adictos que las que se organizaban a los santuarios de las diversas provincias; esta opción era favorecida por los sermones populares que se referían fundamentalmente a la Biblia, a Jesucristo y a sus discípulos.

Las tres principales peregrinaciones de Occidente fueron expediciones armadas vinculadas a la reconquista cristiana, en Italia y en España. Sin embargo, no se olvidaba el tomar todo tipo de precauciones antes de partir para Tierra Santa. En la segunda mitad del siglo, justamente antes de la invasión turca, cuando se derrumbó la autoridad de los califas en Siria y en Palestina, sólo los verdaderos ejércitos se arriesgaron entonces a marchar hacia Jerusalén. En 1065, tres obispos alemanes, Günther de Maguncia, Otón de Ratisbona y Guillermo de Utrecht, dirigieron 7000 hombres hacia la ciudad santa; esta expedición puede considerarse, desde todo punto de vista, como una Cruzada. Los cronistas bizantinos, Annio Comneno, por ejemplo, no supieron ver

en las Cruzadas más que «peregrinaciones monstruosamente deformadas» (P. Lemerle). Bajo el reinado de Esteban de Hungría (997-1038), que dotó a Jerusalén con un monasterio de hombres y otro de mujeres, se construyeron los caminos y posadas en la vía del Danubio que señalaron la futura ruta de las Cruzadas terrestres. En 1080, los mercaderes de Amalfi, los Mauri y los Pantaleoni, fundaron, cerca del Santo Sepulcro, el hospital de San Juan para acoger allí a los peregrinos pobres.


MAPA
VII
Europa (1100-1300 aprox.)
0 100 km
MAR DEL NORTE
DINAMARCA
FRISIA
SAJONIA
TURINGIA
Harz
POLONIA
BOHEMIA
MORAVIA
BAVIERA
SUABIA
ALPES
Jura
MAR ADRIATICO
MAR MEDITERRANEO
OCEANO ATLANTICO
FLANDES
PICARDIA
PONTHIEU
CHAMPAÑA
GATINAIS
FOREZ
LANGUEDOC
LIMOUSINE
GUYENNE
MARAIS POITEVIN
VENDEE
MAINE
ANJOU
NAVARRA
ARAGON
CASTILLA
PAIS VASCO
FENS
NORFOLK
WEALD
SUSSEX
Wash
Támesis
Chester
Lincoln
Norwich
Warwick
Worcester
Evesham
Oxford
Londres
Winchester
Lübeck
Hamburgo
Bremen
Rostock
Stralsund
Stettin
Lebus
Brandeburgo
Magdeburgo
Erfurt
Breslau
Praga
Bamberg
Ratisbona
Salzburgo
Viena
Danubio
Save
Elba
Oder
Warta
Wessor
Ems
Main
Rin
Inn
Mosa
Mosela
Escalda
Sena
Loira
Allier
Saona
Ródano
Garona
Ebro
Duero
Adigio
Po
Arno
Tíber
Colonia
Aquisgrán
Lieja
Dinant
Beaumont
St. Trond
Tiel
Tréveris
Luxemburgo
Metz
Worms
Spira
Verdún
Bar
Dijon
Fiteaux
Troyes
Provins
Reims
Laon
Soissons
Senlis
St. Denis
Paris
Lagny
Sens
Noyon
Beauvais
Amiens
St. Omer
Ypres
Lille
Tournai
Bouvines
Douai
Gante
Brujas
Damme
Bourbourg
Ruán
Le Bec
Chateau-Gaillard
Dreux
Chartres
Orleans
Lorris
Nevers
Bourges
Tours
Le Mans
Angers
Roche aux Moines
Nantes
B. de Bourgneuf
Limoges
Perigueux
Cahors
Albi
St. Jean de Najac
Lavaur
Toulouse
Muret
Carcasona
Montsegur
Montpellier
Beziers
Nimes
Arles
Beaucaire
Aviñón
Marsella
Lyon
Susa
Milán
Génova
Venecia
Florencia
Roma
Zara
St. Gaudencio
Pamplona
Tudela
Zaragoza
Burgos
Palencia
Salamanca
Gerona
Barcelona

La atmósfera creada por todas estas peregrinaciones favoreció la multiplicación de creencias populares referentes a la virtuosidad de las peregrinaciones a Oriente: la leyenda de la peregrinación de Carlomagno, por ejemplo. Los cronistas (Raul Glaber, Adhemar de Chabannes), describen a los viajeros que, a su regreso de Palestina, explicaban las maravillas de la ciudad y los sufrimientos de los cristianos perseguidos; hablaban también de las señales del cielo (meteoros, auroras boreales, lluvias de cenizas o de sangre, demonios serpenteantes en las iglesias o incendios súbitos) que interpretaban como el anuncio de grandes acontecimientos. Tanto la idea de Cruzada como la Cruzada popular surgieron de momentos de gran misticismo: servicio de Dios, búsqueda de la salvación personal por medio de las obras y la peregrinación a las fuentes del cristianismo, asistencia a la misa…

De hecho, la Cruzada se renovaba casi cada año, en primavera, con la llegada de los navíos de los peregrinos; éstos servían durante algún tiempo en los ejércitos del reino y aportaban, con la construcción de castillos, una ayuda indispensable. Algunos de ellos se mantenían fijos allí: se trataba de pequeños caballeros, domésticos, burgueses o campesinos, pero todos ellos permanecían armados. Así pues, el ritmo de la guerra era marcado por el de las flotas y caravanas de peregrinos. La posterior creación de órdenes religiosas, como la de los hospitalarios, se debió a la necesidad de proteger, alojar, alimentar y custodiar a esos peregrinos.

Los caballeros combatían por Cristo, su máximo señor, con la ayuda de la corte celestial: ángeles y santos, fundamentalmente san Miguel y san Jorge. En 1188, en el concilio de Maguncia, asamblea preparatoria de la Cruzada, Federico Barbarroja dejó vacante la presidencia: era el sitial reservado a Cristo. Los cantos de los cruzados, tales como el de Edelestaud de Merril, traducían perfectamente esta mentalidad de la caballería, que tenía ya una cierta historia en Francia, por la actuación de la Iglesia en aquel país: la paz de Dios, ritos de iniciación, sentimiento del honor y respeto hacia la fe recibida. En Alemania, las Cruzadas permitieron a los caballeros, guerreros servidores de Dios, distinguirse realmente del resto de *ministeriaux*, domésticos de los príncipes, ocupados en las funciones administrativas.

Además, en todo el Occidente, los cruzados, sus familias y posesiones se situaron bajo la protección de la Iglesia. Mientras el guerrero estaba ausente, el obispo y los agentes del rey velaban por sus tierras.

La Cruzada popular dirigida por Pedro el Ermitaño terminó con un dramático fracaso: las bandas de gente pobre desprovistas de los más mínimos recursos, cometieron verdaderos excesos a lo largo del recorrido, saqueando ciudades y asesinando a los judíos en las ciudades alemanas; una vez llegados a Asia, los turcos los exterminaron ya en el primer combate.

Tanto la primera Cruzada, como las diversas Cruzadas salidas del norte de Francia, de Lorena, Normandía, Languedoc y del sur de Italia, progresaron mucho más lentamente. A su llegada a Constantinopla, el emperador de Bizancio les exigió la promesa de restituir las tierras y ciudades conquistadas a los musulmanes; después de muchas negativas, aquél logró su propósito. No obstante, de hecho, los éxitos militares de los cruzados provocaron el establecimiento de cuatro Estados latinos en Oriente:

— El *principado de Antioquía*. La ciudad cayó en 1098, después de un largo asedio. Bohemundo, jefe de los normandos del sur de Italia, se negó a devolverla a los bizantinos y se proclamó príncipe de Antioquía. Este Estado se mantuvo hasta 1268, a pesar de las diversas crisis sucesorias, de que algunos de sus príncipes fueron asesinados o tenidos en cautiverio, y a pesar de los ataques de musulmanes y griegos (estos últimos, deseosos de establecer ahí su dominio).

— El *principado de Edesa*, confiado, después de la toma de la ciudad en 1098, a Balduino I de Bolonia, hermano de Godofredo de Bouillon. Balduino hizo asesinar al príncipe armenio y reinó solo. Los señores de Edesa, apoyados por la nobleza armenia —eran muchos los matrimonios mixtos; el mismo Balduino II (1100-1118) se había casado con una princesa armenia— amena-

zaron varias veces a los musulmanes de Alepo y, además, cortaron a los turcos las rutas de Antioquía y Jerusalén.

— El *reino de Jerusalén*. Conquistada en julio de 1099, después de una dura campaña y de un asedio difícil, la ciudad se transformó en la capital política y religiosa de los latinos. Godofredo de Bouillon asumió el título de «protector del Santo Sepulcro», mientras que, a su muerte, le sucedió su hermano Balduino que se proclamó rey (en 1100). Sin embargo, los cristianos no poseían más que la ruta a la ciudad santa, y la conquista de las restantes ciudades fue con frecuencia dura y larga: fueron necesarios veinte años de obstinadas luchas para cortar a los egipcios el paso por el sur (construcción de castillos fortificados alrededor de Ascalón) y para bloquear y dominar cada una de las ciudades costeras; esta última empresa fue posible gracias a las flotas italianas. San Juan de Acre no cayó hasta 1104; Sidón y Beirut, hasta 1110, y Tiro sucumbió en 1124.

— El *condado de Trípoli*, ocupado en 1109 y concedido a Raimundo de Saint-Gilles, conde de Toulouse. En 1187, después de una crisis sucesoria, este condado quedó anexionado al principado de Antioquía.

Estos cuatro Estados latinos en Tierra Santa, todos ellos caracterizados por su enorme inestabilidad y por la rápida aparición de las luchas internas, dinásticas o partidistas, estuvieron durante largo tiempo protegidos por marchas avanzadas capaces de contrarrestar los ataques enemigos:

— En el sur, contra los musulmanes, el señorío de Transjordania, poderoso ya bajo el reinado de Balduino I, y ampliado ahora desde el mar Muerto al mar Rojo (puerto de Eilath). Controlaba los caminos del Néguev, gracias a las plazas fuertes (los *kraks*) de Moab, Montreal y valle de Moisés. Esos inexpugnables castillos fueron también centros de colonización; los campesinos de sus alrededores cultivaban el trigo para alimentar a las numerosas guarniciones de hombres armados, y árboles frutales, añil, bálsamo y caña de azúcar para la exportación a lejanos países. En 1176, el señorío de Transjordania, vasallo del reino de Jerusalén, fue infeudado a Renaud de Châtillon, que dirigió audaces campañas contra los caminos y ciudades musulmanes. En 1182, consiguió hacer navegar en el mar Rojo naves construidas en Ascalón, en el Mediterráneo, y transportadas por piezas a través del desierto. La expedición, empresa de pi-

llaje de gran envergadura, llegó a Aden, atacó los convoyes de los peregrinos y amenazó incluso La Meca.

— En el norte, contra los bizantinos, el principado de la Pequeña Armenia, en Cilicia. Los príncipes armenios, apoyados en sus sólidas fortalezas, se vieron obligados primero a luchar por su propia independencia contra los normandos de Antioquía y, más adelante, pasaron a ser aliados de los latinos. Bajo la dinastía de los rupenianos se llevó a cabo, en 1143, una campaña común contra el Chipre bizantino, campaña que marcó el inicio de las pretensiones francas sobre la isla. Por otra parte, los armenios de Cilicia poseían los grandes bosques del Tauris, indispensables para la construcción de navíos.

El reino de Jerusalén, debilitado por la muerte (por lepra) del joven rey Balduino IV (en 1185), seguida casi inmediatamente por la de su hijo todavía niño Balduino V, fue ávidamente disputado por dos facciones rivales, encabezada una de ellas por Guido de Lusignan y la otra por Conrado de Montferrat. Los dos jefes estaban casados con hermanas de Balduino IV, Sibila e Isabel. Este enfrentamiento interno fue aprovechado por Saladino para un nuevo ataque en el que obligó a los latinos a replegarse; de esta forma, se modificó completamente la carta política de Tierra Santa. En la batalla de Hattin (1187) los francos fueron vencidos y perdieron Jerusalén. San Juan de Acre, caída también en manos de los sarracenos desde el inicio de la contienda, pero reconquistada por los francos después de un largo asedio, pasó a ser entonces la capital de un segundo reino de Jerusalén, reducido a las ciudades costeras.

Desde los distintos países de Occidente se mandaron dos grandes expediciones de refuerzo que no pudieron modificar la relación de fuerzas existente, y ambas fracasaron. En 1144, Luis VII tuvo que abandonar el ataque a Damasco. En 1190, Federico Barbarroja, que había logrado franquear el Taurus al mando de un poderoso ejército y había amenazado a las ciudades musulmanas de Siria, se ahogó en un torrente. En el mismo momento, la Cruzada de los dos reyes de Occidente, Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, no pudo avanzar dadas las rivalidades que

oponían a los dos príncipes. Felipe volvió rápidamente a Francia y Ricardo, aunque consiguió algunos éxitos militares aislados, como la entrada en Jerusalén, tuvo que negociar con Saladino un acuerdo respecto a las peregrinaciones a Tierra Santa (1192).

Posteriormente, la expedición de Federico II no pasó de ser una empresa diplomática; es cierto que permitió a los francos ocupar de nuevo Jerusalén en 1229, pero dicha ocupación duró muy poco tiempo: la ciudad cayó nuevamente en 1244.

Derivaciones de las Cruzadas. Cruzadas y Estados latinos en Grecia

De hecho, después de 1190, las empresas de los cruzados no estuvieron directamente encaminadas a la recuperación de las tierras perdidas en Palestina sino más bien a la conquista de nuevos imperios y a la anulación de las fuerzas contrarias a los latinos, tanto bizantinos como musulmanes.

La expedición de 1204, que concluyó con la toma de Constantinopla, se ha presentado repetidas veces como una monstruosa desviación de la Cruzada de Oriente que condujo a los francos a la conquista de una ciudad cristiana, más que a un enfrentamiento con los países del islam. Sin embargo, esta expedición resulta fácil de explicar dado el contexto político del momento; aparece como el final inevitable del grave deterioro sufrido por las relaciones entre griegos y latinos, que si bien eran ya difíciles en 1097-1098, pasaron a ser declaradamente hostiles en los años 1180, cuando Bizancio inició un proceso de reconciliación con Saladino. Los dos imperios tenían un enemigo común: los latinos, que suscitaron una sublevación en Chipre, y los turcos, que, vencedores de los griegos en Misiocefalón (1176), amenazaron a las ciudades del norte de Siria. En 1182, el pueblo

de Constantinopla exterminó a los italianos residentes en la ciudad, especialmente a los genoveses y pisanos. Poco después, el rey de Hungría, apoyando a los exiliados adversarios de Andrónico Comneno, llevó a sus ejércitos hasta Sofía mientras Guillermo II de Sicilia tomaba y saqueaba Tesalónica, en su camino hacia Constantinopla (1185). El mar Egeo quedó en manos de los corsarios latinos.

La alianza entre Bizancio y Saladino se reforzó después de la caída de Andrónico Comneno en 1185. Isaac II Ángel recibió y mandó embajadores cargados de regalos. Se opuso decididamente a la Cruzada de Federico Barbarroja; hizo prisioneros a los cristianos que querían llevarse la Cruz y también al obispo de Münster, embajador del emperador. Federico, que avanzaba por la ruta de los Balcanes, tuvo que luchar constantemente contra los ejércitos bizantinos y conquistar las ciudades una a una. Sus tropas devastaron Tesalónica y Adrianópolis. Llegado a este punto, Federico pidió a su hijo que suplicara al papa su consentimiento para la predicación de una nueva Cruzada contra los bizantinos. ¿Acaso Isaac II no había negociado un acuerdo religioso con los musulmanes: oraciones en las mezquitas de Constantinopla a cambio de respetar el rito griego en todas las iglesias de Tierra Santa?

Los saqueos de Tesalónica y Adrianópoíis por parte del ejército alemán (en 1190) anunciaban ya el de Constantinopla en 1204.

Por otra parte, la hostilidad que los griegos manifestaban, decidió a los futuros Cruzados a utilizar sólo la ruta marina. Este hecho, juntamente con la falta de dinero, les situó, en 1204, bajo la total dependencia de Venecia e hizo del dux Dándolo el verdadero jefe de la operación. Tomada Constantinopla, los latinos fundaron en Oriente dos nuevos imperios: el imperio, cruzado, de Constantinopla y el Imperio, mercantil, de Venecia extendido por las islas del mar Egeo y los mercados del Peloponeso.

La desviación de la IV Cruzada en 1204 no puede considerarse como anecdótica sino que, por el contrario, fue el anuncio de la nueva orientación con que se programarían las próximas empresas de los francos en Oriente.

A pesar de que Constantinopla fue reconquistada en 1261 por una nueva dinastía griega, la de los Paleólogos, el dominio latino se mantuvo todavía por largo tiempo en varios principados griegos. El de Acaya, dominado primero por los Villehardouin, y

más tarde por los príncipes de la casa de Anjou, asumió la experiencia y las tradiciones de los Estados fundados por los cruzados en Tierra Santa; resistió los asaltos de los griegos hasta 1430, año en que fue dominado. La etapa franca del principado de Acaya, cuya historia ha sido muchas veces desestimada, fue de gran importancia en el amplio movimiento de expansión y colonización latinas en Oriente. Igualmente podría decirse de Chipre, donde reinó la dinastía de los Lusignan, implantada allí por Ricardo Corazón de León en 1192, hasta la invasión genovesa (1377), seguida en 1489 por la ocupación veneciana.

Esta implantación latina en Grecia fue reforzada por algunas expediciones más. Un elevado número de soldados occidentales servían en los ejércitos de los soberanos de Oriente. Fueron los mercenarios francos los que, en 1258, llevaron a Miguel Paleólogo al poder. Otros estuvieron al servicio de los turcos de Konya en su resistencia contra los griegos de Nicea, los sirios y los mongoles. Por último, había genoveses en las fuerzas de los mongoles cuando se produjo el ataque de Bagdad y también para combatir la piratería en el mar Negro. Las tropas de guerreros mercenarios se hacían pagar muy cara su fidelidad para cualquier tipo de misión. Algunos de ellos traicionaron y utilizaron los terrenos conquistados para ampliar sus propios feudos. Este fue el caso de la famosa «Compañía catalana» de Roger de Flor que, llamada por el emperador bizantino, se sublevó contra él y se apoderó del ducado de Atenas en 1311, conservándolo hasta 1385. Este Estado, dirigido por una compañía de guerreros —los *almogávares*— es un ejemplo manifiesto, sin duda el más asombroso y espectacular, de las desviaciones sufridas por las Cruzadas. Ejemplo que subraya perfectamente la fuerza expansiva de los pueblos de Occidente, viva todavía a fines de la Edad Media.

Desde antiguo se imponía la idea de destruir al islam en sus fortalezas, capitales políticas y militares. Genoveses y pisanos llevaron a cabo varias incursiones contra los puertos del Maghreb, saqueados o tomados: Túnez (1140), Trípoli (1145), Bona (1147) y Mahdya (1154). Coincidiendo con ellas, Luis VII pensaba atacar Damasco y, posteriormente, Renaud de Châtillon lanzó una expedición contra La Meca.

De hecho, la primera Cruzada de San Luis (1248-1254), tanto por la intención que movía al rey como por los objetivos políticos que pretendía alcanzar, se inscribió todavía en la tradición de las primeras Cruzadas. Esta vez, el ataque se dirigió contra Egipto (se conquistó Damieta). Después de la derrota de Mansura, el rey se dirigió a Tierra Santa donde residió cerca de cuatro años, ocupándose de la fortificación del país y, de una forma especial, de la pacificación de las facciones rivales. Se trataba de mantener la dominación franca en las costas de Palestina y de favorecer las peregrinaciones a Jerusalén.

Por el contrario, la segunda Cruzada de San Luis, orientada contra Túnez (1270), parece que respondió a la ambición política de Carlos de Anjou. Para éste, hermano del rey, esta Cruzada se insertaba en un ambicioso programa de conquista de un vasto imperio mediterráneo, que debía forjarse a expensas de los alemanes, los musulmanes de Túnez, los aragoneses y los bizantinos. Conde de Provenza, de Foulcalquier, de Anjou y de Maine desde 1246 y rey de Sicilia desde 1266, Carlos se había beneficiado ya del apoyo de una Cruzada, predicada por el papa, para arrancar el reino de Nápoles a sus rivales, los príncipes alemanes Manfredo y Conradino. Se inmiscuyó también en el principado de Acaya. Después del fracaso de la expedición de Túnez y de la muerte de san Luis, atacó a los griegos, se apoderó de Durazzo

(1272) y tomó el título de rey de Albania. Llegó incluso a autocoronarse rey de Jerusalén por la compra de los derechos de María de Poitiers y ordenó la ocupación de San Juan de Acre. Cuando se produjo la sublevación de las *Vísperas Sicilianas* (1282) pretendía mandar una expedición contra Constantinopla directamente, porque aquélla le había privado de una base estratégica esencial. Asi pues, la Cruzada francesa de 1270 no fue más que otro episodio de esta política de conquista, ajena al espíritu de los primeros cruzados.

LA COLONIZACIÓN EN TIERRA SANTA

La colonización militar

La sociedad de Tierra Santa fue, como la de Inglaterra bajo Guillermo el Conquistador o la de Sicilia bajo Roger, una sociedad de importación, instalada por el príncipe en una tierra extranjera, hostil durante largo tiempo. Pero en este caso, el alejamiento de la Europa occidental, el escaso número de caballeros francos y el continuo estado conflictivo, por lo menos durante los primeros años, entre las nuevas poblaciones y los musulmanes, impusieron rasgos muy peculiares a las estructuras sociales guerreras. La primera Cruzada había dejado sólo un «ligero sedimento de población»: 300 caballeros y 1200 militares en el año 1100. Estos hombres, vasallos, la mayoría de las veces, de la casa de Bouillon, eran gente humilde; preferían adoptar un sobrenombre sirio antes que conservar su propio nombre, de origen desconocido. De esta forma, el rey les incluyó en su servicio do-

méstico y, aunque no les confió tierras, les proporcionó algunos ingresos en forma de feudos arancelarios: derechos de peaje o de aduanas, por ejemplo. El elevado número de caídos en las batallas y el deseo de limitar la libertad de acción de los vasallos retrasaron mucho la formación de señoríos. A pesar de todo, la historia de las primeras dinastías señoriales permanece muy obscura. Todas las disposiciones de las *Assises* (leyes) de Jerusalén subrayaron el carácter «colonial» de esa «feudalidad» y la necesidad de contrarrestar la falta de hombres; favorecían la línea sucesoria femenina y el establecimiento en la zona de los hijos cadetes; dificultaban la acumulación de feudos y, con ello, la oposición de los barones.

A partir de los reinados de Foulqué (1131-1143) y, sobre todo, de Balduino III (1143-1163), la situación se invirtió y los nobles, que habían empezado ya a consolidar su posición, crearon grandes señoríos, haciendo peligrar de esta manera la autoridad real. Aparecieron nuevos feudos: Ibelin (1141), Blanchegarde (1166)… Las familias oriundas, más estables y numerosas, capaces de concentrar varios feudos, manifestaron un profundo espíritu de casta (privilegios honoríficos, atributos, derechos de asentamiento), un sentimiento de hostilidad frente a los occidentales recién llegados y un claro sentido de independencia. Fue el inicio de las grandes sublevaciones feudales dirigidas por Hugo de Puiset, conde de Jaffa, y por Roman de Puy, señor de Transjordania, hacia 1130; en 1151, estalló una verdadera guerra civil, provocada por la rivalidad existente entre la reina Melisenda y su hijo Balduino III. Los grandes linajes se opusieron al derecho que el rey tenía de velar por los feudos en manos de viudas y decidieron que éstas debían volver a casarse. Los barones excluyeron como candidatos a estas bodas a los pequeños caballeros que, a excepción de su graduación, no poseían tierras sino solamente feudos arancelarios. El rasgo más distintivo y original de esta so-

ciedad de Tierra Santa fue el mantenimiento de un numeroso contingente de caballeros carentes de feudos territoriales.

El poder de los barones se acrecentaba continuamente a pesar de los esfuerzos del rey por apoyarse directamente en los pequeños caballeros (*Assise* llamada *ligia*, por exigir el homenaje ligio). El poder real, ya debilitado en tiempo del joven rey Balduino IV (1175-1185), se hundió después de su muerte y la de su hijo Balduino V, acaecida el mismo año. Esta quiebra final se explica, sin lugar a dudas, por las crisis sucesorias, los fracasos militares y, de forma muy especial, por la debilidad interna del dominio real, característica ésta que arrastraba ya desde antiguo. La tierra no pertenecía al rey, luego no pudo establecer en ella a sus vasallos de la forma que mejor le conviniera.

Las órdenes militares

Estas también respondieron a necesidades de defensa. De todas formas, no se trató de una creación totalmente original. En todos los países musulmanes, los combatientes de la fe permanecían encerrados en los conventos fortificados —los *ribat*—, desde donde defendían las fronteras y combatían a los infieles. Sabemos también que, por lo menos en Francia, y posiblemente en todo el Occidente cristiano, la caballería ya formaba una orden, sometida a un código particular y a una reglamentación religiosa y moral específica.

Desde los inicios de la conquista, las órdenes religiosas se pusieron al servicio de los peregrinos, procurándoles alojamiento y seguridad. En 1118, un caballero de Champaña, Hugo de Payens, organizó un cuerpo militar para proteger las rutas y los acantonamientos; este cuerpo dio lugar, poco más tarde, a la orden de los *templarios*, nombre que procede de la fortaleza situada en el antiguo emplazamiento del Templo de Salomón, en Jerusalén. Por otra parte, los *hospitalarios* se instalaron en el antiguo hospital de San Juan de Jerusalén, donde alimentaban a los peregrinos pobres. Los templarios construyeron en la costa, al sur de

Haifa, un amplio recinto fortificado para acoger a los viajeros, que se llamó Château-Pélerin (Athlet). Sus primeras operaciones financieras estuvieron también ligadas a los viajes a Tierra Santa; en París, como en otras ciudades de Occidente, concedían a los peregrinos unos bonos, especie de letras de cambio, pagaderos en Jerusalén; con el tiempo llegaron a concederles préstamos hipotecarios.

Los estatutos de los templarios, inspirados por san Bernardo, fueron presentados al concilio de Roma de 1128 y aprobados por Inocencio II en 1139; se les concedieron, además, varios privilegios tales como la exención episcopal. En 1120, los hospitalarios redactaron su propia regla, inspirada en la de san Agustín.

Muy pronto aumentó el número de hermanos caballeros, empezaron a afluir las donaciones y las órdenes se consagraron decididamente a la defensa de Tierra Santa. Cada una de ellas consistía en un grupo compacto de 200 a 300 caballeros, que poseían tres caballos y armas suficientes (lanza, escudo triangular y gran cantidad de armas accesorias), estaban servidos por un escudero y perfectamente preparados físicamente; recibían, además, la colaboración de mercenarios musulmanes. El rey y los príncipes les confiaban la salvaguarda de los principales castillos, Gibelin, a los hospitalarios, y Gaza, a los templarios. Entre los años 1180 y 1200, el norte del condado de Trípoli escapó a la jurisdicción condal; los templarios mantenían allí alrededor de 20 fortalezas, de entre las cuales Saphet concentraba a 1700 soldados. En el principado de Antioquía, los hospitalarios poseían un convento en cada ciudad e infinidad de feudos con castillos, abadías, pueblos y tierras: el feudo de Marquab en la costa, las tierras de la orilla derecha del Oronte y los feudos de Cilicia cedidos por los reyes de Armenia.

Sus éxitos y su prestigio les valieron, tanto en Oriente como en Occidente, fortunas considerables. Llegaron a reunir grandes feudos y territorios inmensos que distribuyeron en encomiendas; en Europa, los templarios poseían varios millares de castillos. Así como en Tierra Santa su poder sobrepasaba al de los barones y su autoridad a la del patriarca de Jerusalén; en Occidente, el Temple y el Hospital mantuvieron viva por mucho tiempo la idea de Cruzada y de orden caballeresca que velaba por la seguridad de los caminos.

Este proceso se inició en las ciudades donde se instalaron los italianos. A lo largo de la ocupación franca, las circunstancias y características de esta implantación en Tierra Santa evolucionaron mucho. Es difícil afirmar que los mercaderes italianos, deseosos de obtener mayores beneficios y privilegios en Oriente, originaran la primera Cruzada: ellos gozaban ya de una situación privilegiada en Constantinopla y en las ciudades musulmanas. De otra parte, sus navíos no sirvieron para el transporte de los cruzados. Sin embargo, supieron inmediatamente cómo sacar partido de sus aportaciones después de la conquista. Desde el asedio de Antioquía, los carpinteros genoveses construían máquinas de asedio; lo mismo hicieron más adelante junto a Jerusalén y las ciudades fortificadas de la costa. Muy pronto se hicieron indispensables por la protección que su flota garantizaba, por su conocimiento de Oriente y del islam, por su experiencia en el transporte de víveres y en el tráfico de la plata. De este modo consiguieron todo tipo de privilegios, territoriales y fiscales. No obstante, estos privilegios, otorgados por reyes y príncipes, fueron limitados e incluso, algunas veces, sufrieron una revisión posterior; además, no siempre se referían a las ciudades italianas sino más bien a su iglesia o incluso a una de sus familias señoriales. Los Embriaci de Génova, señores de Giblet, fundaron un verdadero señorío hereditario que abarcaba, además, los barrios genoveses de Laodicea y Antioquía. Estos nobles manifestaban un profundo espíritu de independencia frente a su Comuna italiana.

En el momento del segundo reino de Jerusalén, o mejor dicho de San Juan de Acre, las condiciones eran muy distintas. Las Comunas italianas imponían su ley y, prácticamente, no encontraron resistencia alguna. A través de ellas se canalizaban todas las

relaciones militares, mercantiles y financieras entre el Oriente latino y Occidente. No obstante, exigían un derecho de jurisdicción absoluto sobre los negocios que administraban directamente por medio de oficiales procedentes de Italia (*cónsules* o *bailes*). Esta segunda fase de implantación provocó también la formación de verdaderos imperios coloniales sometidos a las ciudades mercantiles, en Tierra Santa, Pequeña Armenia, Chipre y en la totalidad del mundo griego.

En efecto, los italianos de Oriente, además de los privilegios políticos (derecho a autoadministrarse), jurídicos (tribunales especiales) y económicos (exenciones de peajes y derechos de aduana, control de pesas y medidas, libertad de tráfico de plata), poseían sólidas bases territoriales en Antioquía, Tiro y San Juan de Acre fundamentalmente.

El mercado podía ser una simple plaza o calle (*platea*). Sin embargo, normalmente, se trataba de un barrio, de edificios agrupados y compactos, rodeado de murallas o cadenas y protegido de los posibles ataques exteriores. En su interior se construía la iglesia, el palacio comunal, centro administrativo y judicial, la *loggia* donde los mercaderes hablaban de sus asuntos, y la torre con sus campanas y su puesto de guardia. Había también uno o varios almacenes o caravaneras: amplios conjuntos de edificios ordenados en torno a un patio y un pozo cuyas plantas bajas estaban destinadas a los establos y al almacenaje de mercancías en salas abovedadas, y los pisos se reservaban para el alojamiento de los hombres. Muy cerca, un conjunto de callejuelas o de patios interiores resguardaban los pequeños comercios, cada uno en tura zona distinta. Se trataba del *fondouk*, la *fonda* en San Juan de Acre, donde se reunían todos los habitantes de la ciudad. La lonja italiana dominaba, de hecho, toda la vida económica de la ciudad: grandes y pequeños negocios, tráfico de caravanas y navíos, cambio de moneda o artesanado de lujo.

La colonización agraria se impuso de forma más lenta. Durante mucho tiempo, los latinos temieron alejarse demasiado de las ciudades o de sus puntos de apoyo. La explotación de la tierra se hacia, casi exclusivamente, al amparo de los castillos o de los conventos fortificados. En Tierra Santa, los castillos no siempre eran construcciones esencialmente militares destinadas a proteger una frontera; la mayoría de las veces eran centros de colonización rural que aseguraban la protección de los campesinos. To-

das las narraciones de los cronistas (cristianos o musulmanes) coinciden en este punto: poco después de la construcción de un castillo, se multiplicaban las ciudades y se ampliaban los campos de los alrededores. Así sucedió en el sur, por citar un ejemplo, cerca de los castillos construidos para cercar Ascalón. Ya en 1181, Ibelin contaba con una *Cour des bourgeois*; las proximidades de Gazay Darum fueron ocupadas por campesinos, comerciantes y artesanos que fundaron un *suburbium* y construyeron una iglesia junto a la fortaleza. Cuando explica el establecimiento de los francos en Blanche-Garde, Guillermo de Tiro, refiriéndose a esta región, dice que «los cultivadores empezaron a dirigirse hacia los castillos porque se sentían seguros en ellos; llevaron consigo animales y arados… Algunos de ellos construyeron prósperas ciudades de las que los castellanos obtuvieron cuantiosas rentas».

Los que dirigieron esta colonización fueron los señores laicos, las órdenes militares (que, en esta misma época, fundaron también gran número de ciudades nuevas, producto de las roturaciones llevadas a cabo en Occidente, como las *sauvetés* del suroeste de Francia), los obispos (fue el caso de Roberto, desde Ruán hasta Ramleh) y los monasterios. Los agustinianos del Santo Sepulcro de Jerusalén fundaron también varias ciudades entre la Ciudad Santa y Jericó, donde, según el peregrino griego Focas (que por su nacionalidad no debió mostrarse muy benevolente), «la tierra se ha cubierto de bosque y por todas partes aparecen viñedos» (1185). La ciudad de Bira, que en 1156 contaba 90 familias, pudo acoger a otras 50. Los campos se vigilaban desde torres y un *dispensator* dirigía los trabajos; el régimen de explotación recuerda bastante al de la aparcería occidental.

Mezclados con los campesinos establecidos en torno a los castillos o monasterios, había también familias indígenas, cristianos de rito griego o musulmán y un elevado número de latinos. En Bira se concentraron gentes procedentes de Provenza, Lombardía, Venecia y Barletta; en Beït-Jibrin, ciudad de los hospitala-

rios, había catalanes, lombardos, gascones, borgoñones, flamencos y gentes procedentes del Poitou. Por otra parte, el asentamiento franco transformó por completo el paisaje de Tierra Santa, implantando de nuevo una economía sedentaria y agraria en tierras que la pasada dominación árabe había destinado a pastoreo y al nomadismo. Cerca del castillo del valle de Moisés, a poca distancia del mar del Norte, zona que hoy en día permanece desértica, el río hacía girar los molinos y regaba campos y huertas: «Los alrededores estaban cubiertos de árboles frutales, higueras y olivos y todo tipo de árboles cuidados con tal esmero que daban la impresión de un inmenso bosque» (Guillermo de Tiro). Es decir, la necesidad de aprovisionar a las ciudades y al gran comercio internacional explican el florecimiento espectacular de los viñedos (especialmente en la región de Jerusalén) y de las plantaciones de caña de azúcar, ampliamente desarrollada por los venecianos en los alrededores de Tiro.

Problemas religiosos

Uno de los propósitos de Occidente y del papa era el de recuperar para la Iglesia romana a todos los cristianos de Oriente. ¿En qué medida contribuyeron las Cruzadas a este esfuerzo de asimilación?

Lo que parece es que contribuyeron a distanciar todavía más Roma de la Iglesia oficial de Constantinopla. La designación de un patriarca latino para Jerusalén (decisión tomada en el concilio de Letrán en 1215), y de obispos latinos para cada diócesis, encontró lógicamente la oposición de los bizantinos que decidieron ejercer, de derecho, una especie de protectorado religioso sobre los santuarios cristianos de Palestina. Muchas veces fueron las divergencias religiosas las que motivaron el antagonismo entre griegos y latinos.

No obstante, respecto a los restantes ritos orientales, los latinos demostraron ser más hábiles y tolerantes que los griegos de Constantinopla. Consiguieron así las simpatías de los *maronitas* del Líbano que pronto se reconciliaron con el papa. La amistad

entre Aimery, patriarca latino de Antioquía, y el patriarca *jacobita*, Miquel el Sirio, hizo posible un acuerdo sobre restituciones de iglesias. Por otra parte, a pesar de la oposición del pueblo y el bajo clero, muy ligados a sus particularismos, los patriarcas *armenios*, y en especial Nersio el Grande, prepararon la incorporación de su Iglesia a Roma, hecho que se confirmó en 1198. Más adelante, los papas se esforzaron en aproximarse a los cristianos de Oriente, aunque no a los musulmanes, por medio de las misiones confiadas a los dominicos. En 1263, el papa Urbano IV designó como primer misionero de Oriente a Guillermo de Fraxineto, monje dominico inglés; el patriarca de Antioquía tuvo que asignarle un obispado «en Arabia, Mesopotamia o Armenia». Posteriormente, varios obispos no residentes, *in partibus*, dirigieron a los misioneros.

Bibliografía: P. ALPHANDÉRY y A. DUPRONT, *La Chrétienté et l'idée de Croisade* (col. «Evolution de l'Humanité»), 2 vols., 1954-1959. R. GROUSSET, *L'Empire de Levant*, 1949. J. RICHARD, *Le Royaume latin de Jérusalem*, 1953. Cl. CAHEN, *La Syrie du Nord à l'époque des Croisades et la principauté franque d'Antioche*, 1940. J. PRAWER, *Histoire du royaume latin de Jérusalem*, t. I (col. «Le monde byzantin», 1969). J. PRAWER, «Colonisations activities in the latin kingdom of Jerusalem», en *Revue belge de Philologie et d'Histoire*, 1951.

Textos y documentos: *Histoire anonyme de la première Croisade*, ed. L. Brehier (col. «Les Classiques français du Moyen Âge»), 1924. *La Conquête de Constantinople de Villehardouin*, ed. E. Farral (en la misma colección), 2 vols., 1938-1939. *Terre Sainte romane* (col. «Zodiaque»).

Capítulo XIII

La reconquista cristiana en España

Mapa IX, frente a pág. 208.

La reconquista cristiana empezó en España más de trescientos años antes que las grandes Cruzadas de Oriente y no se completó hasta 1492. Las necesidades de la guerra y, más aún, las de la repoblación de las tierras conquistadas, así como la intervención de los extranjeros (franceses y africanos), marcaron profundamente las estructuras políticas, sociales e incluso económicas de los reinos ibéricos.

LAS ETAPAS POLÍTICAS Y MILITARES DE LA RECONQUISTA

De hecho, esta reconquista aparece como una doble empresa. Por una parte, los príncipes del oeste (Asturias y León, primero, y Castilla y Portugal, después) dirigieron a sus ejércitos y flotas hasta el estrecho de Gibraltar y los ríos de la vertiente atlántica de Marruecos. Por otra parte, con posterioridad, los príncipes del este (Barcelona y Aragón), después de una difícil campaña por la posesión de Valencia, fundaron un gran imperio marítimo, que controlaba los principales enclaves del mar Tirreno, y se plantearon ambiciosos objetivos en Oriente.

El oeste: Asturias, León, Castilla. Inmediatamente después de la invasión musulmana, hubo cristianos que se refugiaron en el seno de las primitivas poblaciones del noroeste, donde formaron comunidades diferenciadas cuyo agrupamiento daría lugar, más adelante, a pequeños principados, y aun reinos. De este modo, muy pronto los *reyes* de Asturias empezaron a hostigar a los musulmanes, lanzando audaces incursiones contra sus ciudades, y, alrededor de 718, Pelayo, primer héroe legendario de la Reconquista, obtuvo una brillante victoria en Covadonga. Uno de sus sucesores, Alfonso I, cuyo reinado transcurrió entre 741 y 754, multiplicó los ataques hacia el sur. Paralelamente, incorporó toda la región cantábrica y Galicia a su reino, estableciendo su corte en Oviedo, que quedó así transformada en la primera capital política de los nuevos Estados cristianos de Iberia. Posteriormente, estos progresos estuvieron largo tiempo amenazados por las crisis dinásticas y por la imposibilidad de repoblar las llanuras.

Sin embargo, desde comienzos del siglo IX se extendió la fama del sepulcro de Santiago, descubierto en Compostela (*Campo de la Estrella*), un desierto rincón de Galicia. Según los cristianos de España, Santiago era hermano de Jesucristo. Modesto santuario, al principio, con una sencilla iglesia y su baptisterio, Compostela atrajo pronto a peregrinos de todo el Occidente cristiano; se convirtió, con ello, en un bullicioso burgo habitado por mercaderes y artesanos, hacia el que convergían los caminos que, desde Francia, conducían a Galicia a través de los Pirineos. Este peregrinaje, como el de Jesucristo en Palestina, hizo de España una tierra santa, dándole a la Reconquista el carácter de Cruzada en base al cual participaron extranjeros en ella. Contribuyó igualmente a que numerosos colonos franceses se establecieran en los pueblos y campos de Navarra.

El avance cristiano cobró un nuevo impulso bajo el reinado de Alfonso III el Grande, quien hizo construir imponentes plazas fuertes (Zamora, Simancas, Toro) e instaló *condes* en las nuevas provincias. Nacía, así, un nuevo territorio cristiano: Castilla. Simple marca oriental, al principio, del reino de León, se apoyaba sobre una serie de fortalezas (*castillos*) que dominaban el curso del Ebro. Los primeros condes residían en una sencilla aldea, Amaya, y sólo más tarde, después de la construcción de nuevos castillos, más hacia el sur, se instalaron en Burgos. Desde allí, Fernán González (923-970), hijo del conde de Burgos y héroe de la poesía popular castellana, fundó el gran condado de Castilla, que se extendía hasta el Duero.

Después de una segunda etapa, muy prolongada, de guerras dinásticas y retrocesos causados por las grandes incursiones del general musulmán Almanzor (destrucción de Santiago de Compostela, en 997), la reconquista fue reemprendida bajo la dirección, precisamente, de estos hombres de Castilla. Sancho García intervino en las querellas que oponían a los príncipes musulmanes, llegando con sus ejércitos hasta las murallas de Córdoba. Ocupó y fortificó la Meseta hasta la Sierra de Guadarrama, es decir, toda la actual Castilla la Vieja. También en la misma época se afirmó la fortuna política del reino de Navarra. Situado en tomo a Pamplona, este pequeño principado montañés llegó a constituir, bajo el reinado de Sancho el Mayor (quien se autotitulaba «rey de las España», 1000-1035), un vasto Estado que comprendía, además de la región navarra, Aragón y algunas comarcas del alto Pirineo, imponiendo, asimismo, su soberanía sobre los condes de Gascuña y Barcelona.

En lo sucesivo, sólo la unión de los grandes principados del oeste posibilitó mayores empresas. Fernando I, segundo hijo de Sancho el Mayor, fruto de su matrimonio con la hija de Sancho García de Castilla, reunió Castilla y León en un mismo reino (1032), lo que le permitiría recibir, en 1063, el homenaje del rey musulmán de Toledo y recuperar el cuerpo de san Isidoro, para el que hizo construir la gran basílica de León.

La reconquista pirenaica. Más hacia el este, el proceso de unificación política se desarrolló con menor rapidez. La invasión musulmana dejó tras ella numerosas comarcas montañosas aisladas y más o menos sometidas al califato de Córdoba, del que eran tributarias: Aragón, Sobrarbe, Pallars, Urgel, Gerona, Barcelona.

Después de la infortunada expedición de 778 (Roncesvalles), Carlomagno y sus condes se esforzaron en ocupar sistemáticamente Cataluña: Gerona fue recuperada en 785, Urgel en 792. Todas las tierras reconquistadas se agruparon en la *Marca Hispánica*, que se consolidó con la ocupación de Barcelona en 801 y se extendió hasta Tarragona en 809, llegando a constituir, bajo Ludovico Pío, un vasto dominio militar del que también formaba parte Septimania.

No obstante, esta primera tentativa de unificación quebró al debilitarse el poder carolingio. Los diversos condes se independizaron, oponiéndose entre sí en interminables conflictos. Cierto es que los condes de Barcelona (Berenguer Ramón I, 1018-1033) adquirieron una posición hegemónica, pero no emprendieron ninguna acción de envergadura contra los musulmanes.

Las grandes conquistas (1060-1280 aprox.)

Las primeras cruzadas cristianas en España. La primera fue predicada en 1063 por el papa Alejandro II para rechazar a los musulmanes que amenazaban los valles de los Pirineos centrales: con ella se anunciaban las próximas expediciones a Oriente. Acudieron a la misma italianos dirigidos por Guillermo de Montreuil, gonfalonero del papa, bandas de aventureros normandos (la de Roberto Crespin, por ejemplo), y, especialmente, numerosos caballeros franceses bajo el mando de Guillermo de Poitiers. En 1064, y después de un sitio de cuatro meses, liberaron la ciudadela de Barbastro, en la que obtuvieron un gran botín; al año siguiente, sin embargo, los musulmanes recuperaron la ciudad. En 1087, una segunda Cruzada, dirigida por Ramón de Saint-Gi-

lles, conde de Toulouse, y Eudes I, duque de Borgoña, terminó igualmente con un fracaso parcial. Con todo, la expedición tuvo de positivo el abrir el camino para futuras intervenciones de contingentes borgoñones.

Alfonso VI y el Cid. A la muerte de Fernando I de Castilla (1065), sus sucesores se enzarzaron en una encarnizada guerra civil de la que resultaría vencedor Alfonso VI: en 1077, eliminados todos sus adversarios, tomó el título de *emperador de toda España*. Durante su reinado, los caballeros cristianos hostigaron sin tregua las tierras de los musulmanes, debilitados por la anarquía política subsiguiente al desmoronamiento del califato. Sin embargo, incapaces de colonizar y aun de conquistar nuevas provincias, estos caballeros se limitaban a imponer su protección y una especie de vasallaje a los *reyes de taifas*, a cambio de un tributo anual. Se trata del sistema de *parias*: cada príncipe musulmán vivía bajo la protección de un jefe cristiano que acudía en ayuda suya en caso de peligro. Ello provocaba frecuentes situaciones harto contradictorias en las que caballeros cristianos tenían que luchar entre sí, en tanto que protectores de príncipes musulmanes enemigos. Durante esta época, los nobles de Castilla se enriquecieron, multiplicando las expediciones hacia el sur. En 1085, llamado por su protegido musulmán, Alfonso VI se apoderó de Toledo, importante avance que fue consolidado pese al freno a la expansión impuesto por la llegada de los almorávides de África.

Las célebres hazañas del Cid se inscriben en este contexto político y social. Nacido en Burgos en 1043, Rodrigo Díaz constituye un ejemplo perfecto de estos caballeros castellanos de la Reconquista. Su fama arranca del duelo judicial que, en representación de su rey, sostuvo contra el campeón del rey de Navarra. Su victoria le valió, desde entonces, el sobrenombre de *el Campeador*. En reconocimiento a sus servicios, Alfonso VI le dio por esposa a Jimena, joven asturiana perteneciente a la familia real, y, más adelante, en 1079, le encomendó recaudar los tributos (las *parias*) del rey musulmán de Granada. Ello daría lugar a una querella entre Rodrigo y los caballeros castellanos que le acompañaban, quedándose finalmente él con el dinero. Desde entonces, desterrado, se dedicó a combatir por su cuenta, a menudo incluso contra su rey. Establecido en tierra musulmana, para «ganarse el pan», en diversas ocasiones defendió su *paria* contra los ejércitos del soberano o del conde de Barcelona. Tal ocurrió en Zaragoza y luego, en 1092, en Valencia, donde se enfrentó a una poderosa coalición integrada por los ejércitos de Alfonso VI, del

rey de Aragón, del conde de Barcelona y por las escuadras de Génova y Venecia. Vencedor de la contienda, se instaló en la ciudad en 1094, infligiendo a continuación una grave derrota a un potente ejército almorávide llegado de África. Con ello se afirmaba como único señor del reino. Rey de Valencia, Rodrigo dio muestra, por último, de un auténtico talento como organizador y, en 1097, destruyó un segundo ejército africano, de nuevo junto a las murallas de la ciudad. Muerto dos años más tarde, Valencia pasó a manos de Alfonso VI, quien se vio obligado a abandonarla en 1102. Con la muerte del Cid se vinieron abajo los proyectos castellanos de dirigir la reconquista hacia el Mediterráneo. En efecto, Valencia sería recuperada más tarde por los hombres del rey de Aragón.

Las Navas de Tolosa. Bajo el reinado de Alfonso VII (1126-1157), los castellanos lanzaron de nuevo, cada año, profundas incursiones más allá de Sierra Morena. Fruto de ellas fue la caída de Almería, en 1147. La brutal intervención de los almohades de África frenó durante algún tiempo el impulso cristiano, pero con Alfonso VIII (1158-1214) se reemprendieron las campañas. Durante su reinado fue, fundada la orden militar de Calatrava, plaza fuerte situada al sur de Toledo, y reconquistada Cuenca (1177).

En 1195, a raíz de la derrota de Alarcos y de la pérdida de Calatrava, se convocó una nueva Cruzada, que fue predicada y preparada por la Iglesia durante seis años en Italia, en Provenza y, especialmente, en Francia. Asimismo, el rey de Castilla se alió a los de Navarra, Aragón, León y Portugal. Las tropas del norte, reclutadas por los obispos de Narbona, Burdeos y Nantes, se unieron a las de España en Toledo, al tiempo que el sultán almohade enviaba, desde África, un colosal ejército. La casi totalidad de los franceses se retiraron después de reconquistar Calatra-

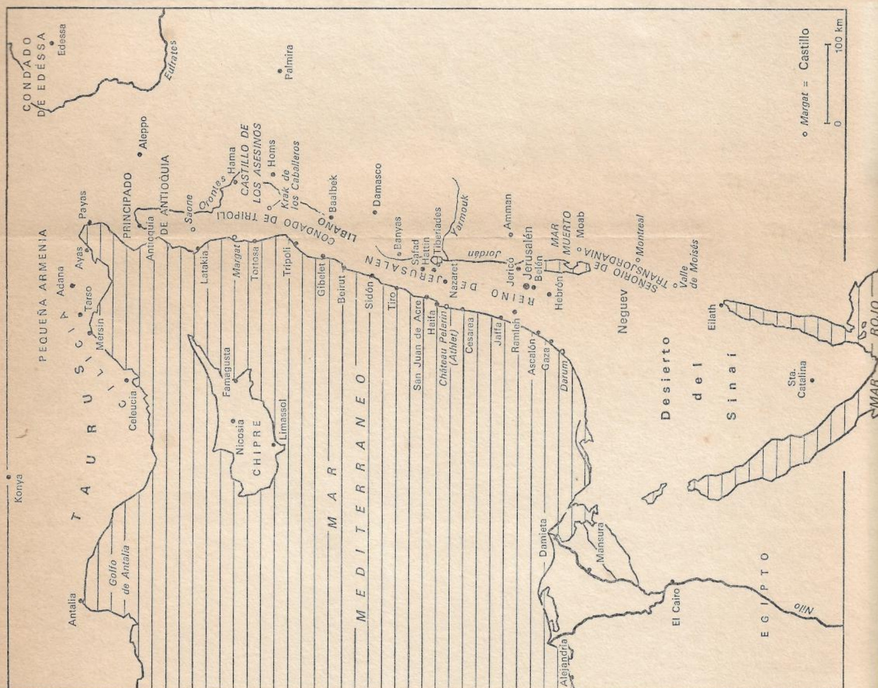
va, de modo que fueron sólo españoles quienes el 16 de julio de 1212 obtuvieron una decisiva victoria sobre los musulmanes en Las Navas de Tolosa: se habló entonces de 60 000 moros muertos o hechos prisioneros. En España y en Occidente entero, la victoria de las Navas fue sentida como un auténtico triunfo de la cristiandad sobre el islam.

Los sucesores de Alfonso VIII no titubearon en explotar su victoria. Fernando III, que unificó definitivamente Castilla y León, tomó Córdoba (1236), convirtiéndola en una sólida base de operaciones, y posteriormente ocupó Jaén y Sevilla (1246), mientras que su hijo se apoderaba de Murcia. Los navíos vascos pasaron a dominar el estrecho de Gibraltar, impidiendo desde entonces la llegada de auxilios desde África para los musulmanes de España. Luego, los castellanos, sobre todo con Alfonso X el Sabio (1252-1284), se dedicaron a fortificar sus posiciones, así como a ocupar y cultivar las nuevas tierras del sur. En este proceso chocaron a menudo con los demás príncipes cristianos de la península, lo que favoreció la subsistencia del reino musulmán de Granada, aislado y protegido por sus montañas: sus límites formaron entonces la bien definida frontera de Andalucía.

El reino de Aragón. En las provincias orientales, la reconquista cristiana sólo empezó a realizar algún progreso importante después de la unión, con Ramón Berenguer IV (1131-1162), de Cataluña y Aragón. Su primer fruto fue la toma de Lérida. Su sucesor, Alfonso II (1162-1196), incorporó el Rosellón y fundó la villa fortificada de Teruel en el camino de Valencia. Sin embargo, las duras incursiones de los almohades, así como la ausencia del rey de Aragón —aliado del conde de Toulouse con ocasión de la cruzada albigense—, bloquearon durante un tiempo las empresas aragonesas. La primera gran conquista realizada por los aragoneses llegó cuando, en 1228, Jaime I el Conquistador, rey de 20 años (que, por otra parte, ostentaba la corona desde 1213), reunió un poderoso ejército y, con la ayuda de las escuadras de Génova y Pisa, tomó Mallorca al año siguiente. Con ello se aseguraba tierras donde establecer a los caballeros y soldados de infantería venidos de las montañas de Cataluña, así como el control estratégico del mar. La toma de las Baleares permitió lanzar, entre 1232 y 1245, incesantes campañas sobre el Levante español. Valencia caería en 1237.

Desde entonces, Aragón se constituyó en una sólida potencia marítima cuyas ambiciones rebasaron con mucho el horizonte español. Pese al fracaso de la Cruzada oriental emprendida por Jaime I en 1269, su hijo Pedro, que había casado con Constanza, heredera de Sicilia, se apoderó de esta isla con ocasión de la rebelión de las Vísperas (1282), expulsando de la misma a los franceses de Carlos de Anjou. Los aragoneses resistieron fácilmente, luego, las réplicas de los angevinos e incluso rechazaron una verdadera cruzada convocada contra ellos por el papa. En 1325 sojuzgaron Cerdeña e intentaron imponer una cierta soberanía sobre algunas zonas de Córcega.

De este modo, la reconquista cristiana, al exigir el dominio de las islas, refugio de los piratas sarracenos, había conducido a los caballeros aragoneses y a los marinos catalanes a la gradual construcción de un vasto imperio mediterráneo proyectado hacia África y Oriente. Los príncipes aragoneses perseveraron en esta política durante más de dos siglos, al tiempo que los de Castilla y Portugal se dirigían deliberadamente hacia el oeste atlántico.


MAPA
VIII
Tierra Santa
Konya
CONDADO DE EDESSA
Edessa
PEQUEÑA ARMENIA
Adana
Antalia
TAURUS
CILICIA
Tarso
Ayas
Payas
Mersin
Golfo de Antalia
Celeucia
PRINCIPADO DE ANTIOQUIA
Aleppo
Antioquia
Eufrates
Saone
Latakia
Orontes
Hama
Famagusta
Nicosia
CHIPRE
Margat
CASTILLO DE LOS ASESINOS
Tortosa
Homs
Palmira
Limassol
Tripoli
Krak de los Caballeros
CONDADO DE TRIPOLI
Gibelet
LIBANO
Baalbek
MAR MEDITERRANEO
Beirut
Sidón
Damasco
Tiro
Banyas
San Juan de Acre
Safad
Hattin
Haifa
Tiberiades
Château Pelerin (Athlet)
Nazaret
Yarmouk
Cesarea
Jordán
Jaffa
REINO DE JERUSALEN
Amman
Ramleh
Jericó
Jerusalén
Ascalón
Belén
Damieta
Gaza
Alejandría
Darum
Hebrón
MAR MUERTO
Moab
Mansura
Neguev
SEÑORIO DE TRANSJORDANIA
Montreal
Desierto del Sinaí
El Cairo
Valle de Moisés
Eilath
EGIPTO
Sta. Catalina
Nilo
Margat = Castillo
0
100 km
MAR ROJO

REPOBLACIÓN Y COLONIZACIÓN

Durante mucho tiempo, el principal obstáculo del avance cristiano fue la falta de hombres. Los príncipes ibéricos no podían establecer sobre las tierras conquistadas caballeros y colonos suficientes para asegurar la defensa y explotar la tierra. Sólo a partir de 1212 en Andalucía, y luego en las Baleares y en Levante, las victorias fueron seguidas de amplias distribuciones de tierra, los *repartimientos*, y, a veces, por la creación de nuevas ciudades, siempre fortificadas.

La primera colonización militar

Al igual que en Tierra Santa, la primera colonización militar fue debida a las órdenes militares y a los campesinos o artesanos extranjeros llegados a la península para dirigirse en peregrinación a Santiago o para combatir a los moros. Ya la ocupación de Castilla se había hecho en torno a castillos aislados, que eran a la vez fortalezas que albergaban a una guarnición de caballeros, centros de colonización y refugios para los campesinos de los alrededores. Más al sur, los reyes, a partir de 1150 aproximadamente, confiaron gustosamente la custodia de las plazas fuertes más importantes a las órdenes militares, fundadas, al igual que las de Oriente, para proteger los caminos y fronteras, asegurando así la seguridad de los peregrinos. A pesar de que la orden española de Calatrava tuvo escaso relieve en Jerusalén, en España se multiplicaron las nuevas órdenes, especialmente después de los duros ataques de los almorávides: en Portugal, la de Aviz en 1147; en Castilla, una orden de monjes caballeros, fundada en 1156, a la que en 1213 se confió la custodia de la ciudad de Al-

cántara, de la cual tomó el nombre. La orden de Calatrava (1158) acogió también a varios cofrades, caballeros laicos, y contó además con comunidades femeninas. Hacia 1160 una nueva orden militar protegió a los peregrinos de Santiago de Compostela, que jugó un papel relevante en la Reconquista. Esta orden se extendió notablemente por Portugal y la desembocadura del Tajo, participando de forma muy activa en la ocupación y repoblación del Algarbe. La totalidad de esas órdenes militares se inspiraron en las reglas cistercienses y en el ejemplo de templarios u hospitalarios. En España, los templarios poseían, además, inmensos territorios y poderosas encomiendas.

Los monjes caballeros, al igual que los de Palestina, establecieron por todas partes hospederías y nuevas ciudades. En Portugal, los templarios poseían tierras y fortalezas en el norte de Extremadura y habían ocupado los desiertos de la Beira baja y, muy pronto, empezaron a levantarse importantes burgos campesinos en torno a sus castillos.

Las restantes órdenes religiosas, no militares, emprendieron también vastas empresas de colonización. La abadía cisterciense de Alcobasa, fundada en Portugal en 1153 (baldíos de Extremadura), fundó, en un período relativamente corto, unas veinte aldeas entre el macizo y el mar. Los reyes impulsaron la emigración hacia las tierras fronterizas e incluso llegaron a garantizar la libertad de los criminales que quisieran establecerse en las cercanías de los castillos. En Portugal, estos huéspedes procedían, por lo general, del noroeste, del Miño en especial. Los reyes de León dieron a los campesinos asturianos y gallegos las tierras abandonadas por los musulmanes a orillas del Duero, e incluso en la región de Coimbra. De esta forma, la colonización de las tierras reconquistadas dio lugar a importantes mezclas de población en el interior de los reinos cristianos.

Los franceses en las ciudades

Con frecuencia, este proceso de colonización atrajo a extranjeros. Desde el año 1000, los reyes de Navarra, y más adelante

los de Castilla, acogieron gustosos a inmigrantes procedentes de más allá de los Pirineos, quienes, pese a ser, en ocasiones, ingleses, flamencos o lombardos, recibieron el nombre de *francos*. Tanto en el alto Ebro como en los valles navarros, Sancho el Mayor otorgó a los *francos* numerosas cartas de población. El mismo Sancho el Mayor había desviado hacia el sur, en beneficio propio, el camino francés de Santiago, en el que más tarde Alfonso VI construiría nuevas ciudades: Logroño (1085), Sahagún (1095). A lo largo de ese camino, desde los Pirineos hasta Santiago, los francos habitaron, en las ciudades, barrios especiales, protegidos por murallas: Estella, Puente de la Reina, Sangüesa, Pamplona. Todas las ciudades y aldeas del camino de Santiago alineaban sus tenderetes a cada lado de la calzada, mientras que en el centro de la aglomeración se erigían las posadas y los hospitales.

Entonces los habitantes del *barrio*, o *rua de los francos*, obtuvieron importantes privilegios, ventajas económicas, derechos especiales de mercado e incluso una jurisdicción propia. El *fuero* (disposición, privilegio) de 1129 prohibía a los navarros, aunque fueran clérigos o caballeros, establecerse en el barrio pamplonés de San Saturnino reservado a los francos; solamente ellos podían vender mercancías a los peregrinos que se dirigían a Compostela. La fusión entre los distintos grupos de población que residían en estas ciudades fue un hecho tardío. Hasta el año 1200 aproximadamente, Pamplona fue una ciudad doble: estaba dividida en la Navarrería y San Saturnino. Lo mismo sucedía en Sahagún, donde se desarrolló un barrio franco en las proximidades de los monasterios y, especialmente, cerca del de Cluny. También fue éste el caso de Toledo, cuyo primer arzobispo, un monje cluniacense francés, llamó a todos los clérigos y colonos del país, los reunió en un *barrio* y consiguió para él un *fuero* especial (año 1100, aproximadamente). Citemos, por último, el ejemplo de Sevilla, donde, en 1250, los francos llegados a la ciudad para re-

poblarla se beneficiaron de exenciones fiscales, se libraron del servicio de hueste y guardia y formaron un municipio autónomo para el que se nombró un *juez* (el *merino*).

Asentamientos y «repartimientos» (en torno a 1250)

Los soberanos, después de las grandes conquistas del siglo XIII (Andalucía, Baleares y Levante), comenzaron un proceso de distribución de las tierras y derechos entre sus fieles y colaboradores, caballeros y campesinos. Sin embargo, estos *repartimientos* no implicaron una colonización total de las tierras ni la completa desaparición de sus antiguos ocupantes. De hecho, la densidad de la ocupación cristiana dependió de las condiciones específicas de cada región. En el reino de Valencia, por ejemplo, parece que fue muy intensa en las llanuras del norte, alrededor de Castellón, y mucho más débil en las montañas, e incluso en las *huertas*, del sur. Jaime I, que pretendía expulsar a los moros y repoblar de habitantes cristianos toda la zona, chocó entonces con la oposición de los *caballeros de la Reconquista*, que comprendieron rápidamente que ésta sería una forma de reducir sus ingresos, dado que ellos percibían impuestos de los campesinos moros. En Andalucía, la repoblación de las zonas rurales requirió mucho tiempo y se hizo de forma muy imperfecta. Los grandes de Castilla y las órdenes militares recibieron inmensos *dominios*. El duque de Medinasidonia tenía la mayor parte de sus tierras en la región de Huelva, de donde los moros habían sido expulsados después de la difícil reconquista de Niebla en 1257, y habían sido expulsados en masa hacia Granada y el norte de África. De igual forma, en el resto de Andalucía, incluidos los alrededores de Córdoba, donde los musulmanes de la ciudad poseyeran antaño numerosas

explotaciones de pequeñas dimensiones, tuvo lugar un proceso de concentración de la propiedad en beneficio de los grandes *latifundios*. Los nuevos señores de estos grandes dominios (duques de Alba, de Sotomayor) abandonaron el cultivo intensivo de la tierra para destinarlos a la cría de ganado trashumante; el paisaje agrario cambió por completo.

La repoblación cristiana fue dirigida de forma especial a las ciudades, y también en este ámbito urbano la Reconquista varió substancialmente el paisaje. En varias regiones —Navarra, primero, y Levante, después— los conquistadores construyeron ciudades nuevas, creaciones de los príncipes: Jaime I fue el responsable de las ciudades del reino de Valencia, de Castellón de la Plana, Villarreal de los Infantes, Nules y Almenara. Cerca de los pequeños burgos hispano-árabes, enclavados en lugares abruptos, aptos para la defensa, se levantaron estas nuevas ciudades construidas en las llanuras próximas a los ríos y rodeadas de poderosas murallas reforzadas con macizas torres de vigilancia. La ordenación territorial de estas nuevas ciudades siguió exactamente la estructura de los antiguos campos romanos y la de aquéllos que los príncipes de Aragón o Castilla habían mandado construir en campaña. Estos últimos fueron descritos por el propio Alfonso X el Sabio (en el libro de *Las Siete Partidas*) y por los cronistas de la época: un cuadrado central en cuyo interior estaba situada la tienda del jefe, calles rectas que se cortaban perpendicularmente y un recinto cuadrangular con cuatro puertas de acceso. En estas ciudades de colonización militar, que tal vez se inspiraron también en las bastidas francesas del suroeste, todos los monumentos públicos daban a la *Plaza Mayor*.

En términos generales, los musulmanes abandonaron las grandes ciudades; muchos de ellos fueron expulsados. Después de la conquista, Córdoba, Sevilla, Jaén, Ubeda y Baeza quedaron prácticamente vacías; lo mismo sucedió después de la sublevación de 1263 en Jerez, Arcos y Ecija. En Valencia, 50 000 habi-

tantes abandonaron la ciudad para establecerse en las zonas rurales; sólo permanecieron en ella 15 000 musulmanes. No obstante, en Murcia siguieron siendo muy numerosos y la ciudad conservó su tradicional aspecto de ciudad mora. Por el contrario, las comunidades israelitas se mantuvieron o incluso se desarrollaron en las ciudades de Andalucía, en Toledo, Aragón, Cataluña y Mallorca, cuyos barrios judíos, *calls*, tenían su vida propia, muy próspera, por lo general.

El asentamiento de los repobladores cristianos siguió a los *repartimientos* que atribuyeron un cierto número de casas, un barrio o un suburbio a comunidades diferenciadas por sus orígenes étnicos o nacionales. Así pues, mucho después de la Reconquista, la ciudad conservaba todavía su original aspecto, estudiado minuciosamente en los trabajos de Torres Balba. La ciudad aparecía como una yuxtaposición de diversos núcleos urbanos dispersos en el interior de un amplio recinto común, separados algunas veces por prados y bosques y, en la mayoría de los casos, cercados por murallas o cadenas. De esta forma cada barrio mantenía su independencia, tenía sus *fueros* propios y, habiendo construido sus casas alrededor de una iglesia o de un convento fortificado, vigilaba una de las puertas de acceso al recinto principal. Salamanca, ciudad en la que se establecieron catalanes, serranos (gentes de la montaña), portugueses, mozárabes, bracarenses y francos, en 1200 contaba 35 parroquias completamente distintas. En Soria, el *fuero* de 1190 ya citaba unas treinta parroquias. En Calatayud, las 1063 familias que habían llegado con el fin de repoblar la ciudad fueron repartidas de forma desigual en 14 parroquias (1253). El caso más característico parece ser el de Valencia. Para establecer a los miles de colonos procedentes de todas las provincias de Aragón y Cataluña, el rey empezó por atribuciones individuales, pero a continuación pasó a distribuciones colectivas de barrios enteros: a los 900 colonos de Teruel, a los marinos catalanes, a los hombres de Montpellier, a los de Barcelona. De este modo, la ciudad quedó dividida en *vici* o *partitas* que agrupaban un número variable de casas: 520 para los de Barcelona, 300 para los de Teruel, 250 para los de Tortosa y 200 para los de Zaragoza; otros grupos no sobrepasaron las 20 o 40 casas; la orden de los templarios recibió 50. Este es un ejemplo perfecto de colonización, de repoblamientos colectivos. Es cierto que en estos puntos la fusión fue muy rápida; en los años 1300, los *barrios* estaban poblados por gentes de orígenes muy diversos: es decir, los primeros ocupantes procedían en su mayoría de las regiones vecinas. Pero, en otras ciudades españolas, los particularismos étnicos y lingüísticos, mucho más enraizados, permanecieron en cada barrio durante siglos.

Contactos entre civilizaciones

La civilización ibérica parece ser el resultado de un «contacto entre Oriente y Occidente» (H. Terrasse). Incluso antes de la invasión musulmana de 711, las influencias de Bizancio marcaron ya algunas de las expresiones artísticas del reino visigodo español. Además, durante varios siglos, los *mozárabes* —cristianos que habían permanecido bajo la dominación musulmana— habían transmitido hacia el norte los conocimientos procedentes de África y de Oriente. Esta transmisión del arte mozárabe tuvo, sin duda, gran influencia en la iconografía románica de los países ibéricos; sirvan de ejemplo las miniaturas que ornamentan los *Beatus*, comentarios al Apocalipsis de San Juan.

Este contacto entre las dos grandes civilizaciones adquirió un mayor relieve cuando las órdenes religiosas, los cruzados, los colonos y los peregrinos procedentes del norte cruzaron de forma masiva los Pirineos. El «segundo arte románico de España» (M. Durliat) tuvo mucho que ver con las peregrinaciones a Compostela y con la acción de Cluny. Incluso la catedral de Santiago, iniciada en 1075, estuvo al principio bajo la dirección de un maestro francés con quien colaboraban 50 talladores de piedra. Los temas de las esculturas de San Sernín de Toulouse y de Moissac pueden encontrarse en los capiteles y pórticos de San Isidoro de León, en el ábside de la catedral de Jaca y en la iglesia de los canónigos agustinianos en el castillo de Loarre, al pie de los Pirineos. En un período posterior aparece también la influencia de Citeaux: monasterio de mujeres de Las Huelgas, cerca de Burgos (1187), o el monasterio de Poblet (cuya iglesia se inició en 1166), que se mantiene fiel a las lejanas tradiciones de Borgoña. Más adelante, fueron incluso maestros franceses los que trabajaron en las grandes catedrales españolas, inspirándose en los planos de Reims o Amiens; con frecuencia, éstos dirigían las obras, por lo menos durante la primera fase de construcción (años 1250). Así, por ejemplo, el maestro Enrique en León y Burgos o el maestro Martín en Toledo.

Una segunda generación de maestros constructores, éstos ya de nacionalidad española, introdujo nuevos elementos, propios del estilo oriental. Tanto en Toledo como en toda Andalucía, los cristianos se inspiraron gustosamente en las tradiciones musulmanas y estudiaron las civilizaciones islámicas orientales y occidentales. Los príncipes de la Reconquista se rodearon de sabios y artistas *mudéjares* (moros que habían permanecido en tierras conquistadas por los cristianos). Esta curiosidad y ese espíritu de tolerancia fueron particularmente destacados en la figura de Alfonso X el Sabio (1252-1284). De joven, siendo gobernador de Murcia, trabó amistad con el filósofo Mohammed-al-Ricoti, para quien construyó una escuela que fue frecuentada por musulmanes, judíos y cristianos: esta iniciativa fue seguida más tarde en Sevilla, donde fundó un *studium generale* y una escuela de latín y de árabe cuyos maestros, musulmanes, enseñaban ciencias y medicina. En Toledo, que en aquel entonces recordaba el Palermo de Federico II, Alfonso X hizo traducir el Corán, las obras de filósofos y poetas árabes, los libros del Talmud y de la Cábala. Él mismo fue autor de varias obras de apología y de moral, claramente influidas por los trabajos orientales (*Flores de Filosofía, Libro de los doce sabios*).

En resumen, los maestros mudéjares (*alarifes* = hombres de oficio) ornamentaron castillos y palacios, iglesias y monasterios, tanto en Castilla como en Andalucía y León. Lo mismo ocurrió en Toledo y de forma especialmente destacada en los conventos cistercienses de Nogales (León) y de La Vega (Palencia). La influencia mudéjar estuvo también presente en todos los monumentos de Aragón: torres de Teruel, construidas a modo de minaretes, y adornadas con nidos de abejas, alveolos, motivos geométricos, arcos entrelazados, estrellas y rosetones.

Bibliografía: R. ALTAMIRA, *Histoire d'Espagne*, 3.ª ed. 1956. P. AGUADO BLEYE, *Manual de Historia de España*, t. I, Madrid, 1947. J. VICENS VIVES, *Historia social y económica de España y América*, t. I y II, Barcelona, 1957. M. DEFOURNEAUX, *Les Français en Espagne aux XIe et XIIe siècles,* 1949. J. M. LACARRA, «Les villes frontieres de l'Espagne des XIe et XIIe siècles», en *Moyen Âge*, 1963. L. TORRES BALBA, *Resumen histórico del urbanismo en España*, Madrid, 1954. Cl. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *España, un enigma histórico*, 2.ª ed., 2 vols., Buenos Aires, 1962. A. DE CASTRO, *Réalité de l'Espagne*, trad. fr., París, 1963.

Textos y documentos: J. VIELLIARD, *Le Guide du pèlerin de Saint-Jacques de-Compostelle*, 1950. Y. BOTTINEAU, *Les chemins de Saint-Jacques*, 1964. *Ars Hispanie*, t. II, Madrid, 1947. M. DURLIAT, *L'art roman en Espagne*, 1962.

Capítulo XIV

La expansión alemana hacia el este

Mapa X, frente a pág. 224.

En las campañas alemanas en la Europa central u oriental no faltaron nunca los motivos de orden religioso. Todas ellas adquirieron un carácter muy especial dada la intervención de los eremitas instalados en el país eslavo y de las órdenes militares. No obstante, hay que señalar también el papel preponderante de las ambiciones políticas, de los esfuerzos del Imperio por anexionar o someter los países eslavos vecinos, y de las encarnizadas luchas llevadas a cabo por la orden teutónica con el fin de fundar un amplio Imperio alemán. Sin embargo, esta expansión, nacida de la superpoblación de los campos del oeste alemán, fue, ante todo, una empresa de colonización del suelo que obligó a gran número de campesinos a abandonar sus aldeas de origen y a dirigirse hacia este «Far East europeo», verdadera frontera del poblamiento rural y de la agricultura sedentaria. Estas migraciones humanas, de dimensiones considerables, perduraron durante siglos, sin duda los más espectaculares de nuestra era, y transformaron profundamente los paisajes, formas de habitat, las estructuras sociales y económicas e incluso los destinos políticos de una parte importante de Europa.

LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Los ermitaños

La colonización rural, iniciada en algunos países desde los años 800, estuvo muchas veces precedida por la acción de los eremitas, apóstoles del cristianismo entre los eslavos y pioneros de las nuevas roturaciones. Desde antiguo podían encontrarse en Alemania hombres que vivían aislados (*Klausner, Klausnerinnen*). en celdas amuralladas, construidas en las proximidades de los conventos. Todavía fueron más numerosos aquellos que irían a establecerse en lugares alejados, en la soledad de los bosques remotos. Estos últimos, después de construir su propia cabaña, roturaban parte del bosque ayudados por sus discípulos y construían una iglesia, que con frecuencia pasó a ser el núcleo de una aldea futura.

No sólo en la Alemania central sino incluso en zonas más alejadas, estas ermitas canalizaron el asentamiento de nuevas comunidades campesinas. De ahí la cantidad de topónimos en *Zelle* (= celda) o en *Einsiedeln* (= ermita) en las montañas del centro de Alemania: Erzgebirge, Sudetes y hasta los Cárpatos húngaros. Las crónicas y necrologías se refieren, por ejemplo, al caso de un Wonlef, *solitarius*, que se construyó una celda en el Harz, designada desde entonces con el significativo nombre de *Zellholz*. Taló árboles, acogió discípulos, en su mayoría miembros de la nobleza, y recibió incluso la visita del emperador Enrique II. Gunther (muerto en 1045 a los 90 años de edad) era hijo de un noble de Turingia y abandonó su carrera militar y, con ella, el mundo a la edad de 50 años, a su retorno de una peregrinación a Roma. Instalado en un valle de los bosques bávaros, fundó una comunidad. Este hombre, sin ninguna instrucción previa (no era clérigo), se dedicó a las roturaciones y, al mismo tiempo, emprendió largos viajes por los países eslavos de los que aprendió la lengua y las costumbres. Además, abrió nuevos caminos a través del bosque que conducían a Bohemia; todavía hoy se les conoce por los *Guntherwege*.

Las ermitas acogieron la llegada de nuevos colonos campesinos. En cierta medida, los misioneros, monjes o abades, y las grandes comunidades religiosas prepararon la acción política de los alemanes. La Iglesia alemana y los arzobispos de las grandes metrópolis responsables de la propagación de la fe (Bremen, Magdeburgo, Salzburgo) organizaron importantes campañas misioneras entre los eslavos y los pueblos del norte. Ya desde el año mil, los misioneros alemanes habían llegado a las costas meridionales de Escandinavia, después de cruzar Dinamarca. Penetraron hasta puntos muy adentrados de Noruega, pasando más tarde a Suecia, donde, precisamente en el año mil, se fundó el obispado de Lund. Poco después, Bremen lanzó grandes expediciones marítimas hacia las zonas costeras y las islas; su misión era también la cristianización de las poblaciones. Siendo arzobispo Adalberto (1043-1072), aquéllas llegaron a las islas Orcadas y a las Shetland; posteriormente, procedentes de Islandia, ya cristianizada, alcanzaron las costas occidentales de Noruega y de Groenlandia. El propósito de Adalberto era fundar un amplio «patriarcado del Norte» que se extendiera desde Groenlandia e Islandia hasta Finlandia. Para ello encargó a uno de sus canónigos, Adán, que reuniese tanta información como fuera posible sobre estos pueblos y países lejanos y, con tal fin, le nombró obispo de la isla de Füren, en el mar Báltico. Por su parte, los misioneros de Magdeburgo fundaron el obispado de Posen hacia 968, y los que procedían de Bamberg crearon el de Breslau en el año mil. Una segunda conquista cristiana se dirigió a Pomerania, donde sus habitantes habían vuelto al paganismo poco después del año mil.

Pero esta iglesia alemana identificó casi siempre la propagación de la fe con la expansión de las fronteras del Imperio. Asimismo, vio consolidarse otra forma de acción evangelizadora que provocó la fundación de iglesias nacionales. Esta acción correspondía mejor a la idea de un Imperio formado por una confederación de Estados. Otón III, amigo de Adalberto de Praga y de san Romualdo, apoyó con firmeza los es-

fuerzos de esos nuevos misioneros en los países eslavos. Un grupo de discípulos de Romualdo, alentados por Otón III y acogidos por el príncipe polaco Boleslao, encontró el martirio en los bosques de la Gran Polonia (1003); igual suerte corrió Bruno-Bonifacio, misionero procedente de Roma, que, después de recorrer Hungría, Polonia, el reino de Kiev, los territorios ocupados por las tribus nómadas de los pechenegos y tal vez incluso Suecia, fue martirizado por los pueblos bálticos en 1009. El mismo Romualdo se dirigió a Hungría, donde sus compañeros desarrollaron una intensa labor de cristianización.

Estos misioneros, la mayoría de ellos eslavos, se dirigían a lugares concretos y trataban de realizar su trabajo con el máximo rigor. Vivían humildemente, como simples pobres, y con frecuencia eran despreciados por la población. Los resultados que obtuvieron fueron sin duda muy limitados y bastante desmoralizadores: los conventos se poblaron fundamentalmente de alemanes o italianos. Se beneficiaron, aunque tal vez contra su voluntad, del apoyo de los príncipes, hecho que algunos historiadores interpretan como si estos misioneros estuvieran al servicio de un amplio programa político elaborado por los reyes para asegurar su absolutismo. Como ha demostrado A. Gieystor, las conversiones fueron, en este período, muy escasas y el cristianismo no llegó a penetrar en el pueblo; con lo cual, los príncipes eslavos o húngaros se apropiaron de la acción evangelizadora en la medida de sus conveniencias.

Por todas partes las iglesias nacionales fueron consolidándose al tiempo que se liberaban de las metrópolis alemanas de las que habían surgido: así sucedió en Praga (973), Gniezno (1000), Kalocsa (1006) y en el obispado de Lund en Suecia (en 1104, se separó de Bremen-Hamburgo e hizo valer su autoridad en todos los países cristianos de Suecia y Noruega). A diferencia de los obispos alemanes, los obispos de esas nuevas iglesias nacionales no representaban una fuerza política significativa. De ahí que, poco después, triunfara el culto a los soberanos, santos patronos de sus países respectivos: Venceslao, duque de Bohemia, que fue asesinado por su hermano (pagano) en 929; Esteban de Hungría (rey desde 1000 hasta 1038, fue canonizado en 1083). Posterior-

mente se acusó esta misma tendencia en Escandinavia; es decir, ciertos príncipes se apoyaron fácilmente en sus respectivas iglesias nacionales para manifestar su independencia respecto al Imperio. En el caso de Bohemia, por ejemplo, la incorporación al Imperio fue prácticamente total, mientras que Hungría defendió sus fronteras y sólo permitió el establecimiento de marcas alemanas en las laderas de los Alpes. Desde el año 1000, Boleslao el Intrépido rehusó la tutela imperial y más adelante dirigió contra Enrique II una campaña de la que resultó victorioso. En esta misma época, las ceremonias religiosas de coronación de los reyes polacos estaban claramente encaminadas a rechazar la supremacía imperial y, en ese punto, la Iglesia apoyaba la política del soberano.

Por otra parte, la acción de los misioneros, poco decidida desde el punto de vista religioso, contribuyó con sus heroicidades (martirios, formas de afrentar la muerte…) a fortalecer la conciencia nacional de los pueblos eslavos. El culto a los misioneros era un aglutinador de la piedad popular, y sus tumbas constituyeron el motivo de muchas peregrinaciones; así, por ejemplo, el santuario llamado «de los Cinco Hermanos». En el año mil, Otón III fue en peregrinación a Gniezno para rezar sobre la tumba de Adalberto de Praga, y cuarenta años después de la muerte del obispo, los checos atacaron a los polacos para apoderarse de sus restos; con lo cual, éstos se vieron obligados a inventar una leyenda que confirmara que las verdaderas reliquias permanecían todavía en Gniezno. Así pues, el culto a los mártires y el orgullo nacional aparecen como dos factores estrechamente ligados para hacer frente tanto al Imperio como a los países colindantes.

Finalmente, la acción evangelizadora de las misiones cristianas, apoyada por el emperador, más que a la expansión alemana sirvió a la consolidación del particularismo político eslavo.

Los hombres

Tanto las grandes empresas de roturación de los bosques del centro de Europa como la fertilización de las marismas, fueron casi siempre obras colectivas realizadas por comunidades solidarias. Gran número de campesinos, repartidos en grupos, condujeron hasta las zonas ya desbrozadas a sus familias, junto con sus propios animales domésticos, carros cargados de semillas, utensilios y piedras de molino. Muchos piensan que esos hombres procedían del oeste, de regiones superpobladas cuyas roturaciones habían alcanzado ya sus límites máximos, teniéndose que enfrentar con obstáculos casi insalvables (marismas del mar del Norte). En Flandes, ni tan sólo el desarrollo de la industria textil permitió emplear a todos los hombres necesitados de trabajo. Los campesinos holandeses, que habían desecado parte de su litoral, y habían fundado nuevas aldeas en la isla de Walcheren, se apoderaron, a partir de los años 1100, de la región de Bremen y de las bajas llanuras orientales. De esta forma, holandeses y flamencos fertilizaron las marismas de la Alemania oriental entre los ríos Elba y Oder. Asimismo estuvieron presentes en los bosques de la región central, en el Harz y en las regiones próximas. Así, por ejemplo, el obispo de Meissen (ciudad cercana a Dresde), concedió una nueva ciudad (Kühren) a «esos hombres vigorosos procedentes de la provincia de Flandes». Los textos se refieren con frecuencia a la *ley flamenca* o a la *hüfe flamenca* (tenencia). Las tradiciones y las estructuras sociales de las ciudades flamencas marcaron profundamente las que surgieron de la colonización alemana de las tierras del este. Las investigaciones de

H. Ammann y de K. K. Klein demuestran que los campesinos valones se establecieron, por una parte, en territorios que se extendían hasta España; por otra, a lo largo del valle del Danubio, y mucho más hacia el este, en Transilvania.

Estas roturaciones que exigían tierras y capitales (para las construcciones y la subsistencia de algunos años) fueron normalmente dirigidas por señores poderosos: príncipes eslavos, príncipes alemanes, arzobispos u obispos de las ciudades del este, especialmente de Magdeburgo. La mayoría de las veces, estos príncipes cedían vastos territorios a las órdenes religiosas que, por lo menos según el estado actual de nuestra documentación, aparecen como los principales agentes de esa colonización. Sus empresas se extendieron por toda la Europa central y, en algunos casos, por todo el Occidente cristiano. La rigurosa centralización de esas órdenes les permitió basarse en las experiencias recogidas en el oeste, recibir la ayuda de los conventos más antiguos y reclutar por medio de éstos la mano de obra necesaria. Este fue el caso de los cluniacenses, y más todavía de los cistercienses y mostrenses. Las grandes abadías de Citeaux concentraron imponentes dominios territoriales. La de Lebus, en Silesia, al sur de Breslau, entre 1216 y 1220 obtuvo 900 hüfen en el Oder cedidas por el duque de Silesia y, en 1225, recibió del duque de la Gran Polonia 2000 hüfen en el Netze, añadiendo a éstas 3000 hüfen más en 1233.

Sin duda más dispersas, pero más audaces y lejanas, las empresas de las órdenes militares, hospitalarios, templarios y sobre todo los caballeros teutónicos alcanzaron muy pronto las regiones más orientales. Los templarios controlaron amplios dominios en los valles bajos del Oder, cerca de Küstrin, y en las orillas del Warta. En cuanto a los teutónicos, que llevaban juntamente la roturación del suelo y la conquista militar y política, en los años 1200 estaban ya establecidos en el ducado de Masovia, al este de la desembocadura del Vístula (futuro Estado de Prusia); es decir mucho más al este del frente de colonización; poco después se instalaron en Moravia y en Transilvania.

Sin embargo, ni los príncipes, ni las órdenes con sus abadías y encomiendas, roturaron y explotaron el suelo directamente. Así pues, en una segunda fase de colonización,

hacia los años 1300 fundamentalmente, se multiplicaron las cesiones de segundo grado. Los templarios ya habían distribuido tierras de diversas dimensiones, desde 100 a 500 hüfen, entre pequeños caballeros y burgueses de las ciudades. Los margraves de Brandeburgo, para proteger sus fronteras contra los polacos, establecieron en ellas familias de guerreros nobles, *Schlossgesessener Adel* (*nobles, posesores de castillos*); algunos de ellos consiguieron de esta forma grandes fortunas: los Wedel, por ejemplo, señores, en 1337, de 60 aldeas y que, en 1374, obtuvieron además un amplio dominio formado por 5000 hüfen. Lo mismo ocurrió en Bohemia y en la Alta Moldavia, donde la familia de los Witigonen se impuso a las abadías cistercienses de los alrededores.

Formas de asentamiento

La colonización alemana, obra colectiva según hemos visto, imprimió rasgos bien distintivos al paisaje agrario del país, tratándose muchas veces de peculiaridades originales: hábitats y terruños regulares, perfectamente organizados. Al igual que en todas las civilizaciones rurales del norte de Europa, las ciudades nacidas de las roturaciones no concentraron más que a un número limitado de familias; eran entre 12 y 15 hüfen los que formaban las ciudades de Mecklemburgo y Brandeburgo occidental, de 30 a 60 hüfen en las de Brandeburgo central y de 50 a 60 hüfen en las de los caballeros teutónicos de Silesia. Sin embargo, la concentración que supuso este tipo de poblamiento se oponía a los caseríos de los antiguos habitantes de Renania o del Sarre. De todas maneras, su trazado variaba mucho de unas ciudades a otras, y los historiadores alemanes de fines del siglo pasado intentaron establecer una relación entre las distintas formas arquitectónicas y las diferentes etnias presentes en la zona; por ejemplo, interpretaban la ciudad circular (*Rundling*) como una herencia eslava. Hoy por hoy, esta interpretación ha sido completamente desestimada. Existían también *Rundling*, aldeas construidas en los llanos de los bosques, en Inglaterra. En este último país, las casas se construían en torno a una plaza circular, cubier-

ta de hierba, principal zona de pasto para los animales; las casas se orientaban hacia este interior, dirigiendo hacia el bosque su fachada posterior a fin de que sus muros exteriores, contiguos y sin ventanas de ningún tipo, configuraran una sólida defensa contra las fieras salvajes. Un tipo intermedio de construcción era el *Angerdorf*, en el que las casas se alineaban, de forma compacta, a lo largo de una calle que, en el centro de la aldea, se ensanchaba para formar una plaza. Por último, el *Haudendorf* era mucho más irregular (aldeas formadas a base de un simple amontonamiento de casas). Todas estas ciudades y aldeas correspondían a terruños agrarios divididos en grandes bloques compactos: *Gewanne* (añojales); pero cada bloque se subdividía en un gran número de parcelas estrechas y alargadas, a modo de franjas; de ahí la gran dispersión de tenencias campesinas, cada una de las cuales reunía varias parcelas, todas ellas de pequeñas dimensiones.

Por el contrario, el *Waldhüfendorf* y el *Marschhüfendorf* presentan una composición totalmente distinta. En ellos, las casas bordean una calle que por su longitud (dos o tres kilómetros) puede considerarse un camino; estaban separadas unas de otras por huertos y vergeles, vallándose cada una de las propiedades; las tenencias consistían en un campo de forma alargada, situado detrás de la casa y perpendicular al camino. De esta manera se consiguió una mayor concentración de las propiedades campesinas. Esta ordenación territorial tan característica señala el progreso de la colonización alemana hacia el este: *Marshhüfendorfen* a lo largo del Netze y del Vístula, *Waldhüfendorfen* en la extensa zona ocupada por las estribaciones septentrionales de los macizos montañosos: Thüringerwald, Erzgebirge, Sudetes y Cárpatos.

La colonización alemana engendró estructuras sociales muy particulares. Es difícil hablar en este caso de régimen «feudal» e incluso de grandes propiedades territoriales. La gran originalidad que presentan estas sociedades es la clara distinción establecida entre el *Landesherr*, por lo general un príncipe, que imparte la

justicia y recibe prestaciones de tipo feudal, y el *Grundherr*, simple propietario de tierras. Este último no pudo conseguir para sí el derecho de controlar y ejercer la justicia ni tampoco pudo exigir los derechos feudales. Además, esta nueva estructura social se distinguía de las restantes existentes en Occidente por la ausencia de *manors*, de grandes dominios con reservas señoriales. Las ciudades surgidas de la colonización se organizaron fuera del ámbito señorial clásico.

Las roturaciones no fueron dirigidas por los señores ni por sus representantes sino por verdaderos empresarios de las colonizaciones llamados *possessor, locator, megister indaginis* o *hagemeister*. Estas personas, burgueses en su mayoría, que disponían de capitales y de alguna experiencia, recibían cierto número de hüfen (uno sobre tres y, más adelante, uno sobre seis o sobre diez) y el derecho de construir albergues y molinos, pero nunca dispusieron de un verdadero señorío. Podían ejercer la justicia ordinaria, con lo cual pasaron a ser los jefes de las aldeas, *Schulteiss* o *Richter*, pero no dispusieron de los derechos feudales ni de reserva alguna, es decir no poseían ningún dominio importante.

Sin duda, esta sociedad rural evolucionó en los últimos tiempos de la colonización, en el momento en que los príncipes, eslavos o alemanes, desearon fortalecer su poder político. Entonces exigieron las prestaciones guerreras de los jinetes, *Schulteiss*, cuyas tenencias pasaron a ser hereditarias, como lo fueran los feudos. Los príncipes, además, establecieron caballeros en una tierra noble, llamada *allodium* (alodio), *predium, curia* o *villa*. Estas tenencias nobles o señoríos de caballeros fueron multiplicándose: hacia 1350 eran unas 200 en el principado de Breslau y más de 600 en el Brandeburgo. Sin embargo, estos *allodia*, siguieron siendo casi siempre de reducidas dimensiones. En Prusia, en los territorios de los teutónicos, las tenencias tenían de 5 a 12 hüfen, y de 20 a 50 en las zonas fronterizas donde los bosques eran todavía muy espesos. En ninguna parte superaron el doble, o como máximo el cuádruple, del valor medio de una tenencia campesina. Con lo cual, los hijos de los *Schulteiss*, es decir, de esos nuevos señores, llevaban un tipo de vida muy semejante al de los campesinos y sus poderes sobre los hombres no pasaron de ser muy limitados.

Esos nobles campesinos no pudieron exigir los servicios de los *hótes* alemanes para explotar sus tierras. Así pues, emplearon a gentes humildes, indígenas en su mayoría, que no poseían más que una minúscula parcela de tierra. Cuando esta mano de obra

empezó a escasear, instalaron sistemáticamente, en los nuevos centros de colonización, labradores (*Kossäten, Kötner, Gärtner*) que recibían pequeñas tenencias a cambio de su trabajo, una pequeña cantidad de dinero y el alimento.

De este modo, los campesinos que poseían verdaderas tenencias, los colonos alemanes, escaparon durante mucho tiempo a esa sujeción y a todo tipo de dominación económica o personal.

Por otra parte, resulta también propio de esa estructura social la menor cohesión de la comunidad aldeana con respecto a los países del oeste. Los terrenos comunales (*Allmende*) eran prácticamente inexistentes: contaban solamente con la maleza o los zarzales que bordeaban los caminos, careciendo absolutamente de bosques y grandes zonas de pasto. Las obligaciones colectivas y los vínculos comunales se ejercían solamente en el seno de los *Gewanndorfen* y respondían a las necesidades de respetar el calendario de trabajos a realizar y la rotación de los cultivos. Todo lo cual, por el contrario, se ignoraba en el *Waldhüfendorf*, donde las tierras de cada individuo se mantenían completamente aisladas unas de otras.

Etapas y problemas de la colonización agraria

Recordemos que esta colonización medieval supuso una empresa de dimensiones considerables: se crearon 1200 ciudades nuevas en Silesia y alrededor de 1400 en la Prusia oriental. No obstante, fue una labor muy desigual. Si la roturación de los bosques se llevó a cabo por todas partes sin grandes dificultades, no sucedió lo mismo con la fertilización de las marismas, que fue una tarea mucho más lenta y limitada a ciertas áreas muy bien definidas: en 1300, se bonificó la cuenca llana del Elba, el delta

del Vístula y la cuenca del Netze; entonces ni las orillas del Spree ni las del Oder estaban pobladas.

El poblamiento alemán no hizo avanzar un frente continuo ni se hizo de forma regular. Hasta los años 1100, el esfuerzo se concentró en las regiones meridionales: Baviera y el valle del Danubio; fue entonces cuando se afirmó la germanización de Austria. Luego se concentró la atención en las regiones situadas más al norte: Holstein y las marcas del otro lado del Elba (Mecklemburgo, Pomerania y Brandeburgo). La ocupación de Prusia comenzó en seguida, se fortaleció a partir de 1280 y se intensificó entre 1300 y 1350. En el sur, las iniciativas audaces y lejanas (Transilvania y los márgenes de los Tatra, que datan de los años 1150) sólo se consolidaron en algunos núcleos de colonización, generalmente aislados. Contrariamente a lo que sucedió en el norte, el poblamiento alemán fue allí discontinuo y no se concentró en regiones importantes que conservaron casi exclusivamente su población eslava: Polonia central, Moravia y Bohemia fundamentalmente.

Valorar la densidad de esa implantación y el grado de germanización de las zonas rurales sigue siendo hoy una cuestión muy debatida. Asimismo resulta delicado definir las consecuencias de este poblamiento en los países así conquistados. Los colonos alemanes se encontraron por todas partes con sociedades y economías muy distintas a las suyas: grandes dominios de los príncipes, estado servil de los campesinos, corveas, trabajos colectivos… En Pomerania, como en los ducados daneses y en la Prusia de los caballeros teutónicos, los alemanes, relativamente poco numerosos, vivían de forma discriminada, separados de los campesinos eslavos. Pero, en las restantes regiones, donde se establecieron en mayores proporciones, lograron imponer sus géneros de vida, incluso su lengua, y absorbieron las pequeñas aldeas eslavas vecinas. H. Aubin se refiere a este momento como de total germanización. Afirma también que el sistema agrario alemán se extendió más allá de los límites del poblamiento propiamente dicho; explica el caso de Polonia, detallando el elevado número de aldeas roturadas por los eslavos, fundadas *según la ley alemana*. Pueden encontrarse *Waldhüfendorfen* en pleno país eslavo, al norte de los Cárpatos, y más al este, hasta Lublin y Lvov (Lemberg); se encuentran también en las tierras bajas de Moravia.


MAPA
IX
La España cristiana y musulmana
OCEANO-ATLANTICO
GALICIA
Santiago de Compostela
Oviedo
ASTURIAS
Covadonga
Cordillera Cantábrica
León
Sahagún
Burgos
LEON
Palencia
Roncesvalles
Pamplona
Estella
NAVARRA
Logroño
SOBRARBE
PIRINEOS
Garona
Carcasona
Narbona
Ródano
Urgel
Gerona
Barbastro
ARAGON
Tudela
Ebro
Lérida
Poblet
Barcelona
Tarragona
Zaragoza
Calatayud
Soria
Zamora
Toro
Duero
Salamanca
Sierra de Guadarrama
Tortosa
Teruel
CASTILLA
Coimbra
Aljubarrota
BEIRA BAJA
Alcobasa
Alcántara
Tajo
Toledo
Cuenca
LEVANTE
Castellón
Valencia
BALEARES
Menorca
Mallorca
Ibiza
PORTUGAL
Lisboa
Mérida
Badajoz
Guadiana
Almadén
Sierra de Alcaraz
Denia
Beja
Sierra Morena
Navas de Tolosa
Córdoba
Guadalquivir
Ubeda
Baeza
ANDALUCIA
Jaén
Murcia
MAR MEDITERRANEO
Carmona
Ecija
Baena
Baza
Cartagena
ALGARBE
Huelva
Sevilla
Granada
Morón
Sierra Nevada
Almería
Ronda
Cádiz
Medina Sidonia
Málaga
La Janda
Algeciras
Gibraltar
Tarifa
0
100 km

LA EXPANSIÓN POLÍTICA

La conquista militar propiamente dicha siguió a la lenta e inexorable penetración pacífica de la colonización agraria. Así sucedió, por ejemplo, en el pequeño Estado eslavo de la región de Brandeburgo, sólidamente establecido entre 1100 y 1161, gobernado por un príncipe cristiano, fundador de abadías, que proporcionaba la seguridad de los caminos, acuñaba su propia moneda e incluso toleraba los cultos paganos. Los conquistadores alemanes dirigieron allí a los reformadores de Hirschau y a los mostrenses alemanes.

Más hacia el este, en las provincias septentrionales y a lo largo del Báltico, el empuje alemán parecía más bien una cruzada que una conquista política. Los caballeros alemanes, al principio, concentraron sus esfuerzos para responder a los ataques de los pueblos paganos y luego organizaron importantes campañas en el interior, superando a veces los frentes de colonización. Esta acción militar de defensa y, posteriormente, de conquista fue, como en Tierra Santa y en España, dirigida por las órdenes religiosas de monjes caballeros. Estas órdenes, que al principio fueron principalmente de alemanes, reunieron muy pronto hombres de todo el Occidente.

Los caballeros alemanes y los burgueses de las ciudades del norte (Lübeck y Bremen especialmente) atendían un hospital en Jerusalén y otro en San Juan de Acre, donde ocuparon un barrio entero de la ciudad; fundaron allí una orden hospitalaria y militar cuyas reglas fueron aprobadas por Inocencio III en 1199. La nueva orden *teutónica*, posesora de numerosas propiedades en Oriente, se propuso muy pronto (desde el reinado del gran ma-

estre Hermann de Salza, 1211-1239) la defensa de los cristianos en las fronteras de la Europa central. Ayudó especialmente al rey Andrés de Hungría contra los cumanos nómadas (en 1211); pero, alejada por el soberano, que temía por su propia independencia, y requerida por el duque de Polonia, Conrado de Mazovia, se concentró en la evangelización y conquista de Prusia. Al mismo tiempo, otros caballeros se agruparon formando también una orden militar, inspirada directamente en la teutónica y en las reglas de Citeaux. Eran los *Schwertbrüderorden*, cuyo emblema eran dos espadas rojas cruzadas sobre su capa. Esta orden, fundada en Bremen en 1197 por el obispo de Riga, se dedicó a combatir a los paganos, letones y livonios, de las orillas del golfo de Riga, del valle del Dvina y de Curlandia.

A partir de 1230, los obispos alemanes predicaron una verdadera cruzada de carácter permanente contra los pueblos del este, hecho que fue aprovechado por esas dos órdenes militares para conseguir importantes privilegios jurídicos, territoriales y políticos. Esta cruzada les proporcionó el dinero y el apoyo de todas las fuerzas vivas de Alemania y de los países vecinos. La riqueza de la orden teutónica se consolidó de forma espectacular. En 1237, obtuvieron la adhesión de los *Schwertbrüderorden* y se introdujeron en sus dominios. En 1240, la sublevación de los prusianos, duramente reprimida, provocó la colonización del suelo y, más adelante, se formó un gran Estado, cuyo poder estuvo sólidamente centralizado. En Marienburgo, su capital, situada en el delta del Vístula, se levantó un imponente castillo desde donde el gran maestre y sus altos dignatarios gobernaban su Estado prusiano y sus encomiendas dispersas por el territorio alemán.

La gran empresa de colonización tuvo sus puntos de apoyo en los castillos y las ciudades fortificadas. Los alemanes habían hecho avanzar ya el frente de fertilización de tierras y construcción de poderosas ciudades hasta Brandeburgo y, posteriormente, hasta Silesia. Esta política fue continuada y acrecentada de forma sistemática por los teutónicos en Prusia: entre 1231 y 1237 se fundaron las ciudades de Torum, Kuln, Elbing y Marienwerder. Esto fue una de las causas de su éxito. Incluso en Curlandia, la orden llegó a un acuerdo con el obispo para construir un castillo en la desembocadura

del Niemen (1252); esta fortaleza dominó en seguida los puertos y puentes, protegiendo así un burgo eclesiástico: la ciudad de Memel. La ciudad prusiana, *exordium et caput provinciae*, poseía un activo mercado y una corte de justicia; y, celosa de sus monopolios económicos, prohibió la actividad artesanal y la venta de productos fabricados allí, fuera de los límites del vecindario inmediato. De esta forma se impuso la idea de *término* (Bannmeile), es decir, se hizo posible la concentración en las ciudades, verdaderas capitales políticas y económicas, de todo el comercio y la industria.

Las investigaciones de M. Hellmann y la posterior corrección de K. Gorski explican ese deseo de expansión de los alemanes por la forma en que la orden llevó a cabo su reclutamiento social. Los teutónicos aceptaron a caballeros de fortunas discretas y a sus hijos; éste fue el caso de Hermann de Salza, por ejemplo. Por otra parte, el desarrollo de encomiendas teutónicas por toda Alemania, así como las conquistas del este favorecieron una verdadera promoción social de los pequeños caballeros alemanes. Entonces se hacía necesario reunir la mayor cantidad posible de bienes: castillos, tierras o fortunas, para dotar a los hijos menores. Con lo cual este movimiento «colonial» estuvo directamente vinculado a la expansión demográfica de Alemania en su conjunto.

No obstante, esta expansión chocó con la firme oposición de los reyes católicos de Polonia. Estos, privados del libre acceso al mar desde el momento en que los alemanes ocuparon Danzig y Pomerelia, se aliaron a los lituanos, recientemente convertidos al cristianismo, y formaron un sólido frente contra las ambiciones y las empresas, entonces exclusivamente políticas y económicas, de los teutones.

Bibliografía: *Cambridge Economic History of Europe*, t. I, 2.ª ed., 1967. R. KÖTZCHKE y W. EBERT, *Geschichte der ostdeutschen Kolonisation*, Leipzig, 1937. W. KÜHN, *Deutsche Ostsiedlung*, 1955. K. GORSKI, «L'Ordre teutonique; un nouveau point de vue», en *Revue historique*, 1963, págs. 285-295 (según los trabajos de M. HELLMANN).

Textos y documentos: «Chartes d'établissements» transcritas por G. DUBY, en *L'économie rurale*… (*op. cit.*, *supra*, cap. VIII), págs. 318-324; planos de terruños y ciudades en el Atlas de Westerman (*op. cit., supra*), págs. 76-77; planos de ciudades págs. 78-79; mapa de la expansión alemana, págs. 74-75.

Capítulo XV

El fin de la Edad Media en Occidente: Economías, sociedades y civilizaciones

Mapa XI, frente a pág. 304.

Respecto a estos últimos años, la opinión de los historiadores parece unánime: los dos últimos siglos de la Edad Media atravesaron grandes dificultades, verdaderas catástrofes demográficas, financieras y económicas. Después de un largo período de euforia y expansión, sobrevino un tiempo de contracción, de total recesión. Así pues, se produjo un cambio total de la coyuntura, situado cronológicamente en torno a 1270, momento en que concluyeron las grandes roturaciones.

Esta idea tiene su base en una impresión de conjunto que se desprende de la lectura de las crónicas y de los trabajos de los primeros historiadores de economía medieval. Sin embargo, estas crónicas describen fundamentalmente los contratiempos de Francia, especialmente del norte de Francia, durante la Guerra de los Cien Años; con lo cual, el cuadro resultante aparece muchas veces ensombrecido por rasgos de dramatismo. La perspectiva de los autores de los años 1920-1930 fue la de los especialistas en las regiones del norte: Flandes, Île de France, Normandía. Pirenne constató la ruina de la industria textil en Brujas y Gante,

el decaimiento de las ciudades, el abandono de las antiguas rutas comerciales y las grandes hambres de Flandes; de ello desprendía la depresión general por la que cruzó Europa. Su tesis sorprendió a sus contemporáneos; todavía hoy encuentra numerosos partidarios entre los historiadores.

Por otra parte, los historiadores de economía medieval fueron víctimas, tal vez inconscientemente, de una especie de misticismo del «Renacimiento», de la edad «moderna». El afirmar que los últimos siglos de la Edad Media fueron tiempos desafortunados y de desórdenes justificaba de algún modo el hablar de un resurgimiento económico después de 1500. El mito de un renacimiento económico iba aparejado con el de una renovación en las artes. Los historiadores se esforzaron también, siguiendo más o menos las tesis de W. Sombard (1863-1941), en negar cualquier tipo de evolución de la mentalidad colectiva, así como de las técnicas comerciales y financieras. Según Sombard, el mercader era un hombre atemorizado, que manejaba pocos bienes mobiliarios y poco dinero, frenado y estancado en sus costumbres ancestrales por todo tipo de prohibiciones religiosas o sociales, trabajando siempre según los antiguos cánones del artesanado «medieval». Desde esta perspectiva podía hablarse perfectamente de un verdadero «umbral» de la era «moderna», del «gran capitalismo».

Resulta abusivo y erróneo aplicar estas tesis indiscriminadamente a la totalidad de la Europa occidental. El error de base estaba en considerar Europa como una unidad y descuidar el profundo fraccionamiento del mundo medieval. Las investigaciones recientes no aportan solamente matizaciones nuevas sino también rectificaciones de la teoría, e incluso factores que resultan contradictorios con ella. Subrayan la especial situación de Francia, arruinada por las guerras y las querellas dinásticas. Señalan de forma particular el contraste entre ciertos países del norte y los países mediterráneos, donde la depresión fue, sin duda, menos profunda y la recuperación mucho más rápida. Hace ya vein-

te años que Yves Renouard apuntaba la imposibilidad de que los grandes descubrimientos y las expansiones marítima y colonial fueran obra de países arruinados y debilitados; necesariamente tenían que ser producto de países superpoblados y con espíritu aventurero. También en el norte, puede prestarse especial atención al florecimiento económico de Inglaterra y de Holanda y a la sorprendente prosperidad de ciertas ciudades alemanas.

La *depresión* no fue un fenómeno homogéneo ni de igual duración para toda Europa.

DEMOGRAFÍA E HISTORIA ESTADÍSTICA

Los males de la época

Especialmente en Francia, los contemporáneos se quejaban del malestar creado por la nueva forma de guerra contra los ingleses que, si bien se trataba de un enfrentamiento interrumpido por gran número de treguas, llegaba a tener una tal duración que los campos quedaban en manos de los mercenarios extranjeros, de las bandas de desvalidos y de los aventureros. Con lo cual se extendió el pillaje, los robos y las destrucciones de aldeas. Todo ello hizo que los campesinos huyeran, formando grandes grupos de gentes errantes, creándose la inseguridad y el bandidaje como males crónicos de la época. Bandas de personas fuera de la ley, soldados desertores, contrabandistas, cazadores furtivos, aldeanos que se negaban a pagar los impuestos y a rendir el servicio de hueste al rey, se establecieron en los bosques de Normandía y constituyeron la resistencia (la *touche*) en Languedoc. Vivían de forma muy precaria pero estable y se unieron a los carboneros, taladores y leñadores y suponían una amenaza constante para los huertos, aldeas y ciudades. Tanto el folklore del momento como las crónicas, miniaturas y frescos muestran las fortalezas rodeadas de torres de defensa, las aldeas quemadas y en ruinas y los hombres abrumados por los estragos de la guerra.

Los textos se refieren también a males más profundos, que se interpretan como signos de una depresión general: hambres y epidemias más graves y frecuentes que anta-

ño, que provocaron grandes estragos en la población, retrasaron y comprometieron incluso la vida económica, y dejaron su huella en la mentalidad colectiva y en el sentimiento religioso del momento.

Las crisis demográficas. Los orígenes

La gravedad de las pérdidas parece explicarse por la débil complexión de la población, la poca resistencia física de los hombres y su subalimentación crónica. Además, a juzgar por los cronistas y los documentos fiscales, los años de escasez y de hambre fueron mucho más numerosos que antaño. Generalmente se apela a la detención de las roturaciones, ya fuera por la falta de espíritu emprendedor y de entusiasmo creador, ya fuera porque se hiciera indispensable mantener un cierto equilibrio entre las zonas sembradas y los baldíos, o los bosques, necesarios para la vida de los rebaños. Dado el constante aumento de población y el mantenimiento de técnicas agrarias primitivas que no permitían acrecentar el rendimiento de la tierra de forma adecuada, los campesinos no cosechaban lo suficiente. Incluso las semillas empezaron a escasear.

A veces el hambre se extendió por amplias zonas de Francia, alcanzando incluso a los países vecinos; tal fue el caso de la de 1316, en la que ciudades como Brujas o Ypres perdieron de 5 a 10% de sus habitantes, que murieron de hambre en sus calles. Peor todavía, por sus consecuencias demográficas, fue la frecuencia de cosechas mediocres o simplemente malas, que cubrían solamente las necesidades más elementales.

No obstante, este esquema no puede aplicarse a la totalidad de Occidente. Ciertamente se constata una detención de las roturaciones, entre los años 1270 y 1280, en las regiones agrícolas tradicionales, como en el norte de Francia y la Île de France espe-

cialmente. Sin embargo, el proceso fue muy distinto en las zonas donde los cultivos habían empezado con posterioridad y cuyo progreso había sido más lento. Parece que en los macizos montañosos, la conquista del suelo se llevó a cabo sin interrupción a lo largo de toda la Edad Media: Alpes, montes de Italia… En el oeste de Alemania, en los grandes bosques de Renania, los campesinos construyeron nuevas aldeas en los claros del bosque y las poblaciones de leñadores, que llevaban hasta entonces un tipo de vida seminómada, fijaron su residencia. La expansión alemana en Europa central y en Prusia continuó todavía durante largo tiempo. En Italia, fue éste el momento en que la llanura lombarda se cubrió de una red de canales, compacta y sistemáticamente trazada, que permitía la fertilización de las marismas o la irrigación de las tierras conquistadas. Fue también el momento en que las ciudades italianas encaminaron grandes expediciones de roturadores hacia sus propias fronteras y fundaron una segunda franja de ciudades nuevas, donde se instalaron los campesinos libres: *borghi franchi* de la región de Varese, *ville nuove* de Florencia, en la zona norte, bajo las estribaciones de los Apeninos o en las fronteras del *contado* de Lucca, *ville nuove* de Siena en el sur para defender el camino de acceso a Roma. Por otra parte, en el sur de Francia, se siguieron construyendo bastidas, y en Provenza, el conde concedió muchas Cartas de asentamiento a comunidades campesinas que venían a poblar o repoblar la costa, hacia el este.

La Gran Peste

La gran epidemia de 1348-1349, llamada normalmente la *Gran Peste* o la *Peste Negra*, fue sin duda la mayor catástrofe sufrida por el Occidente cristiano. Procedente de Oriente, fue intro-

ducida por los marineros genoveses en Sicilia y en Toscana y rápidamente alcanzó a la población mal preparada para esta nueva forma de enfermedad; pronto alcanzó al conjunto de Europa, incluidas Inglaterra, Alemania y Escandinavia. Azotó durante varios meses a las ciudades y regiones en las que había penetrado y, muy pronto, venció a los hombres enfermos. Además, en 1348, la peste presentó una nueva forma, desconocida todavía en Occidente: la infección pulmonar, que evoluciona mucho más rápidamente y se transmite con gran rapidez a través del aire. De ahí el sorprendente avance del contagio y el elevado número de víctimas. Entonces, los hombres no conocían más remedio que el de aislar las casas afectadas y alejarse de las ciudades. La brutalidad del ataque y el carácter mortal de la enfermedad, interpretada como un castigo de Dios, afectó profundamente a las gentes despertando en ellas un misticismo exacerbado o incluso llevándoles a ciertas prácticas supersticiosas o mágicas. Fue el momento de las grandes procesiones expiatorias; los *flagelantes*, grupos de penitentes especialmente numerosos en Alemania, recorrían los caminos y entraban en las ciudades, atrayendo a las multitudes con sus extrañas ceremonias: mortificaciones colectivas, danzas y cantos, éxtasis místicos. Estos flagelantes fueron también causa de muchos problemas y desórdenes; pues encendían la cólera de los pobres contra los extranjeros y los no cristianos, que eran juzgados como responsables de la situación. En Alemania, en Francia y en Cataluña, el pueblo masacró a los judíos, acusados incluso de haber envenenado los pozos.

Resulta absolutamente imposible dar cifras de las pérdidas humanas sufridas en Occidente. No obstante, existen muchos trabajos que permiten valorar la gravedad de la catástrofe y su carácter desigual. Sin duda, las ciudades acusaron más la enfermedad que las zonas rurales; y dentro de las ciudades, los barrios pobres, donde la densidad humana era de índice muy elevado y las condiciones higiénicas muy primitivas. En el campo, la peste afectó mayormente a las llanuras pobladas, quedando a salvo las zonas montañosas, donde se refugiaron gran número de ciudadanos. De todas formas, es admisible que algunas regiones aisladas quedaran al margen de la epidemia. En total, desapareció más de un tercio de la población; estimación que, si bien es aproximada, manifiesta claramente la gravedad del mal.

Así las cosas, la muerte de un número considerable de hombres provocó en muchos casos una redistribución de las herencias y fortunas: permitió una alimentación más abundante para los sobrevivientes. Por otra parte, acabó con los obstáculos económicos y financieros que impedían determinados matrimonios en las zonas rurales pobres. En los años que siguieron a 1348 y 1349, se elevó rápidamente la tasa de nupcialidad y de natalidad y pronto se paliaron las pérdidas.

El problema más grave fueron los nuevos brotes de peste que aparecieron posteriormente de forma inesperada y dramática. Todos ellos, y en especial el de 1360, hicieron peligrar de forma decisiva la recuperación demográfica. Provocaron una gran angustia y un miedo colectivo que no encontraban tregua, dado que existía la conciencia de que en cualquier momento podían reaparecer; esta psicosis que comportaba la peste dejó su huella en todos los hombres y sus manifestaciones fueron agravándose con el tiempo.

Balance demográfico y económico

La evaluación estadística de la coyuntura tropieza en este punto con graves dificultades. Resulta imposible aplicar a la Edad Media los procesos de investigación estática que los historiadores pueden aplicar hoy a períodos históricos más recientes. Los documentos son escasos e inciertos, al tiempo que su interpretación resulta muy delicada. Los censos exactos no dejan de ser la excepción. Con frecuencia el número de habitantes se desconoce y solamente se tiene acceso al número de *fuegos* (registro fiscal de

los hogares) o de *casas* (por medio de los impuestos sobre bienes inmobiliarios). De todas formas, estos registros fiscales deben considerarse con la máxima cautela. Incluso sin mencionar el problema del fraude, no puede saberse con certeza cuántas personas componían un fuego o permanecían en una misma casa.

Durante mucho tiempo, e incluso todavía hoy, se ha tratado de definir un coeficiente medio para ser aplicado de manera uniforme a todos los países de Occidente: tantos habitantes por fuego, tantos por casa. Este intento de precisión (han surgido querellas respecto a los decimales) y de generalización pone en tela de juicio el valor e interés de numerosos trabajos de historia demográfica. En efecto, es olvidar la gran variedad de estructuras sociales o familiares y dejar de valorar la evolución de esas estructuras en un mismo medio social durante una o dos generaciones. Recientes estudios han demostrado que los coeficientes varían de forma muy apreciable de una ciudad a otra, e incluso en el seno de una misma ciudad, en función de los barrios y los ambientes sociales. Por otra parte, hay que considerar el hecho de que, en períodos difíciles, las familias solían agruparse; en las zonas rurales, por ejemplo, los niños abandonaban las granjas aisladas a lo largo de los frentes de roturación y se reagrupaban en la casa familiar de la aldea. Esto demuestra que una disminución notable del número de fuegos no indica necesariamente una disminución paralela de la población. Igual sucede con el número de casas, en que las diferencias son todavía más agudas.

Los historiadores han intentado asimismo abordar el estudio de la evolución demográfica por medios indirectos, tratando de medir, por ejemplo, la tasa de substitución por medio de los testamentos y el número de hijos.

Las restantes investigaciones estadísticas encaminadas a construir una curva de la evolución de la coyuntura medieval, chocan con los mismos obstáculos. Así sucede, por ejemplo, con los precios: gran diversidad de monedas y sistemas monetarios, diferencia de medidas de una ciudad o aldea a otra, distintas cualidades de productos alimenticios, de las condiciones del mercado según el momento y el lugar, variaciones de los precios según las estaciones del año, mutaciones monetarias… Sería preciso disponer de series abundantes y continuas, que se refieran exactamente al mismo producto, en un mismo lugar, en exactas condiciones e incluso en la misma época del año para poder valorar la

evolución de los precios, y esto ocurre muy raras veces. Lo mismo ocurre con los salarios, que varían muchísimo según la situación económica general y las estaciones. Todo ello hace que la utilización sistemática, sin control alguno, de las cifras de precios y salarios derive en conclusiones precipitadas o en errores de todo tipo.

Además, los resultados de estas investigaciones estadísticas, muy numerosas en estos últimos años, resultan todavía inciertos y no puede concedérseles más que un carácter aproximado. Sin embargo, pueden extraerse algunas conclusiones que parecen presentar una mayor apariencia de verosimilitud:

— la Gran Peste frenó, casi en todas partes, la expansión demográfica;

— en los años 1360-1420 se dio, aunque de forma muy desigual, una fuerte contracción demográfica que vino acompañada de numerosos problemas económicos;

— el proceso de recuperación tanto demográfico como económico se sitúa en fechas muy variables en función de los distintos países. Se inició primero en Italia y España; con anterioridad a 1450 y, en algunas provincias, a partir de 1420 o 1430. El caso de Inglaterra resulta controvertido, pero parece que todos los historiadores admiten que hacia 1470 el país atravesaba de nuevo una época de prosperidad. En Francia, la depresión fue más duradera y grave.

LA VIDA URBANA

Las sociedades urbanas se adaptaron entonces a nuevas formas de actividad económica: nuevos tipos de intercambio, nuevos itinerarios, técnicas comerciales, financieras y bancarias distintas.

El nuevo comercio

En este momento, el tráfico mercantil no puede considerarse ya «medieval» por más tiempo, puesto que se organizó sobre bases distintas y en función de una mayor área de intervención. En primer lugar, la evolución estuvo referida al tipo de productos transportados. En tiempo de los carolingios, e incluso durante las Cruzadas, los mercaderes estaban especialmente interesados en los productos de lujo, de tal forma que una pequeña cantidad de producto estaba valorada en una gran fortuna y los mercaderes eran capaces de afrontar gastos considerables para asegurarse de esta manera grandes beneficios. En cambio, los de fines de la Edad Media se ocuparon preferentemente de mercancías ordinarias, relativamente baratas. A pesar de que se mantenía el comercio de especias y sedas, los productos de uso cotidiano constituían la parte esencial de los cargamentos que se distribuían de un extremo a otro del mundo conocido. Los puertos italianos recibían el trigo del mar del Norte y de las llanuras del norte de Alemania. Los vinos de Creta, Liguria y Andalucía llegaban a Brujas y a Londres. España exportaba aceite a Oriente. Las flotas de Danzig se proveían cada año de sal en la bahía de Bourgneuf o en Setúbal, en Portugal. Particularmente, el desarrollo de la industria de tejidos más baratos acrecentó la demanda de materias primas: lanas españolas, algodón oriental y tintes. Una compañía genovesa, instalada en Chíos, explotó las minas de alumbre de Focea, en Asia Menor, y detentó un estricto monopolio de ese producto indispensable para el tinte de telas y cueros. Entonces, el alumbre era una mercancía esencial en el gran comercio internacional.

Esta evolución acarreó, sin duda, importantes consecuencias. Las sencillas *galeras* mediterráneas, movidas por remos, ligeras y rápidas pero de limitadas posibilidades de carga, fueron substituidas por las *galeras mercantiles* (o grandes galeras) de dos mástiles y con una capacidad aproximada de 150 toneladas de mercancías; más adelante empezaron ya a construirse grandes *naves*. Es-

tas últimas, de origen atlántico e introducidas en el mar Tirreno por los vascos, alcanzaron ya imponentes dimensiones (un mástil central de 40 o 50 m) y podían cargar 1000 toneladas o incluso más. Eran capaces de afrontar las tempestades y resistir a los piratas, navegaban con facilidad en alta mar y podían avanzar aun con viento contrario, gracias a sus tres mástiles y a su diversificado velamen. Así como Florencia, que seguía ligada al comercio de especias, no construía más que galeras, Génova, que se interesaba por los productos de consumo ordinario, sólo construía naves; Venecia utilizaba galeras para el transporte de productos de lujo y naves para el de algodón o vinos. La explotación de esos grandes navíos impuso nuevas formas de comerciar, pues cada uno de ellos representaba la inversión de un capital considerable. Era preciso evitar las pérdidas de tiempo y los riesgos de naufragio al aproximarse a la costa. Tuvo que prescindirse de la antigua costumbre de detenerse en todos los puertos y de multiplicar las escalas. De ahí, una fuerte concentración del tráfico comercial en favor de algunas ciudades costeras, núcleos mercantiles y centros de almacenamiento y redistribución. Los navíos más grandes hacían, sin escalas, la ruta Cádiz-Southampton. Se detenían en las bocas de los puertos para no tener que remontar los estuarios. Ello explica la gran prosperidad de ciudades como Cádiz, Sandwich y Southampton (para Londres) y de la isla de Walcheren (para Brujas).

Por otra parte, aunque los alemanes e italianos dominaron siempre el gran comercio, otras naciones fueron consolidando su poderío. En el Báltico y en el mar del Norte, el monopolio hanseático fue seriamente comprometido por holandeses e ingleses que frecuentaban Danzíg, los puertos escandinavos e Islandia. Bristol se enriqueció y en ella se construyeron ricas residencias de mercaderes, un nuevo muelle e incluso llegaron a armarse barcos para el Mediterráneo. En el sur, Castilla se benefició del comercio italiano dirigido a Cádiz y Sevilla, donde se entrecru-

zaban los dos grandes itinerarios mercantiles del mundo, entre el Mediterráneo y el Atlántico. También Portugal despertó a un nuevo tipo de vida, gracias a los capitales e iniciativas italianas; sus mercaderes se establecieron en los puertos del norte y sus marineros, al igual que los vascos y andaluces, se lanzaron a la conquista de los mares.

Las técnicas. El capitalismo

Contrariamente a lo que sostenían algunas tesis tradicionales, parece factible afirmar que en numerosos centros de negocios se utilizaron ya técnicas y formas de asociación propias del «capitalismo» moderno. Y ello se sitúa cronológicamente mucho antes del «Renacimiento», e incluso del comercio con las Indias y el florecimiento de Amberes o Amsterdam. No hay duda de que, desde el punto de vista jurídico y formal, esas técnicas diferían muchas veces de las actuales; no obstante, su eficacia era la misma y correspondía claramente a una mentalidad capitalista. De todas maneras, hay que señalar que ese progreso y ese triunfo del capitalismo moderno no se dieron en la totalidad del Occidente, sino solamente en ciertos países o ciudades que presentaban un nivel de desarrollo superior: Italia, el sur de Alemania, Cataluña, las ciudades inglesas, Londres y Calais, sobre todo, por el comercio de lanas. En estos centros urbanos o rurales, la evolución de las técnicas afectó al conjunto de la población, interesó a todas las capas sociales. Por otra parte, las técnicas y estructuras variaron muy poco y seguían correspondiendo al esquema tradicional.

Donde los cambios tuvieron lugar, las principales innovaciones concernían fundamentalmente a:

— *La contabilidad*: Las cuentas, públicas o privadas, empezaron a llevarse *por partida doble* y *con doble entrada*, lo que permitía hacer, en todo momento, el balance de una operación en curso o ya finalizada, precisar el estado de crédito o deuda de un cliente y controlar eficazmente las cuentas de un empleado o socio.

— *La moneda*: Diversos procedimientos permitieron evitar el constante manejo de piezas metálicas y las pérdidas de dinero. Parecen responder a la falta de metales preciosos, y al mismo tiempo disminuían el número de devaluaciones monetarias. El uso de *cheques* y *letras de cambio* se generalizó. La transmisión de créditos podía hacerse fácilmente por medio de *transferencias* o del *endose* de cheques, letras de cambio o billetes.

— *La banca*: Los bancos privados, muy numerosos, tenían varias filiales en países extranjeros y en todas ellas recibían depósitos, decidían préstamos, aseguraban las operaciones de cambio y efectuaban transferencias para sus clientes. Asimismo, controlaban importantes compañías comerciales, puesto que la actividad de los hombres de negocios no era nunca especializada.

En Italia, los bancos públicos, asociaciones de acreedores del Estado, distribuían dividendos anuales para cada título de deuda pública (podríamos decir para cada acción). A cambio de su ayuda financiera, recibían de la Comuna importantes privilegios y garantías. El más poderoso de todos ellos, la *Casa di San Giorgio* en Génova, agrupaba, alrededor de 1460, a más de 11 000 participantes y disponía de un enorme capital. Esta institución, verdadero Estado dentro del Estado, percibía todos los impuestos indirectos, especialmente las gabelas sobre todo tráfico mercantil y bancario y dirigía de esta manera la política fiscal de la ciudad. Siendo a la vez una compañía colonial, administraba los mercados del mar Negro, Chipre y Córcega y tenía a sueldo barcos y soldados.

— *El crédito*: La práctica de la venta a plazo fijo y sobre muestrario se hizo extensiva a importantes productos comerciales tales como la lana inglesa y el azafrán.

Los préstamos para el consumo, a pesar de las prohibiciones que afectaban a la usura, eran ampliamente practicados en todos los países. Frecuentemente realizados por

minorías religiosas —judíos— o simplemente por extranjeros —lombardos, cahorsinos—, esos préstamos se hacían abiertamente y a menudo, al menos entre los italianos, con el apoyo de las autoridades principescas, municipales o eclesiásticas. Los lombardos, por ejemplo, no eran en absoluto despreciados: organizados en compañías que extendían sus actividades sobre vastas regiones y realizando los más variados negocios, se enriquecieron e integraron perfectamente en la sociedad francesa, adquiriendo, por confiscación de avales, una gran cantidad de tierras campesinas y, por compra, castillos, dominios y derechos señoriales. Los mismos cristianos, ya fueran «cambiadores», notarios o simples comerciantes de paños, e incluso carniceros, prestaban dinero a los artesanos y, más aún, a los campesinos del contorno.

El préstamo mercantil se generalizó entre los mercaderes. La tasa de interés parecía entonces razonable: 10 a 15% de media anual. Con el fin de esquivar las prohibiciones eclesiásticas, siempre vigilantes contra la *usura*, los hombres de negocios imaginaron nuevos procedimientos, dirigidos a fines distintos. La *resaca* consistía en la reexpedición de una letra de cambio a un curso distinto del vigente para la primera operación: la diferencia entre ambos cursos representaba el beneficio del tomador de la letra. La práctica de la resaca, muy extendida en Italia desde 1450, dio lugar a pingües beneficios en los centros financieros a los que eran remitidas las letras de cambio (Brujas, Londres, Sevilla), así como en las *ferias de cambio* que un poco más tarde desplegarían una considerable actividad.

— *Las compañías mercantiles*: La industria estaba dominada por el empresario mercantil. Ciertamente no existía en ninguna ciudad de Occidente, ni tan sólo en Italia, fábrica alguna, pero el trabajo de los tejedores en sus talleres artesanales, por ejemplo, se realizaba a destajo para los mercaderes; los que trabajaban a domicilio en la realización de tareas más bastas (lavado, hilado, cardado) dependían aún más del mercader, capitalista y capitán de industria, que poseía todas las materias primas y distribuía el trabajo en todas las fases del proceso de fabricación.

Por otra parte, las estructuras de las sociedades o compañías mercantiles subrayan nítidamente la evolución hacia un empleo más hábil y libre del capital. Las compañías toscanas tradicionales alcanzaron unas dimensiones y un poder considerables. Agrupaban a varios socios, llegando a reunir importantes capitales. Incluso las más modestas, como la de Francesco Datini de Prato, perfectamente conocida gracias a los estudios de F. Mélis, dirigían varias filiales en el extranjero. Los beneficios se repartían a prorrateo de los capitales, aunque teniendo en cuenta, a veces, las responsabilidades de cada socio. La compañía toscana conservó, no obstante, un carácter familiar (parientes y aliados); ostentaba, por ejemplo, el nombre del jefe de familia. Sus actividades no estuvieron nunca especializadas y, por ello, cada socio se comprometía a no realizar negocio alguno al margen de la compañía. Es de destacar que ésta se constituía para un plazo de tiempo determinado (3 o 6 años, por ejemplo), no siendo negociables las participaciones.

Frente a esta tradición, ya innovadora en algunos aspectos, las sociedades genovesas de los años 1440-1470 tuvieron mucha más flexibilidad. Netamente especializadas, no se interesaban más que por una mercancía, limitándose a su producción, o a su distribución, o a su transporte, incluso. La sociedad comportaba un cierto número de partes, frecuentemente 24; de ahí el nombre de compañía *a carati* (por los 24 quilates del oro fino). Su constitución se hacía a término indefinido y las participaciones, divisibles a voluntad, podían ser vendidas en cualquier momento. Se trataba, de hecho, de acciones cuyo valor variaba sin cesar, de día en día, a veces, y cuyos dividendos eran igualmente variables. Estas auténticas sociedades por acciones permitían la inversión de pequeñas sumas, y también de grandes, por supuesto, así como su fácil retirada; ello contribuyó a ampliar de forma decisiva, desde el punto de vista social, el mundo de los «hombres de negocios». Génova conoció, pues, un intenso tráfico de estas participaciones, una verdadera bolsa de valores mobiliarios en la que se cotizaban todos los títulos. En esa situación, el hombre de negocios podía limitarse a comprar para revender en el mejor momento, es decir, a especular. Todo lo cual traduce evidentemente una mentalidad muy distinta de la del mercader «artesanal» descrito por W. Sombart y nuestros viejos manuales.

Evolución de las sociedades urbanas

A fines de la Edad Media, las ciudades acogieron numerosos inmigrantes. Diversificaron sus actividades, sus estructuras sociales e incluso modificaron, a veces, sus formas de gobierno.

En las ciudades de Alemania, de Italia o de la misma Francia, el auge de la industria textil atrajo a hombres procedentes del

campo en busca de mejores salarios y de cierta seguridad. Frecuentemente desarraigados, habiendo abandonado su parroquia, su comunidad aldeana, su familia, estos recién llegados difícilmente se integraron en la ciudad. Durante años no participaron en absoluto en la vida política y social. Constituyeron una plebe inestable, mal pagada, reducida al paro y a la miseria con ocasión de la más pequeña crisis económica. De ahí el éxito, entre ellos, de los predicadores (monjes mendicantes), los flagelantes, los profetas iluminados como, en Roma, Cola di Rienzo (1347), o, en Florencia, Savonarola (1494-1498), quienes acabaron por ejercer una auténtica tiranía. Esta agitación religiosa se vio agravada por fuertes rebeliones prontamente dirigidas y explotadas por aventureros políticos, burgueses o nobles: los Artevelde en Gante (Jaime en 1334-1345, Felipe en 1379), Silvestre de Médicis en Florencia (en 1378, con ocasión de la rebelión de los Ciompi, obreros de la lana).

Por otra parte, el desarrollo de otras actividades, como la industria y la banca, provocó la ascensión social de nuevos hombres. En el mismo momento, en Alemania e Italia especialmente, se afirmó el gobierno de los oficios. En Toscana, el poder del *Pueblo* (las Artes) desplazó el de los *Cónsules*. Casi siempre este proceso se vio acompañado por guerras civiles, nuevas constituciones y medidas de excepción. El nuevo gobierno, sin embargo, siguió siendo el de una aristocracia. En Florencia, por ejemplo, era exclusivamente el *Popolo grasso*, es decir las siete *Artes mayores*, el que designaba la mayoría de consejos, oficiales y magistrados. En todas las ciudades de Occidente, los oficios, las *artes*, permanecieron en manos de los maestros artesanos, frecuentemente ricos e influyentes mercaderes que detentaban estrictos monopolios económicos.

En las ciudades libres, la supuesta revolución política de fines de la Edad Media no significó una renovación de la aristocracia. Estudios detallados han demostrado que, en Toscana o en Estrasburgo, por ejemplo, unas mismas familias dominaron ininterrumpidamente riqueza y poder a lo largo de varias generaciones. Sin embargo, hay

que dejar claro que esas familias, que conservaron un mismo nombre, se enriquecieron gracias a las alianzas, adopciones o aportaciones externas nuevas: la sociedad urbana, en lugar de anquilosarse, fosilizándose en castas o clases rígidas, se mantuvo todavía activa y llena de vida.

MAPA X

La expansión alemana hacia el Este



LA VIDA AGRARIA

Las aldeas abandonadas

Uno de los aspectos más espectaculares de las transformaciones sufridas por la economía agraria en Europa occidental parece haber sido el abandono de las antiguas aldeas. Los campesinos abandonaron sus tierras y posesiones para refugiarse en las ciudades. Los campos que en otro tiempo habían sido cultivados (y en Alemania, incluso los bosques) se convirtieron en baldíos y se cubrieron de maleza, borrando por completo los antiguos caminos y los límites de las parcelas. Las casas y la iglesia fueron desmoronándose. No eran más que aldeas abandonadas sin hombres ni actividad alguna: las *lost villages* de Inglaterra o las *Weistüngen* de Alemania. Sólo se sabe de ellas por el estudio de los textos antiguos que las citan, por fotografías aéreas que resucitan las antiguas estructuras o por las excavaciones arqueológicas. Estas últimas, que han dado resultados tan importantes en Inglaterra, no han despertado el interés de los historiadores y arqueólogos franceses hasta hace muy pocos años: se ha trabajado en Normandía, Provenza, Borgoña y en el Languedoc.

El fenómeno, común a toda la Europa occidental, alcanza tal vez dimensiones considerables. En Alemania, de las 170 000 aldeas enumeradas hacia 1300, 40 000 (23%) habrían desaparecido con anterioridad a 1500 (fronteras de 1933). El porcentaje es de 44% para Hesse. En las posesiones de los caballeros teutónicos, se abandonaron 42% de las tierras que poseían en la provincia de Pomerelia y 80% de las de la encomienda de Schwetz (en 1419). A lo largo de dos siglos puede constatarse el abandono de 50%

de las aldeas de Sicilia y Cerdeña, 25% en la región de Roma y 10% en Toscana. En Escandinavia y España sucedió lo mismo.

A pesar de todo, este proceso de deserción fue muy desigual y presentó aspectos muy diferenciados en las distintas zonas en que se dio; por ello, es pertinente preguntarse por la verdadera naturaleza de este fenómeno o por sus orígenes. La contracción demográfica, que resulta absolutamente innegable, no permite explicar esas grandes irregularidades ni las zonas de resistencia claramente diferenciadas existentes en el seno de una misma región. En la campiña romana, podemos distinguir entre 45% de aldeas abandonadas en la llanura próxima a la costa, 35% en las provincias de Tuscia y sólo 4% en las montañas de Sabina.

De hecho, casi en todas partes, los abandonos de aldeas estuvieron provocados fundamentalmente por una estricta reordenación de la economía agraria. En el sur, siguieron desarrollándose los *latifundios*. Estos grandes dominios, que, por razones políticas, fueron concedidos por los reyes a sus fieles al terminar las expediciones de la *Reconquista* o las guerras civiles, reunieron extensiones inmensas de tierras y, muy pronto, se pusieron al servicio de la ganadería trashumante. De ahí la ruina de las actividades agrícolas tradicionales, dada la extensión abusiva de los terrenos de pasto y las devastaciones sufridas por los campos cuando eran cruzados por los rebaños que descendían de las montañas para evitar el rigor del invierno. De ahí la huida de los campesinos hacia las ciudades o su reagrupamiento en los burgos fortificados, sometidos a la autoridad del señor. En este momento desapareció la pequeña propiedad andaluza. En Italia, el sur, las islas y la campiña romana pasaron a ser países sin aldeas y, en esta época, se consolidó el contraste entre las tierras abandonadas a la trashumancia y las campiñas prósperas y pobladas de Toscana o del norte.

No obstante, esas transformaciones de la vida agraria y el abandono de aldeas no fueron siempre signos de empobrecimiento económico. En Inglaterra, la ganadería, de carácter sedentario, provocó el abandono de numerosas aldeas, pero en cambio enriqueció los campos. Ciertos historiadores han mantenido durante largo tiempo y no sin razón que las *Weistüngen* no significaban un retroceso económico sino por el contrario una intensificación de los cultivos: abandono de parcelas aisladas, de chozas y de aldeas muy distanciadas entre sí, dedicadas solamente a una economía de recolección y a ro-

turaciones superficiales; el reagrupamiento de los habitantes en aldeas de mayores dimensiones, rodeadas de campos compactos, posibilitó entonces el progreso de la economía cerealista. En las regiones forestales, utilizadas durante largo tiempo para cultivos rápidos en las zonas desbrozadas y donde se llevaba un tipo de vida seminómada, se fue imponiendo una agricultura sedentaria; por tanto, aunque se encuentren zonas deshabitadas que antaño habían sido ocupadas por los hombres, no puede decirse que se trate en todos los casos de aldeas abandonadas; las *Weistüngen* nunca fueron verdaderas aldeas sino solamente lugares de concentración temporal de individuos, especialmente de leñadores.

Dificultades económicas; la reacción señorial

Es inexacto creer que, desde esta época, los señores de los grandes dominios abandonaron la explotación directa del suelo, alquilando o cediendo sus tierras y contentándose con recibir las rentas anuales. De norte a sur de Francia siguieron manteniéndose importantes señoríos que poseían grandes reservas, rebaños, numerosas dependencias y graneros para las cosechas; si se dejaron de exigir las corveas campesinas (muy costosas y de bajo rendimiento) ello fue en favor del empleo de verdaderos ejércitos de obreros agrícolas. Especialmente éste fue el caso de Alemania e Inglaterra, donde la explotación de los manors estaba todavía en una época próspera. Por otra parte, esta explotación se fue orientando hacia la posible venta en el mercado, por lo cual se buscaba el aumento del rendimiento. El *high farming* inglés da testimonio del interés de los *lords* por sus tierras y de sus esfuerzos por someter a un cultivo racional sus *honores*, dispersos por varios condados, repartidos en numerosos manors, pero agrupados en circunscripciones económicas y financieras administradas con gran esmero. Los *lords*, propietarios de grandes dominios, administraban sus tierras siguiendo un método estricto que recordaba el de la industria o el del comercio. Reunían verdaderos consejos de administración en los que participaban juristas y técnicos; con-

fiaban cada manor a un oficial —*baillif* o *reeve*—, que debía trabajar según un plan previamente establecido y era personalmente responsable de su puesta en práctica y del rendimiento de las tierras y del ganado.

En Europa occidental, este señorío rural sufrió un claro desequilibrio financiero. En primer lugar, por el considerable incremento de los gastos, ya que el tipo de vida de los señores rurales evolucionó de forma decisiva. Las cuentas de los señoríos alemanes, por ejemplo, confirman que los señores compraban muchos de los productos necesarios para la alimentación básica: especias, aceite, frutos procedentes del sur (almendras, aceitunas), e incluso a veces bueyes. Quedaron atrás los tiempos en que el dominio aseguraba los productos esenciales para la subsistencia y en que las mujeres vestían ropas de lana hilada y tejida en el mismo manor; los vestidos de terciopelo y las ropas finas costaban fortunas: tal vez el precio de toda una aldea por una sola pieza de tejido (W. Abel). A todo ello se unían, en todos los países, las numerosas donaciones concedidas en los testamentos a favor de las instituciones piadosas o de caridad o las fundaciones de misas por centenares (R. Boutruche). Por otra parte, las pérdidas humanas y el incentivo de las ciudades provocaron una neta disminución de la mano de obra, con lo cual se produjo un fuerte aumento de los salarios.

En esta misma época disminuyeron los ingresos habituales de los señoríos. El precio de los granos y de los productos agrícolas permaneció estacionario o aumentó a un ritmo mucho más lento que el de los utensilios, ya fueran de madera o de hierro. Las rentas monetarias se devaluaron por las mutaciones monetarias y el aumento de los precios. En definitiva, los señoríos tuvieron que enfrentarse con la imposibilidad de percibir sus rentas: el importe de los atrasos, en Alemania e Inglaterra especialmente, suponía una parte importante de las deudas totales.

Todas las crónicas, las cuentas y las investigaciones subrayan las dificultades financieras del señorío rural, muy acusadas en Francia e Inglaterra después de la Gran Peste y en Alemania un poco más adelante. Los caballeros teutónicos tuvieron que pedir prestadas grandes sumas de dinero y enajenar sus bienes. Los señores, con frecuencia, arrendaban sus tierras. Esta práctica del *arrendamiento*, muy generalizada en Inglaterra, y difundida también por el norte de Francia, determinó la promoción social de un nuevo campesinado; los granjeros ingleses tomaron a su cargo de 30 a 40 ha de tierra e incluso, algunas veces, el cuidado de los edificios de que se componía el manor. En la Île de France, se formaron grandes granjas que reunían en torno a 100 ha en los bordes de los terrenos de las aldeas.

No obstante, los señores tendieron a compensar sus pérdidas y la debilidad de sus ingresos con el aumento de los impuestos personales sobre sus campesinos, de las ayudas feudales (en Alemania) y de los derechos de justicia. Intentaron también, en Inglaterra, imponer, esta vez con la ayuda del rey, el retorno a los antiguos salarios. Prohibieron a los campesinos, deseosos de marchar a las ciudades, abandonar sus tenencias. De lo cual se desprendieron la mayoría de las veces graves atentados contra la libertad personal, llegándose incluso a un estado semiservil.

Las sublevaciones sociales

Esta «reacción señorial» suscitó un profundo descontento, agravado todavía más por la carga considerable que suponía el impuesto real, ya que se aplicaba sistemática e indiscriminadamente incluso en los años de malas cosechas. Con frecuencia la recaudación de los impuestos era la señal de rebelión para unos hombres desesperados ya por los intentos del señor de limitar sus derechos. Así pues, los grandes motines rurales no eran arranques espontáneos de cólera, ni levantamientos de pobres y desvalidos contra el hambre y la miseria, sino sublevaciones de campesinos libres, acomodados, dueños de sus tierras que se levantaban contra los nuevos ataques a su libertad personal. Los jefes

proclamaban la igualdad de los hombres y el respeto de la dignidad humana. Esto explica el aspecto religioso que rodeaba a esas sublevaciones agrarias y la estrecha vinculación entre las sublevaciones populares en las zonas rurales y las herejías.

De este modo estallaron, en Inglaterra, la gran sedición de 1381, en Bohemia, las sublevaciones taboristas (1420-1452) y, más adelante, en Alemania, las cruzadas populares dirigidas a la Virgen de Niklaushausern en Turingia (1476-1477). El gran movimiento de Bundschuch, surgido en el alto Rin, movilizó a numerosos grupos de campesinos alemanes, que recorrían los caminos portando banderas que representaban a un hombre rezando al pie de la imagen de Cristo crucificado, con el lema «La justicia de Dios y sólo ella» inscrito en ellas. En fin, la guerra de campesinos surgió también en Turingia, poco después de 1500.

Estas sediciones campesinas alemanas parecen haber estado directamente ligadas a la acción y prédicas de los flagelantes y de los begardos, seguidores de la doctrina llamada del Libre Espíritu. En Inglaterra la influencia de los lolardos, discípulos de Wicliff, estuvo presente en la sublevación de 1381. Por todas partes, los jefes hablaban en contra de los nobles, los prelados y el papa: «Cuando Adán cavaba la tierra y Eva hilaba, ¿quién era gentilhombre?». Apelaban sin cesar al retorno a una sociedad igualitaria como imaginaban que había existido en la Antigüedad y a una Iglesia primitiva, a la pobreza y simplicidad evangélicas. Los taboristas abandonaron todos sus bienes, proclamaron una sociedad sin distinciones de fortuna y suprimieron, en todas sus nuevas ciudades, los impuestos y servicios (sin embargo, lanzaron expediciones de pillaje contra las ciudades vecinas). Este deseo de volver a mejores tiempos fue fuente de tenaces leyendas: aquella que aseguraba que los primeros pueblos eslavos llevaban una vida estrictamente comunitaria, carente de señores, o la que anunciaba que el emperador Federico II debía aparecer de nuevo para proteger al pueblo y combatir a sus enemigos. Todas esas rebeliones populares parecen profundamente marcadas por un vivo sentimiento mesiánico: la espera del fin del mundo, del Apocalipsis *y la de* un Mesías que vendrá a salvar a los hombres. De ahí los ataques contra el Anticristo (con frecuencia, el papa) y el extraordinario éxito de los falsos profetas. De todas formas, este sentimiento de nostalgia demuestra también una clara hostilidad hacia el nuevo orden de cosas y, en especial, hacia las ciudades consideradas impuras y hacia las prácticas del comercio y del manejo de dinero.

La influencia de las ciudades: aspectos sociales

Los burgueses compraron tierras y derechos a los antiguos señores. En la Île de France, en torno a París, la concentración de tenencias campesinas en amplias propiedades se hizo sobre todo en beneficio de los habitantes de la ciudad (G. Fourquin). Cierto número de señoríos rurales pasaron, indivisos, a manos de los *robins*, altos magistrados u oficiales del rey, legistas, ya ennoblecidos y beneficiarios de los favores de los príncipes. En Inglaterra, los mercaderes de Londres, los tenderos, herreros y especialmente los hombres de leyes, adquirieron manors enteros. Asimismo en Alemania, ciudades de distinto rango extendieron sus dominios sobre los campos circundantes. Así, en 1375, 88 burgueses de la pequeña ciudad de Stendal poseían bienes dispersos por 114 aldeas de Altermark. Esta empresa, sin embargo, parecía mucho más importante en los países mediterráneos, donde la separación entre ciudad y campo nunca fue tan aguda, y donde más tarde las Comunas se esforzaron en dominar los distritos rurales. En el norte de Italia, los burgueses alquilaron los bienes eclesiásticos, en virtud de un contrato especial llamado *livellum* (o arrendamiento *enfitéutico*), que en la práctica les permitía la libre disposición de tierras a un precio módico. En Toscana, compraron dominios con las casas de los señores y de los granjeros incluidas, con parcelas cultivadas, viñedos, olivares, hornos y molinos; el catastro de 1428 muestra que un mercader de Pisa poseía, además de 19 casas en la ciudad y los suburbios, 134 parcelas repartidas por una veintena de localidades.

Este interés de los burgueses italianos por las zonas rurales no significaba, como se ha dicho muchas veces, el abandono del espíritu de iniciativa y de aventura ni un cierto repliegue hacia valores más seguros; por el contrario, suponía una inversión generalmente más ventajosa, en aquella época, que el comercio o la banca. El mercader, por lo menos en los países del sur, no residía en sus tierras; las confiaba a granjeros o aparceros. La moda de las poesías campestres, de los tratados de agricultura, de las pinturas representando escenas agrestes o de los libros de horas no respondía a un profundo conocimiento de la vida rural sino más bien a la influencia de los autores clásicos, Horacio o Virgilio, o de los agrónomos romanos; éste fue uno de los aspectos del humanismo toscano. Las villas campestres eran casas de recreo y de distracción. Por otra parte, en Italia, ninguna obra literaria demuestra verdadero interés por los problemas campe-

sinos y la condición social y vida cotidiana de los hombres del campo. No existió en este país nada comparable al poema inglés *Piers Plowman* que describía, de forma absolutamente realista, las alegrías y penas de los labradores (P. J. Jones).

No obstante, esta iniciativa emprendida por las ciudades supuso grandes conmociones en la totalidad de las zonas rurales. Fue por ello que empezó a consolidarse en Italia, e incluso en España, el movimiento de emancipación rural dirigido o apoyado por los burgueses de las ciudades que, con el fin de liberar las tierras de todos los derechos feudales y de las antiguas restricciones, lucharon contra los señores. Estos últimos sólo pudieron mantener feudos de alguna importancia en las montañas. En Lombardía y en Toscana, a partir de los años 1200, las Comunas rurales, garantizadas por *Estatutos* muy precisos, formaron, al igual que las ciudades, sólidas comunidades políticas, religiosas y económicas; tenían una administración propia, vigilaban los límites de sus campos, regulaban los conflictos entre agricultores y ganaderos y controlaban los mercados. En Cataluña, las reivindicaciones y sublevaciones campesinas —*remensas*— fueron dirigidas, a partir de 1432, por los notarios de las ciudades que habían adquirido tierras campesinas y se oponían a la reacción señorial.

Influencia de las ciudades: reconversión de las actividades rurales

Desde el punto de vista económico, la acción de las ciudades dio lugar a una neta especialización de los cultivos para poder responder así a las necesidades del mercado urbano, e incluso del gran comercio internacional. Fue la época en que los mercaderes de las ciudades compraron bosques enteros y emprendieron de forma sistemática la repoblación de las montañas cercanas para construir en ellas nuevas casas, asegurar la explotación de minas más profundas que las de antaño, alimentar las nuevas industrias

del fuego (forjas y vidriería) y construir grandes navíos. Nuremberg poseía por aquel entonces todos los bosques de los alrededores. Bilbao reguló con gran severidad la tala de árboles y se encargó de la plantación anual de unos mil árboles, robles o castaños. Se desarrollaron también los cultivos de plantas textiles y tintóreas: el lino y el cáñamo en las llanuras alemanas (Hesse y la región del lago de Constanza) y los valles de Francia (Saona), la garanza, la hierba pastel y el azafrán. En el Piamonte, cerca de Alejandría y de Voghera, la hierba pastel hizo retroceder la economía tradicional de cereales; en el suroeste de Francia, en el Lauraguais, aseguró la fortuna de los mercaderes de Toulouse. El azafrán, que fue objeto de un intenso comercio dirigido hacia el sur de Alemania, invadió los campos de Aragón, Cataluña, de la cuenca aquitana al norte del Garona, de Forez, del valle del Rin y de los Abruzzos.

Las plantaciones de lúpulo, las huertas, y más todavía los viñedos especializados cobraron una importancia considerable en la economía agraria occidental. En 1496, un campesino vendía, en el mercado de Maguncia, cerezas por un valor de 30 florines, valor equivalente al del centeno producido en un año por un señorío noble de tamaño medio. El viñedo llegó entonces al norte y este de Alemania: Schleswig-Holstein, márgenes del Oder y del Vístula y Prusia. En la Europa meridional, el nuevo gusto por los vinos fuertes y los licores, como los producidos en Grecia, provocó la plantación de nuevos viñedos: en el reino de Ñapóles y las islas italianas, en la Riviera del Ponente genovés, en Córcega, en Provenza y especialmente en Andalucía (Jerez).

El progreso de la ganadería parece que fue todavía más espectacular. Aumentaba sin cesar la demanda de lana y carne fresca. Los carniceros pasaron a ejercer una influencia política indiscutible; poseían riquezas y tierras y construyeron *grandes carnicerías* (en Gante, por ejemplo) como símbolos de su éxito. Por su parte, los soberanos favorecieron, por razones fiscales, la ganadería trashumante en los países de montaña y del sur. La *Mesta*, organización todopoderosa que reunía alrededor de 3000 ganaderos, dominada por grandes señores que poseían de 30 000 a 40 000 cabezas, impuso su ley en toda Castilla; controlaba el tránsito de los grandes caminos (las *cañadas*) que unían las zonas de pasto de

verano (en el norte) con los de invierno (en el sur); asimismo controlaba el tránsito de los rebaños de las ferias. Por el contrario, en Inglaterra, la ganadería siguió siendo sedentaria y tanto los campesinos ricos como los *lords* se esforzaron en cercar los pastos privados, que muchas veces no eran más que parcelas de antiguos terrenos comunales. Por regla general, los señores se aprovecharon del abandono de las aldeas y de la falta de cohesión de las comunidades rurales. A su vez, este movimiento de *enclosures* precipitó ese abandono de aldeas y transformó de forma decisiva el paisaje rural.

En resumen, el interés por la ciudad explica el progreso de las ferias rurales, que vieron acrecentado su número en la mayoría de las regiones, y, sobre todo, el incremento de la industria en las zonas rurales. Esta industria rural se vio favorecida por la necesidad de encontrar aguas limpias en las que lavar la lana y los paños, por la búsqueda de una nueva fuerza motriz para los molinos batanes y, especialmente, por el interés en utilizar una mano de obra más dócil y menos exigente que la de las ciudades. Los campesinos, que hasta entonces sólo habían trabajado en la fabricación de tejidos comunes para el consumo local, empezaron entonces a producir paños delicados que eran vendidos en tierras lejanas. Sin embargo, la organización del trabajo y sus estructuras variaban según el país. En el sur de Alemania, particularmente en Suabia, y en Italia, el mercader se apropió de esa actividad, usándola en su propio beneficio; dirigía la producción, compraba las materias primas y distribuía las distintas tareas a realizar entre los campesinos dispersos por las numerosas aldeas que rodeaban la ciudad. Una pequeña empresa toscana como la de Francesco Datini, en Prato, daba trabajo a 453 hilanderos o hilanderas de lana, distribuidos en unas 95 aldeas, estando algunas de ellas situadas a 40 km de la ciudad. En Inglaterra, por el contrario, el jefe de la empresa no era un burgués de la ciudad sino el señor del manor que se ocupaba de la cría de los carneros, de la

explotación de los molinos batanes y de alquilar a los tejedores. En este país, la industria rural propiamente dicha se desarrolló en el marco del antiguo manor.

CIVILIZACIONES Y EXPRESIONES ARTÍSTICAS

Las nuevas estructuras políticas y sociales, las catástrofes o las dificultades y, en una palabra, el problema de adaptación, dejaron una profunda huella en las civilizaciones y tendencias espirituales y religiosas de la época.

El sentimiento religioso y sus expresiones

Después de la Gran Peste se desarrolló en Europa un sentimiento religioso generalizado que tenía como constantes la angustia y el temor ante la frecuente aparición de la muerte y las calamidades. Esta nueva fe, más compleja y más personal, da testimonio de un vivo entusiasmo. La exasperación del misticismo conduce muchas veces a desviaciones y aberraciones: supersticiones, prácticas mágicas, o brujerías, condenadas formalmente por los papas y los concilios, y que quedaron claramente reflejadas en las pinturas de Hieronymus Bosch. De todas maneras, inspiró una profunda devoción popular a la Virgen y a los santos protectores y milagreros. Fue la época en la que el hombre buscaba una religión más humana, más familiar, un Dios más próximo; de ahí el culto a la *Virgen de la Misericordia* que ampara a todos los hombres bajo su manto; de ahí los innumerables *Milagros* de la Virgen que redime a las almas pecadoras y desesperadas.

Por otra parte, las poesías, esculturas y frescos se complacen en representar los objetos familiares cerca de Cristo y de la Sagrada Familia: así, por ejemplo, en las tan repetidas escenas de la Anunciación, la Visitación y la Natividad.

La angustia y los males de la época encontraron también su forma de expresión en los temas macabros, e incluso de mal gusto, que obtuvieron gran consenso en aquel momento. La célebre *Danza de la muerte* ilustraba los tratados del *Ars Moriendi* y cubría los muros de las pequeñas iglesias rurales, recordando a todos los hombres la brevedad de la vida en un momento de epidemias y de guerra. Pueden encontrarse también el *Dicho de los tres muertos y los tres vivos*, la *Fuente de la Vida*, el *Lagar místico* y, de nuevo, numerosas escenas del Apocalipsis, ahora más exuberantes y fantásticas que antaño.

El arte de las cortes principescas y de las ciudades

En esta época, los artistas trabajaban preferentemente en las ciudades para los príncipes y burgueses. Los miniaturistas, pintores y orfebres ya no eran monjes sino artesanos agrupados en asociaciones profesionales y concentrados en barrios especializados (así sucedía en París, por ejemplo); ello no quiere decir que no trabajaran también para otros clientes, utilizando normalmente métodos distintos.

La fortuna de las cortes principescas provocó el surgimiento y florecimiento de nuevas formas artísticas, la mayoría de las veces de carácter original: los palacios y residencias de descanso, tanto en las ciudades como en el campo, anuncian un arte arquitectónico liberado de las preocupaciones militares. Empiezan a consolidarse las artes ornamentales y decorativas: muebles, tapicería,

coloración de los *Libros de Horas* (y no sólo de los grandes libros litúrgicos), retratos sobre lienzos, retratos esculpidos en piedra o mármol en las tumbas; e incluso composiciones musicales para las capillas de los príncipes. A pesar de todo, este arte principesco se mantuvo ligado al espíritu cortesano y denota un cierto arcaísmo en su gusto por las alegorías y símbolos (por ejemplo, en el tapiz de la *Dame à la Licorne*), o en la búsqueda de asuntos que recuerdan todavía el boato decadente de la vida señorial: cazas, bailes y fiestas, diversiones en los jardines.

En las ciudades, por el contrario, las cofradías y las agrupaciones por oficios impulsaron un arte popular de características muy especiales: estatuas de madera policromadas para oratorios y procesiones, *misterios* representados en los atrios de las iglesias…

Por lo que respecta a los mercaderes, incluidos o no en las cofradías, hay que destacar su importancia en la renovación de las formas de expresión literaria o artística: introdujeron un claro sentido realista, el gusto por la exactitud que se reflejaba en el manejo de cifras precisas, e incluso en las mismas estadísticas citadas por los cronistas; también a ellos se debió el estudio del cálculo y las lenguas extranjeras, y quizás una nueva investigación sobre la representación del espacio, las nuevas corrientes de pensamiento y un vivo deseo de conocer mejor al hombre. El humanismo italiano, desde Petrarca (1302-1374) hasta Marsilio Ficino (1433-1499) y Policiano (1454-1494), encontró un sólido apoyo en este grupo social, del que fueron buenos representantes los Médicis.

Evolución y mantenimiento del arte gótico

Alrededor del año 1300 se desarrolló en Inglaterra una nueva forma del arte gótico cuyo estilo se llamó *curvilinear* o *decorado*. Algunas decenas de años más tarde, esta nueva versión del gótico triunfó en Francia, donde se conoció por el nombre de *flamígero*. Los albañiles siguieron fieles al espíritu esencial del gótico, pero, tanto en los monumentos religiosos como en los civiles, recarga-

ron la decoración e inventaron formas mucho más complejas y atrevidas. Multiplicaron el número de nervios de las bóvedas (bóvedas estrelladas, en forma de palmera, hexagonales), rebajaron y ornamentaron las claves de las bóvedas que pendían en forma de estalactitas; el gablete del pórtico, cada vez más alto, acabó por absorber el rosetón situado a la altura del primer piso. Los encargados de las obras, para satisfacer el gusto de sus contemporáneos, aumentaron el número de torrecillas y pináculos exteriores, de agujas y balaustradas esculpidas. En el interior, se extremó la búsqueda del vacío, el empuje hacia lo alto, con la total supresión del triforio; las altas vidrieras substituían en gran parte a los muros de la nave.

Ese gusto por la decoración, por la fantasía, e incluso por la acrobacia artística, llegó, en Francia, a todos los dominios del arte. Las esculturas, contorneadas, gráciles, se cubren con vestidos de pliegues retorcidos y sus caras sonríen complacientes, sin ningún deje de malicia; otras veces, presentan expresiones un poco más delicadas, rayando en una fácil sensiblería. Las formas refinadas, preciosistas o alambicadas, alcanzaron también al arte poético y musical: poemas escritos según reglas sutiles, motetes de 18 a 30 voces. Esta misma tendencia a la extravagancia se observa en las costumbres: calzados de piel de potro, tintes femeninos, vestidos divinos en dos partes de colores vivos y distintos entre sí. También la iconografía respondió entonces a ese mismo espíritu: hombres salvajes, bestias monstruosas, terribles representaciones del infierno o de los países lejanos.

Fuera de Francia, después de 1430-1440, la arquitectura y el arte decorativo evolucionaron de formas muy diversas. En Castilla y en Portugal, la ornamentación ocupaba la totalidad de las fachadas: arte *isabelino* y, más tarde, *plateresco* (trabajo de orfebrería) en Valladolid, Burgos o Toledo, y *manuelino* en los monasterios portugueses (Tomar, Batalha). Por el contrario, Cataluña y las provincias aragonesas se mantuvieron fieles al arte gótico clásico, mucho más sobrio en sus formas. En Inglaterra, después de la etapa del estilo *decorated*, se volvió a una cierta simplicidad y a un estilo más riguroso llamado *perpendicular*. Por último, en Italia, Toscana y Roma por lo menos, se inspiraron en las formas artísticas propiamente mediterráneas, como eran las romanas o románicas.

Resulta excesivo afirmar que Italia adoptó gustosa y conscientemente las nuevas formas de expresión artística conocidas bajo el nombre de «Renacimiento»: imitación de la Antigüedad clásica, búsqueda de la representación exacta del espacio, de las perspectivas y los volúmenes. De hecho, la imitación del arte antiguo no pasó de ser superficial durante mucho tiempo y estuvo limitada a algún tipo de decoraciones exteriores, reproduciendo especialmente las del Bajo Imperio. Por otra parte, las innovaciones fueron imponiéndose de forma muy lenta y obtuvieron, al principio, éxitos muy limitados. Los intentos de Donatello (1386-1466) por imponer la gran estatuaria, o del pintor Masaccio (1401-1429), por expresar los volúmenes, no despertaron más que un interés mediocre y no tuvieron una continuidad inmediata. Después de ellos, los escultores siguieron trabajando como orfebres (puertas del baptisterio de Florencia, de Ghiberti) y las tendencias arcaizantes, «góticas» dominaron todavía en los frescos de Fra Angélico (1387-1455).

De hecho, este nuevo arte italiano no se consolidó hasta años más tarde, después de los ejemplos y las obras de Alberti (1404-1472), humanista, arquitecto y autor de varios trabajos eruditos sobre las artes plásticas y la música. Entonces el artista fijó su atención en la exacta representación del mundo exterior, en la búsqueda de los volúmenes, las líneas y las composiciones. Olvidó con ello el arte del colorido por considerarlo demasiado «gótico»; así, por ejemplo, Piero della Francesca en los frescos de la catedral de Arezzo (1452-1459).

Bibliografía: Obras de H. PIRENNE y Ph. WOLFF citadas en el cap. VIII; de J. VICENS VIVES, citada en el cap. XIII. Ph. DOLLINGER, *La Hanse (XIIe-XVIIe siècles)* (col. Aubier), 1964. W. ABEL, *Geschichte der deutschen Landwirtschaft von früfien Mittelalter bis zum 19. Jahrundert* (t. II de la *Deutsche Agrargeschichte* de G. Franz), Stuttgart, 1962. J. IMBERT, *Histoire économique (des origines à 1789)* (col. «Themis»), 1965. P. ADAM, *La vie*

paroissiale en France au XIVe siècle, 1964. E. DELARUELLE, E.-R. LABANDE, P. OURLIAC, *L'Eglise au temps du Grand Schisme et de la crise conciliaire*, t. II (*Histoire générale de l'Eglise* de Fliche y Martin), 1964. J. HUIZINGA, *Le déclin du Moyen Âge*, 1948 (hay tr. esp.: *Revista de Occidente*, Madrid, 1.ª ed., 1929). P. FRANCASTEL, *Peinture et Société*, 2.ª ed., 1966. N. COHN, *Les fanatiques de l'Apocalypse*, 1964. F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle et Capitalisme, XVe-XVIIIe siècles* (col. «Destins du Monde»), 1967. F. RAPP, *L'Eglise et la vie religieuse en Occident à la fin du Moyen Âge* (col. «Nouvelle Clio», núm. 25), 1971. (Hay trad. esp.: Labor, S. A., Barcelona, 1973).

Textos y documentos: J. THIELLAY, *Journal d'un burgeois de Paris à la fin de la guerre de Cent ans*, 1963. J. ALAZARD, *L'art italien au XVe siècle,* 1951. A. CHASTEL, *L'art italien*, t. I: *Du Moyen Âge à la Renaissance*, 1956. Numerosas obras de historia del arte ilustradas (col. Skira, Flammarion, Tisné). *Les villes au Moyen Âge* (dossier 52.70, Doc. française). A. TENENTI, *La vie et la mort à travers du XVe siècle,* 1952.

Capítulo XVI

El fin de la Edad Media en Occidente: Los Estados y los grandes conflictos nacionales

Mapa XI, frente a pág. 304.

Los soberanos de Occidente agudizaron la centralización administrativa de sus respectivos reinos. Fue la época de los *legistas* y de la *nobleza de toga*. A pesar de algunas reminiscencias, especialmente sensibles en el dominio de las mentalidades políticas, ya no puede seguir hablándose de «monarquías feudales».

El gobierno de los príncipes y la centralización administrativa tuvieron que enfrentarse, especialmente en Inglaterra, a la oposición de los lores e incluso de los Comunes que, a través del Parlamento, defendían su derecho de conceder y percibir los subsidios. En Francia, la autoridad del rey tropezó siempre con actitudes particularistas que encontraban su forma de expresión en las sublevaciones regionales o en la afirmación de verdaderas autonomías provinciales. En las regiones más ricas y activas de Italia y Alemania, se mantuvieron e incluso se reforzaron los gobiernos de las ciudades que se pusieron al frente de los Estados urbanos, ejerciendo sus funciones con diversa fortuna.

Órganos del Gobierno central

El soberano se apoyaba fundamentalmente en las altas personalidades residentes en su *palacio*, su residencia particular. Así pues, el cargo de canciller, restaurado en Francia después de la muerte de Felipe el Hermoso, sólo podía concederse a hombres en los que se pudiera confiar enteramente, es decir a familiares. Los oficiales del palacio real formaron, en Inglaterra, una especie de subgobierno, más o menos oculto, que duplicaba las instituciones reales tradicionales: la *Cancillería* para las finanzas y la *Cámara* para expedir las actas reales usando el *sello privado*.

De todas formas, los antiguos órganos de gobierno, surgidos de la *Curia Regis*, evolucionaron; sus atribuciones se precisaron mucho más y los cargos fueron renovados de forma decisiva. En París, el *Grand Conseil*, o *Conseil Secret*, no se reunió con la regularidad prevista por Luis X en la disposición de Pontoise en 1318; sin embargo, en los momentos difíciles, el rey lo convocó con desusada frecuencia: de 7 a 108 veces por año entre 1345 y 1360, y hasta 13 veces en el mes de diciembre de 1347. Las antiguas asambleas, propias del feudalismo, que congregaban de vez en cuando a gran número de vasallos elegidos según su categoría social, cedieron su lugar a los *tribunales, cámaras, parlamentos*, o en cualquier caso a asambleas más reducidas, de carácter permanente, estables y formadas por especialistas asalariados. Por lo que se refiere al ejercicio de la justicia, en París, las disposiciones de 1319, y más todavía las de 1389, limitaron estrictamente la actuación de los grandes del reino, de los pares de Francia, del obispo y abades de París y de los grandes señores de la *Grand*

Chambre o *Chambre des Plaids* (del Parlamento); además, unos 80 consejeros *ordinarios* tuvieron que fijar su residencia en París y someterse a un estricto plan de trabajo. En Inglaterra, durante el reinado de Eduardo III (1307-1377), los tribunales de justicia alcanzaron un considerable nivel de desarrollo y los intereses del rey pasaron a ser defendidos en dos cámaras distintas: *Court of common pleas* (o *common bench*), que juzgaba los pleitos entre particulares, y la *Court of King's bench*, que se ocupaba de las causas que concernían al rey. Desde el punto de vista financiero, la *King's wardrobe* controlaba entonces el estado de cuentas de las guerras contra los Valois o los escoceses y recibía las sumas recaudadas en forma de impuestos extraordinarios. Por su parte, en Francia, Carlos V confió la administración de las ayudas, nuevos impuestos exigidos con el fin de cubrir los gastos especiales de la guerra (que con el tiempo dejaron de ser impuestos extraordinarios para convertirse en regulares), a determinados oficiales, los *généraux des aides*, escogidos directamente por el rey (a partir de 1360) y estrechamente sometidos a su autoridad. De este modo, la *Chambre des Généraux*, más fiel que ninguna otra, desbordó incluso las atribuciones de la *Chambre des Comptes*.

Entonces, los individuos que podían tomar parte en la política procedían ya de un ámbito social mucho más amplio. Es cierto que los nobles reaccionaron vivamente contra el poder que los *legistas*, plebeyos o familiares del rey, obtuvieron sobre los principales resortes del Estado. Bajo el remado de Felipe VI de Valois y Juan el Bueno, el Consejo del rey estaba todavía dominado «por eclesiásticos y nobles» (R. Cazelles); esta nobleza, lejos de abdicar, generalmente se mostraba deseosa de una administración clara y al mismo tiempo mantenía una actitud abierta a nuevas ideas. Todavía en 1410, afirmaba rotundamente que para reclutar los miembros de la Gran Cámara del Parlamento «debían considerarse en primer y preferente lugar a los miembros de la nobleza». Sin embargo, estas pretensiones pronto dejarían de ser un obstáculo ante el avance de un nuevo grupo social, los *consejeros del rey*: magistrados, juristas, financieros, contables, técnicos, miembros del clero y eclesiásticos; estos últimos, formados en las universidades del reino, fueron acogidos entonces en los colegios fundados por los grandes burgueses o los prelados y recibieron, después de su ordenación, importantes beneficios de la Iglesia. Así, hombres de origen modesto, tales como William Edington o Wykeham, ambos cancilleres de Inglaterra bajo el reinado de Eduardo III, accedieron a

los puestos de mayor responsabilidad del Estado monárquico. De hecho, en esta época, el rey de Inglaterra confió la totalidad de cargos gubernamentales a clérigos: todos los cancilleres eran obispos, así como seis de los nueve funcionarios con derecho a usar el sello privado (desde 1343 a 1370). En Francia ocurrió lo mismo con los miembros del gobierno de Felipe de Valois, duque de Normandía, primero, y rey de Francia, después.

El acceso de los laicos a dichos puestos se remonta, en Francia, al reinado de Carlos V, cuando el rey y los príncipes, deseosos de incrementar el número de sus partidarios, multiplicaron los cargos oficiales. Entonces los consejeros importantes lograron reunir grandes fortunas, exigieron su ennoblecimiento y compraron tierras y feudos. Este fue el caso de los Orgemont, Bureau de La Rivière o incluso de Gontier Col, cuya fortuna sucedió, en París, a la de su protector el duque de Berry. No obstante, esa nobleza de toga, los *Marmousets de* Carlos V y los oficiales de los príncipes, permanecieron bajo la amenaza de las imprevistas intrigas y conflictos políticos; muchos de ellos perdieron sus bienes y varios perecieron durante los motines populares.

Ni la centralización política, administrativa y judicial ni el dominio de los grandes oficiales de la corte fueron fenómenos exclusivos de Francia e Inglaterra. Todos los gobiernos occidentales evolucionaron en este sentido. Por otra parte, a partir del año 1320 se precisaron, en Aviñón, las principales instituciones de la administración central de la Iglesia: La *Cámara apostólica*, la *Cancillería*, la administración judicial con el *Consistorio* (tribunal presidido por el papa) y los tribunales cardenalicios, la *Penitenciaría*. De esta forma, los cardenales pasaron a ser los verdaderos *soportes* de la Iglesia, al serles confiadas las nunciaturas o las encomiendas militares (así, por ejemplo, Guy de Boulogne, Napoleone Orsini, Bertrand du Pouget, o el célebre Albornoz). De todas maneras, la *Curia* pontificia encontró la oposición de los partidos nacionales de los cardenales, protegidos y apoyados por sus soberanos correspondientes.

Ciudades de corte

Esta evolución política precipitó la concentración económica y demográfica en beneficio de las ciudades principescas, ocupadas por sedes gubernamentales y por la corte. Desde la época de los primeros Valois, París pareció adquirir el carácter de capital política del reino. Debido a los fracasos militares, a los problemas dinásticos (lucha entre Carlos el Malo de Navarra y el delfín de Francia, Carlos, en 1357) e incluso a las guerras civiles (conflictos entre los armagnacs y los borgoñones), y bajo la amenaza constante de los motines (sublevaciones de 1357, en tiempo de Etienne Marcel, de 1382 —*maillottins*— y de 1413 —*cabochiens* —), la ciudad pretendía ejercer un severo control sobre el gobierno real. La burguesía parisiense, juntamente con sus gremios profesionales, creados a imagen de los de Flandes, exigió su reconocimiento como mercaderes (movimiento encabezado por Etienne Marcel) y más adelante, en unión con los carniceros jefes de la *Caboche*, una profunda reforma de las estructuras políticas. Todos ellos querían conseguir una mayor regularidad en la convocatoria de asambleas consultivas y una más amplia participación en el Consejo real. No obstante, en el Consejo Secreto del rey, los representantes de París y de la región (Soissons, Laon, Beauvais) constituían ya, por sí mismos, de 5 a 28% de la asamblea entre 1345 y 1358; más tarde alcanzaron 36% en 1359 y hasta 44% en 1360. En esta misma época y a causa del Gran Cisma, la Universidad de París encabezó un importante cambio de opinión en materia religiosa, según el cual la Iglesia debía ser gobernada por los concilios, donde los teólogos estaban ampliamente representados. París se enriqueció. Pasó a ser una ciudad activa, con elevado número de habitantes (200 000 ciudadanos hacia 1328), en la que la corte mantenía todo tipo de industrias de lujo: apresto y teñido de paños finos, orfebrería y esmaltes, transformación de las maderas preciosas y del marfil, tapicerías, pinturas y colorantes. Se embelleció con majestuosos conjuntos arquitectónicos: el Louvre y Vincennes, especialmente.

En la misma Francia, otras ciudades se beneficiaron de la fortuna y actividad de las cortes principescas. En Aviñón se construyó el Palacio de los Papas, que al principio sirvió de fortaleza y más tarde se conservó como residencia suntuosa, y algunos palacios más para los cardenales, en Villeneuve. Acogió a los banqueros italianos, protegió a los financieros o negociantes judíos, atrajo a los pintores sieneses y dio trabajo a los negociantes de sedas y tintes. En las lindes del reino, hay que destacar la fortuna de Pau y de Perpiñán; con posterioridad a 1410, destacaron las ciudades en las que los príncipes dotados de un patrimonio celebraban sus asambleas y cortes: Gante y Dijon, Moulins, Bourges, Angers y Aix, e incluso Ruán en tiempo de la ocupación inglesa. Todas estas ciudades ennoblecidas no fueron solamente centros literarios y artísticos relevantes, ni centraron su atención en las residencias de los príncipes mecenas, sino que al mismo tiempo fueron centros comerciales e industriales de gran actividad.

Londres, ciudad más modesta y menos rica que París, asumió también la función de gran capital: 40 000 habitantes en 1377, que contrastaban con los 10 000 de York y Bristol. El tráfico fluvial fue muy intenso en el Támesis y remontó el curso del Fleet. La gran ruta mercantil desde Chester a Dover (norte-sur) se sirvió del célebre puente, verdadera calle comercial sostenida por veinte arcos y protegida por su imponente torre. Los almacenes y tiendas se alineaban a lo largo de las estrechas y obscuras calles que descendían hacia el río. Sin embargo, en el corazón de la ciudad, cerca de la Casa de los Gremios (*Guildhall*), de la de los merceros (*Mercer's Hall*) y de la de los mercaderes de productos alimenticios (*Grocer's Hall*), se había construido un barrio aristocrático de casas de piedra con balcones decorados al estilo *decorated* de la *feliz* Inglaterra. La ciudad se anexionó varios suburbios, situados fuera del recinto urbano, cuyas murallas fueron reconstruidas en 1328 y 1386 por temor a una invasión francesa. Fundamentalmente, Londres consolidó su vocación de capital política por medio de sus palacios o residencias del rey, de los obispos y de los lores que, más elegantes y ornamentados, duplicaron las antiguas residencias fortificadas —*inns*— de las grandes familias nobles. Las residencias de este nuevo tipo se construyeron en ambas orillas del Támesis; de este modo, Westminster, lugar de reunión del Parlamento, quedaba unido a la ciudad. Carente de arzobispado y universidad, Londres consiguió jugar un

papel fundamental en la vida religiosa de Inglaterra gracias a los conventos de las órdenes mendicantes, *Blackfriars* (dominicos) y *Greyfriars* (franciscanos), y a las peregrinaciones, religiosas y políticas, al santuario de santo Tomás Becket en Canterbury.

Hubo también otras ciudades-capitales que prosperaron de forma notoria: Roma, Nápoles y Praga fundamentalmente, con gran número de artesanos y mercaderes.

Los soberanos y las asambleas de notables

El reclutamiento y paga de los mercenarios de la Guerra de los Cien Años, obligó a los soberanos de los dos países (Inglaterra y Francia) a buscar nuevos recursos, de mayor envergadura y regularidad que los ingresos obtenidos de sus dominios y que las ayudas feudales tradicionales. Para multiplicar esas ayudas, les era necesario el consentimiento de una asamblea de representantes de los distintos órdenes sociales del reino. Esas asambleas tenían ya historia en Inglaterra: se las conocía con el nombre de *Parlamento*. Por el contrario, en Francia, los *Estados* fueron convocados solamente en ocasiones extraordinarias durante el reinado de Felipe el Hermoso, y en ellos se trató siempre de exponer las «necesidades del reino» (B. Guenée). En cualquier caso, no puede establecerse ninguna comparación entre el *Parlamento* inglés y los *Estados* franceses, puesto que se trataba de instituciones de muy distinto carácter.

El Parlamento inglés, órgano regular de gobierno, se reunía cada año de una a tres veces en función de las circunstancias. Las sesiones eran breves. Esta asamblea no reunía a más de doscientas o trescientas personas, pero éstas eran representantes de toda Inglaterra y de todas las categorías sociales; el rey designaba a los

lores temporales y *espirituales*, que no habían sido elegidos por su calidad de grandes propietarios sino como jefes responsables de grandes comunidades. Se convocaba también a los *curiales*, consejeros técnicos, jueces, financieros o administradores. Entre los *Comunes* ocupaban un sitio dos caballeros por cada condado y dos delegados por cada ciudad o burgo, todos ellos elegidos bajo el control del sheriff. Estos hombres, *lores* o miembros de los *Comunes*, no sólo decidían los impuestos sino que establecían la base imponible y aseguraban la recaudación. El rey negociaba con diputados responsables. Estos jugaban también un papel político en la medida en que advertían y aconsejaban al rey, muchas veces por petición de este último, y le presentaban *petitions* que podían llegar a precisar o incluso modificar la legislación tradicional. A pesar de los problemas provocados por ciertas crisis financieras y políticas, y a pesar de esporádicas, pero violentas controversias (la de *Good Parliament* en 1376), el rey y el Parlamento normalmente colaboraban entre sí. La asamblea actuaba como órgano de gobierno.

Los Estados, en Francia, eran bien distintos de esta institución inglesa. El rey convocaba fundamentalmente a los señores de los grandes feudos: nobles y prelados. Los delegados no representaban más que a las ciudades y eran elegidos por sufragio restringido; ello explica la total falta de miembros de la pequeña nobleza en estas asambleas. Por otra parte, esos diputados parecen haber sido absolutamente incompetentes e irresponsables. Las decisiones acordadas casi siempre debían ser confirmadas o modificadas por gran número de asambleas locales. Además, el impuesto acordado por los Estados era percibido por el rey y estaba fuera de todo control. Por último, los Estados no representaron nunca la totalidad de Francia, pues éste era un país muy extenso en el que las comunicaciones eran difíciles y los regionalismos, muy agudos; éste fue tal vez el aspecto más grave de esta institución política. Los Estados llamados *generales*, por ejemplo, no agrupa-

ron más que a las provincias del Norte, de *langue d'oil*. Muchos de los Estados no pasaron de ser asambleas regionales o provinciales, o incluso algunas veces se limitaron a una o dos bailías o a una sola ciudad. Fue por todas estas razones que los Estados no jugaron, de derecho, ningún papel político ni legislativo. El rey los convocaba solamente en ocasiones difíciles, a fin de afrontar apremiantes necesidades económicas. Entonces, los delegados trataban de presentar sus reivindicaciones y de imponer nuevas reformas. Así pues, no se creaba un ambiente de colaboración sino todo lo contrario, un constante enfrentamiento que podía llegar a ser dramático; éste fue el caso de los famosos Estados generales de 1357, reunidos para conceder las ayudas necesarias para el rescate de Juan el Bueno, después de Poitiers.

La carencia de una asamblea de notables pone de relieve el particularismo regional de Francia. Equipos provinciales de oficiales y magistrados se sucedían en el gobierno central: normandos, borgoñones y gentes del centro de Francia, en la época de Felipe VI. Incluso durante la guerra contra Inglaterra, los partidos regionales amenazaban la unidad del reino: complot normando de 1343, reprimido por medio de numerosos destierros y ejecuciones, o la guerra civil entre *armagnacs* y *borgoñones*, son muestra de ello. Por último, ciertas provincias, concedidas en patrimonio a príncipes de la casa real, desarrollaron una vida política casi independiente; poseían una jurisdicción de apelación para sus súbditos, después de las reuniones solemnes llamadas *Grands Jours* (en Normandía, por ejemplo). Poseían asimismo asambleas de Estados que acordaban y controlaban los subsidios: Estados de Languedoc, del Delfinado, Estados borgoñones.

De igual modo, en los países ibéricos, las *Cortes* de Castilla o de la Corona de Aragón, convocadas a partir de los años 1190, dan testimonio de un claro regionalismo; a pesar de las diversas peticiones y tentativas de los reyes, siguieron convocándose asambleas particulares en León. Aunque las *Cortes generales* eran de interés para todos los territorios aragoneses de la península, por lo que se refiere a las *Cortes particulares*, los delegados de Cataluña, Aragón y el reino de Valencia se reunían en ciudades distintas. Sólo el rey decidía su convocatoria; él mismo las presidía en la ciudad en que se encontrara en aquel momento, por lo que algunas veces la asamblea debía seguirle en sus desplazamientos. Sin embargo, esas Cortes, verdaderas asambleas consultivas de

innegable eficacia, se parecían más al Parlamento inglés que a los Estados franceses. Era imprescindible su consentimiento para fijar los impuestos; no sólo determinaban la forma en que debían repartirse sino que controlaban su uso. En Cataluña, la asamblea elegía ocho diputados para que, durante tres años, se ocuparan del cumplimiento de las leyes. Las Cortes de Castilla proclamaban al nuevo rey y, en ciertas ocasiones, tenían voz y voto en las disputas sucesorias; no hay duda de que ejercieron un cierto control sobre el soberano y su consejo. Sus sesiones parecen haber sido bastante frecuentes: la media fue de una por año. Estas Cortes agrupaban a representantes de los tres Estados: nobleza, clero y pueblo (o *Estado llano*). En 1345, en las Cortes de Burgos, se reunieron 192 diputados correspondientes a 101 ciudades; pero, por otra parte, se tendía a reservar el derecho de voto y de representación a las ciudades más importantes: 12 en 1425 y 17 en 1437; esta última cifra se mantuvo hasta 1498, fecha en que Granada envió sus diputados; de esta forma fueron 18 las ciudades representadas en las Cortes que, como el Parlamento inglés, asumieron las funciones propias de un órgano de gobierno.

ALEMANIA E ITALIA

Había ya quedado atrás el tiempo en que el papa y el emperador luchaban por el dominio del mundo cristiano de Occidente. El soberano pontífice ejercía su poder temporal solamente en un número reducido de provincias y el prestigio pontificio había sufrido numerosas afrentas. Por otra parte, la idea de una comunidad imperial ya sólo encontraba eco en el interior de los Estados alemanes, debilitados por los problemas sociales y religiosos y por su estado crónico de anarquía política.

Carlos IV de Luxemburgo (1346-1378) se impuso personalmente la tarea de construir un principado potente; a su muerte, comprendía Luxemburgo, Bohemia, Brandeburgo, Lausitz, Silesia y Moravia; durante su reinado, la corte residía en Praga. Su hijo Segismundo se había casado con la hija del rey de Hungría. Por ello, la política de expansión hacia el este respondía fundamentalmente a los intereses de la dinastía y no a los del Imperio.

Su empeño en reunir las tierras alemanas, explica su actitud respecto a Italia: es decir su renuncia a esos territorios y su repliegue en los países germánicos. Carlos IV intentó de nuevo restablecer ciertas tradiciones y fortalecer su prestigio en el sur de los Alpes; en 1355, se dirigió a Milán, a fin de conseguir la corona de hierro de los reyes lombardos y marchó luego a Roma para ser consagrado por el papa. Pero, al año siguiente, la famosa *Bula de Oro* dejó claramente establecido el abandono de las pretensiones imperiales y la nueva concepción de un Imperio fundamentalmente germánico. La Bula establecía que en adelante no sería necesario ser coronado en Roma y que el papa no podía intervenir de forma alguna en los asuntos internos del Imperio. Por otra parte, confiaba la elección del emperador a siete príncipes electores alemanes reunidos en Francfort: los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia y los príncipes de Sajonia, el Palatinado, Bohemia y Brandeburgo.

Ni el Imperio ni los alemanes abandonaron su pretensión de expansión hacia el este: la Bula aconsejaba que tanto el emperador como sus hijos aprendieran las lenguas eslavas. Pero los hijos de Carlos IV se encontraron con la dura oposición nacional de los países eslavos y, ante ellos, sufrieron graves fracasos. Wenceslao no pudo reprimir la sublevación, religiosa y nacionalista, antialemana, de los husitas de Bohemia, región en la que su hermano Segismundo no fue reconocido como rey hasta 1436, después de 15 años de costosos enfrentamientos. Por otra parte, éste murió al año siguiente y desde entonces los checos eligieron sus reyes entre los príncipes de su propia raza.

Por su parte, los Habsburgo pasaron a ejercer el control de sus feudos en los Alpes. La *Confederación helvética*, surgida del pacto establecido entre los cuatro cantones montañeses en 1291, fue ampliando su dominio gracias a importantes éxitos militares que la liberaron de las antiguas tutelas extranjeras (victoria de Morgarten en 1315 y de Sempach en 1386). Entonces los Habsburgo centraron su atención en la expansión hacia el este, donde empezaron por reforzar sus posiciones. Con Federico III (1440-1493) se inició el largo período imperial de los Habsburgo de Austria.

El abandono del papado

La elección de Clemente V, arzobispo de Burdeos (1305), como sumo pontífice y el posterior traslado de la sede pontificia a Aviñón (desde 1309 a 1378) anunciaron para la Iglesia occidental grandes dificultades y desavenencias. De hecho, este papado de Aviñón fue francés, es decir, aliado y sometido a la corona francesa. Todos los papas fueron obispos franceses; la mayoría de los cardenales y de los altos cargos de la *Curia* procedían también de las provincias del suroeste, de Burdeos, Limoges y el Périgord fundamentalmente (B. Guillemain). Por otra parte, los papas fueron muy impopulares. Los italianos, y en especial los romanos, privados de importantes fuentes de ingresos, condenaron violentamente lo que calificaron de «cautiverio de Babilonia». El conjunto de la cristiandad se quejó de su sumisión a los Valois y del excesivo peso de su fiscalidad.

Gregorio XI, después de confiar a capitanes ingleses y alemanes la reconquista de los Estados italianos, decidió volver de nuevo a Roma en 1378, pero murió allí, poco después. Entonces, un concilio de cardenales italianos designó papa al arzobispo de Bari que tomó el nombre de Urbano IV; un poco más tarde, los cardenales franceses eligieron a Roberto de Ginebra, francés, que, como papa, tomó el nombre de Clemente VII. A partir de entonces, el *Gran Cisma de Occidente* dividió a la cristiandad romana

y arruinó el prestigio pontificio. Italia, el emperador Carlos IV de Luxemburgo e Inglaterra se mantuvieron fieles al papa italiano de Roma, mientras que el rey de Francia, los duques de Lorena y de Brabante y la reina de Nápoles se sometieron al papa francés, de nuevo en Aviñón. Este cisma no se vio resuelto ni con la muerte de los dos pontífices, ya que cada partido eligió entonces a un nuevo sucesor, ni durante el concilio de Pisa (1409), cuyo resultado fue la designación de un tercer papa. Durante todo este tiempo, la Universidad de París exigía constantemente la dimisión de los papas y, en 1399, consiguió del rey, basándose en una consulta cuyos resultados fueron falseados, la *dispensa de obediencia*, es decir, la negativa a obedecer al papa. Por último, el concilio de Constanza impuso la dimisión de los dos papas (Gregorio XII y Juan XXIII), lo que pudo hacer gracias al apoyo político e incluso policial del emperador Segismundo, y en 1417 eligió al nuevo papa, Martín V. Sólo se opuso a esta medida Benito XIII que, desde su sede en Barcelona, primero, y en Peñíscola, más adelante, resistió sin el apoyo de nadie hasta su muerte en 1423.

Justo antes del concilio de Constanza, los doctores de París afirmaron la supremacía del concilio sobre la persona del papa y propugnaron una especie de gobierno colegial de la Iglesia. En Constanza, Juan Gerson y Pedro d'Ailly habían apoyado al futuro Martín V porque creían que era partidario de esa concepción. Sin embargo, su negativa a colaborar con ellos impulsó una profunda *Crisis conciliar* que dividió de nuevo a la cristiandad acarreando consecuencias tan graves como las que se desprendieron del cisma. En el interminable concilio de Basilea (1431-1449), la oposición eligió a un antipapa, Amadeo V, duque de Saboya, que defendía su punto de vista, pero, sin embargo, abdicó al cabo de diez años (1439-1449). Aprovechando todos estos problemas internos, el clero francés consolidó todavía más su independencia respecto a Roma; por medio de la *Pragmática Sanción* (1438) el rey Carlos VII proclamó, en Bourges, las *libertades galicanas* por las cuales la Iglesia de Francia pasaba, de hecho, a estar sometida al rey, apelando para ello a un falso documento de san Luis.

Los Estados urbanos en Italia

En las ciudades mercantiles, a medida que iba debilitándose la autoridad del príncipe, se consolidaba el poder de oficiales y magistrados y llegaron a fundarse verdaderos Estados urbanos, una especie de señoríos colectivos que beneficiaban directamente a la Comuna. En Alemania, la anarquía política y la desaparición del emperador acrecentaron el poder de las ciudades que, empeñadas en mantener la seguridad de sus comunicaciones, aseguraron por sí mismas sus medios de protección y defensa. Para ello formaron potentes confederaciones urbanas capaces de oponer resistencia a señores y príncipes; este fue el caso de la Hansa teutónica y, más tarde, de las Ligas de las ciudades del Rin y de Suabia. Incluso en Francia, los infortunios de la guerra reforzaron la dominación de las ciudades sobre los campesinos de los alrededores que se refugiaron en el interior de sus murallas; a cambio, éstos debían participar en la construcción y mantenimiento de esos muros de defensa; de ahí la recaudación de contribuciones especiales, y de impuestos sobre los mercados recaudados por los oficiales de la ciudad.

Sin embargo, este destino político de las ciudades, perceptible también en Cataluña, no fue en ninguna parte tan acusado como en Italia, donde la ausencia combinada de papa y emperador había dejado al país sin dueño y, por tanto, favorecía las ambiciones de las grandes ciudades mercantiles. En las ricas planicies de Toscana y Lombardía, se acusó un claro proceso de concentración en beneficio de las principales ciudades que ya dominaban los distritos cercanos —el *contado*—. Estas atacaron las comunas más próximas y vulnerables y, al resultar vencedoras, después de costosos esfuerzos y suertes diversas, se encontraron a la cabeza de amplios Estados, administrados por sus propios oficiales, *podestades, vizcondes* o *castellanos*.

En el norte de Italia, el primer Estado urbano que se formó fue el de Verona, fundado en los años 1260, que se extendía desde los Apeninos hasta el mar. A continuación, Milán, más próspera y más rica tanto en hombres como en capitales, sometió a Verona y pasó a dominar una gran parte de la llanura del Po; por otra parte, decidida a con-

quistar un puerto activo, logró, varias veces, el gobierno de Génova, ciudad ésta que, dividida por las luchas entre diversas facciones, fue incapaz de conseguir para sí misma un Estado en el interior. Sin embargo, Milán se encontró con dos rivales: al este, Venecia, que viendo sus posesiones orientales amenazadas, buscaba una compensación en la *Terra Ferma*, su propio país; al sur, Florencia, que para mejorar su comercio, se apoderó de Pisa e intentaba extenderse hacia Roma, amenazando Siena, y hacia los Apeninos, las ciudades de Emilia. En estas condiciones la unificación de Italia parecía absolutamente imposible. Ninguna ciudad podía imponer su propia ley. Incluso las tentativas de Alfonso V el Magnánimo, de Aragón, tantas veces victoriosas, concluyeron en estrepitosos fracasos: él mismo fue hecho prisionero por la flota genovesa, en 1345 en la batalla naval de Ponza. En 1453 se firmó el pacto de Lodi por el cual se concluyó una partición de la península y se estableció un cierto equilibrio entre las dos partes resultantes.

Así pues, las ciudades mercantiles italianas, en guerra continua, dejaron de armar milicias burguesas. En su lugar, pagaban a compañías de mercenarios extranjeros (brabanzones, alemanes o catalanes) bajo las órdenes de capitanes o *condottieri*; siendo la *condotta* el contrato que, redactado a modo de un acta comercial, unía a la comuna al capitán responsable de los hombres. Estas tropas, poco numerosas y caras de mantener, debían conseguir el máximo rendimiento de sus armas y caballeros, con lo cual preferían la guerra de emboscadas y escaramuzas; entonces se impuso un nuevo arte de la guerra, en el que las negociaciones e intrigas decidían, las más de las veces, la conclusión de los conflictos. El *condottiere* pasó a ser una especie de héroe de la época; las Comunas les dedicaron estatuas ecuestres a la antigua usanza (la de Gattamelata, de Donatello, en Padua, o la del Colleone, de Verrochio, en Venecia).

Las transformaciones de la economía, el crecimiento demográfico y los problemas sociales provocados por las crisis y los altibajos comerciales, precipitaron la evolución política de las ciudades mercantiles italianas. Esta siguió aquí un esquema bastante general que se manifestó primeramente en Lombardía y más tarde en Toscana. El gobierno de los *Gremios* substituyó entonces al de los *Cónsules*; en adelante, oficiales y magistrados fueron elegidos por los gremios o asociaciones profesionales (así en Florencia

a partir de 1282). El mantenimiento de la paz fue difícil para esa nueva aristocracia mercantil, con frecuencia poco diferenciada de la anterior. Tenía que luchar a un mismo tiempo contra los intentos de personalización del poder (éste fue el caso, en Florencia, de Roberto de Anjou, y después, de Gautier de Brienne, en 1342, lugarteniente del rey de Nápoles) y contra las manifestaciones y sublevaciones populares (en Florencia, la de los *Ciompi* en 1378). Fue entonces cuando los *señores* impusieron su poder, y, actuando como tiranos, aunque con el consentimiento popular muchas veces, confiscaron en beneficio propio los poderes de la Comuna y fundaron verdaderas dinastías. Estos señores fueron, en muchos casos, antiguos capitanes tales como los Visconti o los Sforza en Milán. Otras veces se trataba de antiguos mercaderes, individuos ambiciosos y sin escrúpulos, que tenían una clara visión política. Los Médicis de Florencia consiguieron el exilio de sus adversarios y acumularon para sí cargos y honores; en 1439, Cosme de Médicis era ya el señor de la ciudad. A pesar de los fuertes núcleos de oposición (la conjura de los Pazzi en Florencia, en 1478), el poder se mantuvo sólidamente en manos de esos nuevos señores. De este modo, Italia aparecía como un país dominado por los príncipes que encabezaban los Estados urbanos: los Sforza en Milán, los Este en Ferrara, los Montefeltre en Urbino y los Médicis en Florencia.

Venecia siguió una trayectoria mucho más original: la permanencia en el poder de una aristocracia mercantil, triunfante y extremadamente cerrada, que detentaba todos los resortes económicos y políticos de la vida del país, impuso su peculiaridad a todas las formas de civilización. No reservaba al *Dux*, primer magistrado, más que algunos poderes honoríficos, controlaba al pueblo gracias a una relativa prosperidad, y por medio de sus consejos, y en especial del *Senado*, gobernaba sobre un rudo aparato policial dirigido por el *Consejo de los Diez*.

LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

La historia del conflicto franco-inglés subraya la evolución política de ambos reinos. La guerra, que empezó como un enfrentamiento «feudal» y un siglo más tarde se agravó a causa de una crisis dinástica, afectó de lleno a las distintas poblaciones, suscitando en ellas reacciones colectivas y un cierto enfoque de la mentalidad popular hacia lo nacional.

El enfrentamiento «feudal» fue provocado por la negativa o las reticencias del rey de Inglaterra a rendir homenaje al rey francés como le correspondía por sus feudos en el continente; ésta había sido ya la causa de la llamada «guerra de Guyena» entre 1324 y 1327. En 1328, la muerte de Carlos TV planteó, en París, un difícil problema sucesorio; por tercera vez el rey de Francia murió sin sucesión y, en esta ocasión, no podía ni tan sólo recurrirse a la coronación de uno de sus hermanos (como había ocurrido ya con Felipe V, en 1316 y Carlos IV, en 1322). La elección de los barones recayó en uno de sus primos, Felipe de Valois. Sin embargo, dos pretendientes al trono podían hacer valer sus propios derechos, que no eran inferiores a los del nuevo rey elegido: Eduardo III, ya rey de Inglaterra, y Carlos el Malo, rey de Navarra.

Eduardo III, después de haber rendido homenaje en 1329, se negó a reconocer a Felipe VI y lanzó su reto. Los dos adversarios buscaron aliados, en especial en Flandes, y la guerra se inició de forma decisiva en 1340: por medio de la victoria naval de la Ecluse (cerca de Brujas) los ingleses se aseguraron el dominio del mar, el traslado de sus tropas al continente y, al mismo tiempo, contuvieron por mucho tiempo las incursiones de los corsarios normandos en sus costas.

En tierra firme, la superioridad militar inglesa fue patente desde los primeros combates. Mientras los franceses seguían armando tropas, difíciles de dirigir, formadas especialmente por caballeros que atacaban al enemigo a la carga, los ingleses reclutaban un mayor número de mercenarios a sueldo; de todas formas, en sus ejércitos seguían siendo cuantitativamente importantes los soldados de infantería y los campesinos libres, armados de *grandes arcos*, cuyo uso lo habían aprendido, sin duda, durante las guerras contra los galeses: en definitiva, constituían un ejército temible

que actuaba de prisa y se desplazaba con facilidad. Agrupados en compactas formaciones cuadranglares, los arqueros ingleses, ayudados por los infantes galeses armados de grandes machetes, diezmaron cada vez las cargas francesas. Esta superioridad manifiesta explica el rotundo éxito de Crecy (1346) que llevó a la toma de Calais, sólida cabeza de puente para las futuras expediciones, y más tarde a la de Poitiers (1356) donde el rey Juan el Bueno (1350-1364) fue hecho prisionero.

Las victorias de Carlos V

El anuncio de la derrota y de la cautividad del rey provocó en toda Francia un movimiento de estupor e indignación que, en París, se expresó por medio de la actitud hostil de los Estados, reunidos (en 1357) para tratar de conseguir el dinero del rescate. Etienne Marcel, preboste de los mercaderes de París, y Carlos el Malo provocaron varias sublevaciones populares; los burgueses, al mismo tiempo, exigían reformas y querían imponer la *Grande Ordonnance*; una revuelta campesina, la *jacquerie*, se extendió por las zonas rurales de la Île de France. En todas las provincias, las ciudades y aldeas levantaron o reforzaron sus murallas y fuertes, por lo general simples iglesias fortificadas.

No obstante, Carlos, primero delfín y luego rey (Carlos V, 1364-1380), restableció la paz interna y rechazó a los ingleses. Vencedor de los motines parisienses gracias al apoyo de la nobleza y de las provincias, instauró un gobierno estable y poderoso, exaltando la supremacía real por medio de la ceremonia de consagración y creando nuevos impuestos regulares: *aides* y *fouages*. En el plano militar, el rey rehusó el combate y dejó que los ingleses hicieran *grandes cabalgadas* a través de Francia, hasta que,

faltos de avituallamiento, regresaron exhaustos a Burdeos. Du Guesclin, miembro de la pequeña nobleza bretona, fue nombrado condestable y, desde esa posición de mando, derrotó duramente a los navarros en Cocherel (1346) y dirigió a las bandas de soldados mercenarios que devastaron el país por completo; en invierno de 1370, sorprendió a los ingleses en Pontvallain. Todas esas victorias conseguidas por los franceses y las dificultades de los ingleses (revuelta campesina de 1381) hicieron que, a la muerte de Carlos V, los ingleses no poseyeran en Francia más que unos pocos enclaves importantes en torno a Calais y Burdeos primordialmente.

Los desórdenes internos en Francia: armagnacs y borgoñones

Bajo el reinado de Carlos VI (1380-1422), las rivalidades entre los príncipes, tíos y hermanos del soberano (Juan de Berry, Luis de Orleans, Felipe el Atrevido y, luego, Juan sin Miedo de Borgoña), las graves dificultades financieras (Carlos V dejó el tesoro vacío y el país oprimido por los impuestos) y la posterior locura del rey (a partir de 1392), provocaron una situación de rebelión y guerra civil. El asesinato de Luis de Orleans, llevado a cabo por Juan sin Miedo, quedó sin castigo y originó la formación de verdaderos partidos políticos y regionales, entre ellos los *armagnacs* y los *borgoñones*. Su enfrentamiento arruinó la autoridad y el prestigio del rey. En París, las sublevaciones populares y las sanciones y represalias que siguieron cada vez al triunfo de uno u otro partido, mantenían vivo un clima de revolución y desórdenes.

En 1399, Ricardo II de Inglaterra, rey desde 1377, partidario de la tregua y de la paz, fue hecho prisionero por su rival Enri-

que de Lancaster y murió poco después en el cautiverio. El nuevo rey, Enrique IV (1399-1413) consolidó su poder en el interior del país frente a las distintas facciones y a los galeses. Su hijo Enrique V (1413-1422) reemprendió la ofensiva contra Francia. En Azincourt (1415) el ejército francés, privado de las tropas del partido borgoñón, fue completamente aplastado y sus príncipes fueron asesinados o hechos prisioneros. El asesinato de Juan sin Miedo en el puente de Montereau (1419) lanzó a los borgoñones contra el partido inglés y, en 1420, por el tratado de Troyes, Carlos VI tuvo que desposeer a su hijo (el futuro Carlos VII) en favor del rey de Inglaterra, que se casó con la princesa Catalina y recibió la regencia de Francia. Esta era una manera de proclamar la unión de Francia e Inglaterra bajo la dinastía de los Lancaster.

Los dos reinos de Francia

En 1422, la muerte de los dos reyes, Carlos VI y Enrique V, consolidó la división de Francia en dos reinos. En el norte, donde reinaba el joven rey inglés Enrique VI (nacido en 1421), representado por el regente Bedford, el reino anglo-francés, con sus capitales en París y Ruán, se benefició del apoyo indiscutible de los borgoñones, los príncipes del norte y, sobre todo, de París: capital dominada por una burguesía de negocios interesada en el mantenimiento de lazos económicos y políticos con Flandes. El otro reino, el de Carlos VII, refugiado en Bourges, heredero de los partidos de Orleans y de Armagnac, comprendía las provincias del sur y, en especial, el Languedoc.

En este momento la oposición a los ingleses parecía la manifestación de un sentimiento popular, particularmente sentido en las zonas rurales. Esa mentalidad colectiva, todavía hoy poco estudiada, da testimonio de una primera toma de conciencia nacional; algunas veces, ésta tomaba cierto cariz religioso: de ahí la importancia de la ceremonia de consagración y, en Normandía, por ejemplo, el fervor de los peregrinos que se dirigían a Mont Saint Michel; por otra parte, este sentimiento nacional provocó o estuvo acompañado de actos aislados de resistencia, tales como

la negativa a pagar los impuestos o a prestar el servicio de hueste, e incluso de grandes sublevaciones. Verdaderos *maquis* de campesinos tomaron los bosques y amenazaban constantemente las guarniciones y rutas inglesas.

Juana de Arco fue precisamente el personaje que encarnó ese sentimiento popular. Esta, una campesina procedente de un feudo lorenés que todavía pertenecía a los Orleans, aislada en tierra enemiga, impuso su voluntad de resistencia a los nobles y al rey Carlos (1429). En aquel mismo año, liberó Orleans, la plaza fuerte más adentrada en territorio de los ingleses y borgoñones, y consiguió la coronación del rey en Reims, apuntándose al mismo tiempo importantes éxitos y atrayendo a la población a la causa de Carlos VII, cuya legitimidad afirmó con entusiasmo.

La historia del proceso y condena de Juana de Arco expresa con claridad esa oposición entre las dos Francias. Capturada por un príncipe del norte, Juan de Luxemburgo, durante el ataque a Compiègne y, en consecuencia a París, fue inmediatamente entregada a los ingleses por los borgoñones. Su proceso, llevado a cabo en Ruán, capital del Estado anglo-francés, se realizó aunque bajo la presión constante de los ingleses, ante el obispo de Beauvais y de los clérigos de la Universidad de París (1431). En esta capital, los dominicos justificaron y ratificaron en sus sermones esa condena. El autor del *Journal d'un Bourgeois de Paris*, coetáneo de Carlos VII, la trató de bruja peligrosa; éste decía también que otras mujeres, brujas al igual que ella, intentaban levantar al pueblo y a los soldados en contra de los ingleses; por lo menos dos de ellas fueron capturadas y quemadas. En esta misma época, los ingleses condenaban a las mujeres en Normandía a ser enterradas vivas por haber «aconsejado y confortado a bandidos y enemigos».

LA RESTAURACIÓN FRANCESA

Tanto la restauración de la unidad política y del poder monárquico como la reorganización de los ejércitos y las finanzas de la corona prepararon la victoria de Carlos VII. En 1435, por el tratado de Arras, el rey se reconcilió con el duque de Borgoña, Feli-

pe el Bueno, y pudo así entrar victorioso en París. Oficiales especiales, los *trésoriers*, se encargaron de reorganizar el dominio real y de controlar los ingresos, mientras que los *généraux des finances* forjaron un nuevo sistema de administración fiscal, igual para todo el país, y se ocupaban de recaudar regularmente las *aides*. El mismo rigor se aplicó al reclutamiento de los hombres que, pagados y equipados por el soberano, formaron cuerpos estables y fieles, de caballería (*compagnies d'ordonnances* en 1445) y de infantería (*francsarchers* en 1448), organizados y regidos todos ellos por oficiales reales. La artillería real, más ligera y manejable que antaño, pasó a ser capaz de atacar las fortalezas del enemigo y, especialmente, las plazas fuertes, los castillos de los príncipes, los grandes vasallos y los señores. De esta forma, el país fue pacificado al tiempo que los ingleses, vencidos en Formigny (Normandía) y luego en Castillon (en el sureste), perdían, con Ruán y Burdeos, sus últimas posesiones en Francia, manteniendo su soberanía solamente en Calais (1453).

Luis XI (1461-1483) continuó esta obra de restauración política permitiendo cierto apogeo económico gracias al desarrollo de nuevas ferias e industrias; hizo suyas algunas de las iniciativas de Jacques Coeur, que fue por algún tiempo *gran argentier* de Carlos VII. La autoridad real se apoyaba entonces en un ejército mucho más poderoso, en los legistas del Gran Consejo, elegidos cuidadosamente, en un aparato policial realmente eficaz, en los obispos designados igualmente por el soberano e incluso en las asambleas de los Estados, ahora bien preparadas y dirigidas. Todo ello permitió al rey desmantelar la resistencia del clero y de algunos grandes señores y seguir en la línea de unificación del reino; un ejemplo del progreso conseguido lo constituye la institución de las *Postes royales*.

No obstante, bajo esos dos reyes, los particularismos regionales todavía se dejaron sentir con alguna fuerza. En 1440, los señores dirigidos en su lucha contra Carlos VII por el delfín (el fu-

turo Luis XI) y por el duque de Borbón, se levantaron contra el progreso continuo de la autoridad real y contra los constantes ataques ejercidos sobre los privilegios señoriales o provinciales; este movimiento fue llamado *Praguerie*, rebelión regional. Se conocen mejor los encarnizados esfuerzos de Luis XI para dominar y frenar las ambiciones del Estado borgoñón. Carlos el Temerario (duque desde 1467 hasta 1477), señor de Borgoña, de Brabante, del condado de Namur, de Flandes y de Holanda, intentó reunir todas estas provincias en un reino único y compacto. El proceso implicó serios conflictos que, entrecortados por períodos de tregua, de alianzas e intrigas de todo tipo, aportaron grandes éxitos a la causa de Luis XI; su adversario, ya vencido por los suizos, encontró la muerte ante la ciudad de Nancy. El rey se vio imposibilitado para apoderarse de la herencia del duque y anexionar de nuevo Borgoña a Francia; entonces, el particularismo borgoñón se afirmó de forma absolutamente clara. Incluso después de la muerte del rey, su hija, la regente Anna de Beaujeu, tuvo todavía que reprimir una dura y peligrosa rebelión de los grandes señores; fue la llamada *Guerre Folle*. En este momento, hay que reconocer que la unificación nacional, apoyada en un sentimiento popular hostil a la dominación inglesa, chocó todavía con los particularismos y deseos de autonomía de diversas provincias. Francia no era aún una sola nación.

LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

En Inglaterra, la unidad del reino, o por lo menos su paz interna, se vio gravemente comprometida por la larga minoría de edad de Enrique VI y por los fracasos militares sufridos por sus ejércitos en el continente. Mientras el bandolerismo, los desór-

denes y las sublevaciones campesinas se extendían por el país y el poder real iba debilitándose dada la locura sufrida por el soberano, dos facciones principescas opuestas se enfrentaron al reivindicar para sí la corona. De esta forma se inició la Guerra de las Dos Rosas entre los partidos de York (rosa blanca) y de Lancaster (rosa roja). Esta guerra, durante más de 15 años (de 1455 a 1471) mantuvo a Inglaterra dividida en dos clanes violentamente hostiles entre sí y asoló los campos, llevando la corrupción a todas partes. Finalmente, Eduardo IV, jefe del partido York, vencedor en 1461, aprisionó a Enrique VI y le hizo asesinar en la Torre de Londres.

Bibliografía: E. PERROY, *La Guerre de Cent Ans*, 1945. A. COVILLE, *Les premiers Valois et la Guerre de Cent Ans* (*Histoire de France* de E. Lavisse, t. IV), 1902. Obra de F. LOT y R. FAWTIER citada en el cap. X. R. CAZELLES, *La société politique et la crise de la royauté sous Philippe VI de Valois*, 1958. Dos tomos de la *Oxford History of England: The Fourteenth Century* de M. MCKISAK (1959) y *The Fifteenth Century* de E. F. JACOB (1961). Y. RENOUARD, *Histoire de Florence* (col. «Que sais-je?», núm. 1116), 1964. B. GUENÉE, *L'Occident aux XIV*[e] *et XV*[e] *siècles. Les Etats* (col. «Nouvelle Clio», núm. 22), 1971. (Hay trad. esp.: Labor, S. A., Barcelona, 1973). R. FEDOU, obra citada en la cap I. J. D'AVOUT, *31 juillet 1358. Le meurtre d'Etienne Marcel*, 1960. P. BONENFANT, *Philippe le Bon*, 1959. A. R. MIERS, *England in the Late Middle-Ages (1307-1536)* (*Pelican History of England*, t. 4), 1956.

Textos y documentos: J. FROISSART, *Chroniques*, ed. por S. Luce (Société de l'Histoire de France), 1859-1873. *Les Grandes Chroniques de France*, ed. por J. Viard (ibíd.), 1937. *The Chronicle of Jean de Venette*, ed. por R. A. Nawhall, Nueva York, 1953. P.-C. TIMBAL, *La Guere de Cent Ans vue à travers les registres du Parlement (1337-1369),* 1961. Ph. CONTAMINE, *Azincourt* (col. «Archives»), 1964. *La Guerre de Cent Ans* (dossier D. P. 5203, ed. Doc. française).

Capítulo XVII

Los límites y las conquistas de Europa

Mapas: IX, frente a pág. 208 y XI, frente a pág. 304.

El espíritu de las Cruzadas se mantuvo vivo por mucho tiempo, incluso después de la pérdida de Tierra Santa. Los cristianos siguieron formando ejércitos para atacar a los musulmanes o a los infieles. Sin embargo, estas empresas adquirieron un carácter nuevo, que, a excepción de la guerra de 1396 contra los turcos, podríamos calificar como de más nacional; la suerte que corrieron esas nuevas Cruzadas fue muy diversa. En el este fueron consolidándose las ambiciones políticas de los caballeros teutónicos. En esta zona, la expansión alemana chocó con los recientemente aparecidos Estados eslavos. En el sureste europeo, el Imperio otomano, que pronto se convirtió en conquistador, ocupó o amenazó territorios que poseían ya una larga historia como cristianos. Por el contrario, hacia el sur, los países ibéricos, altamente poblados, consiguieron importantes éxitos: la conquista de Granada y de amplios territorios en Marruecos, la colonización de las islas del Atlántico y, sobre todo, el descubrimiento de nuevas líneas marítimas y de tierras desconocidas.

El nuevo Estado ruso

La conquista y la dominación de los mongoles habían arruinado el Estado de Kiev (en 1240). El *kanato* de la Horda de Oro, cuyo centro estaba situado en la desembocadura del Volga, en torno a Saray, la capital, extendió su dominio a todos los principados rusos, llegando hasta el de Vladimir e incluso el de Novgorod; no sólo exigía tributos sino también hombres. Por su parte, las estepas del sur, despobladas, estaban abandonadas a las tribus nómadas: mongoles, turcos, búlgaros y otros pueblos pastores que los rusos designaban por el nombre de *tártaros*.

No obstante, en el norte, el príncipe de Novgorod rechazó con facilidad los asaltos que los suecos realizaron en 1240 contra las orillas del Neva (de ahí el nombre de Alexander *Nevsky*) y los de los Caballeros de la Espada; éste fue a la vez el primer éxito de los eslavos y el primer obstáculo con que se tuvo que enfrentar la expansión alemana hacia el este. El resurgimiento del Estado ruso tuvo lugar, precisamente, en los países del norte, lejos de las tradicionales capitales de la estepa. En primer lugar se impulsó una profunda conquista agraria de los claros de los bosques, lo que dejó su huella en la Rusia del siglo XIV, al engendrar una civilización eminentemente rural y unas estructuras sociales muy particulares. A la antigua aristocracia de los *boyardos* se le sumó un gran número de gentes ennoblecidas por las concesiones territoriales recibidas de los príncipes, que pasaron a dirigir las roturaciones, dominaban las comunidades campesinas, cuyos vínculos de solidaridad eran muy estrechos, sometiéndolas a un duro control y, para paliar la falta de mano de obra, exigían servi-

cios regulares e impedían que los campesinos abandonaran las aldeas. De este modo se instauró un verdadero régimen de servidumbre en el que el campesino quedó reducido a la condición de esclavo (anteriormente estos últimos procedían de «razzias» guerreras). La actividad mercantil no pasó de ser precaria y la producción artesanal estuvo limitada a las necesidades del consumo local. Solamente Novgorod entró en contacto abierto con el exterior por medio del Báltico, aunque la mayor parte de las actividades comerciales estaban en manos de los agentes alemanes de la Hansa. Moscú era entonces una ciudad más de las construidas en los claros de los bosques, una fortaleza rodeada de bosque.

La dominación mongólica había agravado el regionalismo. Numerosos principados, vasallos de la Horda, se enfrentaban en luchas continuas y el fraccionamiento político se acentuaba cada vez más. Algunos principados no sobrepasaban los límites de los grandes señoríos rurales. Pero, en esta época, los príncipes de Moscú concentraron las tierras del norte. Iván I (1328-1340) se apoderó del dinero de los impuestos destinado a la Horda (de ahí el apodo de *Kalika = Bolsa de Oro*); ello le permitió comprar al kan tártaro el título de «gran príncipe de Moscú»; más tarde, él mismo se atribuyó el de «príncipe de Moscú y de toda Rusia» y atrajo a su ciudad al metropolitano de Vladimir. Sus sucesores impusieron su ley a los principados vecinos y reprimieron duramente sus sublevaciones. En 1367, bajo el prestigioso reinado de Dimitri Donskoi (1362-1389), Moscú (ya reconstruida después del incendio de 1339) se rodeó de murallas de piedra y se convirtió en la capital, hecho éste favorecido por la construcción en la ciudad del Kremlin, a la vez fortaleza y centro administrativo y religioso. Dimitri venció a los mongoles en Kulikovo.

Más tarde, los moscovitas extendieron su área de influencia más allá de los Estados enclavados en los bosques. Iván III el Grande (1462-1505) se apoderó de Rostov y de Novgorod; en 1480 derrotó a los kanes de Saray que todavía pretendían exigir el tributo. Desde entonces se consolidó de forma decisiva y definitiva la independencia del nuevo Estado ruso.

Los rusos estuvieron en estrecho contacto con la corte de Saray; más adelante, los mongoles cristianizados se establecieron en tierras moscovitas. De esta manera se explican todo tipo de intercambios: atuendos y costumbres, vocabulario, monedas e incluso ciertos tipos de actuación política. Sin embargo, a pesar de que estuvieron por un tiempo aislados de Constantinopla, los principados rusos se mantuvieron fuertemente vinculados al legado bizantino y, en 1453, Moscú, ya capital del cristianismo oriental, pudo considerarse como *tercera Roma*.

Otros Estados más occidentales, todos ellos católicos romanos se protegieron, a la vez, de los intentos de expansión de rusos y alemanes. Los lituanos tenían que luchar constantemente en ambos frentes, llegando a amenazar la supremacía de los moscovitas. Aquellos formaban un pueblo báltico, pagano, dividido en gran número de clanes y tribus que encontraron su unidad y formaron un sólido principado bajo el reinado de Mindangas (1239-1263). Estos lituanos adoptaron una de las lenguas rusas y admitieron asimismo oficiales y administradores procedentes del este. Este Estado guerrero atacó a los polacos y mongoles de la Horda de Oro y lanzó lejanas expediciones hacia el sur. Hacia los años 1350 el Estado lituano parecía el único capaz de enfrentarse a los pueblos tártaros y, por ello, aglutinó a numerosos príncipes rusos. En 1361, los lituanos se apoderaron de Kiev, estableciendo allí, de mutuo acuerdo con Bizancio, a un metropolitano y extendieron su dominio por toda la zona occidental de Rusia, poblada por los rutenos. Pero en 1386 el enlace matrimonial de Jagello con Hedwige de Anjou, heredera de Polonia, preparó ya lo que se ha venido llamando el gran ducado occidental de Lituania. Jagello, por su parte, se convirtió al cristianismo, con lo cual los rutenos, de rito griego, se vieron confinados a la difícil situación de minoría religiosa, oprimida con frecuencia (no obstante, en 1439, en el concilio de Florencia, debieron aceptar la unión con Roma). Por esta razón, desde entonces, Moscovia pudo imponer con facilidad su supremacía sobre «todas las Rusias».

La Polonia católica, atacada simultáneamente por los prusianos, paganos, y por los mongoles, se mantuvo durante largo tiempo bajo el dominio de los alemanes. Estos últimos colonizaron las tierras, roturaron los bosques y favorecieron el estableci-

miento de comerciantes y artesanos en los puertos y en las grandes ciudades mercantiles del interior (especialmente en Cracovia). Los caballeros teutónicos y los margraves de Brandeburgo hicieron extensible su empresa política a las provincias marítimas. Una dinastía exclusivamente polaca recuperó el poder, siendo su primer rey Ladislao I, coronado en 1320; éste había estado luchando durante diez años contra el partido alemán, y más especialmente contra los burgueses de Cracovia, y en 1331 consiguió su primera gran victoria sobre los teutónicos. El reinado de su hijo, Casimiro el Grande (1333-1370), quien se apoderó de Silesia y arrebató Bohemia a los alemanes, supuso el apogeo de ese renacimiento polaco. El soberano, a pesar de las sublevaciones de la nobleza —la *szlachta*— de la Gran Polonia, aseguró la paz interna. La originalidad eslava de Polonia se afirmó frente a Alemania por la elaboración de un sistema de derecho específico (el *estatuto de Wislica*, compendio de antiguas costumbres) y por la fundación de la Universidad de Cracovia (en 1364), que liberó al país de la dominación intelectual y religiosa que los alemanes estaban llevando a cabo. Cracovia se enriqueció gracias al tráfico y tránsito de mercancías entre las orillas del Báltico y las del mar Negro; sus barrios mercantiles se poblaron de artesanos judíos; algunos hombres de negocios italianos, florentinos fundamentalmente, llegados para recaudar los diezmos de los papas de Aviñón, se interesaron por la explotación de las aduanas y de las minas de sal. Las rutas mercantiles estaban jalonadas por ciudades fortificadas, rodeadas de altas murallas.

Bajo el reinado de Luis I (1370-1382), de origen angevino, ya rey de Hungría, la alta nobleza se aseguró el derecho de elegir al soberano. Después de la muerte de Luis, ésta rompió su alianza con Hungría y forzó a su hija Hedwige a casarse con Jagello de Lituania. Al principio, la unión de esos dos Estados fue imperfecta: Jagello tuvo que confiar el gobierno de Lituania a uno de sus parientes, Witold (Vytantas). No obstante, éste fundó un am-

plio Estado, que se extendía desde el mar Báltico al mar Negro, y obtuvo el homenaje de todos los pueblos vecinos, de los príncipes de Moldavia, Valaquia y Besarabia. Se trataba de un Estado fundamentado en estructuras sociales de vasallaje y de vinculación personal, pero capaz, en este momento, de triunfar de forma espectacular y decisiva sobre el pretendido avance territorial de los alemanes. En 1410, los polacos, junto con sus aliados, vencieron, en Grunwald (Tannenberg), a los caballeros teutónicos. Poco después, en 1413, tal vez un momento difícil dada la oposición de los rutenos, se proclamó solemnemente la unión de Polonia y Lituania, que había sido preparada por la nobleza de ambos países. Más tarde, durante la Guerra de los Treinta Años (1454-1466), los teutónicos sufrieron una nueva derrota ante los polacos, aliados esta vez con la burguesía y la nobleza prusiana (*liga prusiana* de 1440). Por el tratado de Torun (1466), los caballeros conservaron solamente la Prusia oriental.

Los alemanes frente a los países escandinavos

La compleja historia de los países escandinavos subraya también el vigor de las reacciones nacionales ante el intento de expansión alemán. Vencedores de Valdemar de Dinamarca, las ciudades de la Hansa impusieron, en 1371, el tratado de Stralsund que les concedía importantes privilegios mercantiles, tales como la libre circulación por los estrechos. A la muerte del rey Valdemar, Alberto, príncipe alemán y duque de Mecklemburgo al tiempo que rey de Suecia desde 1363, se presentó como pretendiente de la corona danesa; para ello tuvo que enfrentarse a la resistencia de Margarita, hija de Valdemar. A pesar de los ataques de la Hansa, de las incursiones de los piratas alemanes —los *Vi-*

talienbrüder—, que se apoderaron de Visby y de varios puntos de la costa de Finlandia, y a pesar del apoyo incondicional que Estocolmo ofreció a los germanos, Margarita triunfó sobre su rival. En 1397, hizo proclamar en Kalmar la *Unión* de los tres reinos escandinavos —Suecia, Dinamarca y Noruega— en beneficio de su sobrino Enrique de Pomerania.

Fortalecido por este indiscutible éxito político, Enrique, apoyándose en su alianza con los polacos, intentó acabar con la expansión económica alemana; en 1426 obligó a todos los navíos que franqueaban el estrecho de Sund a pagar peaje. Lübeck, la ciudad más directamente interesada, buscó el apoyo de las otras ciudades del Báltico, y se lanzó a una larga guerra; después de nueve años de incursiones y combates, obtuvo la confirmación de todos los privilegios económicos y financieros de los alemanes, por lo que se refería a los estrechos y a los países escandinavos. Además, en 1438, Enrique fue depuesto y su sobrino Cristóbal de Baviera ciñó la corona.

No obstante, a la muerte de Cristóbal (1448), la oposición sueca, que venía manifestándose, desde hacía veinte años aproximadamente, por medio de las sublevaciones de los mineros y de la celebración de asambleas en las que figuraban delegados de los campesinos y de la burguesía, entregó el poder, en primer lugar, a Carlos VIII y, después, a la dinastía de los Sture, resueltamente contrarios a los reyes daneses de la familia alemana de Oldenburgo y a los príncipes rusos que empezaban ya a amenazarles.

Fracaso de las Cruzadas contra los turcos

A partir de 1204, las desviaciones sufridas por las Cruzadas despojaron a las expediciones alentadas directamente por el papa de su sentido originario. Urbano IV, papa francés de Troyes, predicó una Cruzada para instalar y mantener a Carlos de Anjou en el trono de Sicilia frente a las pretensiones de sus adversarios alemanes. Fue entonces cuando los hospitalarios hicieron pintar los frescos de la torre de su monasterio de Pernes, en Vaucluse, exaltando las victorias de los cruzados sobre Manfredo y Conradino y no sobre los infieles.

Sin embargo, un siglo después, el avance turco despertó de nuevo entre los cristianos el entusiasmo de las primeras cruzadas. Pero si el ceremonial y las palabras eran las mismas, la verdad fue que alcanzaron a un número muy limitado de personas. La mayoría de las veces fueron simples expediciones de prestigio, que tenían como finalidad imitar a san Luis y reclamar el derecho a ser considerados como seguidores suyos. Felipe VI de Valois, en los momentos difíciles, expresaba repetidamente su deseo de marchar en Cruzada a Oriente y resucitar así viejas tradiciones. Aun mucho más tarde, Felipe el Bueno se comprometió solemnemente por medio del célebre *Voeu du faisan*; que, en todo caso, fue un pretexto para celebrar fastuosas ceremonias en las que las celebraciones profanas hacían olvidar la presencia de la cruz, pero que expresaban el deseo de igualarse a los antiguos reyes, de aparecer como el campeón de la cristiandad.

Los soberanos latinos de Oriente o de la Europa central dirigieron varias expediciones. En 1365, Pedro de Chipre lanzó una incursión contra Alejandría (Egipto). Posteriormente, los príncipes eslavos o húngaros, directamente amenazados por el avance turco, encabezaron las Cruzadas y llamaron en su ayuda a los caballeros de Occidente. Así sucedió en 1396, en la expedición dirigida por Segismundo de Hungría y llevada a cabo por un ejército de caballeros húngaros, alemanes y franceses; en Nicópolis, los cristianos fueron exterminados o hechos prisioneros (entre ellos se encontraba el hijo del duque de Borgoña, Juan de Nevers, quien, a causa de esta desventura, se ganó el sobrenombre de Juan sin Miedo). Bayazid hizo ejecutar a muchos de los prisioneros. La Cruzada húngara dirigida por Ladislao IV sufrió un nuevo fracaso en Varna, en 1444.

La toma de Constantinopla por los turcos provocó, sin duda, una cierta reacción por parte de Occidente; sin embargo, la cruzada predicada poco después por Pío II encontró un ambiente de máxima indiferencia y, en ningún caso logró suscitar un movi-

miento popular. El papa se vio obligado a cargar con todos los gastos: navíos, marineros, hombres armados. A fin de seguir haciendo realidad este sueño que eran las Cruzadas, las iglesias fueron gravadas con nuevos impuestos y los monjes postulantes recorrían ciudades y aldeas vendiendo indulgencias. Estos últimos recogían monedas, armas o caballos, joyas y piezas de tela. La Cámara apostólica extraía gran parte de sus ingresos del arrendamiento de las minas de alumbre de Tolfa a los hombres de negocios genoveses o florentinos. Pío II moría en Ancona, en el momento en que la flota ya reunida se preparaba para levar anclas. La Cruzada no se realizó.

Mucho más eficaces que estas recaudaciones de dinero hechas en nombre de la cristiandad, fueron las encarnizadas luchas de las comunas italianas para defender sus imperios orientales, ya fuera por las armas, por medio de intrigas o de negociaciones. Venecia contuvo a los turcos durante una larga lucha en la que sus flotas protegieron las rutas de Levante. La dominación genovesa sobre Chíos se mantuvo hasta 1566 y los venecianos rigieron Chipre hasta 1570.

LAS CONQUISTAS IBÉRICAS

En la península ibérica, los Estados cristianos continuaron con su proyecto de expansión por tierras de ultramar. Estas expediciones marítimas, de carácter colonial, dan testimonio de la riqueza demográfica española, debida a que las pérdidas humanas provocadas por las epidemias fueron menos importantes o, en todo caso, subsanadas con mayor rapidez que en el resto de países occidentales. De hecho, este afán de conquista respondía al principio a una necesidad demográfica, es decir, a la búsqueda de nuevos asentamientos y de tierras cultivables de donde pudiera extraerse el trigo para alimentar a una población cada día más numerosa. Estas empresas ibéricas tomaron dos direcciones distintas: el imperio mediterráneo de la Corona de Aragón y los imperios africano (y posteriormente americano) de Castilla y Portugal. Incluso después de la unión de las coronas de Aragón y de Castilla por la boda de Fernando y de Isabel (1469), ambos reinos siguieron fieles a sus propios destinos y mantuvieron su independencia mutua.

Dueños de Cerdeña desde 1325, los caballeros aragoneses se apoderaron también de un poderoso principado griego, el ducado de Atenas, conquistado, después de suertes muy diversas, por una compañía de aventureros al mando de Roger de Flor. Desde entonces, los catalanes mantuvieron activas relaciones económicas con Oriente; éstos, en la década de 1450, colaboraron con los caballeros de San Juan de Jerusalén (los hospitalarios) que estaban atrincherados en Rodas; les proporcionaron navíos mercantes y les abastecieron de trigo y aceite; los corsarios catalanes, aliados con los navíos de guerra de los caballeros, surcaron los mares orientales, respondieron a los ataques de los turcos y capturaron gran número de esclavos en las costas de Asia Menor. Desde el punto de vista mercantil, las rutas italianas de Venecia y Génova se encontraron con la oposición de las de los catalanes que, partiendo de Colliure o Barcelona, tenían como puntos de apoyo Mallorca, Nápoles, Palermo y Siracusa.

A estas empresas lejanas, que el rey apoyaba algunas veces por medio de alguna expedición espectacular, o incluso de alguna Cruzada, respondía la sólida conquista, por parte de la Corona, de las costas y puntos estratégicos del Mediterráneo occidental. Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387) intentó reunir bajo su autoridad los reinos que habían estado en poder de su familia; en 1343, arrebató las islas Baleares y el Rosellón a Jaime III y en 1377, gracias a la boda de su hija con Federico de Sicilia, pudo introducirse en el gobierno de esta isla. Sin embargo, este intento de reunificación se vio retrasado por las discordias internas, la sublevación de las ciudades (la *Unión* de 1347), el particularismo regional, las guerras dinásticas y las crisis sucesorias; todo lo cual hizo que durara más de un siglo. El reinado de Alfonso V el Magnánimo (1416-1458) supuso el máximo apogeo de la corona de Aragón. El rey dominaba un vasto imperio mediterráneo que comprendía, por una parte, las grandes regiones industrializadas de la península: Aragón, Cataluña, el reino de Valencia y las Baleares, y, por otra, el sur de Italia, incluidos los reinos de Nápoles y Sicilia. La unidad de este imperio aragonés se consolidó gracias a la flota catalana y a la posesión de importantes puntos estratégicos y mercantiles, Baleares y Cerdeña. Alfonso V, de todos modos, tuvo que enfrentarse en Génova con el conde de Pro-

venza, que intentaba romper este bloque disputándole Nápoles. A fines de siglo, los reyes de Francia y España heredaron todavía esta querella.

El fin de la Reconquista en la península. Los mercados de África

En Castilla, Alfonso XI (1312-1350), más que atacar Granada, combatió al sultán benimerine de Marruecos que acababa de apoderarse de Gibraltar y, en aquel momento, dominaba el estrecho a pesar de la presión constante y creciente de las flotas cristianas. Gracias a su alianza con Portugal, Alfonso XI consiguió apoderarse de Tarifa y obtuvo un éxito decisivo en la batalla llamada de *los Cuatro Reyes* (Castilla y Portugal; Granada y Marruecos), en 1430. Los cristianos consiguieron un botín tal de monedas y lingotes que el precio del oro se hundió inmediatamente. Tres años más tarde, castellanos y portugueses encabezaron una verdadera Cruzada que dirigió contra Algeciras a caballeros franceses (Gaston de Foix, Philippe d'Evreux), ingleses (Enrique de Lancaster) y alemanes, además de las escuadras catalana y genovesa. La ciudad no pudo resistir a este asalto y éste pareció un hecho guerrero plenamente inscrito en la tradición de las Cruzadas.

A continuación la Reconquista cristiana pareció desvanecerse, o mejor dicho, dejó de ser el interés principal de los soberanos. La expansión hacia el sur, contra el reino de Granada y sus aliados africanos, se vio, durante mucho tiempo, frenada o, por lo menos, comprometida por las disputas internas. Así sucedió, por ejemplo, durante la verdadera guerra civil que, desde 1362 a 1369, llevaron a cabo los príncipes, dirigidos por Enrique de Trastamara, contra Pedro el Cruel. Aquél había conseguido el apoyo de varias compañías francesas de mercenarios dirigidas por Du Guesclin, mientras que su adversario se alió con los ingleses, al mando del Príncipe Negro y con los condes de Foix y Armagnac. Pedro el Cruel fue vencido y asesinado en Montiel, y Enrique de Trastamara, al igual que todos sus sucesores, tuvo que enfrentarse a nuevas sublevaciones de los príncipes y, para conservar sus adictos, le fue necesario hacer grandes concesiones territoriales. El episodio más dramático de estos enfrentamientos

fue la ejecución, en 1453, de Álvaro de Luna, favorito del rey Juan II (1406-1454); el soberano, vencedor de una conjura principesca, tuvo que desmantelar inmediatamente una oposición mucho más peligrosa.

En esta misma época, los castellanos intentaban anexionarse Portugal, pero fueron severamente derrotados en la batalla de Aljubarrota (1385), con lo que se afirmó la independencia de Portugal y se consolidó allí una nueva dinastía, poderosa y conquistadora, la del vencedor Juan I de Avis, gran maestre de la orden militar de Avis.

La Reconquista estuvo paralizada hasta 1460 aproximadamente, fecha en que la obra de reorganización administrativa, política y religiosa de los Reyes Católicos permitía ya el fortalecimiento de la unidad y la paz interna de España. Sin embargo, fueron necesarias duras batallas a lo largo de ocho años, e incluso un prolongado asedio, antes de recuperar Granada (1492). De todos modos, este triunfo, celebrado en toda España e incluso en puntos muy alejados de la cristiandad, dio un prestigio considerable a los soberanos españoles.

Ya mucho antes los portugueses habían alcanzado las costas africanas, conquistando ciudades fortificadas e importantes enclaves. Por instigación, tal vez, de la burguesía de Lisboa, una escuadra portuguesa dirigida por Juan II y sus hijos se apoderó de Ceuta en 1415, ciudad que, convertida muy pronto en diócesis regida por el franciscano Ademar de Aurillac, resistió con éxito todos los ataques posteriores. Después de un período de estancamiento, provocado por la desastrosa batalla de Tánger (1437), en la que el infante Fernando fue hecho prisionero por los moros, muriendo en Fez en 1443, los portugueses ocuparon todas las costas del estrecho de Gibraltar y, en especial, Tánger en 1471; al mismo tiempo, se asentaron en la costa occidental al ocupar un nido de corsarios en el lugar de la actual Casablanca, exten-

diendo posteriormente su soberanía a Safi y Azemur. Con ello, dispusieron de importantes puntos de apoyo y tierras de trigo.

Los orígenes de los grandes descubrimientos

La conquista de nuevos mares se explica, fundamentalmente, por:

— La búsqueda de nuevas rutas comerciales que permitiesen prescindir del intermediario musulmán para tener acceso, por una parte, a las costas de la India y los mercados de especias y, por la otra, a las costas africanas en las que se negociaba el oro.

El hundimiento del Imperio mongol había provocado inmediatamente la pérdida de las rutas del Asia central frecuentadas por los mercaderes italianos: rutas de la seda de China, rutas de las especias del sureste asiático. De ahí la necesidad de recurrir de nuevo a los intermediarios musulmanes de Alejandría y Beirut. Los italianos —los genoveses primero y, más adelante, los florentinos y venecianos— ensayaron otras vías directas. Los portugueses buscaron un camino hacia la India rodeando África.

Lo mismo rige para el oro del Sudán, conducido a los puertos del Mogreb por caravanas de mercaderes musulmanes. En 1447, el factor de una compañía genovesa se lanzaba a la búsqueda de una ruta sahariana hacia los mercados del oro, alcanzando la ciudad de Sidjilmassa. El mismo año, los portugueses se establecían en el islote de Arguin, frente a la costa occidental, consiguiendo así el dominio de la ruta marítima del oro.

— La búsqueda de tierras para su explotación colonial, para compensar las pérdidas sufridas en Oriente a consecuencia del avance turco. Los italianos, y en especial los genoveses, intentaron formar en Occidente un nuevo imperio colonial, más económico que político, que les proporcionase los caros productos necesarios para su gran comercio. Dominaron el comercio del

azúcar en el reino de Granada; en Málaga, todos los grandes navíos genoveses hacían escala. Asimismo, los italianos introdujeron el cultivo de la caña de azúcar en las costas portuguesas y, más tarde, en el litoral atlántico de Marruecos y en las islas de Madera y Azores. Igual hicieron con los vinos generosos en Andalucía (Jerez), Canarias y Madera. Esta colonización de las costas e islas atlánticas anuncia y prefigura con gran exactitud la que más adelante tendría lugar en las tierras de América.

— La búsqueda, especialmente, de tierras trigueras. La primera colonización portuguesa de Marruecos y Madera fue, al principio, no una empresa especulativa, sino de obtención de cereales con los que paliar un déficit agrícola agravado por el crecimiento demográfico.

A estos factores económicos habría que añadir, sin duda, motivos de orden religioso —la idea de Cruzada, el afán misionero —, el entusiasmo guerrero, el espíritu de aventura de los hijos de familias nobles carentes de herencia. Estas circunstancias e intereses bastaron para provocar el proceso de expansión marítima. Parece inútil evocar, como algunos historiadores aún hacen, supuestos progresos técnicos que habrían por fin hecho posible la orientación y la navegación de altura. A este respecto hay que destacar que:

— Varias innovaciones, como la brújula y el timón de codaste, eran muy anteriores a los grandes descubrimientos sin que hubiesen provocado, al aparecer (1200-1250 aproximadamente), grandes empresas. Por el contrario, estas innovaciones sólo se impusieron muy lentamente, sin ser juzgadas indispensables en aquella época. Todavía mucho más tarde eran escasos, en la ruta española de las Américas, los pilotos capaces de calcular el rumbo con datos astronómicos; muy frecuentemente, la navegación siguió siendo empírica, cuestión de experiencia.

— Ya en 1430-1440 la navegación de altura era normalmente practicada por los grandes navíos comerciales que cubrían, sin escalas, la ruta Cádiz-Southampton. La carabela, presentada a menudo como el instrumento indispensable de los descubrimientos, no aportaba ningún perfeccionamiento apreciable. Todas sus características eran conocidas y utilizadas, en algunos casos con mucha anterioridad. Su gran ventaja consistía en ser un pequeño navío, lo que le permitía navegar cerca del litoral y remontar el curso de los ríos; además, era conveniente porque no resultaba caro, de modo que los financiadores podían obtener beneficios ya en los primeros viajes.

Así pues, el avance ibérico no fue tan sólo debido al espíritu de aventura de los soberanos sino también a un conjunto de circunstancias favorables:

— Los puertos de Andalucía y Portugal, situados en las grandes rutas mercantiles de los italianos, se enriquecieron, acumularon capitales, desarrollaron sus propias industrias y acumularon experiencias nuevas.

— A partir de 1400 aproximadamente, Portugal y Castilla contaron con una importante marina mercante. Estos, ciertamente, no podían competir con los italianos en el gran comercio —naves y galeras mercantes—, pero, en cambio, eran capaces de construir gran cantidad de navíos de tonelaje medio. Los marineros portugueses, gallegos y vascos eran responsables de buena parte del comercio en el mar del Norte, el canal de la Mancha (colonias ibéricas de Brujas, Ruán y Honfleur), en el Atlántico (en Nantes y La Rochelle) e incluso en todo el Mediterráneo. Estos marineros, especialmente los vascos, aseguraban el abastecimiento de Genova por lo que respecta al trigo y la sal. Su presencia alcanzó asimismo las costas del mar Negro y del mar de Azov.

Estas actividades explican el avance ibérico en la conquista de nuevas rutas marítimas:

> — en el caso de los portugueses, el descubrimiento de Madera (entre 1419 y 1425), de las Azores (a partir de 1431), el descubrimiento del golfo de Guinea (1471) y de la ruta del cabo de Buena Esperanza (1487); en 1498, Vasco de Gama llegaba a la India por esa nueva ruta;

— en el caso de los españoles, el viaje de Cristóbal Colón, que, en 1492, abrió un nuevo mundo a los afanes descubridores de ibéricos y europeos.

La conquista y explotación de esos nuevos mundos, América y los países del océano Índico, no suponen ninguna ruptura con el pasado. Antes bien, se inscriben exactamente en las tradiciones «medievales» de los imperios coloniales fundados antaño por los latinos en Levante; recogen todas las experiencias de los italianos en Chipre, Chíos y las restantes islas del Egeo: siguen buscando los mismos productos y repiten las mismas formas de asentamiento y explotación «coloniales». Por otra parte, la esclavitud colonial en América y la trata de negros africanos no fueron más que la repetición de las mismas prácticas inhumanas que los musulmanes llevaron a cabo en Mesopotamia y en Egipto, en las costas africanas del océano Índico o en los mercados de esclavos del Sudán. Desde todo punto de vista, esta colonización ibérica fue la herencia de las tradiciones medievales.

Asimismo el estudio de las estructuras económicas y de las técnicas mercantiles y financieras, nos ha demostrado que a partir de 1300, o quizás aún con anterioridad a esa fecha, se desarrolló en gran número de ámbitos mercantiles urbanos una verdadera estructura capitalista. Parece que no puede hablarse, en modo alguno, de una revolución, ni tan sólo de una ruptura entre la «Edad Media» y la época histórica siguiente, llamada «Moderna». Hay que evitar el conceder demasiada importancia a esas rupturas cronológicas y subrayar en su lugar la continuidad de la evolución histórica: nuestro vocabulario, todo él muy antiguo y que, por tanto, no tiene en cuenta las nuevas investigaciones y descubrimientos históricos, no se justifica más que por las necesidades de exposición y enseñanza.

Bibliografía: Por lo que hace referencia al mundo eslavo, véanse las obras citadas en los caps. XI y XIV; para la península Ibérica, obras citadas en el cap. XIII. P. CHAUNU, *L'expansion européenne du XIIIe au XVe siècle* (col. «Nouvelle Clio», núm. 26), 1969. (Hay trad. esp., Labor, S. A., Barcelona, 1975).

Textos y documentos: J. GLENISSON, *Les Découvertes 1300-1500* (col. «Les Métamorphoses de l'Humanité»), 1966. L. BOURDON, R. RICARD, *Chronique de Guinée*, Dakar, Inst. Français d'Afrique Noire, 1960.

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO BIZANTINO

Capítulo XVIII

La era de Justiniano. La primera edad de oro bizantina (de 410 a 610)

Mapas: XII, frente a pág. 320 y XIII, frente a pág. 336.

El año 408 señaló de forma decisiva la división del Imperio y el inicio del largo abandono militar de Occidente, librado a una progresiva germanización. Esta ruptura, de hecho, aparece como una «revancha del helenismo» (P. Petit). La parte oriental del Imperio, mejor administrada y mejor defendida contra los bárbaros, rica en campos de trigo y en aldeas industriales, era superior en todos los aspectos, hecho éste que explica la resistencia más que milenaria a los asaltos de los pueblos asiáticos.

LOS PROBLEMAS DEL PERIODO Y LA PRIMERA RESTAURACIÓN DE ANASTASIO

Las fronteras

Sin embargo, a pesar de que Constantinopla, la nueva Roma, pretendía mantener intactas las tradiciones del antiguo Imperio, esta continuidad se vio amenazada gravemente durante los reinados de Teodosio II el Joven (408-450), de León II el Grande (457-474) y de Zenón (474-491).

Los emperadores protegieron sin grandes dificultades sus fronteras. Los persas, en tiempo del rey Yezdegerd I, mantuvieron la paz con los romanos y toleraron a los cristianos, autorizándoles a celebrar sus asambleas y a construir sus templos; el concilio de Seleucia autorizó el establecimiento de la Iglesia cristiana en Persia (410). En el norte, Teodosio II obtuvo la pacificación de los hunos, que atacaban los territorios del sur del Danubio, y un gran tributo en dinero. Por otra parte, Constantinopla se liberó del imperio de los godos: expulsó a sus oficiales del ejército y dejó Italia en manos de sus tropas y de sus caudillos: Alarico, primero (402-408), y Teodorico, después (488). Pero, de todos modos, los emperadores tuvieron que seguir apoyándose en soldados mercenarios y, de esta manera, introdujeron a otros bárbaros en la ciudad: los isaurios, establecidos en las montañas del Taurus y en la costa cercana a Seleucia, substituyeron a los germanos. Zenón reprimió una sangrienta sublevación en los montes Taurus, pero no pudo substraer a los isaurios los cargos y privilegios que éstos habían adquirido en el ejército y en la corte.

Las herejías

El mayor peligro residía en las controversias religiosas y en las herejías que quebrantaron la unidad de la Iglesia. Los países de Oriente muestran, todavía hoy, temperamentos religiosos muy diferentes, fuertemente influidos por tradiciones, y místicas e incluso supersticiones muy diversas, surgidas del recuerdo de antiguas religiones o de los contactos espirituales con los países vecinos (tales como Persia). Además, la herejía, o por lo menos una cierta interpretación del dogma, y en todo caso las prácticas y liturgia originales, parecen afirmar y salvaguardar los particularis-

mos étnicos de las provincias y su deseo de mantener cierta autonomía en el seno del Imperio.

Como en tiempo del arrianismo, las divergencias surgen esencialmente en el momento de considerar el misterio de la Trinidad y, más precisamente, la doble naturaleza, divina y humana, de Cristo. Especialmente en Asia se recogieron dos de esas interpretaciones. En Antioquía, a partir de los años 380, muchos sacerdotes negaron la unión de las dos naturalezas y afirmaron que Cristo fue tan sólo un hombre; uno de esos sacerdotes sirios, Nestorio, fue nombrado patriarca de Constantinopla en 428; éste predicó abiertamente la nueva doctrina y privó a la Virgen de su popular apelativo, *Theotokos* (Madre de Dios). Severamente condenados por el tercer concilio ecuménico de Efeso, en 431, los seguidores de Nestorio siguieron ejerciendo una profunda influencia en Siria y especialmente en Edesa; perseguidos, se refugiaron en Persia, en Nisibe, desde donde difundieron su cristianismo por el Asia central, la India y hacia el Extremo Oriente.

En el seno del Imperio, la reacción contra los nestorianos provocó una nueva herejía, la de los *monofisitas*, que, junto con el patriarca de Alejandría, Cirilo, afirmaban, por oposición a aquéllos, la preponderancia absoluta de la naturaleza divina en la figura de Cristo. Muy activos y sostenidos popularmente, los monofisitas triunfaron incluso en el concilio de Efeso, en 449, a pesar de que para ello usaron de todo tipo de violencias (de ahí el nombre de «bandidaje de Efeso»). Aunque el IV concilio ecuménico, reunido en Calcedonia en 451, condenó formalmente su doctrina, ésta mantuvo su carácter popular en Egipto y fue adquiriendo cada vez más partidarios en Siria y en Palestina; durante varios siglos, marcó profundamente la vida religiosa de estas provincias, el pensamiento de los principales centros culturales de Alejandría, de Antioquía y Efeso, e incluso todas las formas de expresión artística y los temas iconográficos del Imperio.

Ciertamente, la Iglesia de Constantinopla mantuvo su esplendor y manifestó una superioridad intelectual y un impulso místico indiscutibles. En la escuela cristiana, fundada por Teodosio II en 425, retóricos y gramáticos enseñaban en latín y en griego; esta nueva universidad alcanzó muy pronto un prestigio mayor que la de Atenas. Pero los emperadores tuvieron que afrontar la gravedad de los problemas religiosos surgidos en las regiones de

África y Asia que habían pasado a ser las provincias vitales del Imperio. Zenón puso fin a las sangrientas persecuciones contra los monofisitas y, al proclamar el *Henoticon* (el *Edicto de la Unión*) en 428, pretendía acortar las distancias entre las dos doctrinas. Sin embargo, este intento fracasó y Anastasio (499-518) se inclinó claramente en favor de los monofisitas, incluso en la misma capital, otorgando así, de forma decisiva, un carácter oriental a su política.

La paz interna

A Anastasio hay que reconocerle también el mérito de haber restaurado el orden político y social, tantas veces comprometido por los desaciertos de los mercenarios y por la carga social que suponían los impuestos. Venció a los isaurios, todopoderosos en la época de Zenón, y los expulsó de la corte y del gobierno, confinándolos, después de largos años de duras campañas, a sus montañas de origen; más adelante, ya diezmadas sus bandas, los transfirió a las provincias balcánicas del Imperio. Además, suprimió el *chrysargyre*, impuesto directo que, afectando de forma especial a campesinos y artesanos, había provocado brutales sublevaciones populares. Reorganizó la acuñación de moneda y puso en circulación nuevas piezas de bronce necesarias para los pequeños comerciantes. A su muerte, dejó un Imperio pacificado y las cajas del tesoro bien repletas.

LA ERA DE JUSTINIANO. EL IMPERIO UNIVERSAL

Tanto la política de Justino I (518-527) como la de Justiniano el Grande (527-565) fueron con frecuencia contrarias a las tendencias helénicas, o incluso orientalistas, de sus predecesores. El advenimiento de la nueva dinastía supuso, en los distintos ámbitos, una reacción violenta contra las concesiones otorgadas a las provincias de Asia y África; reacción necesaria para evitar los problemas en Constantinopla (ya en 512, Anastasio había tenido que reconocer sus errores) o una rebelión militar en el oeste (al año siguiente, un ejército de los Balcanes, ayudado por los hunos y los búlgaros, marchaba sobre la ciudad para restablecer la ortodoxia). Los dos emperadores sacrificaron la paz religiosa en Oriente a la reconquista de las provincias occidentales. La primera condición de esta reconquista fue la defensa de los dogmas definidos en los concilios ecuménicos, la alianza con el papa, el respeto a sus prerrogativas y el mantenimiento de la unidad absoluta de la cristiandad. Por indicación del papa, Justiniano volvió a una política intransigente que supuso incluso duros ataques contra los cristianos de Egipto y de Siria, cuyas Iglesias se alejaban paulatinamente de Constantinopla. Las persecuciones alcanzaron también a judíos y nestorianos; en Grecia llegó a perseguir a los filósofos fieles a las doctrinas del paganismo antiguo. Justiniano cerró la escuela de Atenas, todavía de gran prestigio en 529, y exilió a sus profesores a Persia.

A pesar de todo ello, Justiniano no consiguió restablecer la unidad religiosa. La emperatriz Teodora protegía a los monofisitas. Incluso en Constantinopla, los cuatro *demos*, verdes, azules, blancos y rojos, que habitaban en barrios urbanos distintos y se apoyaban en clientelas específicas, no se contentaban con organizar los juegos del circo, en los que los aurigas lucían sus colores, sino que formaron verdaderos partidos políticos y religiosos. Los verdes, claramente monofisitas y hostiles a todas las concesiones hechas a Roma, adiestraron al pueblo, ya en contra del emperador, y para ocupar su cargo proclamaron a un sobrino de Anastasio (532). Sin duda este levantamien-

to popular de *Niké* (el pueblo en las calles y en el circo gritaba *Victoria*) estuvo también provocado por un grave malestar social; pero, en sus orígenes, el descontento religioso era absolutamente manifiesto, y se mantuvo vivo a pesar de la dureza de la represión contra los insurrectos.

Como defensor de la fe, Justiniano estuvo más acertado en sus esfuerzos por evangelizar a los pueblos paganos: en el norte, el cristianismo se extendió entre los pueblos establecidos en las orillas del Danubio y del mar Negro, y en África, entre los que poblaban las orillas del Nilo entre Abisinia y Egipto; sin embargo, en esta última zona, las conversiones se debieron a las misiones enviadas por Teodora, con lo cual aumentó la influencia de la Iglesia monofisita de Alejandría.

Derecho justiniano

Justiniano logró también conformar un cuerpo legislativo sólido y una administración eficaz, más centralizada y directamente controlada por los oficiales de palacio. El emperador castigó los robos y los abusos. Persiguió fundamentalmente a los grandes propietarios de bienes raíces que habían robado o acaparado los antiguos bienes del Estado y reinaban sobre inmensos dominios que, no sólo reunían numerosas aldeas, sino que también poseían verdaderos ejércitos de campesinos al mando de un cuerpo de escribanos e intendentes. No obstante, la represión y las confiscaciones realizadas bajo diversos pretextos y que afectaron también a iglesias y monasterios, encontraron todo tipo de dificultades. El desarrollo de la gran propiedad terrateniente y sus repercusiones sociales o políticas se mantuvieron como uno de los mayores problemas del Imperio de Oriente.

El gran éxito del reinado fue la reorganización total de la legislación debida a la clasificación y edición de las leyes romanas. Realizada bajo el control directo del emperador o de sus familiares, esta colosal obra —¡fue necesario estudiar más de 2000 obras de los antiguos juristas!— se completó en un período relativamente corto. El *Código Justiniano*, publicado en 529, completaba el que se había redactado bajo Teodosio II (*Codex Theodosianus*) y facilitaba así a los magistrados todas las Constituciones imperiales dictaminadas desde la época de Adriano. Hacia 533, se concluyó la redacción del *Digesto* (llamado también *Pandectas*), que presentaba, de forma ordenada y simplificada,

toda la legislación del *jus vetus*, anterior al Imperio. En el mismo año, apareció un manual de fácil manejo, las *Instituciones*, que consistía en un resumen del Código y del Digesto. Estas ediciones de las leyes antiguas, hechas en latín, aparecidas en el momento en que el emperador aceptaba publicar los nuevos decretos o *Novelas* en lengua vulgar —griego—, muestran el apego de Constantinopla a las tradiciones romanas y la voluntad de Justiniano de restablecer la universalidad del Imperio.

La reconquista en Occidente

Las victorias

Este deseo se afirmó en la reconquista de las provincias de Occidente. Las circunstancias favorecieron tal empresa: los persas estaban en un momento de paz y los griegos podían desguarnecer sus fronteras orientales; por otra parte, en Italia, en España y en el norte de África, las querellas dinásticas y las crisis sucesorias requerían una intervención extranjera. Godos y vándalos, pueblos arrianos ambos, se habían enfrentado varias veces a los indígenas romanos; de esta forma la reconquista pudo presentarse como una cruzada contra el arrianismo.

Justiniano disponía de una fuerza militar considerable: un ejército reorganizado y fiel, dirigido por sabios estrategas (Belisario y Narses) y, sobre todo, una flota invencible que aseguraba el dominio del Mediterráneo y permitía alcanzar con rapidez incluso los puntos más alejados de España. A las tropas bárbaras, que dominaban las mesetas y las montañas del interior, Bizancio opuso, gracias a su control de las rutas marítimas, un tipo de guerra basado en los asedios y bloqueos. La primera campaña de Italia ilustra claramente este enfrentamiento de dos estrategias, de dos civilizaciones distintas. En 535, los griegos trataron de asegurarse los indispensables puntos de apoyo para el control de los mares interiores: Dalmacia y Sicilia. En seguida se desplegó

una primera ofensiva contra las costas del Tirreno que alcanzó Nápoles y Roma en 536. Otro ataque, dirigido contra el Adriático, permitió, después de la conquista de Rímini, ocupar Emilia y Lombardía hasta Milán. Ravena cayó en mayo de 540.

Estos primeros éxitos, conseguidos a muy alto precio, sólo dieron a Justiniano una victoria incierta, muy pronto comprometida por las rivalidades de los jefes militares, la ruptura de la paz por los persas, con la consiguiente necesidad de hacer regresar las tropas de Occidente, y, por último, la rebelión nacional de los ostrogodos, dirigidos por un jefe implacable, el nuevo rey Totila. La guerra fue larga y dura. Totila devastó toda Italia, reconquistó Roma y Rímini, las costas de Córcega y Cerdeña, las islas jónicas y Epira. Asimismo preparó la invasión de Sicilia. No obstante, en 552, una victoria definitiva de la flota abrió de nuevo el Adriático a los griegos y Narses desembarcó en la península un numeroso ejército, formado esencialmente por contingentes bárbaros: hunos y lombardos. En este mismo año, Totila fue asesinado y los godos completamente derrotados. Los supervivientes se dispersaron por los valles de los Alpes o fueron enviados como cautivos a Oriente. Los griegos ocuparon Italia.

En esta misma época, sus ejércitos se apropiaron de buena parte del África romana; ésta fue también una guerra difícil, que se prolongó desde 533 a 548, que supuso duras campañas contra los vándalos, primero, y contra los moros del interior, pueblos insumisos o prestos para la sublevación. Por último, en 550, una expedición bizantina llamada por un príncipe visigodo dio a Justiniano las provincias orientales de España hasta el cabo de la Nao (la antigua Cartaginensis), al sur de la Península, incluida la Bética hasta Córdoba y el Algarbe.

El nuevo Imperio

Tanto los contemporáneos, griegos y occidentales, como los historiadores han juzgado esta reconquista de forma muy severa.

Parece cierto que debilitó extremadamente las fuerzas militares del Imperio, vació las arcas del tesoro y comprometió los intentos de reforma en el interior; por otra parte, numerosos bárbaros mercenarios entraron a formar parte del ejército. El continuado esfuerzo realizado en las provincias del oeste, libró las fronteras orientales a los asaltos de bárbaros y persas. Los eslavos multiplicaron sus incursiones en las provincias balcánicas, devastando Grecia hasta el Peloponeso y desde las costas de Epiro, amenazaron Tesalónica e incluso Constantinopla. Más al este, los nómadas procedentes de Asia, como los hunos, saquearon los puertos de Crimea, y de Tracia, y en 559 lanzaron una expedición de caballería sobre la capital. Por último, Justiniano tuvo que comprar la paz en 562 y, con ella, un acuerdo comercial al rey persa Cosroes, cuyos ejércitos se habían apoderado de Antioquía y alcanzaban ya el Mediterráneo.

En Occidente resulta más difícil hacer el balance de la reconquista. En el Magreb, la ocupación se limitó a las regiones orientales (desde Cartago a Timgad y a Setif) y a una simple faja litoral, cuyos puntos básicos eran la fortaleza de Cherchell, en el este, y en el oeste la de Septum (Ceuta), que protegía el estrecho de Gibraltar. En el norte, el poder de los francos se mantuvo intacto: Justiniano no se propuso nunca atacarles, ni tan sólo en Provenza. Cuando los ostrogodos les llamaron en su ayuda, bandas armadas de francos y alamanes reconquistaron el norte de Italia y lanzaron diversas expediciones hacia Campania, Apulia y Calabria. Pero exceptuando la Galia, Bizancio dominaba las provincias vitales del antiguo Imperio y todos los puntos estratégicos del mar interior. En África y en España, esta empresa no fue más superficial de lo que lo había sido la de Roma en la Antigüedad; frente a los moros, nómadas de las mesetas, los bizantinos construyeron ciudades fortificadas (Timgad), protegidas por poderosos campos militares. En las fronteras más peligrosas, Justiniano multiplicó los *castella* y los nuevos *limes*: en África, en el

Danubio, en las montañas de Crimea, a fin de protegerse de las colonias de los godos y de las rutas comerciales griegas (*limes Tauricus*), en Armenia e incluso en las orillas del curso alto del Eufrates. La paz romana reinaba en el Imperio; durante aproximadamente medio siglo, ninguna sublevación o guerra tribal amenazó realmente al África bizantina, toda ella fortificada y reconstruida. Esta paz favoreció los intercambios mercantiles, espirituales y artísticos a través del Mediterráneo; los navíos distribuían por todas partes los productos orientales; los hombres de negocios griegos, sirios o judíos se establecieron en todos los puertos de Occidente; los clérigos españoles o italianos frecuentaron las escuelas de Constantinopla o Antioquía, y los peregrinos, las rutas de Tierra Santa; la reconquista dio a Bizancio, cuya influencia era ya manifiesta en varias provincias (la Italia de Teodorico especialmente), la ocasión y los medios de difundir mejor su religión, su cultura, sus formas de arte, sus temas iconográficos y sus técnicas. De esta forma se fue consolidando una civilización común a todos los países del Mediterráneo, y con frecuencia inspirada en la de Constantinopla y las provincias orientales del Imperio, Siria y Armenia en particular.

EL ESPLENDOR DE LA CIVILIZACIÓN BIZANTINA

Esta civilización se desarrolló en la corte, en tomo a la persona del emperador y en las metrópolis de provincias. Procopio, autor de la *Historia en ocho libros*, pariente de Belisario, era un historiador de la corte, tan capaz de bajas adulaciones como de groseros ataques contra los sucesivos gobernantes; pero su testimonio, vivo y completo, incluso con frecuencia agudo, sigue siendo la

principal fuente literaria para el estudio del reinado más glorioso del Imperio bizantino.

Constantinopla

Justiniano hizo de Constantinopla una deslumbrante capital, enriqueciéndola con palacios, acueductos, puentes, hospitales, baños públicos y, sobre todo, dos espléndidas iglesias: Los Santos Apóstoles y Santa Sofía, esta última construida sobre la base de una primera basílica, destruida durante la sublevación de 532. Ambas iglesias fueron levantadas bajo la dirección de un arquitecto griego de Asia Menor, y en los dos casos se construyeron cúpulas orientales: en una, sobre una planta de cruz griega, es decir de las cuatro naves iguales, y en la otra, sobre una planta rectangular. Santa Sofía, en la que trabajaron 10 000 obreros, simbolizaba entonces por su riqueza y sus dimensiones jamás igualadas, el poder del emperador y del cristianismo: en ella podían verse una inmensa cúpula levantada a más de 50 m de altura, las paredes y columnas policromadas, oro y mosaicos, alabastros, pórfidos y grandes puertas de bronce que daban a un amplio patio. No obstante, la iglesia de los Santos Apóstoles fue completamente destruida en 1453, cuando los turcos tomaron la ciudad, y Santa Sofía sufrió muchas modificaciones: la cúpula, demasiado audaz, hundida en vida de Justiniano, fue reconstruida con una estructura más ligera, un poco menos elevada y reforzada en el exterior por imponentes contrafuertes que la privaron de su antigua elegancia.

Por el contrario, en Ravena, segunda capital del Imperio, los edificios religiosos se mantuvieron dentro de la más pura tradición del arte bizantino de la época de Justiniano.

Dada su estratégica situación en el Adriático y vinculada a Constantinopla mediante correos que cubrían la ruta de los Balcanes, Ravena, ciudad-refugio protegida por un cinturón de terrenos pantanosos y fácilmente socorrida y abastecida por el puerto de Classis, pocos kilómetros al sur, había ya desempeñado la función de capital en los últimos tiempos del Imperio romano, bajo Gala Placidia y Valeriano III, y más tarde bajo los reyes bárbaros Odoacro y Teodorico. Ravena se vio embellecida por ricos monumentos inspirados en la tradición bizantina: el mausoleo de Gala Placidia, el baptisterio de los ortodoxos (hacia 460) y, en tiempo de Teodorico, el baptisterio de los arrianos y la iglesia de San Apolinar el Nuevo. En tiempo de la ocupación bizantina, llegó a suplantar a Roma. Justiniano se apresuró a convertirla en una metrópolis religiosa y artística, adornada con edificios dignos del nuevo Imperio; de esta época datan San Vital, San Apolinar en Puerto y la decoración de San Apolinar el Nuevo. Construidos a lo largo de un siglo, todos estos monumentos dan testimonio de una bella unidad de inspiración y de estilo; todos pertenecen a este arte bizantino de la primera edad de oro.

Las iglesias —no han llegado hasta nosotros ni los edificios públicos ni tan sólo los lujosos palacios de Teodorico— utilizaban uno de los dos tipos de plantas que eran características entonces de las dos tradiciones bizantinas: la planta basilical de forma alargada, y la planta central, sin duda de origen oriental, usada en los dos baptisterios y en San Vital; todas ellas presentan ciertas características propiamente bizantinas, cuya influencia directa se dejó sentir por largo tiempo en Italia: armazones de madera que permitían que los muros, no articulados, fueran más altos y que en ellos se abrieran grandes ventanales; en el centro, una cúpula de base octogonal, muy grande y hecha de materiales muy ligeros; ninguna decoración escultórica en el exterior, ni tan sólo en las fachadas: en su lugar, los muros se construían con ladrillos colocados uniformemente y sin contrafuertes, lo que confería al edificio un sentido de austeridad. La iglesia estaba precedida de un *narthex* —o atrio— casi siempre de columnas,

que terminaba en un ábside poligonal, lo que introducía una rara nota de elegancia; a su lado, pero separado de ella, estaba el campanario, alta torre cilindrica, hecha de ladrillo y en la que se abrían varios pisos de ventanas en forma de arco. En el interior, por el contrario, existía un lujo inaudito: mosaicos en paredes y cúpulas, mármoles en columnas y capiteles, estucos coloreados de los arcos, etc. Por otra parte, este arte no se interesó más que por la escultura de tipo ornamental, aplicada sobre muros y capiteles, quedando asi reducida a una especie de grabado o bajo relieve. Este rechazo de la estatuaria, que contrasta con las tradiciones romanas del antiguo Imperio, responde, sin duda, a las prohibiciones de la Iglesia, hostil a todo aquello que recordara las antiguas civilizaciones paganas de la época helenística o romana, y a la influencia de Oriente —persa y sasánida—, que concedía más importancia a la decoración lineal y al color que a los efectos del relieve. De ahí también el gusto por las esculturas, tan difundidas, en forma de encaje o cinceladura, en los *canceles* (balaustradas que cerraban el coro) o la sillería, o incluso en los objetos de mármol y marfil: sillas episcopales, cubiertas de los libros, relicarios u objetos del culto.

La inspiración artística

Este arte señala, después de un duro período de persecuciones y catacumbas, el triunfo de la Iglesia oficial, aliada con el poder; los artistas establecían constantes paralelismos entre el esplendor de la corte celestial y el de la corte imperial. Nada ilustra mejor ese deseo que los dos célebres mosaicos de San Vital, donde Justiniano y Teodora aparecen rodeados de los personajes de su corte, todos ellos en traje de gala. Los vestidos de los mártires, san-

tos, obispos o vírgenes (como los representados en San Apolinar en Puerto) eran siempre los propios de los magistrados y de las damas de la corte imperial; lo mismo sucedía con sus actitudes y atributos: los reyes magos recuerdan a los déspotas de Asia; Cristo y la Virgen reinan de forma majestuosa… En esta época los pintores bizantinos crearon el tipo iconográfico del arcángel o del ángel alado, defensor de la corte celestial: en realidad evocan a los guardianes del palacio imperial, armados con su lanza y revestidos con sus insignias, o a las victorias helenísticas que, con los brazos en alto, sostenían un medallón.

Por otra parte, el arte de Ravena manifestó durante mucho tiempo una clara aversión por representar los misterios de la religión por medio de escenas esculpidas; las primeras iglesias se decoraron con motivos profanos, más o menos simbólicos: pámpanos de vid, ramas floridas, escenas de caza o ciervos situados cerca de la fuente de la vida. Por todas partes prevalecían los símbolos, las hábiles alegorías: el Juicio Final, por ejemplo, se evocaba por medio del Cristo pastor separando las ovejas malas de las buenas. Más tarde, la elección de símbolos daba claro testimonio de las luchas teológicas que se desarrollaban en Oriente y, en particular, de la importancia concedida por los monofisitas a la naturaleza exclusivamente divina de Cristo: en San Apolinar el Nuevo, las escenas de la vida de Jesús se relegan a los medallones situados en la parte superior de los muros, casi ilegibles; además se suprimió deliberadamente aquello que pudiera evocar los sufrimientos humanos, la Crucifixión, por ejemplo. En las restantes escenas de la Pasión, Cristo, Dios pero no hombre, incapaz por tanto de sentir las angustias de la muerte, conserva un rostro impasible, ajeno a toda emoción; soporta con absoluta serenidad la traición de Judas y el juicio de Pilatos. De ahí esas expresiones estereotipadas, impersonales en las que algunos han querido ver una cierta torpeza técnica, pero que no son más que un rechazo, un reflejo de la prohibición religiosa. Esta fue una de las profundas innovaciones, propiamente «medieval», que este arte bizantino impuso a las antiguas tradiciones romanas o helenísticas.

LA QUIEBRA: EL ABANDONO DE LAS PROVINCIAS DE OCCIDENTE

Los historiadores subrayan, demasiado complacientemente, el carácter efímero de la ocupación bizantina en los países recon-

quistados por Justiniano. De hecho, Bizancio retuvo el Magreb hasta la conquista árabe, hacia 670, a pesar de la oposición ejercida por los moros en las fronteras. Los bizantinos no fueron absolutamente expulsados de España por los reyes visigodos hasta 625. Pese a los violentos ataques lombardos, a múltiples capitulaciones y retrocesos, se mantuvieron por largo tiempo en el norte de Italia y no perdieron Ravena hasta 751, después de más de dos siglos de presencia ininterrumpida; su ocupación de la Italia meridional fue todavía más larga.

El nacionalismo italiano

Italia, ligada al recuerdo de la grandeza romana y humillada por la necesidad de obedecer a extranjeros, no toleró con facilidad la ocupación bizantina y la helenización, decidida por Justiniano y seguida luego por sus sucesores. El emperador separó de la antigua prefectura de Italia, Dalmacia, Córcega, Cerdeña e incluso el gobierno civil de Sicilia. Instaló su centro en Ravena y fundó allí varios conventos de monjes griegos a los que colmó de favores y privilegios. El arzobispo de Ravena, su favorito, recibió dominios inmensos, confiscados a las iglesias arrianas; este prelado participaba en las asambleas de Constantinopla y, en ocasión de las ceremonias, ocupaba el sitial de la derecha del emperador; en la escala jerárquica de Occidente, estaba situado inmediatamente después del papa. Ahora bien, la Iglesia de Ravena era griega, el ritual el de Constantinopla y la fecha de la Pascua se fijaba según en cómputo griego. Capital política, metrópolis religiosa, ciudad oriental por su corte, su lujo, sus costumbres, los atuendos de sus dignatarios, Ravena desbancó a Roma, empobrecida y olvidada por las guerras; el Senado romano sólo te-

nía autoridad en los asuntos referentes a la ciudad. Por todas partes iban estableciéndose colonos militares procedentes de Oriente; los estrategas, oficiales y administradores eran griegos. Incluso algunos papas eran antiguos monjes de Constantinopla o hijos de altos mandatarios, próximos a la corte.

La pérdida de Italia

Cuando los lombardos, todavía paganos o convertidos al arrianismo, avanzaron hacia el sur por los pasos de los Alpes y devastaron la llanura del Po, los griegos, sorprendidos y recluidos en algunas de sus débiles guarniciones, no pudieron contar con la ayuda de los italianos. Sin embargo, la resistencia bizantina se organizó; se estableció en sólidas fronteras, protegidas a veces por un verdadero *limes*, apoyado en castillos fortificados, tales como el *limes* de Liguria en los Apeninos, justamente detrás de Génova. En estas circunstancias, todos los poderes, civiles y militares, se confiaron a un solo personaje, especie de virrey: el *exarca* de Ravena. En esta misma época, se instaló también un exarca en Cartago, África.

De este modo los griegos poseían: por una parte, los lagos venecianos, donde se refugiaron las poblaciones de las ciudades del interior, y las llanuras del Adriático, incluyendo Ravena y Bolonia; por otra parte, Roma y el Lacio; un pasadizo poderosamente defendido unía ambos bloques por Perusa y los Apeninos; además conservaban todavía Génova y su costa, el Brutium, Nápoles, Calabria y Sicilia, mientras que el futuro ducado lombardo de Benevento se hundía en cuña hacia el sur, hasta el mar Jónico. Esta partición, que parecía caprichosa, oponía claramente las tierras del interior, abandonadas a la invasión, a los países marítimos, agrupados en tomo a las grandes metrópolis y a los puertos fácilmente abastecidos por la flota. Esta situación marcó por largo tiempo el destino de Italia, incluso mucho después de la ocupación griega. Esta resistencia se debilitó en cuanto los lombardos unieron sus fuerzas (bajo el reinado de Liutprando, 713-744); además, las poblaciones estaban desalentadas por los abusos de poder del exarca, las cargas fiscales excesivas, las luchas entre emperadores y papas y sentían sobre sí el peso del hambre y la peste. En la misma Ravena se produjeron varias

sublevaciones; en 615, el exarca Juan pereció en una de estas revueltas; en 692, cuando Justiniano II pretendió arrestar al papa Sergio, las milicias de Ravena acudieron a Roma; todavía en el año 710, Ravena amenazó al exarca y proclamó un gobierno municipal: la represión no vino más que dos años más tarde. Algunos exarcas ambiciosos creyeron que era más hábil apoyarse en el descontento popular y en el sentimiento italiano: para ello se proclamaron emperadores y, en consecuencia, provocaron verdaderas guerras internas en las provincias que seguían siendo griegas. De esta forma, las fuerzas bizantinas fueron mermando. Liutprando se apoderó de Bolonia en 728; en 751 cayó Ravena y los griegos mantuvieron solamente Venecia por lo que respecta al norte de Italia. Entre tanto, Bizancio había perdido varias de sus posesiones importantes en Oriente y debía afrontar graves desórdenes.

Bibliografía: A. A. VASILIEV, *Histoire de l'Empire byzantin*, 2 vols., 1932. L. BREHIER, *Le monde byzantin* (col. «Evolution de l'Humanité», núms. 32, 32 *bis* y 32 *ter*.), 3 vols., 1947-1960. G. OSTROCORSKY, *Histoire de l'Etat byzantin*, 1956. P. LEMERLE, *Histoire de Byzance* (col. «Que sais-je?», núm. 107), 1943. Ch. DIEHL, *Manuel d'art byzantin*, 2 vols., 2.ª ed., 1925. P. LEMERLE, *Le style bizantin*, 1943.

Textos y documentos: A. GRABAR, *La peinture byzantine*, Skira, 1953. *Civilisation byzantine* (dossier núm. 55.04, Doc. française). A. GRABAR, *L'âge d'or de Justinien (L'Univers des Formes)*, 1966. G. BOVINI, *Ravenne, ville d'art*, 1970.

Capítulo XIX

El Imperio griego. Heraclio y los emperadores isaurios (610-867)

Mapas: XII, frente a pág. 320 y XIII, frente a pág. 336.

El Imperio, amputado de amplios territorios y atacado por el este y el norte por los nómadas de Asia, reagrupó sus fuerzas en las provincias cuya población era mayoritariamente griega. Esta helenización aparecía ya desde hacía largo tiempo como inevitable; las disputas religiosas habían agravado, durante dos siglos, las divisiones que minaban a la antigua estructura imperial romana; hacia el año 600, el nuevo Imperio no incluía más que a los países que profesaban una misma fe, aquellos en que había triunfado la ortodoxia de Constantinopla y su Iglesia. El problema de la unidad religiosa movió, en buena parte, todos los resortes políticos de la época.

LA PÉRDIDA DE LAS PROVINCIAS DE ORIENTE

El cisma de las provincias de Oriente

En dos campañas distintas, entre las que no mediaron ni veinte años (entre 611-619 y, luego, entre 634-650) Bizancio perdió Siria, Palestina y Egipto, conquistadas primero por los persas y

luego por los árabes; cada vez, los ejércitos enemigos atacaron Constantinopla. Estas dos contiendas, tan próximas entre sí, presentaron características tan semejantes que parecían dos momentos de una misma ola de invasiones procedentes del este. Las brillantes victorias de Heraclio permitieron sólo una simple tregua, de corto alcance. De hecho, los éxitos de los persas y los árabes se debieron, en buena parte, a la debilidad de los romanos. Constantino II tuvo que retirarse de las costas del Bósforo y residir durante cinco años (663-668) en Italia, donde intentó establecer su capital en Roma, Nápoles o Ravena. El emperador tuvo que utilizar una parte considerable de sus fuerzas contra los lombardos; las bandas eslavas atacaron el norte de Grecia y el Peloponeso; en el Egeo, los piratas persiguieron a los navíos griegos hasta las costas de Asia. Este fue también el período en que el primer reino búlgaro, que englobaba y unificaba a las tribus eslavas dispersas en los Balcanes, presionaba los fronteras del norte del Imperio; en 679, Constantino, vencido, les cedía las tierras cercanas a la desembocadura del Danubio y empezaba ya a pagarles tributos; más tarde, los bizantinos construyeron un verdadero *limes* de protección contra los búlgaros y lanzaron contra ellos, pero con frecuencia sin éxito, varias campañas de verano. Tampoco pudieron defenderse ante los restantes bárbaros de los Balcanes: en 626, el kan de los ávaros condujo a sus hordas y a las de los eslavos hasta las mismas murallas de Constantinopla.

El Imperio, falto de dinero, agotado por las campañas de Occidente y debilitado por los fraudes y exenciones fiscales y la corrupción de sus oficiales y recaudadores, parecía incapaz de contener por más tiempo los ataques de sus vecinos de Oriente. El cuerpo de mercenarios, todavía poco asimilado, resultaba de difícil y peligroso manejo: los colonos militares eslavos establecidos en Asia Menor, en las tierras de Bitinia cercanas al lago de Nicea, estaban encargados de la lucha contra los árabes y resultaron en su conjunto traidores. Especialmente las provincias de

Asia y Egipto estaban ya, de alguna manera, desgajadas de Constantinopla. Temían los desaciertos de los administradores y los excesos de los agentes del fisco; y, más todavía, las persecuciones religiosas que enfrentaban duramente a los ortodoxos de la capital contra los cristianos nestorianos o monofisitas. Comunidades enteras de nestorianos se refugiaron en Persia, bajo la protección del rey, y recibieron allí una cálida acogida. Los cristianos de Antioquía o Alejandría aceptaron de buen grado una dominación extranjera, de la que esperaban una mayor tolerancia. A todo ello se sumaba el particularismo étnico o lingüístico, las luchas entre las naciones, sensibles incluso a los conflictos sucesorios al trono imperial, las rivalidades en el seno del ejército y la dificultad de mantener vínculos estrechos entre países demasiado alejados entre sí. Por último, se exacerbaron los problemas sociales, las querellas religiosas: en Jerusalén, entre judíos y cristianos; en el norte de Siria, entre los maronitas ortodoxos agrupados en torno a los conventos de las riberas del Oronte y los monofisitas, más numerosos; en Egipto, entre los fieles a Constantinopla y los coptos monofisitas, llamados *jacobitas*.

Las guerras contra los persas

El ejército persa se apoderó de Antioquía ya en el primer año de campaña, 611; más tarde, en 614, de Jerusalén, que no resistió más que tres semanas. Alejandría y Egipto cayeron en 618-619. Los ejércitos del rey Cosroes realizaron una larga incursión hacia Constantinopla, alcanzaron fácilmente las orillas del mar de Mármara y acamparon en las costas del Bósforo. Esta triunfante invasión asestó un duro golpe a la civilización sedentaria grecorromana, especialmente en Palestina: los ejércitos destruyeron

las murallas de las ciudades, los conventos e iglesias y las obras de irrigación; aniquilaron a las poblaciones civiles y tomaron cautivos a los supervivientes. Esto supuso la ruina de Jerusalén, de sus industrias y de sus comercios; y, además, la ruina de una agricultura intensiva y de los campos de cereales, indefensos ante los desplazamientos de los beduinos nómadas y las futuras invasiones. En este sentido, la ocupación persa señala el fin, en Palestina y Siria, de la antigua implantación romana basada en una cuidada agricultura y en una densa red de ciudades.

La violenta reacción de Heraclio apareció como una guerra religiosa. El emperador se autoafirmó como campeón de la cristiandad; exigió de todas las iglesias del Imperio el sacrificio de sus tesoros convertidos en lingotes de oro y plata. Después de dos difíciles campañas en Armenia y en la zona próxima al Cáucaso, las tropas bizantinas derrotaron a los persas (627) en las orillas del Tigris, cerca de la antigua Nínive. Poco después, expulsaron a su rey conquistador, Cosroes, y pidieron la paz. Todas las provincias perdidas hacía diez años, volvieron a formar parte del Imperio. Heraclio devolvió solemnemente la reliquia de la Santa Cruz, de Ctesifonte a Jerusalén, y allí celebró, entre el júbilo popular, el triunfo de los cristianos. Entonces, tomó oficialmente el título de *basileus*, hasta entonces ostentado solamente por el rey de Persia. De hecho, hacía ya largo tiempo que los griegos designaban así a su emperador; pero, para muchos, la decisión de Heraclio respondía a un deseo de subrayar la victoria sobre los persas y, al mismo tiempo, subrayar la ruptura absoluta con las antiguas tradiciones de Roma.

A continuación, el triunfo de Heraclio fue celebrado incluso en la misma Constantinopla; la multitud se congregó en Santa Sofía para escuchar el largo relato de sus hazañas, cantadas más tarde por poetas y cronistas. Para ganar de nuevo a los monofisitas a la ortodoxia, el emperador propuso, por medio del tratado de la *Ecthésis* (638), una nueva doctrina de carácter conciliador llamada *monotelismo*; pero esta solución apareció demasiado tarde y tal iniciativa no provocó otro resultado que la quema de Roma y Constantinopla.

El triunfo fue breve: en 634, los árabes atacaban ya las fronteras del Imperio.

Las dos guerras contra los árabes

Muy pronto, las bandas de beduinos nómadas y los ejércitos del califa Omar se apoderaron de Siria (635) y Egipto (641). No obstante, Jerusalén resistió un asedio de dos años y sólo abrió sus puertas después de conseguir la firma de un tratado por el cual se aseguraban a los cristianos ciertas garantías religiosas (636-638). En tomo a 647, el exarca de Cartago, Gregorio, sufrió una primera derrota ante las tropas procedentes de Egipto, a través de los desiertos de Libia y Tripolitania. En el intervalo el Imperio persa empezó a desmoronarse. Los musulmanes ocuparon Armenia y atacaron Anatolia; Constantinopla se vio amenazada simultáneamente por el rápido avance de los caballeros árabes y por una numerosa flota, absolutamente nueva, construida a toda prisa en las costas de Siria. La empresa musulmana se hizo extensiva a las islas del Egeo y a las costas de Asia Menor y aisló la capital de sus grandes mercados. Constantino II, al mando de los navíos griegos, experimentó una severa derrota a lo largo de las costas de Lidia; Bizancio perdió Chipre y Rodas.

En Siria, los mardaítas o maronitas, refugiados desde las primeras incursiones árabes en las montañas del Líbano, formaron sólidas e inexpugnables colinas guerreras, que impedían el paso de los ejércitos procedentes de Damasco. Cuando la flota del califa sitió Constantinopla en 676, se encontró con las defensas de la ciudad reforzadas y, sobre todo, con los temibles buques griegos, *siphonophores*, capaces de lanzar el terrible fuego griego, líquido inflamable que se arrojaba contra los navíos enemigos. Pa-

rece ser que esta arma, desconocida todavía por musulmanes y occidentales, provocó grandes pérdidas a los sitiadores y que, en todo caso, terminó con su entusiasmo. La resistencia bizantina, famosa en todo el Imperio, salvó a la cristiandad. Constantino IV obligó al califa Moawiah a firmar un tratado de paz por el cual, a cambio de un tributo anual, Armenia y Chipre pasaban a tener una administración común.

A partir de entonces, vencida la primera resistencia, la guerra se asentó sobre nuevas bases: incursiones de caballería, ofensivas diplomáticas en las que los dos imperios, debilitados alternativamente por sus propias divisiones internas y preocupados por sus empresas en otros frentes, negociaban períodos de tregua que no pasaban de ser muy precarios. Algunas veces, esta paz costó muy cara a los bizantinos; hacia 680, Justiniano II aceptó la transferencia de los mardaítas del Líbano a las costas de Panfilia y al Peloponeso; esta fue una concesión grave, puesto que, destruyendo el «muro de bronce de Siria» (A. A. Vasilief), libraba todo el país a los ejércitos del califa y devolvía las líneas defensivas al macizo montañoso del Taurus. No obstante, el ataque de máxima envergadura dirigido por Maslamah contra Constantinopla (717) concluyó en un estrepitoso fracaso. Ciertamente sus ejércitos atravesaron Anatolia y penetraron en Tracia; su flota, compuesta por más de mil buques, cercó la ciudad; pero, atacados en el flanco norte por los búlgaros y diezmados constantemente en el mar por el fuego griego, los musulmanes abandonaron el asedio después de un año de duros combates. En 739, el emperador León III les venció en Acroinon, en las montañas de Frigia y, en 746, su flota, duramente vencida, tuvo que ceder Chipre a los griegos. Estos fueron los años de guerra decisivos, los últimos asaltos del islam.

Desde este momento, ambos imperios limitaron sus afanes de conquista. Durante la sublevación abasida, los bizantinos dirigieron sus ataques hacia Armenia y el valle alto

del Tigris; recuperaron Erzerum y Melitene (751-752). Los ejércitos del califa Harún al-Rachid (786-809) multiplicaron sus incursiones al otro lado del monte Taurus. Poco después, bajo el reinado del emperador griego Miguel II (820-829), los musulmanes apoyaron la sublevación de Tomás el Eslavo que, al mando de los guerreros eslavos instalados en Asia Menor y de regimientos griegos y caucasianos, se hizo proclamar *basileus* en Antioquía, prometió al califa algunos puntos estratégicos en las fronteras y marchó sobre Constantinopla. El intento de ocupación quedó suspendido cuando los asaltantes llegaron a los muros de la ciudad (823) y, durante largo tiempo, griegos y árabes se enfrentaron solamente por las fortalezas del Eufrates.

Estas invasiones árabes, que con frecuencia no pasaban de simples saqueos, transformaron el paisaje y las estructuras económicas de Anatolia. Provocaron importantes migraciones humanas, arruinaron la antiguamente próspera agricultura y favorecieron la inseguridad. De ahí la creciente pujanza de las fortalezas militares, campos cercados donde se refugiaban las poblaciones (Dorilea, en el interior, y Esmirna, Efeso y Mileto, en la costa oeste), mientras que las antiguas ciudades iban debilitándose o desapareciendo incluso, dado el peligro que suponían las incursiones (H. Ahrweiler).

En el mar, los musulmanes, procedentes de sus bases en España o África, atacaron las islas y controlaron los puntos estratégicos de los mares interiores; Creta cayó en 825, Palermo en 831 y posteriormente lo hicieron Tarento y Bari. Parecía que los griegos habían perdido todas sus posesiones occidentales.

PROBLEMAS INTERNOS. LA GUERRA DE LOS ICONOCLASTAS

Nueva orientación política

Ya con Heraclio, el título de *basileus* confirmaba el deslizamiento hacia el este, el abandono de las tradiciones de la antigua Roma. Pese a que el emperador seguía siendo *autocrator*, afirmando esporádicamente sus pretensiones a la dirección de toda la

cristiandad, su poder se ejercía esencialmente sobre los países griegos, cada vez más separados del mundo romano. El advenimiento de los emperadores «isaurios» o sirios, de origen oriental todos ellos, no hizo más que reforzar esa orientación política, especialmente en tiempos de León III (714-741), nacido en el norte de Siria, y de su hijo Constantino Coprónimo (741-775), casado con una princesa kazar. Tras el intervalo de la emperatriz Irene (797-802), nuevamente fueron asiáticos, a menudo antiguos generales, quienes ocuparon el trono imperial: Nicéforo I (802-807), nacido en las montañas del Taurus; luego León V, el Armenio (813-820); por último, los tres emperadores de la dinastía frigia: Miguel II, Teófilo y Miguel III (entre 820 y 867). León V emprendió una sólida reforma administrativa y jurídica: persiguió los abusos de los funcionarios y publicó la *Ecloga*, nueva compilación de leyes que en muchos puntos rompía con las tradiciones jurídicas de Roma. La *Ecloga*, o fragmentos escogidos, ofrecía un resumen muy simplificado de los textos elaborados en la época de Justiniano, suprimía gran número de disposiciones inútiles e introducía importantes innovaciones inspiradas en las costumbres locales, en la moral cristiana y en el afán de justicia social: multas y castigos aplicables a todos los súbditos del Imperio, supresión de la pena de muerte en muchos casos… El nuevo derecho bizantino apelaba más a las reglas cristianas que a la tradición romana. El mismo espíritu de simplificación y adaptación a las nuevas estructuras económicas y sociales se hace patente en otras dos compilaciones, publicadas, sin duda, durante la misma época: el Código marítimo y el Código rural, que protegía a los pequeños campesinos libres.

En el ámbito de la administración regional y de la defensa de las fronteras, la principal reforma radicó en la multiplicación de los *themas*. En las regiones más amenazadas, éstos fueron substituyendo paulatinamente a las provincias romanas. De hecho, esta compleja tarea de reorganización, realizada muy lentamente y

de diferente forma según los países, se esbozaba ya desde el siglo VII: los primeros ejemplos de *themas* fueron los exarcados de Ravena y Cartago. El *thema* era la circunscripción territorial ocupada por un cuerpo de ejército reclutado en el mismo lugar, carente, pues, de mercenarios extranjeros. Gobernado por un *estratega* cuya autoridad suplantaría pronto a la de los gobernadores civiles, el thema, especialmente frecuente en Asia Menor, parece inspirado por el deseo de combatir simultáneamente a los enemigos externos y los vicios de la administración. Ello incrementaría considerablemente el poder de los grandes jefes militares. Mientras, la adaptación a las nuevas circunstancias políticas provocó corrientes de descontento, cristalizadas y agudizadas en la guerra de los iconoclastas.

Orígenes de la querella de los iconoclastas

Si bien es cierto que los orígenes de la crisis parecen harto complejos, sería excesivo, pese a las afirmaciones de algunos historiadores, omitir su aspecto puramente religioso y no ver en el conflicto de las imágenes más que un pretexto. Las imágenes, *iconos*, de los personajes divinos, al principio aceptadas para instruir a los fieles en los misterios de la fe cristiana, habían llegado a ser tan numerosas que suscitaban extraños fervores, peculiares prácticas religiosas, auténticas devociones populares. Se las encontraba en todas partes: en los frescos y mosaicos de las cúpulas y paredes de las iglesias, en los trípticos de marfil o madera pintada, en placas de bronce, doradas o esmaltadas, expuestas el día de la fiesta del santo y directamente asociadas al ritual de los oficios. Estas imágenes representaban a Jesucristo, la Virgen y todos los santos protectores y bienhechores. El pueblo les atribuía un po-

der divino indudable, viendo en ellas algo muy distinto a simples representaciones figuradas. Eran objeto de veneración, de homenaje, de oraciones, esperándose milagros de ellas. Algunos iconos tenían fama de sobrenaturales, con un poder superior al de los demás. Grandes masas peregrinaban a los monasterios en los que se exponían los más insignes, entregándose a extravagantes devociones, prácticas idolátricas que recordaban las supersticiones, encantamientos y ritos mágicos del paganismo.

En algunos ámbitos más rigoristas, estos excesos provocaron una viva reacción. Laicos y clérigos recordaron las advertencias y condenas de los primeros doctores de la Iglesia, y exigieron la abolición del culto a las imágenes. Se configuraron, de este modo, dos bandos que, entre 700 y 720, dividieron todo el Imperio: los *iconodulos*, favorables a las imágenes, y los *iconoclastas*, hostiles a ellas. Desde el punto de vista social, los partidarios de una religión sensible —el pueblo en general, las mujeres, los monjes —, se oponían a aquellos capaces de mantener en la práctica religiosa una espiritualidad más elevada, el auténtico sentido del cristianismo; éstos se localizaban en torno del emperador, la nobleza, el alto clero.

De hecho, lo que estaba en cuestión no era sólo la veneración de las imágenes sagradas, sino el mismo derecho de representar a Dios y sus criaturas.

La querella traducía, asimismo, la escisión entre las provincias orientales, fieles a un cierto rigor espiritual, influidas tal vez por las prohibiciones musulmanas y judías de representación de la persona humana, y, por otra parte, Grecia y la capital, ferozmente fieles al culto de las imágenes. De ahí que algunos historiadores piensen que la actitud de los cristianos de Asia estuvo dictada por la esperanza de poder convertir más fácilmente a musulmanes y judíos, tanto en el interior del Imperio como en las fronteras. León el Isaurio y todos los emperadores iconoclastas eran de origen oriental, mientras que fueron dos mujeres, griegas ambas,

Irene y Teodora, quienes restablecieron los iconos en cuanto pudieron. El ejército, resueltamente iconoclasta, estaba compuesto básicamente por soldados procedentes de Asia o de Armenia.

La querella refleja igualmente la gravedad de algunos conflictos sociales, así como el deseo de los emperadores de afirmar de modo indiscutible su autoridad en todas las provincias. Los emperadores iconoclastas, prestigiosos jefes militares, intentaron ganarse las masas rurales de Anatolia; al querer limitar la extensión de la gran propiedad agraria habían chocado con la decidida oposición de los monjes, cuyos bienes habían crecido de forma importante. Protegidos por privilegios y exenciones de todo tipo, los nuevos monasterios privaban al Estado de hombres, soldados o administradores, y de importantes recursos fiscales. León III y sus sucesores atacaron directamente las propiedades de los conventos; sostenidos por la nobleza militar y el ejército, confiscaron sus tierras, distribuyéndolas a colonos-soldados. Dado que los monjes aseguraban su prestigio entre el pueblo mediante el culto de los iconos, los dos aspectos, el político y el religioso, de la lucha aparecen íntimamente ligados.

La guerra civil

El primer edicto iconoclasta fue proclamado por León III el año 726. El emperador, que hizo derribar una estatua de Jesucristo que se levantaba a la entrada de su palacio, tuvo que enfrentarse inmediatamente a una resuelta oposición del patriarca y del papa y a varias rebeliones en Grecia. La guerra civil asoló todo el Imperio cuando su hijo Constantino V hizo más dura aún la condena de las imágenes y emprendió una encarnizada lucha contra los monasterios. En 754, reunió en Constantinopla un concilio en el que más de trescientos obispos proscribieron toda forma de veneración de las imágenes, anatematizando «el arte de los pintores» y sus defensores. Este rigor muestra bien a las claras la fuerza de la tendencia iconoclasta entre el clero secular. Durante todo su reinado, Constantino mantuvo una lucha a fondo contra los iconos, el culto a la Virgen y a las reliquias y, sobre todo, contra los monjes. Obligó a éstos a vestir hábitos civiles, a casarse incluso, se apoderó de sus tierras y les prohibió

aceptar novicios. De ahí las violentas revueltas contra los agentes imperiales por parte de unas masas privadas de sus santos taumaturgos y del consuelo de las imágenes protectoras. De ahí también un fuerte movimiento migratorio de las comunidades monásticas hacia las regiones menos amenazadas, las orillas del mar Negro, la isla de Chipre, la Italia meridional, donde reforzaron de modo decisivo la influencia griega en Calabria y Apulia.

El reinado de Irene, una princesa griega de Atenas, que, habiendo sido tutora de su hijo Constantino VI, le hizo reventar los ojos a fin de ser ella la única emperatriz (en 797), señala el inicio de un cambio radical en la política religiosa. Pese a la violenta oposición del ejército, Irene, de mutuo acuerdo con el papa, reunió en 787 el concilio de Nicea (VII Concilio ecuménico), que restableció el culto a las imágenes en base a las nuevas actitudes teológicas y condenó a sus adversarios; los monjes recuperaron sus bienes y sus derechos.

Esta restauración, solemne y triunfalmente proclamada, encontró siempre una fuerte oposición que, en 802, consiguió destronar a la emperatriz y llevó al poder a un alto funcionario de palacio: Nicéforo Focas. Este último reemprendió la lucha contra los conventos. En 815, León el Armenio hizo condenar de nuevo las imágenes e instauró un nuevo período de persecuciones; concedió la sede de Constantinopla a un patriarca iconoclasta. No obstante, bajo sus sucesores, triunfaron los partidarios de las imágenes, siempre más violentos y numerosos en Grecia y en las islas, que obtuvieron el apoyo de teólogos intransigentes (un tal Teodoro, por ejemplo, abad de Monte Studion en Constantinopla). Teodora, madre de Miguel III, restauró solemnemente (843) el culto a las imágenes en las iglesias.

Esta interminable querella agudizó la separación entre las iglesias de Roma y Constantinopla, preparando así su ruptura definitiva. Además, marcó profundamente la civilización de la época. Los iconoclastas destruyeron las estatuas, rompieron las efigies, y encalaron frescos y mosaicos. Así pues, el arte bizantino tradicional subsistía solamente en los monasterios del sur de Italia o en las grutas de Capadocia, sede de comunidades de refugiados. A estas imágenes, los iconoclastas oponían una decoración floral o animal directamente inspirada, según parece, en la de las mezquitas, las sinagogas, los palacios de Bagdad o los anti-

guos templos orientales. Un contemporáneo decía que Constantino V había hecho de la iglesia de Blachernes «un vergel y una pajarera», al hacer pintar en sus muros escenas de caza, sus victorias, carros y aurigas. Los evangelios y biblias de esta época no se ilustraban nunca con figuras humanas sino solamente con líneas geométricas, letras alambicadas y medallones. Pero estos libros ilustrados son escasos y no queda nada, por ejemplo, del palacio o la iglesia de Blachernes, ni tan sólo los pabellones construidos en el Palacio Sagrado por el emperador Teófilo; tampoco existen restos del Palacio de Bryas, donde, en la sala del trono guardada por leones y grifos, se levantaba un plátano de oro repleto de pájaros cantores. Esta imitación de las decoraciones musulmanas y un nuevo gusto por las escenas profanas del arte de Alejandría parecen ser las principales aportaciones de los emperadores y del clero iconoclastas. Esta influencia de Oriente se manifestaba incluso en los medios resueltamente hostiles a los iconoclastas; es buena muestra de ello la narración de *Barlaam y Josafat*, versión cristiana de la vida de Buda, escrita, sin duda, por Juan Damasceno.

El triunfo de las imágenes

Tan pronto como terminó el enfrentamiento, el culto a las imágenes impuso al arte bizantino (hasta la caída del Imperio), y más adelante al arte griego, al de los Balcanes y al de Rusia, características bien diferenciadas de las propias de los países sometidos al clero romano. La pintura era una forma de explicar algunos de los misterios cristianos: una inscripción de un fresco de Capadocia, recientemente descubierto, dice que la mano del pintor es más hábil que el discurso para evocar el misterio del nacimiento de Cristo (M. y N. Thierry). Los doctores iconodulos, Juan Damasceno y luego Teodoro Studita, proclamaron el carácter sagrado, divino incluso, de los iconos; afirmaban que la presencia real era idéntica en una imagen y en la Eucaristía, que la relación entre la persona divina y su imagen era la misma que la existente entre Dios Padre y Cristo. Estas verdades fueron tomadas al pie de la letra por las masas populares. Los iconos, con su mirada fija, sus ojos tan abiertos y su posición siempre de frente captaban la

atención del creyente. La presentación de frente, inmutable, respondía a una necesidad de absoluto: es decir, se trataba de que la imagen impusiera, de alguna forma, las virtudes divinas al fiel al que miraba con su semblante fijo. En las escenas más complejas, se rompía la armonía de la composición, transmitiendo una impresión de artificialidad, con frecuencia desconcertante: los personajes, siempre ligados a los espectadores, quedaban mal encajados en la decoración, mal combinados entre sí; sus gestos parecían torpes e inciertos. Durante largo tiempo, el pintor prefirió los personajes maléficos: Judas o Satán, a todos los demás. Por otra parte, el atribuir a las escenas esculpidas un papel preponderante en la explicación del dogma implicaba, obviamente, un estrecho control por parte de las autoridades patriarcales; el concilio ecuménico de 787 privó al artista de todo tipo de libertad. La iglesia se reservaba el derecho de precisar el número de personajes, sus actitudes y atributos; incluso era ella la encargada de definir una jerarquía de colores, reservando los tonos claros, que evocaban una idea de esplendor, a los ángeles del cielo, el azul o rojo vivo al manto de Cristo, toda la gama de azules a la Virgen y los colores más obscuros a los mártires y santos. Este arte, considerado por algunos como estereotipado, obedecía a unas reglas que no dejaban al artista más que un margen de iniciativa muy estrecho.

Bibliografía: Las obras generales de VASILIEV, OSTROGORSKY, LEMERLE y BREHIER, citadas *supra*, cap. XVIII.

Textos y documentos: Libros de arte y manuales citados *supra*, cap. XVIII.

CAPÍTULO XX

La dinastía de los macedonios: La segunda edad de oro bizantina (867-1081)

MAPAS: XII, frente a pág. 320 y XIII, frente a pág. 336.

En el año 867, Miguel III fue asesinado por instigación de su hijo adoptivo, Basilio, fundador, con ello, de una dinastía que se mantendría dos siglos en el poder. Basilio I había nacido en Macedonia, en el seno de una familia de origen armenio. Con él se inició un intenso renacimiento, en todos los ámbitos, del Imperio griego, la segunda edad de oro de Bizancio. El Imperio se opuso resueltamente a las empresas del enemigo y reconquistó varias regiones de vital importancia en Asia; cada vez más abierta al influjo oriental y menos ligada a sus antiguas tradiciones, la civilización bizantina alcanzó un esplendor inigualado en lo sucesivo.

LA CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO EN EL INTERIOR

Basilio I (867-886) aseguró, en primer lugar, la suerte de la dinastía: su segundo hijo, León VI el Sabio (886-912) le sucedió sin dificultades, mientras que el cuarto, Esteban, llegó a ser patriarca de Constantinopla. Los primeros emperadores macedónicos acabaron fácilmente con las peligrosas querellas sucesorias, las usurpaciones y los asesinatos, reafirmando el prestigio de la dignidad imperial: durante su vida, asociaron a sus hijos, sus yernos, sus cuñados incluso, a las tareas de gobierno del Imperio. De este modo, grandes familias, frecuentemente rivales, participaban en el poder. Entre los emperadores de la dinastía macedónica figuran miembros de los Lacapenos, de los Tzimiskes, de los Focas… Los emperadores desalentaron de antemano las tentativas de los usurpadores, generales o gobernadores de provincia, exaltando la dignidad de los príncipes «porfirogénetas» (nacidos en la Cámara tapizada de púrpura, en el palacio de Constantinopla), destinados desde su nacimiento a la adoración popular. En 905, León VI, a quien sus tres primeros matrimonios no habían dado descendencia, tuvo un hijo de su favorita Zoé Carbonopsina (de ojos negros), con la que no dudó en casarse. Con la ayuda del papa de Roma, impuso como heredero al niño que, coemperador desde los seis años, le sucedió al año siguiente. Cierto es que este hijo, Constantino, estuvo largo tiempo marginado del poder, que, de hecho, ostentaba Romano I Lacapeno, un antiguo oficial que se había adueñado de palacio, casando a su hija con el heredero y asociando a sus propios hijos al poder; sin embargo, éste fue recuperado por Constantino al morir su suegro en 944, siendo su nombre de emperador Constantino VII Porfirogéneta (912-959).

En 976, la muerte de su yerno Juan I Tzimiskes confirió el poder a sus dos nietos Basilio y Constantino, de 19 y 16 años, respectivamente; no obstante, la gran nobleza y los jefes militares proclamaron emperador al general Skleros. Después de más de

diez años de guerra civil, Basilio se impuso, liberándose incluso de la tutela de Bardas Focas, un general aliado y protector suyo, pero excesivamente ambicioso. Desde entonces, Basilio II (976-1025) reinó, con su hermano, como señor absoluto.

El prestigio y la autoridad del soberano alcanzaron un vigor inédito hasta entonces. El emperador macedónico ejerció el poder sin limitación alguna: *imperator, Augusto, autocrator* y *basileus*, heredero, al mismo tiempo, de los antiguos emperadores romanos y de los déspotas orientales; jefe indiscutido de la Iglesia de Oriente y auténtico héroe objeto de veneración por las muchedumbres con ocasión de las interminables ceremonias de coronación celebradas en Santa Sofía. El antiguo Palacio Sagrado, en el que se distribuían, sobre 40 ha, a la manera de los palacios de Oriente, innumerables pabellones organizados en torno a ocho patios interiores y siete peristilos, fue aún enriquecido con nuevos apartamentos para los soberanos y suntuosas ornamentaciones. En la gran sala del *Chrysotriclinon*, el trono ocupaba el ábside central, frente a las pesadas verjas de la entrada, mientras que en los restantes ábsides, bandejas, vasos, iconos del tesoro, joyas de la corona, eran expuestos sobre mesas de oro. La vida del emperador, oculto, inaccesible, para acercarse al cual era preciso todo un rito de adoración, estaba regulada según un minucioso protocolo extraído de las tradiciones orientales y de la liturgia cristiana.

Este protocolo se halla descrito con gran lujo de detalles en el *Libro de las Ceremonias*, escrito por el propio Constantino VII en su juventud, sin duda para aliviar su ocio y su nostalgia del poder.

El palacio. Los dignatarios

Cada oficial al servicio del emperador ostentaba un doble título: uno correspondía a la función civil o militar que tenía confiada; el otro, de carácter honorífico, recordaba su lugar entre los dignatarios de la corte imperial, incluso si su cargo le obligaba a residir lejos de Constantinopla. En tiempos de León VI y Basilio II, el cuadro de las dignidades imperiales comportaba diecinueve grados cuidadosamente ordenados: *César, nobilísimo, kuropalata, proedro, magister*…; había, por lo demás, un título reservado a las mujeres: *patricia*. Así se organizaron de forma firme y rígida los distintos organismos, *secreta*, del gobierno central: el de secretario del emperador, *grammateus*, los de la cancillería encargados de redactar y expedir los documentos oficiales, los de las finanzas, bajo la vigilancia del *sacelario*, los servicios de palacio (la cámara, la mesa, la guardarropía) y los cuerpos de la guardia imperial (los *tagmata*). Los más fieles de estos guardianes, *scholas*, tenían su guarnición en el mismo palacio. El ascenso en la carrera administrativa era cuidadosamente regulado por la costumbre y alterado solamente por las rivalidades entre las grandes familias; pero todos los nombramientos importantes dependían, en última instancia, del emperador. Las *Novelas* de León VI indican de forma precisa las sumas que habían de pagarse, ya fuera al tesoro imperial, ya al jefe jerárquicamente correspondiente, al tomar posesión de ciertos cargos.

Por su parte, el emperador trataba de gobernar al margen de esta pesada máquina administrativa; confiaba sus proyectos a un colaborador íntimo, el *mystikos*, o al jefe del servicio de la cámara, el *parakimomene* (aquel que duerme cerca del emperador). Concedía al jefe del correo público, *el logoteta del dromo*, el derecho de redactar o supervisar la correspondencia diplomática; poco a poco fue concediendo su confianza a los jefes de las *scholas*. De esta forma se aseguró la fortuna política de los Focas, todos ellos (Nicéforo I, sus hijos León y Bardas y su nieto León) *domésticos de las scholas*, antes de que Nicéforo I (963-969), que se había casado con la viuda del emperador, asumiera el poder.

La administración. Las «themas»

Estos emperadores macedonios fueron también grandes legistas y administradores. Basilio I, para completar los textos de Justiniano y dar una respuesta a la evolución de las estructuras políticas y sociales, hizo redactar el *Procheiros* y, más adelante, el *Epanagoge*, que precisaron o modificaron más tarde las innumerables *Novelas* de Basilio, de León VI y de sus sucesores.

Las antiguas provincias fueron substituidas por las *themas*, circunscripciones militares. La nueva administración territorial quedó fijada entonces con las precisiones introducidas por los macedonios. Constantino Porfirogéneta, autor del *Libro de la administración del Imperio*, expuso una detallada descripción en su obra *Libro de las themas*. Esas themas recibieron a menudo el nombre del cuerpo de tropas residentes allí, de acuerdo con su origen étnico. Ello resulta a veces fuente de confusión: la thema de los tracios, por ejemplo, estaba situada en Asia Menor y no en Tracia (además existía también una thema llamada «de Tracia»). Constantino VII describía 7 themas en Oriente (de las cuales tres eran marítimas: las de Cibyreotia —de Cibyra, antigua ciudad griega de Frigia—, de Samos y del Egeo) y 12 en Occidente. Cada una de ellas estaba confiada a un *estratega*, el cual estaba por encima de la autoridad de los oficiales imperiales, era general de los ejércitos, regidor de la administración civil, responsable de las finanzas y de la recaudación de los tributos y los impuestos de aduanas y, finalmente, era el juez supremo de la provincia. En algunas regiones, varios themas quedaron concentrados bajo la autoridad de poderosos gobernadores militares: el *duque* de Tesalónica (thema de Tesalónica y de Strimon), el *catepan* de Italia (themas de Calabria y de Lombardía) residente en Bari, o los *duques* de Dyrrhachium y de Bulgaria.

LAS GRANDES CONQUISTAS. EL APOGEO DEL IMPERIO

A las themas creadas por Constantino Porfirogéneta se le sumaron otras 17. El Imperio, enriquecido y servido por un poderoso ejército y sobre todo por una flota invencible, contuvo las

nuevas olas de invasores procedentes de Asia, los pechenegos desplazados desde las estepas del sur y los búlgaros; además reconquistó a los árabes algunas de sus antiguas posesiones en Italia y en Oriente y no permitió la insubordinación de los nuevos Estados de los Balcanes (incluso, alguna vez, los sometió a su propia tutela).

En Italia

Con el advenimiento de Basilio I, Italia escapó casi por completo de la empresa expansiva bizantina; los dos príncipes «lombardos» de Benevento y Salerno, respaldados por sus *gastaldi* situados en las plazas fuertes de las montañas, se repartieron, en 849, todas las tierras que seguían siendo cristianas. En el sur, se agravaba cada vez más la influencia y los desaciertos de los emires musulmanes de Palermo, Tarento y Bari; los pequeños principados marítimos de la costa del Tirreno —Gaeta, Nápoles, Amalfi— preferían su alianza a la de los emperadores bizantinos. En Nápoles, «otro Palermo, otra África», según palabras de un cronista, el conde Sergius firmó un tratado de colaboración con los musulmanes de Sicilia.

En 876 el gobernador bizantino de Otranto se apoderó de Barí. Las flotas griegas conquistaron las islas Lipari, ocuparon Termini, Cefalú y Siracusa; en 880, los ejércitos tomaron Tarento y se introdujeron en Apulia. Por último, en 915, sometida Calabria, consiguieron una victoria decisiva sobre las tropas musulmanas cerca de Garigliano, destruyendo así su última colonia militar en Terra Ferma.

Las pretensiones del emperador germánico Otón II, casado con una princesa bizantina, Teófana, hija de Romano II Laca-

peno, se hundieron como resultado de la desafortunada campaña de 982; los oficiales bizantinos, atrincherados en sus fortalezas, vieron cómo el ejército alemán arriesgaba sus fuerzas en Calabria y era completamente aniquilado por los musulmanes en Silo. Los griegos reagruparon sus fuerzas; Barí se transformó en la capital política y militar y, apoyada en la flota veneciana, rechazó los asaltos de los musulmanes en 1003. Una vez sofocada la rebelión que los burgueses de Barí, al mando de Melo, llevaron a cabo abrumados por el peso de los impuestos (1008-1017), el *catepan* de Italia, Basilio Bojoanés, restableció el orden. Condujo los ejércitos griegos hacia el norte, sobre Garigliano, resistió los embates del emperador Enrique II e hizo de nuevo del Adriático un lago bizantino. Su reinado (hasta 1028), junto con la pacificación de Apulia y Calabria, señala el apogeo de Bizancio en Italia, pues, al mismo tiempo, hacía extensivo su protectorado al príncipe de Capua e imponía su protección al papa.

Después de Otranto, Barí pasó a ser la segunda metrópoli religiosa; controlaba doce obispados sufragáneos, atendidos por sacerdotes sicilianos y griegos que introdujeron o mantuvieron, según los casos, la liturgia oriental. Numerosos eremitas procedentes de Grecia o de Oriente se establecieron en las cuevas y grutas de las montañas del sur de Italia; los monjes sicilianos formaron importantes comunidades (*laurae*, laures) en los alrededores de Reggio y en el norte de Calabria, cerca de Rossano, en los altos bosques de *Mercurion*. Aquí, los monasterios de los siracusanos y de los taorminianos se vieron pronto rodeados de aldeas y pasaron a desempeñar la dirección de las roturaciones, aprovechando todos los terrenos para la plantación de vides. Estos conventos o estos monjes viajeros —como el famoso san Nilo de Rossano (nacido hacia 910)—, taumaturgos y predicadores celosos, consiguieron la veneración de las multitudes; ellos propagaron la liturgia griega, copiaron los manuscritos traídos de Sicilia o Constantinopla —como los conservados en la Gruta Ferrata— y contribuyeron a difundir hasta Monte Cassino y Roma la lengua, religión y civilización bizantinas. Gran número de colonos griegos, con frecuencia esclavos libertos, se establecieron en Murgia, país de los marsos, a fin de repoblar verdaderos desiertos, tierras devastadas durante siglos por las incursiones sarracenas. En el sur de Apulia, Gallipoli fue reconstruida por los hombres procedentes de Heraclea del Ponto. En el norte, Basilio Bojoanés fundó varias ciudades nuevas, fortalezas y puntos de apoyo para la colonización del suelo: Troya, en la ruta de Benevento a Siponto, Civitate, Fiorentino y Drangonara; en torno a Siponto, ahora obispado, la *Capitanate* (del nombre del *catepan*) pasó a ser una provincia segura y rica en cereales.

Contra los musulmanes de Oriente, el éxito de los emperadores dependía, en buena parte, del dominio de los mares; la flota bizantina fracasó, en un primer ataque, contra Creta en 911 y sufrió, en 924, una terrible derrota cerca de la isla de Lemnos, mientras que los piratas asolaron una vez más las costas de Grecia (saqueo de Tesalónica en 904). El viraje decisivo tuvo lugar en 961 con la reconquista de Creta, que privó a los musulmanes de un potente centro estratégico y del punto esencial en su abastecimiento de madera para los mástiles de los navíos; la recuperación de esta isla estableció de forma definitiva la preponderancia marítima de los cristianos e invirtió la relación de fuerzas en el Mediterráneo.

En tierra, una vez recuperada Aleppo en 962, el emperador Nicéforo Focas se apoderó en 969 de Antioquía, antigua metrópoli cristiana, y devolvió a Constantinopla la insigne reliquia del *mandelion* (la capa) recibida con desbordantes muestras de entusiasmo popular. Poco después, Juan Tzimiskes, vencedor del emir de Tarso, cerca de Adana, condujo a sus ejércitos contra los fatimitas de El Cairo (en 963) hasta Palestina y Jerusalén (975). Basilio II y sus sucesores consolidaron sus posiciones creando nuevas themas e imponiendo su protección a los principados armenios. En 1021, el príncipe de Vaspurakan (capital de Van) cedió todas sus posesiones a Bizancio; entre 1023 y 1034 todos los emiratos musulmanes, dueños de tierras armenias al sur del lago Van, habían sido anexionados al Imperio; en el norte, Johannes, rey de Ani, la antigua capital cristiana situada en las orillas del Cáucaso, amenazada ya por las primeras incursiones turcas, proclamó heredero al emperador. Después de largos conflictos sucesorios, donde quedaba de manifiesto el particularismo étnico y religioso de las tribus del noreste, ese reino de Ani se sometió al Imperio (1045); lo mismo sucedió con el otro reino ubicado en las montañas, el de Kars. De esta forma, Bizancio extendió su poderío por toda Armenia; hizo de ella una provincia fronteriza, militar, dispuesta a resistir las posibles invasiones del este, mientras que aumentaron las migraciones de armenios hacia el sur. A partir del año 900 aproximadamente, los colonos armenios, guiados por un jefe semilegendario, el famoso Melias, se establecieron en las mesetas de Capadocia devastadas por las incursiones musulmanas; después de 1021, las tribus de Van recibieron tierras cerca de Sebaste (Sivas) y de Cesarea. La emigración armenia alcanzó, más allá del Taurus, Cilicia y el norte de Siria, abandonados por la población musulmana. El gran macizo de Amandus, cubierto de bosque, uno de los principales centros de la vida monástica del Oriente cristiano, se pobló de armenios que tuvieron

también sus obispados en Tarso y Antioquía; todas las ciudades del norte de Siria contaron con influyentes oficiales y administradores armenios.

Los cristianos de Oriente no concibieron la guerra contra los infieles de la misma manera que los de Occidente. Su Iglesia rehusaba la idea de la guerra santa y la concepción occidental de la Cruzada les era extraña. Cuando el emperador Nicéforo Focas quiso proclamar que los guerreros caídos en los combates contra los musulmanes merecían la palma de los mártires, chocó con la resuelta oposición del patriarca y del clero. La regla monástica oriental de san Basilio negaba la comunión durante tres años a todo aquel que hubiera matado a un enemigo. Por otra parte, la peregrinación a Jerusalén no despertó en Constantinopla el mismo entusiasmo que en la Europa occidental. Contra el islam, Bizancio, más que un combate religioso organizó un intento de reforma doctrinal. Intentaba convertir a los musulmanes establecidos en Constantinopla, aun sin negarles el uso de las diversas mezquitas de la ciudad. Suscitó encuentros y discusiones en base a una literatura polémica y envió a Damasco y a Bagdad embajadores cultos e influyentes, tales como el mismo Focio, patriarca encargado de una importante misión en la corte del califa. El conflicto religioso no provocó reacciones violentas en el pueblo y tuvo poca influencia en la mentalidad colectiva de los griegos de Oriente. No obstante, estas guerras de Asia enriquecieron a los dos mundos con aportaciones originales, gracias a las migraciones y a los intercambios de embajadores, siempre acompañados de diversos regalos; consiguieron dejar profunda huella en la vida social de la época. En este frente incierto de Asia, protegido por los *acritas* (soldados y campesinos al mismo tiempo), se fue consolidando una fuerte casta de jefes militares, centinelas aislados, atrincherados en sus propios palacios fortificados.

Los poemas épicos, de origen popular, que anunciaban —o recordaban— las canciones de gesta de Occidente, se refieren a grandes hazañas guerreras y a la vida fastuosa de estos castillos de sueño, levantados en las orillas del Eufrates, cuyos muros estaban recubiertos de hojas de oro y tenían incrustaciones de piedras preciosas. Así, por ejemplo, la famosa canción de Basilio Digenis Akritas, capitán legendario de la familia

de los Dunas, hijo, según el poeta, de un emir musulmán convertido al cristianismo; esta canción se hizo muy pronto famosa en todo el Imperio, incluso entre los eslavos.

La reconquista de Grecia

La reconquista militar y religiosa de Grecia continental hizo sólidos progresos a partir del reinado de León VI (886-912). Las únicas tribus que consiguieron mantener su autonomía tuvieron, no obstante, que pagar impuestos al emperador. Tal fue el caso de los melingas y los ezeritas, tribus establecidas en las faldas del norte Taigeto; sin embargo, sublevadas, alrededor de 940, contra Romano Lacapeno, fueron entonces completamente sometidas a los oficiales bizantinos. Por otra parte, Bizancio siguió evangelizando a los eslavos o a las tribus griegas que permanecían fieles al paganismo helénico (los mainitas). Numerosas vidas de santos cantan las hazañas de curas y monjes misioneros, en especial las de san Nikon el Metanoíta (muerto en 998): originario de Armenia, evangelizó, primero, la reconquistada Creta; se estableció, luego, en Lacedemonia donde construyó numerosas capillas y el convento de San Salvador; recorrió, finalmente, todo el Peloponeso convirtiendo a la fe cristiana la península de Magna. Dan testimonio fehaciente del poderoso impulso de esta reconquista los monasterios reconstruidos, las metrópolis de Pairas y Atenas, centros de partida de todas las misiones y hogares de una intensa vida espiritual e intelectual, y más aún la nueva metrópolis de Corinto, con sus siete obispados dependientes.

Durante la misma época se desarrolló también una nueva colonización de la tierra, merced, por una parte, a los numerosos refugiados expulsados de Sicilia o de Oriente y, por otra, a las importantes transferencias de población provocadas y controladas por los propios emperadores: la de los mardaítas, por ejemplo, tribu guerrera del norte de Siria, instalada, al principio, en Anatolia y luego, hacia 880, en el Peloponeso. Sus hombres tomarían parte en las expediciones contra Creta. En Corinto, los judíos y

griegos expulsados de Egipto introdujeron la industria del vidrio, llamada a un brillante futuro.

La exterminación de los búlgaros

No obstante, esta «paz griega» se veía duramente amenazada por los piratas árabes que, durante la misma época, devastaban las costas occidentales del Peloponeso, saqueando Pilos y Patras, y, sobre todo, por los violentos ataques de los búlgaros. Estos, organizados en un Estado y convertidos al cristianismo, seguían siendo temibles, amenazando constantemente a los griegos. La conquista del Imperio búlgaro resultó una ardua empresa, coronada con éxito sólo después de más de un siglo de encarnizadas luchas. Esta conquista presidió todas las iniciativas de la diplomacia bizantina, atenta siempre a ganar nuevos aliados contra sus peligrosos vecinos. En 894, para protestar contra el cierre de los almacenes y depósitos bizantinos en los puertos búlgaros del mar Negro y su traslado a Tesalónica, el zar búlgaro Simeón (893-927) atacó Constantinopla y, aliado a los musulmanes de Egipto, impuso un tributo al emperador. Este estableció un pacto con los húngaros que, procedentes de las estepas rusas, habían alcanzado la desembocadura del Danubio. De este modo, Romano Lacapeno pudo, en 924, imponer una paz honrosa al zar Pedro, sucesor de Simeón; posteriormente, la boda de Pedro con la princesa María Lacapeno colocó el gran imperio búlgaro bajo la influencia bizantina.

En 907 y 941, los emperadores rechazaron repetidamente a los rusos, incluso junto a las mismas murallas de Constantinopla; más tarde, sin embargo, conseguirían establecer una alianza con ellos, firmada en 967 por Nicéforo II y Sviatoslav, príncipe de Kiev. Pese a ello, los rusos, difíciles aliados, invadieron Bulgaria y una vez más se aproximaron a la capital (970), pero vencidos en el Danubio por la flota griega, Sviatoslav, diezmadas sus tropas, abandonó a la influencia bizantina toda el área balcánica situada al sur del Danubio. Esta ocupación dio lugar a una intensa rebelión nacional búlgara, dirigida por Samuel (986-1014). Erigido en zar, éste reconquistó todo el antiguo imperio, se apoderó de Dalmacia y en 986 llegó con sus ejércitos, y pese a la resistencia de Corinto, hasta el Peloponeso, a través de Beocia y el Ática. Durante más de diez años, Basilio II tuvo que mantener a

sus ejércitos en la guerra búlgara, guerra que transcurrió en medio de una crueldad tal que le valió al emperador el sobrenombre de *Bulgaróctonos* (matador de búlgaros). Basilio devastó los estados de Samuel, a quien el 29 de julio de 1014 infligió una derrota definitiva en las orillas del río Estruma. Muerto Samuel algunos meses después, los búlgaros se sometieron, cayendo durante casi dos siglos bajo el protectorado de Constantinopla, que alejó con ello la amenaza que los pueblos de las estepas suponían para sus fronteras.

Así pues, vencedores de los musulmanes en Italia y Asia, los emperadores bizantinos tuvieron aún suficiente fuerza para imponer su autoridad en el sureste europeo, pacificar Grecia y rechazar los ataques de búlgaros, rusos y húngaros: capaz de luchar y triunfar en tantos frentes a la vez, el Imperio de los macedónicos dio entonces lugar a uno de los más brillantes períodos del Imperio bizantino.

LA PACIFICACIÓN RELIGIOSA. LA IGLESIA NACIONAL

El final de la querella de las imágenes anunció para el Oriente griego una Iglesia triunfante, rica, cada vez más aferrada a sus tradiciones y ritos. Bajo la dinastía macedónica, esta Iglesia mantuvo una neta originalidad con respecto a Occidente y, estrechamente sometida al poder imperial, se escindió finalmente de Roma. El emperador y el clero de Constantinopla, erigidos en guardianes de la ortodoxia, impusieron en todo el Imperio el respeto al dogma oficial definido por los siete concilios ecuménicos cuyos cánones constituían la base fundamental de la fe cristiana. Combatieron, en consecuencia, la secta de los *paulinos*, sur-

gida entre los armenios de las altiplanicies del Eufrates, herederos del maniqueísmo persa, fieles a la idea de dos principios divinos, del Bien y el Mal, hostiles a toda jerarquía y, sin embargo, ligados a su Iglesia madre de Corinto (fundada por san Pablo entre los años 50 y 52, de quien reciben la denominación). Duramente atacada por Basilio I, la herejía se extendió entre los búlgaros, recién conversos al cristianismo; adoptada por gran número de éstos, dio lugar a las sectas de los *bogomilas* (*amigos de Dios*), primero, en la región de Filipópolis, y más adelante, en todo el país.

Auge del monaquismo

La victoria de las imágenes fue, sobre todo, la de los monjes, guardianes de los iconos, cuya influencia, prestigio y riqueza se incrementaron sin cesar, pese a la ocasional oposición de los emperadores. Las comunidades de monjes se multiplicaron: tal fue el caso de las *laurae*, donde los hombres de Dios se dedicaban a la vida contemplativa, aislados en sus celdas, sometiéndose, no obstante, a la autoridad de un abad y celebrando conjuntamente los oficios dominicales. En las montañas del Athos, donde hasta entonces no había más que eremitas, una primera laura fue fundada en 964. Muy numerosas ya alrededor de 1050, Constantino Monómaco les impuso una carta especialmente riguosa. Otros monjes llevaban una vida conventual de estudio y trabajo según la regla de san Basilio (muerto en 379), substituida más tarde por la regla, mucho más severa, impuesta por la reforma de Teodoro Estudita (muerto en 826), y por la que se prescribía formalmente el trabajo y la obediencia al abad. Los monasterios, muy numerosos en toda Grecia, en la isla de Chíos, en la propia Constanti-

nopla, defendían encarnizadamente los privilegios que les habían sido concedidos por los fundadores y garantizados por un acta particular, el *typikon*, solemnemente leída cada año ante los monjes reunidos en asamblea; los monasterios no pagaban impuestos ni estaban sometidos a ninguna jurisdicción episcopal, poseían iglesias y palacios, tierras y aldeas, y a menudo recibían del emperador donaciones en metálico.

La originalidad de la Iglesia de Oriente

El triunfo de los partidarios del culto a las imágenes agudizó la originalidad de la Iglesia de Oriente. Los iconos se extendieron de forma prodigiosa, junto con el culto a los santos y a las reliquias: reliquias insignes, como la corona de espinas o el santo sudario, la cabeza de Juan el Bautista, o simples fragmentos conservados en los *estaurotekos*, magníficas piezas de orfebrería adornadas con perlas y piedras preciosas. El *mandelion* de Edesa o el icono de Beirut llevado a Constantinopla en 975 por Juan Tzimiskes, o la imagen de Jesucristo que, atravesada por el arma de un judío, conservaba aún manchas de sangre, atraían grandes muchedumbres a Santa Sofía. En todas las provincias, incluso en Italia o en la Rusia de los zares, las imágenes de mármol o de mosaico y las pintadas sobre madera eran ofrecidas a la adoración de los fieles.

El *cancel*, contrapuerta que separaba la nave del coro, se adornó con imágenes cada vez más numerosas e imponentes; simple balaustrada muy baja, al principio, el cancel llegó a convertirse, en tiempo de los macedónicos, en un gran pórtico de columnas o un auténtico compartimiento de madera o incluso de mármol, un *iconostaso*, repleto de ornamentos y pinturas piadosas; durante los oficios, separaba a los fieles de los sacerdotes y del altar. Nacido de la adoración de las imágenes, el iconostaso convertía la celebración de la misa en un misterio al que sólo tenían acceso los iniciados, el clero. De ahí, tal vez, la importancia de las procesiones, cánticos, bendiciones e incensamientos que acompañaban las ceremonias preparatorias del *ofertorio*, de la misa de los catecúme-

nos y, especialmente, de la *Gran Entrada* que precedía la misa de los fieles, cuando los dones ofrecidos en sacrificio eran solemnemente llevados hacia el gran altar central. El ritual bizantino, simple al principio, se enriqueció y recargó, multiplicó las recitaciones de salmos y oraciones, alejándose cada vez más de las tradiciones antiguas; en lo sucesivo, las prácticas religiosas de los griegos desconcertarían a todos los viajeros latinos.

La Iglesia y el emperador

No obstante, el fin de la querella de las imágenes no dejó reglamentadas las relaciones entre la Iglesia y el emperador. Ciertamente, el alto clero, formado en la mayoría de los casos por antiguos monjes que habían pasado a ser obispos, metropolitas o arzobispos de las grandes ciudades, conservó una gran autoridad moral y espiritual, reforzada por cualidades intelectuales indudables. El patriarca de Constantinopla, jefe indiscutido de toda la cristiandad oriental, controlaba el gobierno de la Iglesia hasta los más insignificantes asuntos de las provincias más remotas y legislaba por medio de los innumerables decretos, sentencias y encíclicas expedidos por los múltiples departamentos de la cancillería. Un acta constitucional, el *Epanagoge* (compendio de leyes), redactada en tiempo de Basilio I y de León VI, y, sin duda, por instigación del patriarca Focio, proponía la formación de un Estado imperial en el que *imperium* y *sacerdotium* se ayudaran y defendieran mutuamente. La paz y el bienestar de los ciudadanos dependía del buen entendimiento entre el emperador y el patriarca. El emperador, cristiano sin par y modelo de virtud, impartía la justicia según la ley divina y juzgaba (por sí mismo o juntamente con el patriarca) la ortodoxia de los individuos; defendía a la Iglesia contra herejes y paganos. La *Exhortación* dirigida por Basilio I a su hijo León empezaba afirmando el origen divino del poder, pero al mismo tiempo le exponía unas reglas de

conducta muy estrictas, inspiradas en el respeto por las leyes cristianas. León VI, el prudente, supo encarnar a la perfección el ideal del rey filósofo.

Frente a la del emperador, la autoridad del patriarca no era nada despreciable; éste podía movilizar la opinión popular contra aquél y, lo que era más temible, podía conseguir la hostilidad de los monjes; podía impedirle el acceso a Santa Sofía y, especialmente, podía negarse a coronarle a menos que no se cumplieran ciertos compromisos solemnemente asumidos. Pero, a pesar de la fuerte personalidad de algunos patriarcas, los conflictos solían resolverse en favor del emperador. En 886, León VI depuso, sin dificultades, a Focio; dos años más tarde, nombró patriarca a su hijo Esteban y luego a su secretario particular Nicolás. De hecho, el emperador disponía de la sede patriarcal. Romano I instaló en ella a su hijo Teofilacto (desde 933 hasta 956), joven afable, desconocedor absoluto de los problemas de la religión y cuya única pasión eran los caballos. Asimismo, el emperador intervenía con frecuencia en la elección de los obispos destinados a las distintas provincias.

El cisma

Las divergencias en cuanto al dogma, la liturgia y las prácticas religiosas, junto con las constantes disputas de prelación agravadas por los conflictos políticos, explican los cismas que fueron distanciando a las Iglesias de Oriente y Occidente. El patriarca de Constantinopla, que, después de las invasiones árabes, se transformó en el único jefe de los cristianos de Oriente, no podía tolerar la supremacía romana y trató de liberarse de ella; rehusó toda posible interferencia del papa; éste, en el concilio de Letrán (863), excomulgó al patriarca Focio. La ruptura se consolidó cuando, en el concilio de Constantinopla, Focio lanzó solemnemente, el anatema contra el romano pontífice. Durante largo tiempo, el emperador jugó el papel de árbitro en esos conflictos y, según las necesidades de su política, según la situación de sus alianzas en Occidente, las disipaba o alentaba. La amenaza musulmana en Italia y el deseo de obtener la conformidad de Roma para la unión de la joven Iglesia búlgara a Constantinopla, forzaron a Basilio I a conseguirse aliados en Occidente: para ello, depuso a Focio en 867, aceptándole de nuevo en 879, con la condición de que se sometiera a Roma y se restableciera la unidad religiosa.

Basilio II, por el contrario, adversario de los emperadores otónidas y de los papas sometidos a su influencia, apoyó, en contra de éstos, a los antipapas de la nobleza romana; buscaba entonces separar las dos Iglesias e hizo lo imposible para obtener de Juan XIX la institucionalización de una especie de gobierno do-

ble. La iglesia de Oriente se negó a aceptar este cisma. Miguel Cerulario, patriarca desde 1043, poderoso señor rodeado de una verdadera corte de familiares y protegidos, lanzó una violenta campaña propagandística contra Roma y los latinos, contra la supremacía pontificia. El cardenal Humberto, legado de León IX, agravó el conflicto hasta el punto que, después de dar lectura a un sermón incendiario en Santa Sofía, depositó sobre el altar la bula de excomunión del patriarca. El emperador Constantino Monómaco pretendió calmar los ánimos, pero fue incapaz de resistir a la indignación general de los griegos y al motín popular que ocupó las calles de la capital; permitió que Cerulario reuniera un sínodo en el que se quemó solemnemente la bula, se excomulgó a todos los latinos y se consolidó una ruptura inevitable (26 de julio de 1054).

LA CIVILIZACIÓN DURANTE EL IMPERIO DE LOS MACEDONIOS

La prosperidad de Constantinopla

Hasta entonces, al parecer, la vida cultural de todas las provincias había transcurrido sobre la base de la antigua herencia de los primeros siglos de Bizancio. Pero, después de la querella de las imágenes, surgieron, primero en Constantinopla, y luego en el resto del Imperio e incluso en los países vecinos, formas de expresión distintas que dan testimonio de una indiscutible renovación artística. Se trata de un fenómeno muy complejo que se explica por la concurrencia de circunstancias diversas. La más rele-

vante quizá sea el fortalecimiento político tanto en el interior como en el exterior. El arte macedónico es fundamentalmente un arte cortesano. En las bóvedas de las iglesias, como en los mosaicos de Santa Sofía, aparece la figura dominante del emperador, junto a la emperatriz y rodeada de sus generales, de pie junto a Cristo o posternado a sus pies (León, el Prudente). Sujetaba los libros sagrados y el símbolo victorioso de la Cruz.

Por otra parte, la recobrada paz, la seguridad de los caminos y la reconquista de los puntos estratégicos de la costa o de las ciudades caravaneras en los confines del desierto, aseguraban al Imperio una gran prosperidad económica. Dan testimonio del nuevo esplendor de las ciudades, especialmente de Constantinopla, la cantidad de iglesias nuevas que se construyeron (se dice que más de 40 durante el reinado de Basilio I) y los nuevos edificios levantados en el recinto del Palacio Sagrado. Constantinopla, todavía la ciudad mercantil e industrial más grande del mundo, fue un gran centro de atracción para los comerciantes y a ella llegaban productos de toda Europa, Asia y África. Los artesanos trabajaban en los talleres imperiales (los *gineceos*) para uso exclusivo de la corte, o en talleres privados. Agrupados en corporaciones especializadas, estaban estrechamente vigilados por los agentes del eparca o prefecto de la ciudad, encargado de aplicar minuciosos reglamentos. Esta severa sumisión de toda actividad económica y de los distintos oficios a la autoridad imperial, descrita en el *Libro del eparca*, llevó consigo la institucionalización de múltiples monopolios del Estado que pesaban sobre algunos de los productos básicos, y al control absoluto del abastecimiento de la gran ciudad. Ello permitía evitar las grandes hambres y los problemas sociales, asegurar las materias primas de las principales industrias y mantener el alto nivel de calidad de los objetos que hicieron famosa a Bizancio: sederías, alhajas, vasos para fines litúrgicos y relicarios, así como paños de lino.

Esta riqueza de la ciudad, con sus monasterios e iglesias, sus grandes familias señoriales capaces de construir lujosas mansiones y palacios, y más todavía la brillantez de la corte imperial, iban acompañados de un gran esplendor intelectual, extensible a todos los dominios del pensamiento y la erudición. Constantino Porfirogéneta, amante eminente del arte, creó un verdadero núcleo de estudios humanistas.

El *Myriobiblion* (Biblioteca) del patriarca Focio inició una magnífica colección de compendios de análisis o exégesis de textos antiguos. La Universidad de Bizancio, restaurada y reformada, más brillante que nunca, dio al Imperio hombres de leyes, oficiales y prelados. Constantinopla conoció grandes enciclopedistas e historiadores. Esta tradición se mantuvo vigente durante muchos años por lo que se refiere a los círculos próximos a los emperadores; cabe pensar, por ejemplo, en Miguel Psellos (1018-1078), autor de más de 200 obras. Psellos comentó los trabajos de Platón y escribió la crónica de su época.

La renovación literaria y humanística favoreció el gusto por las formas y temas propios de la antigüedad griega, helenística especialmente, pues este período jugaba, casi exclusivamente, el papel de intermediario entre las dos culturas. Las vírgenes de la Natividad recordaban las figuras yacentes de los antiguos sarcófagos; los frescos de los palacios imperiales mostraban las hazañas de Aquiles o Alejandro, la derrota de Darío.

Además, las conquistas de Asia y los múltiples intercambios con Damasco, Bagdad o la Persia musulmana, introdujeron en Bizancio un nuevo gusto por lo oriental que se manifestó en la búsqueda de un tipo propio de decoración vegetal y geométrica —las grandes flores de los mosaicos de la habitación del emperador— y de vivos colores. Pero Bizancio fundió esas múltiples herencias e influencias en un arte original, propio de esa segunda edad de oro, cuyo recuerdo perduró, por lo menos, hasta la caída del Imperio.

La arquitectura religiosa se distinguió entonces por un tipo de iglesia perfectamente rematada, fruto de una larga evolución y de un continuado intento de conciliar la base basilical con la central. Este tipo de iglesia resultante, llamada *de cruz griega*, estaba constituida por dos naves iguales, perpendiculares, cubiertas en el crucero por una gran cúpula; la cruz quedaba inscrita en un cuadrado cuyos cuatro ángulos estaban cubiertos por cúpulas más pequeñas; desde el exterior, desde donde podía apreciarse netamente la ordenación espacial de la iglesia, daba una impresión de equilibrio y elegancia. Los muros de ladrillo se adornaban con dientes de sierra, arcos repujados, arquerías ciegas o pequeñas columnillas igualmente numerosas en los tambores, cada vez más elevados y ligeros, de las cúpulas. Estas iglesias tuvieron siempre dimensiones reducidas, algunas de ellas no sobrepasaban los diez metros de longitud. La iglesia de Skripu, en Beocia (874), muy influida por las tradiciones paleocristianas, anunciaba ya el nuevo estilo. El ejemplo más bello fue, sin duda, la iglesia de Nea (nueva iglesia de Constantinopla), construida por Basilio I y consagrada en 881, embellecida con suntuosos mosaicos y magníficamente adornada en su parte externa. Completamente desaparecida en la actualidad, sólo sabemos de ella gracias a las entusiásticas descripciones de Constantino Porfirogéneta. Pero muchas más dan testimonio de la belleza de conjunto de la arquitectura religiosa de la época de los macedonios; San Teodoro de Constantinopla, la Nea Moni de Chíos, Teotokos en Tesalónica (consagrada en 1028), las iglesias de Dafne en Atica, de Chonika en Argólida y de San Lucas (Hosios Lucas) en Stiris, Fócida, son buena muestra de ello.

En el interior, tanto la decoración como los mosaicos y frescos respondían a un programa iconográfico preciso y a un deseo de enseñar no sólo la historia evangélica sino especialmente las verdades del dogma. El estilo, de trazos severos, rehusaba los ele-

mentos narrativos, lo accesorio, los paisajes superfluos, y, en líneas generales, todo aquello que tuviera un carácter anecdótico, humano, «sentimental». Con frecuencia se proponían figuras sobrenaturales, situadas al margen de lo real, y ordenadas según una estricta jerarquía. La figura de Cristo Rey, *Pantocrator*, rodeada de ángeles y profetas, ocupaba la cúpula central. En el ábside, la Virgen, rezando o llevando al Niño; en la bóveda que conducía allí, el Juicio Final evocado por la figura de Cristo Juez, *Hetimasie*. En las partes inferiores del ábside se situaban los grandes sacerdotes del Antiguo Testamento (Abraham, Aaron…), los doctores de los primeros tiempos de la Iglesia, diáconos u obispos, o escenas que ilustraban el tema de la Eucaristía (Cristo dando la comunión a los apóstoles, por ejemplo). Por último, en la nave o *nartex*, las doce fiestas del calendario litúrgico ilustradas por las escenas más importantes de la vida de Cristo.

Por otra parte, se fue acuñando un contenido y, sobre todo, un estilo muy diferenciado, más popular, menos dogmático, ilustrado por los célebres frescos de las iglesias rurales de Capadocia. En las ciudades trogloditas de los valles próximos a Cesarea (cerca de Goremea y Urgub) y del macizo montañoso de Hasan Dagi, cerca de la antigua ciudad de Nacianzo, se desarrollaron importantes centros de eremitas, en los que posteriormente se refugiaron los monjes expulsados de Siria y de Armenia; en efecto, estas regiones estaban alejadas de las grandes rutas utilizadas por los guerreros musulmanes que partían de las montañas del Taurus y, además, estaban protegidas por varias líneas de castillos fortificados. Este arte de Capadocia, pobre pero muy original, recibió también la influencia de las nuevas formas bizantinas. A los dibujos esquemáticos, con frecuencia estereotipados (cara ovalada, imberbes, grandes ojos abiertos, colores vivos y faltos de matices) de los tiempos pasados, se oponían ahora figuras esbeltas, elegantes, modelos delicados y colores más discretos. Los temas elegidos dan testimonio de reminiscencias mágicas, del apego a prácticas profilácticas y, por otra parte, de las leyendas o tradiciones de Oriente: leyenda de María la Egipcia, la de los mártires de Sebaste o la de los siete durmientes de Efeso. Esta tendencia hacia «lo popular», este recurrir con frecuencia a Oriente y esa mayor libertad de expresión, anunciaban ya ciertos rasgos esenciales del arte bizantino durante los tres últimos siglos del Imperio.

Bibliografía: Manuales citados, *supra*, cap. XVIII.

Textos y documentos: *Les Novelles de Léon VI*, trad. de Dain y Noailles (col. «G. Budé»), 1944. *Le Livre du Préfet*, trad. de J. Nicole, Ginebra, 1894. *Constantin Porphyrogénète, Le Livre des Cérémonies*, trad. de Vogt (col. «G. Budé»), 1935-1940. M. PSELLOS, *Chronographie*, trad. de Renaud (col. «G. Budé»), 2 vols., 1926-1928. *Les Exploits de Digénis Akritas*, trad. de Sathas y Legrand, 1885. M. CANARD, *Byzance et les Arabes*, t. II, 2.ª parte. *Extraits des sources arabes*, Bruselas, 1950. Libros de arte y manuales citados en el capítulo XVIII. N. y M. THIERRY, *Nouvelles églises rupestres de Cappadoce*, 1964.

MAPA XI

Europa a finales de la Edad Media



Capítulo XXI

Las Cruzadas, los turcos y el fin del Imperio bizantino

Mapa XIII, frente a pág. 336.

LAS DIFICULTADES: BIZANCIO EN VÍSPERAS DE LAS CRUZADAS

La muerte de Basilio II, en 1025, señaló el inicio de un largo período de problemas y reveses que preparaban la intervención de los cruzados en 1096; el Imperio perdió su unidad y, con ella, su fuerza.

El progreso de los grandes dominios

El malestar rural y la formación de una verdadera nobleza militar muy poderosa y, en consecuencia, muy peligrosa, parecen haber sido los problemas más graves de la época y la fuente de gran número de desórdenes. Los emperadores macedónicos se dedicaron a proteger a los pequeños campesinos y habían inten-

tado limitar el progreso de las grandes propiedades. Nicéforo Focas, y especialmente Basilio II (en 996), prohibieron a los grandes del reino adquirir propiedades campesinas. No obstante, la concentración de tierras se consolidó en todo el Imperio, a pesar de algunas iniciativas brutales y muy discutidas de los emperadores (confiscación de los bienes de los monjes por Isaac Comneno en 1057, por ejemplo). Cada vez más, los campesinos, abrumados por las deudas y ansiosos de conseguir la protección de los jefes militares, a su vez dueños de los castillos, vendían o alienaban sus tierras. De este modo, los grandes propietarios gobernaban sobre numerosas comunidades de aldeanos y reinaban sobre millares de esclavos. Su pujanza se vio todavía más acrecentada por las concesiones de los emperadores, faltos de dinero o deseosos de asegurarse la ayuda y fidelidad de las grandes familias de la aristocracia. El soberano les concedió todo tipo de ventajas e incluso, por medio de una *pronoia*, les otorgó verdaderos derechos de control y jurisdicción sobre amplios territorios. El noble *pronoeta* ejercía la justicia ordinaria sobre los campesinos, exigía de ellos el impuesto imperial, reteniendo para sí una buena parte, reclutaba a los hombres, en un principio en nombre del emperador, y los dirigía en la guerra. Esta *pronoia* dio lugar, sobre todo en Asia Menor, a verdaderos principados territoriales, de carácter militar, cuyos beneficiarios trataron de dejarlos en herencia a sus hijos. En algunos aspectos, este cuadro recuerda la situación de los reinos de Occidente en el momento de la descomposición del Imperio carolingio. Pero resulta excesivo utilizar, en este caso, los términos de feudalidad y vasallaje: la mentalidad y las relaciones humanas que éstos implican parecen del todo extraños al mundo bizantino.

Desórdenes y guerras civiles

Estas prácticas debilitaron gravemente la riqueza y la autoridad del emperador, que recibía muchos menos impuestos y disponía de un número mucho menor de hombres. El recurso a los mercenarios no parecía dar muy buenos resultados; su fidelidad era dudosa y en varias ocasiones, su jefe, luchando en beneficio propio, se volvía incluso contra el emperador. Russel de Bailleul, capitán normando pagado por los bizantinos, derrotó a su ejército en 1073, conquistando un amplio principado y amenazando Constantinopla, donde quería imponer como emperador a un protegido suyo. Por lo que se refiere al mar, Bizancio, para proteger sus costas y sus rutas marítimas, tuvo que pagar muy caros los servicios de los navíos italianos. Los privilegios de 1082 concedidos a los venecianos les otorgaron, junto con grandes almacenes en Constantinopla, el derecho a comerciar en todo el Imperio, estando exentos de los principales impuestos: graves concesiones que privaron al tesoro imperial de ingresos considerables, arruinaron el tráfico de los mercaderes griegos y provocaron una viva reacción xenófoba en los medios populares de la capital.

El fracaso de esas empresas dejaba claro que la guerra no podía realizarse sin el apoyo de las grandes familias. Además, existía también un enfrentamiento entre dos tipos de política distintos y dos partidos que se disputaban el poder: el de los militares, deseosos de preservar el Imperio de los ataques enemigos, y el de los civiles, administradores, que pretendían mantener la autoridad del soberano, limitando el poder de la nobleza. Este fue el punto de origen de las disputas, de las crisis sucesorias y de las guerras civiles. Después del advenimiento de Isaac Comneno en 1057 y, posteriormente, de Romano IV Diógeno, también él gran emperador soldado (1067-1072), los Comnenos, ligados a la aristocracia terrateniente, se enfrentaron al clan de los Dukas. El triunfo de Alejo I Comneno (1081-1118) restauró el orden y aseguró el triunfo de la dinastía.

Retroceso de las fronteras

El debilitamiento del Imperio en su interior favoreció las empresas enemigas en todos los frentes. En el norte, los rusos atacaron una vez más Constantinopla en 1096. Después se acentuó la amenaza de los pechenegos, pueblo nómada procedente del Asia central; vencedores de los cazaros, se establecieron en las orillas del mar Negro y se pusieron al servicio del *basileus* en contra de los rusos de Kiev. Después de la muerte de Basilio II, los pechenegos se sublevaron; entre 1048 y 1053, se restableció el orden en las zonas rurales y en las fronteras, pero esta empresa requirió la movilización de buena parte de las fuerzas bizantinas.

En Occidente, los jefes normandos, en 1071, después de apoderarse de Apulia y de Calabria, lo hicieron de Reggio. Diez años más tarde conquistaron Sicilia a los musulmanes. Con ello, toda Italia quedó fuera del control de Bizancio. Aunque es cierto que los monjes mantuvieron viva por mucho tiempo la influencia griega, hasta tal punto que, mucho después, la región de Lucania, al norte de Calabria, tomó el nombre de Basilicata, la tierra de los *basilikoi*, oficiales del *basileus*.

El mismo año de la pérdida de Reggio, 1071, el emperador Romano IV Diógeno, que intentaba reunir las fuerzas bizantinas, sufrió una terrible derrota ante los turcos cerca de la plaza fuerte de Mantzikiert; de esta manera, el este y centro de Anatolia pasaron a formar parte del dominio turco y cambiaron totalmente de aspecto. Pastores nómadas, los turcos expulsaron a la población griega, sedentaria, hacia la costa. No construyeron más que escasos centros caravaneros fortificados —los *kans*— en las principales rutas. Las ciudades mercantiles y los campos de cultivo desaparecieron de las mesetas. El país, enriquecido en el pasado por grandes ciudades, pasó a ser una prolongación de las tierras de los nómadas de Asia. Sin ningún punto de apoyo, la reconquista cristiana parecía ser allí imposible. La ocupación de la región del lago de Van y de Capadocia acentuó la emigración hacia el sur de los armenios que, desde los montes Taurus hasta

Antioquía, Edessa y Malaya, formaron un principado autónomo regido por el general armenio-bizantino Filarete; ese principado fue el inicio del futuro reino cilicio de Pequeña Armenia.

BIZANCIO EN TIEMPO DE LAS CRUZADAS

Los Comnenos y Occidente

En 1091, Alejo I Comneno pidió fervientemente la ayuda al conde de Flandes, mostrándole los acuciantes problemas por los que pasaba el Imperio, las amenazas que recibía de todas partes e insistiendo también en las riquezas de la ciudad y las santas reliquias que se encontraban en ella. De esa carta no tenemos más que un texto latino, cuya autenticidad no es apoyada por todos los historiadores; por lo menos algunos párrafos se redactaron en Francia para estimular el celo de los cruzados. De todas formas, esta carta queda dentro del marco de una política ya habitual. Ana Comneno, hermana de Alejo, había escrito a todos los puntos de Occidente con el fin de reclutar mercenarios; se mandó un mensaje de ese tipo al rey de Croacia. Diez años antes, el *basileus* había pedido ayuda al emperador alemán Enrique IV y a los venecianos para organizar la campaña contra los normandos. Más aún, Miguel VII Dukas, después del desastre de Manzikiert, había solicitado la ayuda del papa Gregorio VII.

Las Cruzadas de los latinos, que salvaron Bizancio o, por lo menos, la sustrajeron a la amenaza de los turcos, provocaron una nueva orientación política de Constantinopla: los emperadores se preocuparon más que nunca de los asuntos de Occidente y pretendieron jugar un papel activo en su desarrollo. Esta nueva vinculación entre los dos mundos se debió al hijo de Alejo, Juan II Comneno (1118-1143), y más todavía a su hijo Manuel I (1143-1180). Manuel soñaba todavía en restaurar la unidad del Impe-

rio y extender su autoridad a los países latinos, y para ello se valió de hábiles intrigas durante el conflicto que enfrentaba de nuevo a papas y emperadores. Manuel, hombre culto y de espíritu diplomático, buscó a su vez las alianzas de los príncipes de Occidente y de las ciudades marítimas de Italia. Para reconciliarse con el papa, convocó un concilio griego en el que propuso, a pesar de la oposición del patriarca, la unión de las dos Iglesias. Concedió a los venecianos nuevos privilegios comerciales y nuevos almacenes en Constantinopla. Luego se casó con la cuñada del emperador germano Conrado III, lo que le valió una sólida alianza contra el rey de Sicilia y le concedió, con la máxima facilidad, el título de *imperator*. Pero el malestar, anunciado ya por el fracaso de la Cruzada alemana (1147), estalló con el advenimiento de Federico I Barbarroja. Manuel ayudó con sus subsidios a las ciudades del norte de Italia y especialmente a Milán, que tuvo que ser reconstruida. La paz de Venecia acabó con todas sus esperanzas al reconciliar el clero con el Imperio. Entre tanto, el *basileus* buscaba nuevos puntos de apoyo, en Hungría (casó a su hija con Bela de Hungría), en Francia (su hijo Alejo casó con Ana, hija de Luis VII) y en Inglaterra (concedió embajadas y regalos a Enrique II). Esta tan vana como sorprendente agitación concluyó con una serie de fracasos. Las tropas bizantinas, en un tiempo dueñas de Bari y de una parte de Apulia, fueron duramente derrotadas por Guillermo de Sicilia, cerca de Brindisi, y de esta manera fueron definitivamente expulsadas de Italia.

No obstante, los primeros Comnenos restauraron el prestigio de Bizancio y su influencia, retrasando las líneas fronterizas de los Balcanes. En Asia, Juan II y Manuel I impusieron su protectorado al reino de Pequeña Armenia y al principado latino de Antioquía (1159). Manuel extendió incluso su protección y cierta soberanía al reino latino de Jerusalén. Sin embargo, el 17 de septiembre de 1176, cerca de la fortaleza de Misiocefalón, en las montañas de Frigia, sus ejércitos serían completamente aniquilados al intentar conquistar imprudentemente Konya, capital de los turcos seldjúcidas en Anatolia. Acaecido un siglo después, aproximadamente, del de Mantzikiert, este nuevo desastre supuso la pérdida definitiva de Anatolia. Anunciaba, asimismo, el hundimiento del Imperio bizantino, aplazado durante casi cuatro siglos, no por la resistencia de los bizantinos sino por la llegada de nuevas oleadas de invasiones procedentes de Asia que debilitaron reiteradamente a los turcos.

Durante este período la hostilidad entre griegos y latinos, ya patente antes de la primera Cruzada, se agravó. En efecto, después que en 1081 los ejércitos de Alejo I Comneno hubieron sido estrepitosamente derrotados en los Balcanes por Roberto Guiscardo, éste se adueñó de Durazzo y se dispuso a atacar Constantinopla. No obstante, obligado a regresar a Italia, su hijo Bohemundo fue vencido por los griegos en Larissa; en 1085, Roberto atacó de nuevo, ocupando Corfú. Muchos griegos vieron en las Cruzadas una reedición de estas desastrosas expediciones normandas que lo asolaban todo a su paso. Ana Comneno, hermana del emperador Alejo I, expresó perfectamente este estado de ánimo: los francos (los celtas, según ella) son valientes, ciertamente, pero de una increíble codicia. Las devastaciones y saqueos de las bandas latinas refuerzan en la opinión popular griega el temor y el odio al «malvado latino», cuya llegada es anunciada por malos augurios, especialmente por plagas de langostas (P. Lemerle). Indudablemente, su objetivo es apoderarse de Constantinopla o, al menos, de algún rico principado.

Este odio explica la intensa oposición popular a Manuel I, considerado como demasiado occidental, y la explosión de entusiasmo con que fue acogido, tras el breve reinado de Alejo II (1180-1183), Andrónico I (1183-1185), abanderado de la reacción nacional. Este, en 1182, había permitido a las masas asesinar a los latinos establecidos en la capital y saquear sus bienes. Sin embargo, la lucha que emprendió contra la gran nobleza militar era desesperada y, al conocerse el saqueo de Tesalónica por los soldados de Guillermo II de Sicilia y la llegada de los ejércitos húngaros a Sofía, la cólera de las masas se volvió contra él. Depuesto y asesinado, Isaac II Ángel fue proclamado emperador, el primero de una nueva dinastía.

Menos de veinte años separaron la toma de Tesalónica por los normandos de la de la propia Constantinopla por otro ejército latino. No hay en ello nada casual. La Cruzada de 1204 se comprende fácilmente si consideramos el estado de las relaciones entre Bizancio y Occidente (véase *supra*, cap. XII). Desde su inicio, una parte de los Cruzados quería tomar Constantinopla, por resentimiento, por codicia, por el espléndido botín que se adivinaba. El deseo de restaurar a Isaac II Ángel, prisionero entonces de Alejo II, sólo fue un pretexto. El ensañamiento con que los latinos saquearon y mataron en la conquistada ciudad expresa claramente el odio que enfrentaba a los hombres de ambos mundos.

LOS ESTADOS BIZANTINOS ENTRE 1204 Y 1261

Los Estados secundarios

Los latinos sólo conservaron Constantinopla hasta 1261. Por lo demás, fueron incapaces, pese a varias expediciones militares hacia Asia y los Balcanes, de extender su dominación al conjunto del Imperio. La flota veneciana les permitió dominar las islas y los principales centros comerciales del Egeo. Sin embargo, varios Estados griegos en las orillas del mar Negro y, especialmente, en el interior conservaron fácilmente su independencia, apoyados en las fortalezas de las altiplanicies y las montañas. Estos Estados afirmaron, incluso, su independencia frente al poderoso imperio griego de Nicea, heredero del de Constantinopla. De los dos principados fundados por los nietos de Andrónico Comneno en el norte de Asia Menor, el de David sucumbió pronto a los ata-

ques del soberano de Nicea. El de Alejo, por el contrario, resistió vigorosamente. Alejo se proclamó *basileus* en Trebisonda y su imperio —establecido en tierras de abundante agua, enriquecido por el tráfico de las caravanas procedentes del Asia central, protegido de las incursiones turcas por las altas montañas del Ponto — mantuvo su independencia hasta 1461. Este Estado, cuya historia es poco conocida (¡se habla de la belleza de sus princesas!), extendió su autoridad a lo largo de una estrecha franja costera, desde Sinope hasta el Cáucaso, y sobre algunos centros comerciales al otro lado del mar Negro: Crimea, Quersoneso y los *klimata góticos* del norte del Cáucaso, así como la costa cercana a Kubán y el estrecho del mar de Azov. Protector de los cristianos en esas lejanas costas, el Imperio de Trebisonda, imperio mercantil, auténtica talasocracia, se consolidó gracias a su flota y al esplendor de su Iglesia.

En Europa, los latinos, diezmados por los ataques de los búlgaros, no pudieron oponerse a la formación de un vasto principado griego en las montañas del Epiro y Albania. El *déspota* (soberano) Miguel I Ángel mantuvo las instituciones bizantinas al tiempo que se independizó políticamente de Nicea; estableció su capital en Arta y se apoyó en una Iglesia griega igualmente autónoma. Su hermano y sucesor, Teodoro Ángel, emprendió resueltamente la lucha contra los latinos. En 1216 aprisionó e hizo ejecutar al emperador de Constantinopla Pedro de Courtenay, que regresaba a su capital, al frente de un poderoso ejército, por la ruta del Epiro después de haber sido coronado en Roma por el papa. En 1222, Teodoro se apoderó de Tesalónica, capital de uno de los Estados latinos de Oriente, y enaltecido por este éxito, se proclamó emperador; vistió la púrpura, recibió la unción del patriarca de Ocrida y la aquiescencia de todos los obispos griegos de Europa. Con ello, el nuevo imperio parecía enfrentarse directamente al de Nicea; la coronación de Teodoro, el caluroso entusiasmo de la población y del clero, traducían ya una viva oposición entre las provincias de Europa y las de Asia en el interior del antiguo Imperio bizantino. Algunos años más tarde, sin embargo, Teodoro Ángel, que había conquistado Adrianópolis y amenazaba Constantinopla, sufrió una estrepitosa derrota en Klokotnia frente a los ejércitos búlgaros dirigidos por el zar Ivan Asen. Este desastre (1230) marcó el final de las ambiciones de los griegos balcánicos.

El Imperio de Nicea

Verdaderos artífices de la restauración bizantina, los soberanos de Nicea consiguieron establecer un gobierno fuerte y estable, asegurar su sucesión, obtener el apoyo de la iglesia griega de Constantinopla y rechazar los ataques tanto de los latinos como de los turcos, ciertamente debilitados estos últimos por las invasiones mongólicas. En Asia, este imperio griego no concedió a los latinos más que una delgada franja litoral, a lo largo del mar de Mármara. Por su parte, en cambio, se extendía desde las orillas del mar Negro a las del Egeo (Esmirna). Desde el reinado del primer emperador, Teodoro I Lascaris (1204-1222), Nicea, encrucijada de rutas comerciales, situada en el centro de una región fértil y bien irrigada, más urbanizada que el resto de Anatolia, plaza fuerte rodeada de tres cinturones de murallas, experimentó un intenso auge demográfico y un florecimiento general. Ciudad refugio, acogió a los sacerdotes y burócratas que abandonaron Constantinopla en 1204; pronto la adornaron magníficos palacios y numerosos monasterios; atrajo a los mercaderes, con sus sederías orientales, sus piedras preciosas y sus objetos de lujo.

Teodoro, ayudado por un millar de mercenarios francos, consiguió un triunfo definitivo sobre el sultán turco de Iconio, muerto en la batalla; después instaló a gran número de *acritas*, campesinos guerreros, en las fronteras para evitar las invasiones turcas. En 1216, la muerte de Enrique, emperador de Constantinopla, descartó definitivamente la amenaza de los latinos. El segundo *basileus* de Nicea, Juan III Dukas Vatatzes (1222-1254), reforzó la autoridad del Estado contra la nobleza, llegando a confiscar algunas de sus tierras, y trató de acrecentar la actividad de las ciudades y las riquezas de los burgueses. Intervino de forma decisiva en Europa, donde se vinculó estrechamente al emperador Federico II (se casó con su hija Constanza), que le prometió la restitución de Constantinopla. Envió tropas griegas a Italia para apoyar al emperador contra el papa y sus aliados. Dirigió personalmente una dura campaña contra los búlgaros, debilitados y divididos después de la muerte del zar Ivan Asen en 1241, y se apoderó de las provincias de Tracia y de Macedonia. Poco después, se enfrentó de nuevo a los latinos tomando Tesalónica y apoderándose, por último, de los dominios del déspota de Epiro. Unicamente Constantinopla, Grecia y las islas escaparon a la dominación de Nicea. Juan Vatatzes suscitó entonces tal entusiasmo que las multitudes le atribuyeron todo tipo de milagros y le rindieron verdadero culto, dándole el nombre de «san Juan el Misericordioso» (Vasiliev). Esta adhesión popular a la obra de la reconquista da testimonio de la vinculación de los griegos a las tradiciones del Imperio y de su resuelta hostilidad a la dominación latina.

Los reinados de los sucesores de Juan III fueron breves. Un ambicioso oficial, Miguel Paleólogo, se apoderó del poder y, en la batalla de Pelagonia, en Macedonia, triunfó frente a una fuerte coalición formada por el déspota de Epiro, el príncipe latino de Acaya y el rey de Sicilia (1259). Pelagonia anunciaba ya el asalto final contra Constantinopla, preparado por el acuerdo de Nymphaeum que, en marzo de 1261, concedía a los genoveses importantes privilegios en todas las ciudades del Imperio y en el mar Negro, a cambio del apoyo de su flota. El 25 de julio del mismo año, tropas griegas entraron en Constantinopla sin combatir, mientras que Balduino II, el último emperador latino, huía de la ciudad. Poco después, Miguel VIII se hacía coronar emperador en Santa Sofía.

LA DESCOMPOSICIÓN DEL IMPERIO Y LA CAIDA DE BIZANCIO

La dinastía de los Paleólogos reguló durante dos siglos el destino del Imperio. Para muchos historiadores, éste no fue más que un largo período de decadencia, marcado por las guerras civiles, problemas de todo tipo y grandes fracasos: un camino que llevaba inevitablemente al hundimiento final de 1453. Sin embargo, hay que considerar que el Imperio de los Paleólogos, atacado por todas partes, con frecuencia dividido, obligado a abandonar sus pretensiones de constituir una monarquía universal y reducido a las dimensiones de un simple reino cristiano de Oriente, vivió entonces una experiencia absolutamente nueva. Sus fracasos, el repliegue necesario sobre las provincias de Europa, del norte y oeste de Anatolia, sobre las provincias costeras del Egeo, provocaron una viva reacción nacional y una renovación del helenis-

mo que se afirmó de forma vigorosa en todos los ámbitos de la vida intelectual y artística.

Los problemas y las divisiones

Pese a la enérgica política de ciertos emperadores, como la de Andrónico III (1328-1341), encaminada a reconstruir las ciudades derruidas, fortificarlas y asegurar su autoridad en todo el territorio de su jurisdicción, el Imperio sufrió graves desórdenes que explican las dificultades económicas y financieras de la época, así como los conflictos religiosos y sociales. La herejía religiosa se apoyaba, casi siempre, en reivindicaciones sociales o las provocaba; además, se agravaba por el deseo popular de mantener el particularismo oriental frente a Roma.

Los emperadores intentaron varias veces restablecer la unión de las iglesias de Constantinopla y Roma, con el fin de obtener el apoyo del papa y de sus aliados contra los príncipes latinos, Carlos de Anjou fundamentalmente. Esta unión se llevó a cabo bajo el reinado de Miguel VIII, en el concilio de Lyon (1274); el enviado de Bizancio admitió la supremacía pontificia. Pero esa política, continuada después por la organización de una Cruzada cristiana contra los turcos, sólo despertó un débil entusiasmo. En cambio chocó con la feroz oposición de los «rigoristas», ortodoxos natos, austeros y puritanos, conocidos por el nombre de *zelotas* (en recuerdo de una secta judía, ferozmente hostil a los romanos y a todo tipo de compromiso). Los *zelotas*, monjes en su mayoría, tuvieron gran audiencia entre las multitudes. Entre los años 1270 y 1320, adoptaron el nombre de *arsenitas* (Arsenio fue patriarca de Constantinopla después de haberlo sido de Nicea, y su deposición por parte del emperador causó una viva reacción).

Los *hombres de Dios*, cierta secta de monjes errantes, intensificaron su propaganda en los ámbitos populares, predicando la rebelión. En este ambiente de agitación religiosa, muy acusado ya, contrastaban los movimientos *hesicatas*, cuyos adeptos pretendían conseguir la perfección y la íntima unión con Dios a través de mortificaciones y penitencias y, fundamentalmente, a través del total aislamiento: la *hesicata* o silencio; este movimiento místico y ascético nació entre los monjes del monte Athos.

El malestar social se agravó cuando los mercaderes extranjeros, venecianos y pisanos, absorbieron, con miras a sus propios mercados del mar Negro, el rico comercio de Asia. En la misma Constantinopla, dominaban el negocio del almacenamiento y tránsito de mercancías. Las ciudades se empobrecieron, perdieron sus lejanos mercados y sus industrias empezaron a declinar. Según el testimonio de los viajeros, entre 1410 y 1440, los monumentos de la capital se transformaron en un montón de ruinas y la hierba crecía en las calles. Por otra parte, la pérdida de los ingresos que antiguamente aportaban las aduanas, debía compensarse con importantes sobrecargas fiscales. Además, a pesar de la oposición de los emperadores, los grandes propietarios extendieron sus dominios, y no solamente en Anatolia, sino también en Grecia, donde los *arcontes* sometieron a los pequeños campesinos a una condición miserable. Como consecuencia, estallaron en todo el país protestas espontáneas y duras guerras sociales; entre ellas cabe destacar la de Tesalónica, en la que el partido popular de los zelotas que agrupó a campesinos, pequeños artesanos, marineros, obreros y burgueses, aniquiló a la nobleza, reteniendo para sí el gobierno de la ciudad (1342-1349).

Varios conflictos enfrentaron a los emperadores partidarios de ciertas reformas y deseosos de acrecentar sus ingresos por medio de confiscaciones, a las grandes familias militares que intentaban apoderarse del poder. Uno de ellos fue la larga guerra civil entre Juan V Paleólogo y Juan VI Cantacuceno, jefe de la nobleza militar (1341-1347). De estas incesantes luchas, en las que frecuentemente intervenían los Estados vecinos, el Imperio salió extenuado, falto de recursos, de oficiales y de administradores, incluso en la misma Constantinopla. Muchas veces su autoridad no superaba

el estrecho marco de la capital. Las themas no representaban ya nada; cada una de las provincias cayó en manos de príncipes más o menos autónomos; algunos de ellos, los de la familia real, por ejemplo, tomaron el título de *déspotas*: el *déspota* de Epiro, de Morea o de Mistra, o el de Tesalónica.

Este desmoronamiento favoreció evidentemente las empresas de los enemigos. Poco después de la recuperación de Constantinopla, Miguel VIII sólo pudo librarse de la venganza de los latinos gracias a la sublevación de las Vísperas Sicilianas que, en 1282, expulsó a Carlos de Anjou de Sicilia. Pero no consiguió detener ni la invasión de los albanos en el Sur y las islas del Adriático, ni la formación del gran Estado servio de Esteban Ducan, ni tan sólo el avance de los turcos (cf. *infra*). Estos últimos, vencidos en 1402 por la brutal intervención de Tamerlán en Anatolia, lograron reconquistar su imperio: recuperaron todas las provincias griegas en Asia y en los Balcanes. En 1453, sitiaron Constantinopla: la ciudad cayó en sus manos el 29 de mayo de 1453; durante el último asalto, el emperador Constantino IX fue asesinado bajo las murallas de su propia capital.

LA VIDA INTELECTUAL Y ARTÍSTICA

¿Puede decirse que el constante ir y venir de los cruzados y la ocupación de la capital por parte de los latinos influyeron en las formas de expresión literaria de la época de los Comnenos, y de los Paleólogos después? Es verdad que, en este momento, tomó cuerpo cierta tendencia a escribir poesías, epopeyas populares y novelas de caballerías al igual que se hacía en Occidente; sirvan de ejemplo las de *Beltandros y Crisanta* o *Lybistros y Rhodamé*. Pero Bizancio tenía también sus propias novelas de aventuras y sus obras de carácter fuertemente original, rico patrimonio procedente de las fuentes helénicas. En este ámbito, la influencia franca no fue, pues, determinante. Donde se manifestó más claramente fue en la arquitectura; especialmente en el Peloponeso, las iglesias adoptaron muchas veces la planta basilical y los campanarios al estilo francés o italiano; las fachadas se adornaban con grandes ventanales, agudos gabletes, arcos ojivales o incluso arcos encabalgados.

No obstante, la originalidad de esta época radicó en una «reacción» nacional, helénica, tanto en los grandes centros intelectuales y artísticos como en la corte de los soberanos y en los grandes monasterios. Así, por ejemplo, en Nicea, Trebisonda y, después, Constantinopla, Chíos, Mistra, capital del despotado de Morea que reunía un extraordinario conjunto de monumentos civiles y religiosos de la época, o en el monte Athos. En el campo literario, el apego a las tradiciones de la Grecia antigua se dejó sentir en el gusto por la dialéctica y la erudición enciclopedista de destacados autores tales como Nicéforo Grégoras, autor de una *Historia romana* (de 1204 a 1359), el filósofo Plethon, gran admirador de Platón, Demetrios Cydones y Teodoro Metochita, ambos sabios y humanistas. En el dominio del arte, estas tendencias se manifestaron sobre todo en los frescos de Mistra y Trebisonda y en los mosaicos de la iglesia de Chora en Constantinopla, inspirados por el mismo Metochita. Los pintores abandonaron el estilo austero y las formas dogmáticas de la época macedónica, pasando a crear personajes más variados, más humanos, más narrativos y utilizando un estilo más familiar, próximo al de los poemas épicos. Trataron de acentuar los efectos de la perspectiva y la profundidad, el movimiento y la expresión: en resumen, manifestaron su gusto por lo pictórico, por la naturaleza y el color, gusto que se hizo extensivo a la forma de iluminar los manuscritos de la época.

En cualquier caso, ese humanismo bizantino de la época de los Paleólogos y la atracción por ciertas innovaciones son testimonio de la riqueza del legado heredado de los países de Occidente, y especialmente de Italia, mucho antes incluso de la caída de Constantinopla. Ello se debió fundamentalmente a la transmisión de múltiples manuscritos y a los viajes de sabios y prelados llamados a participar en los concilios de Italia. Besarion de Nicea, nacido en Trebisonda, realizó sus estudios en Constantinopla y Mistra, vivió largo tiempo en Roma y murió siendo cardenal de la Iglesia romana en Ravena, en 1472.

Bibliografía: Manuales de VASILIEV, OSTROGORSKY, LEMERLE y BREHIER, cit. *supra*, cap. XVIII. G. WALTER, *La vie quotidienne à Byzance au siècle des Comnènes (1101-1180),* París, 1966.

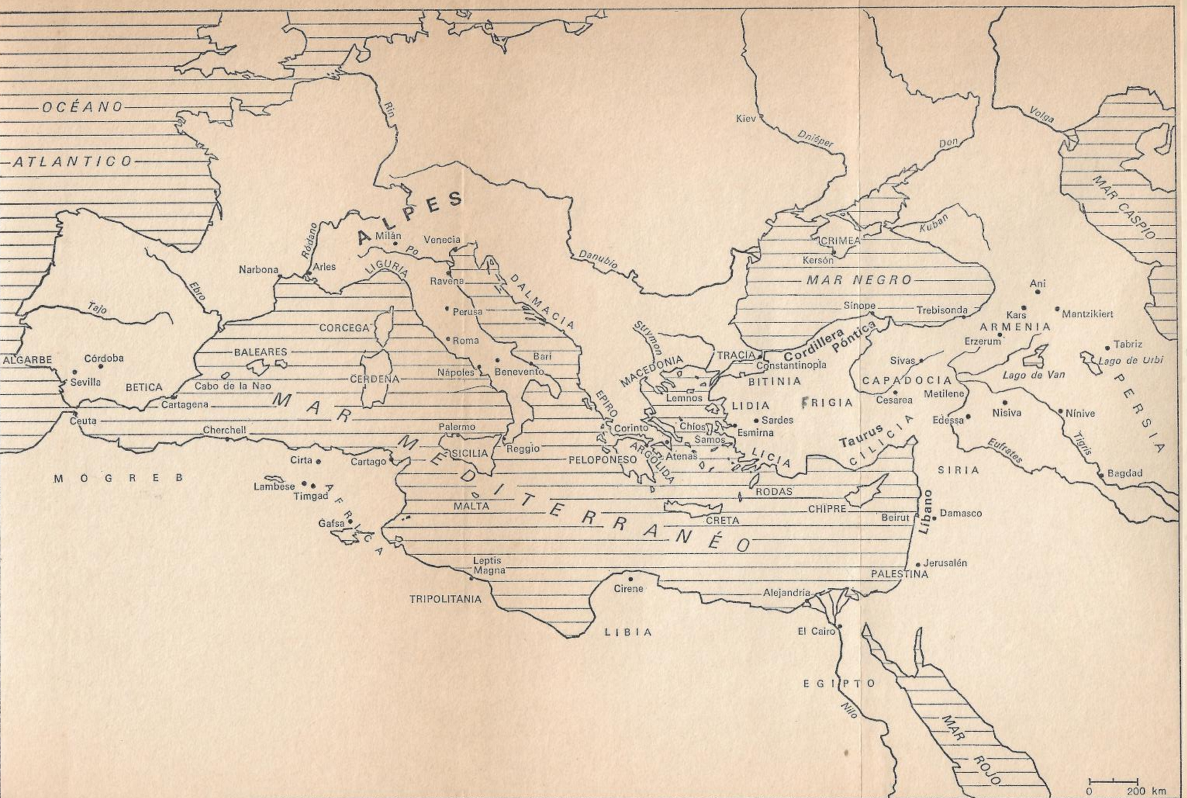
Textos y documentos: G. SCHLUMBERGER, *Le siège, la prise et le sac de Constantinople par les Turcs en 1453*, 1935. Libros de arte y manuales, cit. *supra*, capítulo XVIII.

TERCERA PARTE

EL MUNDO MUSULMÁN

MAPA XII

El mundo bizantino



Capítulo XXII

Los primeros imperios

(Desde los orígenes del islam hasta el año 1000 aprox.)

Mapa XIV, frente a pág. 352.

En veinte años (entre 636 y 655) los árabes, convertidos a una nueva religión, arrebataron a Bizancio importantes provincias, invadieron el reino persa y fundaron un inmenso imperio. En sus inicios, esta conquista no fue un hecho esencialmente religioso, el triunfo del islam. Antes parece la realización de antiguos sueños de expansión árabe, hasta entonces condenados al fracaso. Pero desde el siglo VIII las conversiones incrementaron de forma considerable el número de musulmanes lanzados a la conquista de tierras cada vez más lejanas: África del Norte, España, Sicilia. Ello supuso la quiebra de la unidad del imperio y del poder de los califas, amenazados por las herejías religiosas, el particularismo étnico de las provincias, las querellas intestinas por el poder entre las grandes familias y, finalmente, la brutal intervención de pueblos extranjeros recién convertidos al islamismo, como los turcos.

Los modos de vida

Los pobladores de la península de Arabia sólo estaban unidos por su pertenencia a la raza semita, por cierta similitud de su lenguaje y, por último, por la creencia, transmitida por la tradición oral, en unos antepasados comunes. La base de la vida social y política la constituía la tribu, sometida a una familia principal y a su *jeque*. Esta ocupaba, en los pueblos de los oasis del Yemen, de Hadramunt (al sur) y de Hedjaz (al oeste), un barrio compacto, aislado de los restantes, mientras que entre los beduinos nómadas de las estepas y desiertos del centro y el norte, formaba un círculo de tiendas específico. Las tradiciones y el recuerdo de rivalidades ancestrales oponían permanentemente dos grupos de tribus: las del norte, *maaditas* o *nizaritas*, que descendían de Abraham a través de Ismael, y las del sur, *yemenitas*, que lo hacían a través de Qahtan. Los conflictos se agravaron como consecuencia de los desplazamientos de los yemenitas hacia el norte, donde fundaron nuevas ciudades, en busca de mejores puntos de agua o atraídos por los beneficios que producía la navegación en el mar Rojo. Ello explica la profunda hostilidad existente en Hedjaz entre las gentes de La Meca (nizaritas) y las de Yathrib (yemenitas). Por otra parte, el modo de vida y los intereses económicos oponían los sedentarios del sur, agricultores de bien irrigados oasis en los que se alzaban palmeras y árboles aromáticos, a los del oeste, mercaderes, cambistas y usureros, a los marinos del golfo Pérsico y, sobre todo, a los nómadas del centro, criadores de camellos. Los beduinos del desierto, temibles guerreros, protectores o saqueadores de caravanas, marcaron la cultura árabe con un sello

original: *el derecho de fraternidad*, el pillaje y la venganza, el prestigio del jefe, el culto del honor, el respeto al valor y la hospitalidad, la virtud de la *djahiliya* (rudeza o salvajismo) cantada por los poetas de las tribus, refractaria a toda forma de vida controlada.

La vida religiosa

La vida religiosa acentuó aún más el particularismo de las tribus. Pese a que todas ellas creían en las fuerzas de la naturaleza, en los espíritus (los *djinns*) que habitaban las fuentes, las piedras, los árboles sagrados, y que provocaban las calamidades naturales o la locura de los hombres, veneraban asimismo a dioses particulares, el animal, por ejemplo, que cada grupo consideraba antepasado suyo. Cada tribu nómada tenía sus propios *totems* y transportaba consigo su piedra sagrada, el *betyl*, instalada sobre un camello, en cuya conducción se turnaban los diversos jefes. Influidos, sin duda, por los judíos y los cristianos establecidos en las ciudades, los árabes sedentarios y los mercaderes intentaban atraer a las tribus vecinas con ocasión de las grandes peregrinaciones periódicas, que solían coincidir con las ferias de caravanas. Ellos fueron quienes construyeron templos, o casas de Dios, frecuentemente consistentes en inmensos cubos de piedra. Estos templos tenían su tesoro, así como importantes posesiones territoriales regidas por un colegio de sacerdotes; recibían ofrendas de todo tipo (telas preciosas o alhajas), sacrificios de animales domésticos e incluso, a veces, humanos. Pese a las invocaciones colectivas a «todas las divinidades del mar y de la tierra, del este y del oeste», y a estar protegidos por imperiosos tabúes, estas peregrinaciones no establecían más que una paz precaria y una frágil alianza entre algunas tribus próximas a la ciudad. En La Meca,

una vez concluido el tiempo sagrado de la tregua —el *haramm* —, la autoridad del Consejo de Notables apenas sobrepasaba los límites de la ciudad. Igual ocurría en el sur con ocasión de las grandes ferias y peregrinaciones del Yemen.

Los reinos árabes

Indudablemente, estos intentos de sincretismo religioso reflejaban una profunda aspiración de unidad, pero su alcance fue muy limitado y sin ninguna trascendencia en el plano político. Tanto al sur como al norte de la península, los reinos árabes caían una y otra vez bajo la dominación política o el protectorado de los imperios vecinos; por otra parte, estos reinos incluían tribus judaizantes o cristianizadas.

En el sur, el gran reino de Saba, notorio en torno al año 300 por las conquistas de Shammar, sucumbió en 335 a los ataques de los etíopes del reino de Axum, que pronto se convertirían al cristianismo. Desde entonces, en el Yemen y en todo el sur, judíos y cristianos se enzarzaron en interminables querellas. A los etíopes les sucedieron príncipes árabes judaizantes que mantuvieron Su dominación durante más de un siglo, enriquecidos por el comercio de especias de la India y por el tráfico hacia Persia. Pero, apoyadas por Justiniano, las perseguidas comunidades cristianas llamaron en su ayuda a los etíopes que, vencedores en 525, establecieron un reino cristiano relativamente independiente. En 572, por último, el rey persa Cosroes I, inquieto por la influencia bizantina sobre estas regiones y por el consiguiente peligro que pesaba sobre las rutas iranias de la seda, conquistó todo el sur de Arabia. Yemen y Hadramunt se convirtieron, con ello, en simples satrapías del Imperio persa.

Más hacia el norte, el reino de Kinda, fundado por tribus conquistadoras procedentes del sur en torno a 480, tuvo una existencia efímera. Los únicos Estados árabes constituidos con anterioridad al islam se hallaban fuera de la península, allí donde antaño habían existido los reinos árabes de los nabateos de Petra y Palmira. Al oeste, los ghasanidas reinaban sobre tribus aún nómadas que, acampando a veces al sur de Damasco, se desplazaban a través de Palestina. Al este, los lakmidas habían establecido su capital en Hira, a orillas del Eufrates, cerca de la antigua Babilonia. Estos dos reinos estuvieron constantemente enfrentados: los ghasanidas apoyaban a Bizancio desde los

tiempos de Justiniano, y una buena parte de ellos eran cristianos monofisitas, mientras que los lakmidas servían a los reyes de Irán y eran nestorianos. Pero, a su vez, unos y otros amenazaban ya a sus vecinos. La victoria de los árabes sobre los persas en Dhucar, cerca de Kufa, anunciaba los futuros grandes éxitos del islam. Los contraataques de bizantinos y persas que arruinaron ambos reinos en tomo al año 600, no hicieron más que retardar algunos años el avance de las conquistas árabes.

LA UNIÓN: MAHOMA

Mahoma y el islam. La Revelación

La religión revelada por Mahoma, su ejemplo y su gobierno en Medina dotaron a los árabes de una ideología común y de una estricta reglamentación de la vida social y política. Resulta significativo que ese movimiento político y religioso partiera de La Meca, que ya era una gran metrópoli desde el punto de vista económico. La ciudad mantenía un intenso ritmo de actividad mercantil y estrechos contactos con los mercados de Asia y África; recibía las grandes caravanas de Oriente (con frecuencia sobrepasaban los doscientos camellos) y tanto aceptaba los denarios de oro bizantinos, como los dracmas de plata sasánidas; sus negociantes, agentes, financieros y usureros habían alcanzado gran maestría en el arte de llevar las cuentas y de organizar expediciones lejanas. Además, por su carácter de gran centro de peregrinación, atraía a las multitudes en torno a la célebre piedra negra, la *Kaaba*. Cerca del templo de Dios, se agrupaban las viviendas de los notables, todos ellos pertenecientes a la tribu de los *koraichitas*, pero subdivididos en una decena de clanes, dominados por el de los Omeyas, el más rico y con un mayor número de adictos. En los suburbios vivían los *Koraish de fuera*, gente humilde entre la que se reclutaban los soldados, y una colonia de cristianos, artesanos, braceros y chamarileros.

Mahoma pertenecía al clan de Hasim, rival del de los omeyas. Nacido hacia 570, huérfano desde muy joven, fue educado por un tío suyo que le hizo viajar por Siria al cargo de sus negocios; más tarde entró al servicio de una rica mujer de negocios, Khadija, viuda y mucho mayor que él, con la que pronto se casó. Hacia el año 610, a sus cuarenta años, Mahoma, durante largos éxtasis solitarios y nocturnos en una gruta de la montaña, oyó,

por medio de la voz del arcángel Gabriel, la palabra de Dios que le ordenaba combatir a los paganos. Al principio, sólo habló de esas revelaciones a las personas más allegadas. Pero, más adelante, empezó a predicar en la ciudad la creencia en un único Dios, en la resurrección de los muertos y en la paz eterna. Estas pláticas, con frecuencia agresivas y pasionales, corrían el peligro de arruinar las grandes peregrinaciones paganas. Este fue el motivo por el que encontró la oposición violenta de los ricos mercaderes. Mahoma no consiguió más partidarios que los miembros de su familia, especialmente su primo Alí, y un gran mercader, Abu Bakr. Por otra parte, él prefería a los pobres e incluso a los esclavos: tal vez a ello se refieran las constantes apelaciones a la limosna en sus sermones: también se dirigía gustosamente a los extranjeros: estableció relaciones con mercaderes, judíos o paganos, de Yathrib, y el 16 de julio de 622 marchó hacia esta ciudad, abandonando su propia casa y su tribu. Este hecho se conoce hoy por el nombre de *Hégira* (emigración, separación), punto de partida del calendario musulmán.

La estancia en Medina

Desde entonces, Yathrib tomó el nombre de *Medina* (ciudad del Profeta) y fue allí donde Mahoma, a lo largo de diez años, precisó su doctrina, reunió a sus fieles y construyó la primera mezquita, una simple sala de reunión cubierta de ramas, mostrando en todas las circunstancias un gran talento como jefe y diplomático. Su religión, completada por nuevas revelaciones, imponía a los creyentes, a los *musulmanes* (*fieles*), un estricto orden social. El *islam* era la *sumisión* a la ley divina a un solo Dios cuya voluntad era solamente conocida por el Profeta, único intérprete

de sus instrucciones. En Medina, los primeros fieles provenían de orígenes y tribus diferentes y el *islam* se consolidó fuera del tradicional marco de las tribus. Ciertas prácticas religiosas, como la plegaria en común bajo la presidencia del jefe, señalan claramente la voluntad de borrar los particularismos, o por lo menos de imponer una ideología y un orden superiores. Mahoma redujo también la libertad y la importancia de las mujeres en la tribu, hasta entonces muy bien consideradas por los beduinos nómadas: parece que ello se debió en gran parte al interés por anular la influencia de esas adivinas que, al igual que las pitonisas de los antiguos hebreos, vociferaban, al son de los tambores, encantos mágicos en el momento de las batallas.

Las revelaciones del Profeta se vieron sin duda influidas por sus relaciones con los judíos de Medina, sus primeros adictos. Una noche, el arcángel Gabriel le había llevado, en un caballo alado, desde Medina a Jerusalén donde vio a Abraham, Moisés y Jesús; Mahoma dejó la huella de su pie en una roca. Desde entonces, las oraciones debían rezarse en dirección a Jerusalén y el muro santo de la primera mezquita se orientó en esa dirección. Fijó el ayuno ritual, *achura*, según el calendario judío.

Pero, a partir de 624, sus fieles, para consolidar su poder en la ciudad y aumentar su botín de guerra, atacaron los bienes de los judíos y confiscaron sus palmerales. Ello llevó a la ruptura definitiva: la ciudad santa del islam pasó a ser La Meca donde Abraham había situado la Kaaba y, desde entonces, la oración debía hacerse en esta nueva dirección. Fue también entonces cuando Mahoma permitió la poligamia, prohibida hasta ese momento siguiendo las normas de la tradición judía, y trasladó el ayuno al mes del *Ramadán*. Así pues, era preciso ir a La Meca para cumplir con la sagrada peregrinación. Durante varios años, atacó y saqueó las caravanas de los mecanos, ocupando los abastecimientos de agua y los oasis. En 628, durante la tregua santa, marchó con sus discípulos hacia la ciudad santa y, después de largas negociaciones, obtuvo el derecho de visitarla como peregrino, al año siguiente; lo que se hizo sin ningún contratiempo. Por último, en 630, Mahoma volvió a La Meca y arrojó los ídolos del templo. Durante dos años más, la peregrinación se hizo según los ritos paganos. La primera peregrinación musulmana data de 632, año de la muerte del Profeta en Medina.

LOS PRIMEROS CALIFAS (632-660)

La sucesión de Mahoma

Mahoma no había fundado ninguna dinastía ni tan sólo había regulado su sucesión. Los cuatro primeros califas fueron escogidos entre los miembros de su familia: primero, Abu Bakr, uno de sus suegros y, a la vez, uno de los primeros fieles que había dirigido una peregrinación a La Meca en 631 y organizado la oración durante la enfermedad de Mahoma. Después, Omar, otro fiel, luego Otman, un omeya de La Meca que había negociado el acuerdo de 628, y, por último, Alí, yerno y primo de Mahoma. Estos cuatro primeros califas, «legítimos» según la tradición, conservaron Medina como capital y se esforzaron en seguir el ejemplo del Profeta, cuyas enseñanzas interpretaron o completaron. Sin embargo, en Arabia, la paz se veía constantemente amenazada por los innumerables conflictos que oponían a los partidarios de Aixa, su mujer preferida, hija de Abu Bakr, y a los de Alí. Omar y Otman fueron asesinados. Tanto en el norte como en el sur, numerosas tribus siguieron hostiles al islam o, por lo menos, refractarias a su doctrina. Además, los califas, especialmente Omar, hábil político y jefe guerrero, vieron en la conquista el mejor medio de apaciguar las querellas y de mantener, gracias al botín, la paz entre los jeques rivales. Lo que quiere decir que, desde la primera conquista árabe, «la gran mayoría de combatientes árabes eran beduinos que no conocían el islam más que de oídas» y que la mayoría de los musulmanes convencidos se encontraban en Medina (Vasiliev). Esta conquista, lejos de ser una guerra santa, una manifestación del deseo de convertir a los pueblos vecinos, fue una empresa militar y política que reem-

prendió, esta vez con éxito, los intentos de los reinos árabes del norte, anteriores al islam. Afirmaciones éstas que hay que precisar, pero que permiten situar esta epopeya en el contexto general de la época y que ponen de manifiesto la continuidad de la expansión árabe, antes y después del islam.

La conquista árabe

El fulgurante éxito de las primeras conquistas se debió a la rapidez de los ataques, a la movilidad de los jinetes lanzados a través de estepas y desiertos y, especialmente, a la escasa resistencia de los enemigos. La victoria de los beduinos árabes era, en definitiva, la de unos mercenarios sublevados contra sus antiguos señores, los persas o los bizantinos. La posterior historia del Imperio musulmán ofrecería numerosos ejemplos de ello. Por lo demás, las persecuciones religiosas contra los cristianos monofisitas, así como las excesivas cargas tributarias, habían apartado del Imperio bizantino a sirios y egipcios que a menudo acogieron gustosamente una dominación distinta, supuestamente menos onerosa. En 634, los árabes se apoderaron de Ctesifón, capital de los sasánidas; en 655, con la toma de Kabul y Kandahar, la caída del reino persa fue un hecho. Frente a los bizantinos, los árabes obtuvieron en 636 la deslumbrante victoria de Yarmuk, a raíz de la cual sometieron Siria y Palestina a su dominio, y a continuación atacaron Egipto, ocupado sin dificultades en 642. Fracasaron, sin embargo, en su intento de tomar Constantinopla, no pudiendo, por tanto, destruir el Imperio bizantino, que se parapetó en las fronteras del Taurus.

Las provincias de Siria y Palestina, hasta entonces bizantinas, así como los antiguos territorios persas, conservaron unos rasgos fuertemente característicos en el interior del nuevo Imperio árabe, oponiéndose entre sí desde los primeros tiempos. Este anta-

gonismo agravó, desde la muerte de Otman, los conflictos familiares entre Alí y los partidarios de los omeyas dirigidos por Muhawiya, gobernador de Siria. Surgieron, además, querellas religiosas entre los «místicos», estrictamente fieles a las enseñanzas del profeta (chiitas y jariyitas), y los «políticos», partidarios de una interpretación más laxa de las directrices de Mahoma y de un Estado sólido dirigido por una dinastía. Los *jariyitas* rechazaban el carácter hereditario del califato y sostenían que cualquier creyente, independientemente de su origen, podía ser elegido califa por la comunidad musulmana. Los *chiitas*, por su parte, sólo reconocían autoridad a la familia del profeta, por lo que permanecieron estrictamente fieles a Alí y, más tarde, a sus doces descendientes directos, llamados *imanes*. Alí, vencedor al principio de los partidarios de Aixa en la famosa batalla del Camello, junto a Basora, tuvo que enfrentarse luego a las tropas sirias de Muhawiya; los dos contendientes firmaron una tregua, pero en 661, Alí, abandonado por los suyos, fue asesinado.

EL IMPERIO SIRIOPALESTINO DE LOS OMEYAS (660-750)

La organización del Imperio

Proclamado califa en 660, Muhawiya estableció su capital en Damasco. En 680 designó heredero a su hijo, fundando con ello una dinastía. Los califas omeyas, hombres de guerra, firmes políticos o artistas amantes del lujo, rompieron decididamente con las tradiciones de los primeros sucesores de Mahoma. Ellos fueron los auténticos fundadores del Estado musulmán, inspirándose en muchos aspectos en los principios y prácticas del Imperio bizantino. Ciertamente, los omeyas respetaron la política de tolerancia que caracterizó los primeros tiempos de la conquista. En Persia, por ejemplo, los indígenas adeptos de Zoroastro, monofisitas o nestorianos, pudieron ejercer su culto y conservar sus propias leyes a cambio de un tributo —*chizia*— y de un impuesto sobre la tierra, *kharadj*, frecuentemente satisfecho en especie.

Pero los nuevos califas sometieron a los súbditos no conversos a una situación de inferioridad: prohibición de poseer armas, de celebrar públicamente sus oficios, de predicar a los musulmanes, imposibilidad de testimoniar ante los tribunales de justicia, obligación de llevar signos o hábitos distintivos. Emprendieron, asimismo, amplias reformas para unificar y arabizar las costumbres del Imperio: prohibición, hacia el año 700, de utilizar la lengua griega, hasta entonces admitida en los actos públicos, establecimiento de un nuevo catastro, creación de un sistema monetario árabe. La centralización administrativa se agravó y el gobierno de los califas, al igual que el de Bizancio, acabó por reunir en un Estado pueblos de muy diferentes creencias y tradiciones políticas. La influencia bizantina era también patente en la brillantez y fastuosidad de la vida cortesana.

La conquista musulmana

Durante los mismos años, los califas extendieron ampliamente su Imperio. Esta segunda conquista resultó mucho más dura que la primera, chocando a menudo con una feroz resistencia. Fueron precisas tres campañas, lanzadas desde Egipto, para expulsar a los bizantinos de la región de Cartago (670). Inmediatamente, las tribus bereberes, cristianas o judías, iniciaron una desesperada lucha para preservar su independencia. Después de la construcción, en 670, de Kairuán, capital colonial de los orientales y punto de partida de sangrientas expediciones hacia el oeste, estas tribus resistieron aún durante más de treinta años, llegando a infligir un gran descalabro al general Sidi Oqba, que había alcanzado el Atlántico. Los habitantes del Aures, dirigidos por su legendario héroe Kahina, se mantuvieron largo tiempo invencibles e

insumisos. Pese a que el país parecía completamente conquistado hacia 710, y a que numerosos bereberes islamizados se sumaron a las filas de los ejércitos musulmanes, pronto sus tribus manifestaron un intenso deseo de autonomía en el interior del Imperio: adhesión a las herejías religiosas, hostilidad a los califas, aglutinación política en torno a las familias nobles indígenas.

Los refuerzos bereberes y las querellas sucesorias que arruinaron el reino visigodo facilitaron la rápida conquista de España: paso del estrecho de Gibraltar (de Djebel-al-Tarik, jefe de la expedición muerto en el combate) y decisiva victoria de Guadalete, o laguna de la Janda (711). Aunque frenadas durante varios años por algunos focos de resistencia, las tropas musulmanas ocuparon todo el país, hasta los Pirineos, llegando a dominar Narbona y a lanzar algunas rápidas incursiones hacia el norte (una de las cuales fue detenida por Carlos Martel en Poitiers, el año 732).

Estas lejanas conquistas debilitaron la cohesión del Imperio en unos momentos en que el nuevo estilo de vida de los califas, su tolerancia hacia los cristianos y los artistas establecidos en la corte, así como su deseo de instaurar un Estado sólido y hereditario, levantaron contra ellos a las tribus de Arabia y a los partidarios de una estricta observancia. Ya Muhawiya había tenido que reconquistar Medina de manos de las sublevadas tribus de Hedjaz. Más peligrosa fue la oposición de los descendientes de Alí, o *alidas*. En 680, uno de ellos, Husain, había sido alcanzado y muerto junto a los suyos en Kerbela; no obstante, poco después, otro alida, Abdulah, se hizo proclamar califa en La Meca y llegó a establecer su autoridad sobre el Iraq. Sólo en 692 La Meca sería recuperada por los omeyas, que ejecutaron a Abdulah y restablecieron el orden. Esta lucha prolongó la antigua rivalidad entre los dos principales clanes existentes en La Meca antes del islam, los omeyas y los hachemitas, representados entonces estos últimos por los alidas. Asimismo, la muerte de Husain reforzó la oposición religiosa de los jariyitas y, sobre todo, la de los chiitas, fieles a los descendientes directos del profeta. No es de extrañar que una fuerte reacción nacional explotara fácilmente en Persia esta doble hostilidad familiar y religiosa.

LOS ABASIDAS Y LA INFLUENCIA PERSA

Efectivamente, el hundimiento de la dinastía omeya en 750 aparece como una revancha de los persas sobre los árabes y, especialmente, sobre los omeyas de Damasco que habían adoptado las tradiciones, las costumbres, las formas de gobierno e incluso el personal político sirio de Bizancio, el enemigo ancestral del Imperio persa.

Las conversiones en el seno de los pueblos sometidos, relativamente escasas en los primeros tiempos de la conquista, aumentaron rápidamente a raíz de la organización del Estado omeya y de la reanudación de las expediciones lejanas. Entre los protegidos (o infieles), algunos fueron captados por el atractivo de una religión simple, poderosa y conquistadora, y de una ley claramente expuesta; por otra parte, muchos deseaban librarse de su condición inferior, participar en la gloria y el botín de la conquista, y, sobre todo, eximirse del tributo cada vez más oneroso. Las conversiones llegaron a ser tan numerosas que los califas, inquietos por la disminución de sus recursos fiscales, intentaron limitarlas.

Los persas convertidos al islam permanecieron, sin embargo, aferrados a su prestigioso pasado y, frente a los califas de Damasco, lucharon por el dominio del nuevo Imperio. Secreta al principio, caracterizada por una soterrada propaganda y por innumerables complots, esta oposición cristalizó en torno a Abu Moslim y estalló brutalmente en 747. La sublevación se inició en Merv y Jorasán, donde los árabes ya habían chocado un siglo antes con una tenaz resistencia. Allí se habían refugiado numerosos adeptos de Zoroastro y, luego, los descendientes de Alí y sus familias. Provincia irania por excelencia, Jorasán encabezó una vez más la lucha contra el invasor. En 750, los ejércitos sirios de los omeyas fueron completamente derrotados en Persia, en la batalla del Gran Zab.

Fuertemente divididos, los alidas y los chiitas fueron incapaces de explotar su victoria, que fue capitalizada por los descendientes de Abbas, tío de Mahoma. Con ello, los abasidas fundaron una nueva dinastía cuyo primer califa fue Abul-Abbas (750-754). Desde el punto de vista nacional, la victoria de los persas parece total. El nuevo califa dependía tan estrechamente de sus aliados persas y de sus fieles tropas que muchos historiadores, al referirse a los abasidas, hablan de la dinastía jorasaniana. El traslado de la capital de Damasco a Mesopotamia expresa el nuevo equilibrio político sobre el que se asentaba el Imperio. En un primer momento, Abul-Abbas estableció la capital en Hashimya, a orillas del Eufrates, aunque lejos de Kufa y Basora, ciudades pobladas por árabes demasiado inquietos. El segundo califa, Al-Mansur, escogió un nuevo emplazamiento, a orillas del Tigris esta vez, cerca de la antigua Ctesifón, que fue utilizada como cantera de piedra. La nueva ciudad, Bagdad, en cuya construcción se dice que trabajaron 100 000 hombres durante cuatro años, durante largo tiempo no fue más que un vasto campamento militar fortificado (de tres kilómetros de circunferencia), donde los soldados persas protegían «el castillo de oro» del califa. Ciudad militar, pero también ciudad de colonización: las tierras del contorno fueron inmediatamente distribuidas a los clientes, familiares y oficiales militares del soberano.

La influencia irania, de carácter oriental, explica también la nueva definición del poder. Cierto es que los abasidas se proclamaban descendientes directos de Mahoma, cuya capa, símbolo de su legitimidad, conservaban, y en tanto que tales, fustigaban a los usurpadores omeyas. Pero, como antaño los reyes sasánidas de Persia, poco a poco se afirmaron califas por la voluntad de Dios, y no ya sólo como jefes de los árabes, sino como jefes espirituales de todos los creyentes. Bajo el título de *imán*, dirigían las oraciones públicas de los viernes y hacían ratificar sus decisiones por los doctores de la ley. Al igual que los príncipes de Oriente, vivían ocultos en el fondo de sus palacios, rodeados de misterio y de lujo deslumbrante, apareciendo ante el pueblo tan sólo los días de ceremonias, suntuosamente vestidos y envueltos en una extraordinaria pompa.

Los califas, señores absolutos por voluntad divina, confiaban, sin embargo, el control de los innumerables despachos del gobierno —los *diwan*— a un único personaje, muy pronto omnipotente, el *visir*, cuyas atribuciones recuerdan las de un gran oficial sasánida. El visir lo controlaba todo, administraba las provincias, fiscalizaba las comunicaciones y la policía, no dejando al califa más que la jefatura de los ejércitos. Con ello se estableció a lo largo y a lo ancho de todo el imperio un doble gobierno: civil, por una parte, y militar, por la otra. Los visires, generalmente persas con su propia clientela, pronto aseguraron el carácter hereditario de sus cargos: tal ocurrió, por ejemplo, con los Bakhamidas, poderosa familia que dominó el gobierno durante largo tiempo y cuyo imponente palacio se alzaba frente al del califa, en la orilla oriental del Tigris. Incluso después de la caída de los Bakhamidas, acaecida en 803 a consecuencia de una violenta reacción del califa Harum-al-Raschid (786-809), siempre hubo una facción persa que se impuso en Bagdad y en todo el imperio. En esta época, artesanos procedentes del Irán llegaron hasta el Magreb, y en su conjunto la civilización musulmana, entonces en su apogeo, quedó fuertemente marcada por la herencia transmitida por los sabios, artistas, poetas e ingenieros iranios.

LA DESCOMPOSICIÓN DEL IMPERIO ABASIDA

África del Norte

Mientras, los califas debían afrontar una doble oposición, nacional y religiosa. En Occidente, las querellas dinásticas y religiosas de los primeros tiempos del califato permitieron a los bereberes, recientemente convertidos, consolidar plenamente su particularismo y rechazar la dominación política de los árabes. Asimismo, acogieron las herejías y los príncipes huidos de Oriente. En 755, un miembro de la familia de los omeyas llegaba a España y se proclamaba *emir* (gobernador) de Córdoba, independizándose, de hecho, de Bagdad. Poco después, Bagdad tenía que reconocer, si no la independencia, sí al menos la autonomía de los gobernadores aglabíes de Kairuán, que pronto fundarían un nuevo Estado en Túnez, desde allí saquearon las costas de Córcega y Cerdeña, y más tarde iniciarían la conquista de Sicilia.

En África del Norte fueron numerosos los bereberes que se unieron a la herejía de los jariyitas e ibaditas. Atacaron Kairuán y fundaron los reinos de Tafilalet, Tremecén y Tiaret. Un familiar de Alí y compañero de Husain, Idris, superviviente de la matanza de Kerbela, se refugió en el Mogreb, donde, después de guerrear largo tiempo contra las tribus paganas, judías o cristianas, se apoderó de Tremecén; hacia el año 790, construyó la ciudad de Fez, capital de un nuevo reino bereber de religión chiita que pronto se extendería al conjunto de Marruecos. De esta forma, todo el islam occidental se había desgajado del Imperio.

Las sublevaciones en Oriente

La autoridad del califa chocó con una fuerte oposición en el propio Oriente. Las herejías religiosas seguían suscitando cismas, complots y una hostilidad crónica que Bagdad intentaba atajar por medio de una sangrienta represión. Los chiitas seguían siendo muy numerosos, aliados ahora a los descendientes de Alí, a quien éstos veneraban. Unidos, provocaban conflictos y guerras callejeras en el mismo Bagdad. Las sociedades secretas exaltaban el recuerdo de los héroes desaparecidos. La provincia de Jorasán estuvo dominada durante varios años por las bandas de Mukana, el hombre de la máscara de oro, que afirmaba ser la reencarnación de Abu Moslim, jefe de la sublevación de 750. Esta agitación religiosa se vio agravada por auténticas guerras sociales, como la rebelión de los esclavos negros, los *Zends*, que importados de África oriental y sometidos a condiciones miserables, eran

utilizados, sobre todo en la baja Mesopotamia, en el cultivo de la caña de azúcar. En 869, los negros, exasperados, maltratados y despreciados, se alzaron contra sus señores y, bajo la dirección de un jefe que afirmaba descender de Alí, saquearon e incendiaron las aldeas, mataron a los árabes y llegaron a apoderarse de Basora. Varios ejércitos enviados por el califa de Bagdad para reprimir la sublevación, tuvieron que abandonar la lucha o fueron aniquilados en las marismas del delta. Se precisaron más de veinte años de implacables combates para exterminarlos. Hacia 860, en Sistán, en los límites orientales del Irán, fanatizados tras largo tiempo de propaganda religiosa e igualitaria por los jariyitas, los campesinos y artesanos tomaron como jefe a un calderero llamado Saffar cuyas bandas pronto dominaron toda la provincia. Investido califa, Saffar se apoderó de las provincias cercanas: Sind, en el curso inferior del Indo, y, sobre todo, Jorasán, donde instalaría su capital, Nishapur. El fracaso de una audaz incursión contra Bagdad, detenida en 879 bajo las mismas murallas de la ciudad, tan sólo representó un contratiempo momentáneo para la dinastía de los safáridas, surgida de los conflictos sociales que en diversas provincias arruinaban el Imperio.

Un último ejemplo de un conflicto social exacerbado por los antagonismos religiosos y la acción subterránea de las sociedades secretas es el de los karmatas. Este movimiento de carácter igualitario, y que al mismo tiempo se proclamaba heredero de Alí, ensangrentó al principio la baja Mesopotamia, donde los esclavos negros se rebelaron de nuevo, y más tarde la Siria septentrional. Su jefe, el *imán* oculto, consiguió huir al Mogreb donde fundó, en Túnez, la dinastía de los fatimíes, alrededor de 880. Los karmatas continuaron con sus matanzas en todas partes; sus miembros aterrorizaron Bagdad y, en especial, a los oficiales de los *diwan*. En la propia Arabia llegaron a constituir dos repúblicas comunitarias musulmanas, una junto al golfo Pérsico (Bahrein) y otra más hacia el sur, diezmando repetidamente a las tropas enviadas contra ellos. En 930 saquearon La Meca, apoderándose de la sagrada piedra negra, que conservaron durante 25 años.

Los principados militares: persas y turcos

Por otra parte, los jefes militares fueron imponiéndose progresivamente al califa. Generales persas al principio, capitanes turcos más tarde, impusieron su autoridad en Bagdad bajo el título de *emir de los emires*. En las provincias, los jefes militares suplantaron a los administradores civiles. Característico de esta situación era, desde el año 850 aproximadamente, que el sueldo de las tropas no era ya satisfecho en dinero por los responsables del fisco o de las aduanas sino mediante la atribución de *itqa*, es decir, la concesión de las rentas de un territorio o el arriendo de un impuesto. De ahí que los jefes militares exigieran los impuestos, los derechos de aduana o de peaje, y distribuyeran los ingresos entre sus hombres. Concedidas al principio con carácter vitalicio, las *itqa* pasaron pronto a ser hereditarias, lo cual comportó una grave desorganización del Estado y el surgimiento de un auténtico feudalismo militar. Las tropas se convirtieron en ejércitos privados de sus capitanes. De este modo, algunas de las provincias orientales se transformaron en principados independientes, dando lugar a la aparición de nuevas dinastías, como las iranias del borde del mar Caspio y la más poderosa de los tahiríes, fundada por Tahir, príncipe de Nishapur, de Jorasán y de Kirman (822). O la de los samánidas (902-999), que, después del dramático intermedio de Saffar, reunió inmensas provincias, desde el mar de Aral al océano Índico y el golfo Pérsico, famosa por sus empresas mercantiles que se extendieron hasta Europa oriental y por la brillantez de sus actividades literarias y artísticas en las fronteras del mundo musulmán. La última gran dinastía, en este caso fundada, parece, por un príncipe persa de sangre real próximo a los chiitas, la de los buyíes (932-1055), reinó en todo el oeste de Persia, extendiéndose luego a Bagdad y más tarde hasta Fars y Kerman.

Desde mucho antes, y a menudo para oponerlos a los indómitos guerreros de Jorasán, los califas de Bagdad solían reclutar a numerosos mercenarios turcos e incluso, a veces, bereberes.

Pronto los convirtieron en un cuerpo de élite, confiando a sus jefes importantes poderes. Con ello, el califato no hacía más que escapar de la tutela de los persas para caer bajo la de los turcos, recién convertidos al islam.

En 836 se agravaron los frecuentes conflictos entre la población de Bagdad y las milicias turcas y bereberes del califa, que contaban entonces con unos 70 000 hombres, temidos y odiados por su brutalidad. La corte, el gobierno y el ejército tuvieron que abandonar la ciudad e instalarse en Samara, más al norte; la nueva capital, campamento militar desplegado sobre más de veinte kilómetros, pronto se enriqueció con espléndidos palacios y fastuosas mezquitas. Este exilio cesó en 892, pero los califas siguieron prisioneros de sus mercenarios extranjeros. Uno de sus jefes, un turco al que se había confiado el cargo de gobernador de Jorasán, se sublevó en 961 y fundó, en el Afganistán, en torno a Ghazna, un vasto imperio y una nueva dinastía. Los ghaznavíes, entre cuyos soberanos destacó Mahmud (999-1030), extendieron su poder hasta Jorasán, amenazaron Mesopotamia y, al este, emprendieron la conquista de los valles del norte de la India.

Así pues, desde el punto de vista político, los abasidas perdieron completamente España y África del Norte; desde 912, por otra parte, las expediciones armadas de los fatimíes, dueños ya de Túnez, amenazaron Egipto, una de las provincias más ricas. Perdido Egipto en 969, todo el África musulmana quedaba al margen del Imperio. Durante todo este tiempo, la autoridad del califa fue debilitándose, quebrantada, primero, por la nobleza persa y, más adelante, especialmente por los jefes militares turcos, omnipotentes en Bagdad. Hacia el año 1000 aproximadamente, los turcos invadían violentamente Jorasán y el Iraq, apoderándose de Bagdad en 1055.

Bibliografía: H. MASSÉ, *L'lslam* (col. A. Colin), 1948. Cl. CAHEN, «Les débuts de l'Islam», en *Histoire générale des Civilisations* (Presses Universitaires de France), t. III, págs. 86-105. M. RODINSON, «L'Arabie avant l'Islam», en *Histoire universelle*, t. II (Enciclopédie de la Pléiade), 1958, págs. 3-35. G. WIET, «L'Islam», *ibid*., págs. 50-104. M. GAUDEFROY-DEMOMBYNES, *Mahomet. Le prophéte de l'Islam* (col. «Evolution de l'humanité»), 1959. L. DERMENGHEM, *La vie de Mahomet*, 1950. X. DE PLANHOL, *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam* (Flammarion), 1968. R. MANTRAN, *L'expansion musulmane (VIIe-XIe siècles)* (col. «Nouvelle Clio», núm. 20), 1969. (Hay trad. esp., Labor, S. A., Barcelona, 1973).

Textos y documentos: J. SAUVAGET, «Historiens arabes», en *Initiation à l'Islam*, tomo V, 1946. H. W. HAZARD, *Atlas of Islamic History*.

CAPÍTULO XXIII

La civilización del Oriente musulmán hasta la caída de los abasidas

(Desde los orígenes hasta el año 1000 aprox.)

MAPA XIV, frente a pág. 352.

Hablar de una civilización musulmana única, haciéndola extensible al conjunto del mundo islámico, resulta excesivo. Establecido en los dominios de antiguos imperios, el Imperio musulmán reunió a pueblos de muy diversas características y procedencias; poco después, cuando se agravó el proceso de desintegración política, fueron apareciendo con toda claridad las distintas formas de vida, de pensamiento y de expresión artística, así como las distintas prácticas religiosas. No obstante, si bien Occidente, y más tarde el Egipto de los fatimíes, conocieron una civilización original mucho antes de la caída de los abasidas, las provincias sometidas a la autoridad del califa de Bagdad participaron siempre de las mismas corrientes religiosas, espirituales y artísticas; también su economía presentó rasgos comunes.

LA UNIDAD DEL ISLAM: LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS Y EL CULTO

La unidad del mundo islámico respondía únicamente a la profesión de una misma fe, caracterizada por un monoteísmo absoluto, al respeto por el dogma, y más todavía, a las prácticas religiosas directamente inspiradas por el ejemplo y enseñanzas de

Mahoma, y a las reglas de conducta social precisadas a veces hasta los más mínimos detalles de la vida cotidiana.

El musulmán debía someterse a cinco prácticas religiosas por las cuales afirmaba su fe; ciertos autores las califican de «piedras angulares» o cinco columnas del islam. Una de ellas, a realizar en circunstancias difíciles, en el momento de la conversión o de la muerte, por ejemplo, concernía a cada hombre en particular: la profesión de fe o *chahada*. El creyente debía recitar entonces la fórmula de ritual: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su Profeta».

La oración, la mezquita

Las cuatro prácticas restantes, de carácter colectivo, concernían a la comunidad y orientaban ya, de alguna forma, las relaciones sociales. El islam era fundamentalmente una religión ciudadana y el Corán legislaba a una sociedad urbana. Sólo los grupos sedentarios podían participar en ciertos rituales, esenciales y colectivos, tales como la oración del viernes, que no podía rezarse en los campos de tiendas. El nómada pasó a ser un musulmán de segundo orden (G. Marçais).

El Corán afirma: «la primera cosa que se tomará en consideración será el *salat* (plegaria ritual)» y: «El *salat* es como un torrente de agua bienhechora que corriera ante la puerta de cada uno de vosotros». Esta oración establecía una comunión íntima entre el hombre y Dios. Siendo un acto de adoración que no implicaba ninguna demanda precisa, ninguna «plegaria» en el sentido cristiano del término, esta oración se desarrollaba según un ritual muy preciso; el fiel, mientras recitaba las fórmulas sagradas, efectuaba un cierto número de gestos —elevación de las manos, in-

clinaciones…— que guardaban una unidad, una *raka*; según la hora del día en que se realizaba la oración, ésta comportaba dos, tres o cuatro *rakas*. En la época de Mahoma era obligación rezar tres veces al día, pero posteriormente se elevó a cinco. El musulmán podía, sin duda, rezar solo; sólo precisaba estar en el estado de pureza ritual y realizar las abluciones con el agua, o con la arena si estaba de viaje, girándose previamente en dirección a La Meca. Sin embargo, el Corán recomienda la plegaria pública en la mezquita (*Masjid*), atribuyéndole un valor especial. Todos los hombres tenían la obligación inexcusable de ir a rezar, cada viernes, a la mezquita central de la ciudad, llamada *Masdjid djami* (*Mezquita del viernes*). Estas reuniones, que recordaban las de todas las tribus que bajo la dirección de Mahoma se realizaron, primero, en Medina y, después, en La Meca, reforzaban la cohesión social y política de las comunidades musulmanas.

Durante los primeros siglos del islam, esta mezquita no era un lugar sagrado habitado por Dios, como el templo judío o el cristiano, sino simplemente un lugar de reunión y de oración. La primera mezquita, muy sencilla, fue la propia residencia del Profeta en Medina. Este hizo construir, en un amplio recinto rectangular, un cobertizo de barro y palmas; acudían allí los musulmanes de Medina y los nómadas de paso por la ciudad, para discutir sus negocios o incluso para distraerse con juegos guerreros. En lo sucesivo, los patios de las mezquitas, abiertas, por lo demás, a los extranjeros, serían durante largo tiempo auténticos enclaves caravaneros, llenos de animales y de fardos de mercancías. Incluso en la propia sala de la mezquita, los poetas recitaban sus versos y los ociosos jugaban al ajedrez. Es decir, hasta entonces, la noción de sagrado sólo se aplicaba estrictamente al muro del fondo, la *qibla*, orientado hacia La Meca, y, a partir de los omeyas especialmente, a la hornacina o *mihrab* labrada en su centro, muy pronto profusamente decorada. Sólo en tiempo de los abasidas, en que la influencia irania alcanzó un carácter prepon-

derante, fue imponiéndose lentamente la costumbre de descalzarse al entrar en la sala, así como la prohibición de acceso a la misma a los no musulmanes y las restricciones a la presencia de mujeres. Posteriormente, la conquista turca reforzó esta evolución, contribuyendo a convertir la mezquita en un santuario. Los musulmanes no tenían un clero formado por sacerdotes consagrados, sino que la comunidad se limitaba a designar un *muezzin* responsable de llamar a la oración desde lo alto de un minarete, así como escribas y oficiales para administrar las posesiones de la mezquita y mantener el edificio en buen estado.

Lugar de oración, pero también de reunión, de diversión incluso, sede del tribunal de justicia, establecimiento de enseñanza donde los niños aprendían el Corán y a leer, la mezquita permitía asimismo al jefe hacer conocer su voluntad y ejercer su mando. La oración pública estaba siempre dirigida por el *imán*, guía y jefe de la comunidad. Así lo hicieron Mahoma en Medina y, luego, sus sucesores, los califas. En las provincias, el imán era el gobernador y, en cada mezquita, uno o varios personajes admirados por su conocimiento del Corán; con todo, la oración era dirigida siempre en nombre del califa. Al principio, el profeta y sus sucesores, después de la oración del viernes, se dirigían a las tribus allí reunidas; más tarde, en las ocasiones solemnes, los califas asistían, rodeados de sus oficiales y familias, para predicar al pueblo desde lo alto del *minbar*, especie de cátedra situada cerca del mihrab: frecuentemente estas prédicas consistían en discursos políticos o exhortaciones a la guerra santa.

Ayuno, limosna y peregrinación

Todo musulmán joven y en buen estado de salud debía observar un ayuno ritual —*sawn*— durante el mes del *Ramadán*, el noveno del calendario islámico, y aquel en que «el Corán fue enviado al mundo». Los fieles debían abstenerse de ingerir toda clase de alimento desde la salida hasta la puesta del sol. El final del ayuno se celebraba con la fiesta de «la ruptura del ayuno», *al-id-al-saghir*, pequeña fiesta en la que se compraban ropas nuevas, se intercambiaban regalos, se visitaba los cementerios; suponía un

festivo reforzamiento de la unión entre la comunidad rural y la urbana.

Por otra parte, al comienzo, cada propietario de tierras o de animales tenía que entregar como limosna —*zakât*— para los pobres la décima parte de sus ingresos.

Una última obligación, aunque menos estricta, consistía en la peregrinación a La Meca que todo musulmán, de poseer medios para ello, debía realizar al menos una vez durante su vida. Ello le confería una especie de santidad. En los primeros tiempos, la peregrinación se hacía en cualquier época del año y se reducía a una visita a la Kaaba y a las dos colinas cercanas (*omra*). Más adelante, en cambio, los musulmanes prefirieron el *hadjdj*, peregrinaje colectivo que se realizaba en determinados días del año y que incluía la visita a otros santuarios. Los ritos, a menudo similares a los preislámicos e inspirados en algunas complejas tradiciones hebraicas, comportaban prácticas de purificación, sacrificios, gestos simbólicos, oraciones y, ante todo, una procesión alrededor de la Kaaba y la adoración de la piedra negra. De este modo, venidos por tierra o por mar, llegaban a reunirse en la ciudad santa decenas de miles de hombres; muchos de ellos visitaban también Medina, orando sobre la tumba del Profeta; algunos iban hasta Jerusalén. Las peregrinaciones a La Meca daban a los pueblos musulmanes ocasión para encontrarse y tomar conciencia de su pertenencia a una fe común. Ese día, en todos los países del islam, los que no habían podido acudir a La Meca celebraban la fiesta del sacrificio (—*al-id-al-kabir*—, gran fiesta), en la que se sacrificaba un cordero, un buey o, incluso, un camello.

Esta comunión espiritual se afirmaba también con ocasión de los combates en defensa de la fe. No en balde Mahoma hablaba del deber de dar testimonio de ella con las armas en la mano, prometiendo eterna recompensa, el paraíso de Alá, a los hombres muertos en defensa del islam frente a los infieles.

MAPA XIII

El Imperio bizantino: Grecia y Asia occidental



DIVERSIDAD DEL ISLAM: HEREJÍAS, MISTICISMO Y DEVOCIÓN POPULAR

El Corán y la Ley

El islamismo impregnó toda la vida social de los musulmanes; en el aspecto familiar, la ley autorizaba la poligamia y el repudio de la mujer mediante, únicamente, declaración oral del marido. Numerosas prohibiciones, a menudo heredadas de tradiciones paganas, afectaron la vida cotidiana: prohibición de comer carne de cerdo y de beber vino, prohibición de la usura. En los primeros tiempos, estas reglas, directamente inspiradas por Mahoma, fueron relativamente simples. Pero desde el momento en que las relaciones sociales se diversificaron, que el islam se extendió a comunidades cada vez más numerosas y complejas, dedicadas al comercio o a la agricultura, los juristas musulmanes tuvieron que enfrentarse con la tarea de compilar textos completos, de establecer una auténtica legislación. Se planteó, con ello, el problema de las fuentes de la ley.

En principio, los dogmas y leyes del islam se hallaban en el libro santo, el *Corán*, que contenía las palabras del propio Mahoma, intérprete de Alá. Ahora bien, al morir Mahoma no quedaba más que un conjunto disperso de fragmentos escritos en piedras, huesos y palmas. Después de varias tentativas, la redacción del Corán sólo se completó en tiempos del califa Otmán (644-656). El libro comprendía 114 capítulos o *suras*, formuladas sin otro orden que el azar de la inspiración o de las circunstancias y escritas en el lenguaje metafórico de un poeta inspirado. De difícil interpretación y conteniendo pasajes ya, entonces considerados apócrifos por algunos, el Corán distaba mucho de abarcar todos los aspectos de la vida política, social o económica. De ahí que los califas, administradores y jueces hiciesen establecer por los doctores de la fe una tradición —*haddit*— inspirada en los he-

chos y expresiones del propio Mahoma, así como en las opiniones que formuló a lo largo de su vida ante sus fieles.

El conjunto de estas tradiciones formaba la *sunna*, ley oral del islam. Pero ya bajo el califato de los primeros abasidas, cuando la religión pasó a regular todos los actos de la vida pública, se elaboró una jurisprudencia más completa, frecuentemente basada en fuentes distintas a la *sunna*. Desde entonces se opusieron diversas escuelas o rituales que aún hoy escinden el mundo musulmán, dividido en extensas provincias sujetas a jurisdicciones diferentes: ritos hanefita, malequita y chafeíta.

Los cismas

Mucho más grave resultó ser, para el islam, el repudio total de la *sunna*. A los ortodoxos, o *sunnitas*, se opusieron quienes no admitían más que la ley directamente dictada por el Profeta o por sus familiares más cercanos. Como ya vimos, ello significó, desde el punto de vista político, la oposición de chiitas y jariyitas a los califas omeyas y abasidas. Estas herejías repercutieron también en el dominio de la fe y de las prácticas religiosas. Los jariyitas, divididos en numerosas sectas y frecuentemente calificados de «puritanos del islamismo», impusieron una religión ligada al respeto a las obras y caracterizada por una espiritualidad profunda y austera. Los chiitas, por su parte, introdujeron en el islam varias nociones originales que marcaron su fe con unos rasgos peculiares en los que son fácilmente distinguibles las influencias orientales, iranias en especial: así, por ejemplo, la espera de un *Mahdi*, señor omnipotente que implantará el reinado de la justicia divina y cuya llegada anunciará el fin del mundo. Este redentor fue, al principio, Mahoma, luego Alí u otro miembro de su

familia. El Mahdi pasó a ser, entonces, el último *imán* descendiente directo de Alí, el *imán* oculto. La espera de su regreso constituía un acto de fe para la mayoría de los chiitas. Sin embargo, las diferentes sectas no coincidían en la personalidad de este último imán; algunos consideraban que la descendencia de Alí se detenía en el quinto imán; otros, los ismailitas, en el séptimo, mientras que la mayoría la hacía llegar hasta el duodécimo Mohamed misteriosamente desaparecido entre 880 y 900. Para todos ellos, el culto del imán oculto y de los mártires alidas asociaba la idea de Pasión a la de Redención. Los peregrinos chiitas acudían en masa a los santuarios que guardaban las reliquias de Alí y de los imanes: por ejemplo, a Kerbela, tumba de Husain, cuyo santuario, destruido en 850 por las tropas del califa, fue reconstruido en 979; o a la tumba del imán Reza, en Meched. Las ciudades santas del Iraq y Persia, el culto popular a los mártires, las devociones espectaculares, la representación de misterios, el arraigado sentido de lo sagrado, la sumisión absoluta a la doctrina del imán oculto, expresada a través de las sentencias de los doctores de los grandes santuarios, el carácter frecuentemente oculto y secreto de la vida religiosa y, por último, la espera de un reino redentor, situaban al islam chiita netamente al margen de la ortodoxia sunnita. Esta originalidad se afirmó aún más en las sectas extremistas, que se organizaron como sociedades secretas de iniciados y que impusieron un mortífero terror en varias regiones: la de los karmatas, por ejemplo, y, alrededor del año mil, la de los asesinos.

El culto a los santos: el sufismo

Por lo demás, la victoria del islam no destruyó las antiguas creencias o los restos del pensamiento helenístico ni impidió las aportaciones de religiones cercanas. El culto de los santos —*wali*, en Oriente, *marabut* en África del Norte—, personajes ensalzados por sus virtudes o sus hazañas guerreras, a menudo renovó el de antiguas divinidades orientales o, incluso, de simples creencias paganas: adoración de animales sagrados y fuerzas naturales. Estos cultos iban acompañados por diversas supersticiones y prácticas mágicas encaminadas a conseguir protección y curación. A veces parecen una reacción local contra la influencia del islam: tal fue el caso, muy al principio, de los bereberes.

Los falsos profetas, hombres y mujeres, que predicaron nuevas religiones en Arabia, y especialmente en el Yemen, después de la muerte de Mahoma, tenían su inspiración en doctrinas cristianas. Asimismo, la influencia del cristianismo se dejó sentir durante largo tiempo en los ascetas del islam que adoptaron las prácticas de los eremitas o estilitas de Egipto y Siria. Estos místicos o *sufistas*, que vestían hábitos de lana blanca, pretendían acercarse a Dios y huir del mundo, pura apariencia; de ahí las largas meditaciones, los éxtasis, las letanías rituales. Surgido de las antiguas ciudades de Mesopotamia, Basora y Kufa especialmente, el movimiento se extendió a todos los países musulmanes. Los sufitas se agruparon en conventos —*tekke*—, frecuentemente construidos alrededor de la tumba de un santo, en los que daban hospitalidad a los peregrinos. Otros conventos —los *ribat*—, erigidos en las zonas fronterizas, aceptaron durante algún tiempo voluntarios combatientes de la fe deseosos de hacer méritos mediante la Guerra Santa. Estos *ribat* fueron a menudo lugar de albergue para las caravanas, así como puestos de vigilancia y refugio para las poblaciones amenazadas. A ellos acudieron numerosos sufistas atraídos por el deseo de sacrificio, de aislamiento y de vida comunitaria; su número se incrementó rápidamente: en las fronteras de Transoxiana, frente a las tribus del Asia central, se construyeron miles de ellos.

LA VIDA ECONÓMICA Y SOCIAL

El gran comercio

La expansión política favoreció el auge de las relaciones mercantiles; sin embargo, el gran comercio musulmán reanudó las tradiciones de la Antigüedad, así como las de la Alta Edad Media occidental. Las especias orientales siguieron arribando a los puertos de España, Italia o la Provenza transportadas por mercaderes sirios o judíos, o incluso por los peregrinos cristianos que regresaban de Jerusalén. La navegación de cabotaje de los musulmanes animaba las costas africanas, llegando asimismo hasta Sicilia y Andalucía. En Asia, la riqueza de Bagdad dio un fuerte impulso al comercio hacia el este y el océano Índico. Los navíos árabes con base en Basora, Siraf u Ormuz, llegaban fácilmente al África oriental, la India, Ceilán o incluso China (en 738). El gran comercio de Asia consistía, al igual que en los siglos anteriores, en el transporte de artículos de lujo capaces de proporcionar elevados beneficios: condimentos, drogas medicinales, perlas y piedras preciosas, perfumes, colorantes, sedas de Extremo Oriente, etc.

Por otra parte, las nuevas ciudades del islam entrañaban enormes exigencias de productos de lujo y víveres de todo tipo para los palacios de los califas y de las grandes familias de la nobleza militar.

El comercio de madera constituye un ejemplo privilegiado de ese lejano tráfico suscitado por los grandes centros del Islam. En este caso se trataba de paliar la escasez de maderas y mástiles para los navíos con vistas a mantener la hegemonía de las escuadras musulmanas, así como de asegurar el aprovisionamiento de los arsenales, de las industrias que utilizaban el fuego y de los talleres urbanos. De esta forma, Bagdad recibía, a través del golfo Pérsico y del Tigris, maderas de la India, de Ceilán y de Malasia (ébano, teca y sándalo, especialmente), así como de la región de los *zendis*, en el África oriental, donde el comercio de madera iba aparejado a la trata de esclavos. Desde los primeros califas, la lucha contra Bizancio por la posesión de Creta, Chipre y los macizos montañosos del norte de Siria y del Taurus, fue una auténtica guerra de la madera, es decir, por el control de extensos bosques de robles, cipreses y pinos (la «batalla de los mástiles», por ejemplo, reñida en 655 en las costas de Licia, al sur de Anatolia).

Por su parte, las ciudades musulmanas vendían en los más alejados mercados los productos de una industria hábil y próspera, imitación a menudo de la bizantina o de la persa, ejercida por ar-

tesanos judíos o cristianos: así, los tejidos de lino o de lana al estilo copto, o los tejidos de algodón y los suntuosos tapices persas, las cerámicas del Iraq y de Nishapur de estilizado dibujo, los perfumes y vidrios coloreados de Tiro y Siria; artículos de lujo todos ellos que en la India, en China o, más aún, en Occidente, garantizaban a los mercaderes musulmanes sólidas monedas de cambio.

La ciudad musulmana

Durante el Imperio de los califas, la ciudad impuso su ley a todo el país. Los musulmanes construyeron grandes ciudades en las encrucijadas de las rutas de las caravanas, a menudo en el mismo corazón de los países conquistados. Bagdad, Samara, Kairuán (670) o Fustat constituyen magníficos ejemplos de estas ciudades populosas, rodeadas por la estepa o el desierto. Vastos campamentos militares al principio, pronto se transformaron en capital administrativa y centros de vida intelectual y artística, comercial e industrial. Excepto en su primera fase, estas ciudades musulmanas parecen creaciones espontáneas, inorgánicas, lentamente elaboradas; su caprichosa estructura se opone resueltamente al urbanismo oficial, ordenado según un esquema preciso, de las ciudades helenísticas o romanas. La ciudad se organizaba en barrios perfectamente individualizados, agrupados en torno a la mezquita, rodeados de murallas a veces, o, al menos, cerrados con cadenas durante la noche: pervivencia de los primeros tiempos en que la tribu nómada, instalada en la ciudad, se protegía a sí misma. Los particularismos étnicos, los lazos familiares y, más tarde, los surgidos de la vecindad, reforzaron esta originalidad y agudizaron la división de la ciudad en células autónomas. Mer-

caderes y artesanos se agrupaban en el *bazar*, extenso barrio de negocios en que los pequeños comercios se alineaban en callejones, a veces pavimentados con planchas de madera o losas de piedra. Los artesanos formaban asociaciones especializadas bajo la dirección de un maestro del oficio. Estos grupos, sin embargo, ocupaban un lugar de escasa importancia en la vida política de la ciudad. Su estrecha sumisión a la autoridad municipal procedía de la herencia romana o bizantina, así como al deseo de subordinar toda la vida social al control religioso. El *muhtasib*, importante personaje responsable de velar por las costumbres, aplicaba severamente las reglas del islam, ejerciendo su vigilancia en los mercados y centros de trabajo, fijando precios, pesos y medidas, imponiendo multas y castigos.

Por otra parte, una sólida barrera separaba a estos artesanos y pequeños comerciantes de los grandes hombres de negocios. Estos últimos invertían su dinero en lejanas empresas, practicaban el cambio manual y usaban cheques y letras de cambio (la denominación occidental de «cheque» es de origen árabe: *chakk*). Propietarios de lujosos palacios y, muy rápidamente, de vastos dominios agrícolas, estos ricos negociantes eran los verdaderos señores de la ciudad.

Frente a esta aristocracia, el pueblo llano intentó organizarse al margen de los ineficaces cauces profesionales. De ahí el éxito de las cofradías populares de jóvenes —*foutuwwa*—, deportivas primero y guerreras después, a las que frecuentemente afluyeron numerosos vagabundos y refugiados que, al calor de la anarquía política, provocaron graves desórdenes y, en ocasiones, llegaron a situarse al frente de la ciudad.

Estas ciudades ejercieron una influencia decisiva sobre la evolución de la vida rural. En tiempo de los califas abasidas, se mantuvo el tipo de economía nómada o seminómada tanto en las mesetas y desiertos (camellos en Arabia, caballos en el Fars y las mesetas de Iraq) como en los valles de Mesopotamia (camellos, bueyes y búfalos). Pero esta economía pastoril encontró la oposición de los campesinos sedentarios que, cada vez más, se dedicaban a cultivos de carácter especulativo para el aprovisionamiento

de las caravanas y de los mercados urbanos: agrios, frutas, caña de azúcar, arroz y papiro. Esta explotación intensiva del suelo estaba en poder de una numerosa mano de obra servil, especialmente de origen africano. Requería grandes trabajos de irrigación para conservar la riqueza del suelo de las tierras bajas. Estas obras, inspiradas en las de los agricultores persas de la época de los sasánidas, se extendieron entonces por los vastos territorios de Mesopotamia, por las mesetas del sur del Irán y por las llanuras de Palestina y Siria. Así surgieron las grandes galerías subterráneas —*qanat*—, de una longitud de hasta 30 o 40 km, entrecruzadas a más de 100 m de profundidad, que fueron construidas por artesanos persas especializados, los *moqani*. Estas galerías eran conocidas en todo el mundo musulmán, hasta el Magreb, con el nombre de «trabajos de los persas».

Otra consecuencia de la actividad de las ciudades fue el empeoramiento de la condición campesina a causa del progreso de la gran propiedad mercantil y el endeudamiento del pueblo llano, con la consecuente multiplicación del número de esclavos.

LA FILOSOFÍA, LA CIENCIA Y EL ARTE

Problemas y características de conjunto

También en este ámbito, la originalidad de la civilización musulmana residió en la forma en que escritores, filósofos o artistas utilizaron los diversos legados de los antiguos imperios, las aportaciones de los países vecinos y las particularidades o tradiciones

de cada región, interpretándolos según una fe y una sensibilidad propias.

Los filósofos se inspiraron en las obras de Aristóteles y de los neoplatónicos. Los tratados griegos de ciencias naturales, astronomía, matemáticas o medicina habían sido difundidos, en el Oriente musulmán, por los cristianos nestorianos establecidos en Siria o Mesopotamia. Gracias a los nestorianos, en la academia de Jundishapur (al suroeste de Irán), fundada bajo el reinado de los sasánidas, se impartieron siempre las enseñanzas de los médicos de la Antigüedad. Los observatorios astronómicos de Bagdad continuaron directamente la labor de los de los reyes persas y del de la India, del cual los musulmanes aprendieron el uso del cero y un sistema de numeración más simple que nos transmitieron con el nombre de cifras arábigas. Sin embargo, con frecuencia se ha exagerado la importancia de las innovaciones, incluso por lo que se refiere al arte. En muchos aspectos, la mezquita, y en especial la de los primeros tiempos del islam, se inscribía perfectamente en la larga tradición de los templos de Oriente, tanto cristianos o judíos como paganos. Ciertas estructuras arquitectónicas de la gran mezquita de Damasco, que posteriormente fueron imponiéndose en todos los países del islam y se mantuvieron durante siglos, se rigieron por las del antiguo templo consagrado sucesivamente al dios sirio Haddad, al Júpiter romano y a san Juan Bautista. En conjunto, la mezquita tomó de nuevo los elementos propios de la basílica cristiana siríaca (con atrio): naves paralelas en sentido longitudinal y una nave transversal a modo de crucero, punto éste que quedaba cubierto por una cúpula. No hay duda de que los primeros minaretes, de base cuadrada, se inspiraron en los campanarios sirios. En tiempo de los abasidas, mezquitas y palacios adoptaron ya el *iwan*, pórtico rectangular cubierto por una alta bóveda, inspirada en las tradiciones iranias y en el palacio de los reyes sasánidas de Ctesifón; este *iwan* pasó a

ser uno de los elementos más característicos de arte musulmán de Oriente.

Resulta abusivo, y con frecuencia erróneo, afirmar el carácter abstracto, geométrico, de la decoración musulmana y el rechazo que ésta hizo de la imaginería. Los palacios de caza de los califas omeyas, así como los de Samarra, construidos con anterioridad al año 900, estaban adornados con grandes frescos o con relieves de estucos coloreados representando escenas en las que intervenía gran número de personajes o de animales: deportes y guerras, escenas de caza o de baño. Esta tradición se mantuvo por mucho tiempo en la ornamentación de objetos industriales: cerámicas, marfil o madera esculpida. Sin embargo, en este tipo de decoración, las imágenes o relatos ilustrados no se referían casi nunca a temas religiosos. Contrariamente al Testamento cristiano, el Corán «prohíbe la ilustración» (G. Marçais). Hay que señalar que la condena de la imagen, cuyo fundamento hay que buscarlo más en ciertos *haddîth* de la tradición que en el Corán, data de fecha posterior; esta norma, seguida rigurosamente en Occidente, quedó sin efecto durante mucho tiempo en Oriente: éste fue el caso de Persia, por ejemplo. De hecho, en estas provincias musulmanas de Asia, el artista se mantenía fiel a las antiguas tradiciones ornamentales, a cierta preferencia por la imagen pintada sobre la esculpida. La estatuaria prácticamente había desaparecido en Siria, e incluso en Egipto, con anterioridad al advenimiento del islam. Entonces los musulmanes condenaron las estatuas que podían recordar el culto a los ídolos y, en este sentido, la tradición recordaba que era especialmente necesario prohibir toda figura que proyectara su sombra.

La unidad de la civilización musulmana se afirmó por el uso generalizado del árabe, lengua oficial, impuesta a toda la administración del califato hacia el año 700 aproximadamente; era ésta una lengua científica, pero al mismo tiempo un maravilloso instrumento literario y artístico. En el seno de esta comunidad lingüística, sólo los iranios conservaron y reforzaron su propia originalidad; por lo que se refiere al género poético, épico o legendario, el persa o *pahlevi* prevaleció decididamente sobre la lengua árabe, reservada fundamentalmente a las obras de filosofía y teología. Este triunfante resurgir de la lengua irania, debido sin duda al deseo de exaltar los héroes del pasado, los mártires del chiismo o las hazañas de los caballeros conquistadores en Transoxiana o en la India, se afirmó en la corte de los príncipes sasánidas, donde Ferdusi (930-1020) escribió el célebre *Libro de los Reyes*; y, más tarde, en la de los ghaznavíes, situada más al este todavía. El triunfo de una lengua nacional, tan rica y viva, no al-

teró la unidad alcanzada por la civilización musulmana en el seno del Imperio abasida. Unidad que reforzó, precisamente, la manifiesta primacía de la cultura irania y su influencia en Bagdad y en el resto del Oriente musulmán.

Las obras

Los intentos por conciliar la nueva fe con el legado científico o filosófico de Grecia no fueron muy satisfactorios en la época de los abasidas. Los místicos exaltaban entonces la comunión directa con Dios sin la ayuda del pensamiento, las virtudes y los méritos personales, los sacrificios y la pureza. Esta literatura religiosa procedía de un impulso sentimental.

Pero los filósofos, y sobre todo el más famoso de ellos, Avicena, turco o persa procedente de Transoxiana (980-1037), siguieron muy ligados a las formas de pensamiento y razonamiento de los maestros de la Antigüedad. Avicena, espíritu universal, preocupado por todas las ciencias, médico de renombre, «príncipe de los filósofos», parecía ser el heredero directo de Aristóteles, poco interesado en la ortodoxia religiosa y perfectamente liberado de toda limitación o formalismo. Además, todas las ciencias profanas, exactas, escaparon a las especulaciones teológicas y fundaron sus trabajos en la observación directa, el razonamiento lógico y la experiencia. Las matemáticas, ilustradas por al-Khwarizmi (780-850), que recibieron el nombre de *logaritmos*, los primeros elementos de álgebra, la astronomía, se liberaron de las antiguas supersticiones y del pesado aparato formal de la astrología oriental. En los observatorios, los sabios de Bagdad y Persia, ayudados por el astrolabio, estudiaban el movimiento de los astros y medían la circunferencia de la Tierra. Por último, en los hospitales de las aldeas y las ciudades, los médicos multiplicaban sus intervenciones quirúrgicas.

A las disertaciones de geografía erudita, al estilo de Tolomeo, se sumaron las explicaciones de los viajeros sobre las zonas más remotas de Asia, todas ellas repletas de observaciones originales sobre el clima, la economía, las costumbres y las sociedades exóticas. El eclecticismo, la curiosidad y el deseo del realismo más preciso caracterizaron algunas de las novelas de costumbres, las biografías de los califas, las memorias de los cortesanos o las historias de las provincias (por ejemplo, *Las Praderas de Oro* de Mas'oudi, aparecida hacia el año 950). Por otra parte, se mantuvieron vivas tanto las

tradiciones populares árabes como las de las gestos helenísticas: poemas de amor, poemas épicos, novelas de caballería…, que cantaban las hazañas de los guerreros legendarios.

Los artistas musulmanes, para la construcción de palacios y mezquitas, recuperaron muy pronto el gusto por el lujo y las decoraciones suntuosas heredadas de los monumentos romanos, bizantinos o sasánidas. El arte omeya se consolidó en los castillos de los califas de Damasco construidos entre 720 y 750 (Qasr-al-Hayr, Mchatta) donde los vestíbulos y cuartos de baño, así como los frescos debieron mucho a los recuerdos helenísticos preservados todavía en el primer arte bizantino. Las primeras grandes mezquitas, que mostraban en todas partes el progreso de la conquista y el triunfo del islam, respondían a esas mismas tendencias: recordemos las de Rocher (690) y Al-Aqsa (705) en Jerusalén, la gran mezquita de Damasco (705), la construida por ’Alr, conquistador de Egipto, en Fustat (643) o la de Kairuán, comenzada por Aqba en el año 670. El período abasida señaló el triunfo de la influencia persa, que prevaleció sobre la de Siria y Bizancio. Así, por ejemplo, en los grandes palacios principescos o reales de Bagdad y Samarra, en las mezquitas de las dos ciudades, construidas, según el estilo iranio, con muros de ladrillos, macizos pilares que soportaban el peso de grandes arcos y minaretes cilíndricos situados en lo alto de una rampa helicoidal. Las decoraciones vegetales de los estucos coloreados, se substituyeron entonces por mosaicos decorados con paisajes o por escenas historiadas labradas en los ladrillos de las paredes a la manera de las existentes en los castillos sirios.

Bibliografía: Obras de H. Massé, M. Godefroy-Demombynes y L. Dermenghem, citadas *supra*, cap. xviii. Cl. Cahen, «Essor et crises du Proche-Orient», en *Histoire générale des Civilisations*, t. iii (Presses Universitaires de France), 1955, páginas 183-187.

Textos y documentos: R. Blachère, *Le Coran*, París, 1966. G. Marçais, *L’art de l’Islam*, 1946. R. Ettinghausen, *La peinture arabe* (col. Skira), 1962. *Civilisation musul-*

mane (dossier 55.05, Doc. française).

Capítulo XXIV

Los reinos musulmanes del norte de África

Mapa XV, frente a pág. 368.

Los pueblos del Mogreb, que con frecuencia habían opuesto una encarnizada resistencia a la conquista árabe, manifestaron muy pronto un claro espíritu de independencia y se agruparon en reinos independientes y hostiles al de Bagdad. Rechazaron la ortodoxia sunnita y adoptaron las herejías jariyita o chiita. Fue el momento en que los bereberes siguieron, en contra de Bagdad, a los jefes heréticos, a los príncipes alidas procedentes de Oriente. Los fatimitas, originarios de Kairuán, proclamándose descendientes de Alí, invadieron Egipto sin dificultad, fundaron El Cairo y, con él, un gran imperio, rival del califato abasida.

Con posterioridad al año 1000, fueron consolidándose, en Marruecos primero y luego hasta Argel, nuevos imperios bereberes, incluyendo España entre sus dominios, que mostraban frente al islam de Oriente una clara originalidad.

LOS REINOS BEREBERES

La constitución étnica y religiosa del Mogreb presentaba, incluso un siglo después de la conquista, una complejidad desconcertante. La implantación y la colonización árabes se sustentaron sobre importantes contingentes militares, los *djound*, cada uno de los cuales conservaba el recuerdo de su país de origen y el orgullo de su clan. Esta dominación oriental se ejercía sobre todo a partir de Kairuán, plaza militar erigida contra los bereberes hostiles y refugiados en las montañas, base de ataque contra los cristianos de Europa y, al mismo tiempo, capital religiosa, ciudadela de la ortodoxia en un país conquistado, poco asimilado al islam y tentado por todas las herejías. Ciudad de doctores y sabios vinculados directamente a la defensa y propagación de la fe, Kairuán fue el principal núcleo de expansión del islam y de la lengua árabe entre los bereberes.

Más tarde, junto con los príncipes exiliados, llegaron numerosos persas que, administradores o mercaderes, se establecieron en las zonas rurales. Pero resulta difícil valorar el progreso de la arabización fuera de las ciudades.

En todo caso esta colonización árabe tenía que permitir, a la fuerza, la subsistencia de importantes comunidades de no conversos o de pueblos todavía poco asimilados al islamismo. Los textos se refieren con frecuencia, incluso después de la conquista, a los *rum* —griegos—, descendientes de funcionarios u oficiales bizantinos, establecidos antaño en las fortalezas imperiales; mantuvieron por largo tiempo su originalidad étnica, lingüística y religiosa y el proceso de asimilación de las poblaciones bereberes islamizadas fue muy lento. De igual forma, los latinos de África, a los que los viajeros y cronistas se refieren con el nombre de *afariq* —africanos—, formaron siempre sólidas comunidades, prácticamente autónomas, en las regiones alejadas de los centros de arabización. Así, especialmente en el sur de Túnez, en Djerid, en Tozeur y las ciudades del Nefzawa, y en Tripolitania, lugar en el que perduraron por más tiempo la lengua romana y la religión cristiana. Por otra parte, los emires de Kairuán y, luego, los soberanos bereberes, atrajeron a los cristianos hacia sus capitales, estableciéndolos cerca de sus palacios y permitiéndoles tener su propio clero y sus iglesias. Por último, se confiaron a esclavos cristianos libertos, clientes o protegidos, importantes cargos administrativos, e incluso poderes militares; con frecuencia, ellos dirigieron los grandes trabajos de construcción de fortalezas o mezquitas.

De este modo, tomó cuerpo en la parte oriental del Mogreb, en *Ifriqiya*, una civilización de carácter absolutamente original, inspirada a la vez en las tradiciones orientales aportadas por los árabes y en los ejemplos del arte romano y bizantino indígenas. Esta civilización conoció una época de brillante esplendor bajo la dinastía de los aglavíes, emires de Kairuán que, hacia el año 800 aproximadamente, se liberaron prácticamente del califa de Bagdad. La gran mezquita de Kairuán, completamente demolida, fue reconstruida a partir de 836, y posteriormente engrandecida por dos veces. Los emires, como era corriente entonces en todos los países islámicos, construyeron espléndidas ciudades principescas y fastuosas residencias; situadas en las proximidades de Kairuán, quedaron al amparo de las sublevaciones populares, de la hostilidad de los doctores de la mezquita y de los asaltos de la milicia urbana. Este fue el caso, a partir de 801, de Al-Abbasiya (*la ciudad de los abasidas*), en el norte, centro de almacenaje de armas y víveres, protegido por guardianes negros y libertos; se enriqueció, y pasó a ser una gran ciudad dominada por los palacios y vitalizada por los mercados. En 876, se comenzó la construcción de Raqqâda, ciudad caracterizada por su poderoso cinturón fortificado de diez kilómetros de longitud y por los palacios construidos en torno a un gran estanque. Los procedimientos arquitectónicos, propios de los monumentos de Kairuán y de las cercanas ciudades principescas, atestiguan la influencia de Siria (los minaretes cuadrados, por ejemplo), de Bagdad y, posteriormente, de Samarra. Pero el empleo del mosaico, así como de temas geométricos y florales en la decoración, permite, asimismo, considerar este complejo arte «como la prolongación del arte cristiano» (G. Marçais).

Las comunidades bereberes jariyitas e ibaditas

La ocupación árabe no consiguió erradicar la profunda originalidad de los bereberes ni su espíritu de independencia. Aunque debilitadas y dispersadas en pequeños grupos a causa de los éxodos o de las deportaciones, las tribus y las antiguas confederaciones bereberes, militarmente sometidas, rechazaron siempre la dominación árabe y, en especial, la asimilación. Tribus enteras que habían vivido al margen del cristianismo y de la influencia bizantina siguieron siendo paganas. Muchas otras conservaron la religión judía. Al parecer, el proselitismo israelita había hecho, durante la ocupación griega, grandes progresos en las zonas rurales y montañosas del Mogreb. Judía habría sido la legendaria heroína Kahina, que tuvo en jaque largo tiempo a los ejércitos árabes en las montañas del Aures. Las comunidades israelitas resistieron con frecuencia a los esfuerzos del islam y se reagruparon rápidamente en las ciudades, donde formaron sólidos núcleos de artesanos y pequeños comerciantes. La nueva ciudad de Fez atrajo a una fuerte comunidad de judíos, provenientes en su mayoría de España; en esta misma época, Kairuán era también un poderoso núcleo israelita; más adelante, bajo los fatimíes, los judíos del Mogreb mantuvieron estrechas relaciones con las comunidades israelitas de Oriente y de Italia.

Aun después de su conversión al islam, los bereberes manifestaron siempre un fuerte particularismo étnico y religioso. Los abusos de ciertos gobernantes, el peso excesivo que suponía la administración de Kairuán y la recaudación de impuestos especiales que pesaban sobre los indígenas, a pesar de haberse convertido, provocaron un vivo descontento. En el año 740, los bereberes sublevados se apoderaron de Tánger y consiguieron derrotar varias veces a los ejércitos musulmanes, obligándolos a cruzar el estrecho; en España se encontraron con que otras tribus bereberes dominaban importantes provincias.

Algunas tribus, y en particular las del oeste, adoptaron el islam de forma muy superficial e indefinida; se mantuvieron liga-

das a sus antiguas prácticas religiosas y a sus cultos locales. Así, por ejemplo, en la costa meridional de Marruecos, donde los barghawata rehusaban el Corán en lengua árabe, o en el Rif, la poderosa tribu de los ghumara.

Por el contrario, los verdaderos conversos practicaban la doctrina más severa e intransigente: jariyismo y chiismo. Varios jefes orientales, huyendo de las persecuciones de los abasidas o de los oficiales africanos, reclutaron fuertes contingentes entre esos disidentes y pronto se convirtieron en máximos dirigentes de principados independientes.

Los primeros grupos de ibaditas, poderosa secta de jariyitas, surgieron en Cirenaica y en Tripolitania (especialmente en Djebel Nefusa). Su segundo *imán* conquistó Ifriqiya y se apoderó también de Kairuán (desde 758 hasta 761). Abd-er-Rahman-ben-Rostem, gobernador de Kairuán, era un noble procedente de Persia, que logró reunir a la comunidad ibadita de los zenata del Mogreb central y, hacia 767 aproximadamente, fundó la ciudad de Tahert (cerca de la Tiaret actual). Durante ciento cincuenta años (hasta 908), ésta fue una ciudad santa, capital del poderoso imperio *rostemida*, una especie de república colectiva en la cual el jefe —el *imán*— exigía una ejemplar pureza de costumbres; da testimonio de ello la extrema simplicidad de los monumentos religiosos, sin ninguna decoración. El *imán* también parecía llevar una vida austera, sin fastuosidad alguna, y para demostrarlo, después de las comidas colectivas, distribuía entre los pobres su alimento de cada día. Tahert, ciudad de Dios, centro de estudios religiosos y filosóficos, rica en bibliotecas y observatorios, estaba protegida por una sólida muralla, dominada por la imponente masa de la Qasba y regada por abundantes fuentes e inmensas albercas; en tomo a ella había granjas, castillos y amplios jardines. Además, al estar situada en los confines de las altas mesetas esteparias y del Tell, fue también un mercado próspero al que afluían los nómadas.

Sin embargo, la religión jariyita, tan sólidamente implantada entre las masas bereberes, y la autoridad moral de los rostemidas de Tahert, ejercida ahora sobre todo el Mogreb, sufrieron, en torno a 780, los ataques de una reconquista espiritual llevada a cabo, en beneficio del chiismo, por los alidas que habían huido de las matanzas de Oriente. El más famoso de esos parientes de Alí, Idris, se había refugiado en el seno de una tribu bereber. Muy pronto se vio al frente de una gran confederación en el norte de Marruecos y atacó a las vecinas tribus cristianas, judías o paganas. Habiendo establecido su capital en la ciudad bereber de Walili (la antigua Volubilis), extendió sus dominios hasta apoderarse de Tremecén en 789. La tradición atribuía la fundación de Fez a su hijo Idris II, en 807 u 809; pero en Fez se acuñaban monedas desde 801. En todo caso, la nueva capital, situada cerca de los campos de trigo, de montañas cubiertas de bosque y de canteras de piedras calcáreas, se enriqueció muy pronto y se vio rodeada de jardines. Acogió a los refugiados: en el año 814, trescientas familias andaluzas expulsadas de Córdoba, y diez años más tarde, otras tantas procedentes de Kairuán. Fez era en realidad una ciudad doble, formada por dos barrios independientes, rodeados de murallas y con su propia mezquita cada uno de ellos, separados por un valle: esta particular estructura favoreció el que la ciudad se viera agitada continuamente por la rivalidad de las tribus, pero al mismo tiempo colaboró a la fusión entre árabes y bereberes: era una plaza fuerte, un gran mercado y un centro de apostolado. Muy influida por las tradiciones de Oriente o Ifriqiya, ayudó al progreso de la lengua y la civilización árabes en las tierras del oeste.

En esta misma época, o quizás un poco después, otros príncipes alidas, menos poderosos e influyentes, se instalaron también en las llanuras del Mogreb central, en la Mitidja, en el valle del Chelif. Allí no fundaron grandes ciudades sino aldeas mercantiles,

zocos, centros de intercambio, puntos de apoyo para la difusión del chiismo oriental, y, por otra parte, rechazaron el ibadismo, forzando a sus fieles a dirigirse hacia el sur o hacia las montañas.

Más tarde todavía, la conquista chiita consiguió triunfar de forma absoluta y los fatimíes, procedentes también de Oriente, dominaron a los pueblos bereberes. Hacia el año 880, otro alida, descendiente de Mahoma por su parentesco con Fátima, huyó de Asia y reclutó sus partidarios entre las tribus bereberes de Cabilla, especialmente en la confederación de los kutama. Este fue conocido por el nombre de «el *imán* oculto» —*mahdi*—, guía y maestro de creyentes. Expulsó al gobernador y a los emires aglabíes, todavía fieles a Bagdad, y en 908 se estableció en Kairuán. Sus sucesores, los califas fatimíes, se rodearon de un lujo propiamente oriental, usaban corona y se resguardaban bajo un parasol adornado con pedrería. Para afirmar su prestigio y dar muestras del esplendor de la nueva dinastía, construyeron otra capital: Mansuriya, ciudad de conquistadores, enriquecida por los elementos ornamentales tomados de Kairuán y por el tráfico lejano de caravanas.

Estos progresos suscitaron una fuerte oposición por parte de las comunidades jariyitas, cercadas y perseguidas por las tropas de los califas fatimíes y de sus aliados, los cabilas. Tahert se hundió con la conquista de los fatimíes en 908. De ahí el éxodo de los jariyitas hacia el sur; éstos se refugiaron en la isla de Djerba, en los aislados valles del Djebel Nefusa y en Sedrata, cerca de Uargla, donde fundaron su primera capital saharau. Sin embargo, en las montañas las tribus siguieron mostrándose violentamente hostiles. En 944, respondieron a la llamada de un agitador, Abu-Yazid, «el hombre del asno», nuevo profeta que predicaba la guerra santa. La sublevación, iniciada en un momento clave para Kairuán, dio testimonio, después de tres largos años de luchas encarnizadas, de las profundas divisiones del Mogreb. De hecho la dominación fatimí sólo se ejerció sobre los pueblos bereberes de la parte oriental; e incluso en esta zona, los pueblos de las montañas del Aures les fueron inaccesibles. Esta ocupación militar, con frecuencia artificial, tenía sus puntos de apoyo en las fortalezas construidas en los países hostiles. Aunque Mansuriya, ciudad principesca, rebosaba un lujo incluso provocador para deslumbrar a las poblaciones sometidas, la verdadera capital de los fatimíes, Mahdiya, situada en la costa este, no era más que un baluarte cuyos puerto y arsenales estaban rodeados por fuertes murallas. Desde Madhiya y las restantes fortalezas próximas a la costa, los fatimíes alcanzaron sus incursiones contra los Estados cristianos del Mediterráneo y dieron su apoyo a los emires de Palermo. En resumen, esta dominación, que fue impuesta y mantenida a lo largo de un siglo, no significa más que una

etapa de la historia del Mogreb. Además, para los fatimíes, su instalación en tierras bereberes constituía esencialmente una sólida base de ataque contra Egipto.

Los reinos independientes del Mogreb central

Dueños de Egipto y califas de El Cairo (cf. *infra*, pág. 382), los fatimíes dejaron el gobierno de Ifriqiya a sus vasallos, los príncipes *ziríes* de las tribus bereberes. Sanhaja, hijo de Ziri, que, en 935, fundó Achir, capital encaramada en los flancos de los montes de Titteri, consiguió rechazar, en 945, los asaltos de los jariyitas contra Madhiya, salvando así la dinastía fatimí. Fieles aliados por mucho tiempo, los emires ziríes de Kairuán enviaron regularmente tributos y tropas a Egipto. Pero en 1049 se reconciliaron con Bagdad y rompieron su alianza con sus antiguos dominadores y con las doctrinas chiitas. Otra ramificación, de los Beni Hammad, se consolidó en el centro del Mogreb, proclamándose vasalla de El Cairo, pero reuniendo al mismo tiempo un fuerte reino en torno a su capital y ciudadela, la Qal'a de los Beni Hammad, levantada al abrigo de una de las cimas del Hodna, hacia 1010 aproximadamente.

Estos reinos bereberes del centro, así como sus capitales y sus cortes principescas, o su prosperidad económica, estuvieron durante mucho tiempo mal estudiadas y, en algunos casos, prácticamente ignoradas. Los recientes trabajos de los historiadores y arqueólogos franceses G. Marçais, R. Idris y L. Golvin, subrayan la originalidad y esplendor de esta civilización bereber prácticamente liberada de toda dominación extranjera. Parece cierto que, al principio, tanto Achir como Qal'a fueron simples baluartes, puestos militares o ciudades refugio, protegidas por imponentes murallas. De tosca arquitectura, sus palacios sólo eran accesibles a través de laberínticos pasillos protegidos por puertas

avanzadas. En su interior se abrían a estanques y patios secretos. Esa tosquedad caracterizaba también los elementos ornamentales, de aire provinciano y sin gran riqueza de inspiración. Sin embargo, las dos ciudades tuvieron una brillante vida cortesana, de fastuosidad excepcional, en la que se desplegaba un lujo inaudito con ocasión de los desfiles y recepción de embajadores. Por lo demás, llegaron a ser grandes mercados cosmopolitas, acogiendo, asimismo, a estudiantes y artistas de toda el África musulmana. En cualquier caso, tanto el gran palacio de Ziri, construido en Achir alrededor de 947, como la mezquita de Qal'a, edificada un siglo más tarde y decorada por los mejores artesanos de Kairuán, dan muestra de una verdadera originalidad. Así pues, estos reinos bereberes fueron capaces de mantener cierta prosperidad y unidad política en países intensamente divididos, contribuyendo con ello a difundir la civilización de Kairuán y la lengua y costumbres árabes en esas altiplanicies, hasta entonces refractarias a una tal penetración.

Incluso cuando, más tarde, la paz bereber entró en crisis, Bugía, capital de un último reino zirida, preservó esta tradición y este auge. Para los árabes de Sicilia, Bugía fue, en torno a 1080, la única gran ciudad bereber. En ella se inspiraron los artistas que construyeron los espléndidos monumentos de Palermo para el rey Roger, prolongando con ello en tierra cristiana una herencia africana en trance de desaparación.

En efecto, incapaces de reconquistar el Mogreb, los califas de Egipto lanzaron contra los bereberes las bandas nómadas de hilalianos, saqueadores árabes que, establecidos entonces en el alto Egipto, asolaban continuamente las tierras y ciudades del valle y delta del Nilo. A partir de 1060 aproximadamente, estos beduinos aterrorizaron las llanuras de Ifriqiya y, más adelante, del Mogreb central, destruyendo cosechas y ciudades, desvalijando a los viajeros, asolándolo todo a su paso. Minado ya por las querellas internas, las revoluciones y las crisis económicas o financieras, el Estado zirí de Kairuán sucumbió entonces, yéndose a refugiar sus príncipes a Madhiya. Qal'a, en cambio, resistió durante largo tiempo y, siendo ciudad fortificada, incluso se enriqueció con el aflujo de refugiados. Sin embargo, al establecerse, en 1088, los hammanidas

en Bugía, la nueva capital provocó la decadencia de la antigua. De esta forma, las dos dinastías bereberes, primitivamente circunscritas a las montañas, sólo pudieron subsistir en estrechos reinos adosados a las cadenas costeras, aislados del resto de África y muy pronto expuestos a las empresas cada vez más audaces de la reconquista cristiana.

La invasión hilaliana agudizó asimismo la quiebra económica del Mogreb central, sensible ya en los últimos tiempos de los príncipes ziríes: arruinó aún más las rutas tradicionales del comercio local y alejó los itinerarios de las caravanas hacia los confines de la Berbería, hacia Túnez o las ciudades marroquíes. Al mismo tiempo, al extender la anarquía y la inseguridad, acentuó la desmembración del país. Para asegurar su protección, las ciudades se pusieron entonces en manos de jefes de bandas, capitanes aventureros que fundaron nuevas dinastías, efímeras en su mayoría. El odio a los fatimíes y al chiismo, por último, influyó decisivamente en favorecer, frente a los orientales, una nueva dominación, procedente del oeste esta vez, la de los bereberes del sur de Marruecos, abanderados de la ortodoxia. Estas invasiones dieron un giro esencial a la historia del África musulmana.

LOS GRANDES IMPERIOS BEREBERES DEL OESTE

Los almorávides

Al parecer, esta oleada occidental, dirigida no por una familia principesca sino por una auténtica casta militar, tuvo sus orígenes en un lejano convento fortificado. Para defender el país contra las incursiones cristianas, los musulmanes habían establecido en la costa oriental de Ifriqiya numerosos monasterios fortificados, *ribat*, en Monastir (796), por ejemplo, o en Susa (821), ciudades ambas que conservaron durante largo tiempo el carácter a la vez militar y sagrado de las ciudadelas musulmanas. Posteriormente, los *ribat* se multiplicaron, escalonándose a lo largo de toda la costa, desde Tripolitania hasta Marruecos, para prevenir los brutales ataques marítimos de los españoles e italianos, o,

más al oeste, de los normandos. Los *ribat* daban la señal de alarma y servían también para transmitir noticias y órdenes de los califas (de Alejandría a Ceuta en una noche, se decía).

Obviamente inspirados en los antiguos fuertes bizantinos, los *ribat* eran sólidos reductos fortificados, rodeados por una elevada muralla cuadrangular reforzada por torres redondeadas en los ángulos. Una única puerta conducía a un patio central al que daban austeras celdas y una sala para orar, con un *mihrab*, cubierta por una cúpula. Allí se refugiaban los pobladores del contorno en caso de peligro. Fundaciones piadosas, los *ribat* estaban servidos por voluntarios, los combatientes o mártires de la fe —los *marabut*—, cambiándose la guarnición dos veces al año, con ocasión de las ferias celebradas durante las grandes festividades musulmanas.

Estos combatientes practicaban largos ejercicios religiosos, consistentes a menudo en interminables oraciones. Contribuyeron, asimismo, a la implantación del islamismo entre los pueblos paganos. Todo ello hizo que adquiriesen un intenso espíritu de cuerpo y una estricta disciplina espiritual y religiosa. Algunos autores, pues, piensan que los almorávides, guerreros conquistadores, eran originalmente los defensores de un *ribat* erigido en la costa mauritana frente a los negros fetichistas. Esta tesis, sin embargo, ha sido puesta recientemente en entredicho. En cualquier caso, estos combatientes del islam atacaron en primer lugar los reinos negros del sur, y sólo más tarde se dirigieron hacia el norte, ocupando las llanuras del Marruecos meridional. Allí fundaron, en 1062, Marrakech, su capital. Desplazándose a lomos de sus camellos saharianos, los almorávides, antes de emprender la conquista de la España islámica, sometieron en breve tiempo todo el Mogreb hasta Argel, como primera fase de la creación de un vasto imperio musulmán de Occidente.

La conquista almorávide del África bereber aparece como una verdadera guerra santa contra los herejes. Su jefe, Ibn Tachfin,

auténtico marabut abanderado de la ortodoxia, místico y valeroso a la vez, impuso un respeto estricto a la doctrina y, al menos en los primeros tiempos, una severa reforma de las costumbres. Los almorávides consiguieron someter a numerosas tribus de la costa occidental de Marruecos todavía independientes y escasamente asimiladas al islam, frecuentemente heréticas e incluso paganas.

MAPA XIV

El mundo musulmán (desde los orígenes del islam al año 1000, aproximadamente)



Pronto, sin embargo, este nuevo imperio sufriría los ataques de otros bereberes procedentes del sur de Marruecos, los almohades. Estos formaban una tribu sedentaria establecida en algunas aldeas de un valle del alto Atlas, aunque cada invierno descendían con sus rebaños hacia las llanuras. Al igual que la de los almorávides, también la invasión de los almohades tuvo el aspecto de una Cruzada. Su jefe, Ibn Toumart, había vivido largo tiempo en Oriente y, proclamado *mahdí* hacia 1122, condenó violentamente el excesivo refinamiento de las costumbres almorávides, la excesiva ornamentación de las mezquitas, el uso de instrumentos de música, los cantos profanos y el lujo en el vestir. Predicó, pues, una nueva reforma de las costumbres e hizo de Tinmal, aldea montañosa del Atlas, una especie de ciudad santa en la que se agruparon sus seguidores.

Uno de sus lugartenientes, Abd-al-Mumin, audaz guerrero y sagaz político, pronto obtendría grandes victorias frente a los almorávides (especialmente en 1145), fundando un extenso imperio. Bugía cayó en 1151 y Madhiya fue reconquistada a los normandos de Sicilia en 1160. Puede considerarse como una victoria decisiva de los sedentarios sobre los nómadas de las estepas. Por vez primera, el Mogreb formaba un solo Estado unificado, el más poderoso entonces de todo el islam. Los almohades enviaron embajadores a todas las ciudades. Dado su carácter sedentario, sometieron a las tribus árabes, imponiéndoles su ley e intentando al mismo tiempo fijarles un lugar de residencia (para poder elaborar un catastro) o bien dispersar a las tribus más agresivas. El Imperio bereber de los almohades, dominador también de la

España musulmana, se abrió al mundo exterior y al comercio marítimo. Los navíos cristianos de Italia o Provenza frecuentaban los puertos del Mogreb, Bugia y Túnez, que participaban así en el despertar del gran comercio internacional en Occidente.

Caracterizados por su estricta austeridad, los imperios almorávide y almohade abandonaron muy pronto esta peculiaridad. De hecho, ambos conocieron una brillante vida cortesana, una producción literaria y artística muy variada, enriquecida por las aportaciones españolas e incluso por los frecuentes contactos con el mundo de Kairuán. Fue entonces cuando las ciudades del Mogreb, particularmente las del este, construyeron sus más bellos monumentos. Primero se levantaron las grandes mezquitas de Argel, Tremecén, Nedroma y las importantes construcciones adicionales (como el nuevo *mihrab*) de la de Qarawiyu en Fez. Después, bajo el segundo Imperio, dos maravillas: la mezquita de Kutubiya en Marrakech (que, de hecho, son dos edificios construidos a poca distancia, pues el primero que se levantó parecía estar mal orientado), y la de Hassan en Rabat. Estas dos mezquitas se sirvieron de nuevo de los planos y las enseñanzas de los primeros santuarios almohades: Taza y Tinmal.

La civilización de los dos imperios

No hay duda que el Imperio almohade supone el apogeo de esta civilización hispano-morisca, tan brillante y tan característica de todo el islam occidental. Hacía tiempo que se habían establecido en África artistas andaluces; los estudiantes y viajeros del oeste frecuentaban las cortes de Kairuán y de los príncipes ziríes. Con lo cual, los dos Imperios, y en especial el de los almohades, acentuaron sus contactos y multiplicaron sus intercambios culturales: por una parte, el arco de herradura, las cúpulas de nervios, los capiteles esculpidos y la decoración vegetal procedentes de los monumentos omeyas españoles; por la otra, azulejos en los muros de los minaretes, voladizos, y complejos dibujos geométricos tomados de Kairuán. De esta forma, el arte almohade presentó una «especie de sincretismo artístico» (G. Marçais) que dio testimonio de la nueva unidad del Mogreb.

LOS ÚLTIMOS REINOS AFRICANOS DE LA EDAD MEDIA

No obstante, esta unidad se mantuvo solamente hasta el año 1230. Los califas almohades no habían podido asegurarse la fidelidad de las provincias ni tan sólo habían conseguido la perfecta asimilación de las tribus nómadas, árabes o bereberes. Algunas de éstas habían seguido viviendo en las fronteras del Imperio, lo que había significado una amenaza constante por la facilidad con que podían organizarse las *razzias* y sublevaciones. Los fracasos obtenidos en España frente a las armas cristianas, precipitaron la decadencia del Estado almohade. Poco a poco, el país fue cayendo en un estado de anarquía del que surgieron fundamentalmente tres reinos que, a grandes rasgos, correspondían a las divisiones, desde entonces tradicionales, del Mogreb. En el este, el reino de los hafcidas de Ifriqiya que, miembros de la familia almohade, se proclamaron califas en Túnez. En el centro, el reino fundado alrededor de Tremecén por los nómadas bereberes de Beni ’Abd-el-Wad. Al oeste, por último, el de Fez, conquistado violentamente por los merinidas del sur de Marruecos, enemigos tradicionales del califa.

La suerte de estos tres reinos berberiscos fue diversa. En cualquier caso, las bases de su poder eran frágiles: ya no se apoyaban sobre un vasto movimiento de renovación religiosa ni sobre la idea de una guerra santa que arrastrase a grandes confederaciones de tribus, sino sobre familias principescas de limitada clientela, familias que se desgastaron en luchas inciertas sin que ninguna de ellas pudiera imponer durante largo tiempo su autoridad sobre el conjunto del Mogreb. En torno a 1280 y prosiguiendo su avance hacia el oeste, los merinidas de Fez atacaron sin tregua Tremecén, asediándolo casi constantemente. Atrincherados frente a las murallas de la ciudad, erigieron una villa de nómadas —*Mansura*, la triunfante— fortificada con murallas de adobe y enriquecida con palacios y una gran mezquita. Tomada en 1337, Tremecén pasó a depender durante largo tiempo de los príncipes de Fez, cuyos ejércitos atacaron también las llanuras de Ifriqiya. Sin embargo, estos costosos éxitos fueron siempre precarios.

Por otra parte, los reinos del Mogreb tampoco pudieron evitar los ataques cristianos. La ayuda bélica que los merinidas proporcionaron a los soberanos de Granada fue comparada por algunos cronistas con las grandes expediciones hispánicas de los almorávides o los almohades; en realidad, en este caso fue muy débil y prácticamente inútil. En 1270, Luis IX podía desembarcar y atacar Túnez.

Cierto es que, desde el punto de vista económico, las ciudades comerciales conocieron durante este período un importante florecimiento. De Fez, Tremecén y Túnez partían grandes caravanas hacia los países negros, a través del Sahara. Los mercaderes musulmanes conseguían allí productos de lujo que posteriormente venderían a los cristianos en los puertos comerciales: polvo de oro de Bambuk, condimentos y plantas aromáticas, plumas de avestruz, etc. Tremecén se convirtió en una de las grandes encrucijadas de África. Túnez exportaba trigo, pieles curtidas, coral de las grandes pesquerías de Marsacares (La Calle). Pero los musulmanes carecían en esta época de flotas; sus mercaderes esperaban el paso de navíos genoveses, florentinos, venecianos o catalanes, algunos de los cuales recalaban en todos los puertos existentes entre Ceuta y Túnez. De hecho, las relaciones entre el reino de Granada, el Mogreb y el Oriente musulmán se realizaban únicamente mediante estos navíos cristianos.

Estos Estados bereberes, por último, fueron debilitándose merced a los incesantes conflictos que enfrentaban a los pobladores de las ciudades con las tribus nómadas de las zonas rurales. Las ciudades se llenaron de hermosas mezquitas, frecuentemente inspiradas en la tradición almohade, y de numerosas *medersas* —escuelas de teología— que atestiguan el auge, bajo los merinidas especialmente, de las ciencias religiosas. Se rodearon, asimismo, de poderosas fortificaciones y construyeron amplios zocos para los mercaderes, así como grandes baños públicos y acueductos. Pero ello agudizó, a menudo de modo irreparable, la degradación del tradicional paisaje agrario, el de los vergeles y cultivos sedentarios. Por su parte, los avances de las tribus beduinas, más sensibles y violentos que antaño, acentuaron la difusión de formas populares de piedad inspiradas en el *sufismo* oriental: misticismo y culto de los héroes o de los *marabuts*. Asimismo, las tribus bereberes, rechazadas hacia las montañas no sólo en Marruecos sino también en Cabilia, el Uarsenis y el Aurés, se enfrentaron a la autoridad de los prínci-

pes. A menudo asediaron las ciudades, cuyos habitantes apenas osaban asomarse a las murallas, debiendo enterrar a los muertos con las armas en la mano; además, amenazaban los cultivos y asaltaban a los mercaderes en sus viajes.

Con ello se hizo más profundo, pues, el foso existente entre la ciudad y el campo, al tiempo que disminuyó el poder de los príncipes. De ahí que, en 1415, el Mogreb fuese incapaz de rechazar los ataques portugueses a Marruecos, o, más adelante, los de los turcos y españoles.

Bibliografía: G. MARÇAIS, *La Berbérie musulmane et l'Orient au Moyen Âge*, 1946. H. MASSÉ, *L'Islam* (col. A. Colin), 1948. H. TERRASSE, *Histoire du Maroc*, t. I, Casablanca, 1949, H. R. IDRIS, *La Berbérie occidentale sous les Zirides (XIe-XIIIe siècles)*, 2 vols., 1959. M. TALBI, *L'Emirat aghlabide (184/800-266/900). Histoire politique,* 1966.

Textos y documentos: G. MARÇAIS, *Architecture musulmane d'Occident*, 1954. H. TERRASSE, *L'Art hispano-mauresque, des origines au XIIIe siècle,* 1932. G. MARÇAIS, *L'Art musulman*, 1946. L. GOLVIN, *Le Magrib central à l'époque des zirides* (Arts et métiers graphiques), 1957.

Capítulo XXV

El islam occidental.
Los musulmanes en España

Mapa IX, frente a pág. 208.

Para el historiador de las civilizaciones, la España musulmana presenta una profunda originalidad. Los árabes procedentes de Siria encontraron en la península ibérica un reino, el de los visigodos, en el que la herencia romana se entrecruzaba con las aportaciones de los bárbaros. Además, entre las filas del ejército conquistador había un buen número de bereberes del África occidental. A partir de 755, esta originalidad se vio agudizada por la ruptura entre Córdoba y Bagdad, así como por las constantes luchas contra los cristianos del norte y, en especial, por la pervivencia en el seno de la España musulmana de sólidas comunidades cristianas y judías. Para los árabes, España, más que un área de poblamiento, fue una tierra de explotación sobre la que a menudo se contentaron con ejercer una dominación política.

EVOLUCIÓN POLÍTICA. EL CALIFATO DE CÓRDOBA

Aunque completamente derrotados en la decisiva batalla de Guadalete (La Janda, 711), la resistencia visigoda se prolongó aún por espacio de varios años. Hasta 716 los jefes musulmanes tuvieron que organizar duras campañas por todo el país. Mérida sólo cayó después de un año de asedio, y también la conquista de las plazas fuertes del Ebro y del alto Aragón exigió larga lucha. No obstante, los ejércitos árabes cruzaron los Pirineos, asegurándose la dominación de una marca en la región de Carcasona y Narbona; asimismo, en rápidas incursiones alcanzaron el valle del Saona, la Borgoña (saqueo de Autun, en 726) y los países del Loira (derrota en Poitiers, en 732). Este proceso expansivo concluyó hacia el año 740, aproximadamente.

Ya desde los primeros tiempos de la conquista, la España musulmana sufrió graves discordias internas e incluso verdaderas guerras civiles en las que se enfrentaron los dos clanes que componían el ejército conquistador: árabes y bereberes, que ya en 711 iban bajo el mando de jefes distintos, Musa ben Nusair y Tarik. Los árabes conservaban todavía su estructura tribal o étnica. Se agrupaban siempre en dos partidos rivales, herederos de las antiguas querellas dinásticas de Oriente: el partido de los *modharitas*, dominado por las familias *koraichitas* descendientes del profeta, y el partido de los *yemenitas*, sólidamente establecidos en el Algarbe, en Toledo y en Levante, donde se reclutaron con gran rapidez altos mandos e incluso gobernadores. Por otra parte, previendo las querellas internas, los gobernadores asignaron a cada *djound*, o contingente militar, algunos distritos claramente determinados. Así, al *djound* de Damasco se le confió Elvira, a los de Emeso, Sevilla, al de Jordania, los alrededores de Málaga, al de Palestina, Sidonia y al de Egipto, Beja y Murcia. De este modo, aunque los árabes procedentes de Oriente no fueron muy

numerosos (alrededor de 20 000), su implantación provocó muy pronto un particularismo local o regional, generador de conflictos.

Los bereberes, mucho más numerosos —200 000 tal vez—, reclutados en el Rif por Tarik, se instalaron preferentemente en las montañas donde se dedicaron, al igual que hacían en África, al cuidado y explotación de los bosques. Así lo hicieron en las sierras de Ronda y de Málaga y más al norte, en la región de Mérida o en la Sierra de Guadarrama. El resultado fue el enfrentamiento entre dos Españas: una, árabe, situada en las llanuras de Andalucía y Levante, donde los orientales revitalizaron los cultivos de regadío de los hispanorromanos; y otra, bereber, establecida en las montañas y mesetas. Oposición acentuada por los distintos tipos de vida e incluso de vestimenta: uso del turbante (*imana*) africano en los países montañosos, y del alto sombrero oriental en Córdoba y Levante.

La anarquía política

La anarquía política —20 gobernadores se sucedieron en Córdoba entre el año 716 y el 780— favoreció, en España, las sublevaciones bereberes contra la dominación de los orientales. En 740, los árabes se vieron expulsados de todos los países situados al norte de la sierra de Guadarrama. Vencidos al año siguiente por los refuerzos que fueron enviados desde Siria al mando del general Balek, los bereberes continuaron sublevándose, a pesar de la violenta represión y de las persecuciones de todo tipo que sufrieron, manteniendo así una situación de guerra civil. Y no empezó a apaciguarse hasta que, después de desastrosas cosechas y de las terribles hambres de 751-753, tribus enteras volvieron a África. En la misma época, los nuevos contingentes árabes de Balek se instalaron en las llanuras del sur, reforzando así a los elementos típicamente orientales.

En 755, en la playa de Almuñécar, en la región de Granada, desembarcó el ejército de Abderramán, príncipe de la familia de los omeyas, escapado de Damasco a causa de las matanzas ordenadas por los abasidas. Durante cinco años había intentado, en vano, conseguir un reino en el Mogreb. Pero en España, apoyado por ciertos contingentes árabes, consiguió y aseguró su triunfo en la batalla de La Alameda. Entró solemnemente en Córdoba, donde tomó el título de *emir de los creyentes*, y proclamó de hecho la decisiva ruptura entre este Estado musulmán de Occidente, regido por una dinastía siria, y los nuevos califas de Bagdad, sometidos a la influencia de los emires y capitanes persas. La imposición de estos nuevos conquistadores fue difícil, a pesar del fuerte ejército de bereberes reclutado a su paso por África y de su imponente guardia negra. Durante más de un siglo todavía, España estuvo abandonada a la anarquía y a las luchas dinásticas. Los soberanos empezaron enfrentándose a las sublevaciones de los gobernadores de provincias —en 777, el de Zaragoza fue a Paderborn a implorar la intervención de Carlomagno—, a las primeras empresas victoriosas de los cristianos de Asturias y a las expediciones aventureras que contra la costa de Levante llevaban a cabo las flotas abasidas y sus aliados, con frecuencia capitanes de origen eslavo. En este mismo año, 777, un jefe tribal llamado *Al-Esclavi* atacó Murcia. Más tarde, los normandos lanzaron desastrosas incursiones contra las costas de Galicia y Portugal desde sus campos fortificados del estuario del Loira; en 845, remontaron el curso de los ríos Tajo y Guadalquivir y saquearon Sevilla.

En el interior se extendían las sublevaciones urbanas dirigidas por nobles y doctores del islam: Córdoba, Toledo y Mérida; en 814, en Córdoba, un motín iniciado en el barrio de los estudiantes y los teólogos, levantó tras sí a toda la población; la sangrienta represión realizada por las tropas del emir —los *mudos*, pues no hablaban ni el árabe ni la lengua romance— provocó una emigración masiva. Más de 8000 familias fueron a Marruecos y en Fez fundaron un barrio andaluz, autónomo por mucho tiempo y

opuesto al de los emigrantes procedentes de Kairuán. Cerca de 1500 familias marcharon a Egipto desde donde se lanzaron a la conquista de la Creta bizantina a partir de 826, año en que fueron expulsados de aquel país; desde entonces hasta 961, reinó en Creta una dinastía cuyo fundador era oriundo del Campo de Calatrava, en España. En resumen, puede decirse que entre el año 850 y el 852, la oposición de los cristianos, hasta entonces esporádica, alcanzó a todas las ciudades y adquirió una mayor dureza; provocó muchos mártires cuya ejecución despertó la resistencia de comunidades enteras, pese a la celebración de concilios, ordenados por el emir, en los que el partido de la conciliación intentaba en vano imponer sus puntos de vista.

Estos ataques y sublevaciones no empezaron a disminuir hasta el remado de Abderramán III (912-961), que se proclamó califa y redujo los últimos centros de rebelión (toma de Toledo en 932, después de dos años de asedio). Su prestigio, extendido por todo el Occidente musulmán, llegó incluso a eclipsar al del califa de Bagdad. La espléndida mezquita de Córdoba y la nueva capital de Medina Azahara, exaltaron el poder del reino, sin duda el más rico y brillante de todo el mundo occidental. Sus sucesores mantuvieron la paz, y cuando se planteó el problema del reinado de un monarca de dos años de edad, el poder pasó a manos de un jurista de origen yemenita, intendente de la familia real. Bajo el nombre de *Almanzor* —el *Victorioso*—, dirigió el Estado y los ejércitos, exigió que las actas de la cancillería se expendieran en su nombre y ejerció una verdadera dictadura sobre todo el territorio español. Vencedor de los cristianos en varias ocasiones, Almanzor condujo una incursión que llegó hasta Santiago de Compostela y allí destruyó el santuario. Su muerte, en 1002, dejó una España desunida y anunció el fin del califato omeya de Córdoba (1031).

LA CIVILIZACIÓN DEL CALIFATO DE CÓRDOBA

Los autores árabes hablaban entonces de España como de una joya, de la tierra más privilegiada de todo el islam. Los musulmanes, especialmente numerosos en Andalucía y en las llanuras del litoral, explotaron la herencia hispanorromana y las ventajas de las regulares relaciones mercantiles con los países de Oriente. Desde Lisboa a Valencia, a lo largo de toda la costa, se extendía una red de canales de riego. De la ocupación musulmana datan la terminología rural ligada a la *huerta*, a sus labores, la legislación del agua y las primeras instituciones de aldeas de hortelanos. También en esta época se inició el cultivo de nuevas plantas: arroz, caña de azúcar y palmeras. Durante mucho tiempo, los musulmanes consumieron igual cantidad de vino que los cristianos o los judíos, pero más adelante dejaron secar sus viñedos. La explotación de las minas, sobre todo las de hierro de Córdoba y Sevilla, las de plata cerca de Murcia y de Beja y las de mercurio de Almadén (*al-ma'dan* = la mina) no había sido tan activa desde el tiempo de los romanos. Pero las industrias de lujo, alentadas por la demanda de la corte de Córdoba y de los mercados cristianos del norte, prosperaron en todas las ciudades: telas de lino, tapices, lujosos vestidos, los brocados de seda con hilos de oro de Córdoba, cueros, pieles de castores y martas de Zaragoza, las joyas de Córdoba y Sevilla, las armas de Toledo o las cerámicas y la vidriería de Málaga o Calatayud. La ciudad de Játiva dio nombre a la industria del papel (*jatabi* = papel fino y satinado).

Andalucía fue también uno de los grandes centros culturales del islam, ilustrado por filósofos, juristas, médicos y astrónomos. En Córdoba, los califas compraron cantidad de manuscritos griegos y los hicieron traducir al árabe. Alrededor del año mil, se calculaba que su biblioteca contaba con más de 40 000 obras y que sólo el catálogo ocupaba 44 volúmenes. Sin embargo, Almanzor, inquieto por ese esplendor alcanzado por las ciencias profanas, y para conseguir el apoyo de los teólogos, hizo quemar todas las obras de filosofía que sus predecesores habían ido reuniendo. Este auto de fe indica una evolución comparable a la que estaba ya de manifiesto en Oriente: la ortodoxia intentaba limitar la vida intelectual, sometiéndola a un estricto control.

Desde el año 719, el gobernador omeya había fijado su residencia en Córdoba, que se transformó así en la capital política de la España musulmana. La ciudad creció y se enriqueció bajo el reinado de Abderramán I. En tiempo de Abderramán III, Córdoba, gran metrópoli occidental, maravillaba a los viajeros latinos y griegos que, con frecuencia, la comparaban a Constantinopla por el esplendor de sus letras, su filosofía y sus artes, por la belleza de sus monumentos, el lujo de sus palacios principescos y la animación de sus barrios mercantiles y de los suburbios artesanos. Se decía entonces que contaba con más de 500 000 habitantes, y un cronista entusiasta afirma que a su alrededor había más de 100 000 casas, 3000 mezquitas y 300 baños públicos. La ciudad, construida en la orilla derecha del Guadalquivir, debió su fortuna a los campos de trigo y a los olivares de los alrededores, así como a su gran puente de piedra. Esta gran calle acortaba el camino hasta los pasos de la Sierra en dirección a Toledo, atravesaba los zocos, instalados junto al río, y acortaba la distancia entre el palacio del califa y la mezquita que, en el corazón de la ciudad, afirmaban la gloria política y religiosa del islam.

Al principio, los musulmanes, como en Damasco, ocuparon solamente una parte de la Iglesia cristiana situada en este lugar; la sala de rezos pronto resultó pequeña para dar cabida a las masas que asistían a ella cada viernes. Sin embargo, durante mucho tiempo, se contentaron con construir naves anexas, de composición muy simple, sustentadas en pilares de madera. Abderramán I hizo construir la totalidad del antiguo edificio y, en 785, inició los trabajos de mayor envergadura que, debido a adiciones posteriores, no concluyeron hasta 990, en tiempo de Almanzor. Así pues, la gran mezquita, obra resultante de dos siglos de esfuerzos casi ininterrumpidos, siguió la fortuna de la ciudad. Con su elevada muralla, reforzada por poderosos contrafuertes, el gran patio interior, sus diecinueve naves paralelas y, sobre todo, la extraordinaria decoración de los azulejos del *mihrab*, esta mezquita sigue siendo uno de los monumentos más insignes del arte musulmán. También el palacio de Córdoba —el *alcázar*—, construido en el emplazamiento de la antigua residencia de los gobernadores visigodos, fue engrandecido y embellecido por todos los soberanos omeyas; pero de él sólo se conocen descripciones.

La ciudad se extendía mucho más allá del recinto fortificado. Los cronistas hablan de 21 arrabales en los que se apretujaban los talleres de alfareros y curtidores (la fama de los curtidos cordobeses está en la raíz del vocablo francés *cordonnier* = zapatero). A orillas del río se extendían jardines de recreo regados, como los de Damasco, por norias, así como palacios señoriales compuestos de pabellones dispersos alrededor de grandes estanques (*mumiat*). El prestigio del califa se reforzó con la construcción de nuevas ciudades residenciales y capitales administrativas que, cercanas a Córdoba y al mismo tiempo apartadas de los tumultos populares, ofrecían a los soberanos reposo y seguridad. Así, por ejemplo, Medina Azahara, en el oeste, construida bajo el reinado de Abderramán III. Ya en tiempo de Almanzor se construyó Alamiria, simple residencia de recreo. Medina Azahara, la más imponente y, en todo caso, la única de esas residencias principescas hoy conocida, se inició en el año 936. Poco después el califa se instaló allí, juntamente con su corte, transportó a esa nueva residencia los talleres de acuñación de moneda e incluso empezó a recibir en ella a los embajadores. Los trabajos de construcción requirieron 4 años de continuados esfuerzos, 10 000 obreros, 1000 mulos y 4000 camellos para los trabajos de acarreo; todo ello provocó, en el conjunto del islam occidental, una intensa búsqueda de materiales (de las 4000 columnas de mármol del palacio, 1000 provenían de Cartago) que, durante mucho tiempo, costaron a los califas un tercio de sus ingresos. Escalonada en las laderas de la sierra, la nueva ciudad estaba formada de hecho por tres ciudades distintas, situadas a diferentes niveles y rodeadas, cada una de ellas, por sus propias murallas: en la cima, el palacio del califa con sus baños, el harén y las dependencias administrativas; más abajo, los jardines y huertos, dotados de sus sistemas de irrigación, y, en la base, la gran mezquita con sus dependencias, los mercados y los cuarteles de los mercenarios.

La heterogeneidad del arte de la España musulmana durante esta época resulta, a menudo, desconcertante. Durante un largo período parece un arte de exiliados, el de los príncipes orientales que tal vez soñaban con establecer una nueva Siria. Abderramán I dio a su primer palacio, erigido al norte de Córdoba, el nombre de los famosos jardines de Damasco: ar-Rusafa. El *mihrab* de la gran mezquita de Córdoba no se orientó hacia el este, en dirección a La Meca, sino hacia el sur, como en Damasco. En la época en que la civilización abasida de Bagdad se desprendía de la herencia siria y recibía la influencia persa, los califas cordobeses permanecieron profundamente ligados a sus tradiciones familiares y al recuerdo de la capital siria.

En Córdoba, estos recuerdos sirios se encabalgaron con las tradiciones bizantinas. Las murallas de las ciudades andaluzas se inspiraron directamente en las de las ciudades griegas. En 965, el *basileus* bizantino envió al califa de Córdoba un artesano especializado en trabajar el mosaico, junto con 320 quintales de cubos policromados; este artesano adiestró a esclavos que muy pronto fueron maestros en su arte, creando nuevos temas y decorando la mezquita cordobesa, en particular, el *mihrab*.

Más frecuentemente, sin embargo, este arte omeya sufrió el influjo de las tradiciones, e incluso de los materiales y las técnicas, de la España romana o visigoda. Las comunidades no musulmanas conservaron intacto su vigor artístico y espiritual. Los judíos, muy numerosos en Granada y en Córdoba, preservaron, además de la libertad de su culto, su propia organización administrativa y judicial. Los cristianos sometidos a la dominación musulmana —los *mozárabes*— se agruparon en cada ciudad bajo la autoridad de un *conde defensor* o *protector* y del obispo; un juez —*censor*— seguía aplicando la antigua ley de los visigodos. Po-

seían, asimismo, varios monasterios en Córdoba y sus arrabales, así como, y especialmente, en Sevilla, que siguió siendo la capital cristiana de la península. Las escuelas de los monasterios mantuvieron, al menos durante los primeros tiempos, la tradición espiritual e intelectual de Isidoro de Sevilla, así como los contactos con la Europa cristiana. Así, por ejemplo, san Eulogio (muerto en 859) regresó de un viaje a Navarra y Francia no sólo con obras de san Agustín, sino también con libros de Virgilio, Juvenal y Horacio.

Numerosos artesanos judíos y cristianos, y también esclavos, proporcionaron el grueso de la mano de obra necesaria para la construcción de los grandes monumentos musulmanes, mientras que columnas y capiteles, de mármol o de pórfido, eran substraídos de los edificios romanos de Occidente o de los palacios e iglesias españoles construidos en tiempo de los visigodos. La apropiación de elementos arquitectónicos de los monumentos romanos es cosa evidente y conocida desde hace ya largo tiempo. En cambio, la relativa a las iglesias visigóticas había sido ignorada hasta hace poco, pese a ser de suma importancia: tal es el caso del arco de herradura.

A esta doble herencia bizantina y occidental, el arte musulmán de Córdoba uniría más adelante el gusto, de origen persa e iraquí, por la decoración estilizada, abstracta, a menudo de colores muy vivos y siempre de débil relieve (estucos o maderas cinceladas), decoración que recubría amplias superficies del edificio.

LOS «REINOS DE TAIFAS»

La desmembración política

La muerte de Almanzor sumió a España en una situación de anarquía en la que se generalizaron los enfrentamientos entre las familias principescas y las comunidades. En cada ciudad, un no-

ble o un jefe guerrero proclamó su independencia, erigiendo sólidas fortalezas, reclutando mercenarios, acuñando moneda y manteniendo una administración y una corte real. Ningún jefe ejercía autoridad sobre el conjunto del país. Estos pequeños reinos de *taifas*, de los que llegó a haber veintiséis, se enfrentaron en incesantes guerras fronterizas, situación que los cristianos del norte aprovecharon para convertir a algunos de ellos en tributarios suyos. Las crisis dinásticas y las querellas personales no fueron las causas únicas de esta desmembración política, sino también, y sobre todo, la oposición entre las diversas tribus o etnias. Los árabes procedentes de Oriente habían perdido su cohesión y Almanzor había asestado duros golpes a la organización tribal.

Las familias nobles descendientes de los conquistadores árabes de 711 dominaron reinos en el suroeste (Huelva y las ciudades próximas), en las fronteras del Tajo (Toledo), del Guadiana (Badajoz) y del Ebro (Tudela, Zaragoza, Lérida). La más poderosa de ellas, la de los Beni-Abbed, de origen yemení, reinaba en Sevilla y ejercía una especie de protectorado sobre los demás reinos andaluces. En Córdoba, la antigua capital que conservaba una próspera población de mercaderes, artesanos y doctores, gobernaba un Consejo de notables —la *aljama*— que reunía a los jefes de las grandes tribus.

Por su parte, los bereberes dominaban sólidamente las montañas del sur bajo el mando de sus propios capitanes (tal ocurría en Ronda, Carmona, Morón y Granada) o de príncipes árabes establecidos en África desde largo tiempo (Málaga, Algeciras, Ceuta).

Un último grupo lo constituían los reinos dominados por jefes militares que habían tenido a su mando tropas de esclavos, comprados en algunos casos antes de la conquista de España, en la Europa central, o, más tarde, sometidos en el curso de las incursiones a los países cristianos. Estos *mudos*, según denominación popular, o *sagalibas* o *eslavos*, según los cronistas, formaron pequeños reinos a lo largo de toda la costa oriental, dedicándose frecuentemente a la piratería: Almería, Denia, Valencia, Tortosa y Mallorca.

La civilización

Aunque dividida y militarmente debilitada, la España musulmana conservó la brillante tradición de la civilización cordobesa. Cada pequeño rey fue un culto mecenas, con frecuencia músico y artista él mismo, que se rodeó de poetas y filósofos y construyó hermosos palacios. Cuando los cruzados franceses se apoderaron de Basbastro, pequeña ciudad fortificada enclavada en un alto valle pirenaico, muy lejos de los grandes centros del islam ibérico, se encontraron con una riqueza sorprendente, haciéndose con un importante botín de joyas, sederías y objetos de arte de todo tipo. La caída de Almanzor había dado paso a una fuerte reacción contra el puritanismo y las limitaciones religiosas. Las ciencias, las letras, la filosofía, se desarrollaron en este período en medio de una atmósfera tolerante, a menudo profana, y en cualquier caso exentas de todo control. En este desarrollo incidieron todo tipo de influencias y en especial la de los mozárabes. También la mujer jugó un papel de primer orden, contrariamente a la reclusión a la que aún estaba sometida en los harenes orientales.

En todas las ciudades principescas (y especialmente en el palacio de la *Aljafería* de Zaragoza) triunfó la decoración minuciosa, floral o geométrica, frecuentemente inspirada en los arabescos orientales, más preciosistas aún que la de los últimos tiempos del califato. También fue la gran época de la poesía andaluza. Secretarios y embajadores, y también trovadores errantes de palacio en palacio, cantaban en árabe dialectal o en lengua romance, rodeados de pequeñas orquestas formadas por esclavas; a menudo mezclaban las dos lenguas, enriqueciéndolas, además, con aportaciones de otras. Los temas clásicos o religiosos estaban ausentes de esta delicada y original poesía popular andaluza. Más bien picaresca, y en cierto modo desengañada, hablaba del orgullo de las ciudades de España, de la nostalgia del campo y del tiempo pasado, de las penas y alegrías del amor.

La desmembración política y la brillantez de la vida cortesana características de la época de los reinos de taifas, se mantendrían hasta los últimos años del islam ibérico. Pero, en dos ocasiones, estos países musulmanes fueron sometidos a la ley de guerreros africanos que impusieron un poder fuerte y más centralizado y una mayor austeridad en las costumbres. Aunque poco duraderas y en muchos casos mal acogidas, estas ocupaciones extranjeras tuvieron como efecto preservar los lazos existentes con África.

A raíz de la reconquista de Toledo por los cristianos (1085), los reyes musulmanes enviaron varios embajadores al sultán de los almorávides, Yusuf Ibn Tashufin, en demanda de socorro. Sin embargo, ansiosos de preservar su independencia y de obtener garantías, los reyes pusieron tales condiciones que la misión fracasó: primer signo evidente del divorcio entre las dos naciones del islam occidental. Al año siguiente, no obstante, se llegó a un acuerdo y los ejércitos musulmanes obtenían, frente a Alfonso VI, la decisiva victoria de Sagrajas.

Pese a ello, la invasión almorávide no pudo hacer retroceder a los cristianos. El único resultado espectacular fue el hundimiento de los reinos de taifas (entre 1090 y 1103) y la unificación de la España musulmana bajo la autoridad de los sultanes bereberes.

Poco después, los progresos de la reconquista cristiana y, sobre todo, la oposición de los musulmanes de España, plasmada incluso en sublevaciones, permitieron a los diversos jefes recuperar sus respectivas ciudades. Se abría con ello un nuevo período de anarquía que duraría hasta la intervención armada de otros bereberes, los almohades, en 1147. Aunque a costa de grandes dificultades, éstos ocuparon, primero, Andalucía, y luego, en torno a 1170, las restantes provincias musulmanas. En 1212, la

victoria cristiana de Las Navas de Tolosa hizo zozobrar este segundo imperio africano.

Tanto los almorávides como, más tarde, los almohades, se presentaban al principio como abanderados del islam e, incluso, de la intolerancia religiosa, como celosos defensores de la ortodoxia y de cierta pureza de las costumbres. Los primeros soberanos se rodearon de una especie de estado mayor de teólogos y juristas, muy sensibles, estos últimos, a las enseñanzas del sufismo y de los místicos del islam. Su reinado supuso un claro endurecimiento contra la libertad religiosa hasta entonces concedida a los no musulmanes (lo que en parte explicaría, quizás, el avance de la reconquista cristiana). Hay quien sostiene que en esta época desaparece el «hecho mozárabe» (cristianos que habitaban en países musulmanes), como consecuencia de emigraciones masivas hacia el norte. Por otra parte, nuevas mezquitas y fortalezas señalaron la ocupación de ciudades por los soberanos bereberes: así, la célebre Torre del Oro en Sevilla, o la imponente Alcalá de Guadaira, a pocos kilómetros de la capital.

Esta intolerancia religiosa, así como el afán de someterlo todo al control de los doctores, no se prolongó más allá de los primeros tiempos de cada conquista. Pronto los almorávides acogieron a poetas y filósofos, dejándose ganar por esa misma civilización que aparentaban despreciar (G. Marçais). Pese a la ley, y aun contra ella, el liberalismo siguió presidiendo las costumbres, y Sevilla, por ejemplo, siguió siendo una ciudad lujosa y de placeres fáciles. Al igual que en Marruecos, el arte de los almohades dio en España muestras de indudable originalidad: porte monumental de las mezquitas y de los macizos minaretes cuadrados; dibujos más geométricos, simples y clásicos que antaño; predominio del equilibrio y la armonía sobre la saturación decorativa, etc.

LOS MUDEJARES Y EL REINO DE GRANADA

Reconstituidos a raíz del hundimiento del Imperio almohade, varios de los últimos reinos de taifas (los de Jerez, Niebla y Murcia) intentaron sobrevivir acatando la soberanía de los príncipes cristianos y pagándoles un tributo, como ya habían hecho anteriormente. Sin embargo, sólo el de Granada lo conseguiría.

Pequeños príncipes originarios de Arjona, plaza fuerte del alto Guadalquivir, los nazaritas, desposeídos de su reino por sus vecinos, se mostraron fieles aliados del rey de Castilla, a cuya

corte enviaban vasallos, regalos y dinero, así como mercenarios para sus ejércitos. Esta deliberada alianza les permitió conquistar un nuevo reino que, centrado en Granada, e incluyendo Ronda, Málaga y Almería, constituyó el último reducto musulmán en la península y ante el cual se estancó, durante más de doscientos años, la reconquista cristiana.

De hecho, la supervivencia del reino de Granada se explica básicamente por el desfondamiento de la Reconquista, por las divisiones y rivalidades de los príncipes del norte y por los lazos económicos que vinculaban a los musulmanes de España con los sultanes merinidas de Marruecos. Por otra parte, los mercaderes italianos concentraron en Granada, tierra colonial, los capitales y actividades hasta entonces dispersos por Oriente. Fue entonces cuando los campesinos moros del litoral se dedicaron al cultivo de la caña de azúcar o de los frutales, mientras que los de las colinas practicaron la cría del gusano de seda: economía especulativa destinada al abastecimiento de lejanos mercados que, por una parte, hizo prosperar a Málaga, gran encrucijada comercial, pero por otra situó al reino de Granada en una posición de estrecha dependencia con respecto a África, de donde obtenía el trigo mediante un incesante tráfico de barcazas.

No obstante, este último reino sólo fue un heredero lejano del gran califato de Córdoba, de cuya civilización sólo conservó un debilitado eco. En este aislado reducto del islam, protegido por una zona fronteriza erizada de fortificaciones, la vida espiritual y artística conservó el refinamiento y la suntuosidad de antaño, pero con un tono artificioso, carente de todo afán de renovación y de inspiración creadora. El arte de Granada, del que la *Alhambra* —el *palacio rojo*— constituye aún un maravilloso ejemplo, parece consagrado a las repeticiones gratuitas, a los juegos complicados y sutiles, a ejercicios de estilo cuya excepcional brillantez y sorprendente virtuosismo no siempre alcanzan a ocultar cierta pobreza. Otro tanto ocurre con la poesía granadina, refinada y delicada, pero semejante a un gratuito arte cortesano exento de un auténtico latido humano.

La pervivencia de las enseñanzas y riquezas de la civilización islámica estuvo más bien ligada a la acción de importantes comunidades de musulmanes que permanecieron en sus tierras o en sus talleres en los países reconquistados por los cristianos. Las ex-

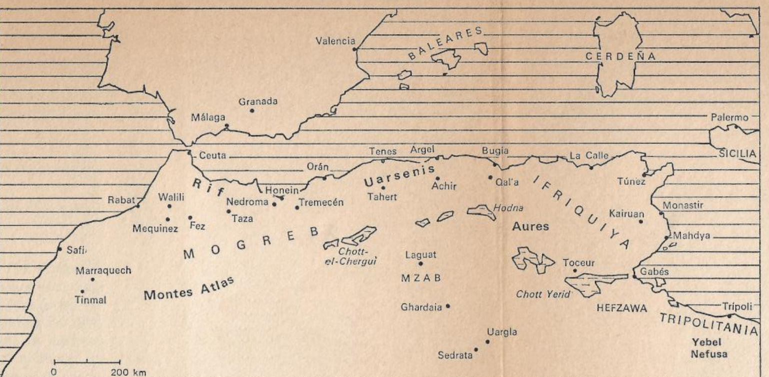
pulsiones o confiscaciones sólo tuvieron importancia en las regiones que habían presentado fuerte resistencia o como consecuencia de sublevaciones armadas. Los *mudéjares* (musulmanes residentes en países cristianos) conservaron su libertad religiosa, sus instituciones locales y sus magistrados. En el valle del Ebro y en el reino de Valencia constituyeron durante largo tiempo la mayoría de la población. Las conversiones fueron estimuladas por la jerarquía católica, pero no así por la nobleza cristiana, propietaria de amplios dominios rurales poblados y cultivados por campesinos *mudéjares*. No fueron, al parecer, muy numerosas y, en cualquier caso, no provocaron ningún cambio de importancia en las costumbres (los nuevos cristianos podían, por ejemplo, tener más de una mujer), la lengua, el modo de vida, las actividades o la forma de construir y decorar los monumentos. De ahí que se conserven innumerables testimonios de la influencia mudéjar en toda la España cristiana, incluso después del período italianizante. En todas partes, los cristianos tradujeron al latín las obras de los sabios y filósofos árabes. En las casas y en los palacios (en el Alcázar de Sevilla, por ejemplo), en los conventos (Guadalupe) y en las iglesias, se reanudaron las tradiciones artísticas de los musulmanes: decoración de ladrillos en las fachadas y ábsides; campanarios cuadrados, ricamente decorados, al modo de los minaretes; paneles de yeso cincelado; arabescos y flora estilizada. Igual puede decirse de las sinagogas, especialmente en Toledo (Santa María la Blanca, por ejemplo, o la del Tránsito).

Bibliografía: H. TERRASSE, *Islam d'Espagne. Une rencontre de l'Orient et de l'Occident*, 1958. E. LÉVI-PROVENÇAL, *Histoire de l'Espagne musulmane*, 3 vols., 1950-1953. Cl. SÁNCHEZ ALBORNOZ, «Espagne préislamique et Espagne musulmane», en *Revue historique*, 1967, págs. 295-338.

Textos y documentos: Cl. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos medievales*, 2.ª ed., 2 vols., Buenos Aires, 1960. H. PERES, *La poésie andalouse en arabe classique*, 1937. G. MARÇAIS, *L'architecture musulmane d'Occident*, 1954. *Ars Hispaniae*, vol. III: G. MORENO, *Arte árabe hasta los almohades*, Madrid, 1951, y vol. IV: L. TORRES BALBA, *Arte almohade, arte mudejar*, 1949.

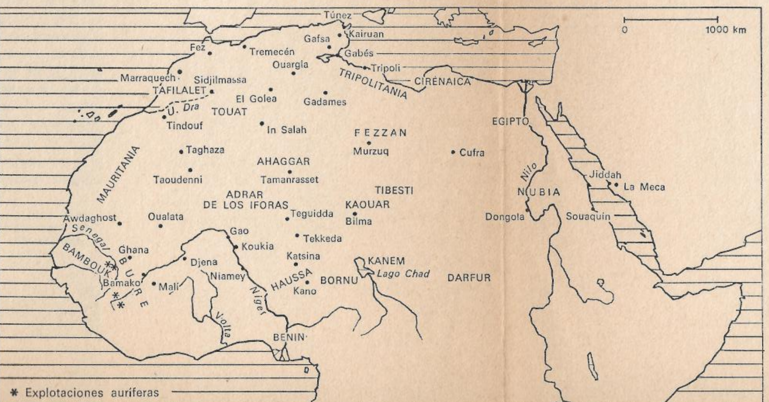
MAPA XV

El islam en el norte de Africa



MAPA XVI

La expansión musulmana en el Africa negra



Capítulo XXVI

La expansión musulmana en el África negra

Mapa XVI, frente a pág. 368.

La historia del *Sudán* —según los árabes, el país de los negros— apenas está esbozada. Los recientes estudios sólo permiten entrever el interés del tema y la profunda originalidad de las sociedades medievales del África negra. En parte, esta historia es la de la intersección de distintas civilizaciones, la de la penetración, mercantil más que militar y política, pero de carácter absolutamente decisivo, de los blancos en los antiguos reinos negros todavía mal conocidos (los musulmanes estaban ya en la zona en torno al año 700).

Las únicas fuentes escritas estudiadas las constituyen las obras de los historiadores o geógrafos y las de los viajeros árabes que relatan, siempre de forma muy viva e interesante, el funcionamiento de los mercados del África negra, del tráfico transahariano y se refieren algunas veces a las estructuras políticas y a las costumbres. Así, por ejemplo, Al-Bekri, notable de Córdoba, que escribió hacia 1077, después de la primera gran conquista árabe, o Ibn-Batuta (hacia 1352 aproximadamente), infatigable viajero. Pero estos relatos dan una imagen muy particular del África, juzgada siempre desde el punto de vista musulmán, lo

que significa elaborando una perspectiva muy parcial; de todas formas, resultan de muy difícil interpretación, por ejemplo, en lo que se refiere a la identificación de personajes y de antiguas ciudades.

Por otra parte, los reyes negros del Sudán habían mandado elaborar, más o menos a partir del año 1100, crónicas y genealogías (crónica de Bornu) a los eruditos impregnados ya de cultura musulmana. Mucho más tarde, en el momento del gran esplendor de las ciudades del Níger, sus universidades elaboraron libros de historia, los *Tarikh*, síntesis de los textos antiguos, de las leyendas y de las tradiciones orales. El *Tarikh* sudanés, junto con otros dos textos no tan brillantes, son, aunque tardíos (escritos hacia 1600 y modificados más adelante), interesantes obras literarias que muestran un agudo sentido de la observación y un acusado gusto por la anécdota pintoresca. Durante largo tiempo, la historia de los pueblos del África negra, y en especial la escrita en 1912 por M. Delafosse, todavía de interés hoy, se basaba en esas crónicas de los historiadores árabes o negros, enriquecidas por el estudio de las tradiciones conservadas oralmente hasta nuestros días o hasta fecha muy reciente entre los diversos pueblos del antiguo Sudán.

Por último, en el conocimiento de las civilizaciones negras de tiempos preislámicos y de la Edad Media, han jugado un papel decisivo para su progreso las excavaciones arqueológicas; por una parte, las del Instituto francés del África negra y de la Universidad de Dakar sobre los emplazamientos de las antiguas capitales y de los grandes mercados: Ghana, Djenné, Awdaghost, Niani y Mali; por otra parte, las de las universidades de Ibadán (en Kok) y la de Accra (en Ifé).

LOS PRIMEROS CONTACTOS: MIGRACIONES Y CONQUISTAS MILITARES

Los tiempos preislámicos

La historia de los países situados al sur del Sahara, que fueron los primeros en tener cultivos de regadío, estuvo, mucho antes de nuestra era, marcada por los conflictos que enfrentaban, con suertes diversas, a los pueblos nómadas blancos del norte, bereberes en su mayoría, con los agricultores sedentarios de raza negra del sur. Este enfrentamiento se agravó durante los primeros tiempos del islam.

El reino negro más poderoso, y, en todo caso, el único relativamente bien conocido, con anterioridad a la intervención musulmana, fue el de Ghana, situado entre el valle del Senegal y el del alto Níger (esta región no tiene nada que ver en absoluto con la Ghana actual, a más de 1000 km de distancia). Hacia el año 800, Ghana conoció una brillante expansión.

Pero se vislumbraban ya las amenazas.

Los primeros intentos

Las migraciones blancas hacia los Estados negros y paganos del Sudán parecen haber sido la consecuencia, directa o remota, de la conquista musulmana de Egipto, primero, y del Mogreb, después. Los ataques de los ejércitos árabes contra los oasis saharianos y el Sudán negro aparecían, al principio, como simples incursiones de ladrones, rápidas y audaces, que pretendían apoderarse de esclavos o de polvo de oro. En el año 666, Oqba, el vencedor de los bereberes del Mogreb, salió de Egipto e hizo avanzar a sus tropas hasta los palmerales de Fezzán e incluso hasta los de Kaovar, en la región de Bilma. En 734, un príncipe omeya y sus guerreros regresaron cargados con un gran botín, oro fundamentalmente. Sin embargo, esos dos ataques no tenían visos de continuidad ni para el Imperio musulmán ni para el islam; un

elevado número de guerreros permaneció en las tierras atacadas, integrándose en las comunidades locales y llegando incluso a abandonar su fe.

De todas formas, fueron más graves, por sus consecuencias, las migraciones lentas y espontáneas de los bereberes hacia el sur. La irrupción árabe en el norte del África desorganizó por completo la economía nómada de las tribus indígenas. Estas tuvieron que ir retrocediendo hacia los pobres pastos del Sáhara, atraídos por los pozos de los oasis, y cruzar luego el desierto en busca de las tierras del Níger o del Senegal, cultivadas por tribus sedentarias. De este modo, el rechazo del islam provocó continuas olas de migraciones, sobre todo en los primeros tiempos, desde el noreste al suroeste. Así pues, la invasión árabe de Egipto empujó en seguida hacia el lejano Sáhara a las tribus bereberes, más o menos cristianizadas, procedentes de los países del alto Nilo, de Cirenaica y del Fezzán. Estas formaron entre el lago Chad y el macizo montañoso de Tibesti, el nuevo reino de Kanem Bornu, en torno a Nguigmi, ciudad de tiendas de campaña, centro de reunión de las tribus nómadas, activo mercado en el que se intercambiaba el cobre y la sal por esclavos, reino dirigido por una casta de jefes nómadas en un país de agricultores negros. Más al oeste, las poderosas confederaciones bereberes de los Sanhadja y de los Zenaga, pastores del desierto, llevaron a sus rebaños desde Mauritania al Hoggar. Todavía paganos, pero dirigidos tal vez por algunos guerreros musulmanes, estas tribus constituyeron una especie de Estado nómada cuyo centro estaba situado en otra gran ciudad de tiendas móviles: Awdaghost. Desde allí, atacaron y saquearon sin cesar las tierras de los negros, durante más de un siglo.

Los soberanos de Ghana reunieron fuertes ejércitos y se opusieron con firmeza a las infiltraciones de los blancos. Los conflictos con los bereberes del norte se resolvieron generalmente a su favor: Awdaghost fue tomada en el año 990 y entregada a un go-

bernador negro. Ghana dominaba a todas las tribus bereberes, nómadas, de las regiones vecinas, fundamentalmente a los zenaga. Esta posición política privilegiada estaba directamente ligada a una intensa actividad mercantil y al decisivo triunfo de los pueblos sedentarios sobre el nomadismo. Ghana, la capital, situada en el emplazamiento de la actual Kumbi, Salem, en Mauritania, rodeada por campos de regadío en los que el ganado no encontraba ya pastos, era un centro de caravanas muy próspero, etapa obligada para el tráfico que se dirigía a los países del oro.

La expansión del islam

El segundo ataque bereber, victorioso, se presentó como una guerra santa, pues tuvo lugar después de la islamización de las tribus nómadas. Un jefe de los sanhadja, convertido al islam, realizó la peregrinación a La Meca y, a su retorno, fundó un convento fortificado —un *ribat*— en la costa occidental del Sahara. Sus discípulos, pronto muy numerosos —los *almorávides*—, formaron una casta militar que, montando sus camellos, se lanzaron a la conquista del Mogreb occidental. En el Sáhara, reconquistaron Awdaghost (1054) y atacaron el reino negro, y todavía pagano, de Ghana, que conservaba su gran poderío. Después de quince años de duras campañas, los ejércitos almorávides al mando de Abu-Beker tomaron Ghana (1076) y consiguieron un enorme botín. Así, los musulmanes conservaron un gran Imperio que llegaba a las orillas del Níger.

Esta conquista señaló, pues, el hundimiento de un gran imperio negro y el retroceso, en esos países, de la economía agraria. Pero la muerte de Abu-Beker (1087) anunciaba ya el desmembramiento político de ese nuevo Estado almorávide y el nacimiento de pequeños principados independientes, cuyas poblaciones no estaban por completo islamizadas. Para los musulmanes no fue fácil mantener su dominio sobre Ghana; en 1203, expulsados por la invasión de los negros paganos procedentes de las orillas del

Níger, abandonaron Ghana, y poco más tarde (1224) fundaron la ciudad de Oualata, enclave comercial y, gracias a sus escuelas, centro de propagación del Islam.

La aventura de los almorávides señaló el fin de las grandes empresas militares de los musulmanes hacia los países negros. Desde entonces, la propagación del islam no estuvo ligada tanto a la conquista o a la formación de nuevos Estados como a las relaciones mercantiles a través del Sáhara.

EL COMERCIO TRANSAHARIANO Y LA PROPAGACIÓN DEL ISLAM

Los caminos

El comercio transahariano pasó por una etapa de considerable esplendor en el momento de la expansión del islam. Tanto en el norte como en el sur, los reinos estables se formaron en torno a las grandes ciudades comerciales, en la desembocadura de las principales rutas de ese comercio; así, por ejemplo, Fez, Tremecén, Túnez, Kairuán, Gafsa, Ouargla; o Mali, Gao y Kano. Todas éstas fueron ciudades prósperas, enriquecidas por el tráfico de productos poco comunes, capaces de mantener fuertes ejércitos y considerables cuerpos de juristas, de imponer su dominio a las tribus vecinas y de hacerse responsables de la seguridad de los caminos. El Estado organizado, contrapuesto a las estructuras tribales, aparecía estrechamente vinculado al gran comercio. Sabida es la gran fortuna que Egipto debió al tráfico sahariano.

Naturalmente, esos caminos de arena y esos mercados evolucionaron, pero las rutas principales siguieron siendo las mismas. Pueden distinguirse:

> — las rutas del oeste, que unían las ciudades del Senegal o del curso medio del Níger a Marrakech o a Fez;
>
> — las rutas centrales del Níger (Tombuctú o Oualata) hacia los oasis de Tafilalet (Sidjilmassa), Tremecén o Túnez;
>
> — las complejas rutas orientales. Estas partían de Gao y de los mercados del Níger, o de los países Haussa (de Katsina, de Kano y de Kukawa), o también del reino de Kanem Bornu. Se entrelazaban en Agadés o en Bilma. Desde allí se dirigían al Fezzán y, luego, a Trípoli, los montes de la Barca o El Cairo. Estas fueron las antiguas rutas de los nómadas garamantes, por mucho tiempo conductores de carros y hábiles jinetes, y más tarde conductores de caravanas de camellos, que, desde el siglo I de nuestra era, habían obligado a los pueblos negros a retroceder hacia el sur;
>
> — por último, hacia el este, la ruta llamada de «los cuarenta días», la más corta de todas las que unían el macizo montañoso de Darfur con el valle del Nilo, entre la primera y la segunda cataratas.

Todas estas rutas fueron cuidadosamente reconocidas y acondicionadas por los caravaneros bereberes que, procedentes del norte, sondearon y abrieron una línea de pozos entre Tafilalet y el valle del Draa, y posteriormente otra en el otro extremo de la ruta occidental, entre Audaghost y Ghana. En Tafilalet, hacia el 750, Sidjilmassa, donde tenían lugar grandes ferias de camellos, se transformó en una importante ciudad rodeada de palmeras. A pesar de todo, el viaje resultaba pesado, aventurado, muy caro y muy largo. Las caravanas partían del sur al comenzar la estación de las lluvias, en abril o mayo; del norte, al iniciarse el invierno sahariano, en octubre. La travesía requería normalmente tres meses; los comerciantes, expuestos a los ataques de los ladrones, a las duras heladas de las noches de invierno y a las tempestades de arena, debían, en cada etapa, pagar costosos peajes a las tribus propietarias de los pozos y alquilar guías.

Ibn Batuta encontró, en 1362, una caravana de 12 000 camellos en la interminable ruta que unía el reino negro de Malí con El Cairo.

Los esclavos y el oro

Esta gran actividad se explica fácilmente por la búsqueda de esclavos y de oro. La caza de cautivos fue una de las principales razones de las expediciones militares de los árabes hacia el sur: en el año 666, Oqba exigía de las tribus de los oasis conquistados en el Fezzán y en Kaovar (región de Bilma), que le pagaran sus tributos en esclavos —varias centenas de hombres—. Además, todas las caravanas incluían algunos de ellos. En Egipto, los hombres servían en el ejército y las mujeres como domésticas o recluidas en los harenes. R. Mauny estima que la cuantía de esta trata hacia el mundo mediterráneo era por lo menos de 20 000 esclavos por año (dos millones por siglo). Se alimentaba sobre todo en los confines meridionales de las grandes sabanas y en los mercados frecuentados por los jefes esclavistas de los bosques. Desde este punto de vista, las rutas más activas fueron, sin lugar a dudas, las del este, que llegaban a Egipto y Arabia. Las caravanas partían del alto Volta (Baku) y del país Haussa (Kano, Koolfu), que durante mucho tiempo fue la región más perjudicada.

El tráfico del oro, por el contrario, sólo interesaba a los grandes reinos negros del Sudán occidental que controlaban las grandes regiones de explotación aurífera: Bambouk (orilla izquierda del Senegal, orillas del Faleme) y, más al este, Bure. La extracción artesanal, por medio de pequeños pozos en los que trabajaba un número reducido de hombres, y cuya profundidad era muy limitada, daba como resultado un polvo de oro al que los árabes llamaban *tibr*; de ahí el nombre de *tiberi* de las crónicas y libros de cuentas de Occidente. Este oro justificaba por sí mismo el comercio caravanero y enriquecía las grandes ciudades del Sudán y del Mogreb. En país negro, los mercaderes de Ghana y, luego, los de Mali ejercían un comercio mudo, contentándose en exponer sus productos, que ofrecían a cambio de una cierta cantidad de polvo, hasta que se establecía el acuerdo. Tráfico secreto también, pues esos mercaderes ocultaban estrictamente las rutas que conducían a las minas, explicaban fabulosas leyendas

sobre esos lugares desconocidos e impedían celosamente el acceso a los cristianos, españoles e italianos. Monopolio absoluto de los «moros», el comercio del oro africano atraía a los puertos del Mogreb a los navíos y a los hombres de negocios de Barcelona, Mallorca, Génova, Venecia y Florencia. Sólo el oro del Sudán podía apagar, en cierta medida, la sed de metal monetario requerido por la economía europea en pleno desarrollo. Pero una parte considerable fue a parar a Egipto y a los mercados de Oriente, especialmente por medio de las peregrinaciones. En el año 1324, el rey de Mali, Kankan Musa, pasó por El Cairo de camino hacia La Meca. Según un cronista, tal vez demasiado entusiasta, viajaba acompañado de 500 esclavos, cada uno de los cuales llevaba una caña coronada con una bola de oro de tres kilos de peso; llevaba, además, 80 sacos de polvo de oro, es decir, en total, cerca de tres toneladas. Afirmaciones éstas muy exageradas, sin duda, pero que dan testimonio de la influencia de las grandes peregrinaciones en las variaciones del curso del oro en Egipto.

Las restantes mercancías

Otros productos, aunque menos importantes, también ayudaron a engrandecer el comercio entre los países negros y los musulmanes. Así, por ejemplo, el marfil, la goma arábiga, las plumas de avestruz, una especie de falsa pimienta llamada malagueta, cera, pieles y cueros; además, dátiles, alheña y añil, comprados en las paradas realizadas en los oasis saharianos.

En el otro sentido, los mercaderes musulmanes aportaban al Sudán las barras de sal gema indispensables para la alimentación de los pueblos de toda el África tropical y ecuatorial. Desde los tiempos prehistóricos, los negros se esforzaron en controlar las salinas de las grandes *sebkras* saharianas. Sin embargo, en la Edad Media, éstas cayeron en poder de los bereberes y de los mercaderes musulmanes, que obtuvieron así grandes beneficios y llegaron fácilmente a controlar el comercio del oro. La más importante, la

de Tagaza, poco extensa (3 por 2 km aproximadamente) pero muy activa, estaba situada entre el Tafilalet y Taudeni. Los mineros, todos ellos esclavos negros, cortaban, a algunos metros de profundidad, barras de sal de 175 cm de largo por 70 cm de ancho aproximadamente. Todas las casas dispersas en las orillas de los ríos estaban hechas de piedras de sal y recubiertas de piel de camello; asimismo la mezquita, las seis grandes torres y un castillo para resistir a los ataques de los ladrones. Las tierras colindantes eran absolutamente estériles, impropias para la agricultura o el pastoreo. Toda la alimentación venía de lejos, y por tanto de forma irregular, por medio de las caravanas: el mijo, de las orillas del Níger; los dátiles, de los oasis del norte, mientras que los nómadas aportaban la carne de camello. Los esclavos negros se veían reducidos a la más extrema miseria fisiológica y el índice de mortalidad era tan elevado que, con frecuencia, no se les podía hacer trabajar muchos meses seguidos: era una población empobrecida, flotante, mal integrada y constantemente renovada por las caravanas procedentes del sur. Los mercaderes musulmanes no se detenían allí más que para cortas estancias, apenas de algunos días de duración, para proveerse del agua necesaria para la travesía del desierto. La sal era intercambiada, las más de las veces, por el polvo de oro directamente. Otras salinas jalonaban esta ruta occidental. Así, por ejemplo, las de Tafilalet, fuente de importantes ingresos para los habitantes de Sidjilmassa y de continuos conflictos entre nómadas y sedentarios. En el siglo XIII, de estos oasis partían caravanas hasta de cinco y seis mil camellos en dirección a los países de los negros. A lo largo de las rutas centrales, únicamente las salinas de Teguidda, situadas entre Agades y Tamanrasset, atraían a los negros del país Haussa, intercambiando en ellas mijo por sal. Más hacia el este, en cambio, los importantes oasis de Karuar y Bilma exportaban, además de sal y dátiles, piedras de alumbre muy apreciadas por los tintoreros por su excelente calidad.

Las minas saharianas producían, asimismo, cobre, utilizado en la fabricación de vajillas domésticas y de instrumentos de trabajo, en especial de los que se empleaban en las salinas. En Takkeda, en el Sáhara central, el mineral era extraído por esclavos negros, mujeres y niños, y se fundía allí mismo en pequeños lingotes de unos 30 cm de longitud y grosor variable; estos lingotes eran utilizados en la región como moneda del comercio local de carne, madera, mantequilla y queso. El cobre nutría un doble tráfico: por una parte, hacia Malí y su capital, Niani, donde se intercambiaba por oro (tres partes de cobre por dos de oro); por la otra, hacia el país Haussa y los reinos negros del sur, donde la contrapartida consistía en esclavos, mijo y tejidos teñidos.

A fines de la Edad Media, las caravanas del Sáhara se abastecían de un tráfico mucho más lejano aún. En las ciudades del Mogreb mediterráneo, en Fez, en Tremecén, en Túnez, los mer-

caderes musulmanes cargaban sederías y telas de algodón listadas, y también objetos de cobre. Por su parte, también los navíos catalanes e italianos llevaban mercancías para este tráfico hacia los países negros: telas de Génova, Nápoles o Mallorca; tejidos de calidad de Inglaterra; lingotes o vajillas de cobre compradas en España, en la Europa central o incluso en Turquía; por último, las monedas que los musulmanes necesitaban para comerciar en el Sudán: las pequeñas conchas preciosas, llamadas *carey* o *porcelanas*, que solían proceder de las islas Molucas, y las buscadas perlas de vidrio coloreado. La industria del vidrio coloreado, especialidad durante largo tiempo de los artesanos judíos de Tiro y Sidón, fue imitada en la Edad Media por los venecianos en la isla de Murano, con vistas a satisfacer más fácilmente la demanda de los mercaderes de las caravanas con los que comerciaban en Túnez, en Trípoli y en los montes de La Barca, en Cirenaica. Así pues, el tráfico transahariano desbordó ampliamente el marco de los países limítrofes del desierto, insertándose en el vasto movimiento internacional que animaba las ciudades y las rutas, musulmanas o cristianas, de todo el Mediterráneo.

La expansión del islam

Muy pronto, negociantes y misioneros, marabuts, teólogos, escribanos, sabios y poetas se instalaron en los barrios comerciales, en los que fundaron mezquitas y escuelas. Al sur del Sáhara, la expansión musulmana aparece, en lo esencial, como un fenómeno urbano; por lo demás, los reinos negros contaban con numerosas ciudades prósperas: 400 en el imperio de Mali, según un asombrado cronista. Antes, incluso, de la conquista almorávide, la capital de Ghana (situada en la actual Koumbi Saleh) era en

realidad una ciudad doble: indígena una, pagana y con sus bosquecillos sagrados; musulmana la otra, dominada por los minaretes de las mezquitas.

El islamismo atrajo en primer lugar a las castas superiores, siendo con frecuencia los soberanos los primeros convertidos. Con ello, estos príncipes obtuvieron el apoyo de los letrados, escribanos y juristas musulmanes. Además, regresaron de sus peregrinaciones a La Meca, solemnemente celebradas, acompañados de arquitectos y doctores.

Estrechamente ligada al gran comercio y a la evolución política, la islamización también progresó, en algunos casos, merced a las migraciones de pueblos ya convertidos. Tal parece haber ocurrido, aunque la cuestión es muy controvertida, con los fulbes, cuyo origen étnico es aún poco conocido. Más o menos convertidos al islamismo en el norte del Sudán, emigraron con sus rebaños y se infiltraron entre los pueblos negros y paganos. Solían guardar su ganado en las afueras de las aldeas, pero también hacían acto de presencia en las cortes de los soberanos, mientras que sus mujeres, muy codiciadas, poblaban los harenes, donde ejercían una gran influencia. Caso análogo es el de los mandingas, cuya migración hacia el este, entre 1350 y 1400, marcó el inicio de la islamización del país Haussa, más allá del Níger.

BALANCE DE LA EXPANSIÓN MUSULMANA

Los cuadros políticos

Después de que Ghana cayera bajo el dominio de los almorávides, todavía se formaron otros grandes reinos negros. Parece ser que éste fue un período de gran crecimiento demográfico, especialmente destacado por las continuas luchas en busca de nuevas tierras, o por las migraciones lejanas, tales como la de los bantúes que partieron del África central en dirección a los países del este y del sur. La islamización influyó profundamente en los destinos políticos de los reinos negros del Sudán. En el África

occidental, concretamente en los países del Senegal y del curso medio del Níger, dos imperios se enfrentaron con predominio alternativo:

— Por una parte, el de los *songhay* conocido también como *reino de Gao*. Antes de la llegada de los blancos, las tierras cercanas a la gran curva del Níger estaban ocupadas por un reino pagano. Los sorko, tribus de pescadores, imponían entonces su dominación a los agricultores sedentarios, los songhay. Con ocasión, sin embargo, de la llegada de nómadas bereberes procedentes del noreste —huyendo, al parecer, de la primera invasión árabe de Libia—, los songhay, aliados con los bereberes, rechazaron a los sorko hacia el norte. Hacia el año 690, estos últimos fundarían la ciudad de Gao. Los pastores bereberes, establecidos en Konkia (al norte de la actual Niamey), formaban una poderosa casta militar agrupada en torno a su rey (Dia). Después de haberse apoderado de Gao, el Dia de Konkia trasladó allí su capital con ocasión de su conversión al islam, hacia el año 1000 aproximadamente. Poblada principalmente por mercaderes y barqueros, esta ciudad fluvial se enriqueció merced al tráfico de sal sahariana que discurría a lo largo del Níger.

— Bastante más tarde, hacia 1200, un nuevo imperio alcanzaría una posición dominante: el de los *mandingas* o *del Mali*, establecido en el valle del Níger en tomo a su capital, Mali. Su heroico rey Sundiata Keita (1230-1255) mantuvo una encarnizada lucha contra los pueblos vecinos. En 1235, infligió en Krina (entre Bamako y Kangaba) una decisiva derrota al rey de Kaniaga que había invadido sus tierras y saqueado Mali. Penetró luego en Ghana, apoderándose de todas las minas de oro del África occidental. Este gran reino mandinga, que se extendía a lo largo de 2000 kilómetros de este a oeste, desde el Atlántico hasta las montañas del Adrar, atravesó un período particularmente brillante bajo el reinado de Kangó Mussa (1312-1335), legendario

príncipe que arruinó el vecino reino songhay, apoderándose de su capital, Gao, en 1325. Posteriormente, los mandingas intentaron, incluso, controlar las pistas saharianas y, alrededor de 1380, llegaron a dominar las minas de cobre de Takkeda.

Poco después, no obstante, los songhay refugiados en Konkia recuperaron su independencia y atacaron el Imperio mali. El rey songhay de Gao, Ali Ber, destruyó los ejércitos y las ciudades mandingas de Mali, atacó a los tuareg y se apoderó de Tombuctú (1468), y luego venció a los mossi del alto Volta. En 1473, después de siete años de asedio, tomó Djene, capital de un pequeño Estado independiente durante cinco siglos, asegurándose con ello el control de toda la región lacustre. Así pues, este nuevo imperio songhay de Gao comprendía la mayor parte del Sudán occidental y dominaba todo el valle del Níger.

La vida religiosa

Resulta difícil evaluar con exactitud los progresos de la nueva fe en estos tres extensos Estados, Mali, Gao y Kanem Bornu. En cualquier caso, parece indudable que fueron lentos y superficiales. La misma religiosidad de varios reyes aparece sumamente incierta: así, Ali Ber, de Gao, jariyita según los cronistas, parece haberse mantenido, de hecho, fiel a las viejas costumbres paganas. Se limitaba a cumplir con el islam mediante algunos gestos rudimentarios, realizando, por ejemplo, las cinco oraciones cotidianas en una sola vez: sentado, pronunciaba algunas palabras rituales. No se le veía entrar en una mezquita ni observar el ayuno del Ramadán. Otro tanto puede decirse de sus compañeros. Por lo demás, hizo matar a los doctores de Tombuctú el mismo día que conquistó la ciudad, y luego fue enemigo feroz de sus sucesores, haciéndoles padecer toda clase de vejaciones y persecuciones.

En realidad, los soberanos, que incluso después de su conversión al islam ostentaban un poder absoluto, mantuvieron en be-

neficio propio el carácter en cierto modo sagrado de su realeza. Ibn Battuta se indignaba al ver a los negros aproximarse a su sultán completamente desnudos, arrastrándose por el suelo con la cabeza cubierta de polvo. Se asombraba también de ver a las mujeres comparecer en público con el rostro descubierto. En el caso de los songhay, por ejemplo, esta resistencia al Islam, a veces muy intensa, fue aún acentuada por las incursiones a los países selváticos del sur. Los expedicionarios regresaban a la corte con numerosas esclavas, provocando con ello una agravación del paganismo. Por último, los soberanos musulmanes de Mali se abstuvieron por completo de imponer el islam a los negros que trabajaban en las minas de oro de Bambouk; ello hubiera supuesto, decían, comprometer sus estructuras sociales, resquebrajar sus costumbres y, por ende, disminuir el rendimiento de los pozos.

La civilizaciones

En cuanto a las aportaciones de los bereberes, de los árabes y del islam, parece indudable que el auge del comercio creó nuevas civilizaciones. En el Sáhara, la población de los oasis aumentó; se construyeron grandes aldeas de casas de ladrillo; se extendieron los palmares, protegidos por poderosos castillos fortificados —*qasba* o *ksar*—, fortalezas señoriales en los países árabes, pero también almacenes colectivos y refugio de la población entre los bereberes. Las excavaciones de Kumbi Saleh (supuesto emplazamiento de Ghana) han permitido descubrir una extensa ciudad de un kilómetro cuadrado aproximadamente, de sólidas casas construidas con pizarra, embaldosadas y con nichos en las paredes; numerosas placas de pizarra pintadas atestiguan la conversión al islam y los cementerios musulmanes ocupan una superficie que dobla la de la ciudad (R. Mauny). Por otra parte, el islam aportó también una nueva cultura: la difusión de la lengua y escritura árabes, así como el esplendor de las escuelas de teología, dan fe de ello. El derecho y la medicina alcanzaron en Tombuctú un desarrollo cuyo prestigio se extendía más allá de los imperios mandinga y songhay.

Sin embargo, también sabemos que ya antes del islam las culturas negras del Sudán habían dado lugar a una evolucionada vida urbana. Y, por lo demás, los reinos que permanecieron al

margen de la expansión musulmana tenían, a fines de la Edad Media, una brillante civilización. De ella son testimonio los objetos de bronce, de cobre o de madera esculpida, las copas de vidrio y los elaborados tejidos del imperio de los mossi, de Benin y del reino de Nupé, la «Bizancio negra». La tardía conversión al islam de estos países no hizo más que provocar un neto retroceso del arte indígena, que a partir de entonces perdería su originalidad.

La despoblación del África negra

La intervención musulmana repercutió en una agravación considerable de la esclavitud. Los esclavos negros se destinaban tanto al tráfico hacia el Mediterráneo y Oriente como a la explotación de las minas de cobre y sal. En los oasis saharianos del norte, una aristocracia guerrera o mercantil de hombres libres, árabes o bereberes, explotaba el trabajo de los *harratin* —trabajadores semilibres, frecuentemente mestizos— y de los esclavos negros en el cultivo y mantenimiento de los palmares. La demanda de esclavos provocó un recrudecimiento de las razzias y de las guerras tribales. En el siglo XIV, el sultán de Bornu se quejaba a El Cairo de las incursiones árabes, pero a su vez lanzaba a sus guerreros contra las tribus paganas del sur para conseguir cautivos. Las guerras y la trata de esclavos empobrecieron y despoblaron el África negra.

A partir de 1460, la llegada de los portugueses a las costas del golfo de Guinea desvió hacia el sur el tráfico de oro y de esclavos. Sin embargo, los métodos de la trata siguieron siendo los mismos. Indudablemente, el transporte de esclavos fue más masivo en los navíos cristianos que en las caravanas del Sáhara. De

todas formas, no hay ninguna fuente estadística que permita evaluar exactamente la magnitud de la trata musulmana, ni se ha hecho aún ningún estudio preciso y completo sobre la cuestión. En cualquier caso, habría que tener en cuenta el tráfico de esclavos del África oriental a través de los puertos del océano Índico, realizado mediante navíos. Esta trata hacia el Oriente musulmán, mantenida no ya durante 350 años, como fue el caso de la que se dirigía hacia las Américas, sino durante más de 1100, ha repercutido mucho más gravemente sobre África. Los primeros golpes, y también los más duros y más constantes, asestados a la civilización africana, a sus estructuras sociales, a las formas de vida, a las economías tradicionales, a la propia vida de los hombres, se debieron a la expansión musulmana más allá del Sáhara.

Bibliografía: R. MAUNY, *Les siècles obscurs de l'Afrique noire*, 1971. R. CORNEVIN, *Histoire de l'Afrique* (Payot), 1962. J.-P. CHRÉTIEN, «Le Moyen Âge, âge d'or de l'Afrique», en *L'information historique*, nov.-dic., 1965. H. TERRASSE, *Histoire du Maroc*, 2 vols., Casablanca, 1949-1950. J. LACOUR-GAYET, *Histoire du commerce*, t. III, 1955. E. W. BOVILL, *Caravans of the old Sahara*, Oxford, 1933. V. MONTEIL, *L'Islam noir*, 1964. J. MAQUET, *Afrique, les civilisations noires*, 1962. R. OLIVER, J.-D. FAGE, *Short history of Africa* (col. «Penguin books»). H. DESCHAMPS, *Histoire générale de l'Afrique noire*, 1970.

Textos y documentos: *Textes et documents relatifs à l'histoire de l'Afrique. Extraits des voyages d'Ibn Battuta*, Dakar (Université. R. MAUNY, V. MONTEIL, A. DJENIDI, S. ROBERT, J. DEVISSE), 1961. M. GRIAULE, *Les arts de l'Afrique noire* (Ed. du Chêne), 1947. J. DELANGE, *Arts et peuples de l'Afrique noire*, 1967. *Arts d'Afrique intertropicale* (dossier 55.16, Doc. française). J. D. FAGE, *An Atlas of African History*.

Capítulo XXVII

El Oriente musulmán desde los fatimíes hasta los otomanes

Mapa XVII, frente a pág. 384.

LOS FATIMÍES DE EGIPTO

El renovado esplendor de Egipto

En 969 partió de Ifriqiya un numeroso y aguerrido ejército bereber bajo el mando del jefe militar Djauhar, que actuaba en representación del califa de Kairuán. La expedición se apoderó sin dificultad del delta del Nilo, acampó bajo las murallas de Fustat e inmediatamente impuso el cambio de dinastía. Preparada con gran anterioridad por una intensa propaganda religiosa, la ocupación de Egipto se desarrolló, al parecer, de modo totalmente pacífico, sin encontrar en parte alguna ninguna resistencia seria. Las tropas bereberes del nuevo califa pronto tuvieron que rechazar, por dos veces, los ataques de los beduinos de Palestina

o de Siria y de los kármatas de Oriente, antiguos aliados suyos. Muy rápidamente se estableció, pues, un nuevo imperio musulmán cuya autoridad se extendía desde el centro del Mogreb hasta las tierras de Siria. Esta invasión fatimí no sólo supuso un claro debilitamiento político del califato de Bagdad sino también una nueva victoria de los chiitas, que, apoyados en un Estado poderoso, emprendieron la conquista espiritual de varias regiones asiáticas.

El Imperio fatimí se caracterizó por una sorprendente prosperidad económica de la que constituye una buena muestra el destino de El Cairo. La nueva capital fue fundada por Djauhar al norte de Fustat, y sus murallas de ladrillo, en las que se abrían monumentales puertas, englobaban Al-Qata'iyeh, la antigua ciudad de Ibn Tulun. Construida con gran celeridad, el califa al-Mou'izz abandonó Mansuriya para instalarse en ella en 973. El Cairo fue, ante todo, una ciudad de conquistadores y una capital religiosa. A modo de campo militar, El Cairo incluía varios barrios independientes (unos veinte en total, si se tienen en cuenta los de los suburbios) donde vivían los soldados de un mismo origen, descendientes de una misma tribu. Adicta a una nueva fe, la ciudad se enriqueció muy pronto con gran número de mezquitas chiitas, de las cuales la más famosa fue la de Al-Azhar (970-972), y se convirtió en el centro de expansión del chiismo en Egipto. Más tarde se establecieron en ella artesanos y negociantes que hicieron de El Cairo uno de los mayores mercados del mundo mediterráneo y oriental. En Fustat, los tenderetes se apiñaban, llegando hasta la orilla misma del Nilo. Del Mediterráneo procedía el hierro y otros metales, algunos productos alimenticios tales como el aceite o el azafrán, las avellanas procedentes de las costas italianas (tan buscadas por los pasteleros orientales), la seda y los paños de seda. Por su parte, Egipto recibía, por el puerto de Clysmo (en el extremo del itsmo de Suez), la madera procedente de la India con la que construía las casas y

los navíos y alimentaba los hornos utilizados en la elaboración de la cerámica y la vidriería. Dueño de los bosques de Cabilia, de Krumiria, del Etna y de Calabria, así como de los montes del Líbano, y capaz, al mismo tiempo, de organizar expediciones guerreras contra las costas de Chipre y del Taurus, el Imperio fatimí se manifestó, por lo menos durante sus primeros tiempos, como un verdadero imperio del mar, cuya fortuna estaba estrechamente ligada a la posesión de grandes reservas forestales en las orillas meridionales del Mediterráneo.

Procedentes del sur, y a través del valle alto del Nilo, llegaban a El Cairo las capas listadas de algodón de Nubia y, sobre todo, verdaderos ejércitos de esclavos. Egipto compensaba fácilmente este intenso tráfico de importación vendiendo algunos de sus productos naturales, que eran muy apreciados: algodón, lino, el bálsamo de sus jardines guardados con extremado celo, o el opio de sus campos; o exportando los ricos productos manufacturados por un hábil artesanado: telas de lino, capas con brocados de oro (de Tinnis), cubrecamas, tejidos de lana, objetos de cobre, madera esculpida o vidrio moldeado y coloreado.

Los innumerables contratos y libros de contabilidad de la comunidad judía de El Cairo —la Geniza—, estudiados por S. D. Goitein, muestran la riqueza y la extraordinaria variedad de la vida artesanal cairota, pudiéndose enumerar hasta 265 artes y oficios diferentes. A diferencia de otras ciudades, en El Cairo las profesiones no solían agruparse en barrios especializados y las asociaciones gremiales no tenían influencia alguna. No existía un marco estricto, ni instituciones ni reglas concernientes al aprendizaje. No había tampoco ghetos profesionales ni étnicos: los israelitas estaban estrechamente mezclados con todos los demás artesanos, musulmanes o cristianos. Obreros de todas las provincias afluyeron a El Cairo, que, al igual que Bizancio, parecía un inmenso crisol en el que se fundían todas las experiencias y todas las influencias.

El arte fatimí de Egipto

El arte estuvo fuertemente influido por los monumentos egipcios de la época de Ibn Tulun: tal es el caso de las naves transversales de las salas de oración, perpendiculares al eje del *mihrab*. Otros elementos procedían de las tradiciones cristianas de Bizancio o de las iglesias copias del delta. El arte fatimí, por último, era deudor del de Bagdad y, sobre todo, del de Persia. En El Cairo, «donde cada mansión es una ciudadela», los pala-

cios de los príncipes, asi como las mezquitas de Al-Azhar y Al-Hakim (construida entre 990 y 1003), muestran claramente estas aportaciones orientales: ligeras decoraciones geométricas y abstractas; ladrillos esmaltados de diversos colores, adosados a los muros exteriores; paisajes de mosaico; cúpulas en los mausoleos… También los frisos de madera esculpida y policromada que adornaban los primeros palacios fatimíes se inspiraban aún en las tradiciones del antiguo Oriente, reanudando los temas de las moradas principescas del Irán sasánida: animales fantásticos, esfinges y dragones, escenas cortesanas, danzas, fiestas y espectáculos, cacerías de leones con espada y halcones, torneos y viajes. Músicos y bailarinas se trasladaron de Bagdad a El Cairo.

Conflictos religiosos y políticos

Sin embargo, el prestigio del Egipto fatimí se basaba en buena parte también en el éxito de la doctrina chiita, hostil, precisamente, a esta libertad de costumbres. Tan sólo la biblioteca del palacio califal contaba con 40 almacenes que contenían 18 000 libros de las «antiguas ciencias» y 1200 ejemplares de la *Historia universal* de Al Tabari (muerto en 923). La mezquita de ’Amr recibía cada día a varios miles de personas, lectores del Corán, maestros, estudiantes y escribas.

El califa Hakim (996-1021) manifestaba un extraordinario celo por el chiismo. Hakim fundó, en El Cairo, la gran Universidad chiita de la mezquita de Al-Azhar. Exigía un respeto estricto de la moral coránica y multiplicó sus preceptos y prohibiciones. Proscribió a las mujeres llevar el rostro descubierto, usar alhajas, ir a los baños y por último les negó el derecho a salir a la calle. Por la noche, la ciudad quedaba desierta. Asimismo se prohibieron los juegos de azar y los retos, los horóscopos y el consumo de cerveza, pues Alí, el héroe chiita, había manifestado una clara aversión por esta bebida. En 1020, Hakim mandó incendiar Fustat, la ciudad comercial, y dirigió contra los cristianos persecuciones de todo tipo; asimismo, en 1009, ordenó la destrucción del Santo Sepulcro y de todas las restantes iglesias de Jerusalén.

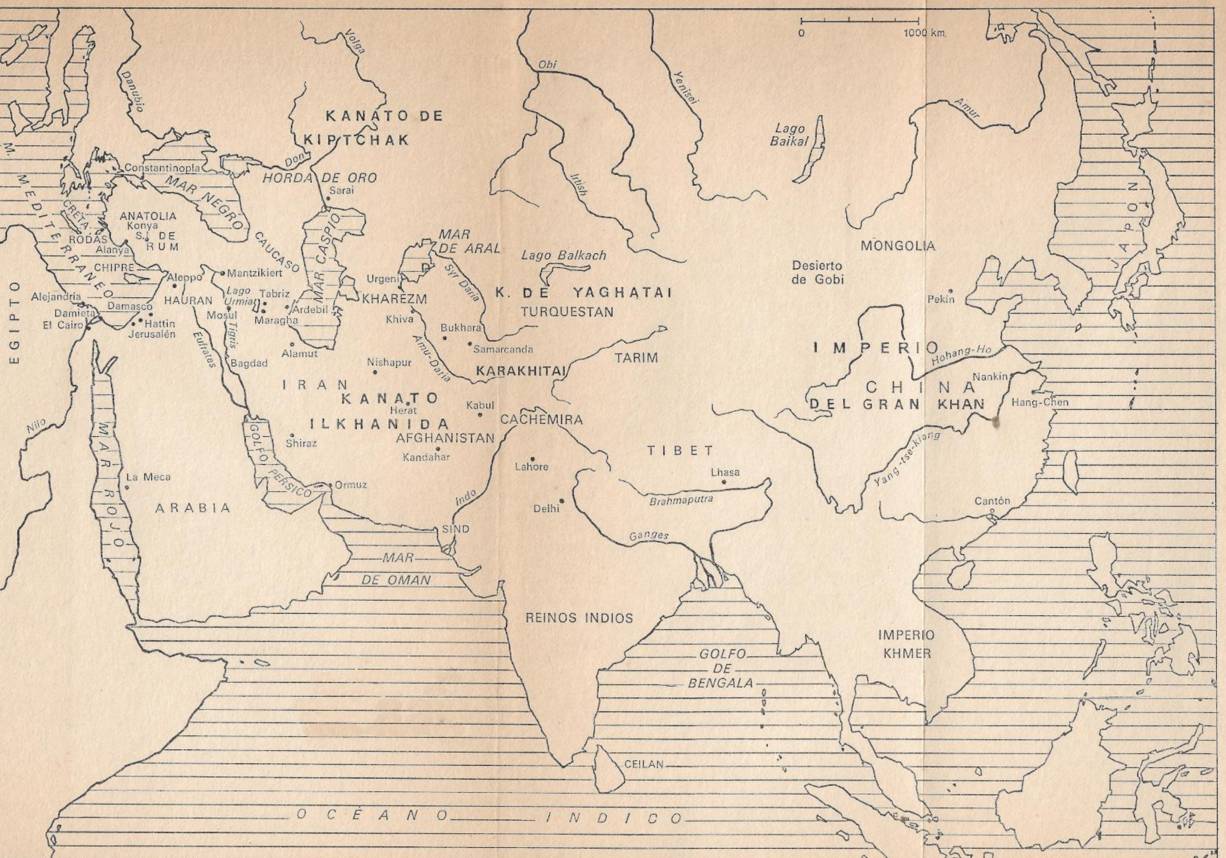
Hakim, personaje muy inestable, fantasioso y enfermo, llegó a proclamarse Dios. Asesinado en misteriosas circunstancias (1021), un gran número de sus seguidores creyó en su supervivencia; uno de ellos, Al-Darazi, predicó la divinidad de Hakim y anunció su retorno. Esta nueva doctrina, absolutamente contraria al monoteísmo musulmán, tuvo gran éxito entre ciertas tribus del norte de Siria que, al margen del cristianismo y del islam, habían mantenido vivas las tradiciones de la Antigüedad pagana, entre ellas el simbolismo del número siete, por ejemplo. Estas tribus, seguidoras de Al-Darazi, tomaron el nombre de *Druzes* y formaron una poderosa comunidad que se mantuvo concentrada en las montañas del Hauran. Por otra parte, otro grupo de tribus, los *nosairis* o *alauitas*, directamente vinculados a la mitología pagana o a algunos ritos cristianos, como el culto a los santos (durante mucho tiempo se les conoció por el nombre de *pequeños cristianos*), tomaron entonces del chiismo el culto a Alí, a quien otorgaron el rango de un dios, más o menos relacionado con los de la Antigüedad griega.

De consecuencias mucho más graves, incluso en el plano político, fue la predicación de un ismailita de origen iranio, Hassan (Ibn Sabbah), establecido en Egipto. Este, en 1094, implicado en una querella sucesoria por el trono califal, huyó a Siria y fundó una poderosa secta religiosa secreta que se impuso por el terror. Su nombre, los *asesinos*, proviene, sin embargo, del uso del hachís después de las ceremonias colectivas. Hassan continuó con su propaganda en Persia donde se apoderó del castillo de Alamut, inaccesible nido de águila en las montañas del sur del mar Caspio. Hassan, y luego sus ocho sucesores, grandes maestres de la secta, a los que los cruzados llamaban los *Viejos de la Montaña*, reinaron sobre un verdadero principado oculto, sustentado en varios castillos diseminados por las altas montañas del Líbano, de Siria y de Persia.

De esta forma, tanto el Imperio fatimita como la propagación del chiismo y de las sectas heréticas constituyeron, para el mundo musulmán de Oriente, los gérmenes de la división y la inseguridad. En El Cairo, los desórdenes y la anarquía política se vieron agravados por la encarnizada lucha que enfrentó a los distintos grupos étnicos que constituían el ejército, turcos, bereberes y negros, así como por los desafueros de los soldados traidores.

MAPA XVII

El Oriente musulmán desde los fatimitas hasta los otomanos



LOS TURCOS SELDJUCIDAS

La reacción del Islam

La intervención armada de los turcos seldjúcidas fue un intento de restablecer la unidad política y religiosa del Islam, de conseguir el triunfo de la ortodoxia sunnita sobre los fatimíes de Egipto y los buyíes de Persia (cf. pág. 331).

Hacía ya tiempo que los emperadores bizantinos y los califas de Bagdad reclutaban guerreros entre las numerosas tribus nómadas de los turcos del Asia central, a las que concedían cañadas para sus rebaños. Hacia 1020 aproximadamente, se formó una poderosa confederación de esas tribus, llamadas *seldjúcidas* por el nombre de un antepasado común, que poco antes habían sido convertidas por misioneros sunnitas procedentes de Bagdad. Animados por el celo intransigente de los neófitos, se lanzaron al asalto de las ciudades y reinos de Asia, en nombre de la guerra santa. En cierta medida, esta invasión de los seldjúcidas parecía la réplica de la que, en esta misma época, llevaron a cabo los nómadas saharianos almorávides, combatiendo asimismo por la fe y la unidad del islam, aunque en Occidente en lugar de Oriente.

En 1040, los seldjúcidas, instalados ya en Nishapur, derrotaron a los ejércitos del soberano ghaznaví (cf. pág. 331). A continuación impusieron su protectorado al califa de Bagdad (1055), consiguieron una decisiva victoria sobre el emperador bizantino Romano Diógeno (en Mantzikiert, al este de Asia Menor, en 1070, y entraron en Damasco en 1078).

La obra de renovación de los turcos seldjúcidas presentó un doble aspecto.

Desde el punto de vista político, el califa de Bagdad, que conservaba toda su autoridad moral y religiosa, pasó a depender del jefe turco, llamado entonces *sultán*, secundado por el visir y los

restantes miembros de la administración. Esta división confirmaba la separación entre el poder espiritual y el poder político. Los sultanes turcos, Tughril Beg y sus sucesores, concedieron importantes encomiendas a los altos mandos del ejército; les otorgaron, por el régimen de la *iqta*, importantes dominios o diversos tipos de peajes e impuestos. De esta forma, grandes vasallos militares pasaron a dominar algunas de las provincias. Pero, por lo menos los primeros sultanes, aseguraron el orden y la unidad del nuevo imperio, siguiendo los estrictos procedimientos de gobierno que uno de los primeros visires, el persa Nizam'ol-Mok, definía en un memorable tratado de administración, el *Manual del hombre de Estado moderno*. Se reprimieron severamente todas las sublevaciones locales y las sediciones de los heréticos, los impuestos se recaudaron a su debido tiempo y la seguridad se extendió por el Imperio.

Desde el punto de vista religioso, los sultanes seldjúcidas dirigieron, sin ambages, la guerra santa contra los cristianos (toma de Jerusalén en 1070) y se dedicaron a la reconquista espiritual en el seno del mundo musulmán. Esto último fue posible gracias a la multiplicación de los colegios religiosos, el más célebre de los cuales fue la madrasa Nizamiyah de Bagdad, potente reducto de la ortodoxia frente a la Universidad, fatimí y chiita, de Al-Azhar en El Cairo. Inspiradas sin duda en los colegios budistas de la India, esas madrasas existían en todas las ciudades; sus aulas y las celdas de los estudiantes se sucedían bordeando un patio, cerrado al sur por una mezquita. Estas escuelas fueron los núcleos de los que surgieron los futuros misioneros, dispersos por todos los países del islam oriental, eficaces instrumentos de la lucha contra el chiismo. En este ámbito, la ortodoxia del sultán se vio apoyada por el control de los *sufí*, místicos, y de sus discípulos. Al-Ghazali (1058-1111), nacido en el Jorasán, y que empezó su carrera enseñando en Nishapur, llegó a ser el teólogo más famoso de la época y, como tal, afirmaba que los impulsos místicos

del sufismo eran perfectamente conciliables con la *sunna*. Con el tiempo, los *sufí* abandonaron la vida aislada, incluso clandestina a veces, y se agruparon en comunidades formadas en torno a un santo varón; los conventos así creados estuvieron sometidos a unas determinadas reglas de vida, muy fácilmente controlables por el Estado. Estas especiales congregaciones religiosas, sometidas a la autoridad del califa, ayudaron en mucho a la obra de reconquista religiosa del pueblo llano, lo que ocurrió en Irán especialmente.

El hundimiento del Imperio seldjúcida

Sin embargo, este intento de reunificación no dispuso más que de un breve período de la historia del mundo islámico. En 1092, los hijos del sultán se dividieron el Imperio entre ellos y fundaron tres reinos independientes y, con frecuencia, hostiles: Persia, Asia Menor y Siria. Sólo uno de estos reinos tuvo una larga historia y fue capaz de conseguir el respeto de sus vecinos: fue el de Anatolia, llamado sultanato de *Roum* (porque comprendía las antiguas provincias *romanas*), que se extendía por el centro del Asia Menor y Armenia. Dominaba la costa sur, hasta Panfilia y Licia y, frente a la isla de Rodas, construyó sólidas fortalezas y arsenales (en Alanya). El establecimiento de los turcos y, con ellos, de un poder consolidado dejó clara huella en el paisaje y el aspecto de las ciudades. Provocó una reordenación de los itinerarios comerciales. Las grandes rutas caravaneras convergían en Konia, la capital, y en Sivas, ciudad situada en el corazón de la meseta; imponentes centros caravaneros, fortificados —los *khan*— levantaban sus muros de piedra y las cúpulas de sus mezquitas en las llanuras de la estepa; en los puntos de descanso y abastecimiento ofrecían a los mercaderes agua del pozo, almacenes, habitaciones y establos para los caballos. Las ciudades turcas se enriquecieron con nuevos bazares, grandes mezquitas, madrasas de portadas decoradas con dibujos geométricos y nichos, y con cúpulas cubiertas, en el intradós, de mosaicos verdes o azules. Los motivos florales y las alas de las esculturas recuerdan a veces las ornamentaciones y estatuaria del antiguo Irán. En estas ciudades se acrecentó también la influencia de los místicos y de las cofradías: en Konia, Mevlana Djebal (1207-1273) fundó la de los *derviches danzantes*, a la que aguardaba un brillante futuro.

En Irán, los últimos príncipes seldjúcidas defendieron ávidamente sus fronteras frente a los nuevos asaltos de las tribus de las estepas. No obstante, pronto se perdió la Transoxiana, que pasó

a formar parte del efímero reino reunido por los Kara-Kitai, nómadas mongoles, procedentes del norte de China y convertidos ya, en su mayoría, al cristianismo nestoriano. Este imperio cristiano se extendía desde el Oxus (Amu-Daria) y el mar de Aral, hacia las lejanas tierras del este, a través del Turquestán, hasta el lago Baikal y el Yenisei. Parece ser que sus luchas contra los musulmanes fueron el origen de algunas narraciones legendarias que se referían a un misterioso soberano, el padre Juan, campeón de la cristiandad frente al islam. En todo caso, este primer imperio de nómadas anunciaba ya las grandes invasiones de los mongoles del Asia lejana.

Más hacia el oeste, los jorezmitas (a los que los cruzados llamaban *Chorasmins*) vencieron a los seldjúcidas, en 1190, y fundaron, en el Irán, un imperio que dominó todas las provincias orientales hasta el Afganistán. Además, los soberanos, *sha*, del Jorezm adoptaron, poco más tarde, la herejía chiita.

Saladino en Egipto

Durante este tiempo se agravaron todavía más las discordias y la desmembración política. El califa de Bagdad reinaba solamente sobre un Estado eminentemente urbano, limitado a la capital y a las ciudades de los alrededores. Sólo podía gobernar gracias al apoyo de las cofradías religiosas —las *futuwwa*— que, clandestinas en un principio, adquirieron así grandes poderes y una especie de consagración oficial. Además, los grandes oficiales, los emires, turcos, árabes o kurdos, y en especial los *atabeg*, tutores de los jóvenes príncipes selyúcidas, se repartieron tierras y honores, fundando pequeños principados de fortunas desiguales.

Uno de esos jefes de guerra, de origen kurdo, Saladino, condujo el ejército del príncipe de Aleppo a la conquista de Egipto, derrocó a los fatimíes (1171), se proclamó sultán y reunió en un Estado fuerte Egipto y Siria hasta el Eufrates. Sumo representante de la ortodoxia sunnita y de la unidad del islam, Saladino en-

carnaba, para todo el mundo musulmán, la lucha contra el infiel. Venció a los cruzados en Hattin y les arrebató de nuevo Jerusalén (1187), donde muy pronto reconstruyó la gran mezquita de Omar. Fundó gran número de colegios y de mezquitas santuarios para venerar la memoria de los héroes del islam.

Desde la época de Saladino, que pronto se convirtió en un héroe legendario cuyas virtudes eran exaltadas incluso por los cronistas cristianos, y de sus sucesores los sultanes *ayubidas* (nombre procedente de su antepasado), Egipto se puso de nuevo a la cabeza del mundo musulmán de Oriente. Sin embargo, durante las largas treguas, los contactos con los Estados o ciudades cristianas de Tierra Santa se mantuvieron muy estrechos (encuentro entre Saladino y Ricardo Corazón de León); entonces, la civilización de los cruzados influyó de forma manifiesta sobre la de El Cairo. Para la construcción del castillo de Air y de la nueva ciudadela, edificados bajo el mandato de Saladino, los arquitectos egipcios abandonaron las murallas de ladrillo, tomadas de la arquitectura de Bizancio o Mesopotamia; de los castillos de los cruzados, tomaron los gruesos muros de piedra cortada en forma de almohadillado, los caminos de circunvalación y los arcos quebrados propios de las fortificaciones occidentales.

Más adelante, estos sultanes egipcios se encontraron desamparados ante sus propios cuerpos de mercenarios, casi siempre antiguos esclavos, llamados *mamelucos*, que formaban los cuadros dirigentes de su ejército y de su guardia personal. En 1250, esos capitanes desposeyeron al joven sultán, reemplazándolo por uno de los suyos.

EL ASIA MONGÓLICA Y EL ISLAM

Desde hacía varios siglos los pueblos nómadas de Asia atacaban a los imperios sedentarios vecinos, tanto del este como del oeste; algunos de ellos se habían establecido en sus territorios, convirtiéndose a sus religiones o empleándose como mercenarios. Con cierta frecuencia también, habían formado grandes reinos, independientes de sus antiguos dueños. Tanto el Imperio bizantino como, luego, los principados rusos habían sufrido alternativamente los duros ataques de los cázaros y los pechenegos. A los éxitos de los turcos seldjúcidas en Bagdad y en todo el Oriente musulmán, les sucedieron los de los mongoles Kara-Kitai, que, hacia el año 1190, poseían un amplio imperio en las ya bien delimitadas fronteras del Asia central, y los de los guridas, otras tribus de nómadas, establecidos en el norte de la India. En el este, los mongoles franquearon, en esta misma época, la muralla de China, ocuparon las regiones que forman actualmente Mongolia y Manchuria y amenazaron constantemente a Pekín y al emperador.

No obstante, en la misma Asia central, esos pueblos, pese a una cierta comunidad étnica y al uso generalizado de una misma lengua, se dividían siempre en amplios grupos tribales o en clanes familiares. Entre ellos no existía ninguna unidad política: los imperios, surgidos de inciertas alianzas, estaban ligados a los itinerarios de los rebaños, con lo cual sus fronteras eran imprecisas y sus destinos frágiles. Tampoco existía ninguna unidad religiosa. Por otra parte, la mayoría de las tribus practicaban todavía el nomadismo de grandes distancias: existían muy pocas ciudades y un escaso número de agricultores sedentarios. La infinidad de nombres de razas, de confederaciones o de tribus y la misma incertidumbre de esos nombres en las fuentes chinas, musulmanas o cristianas, subrayan este estado de anarquía: mongoles, tártaros, kitanos, keraítos, turcomanos.

En el siglo XIII, la unificación de ese complejo e inestable mundo fue la obra de un jefe, bastante desconocido, del clan de Mongolia, que, durante mucho tiempo (parece que hasta los 50 años de edad), llevó una vida aventurera, acaudillando a una tropa de guerreros, entre los que se contaban algunos musulmanes. Conocido al principio con el nombre de Temudjin, este jefe consiguió someter a Mongolia (en 1210) y tomó entonces el

nombre de Gengis Kan; guerreó siempre en el norte de la China, atacando a los imperios colindantes del oeste. Enfrentó sus ejércitos a los jorezmitas del Irán, invadió el Turquestán, Persia, el Afganistán y Bactriana, alcanzando por último el norte del Cáucaso y las llanuras meridionales de Rusia hasta el Volga; sembró por todas partes el terror, pero tranquilizó a las poblaciones con su tolerancia religiosa y ganó para su causa a todas las tribus turcas.

Gengis Kan murió en 1227. Su tercer hijo, Ogotai (1227-1241), y sus sucesores extendieron todavía más lejos las fronteras de sus dominios. Los mongoles irrumpieron en Occidente, cruzando las llanuras húngaras y polacas hasta Viena, pero pronto retrocedieron a sus posiciones al este del Vístula y del Danubio. Destruyeron las guaridas fortificadas de los asesinos, tomaron Bagdad, Damasco y Aleppo (1258 y 1259); pero al año siguiente una gran derrota frente al sultán de Egipto les devolvió a su frontera del Eufrates. En el Extremo Oriente su organización fue más sólida y sus éxitos más seguros. Sometieron a la dinastía Song de China e instalaron su propia dinastía —llamada de los Yuan— en Pekín (1279). En Oriente, sólo fracasaron en sus empresas contra Japón (1281) y las islas de Indonesia (1293).

Sin duda, su inmenso imperio estaba dividido entre el Imperio de China y tres *kanatos*: el de Persia (o *Ilkhanida*), cuya capital era Meragha, cerca del lago de Urmia; el del Turquestán (o de *Diaghatai*), cuya ciudad principal era Urgenj en el sur del mar de Aral, importante centro de rutas caravaneras; el de *Kiptchak* o de la *Horda de Oro*, en Rusia. Pero esos tres kanes eran vasallos del gran kan de Pekín; el Imperio mongol se extendía, así, desde el Pacífico hasta la Europa central.

Así como las familias mongoles, sus guerreros y sus esclavos se mantenían siempre agrupados en clanes, los príncipes imperiales, dueños de grandes pastos, de derechos diversos y de los impuestos recaudados entre los pueblos sometidos, debían ser miembros del clan del emperador. Los vasallos de rango inferior, vinculados a su servicio, responsables de un cierto contingente de hombres armados, recibían menores beneficios, juntamente con sus

vestidos de seda, alhajas, insignias y tablillas de plata o de oro, símbolos y pruebas de sus dignidades. Esta administración tan centralizada, ejercida por una multitud de funcionarios clientes, se apoyaba en un ejército de fácil manejo y traslado, en una admirable red de caminos y en un servicio de correo, para la transmisión de órdenes o de noticias, que reunía todas las ciudades, incluso las más lejanas, en el palacio de invierno de Pekín o en el palacio de verano de Cantón. La paz establecida por los mongoles despertaba gran admiración en los viajeros occidentales, pues permitía el uso de pesos y medidas fijas, el papel moneda, la circulación de mercancías, tanto de día como de noche, por todas las rutas caravaneras de Asia. Esta paz contribuyó a multiplicar los contactos entre Occidente y el Extremo Oriente.

Por otra parte, desde el punto de vista religioso, la invasión mongólica amenazaba la preponderancia del islam en el Próximo Oriente. Parecía ofrecer a los cruzados y a los cristianos de Oriente una oportunidad para desquitarse. En efecto, durante las invasiones, los mongoles, en su mayoría, se mantenían fieles a sus antiguas creencias paganas, al culto a sus numerosas divinidades, las fuerzas naturales, los animales sagrados y, especialmente, el genio del clan, al que ofrecían sacrificios cada primavera. Solamente algunas tribus adoptaron, como resultado imprevisto de sus desplazamientos o por su contacto con los misioneros, el islam o el cristianismo, casi siempre en su vertiente nestoriana, budista o incluso judaica. En cualquier caso, sus soberanos mostraron una absoluta tolerancia religiosa: «Todas esas religiones son como los dedos de una sola mano», afirmaba uno de ellos. Acogieron gustosamente a los monjes misioneros enviados por Inocencio IV, que prescribía la enseñanza del mongol (o tártaro) en la Universidad de París; más tarde, recibieron también a los de san Luis, que soñaba con establecer una alianza contra los musulmanes. Durante un siglo, el Imperio mongol, hasta Pekín, fue campo de trabajo para las misiones católicas. Algunas veces, los

cristianos llegaron a dirigir o reforzar los ejércitos mongoles en sus expediciones del Iraq o de Siria. En 1258, la toma de Bagdad y la matanza del califa y de su familia, provocaron un vivo entusiasmo entre los cristianos nestorianos y los musulmanes chiitas, que, eximidos del saqueo de la ciudad, recuperaron sus bienes y sus derechos. Más tarde, los *condottieri* italianos prestaron sus servicios al kan mongol de Bagdad. En 1290, un capitán genovés combatió en su nombre la piratería del mar Rojo, mientras que otros armaron dos galeras a fin de atacar a los navíos musulmanes en el golfo Pérsico, interrumpiendo así el tráfico comercial entre Egipto y la India.

La revancha del islam; fragmentación del Imperio mongol

No obstante, medio siglo después de la conquista y brutal destrucción de la capital de los califas, el islam había recuperado ya casi todo el terreno perdido. En Sarai, el kan de la Horda de Oro, Ozbeg (1313-1342), se convirtió al islamismo pese a la oposición de sus allegados; su sucesor, Jani Beg (1342-1357), aseguró el triunfo definitivo del islam. Esta conversión facilitó, asimismo, la aproximación, en las llanuras de la Rusia meridional, entre los mongoles y las tribus turcas allí establecidas con anterioridad. Serían estos pueblos los que, junto con otras tribus aún más dispares (búlgaros y fineses del Volga), formarían la nueva nación tártara, de lengua turca y religión musulmana.

En Persia, los musulmanes obligaron a su príncipe a abandonar el budismo. En 1295, Ghazan abrazó la fe musulmana, convirtiendo a Tabriz, su nueva capital, en un gran centro de propagación de la religión y cultura musulmanas. En Persia, la ocupación mongol consolidó definitivamente el triunfo del chiismo, doctrina casi oficial aún en la actualidad.

¿Qué influjo ejerció esta ocupación en la vida y en las artes del Oriente musulmán? Parece indudable que la civilización de estos nómadas, descrita minuciosa y pintorescamente por misioneros (Plan Carpin, Guillermo de Robrouk) y mercaderes (Marco Po-

lo), no podía enriquecer en mucho la de las prósperas ciudades de Persia o del Iraq. Introdujeron, incluso antes de las invasiones, la afición a las carreras ecuestres y al polo. En sus mezquitas utilizaron un esquema concéntrico, redondo o poligonal, así como el techo cónico que recuerda las tiendas (*yurta*) de los pastores de Asia. De hecho, y especialmente en el caso de Persia, la aportación de los mongoles se limitó al establecimiento de cordiales relaciones con el Extremo Oriente. De ahí se derivaron algunas influencias chinas, particularmente sensibles en las miniaturas: forma de los rostros, elementos de las decoraciones (árboles y rocas, cielos y nubes, flores de loto), técnicas (caligrafía de las plantas, de los pájaros, de los pliegues de los vestidos), el propio tono (uso de colores claros, poco contrastados). La influencia de la pintura de Extremo Oriente resulta aquí obvia.

Sin embargo, debilitado por los conflictos étnicos y religiosos, fragmentado en principados a menudo rivales y gravemente amenazado por las incursiones de otras tribus del Asia central (en especial de los turcos, establecidos entonces en Armenia), el reino mongol de Persia se hundió por completo ante las devastadoras campañas de Tamerlán entre 1380 y 1392. En el otro extremo del Imperio mongol, en China, a partir de 1352 estallaron revueltas en el sur del país. Chu Yuan-Chang, jefe de los insurrectos, conquistó Nankin en 1356, y en 1368 se hizo proclamar emperador en Pekín. Con ello, la dinastía de los Yuan era substituida por la de los Ming. Expulsados los mongoles, Asia se sumía de nuevo en la fragmentación política y la inseguridad.

Bibliografía: R. GROUSSET, *L'Empire mongol* (*Histoire du monde*, CAVAIGNAC, t. III), 1941. J. AUBOYER, *L'Asie mongole* (*Histoire générale des civilisations*, t. III), págs. 313-346. Cl. CAHEN. «L'Islam aux temps mongols», *ibid*., págs. 512-525. B. SPULER, *Les mongols dans l'histoire* (Payot), 1961. E. D. PHILLIPS, *Les nomades de la Steppe* (Ed. Sequoia), 1965-1966.

Textos y documentos: P. PELLIOT, *Le livre des Merveilles du Monde de Marco Polo*, 1959. L. HAMBIS, *Marco Polo, la description du monde*, 1955. G. MARÇAIS, *L'art musulman* (col. «Les neuf Muses»), 1962. L. HAUTECOEUR y G. WIET, *Les mosquées du Caire*, 2

vols., 1932. R. Ettinghausen, *La peinture arabe* (col. Skira), 1961. M. Bussagli, *La peinture de l'Asie centrale*, (col. Skira), 1963.

Capítulo XXVIII

El Oriente musulmán a fines de la Edad Media

Mapa XVIII, frente a pág. 400.

EL IMPERIO MAMELUCO DE EGIPTO

El prestigio de Egipto

Mientras que las conquistas de los príncipes mongoles, muy sensibles a las influencias cristianas o budistas, supusieron un claro retroceso del islam en el Asia central e incluso en Persia y Mesopotamia, los mamelucos de Egipto, tras haber alcanzado el poder al asesinar al sultán ayubí, descendiente de Saladino, se afirmaron como abanderados del islam frente a los infieles. Ellos fueron quienes detuvieron el avance de los mongoles hacia el Mediterráneo, al derrotarles en 1260 al norte de Jerusalén. Por otra parte, expulsaron a los latinos de Asia, de modo que, frente a cristianos y mongoles, fundaron un vasto Imperio de estructura flexible y original que comprendía Egipto, Palestina, Siria y la Pequeña Armenia (esta última, en 1375). Bibars, sultán desde

1260 hasta 1277, fue, sin lugar a dudas, uno de los personajes más importantes de la historia del islam, héroe de epopeyas populares y de una extensa novela de caballerías, la *Sirat Baibars*. Entonces Egipto pasó a ser el depositario de las ciencias teológicas, del derecho y, en suma, de la civilización tradicional del mundo musulmán.

La fuerza del Imperio mameluco procedía fundamentalmente del prestigio religioso de los sultanes que, en el momento del saqueo de Bagdad por los mongoles, tuvieron la habilidad de acoger a un príncipe abasida fugitivo y de proclamarle califa de El Cairo. Carente de un poder político real, este califa, que extendió su autoridad a las ciudades santas de Arabia, legitimó la posición de los mamelucos; en tiempo de querellas sucesorias, de crisis dinásticas y de desórdenes, apareció como un símbolo de estabilidad. Por su parte, los sultanes se proclamaron siempre fieles servidores de Dios, hacían llamamientos a la guerra santa y favorecieron la enseñanza y la expansión del islam. En Egipto, mandaron construir numerosas mezquitas funerarias, para honrar a los héroes y a los santos, y madrasas, abiertas a todos los musulmanes, e incluso a veces a los extranjeros. Estos colegios, así como sus doctores y todos los establecimientos religiosos recibían, por medio de importantes fundaciones piadosas, ingresos considerables llamados *waqf*: impuestos que gravaban las tierras y aldeas de los campesinos y derechos de peaje y de aduanas en las ciudades. Defensores de la ortodoxia sunnita, los sultanes no toleraron ninguna herejía. El Imperio mameluco conoció entonces un período de paz religiosa y el esplendor de Egipto alcanzó a todos los países del islam. Algunos sultanes de la India pidieron su investidura al califa de El Cairo y, en 1280 aproximadamente, los pueblos de Nubia, hasta entonces coptos cristianos, se convirtieron a la fe musulmana.

Los mamelucos

Estos sultanes mamelucos, jefes de una aristocracia guerrera, eran antiguos esclavos (eslavos, caucasianos, mingreses, cherkeses o griegos) comprados en las orillas del mar Negro y llevados a Alejandría en navíos griegos o italianos. Los primeros soberanos (de 1250 a 1382) pertenecían a un clan militar cuyos cuarteles estaban instalados en la isla de Rodah, en el Nilo; se les llamó mamelucos *bahritas* (*bahr* = río). A estos les sucedieron (desde 1382 a 1517) los sultanes *burdjitas*, casi todos ellos de origen caucasiano,

cuyo nombre respondía también a la situación de sus cuarteles (cerca de una torre = *burj*). Los mamelucos formaban una verdadera casta, estrictamente jerarquizada; generalmente, elegían como sultán al primero de sus generales. Estos guerreros, cuyo origen no era homogéneo, se vieron profundamente influidos por los turcos, tanto en Asia como en las llanuras de la Rusia meridional. Llevaron consigo a Egipto las costumbres militares, las estructuras políticas y sociales, e incluso a veces la lengua de los turcos de Asia. De ahí la instauración de una especie de sociedad militar dotada de feudos y tierras. Pero esta dominación no cambió en nada el aparato burocrático de Egipto, donde empleados cristianos y judíos llevaban la administración y recaudaban los impuestos en todas las aldeas del valle del Nilo.

La vida económica: prosperidad y decadencia de Egipto

Bajo el dominio de los mamelucos bahritas, Egipto siguió siendo un país próspero, admirablemente situado entre el océano Índico y el mar Mediterráneo. A partir de 1350, la inseguridad de las rutas mongoles de Asia revirtió en un acrecentamiento de la actividad comercial, especialmente por lo que se refería al tránsito de especias a través de El Cairo y de Alejandría. Entonces, Egipto, desprovisto de una flota propia, acogió gustosamente a los cristianos, concediéndoles privilegios fiscales y permitiéndoles el uso de amplios almacenes, los *fonduks*. El Cairo se enriqueció. Las mezquitas funerarias incluían con frecuencia celdas que, destinadas a los estudiantes, se construían en torno a una torre central porticada (la de Bibars, 1266) e incluso a veces un hospital (el de Kalaum, 1285); en la construcción de las madrasa se desarrolló un arte suntuoso, complejo y original. Este

arte reunió elementos muy dispares tomados de la tradición fatimí, de los monumentos persas y de las iglesias y castillos de los cruzados latinos de Tierra Santa: muros exteriores donde se alternaban las hileras de ladrillo con las de piedra blanca, tambores con ventanas sobre los que descansaban altas cúpulas de estilo persa, ventanales gemelos y grandes pórticos en las fachadas, finos minaretes formados por una base cuadrada y una torre cilíndrica, en los que se abrían balcones en forma de celdillas o alveolos.

En este período, la influencia egipcia se dejó sentir sobre lejanos países, no sólo en Siria sino incluso en el kanato de la Horda de Oro. En Crimea y en las dos ciudades de Saray, artistas y arquitectos egipcios erigieron palacios adornados con mosaicos y frescos, calentados por conducciones interiores a la manera de los baños romanos. También construyeron diques y canales de regadío.

No obstante, a partir de 1420, esta prosperidad empezó a entrar en crisis a consecuencia del avance de los otomanos que arruinó las relaciones con el mar Negro. Por otra parte, el importante auge de la industria textil de los italianos hizo, por estos mismos años, que la balanza comercial se inclinara a favor de estos últimos. Ello produjo una severa disminución de los beneficios, un grave desequilibrio económico y financiero e incluso la alteración de los valores monetarios (los egipcios llegaron a imitar las monedas cristianas). El endurecimiento político frente a los extranjeros y los no musulmanes con que se pretendió paliar la situación, no hizo más que precipitar la decadencia, todavía acentuada, a fines de siglo, por el éxito de los portugueses en la ruta de la India por el cabo de Buena Esperanza y sus progresos en el océano Índico.

TAMERLAN Y LOS TIMURIDAS

Las conquistas de Tamerlán

El hundimiento del Imperio mongol sumió a toda el Asia central en la anarquía, la división y las querellas internas. En realidad, estos pueblos «mongoles», muchos de los cuales se habían convertido al cristianismo nestoriano, se hallaban dominados por una nobleza militar en parte musulmana y fuertemente influida por los turcos. Timur Lenk era uno de estos nobles guerreros (Timur el Cojo o, según sus contemporáneos latinos, Tamerlán), descendiente, según la leyenda, de Gengis Kan. A él se debe la restauración, aunque efímera, del gran imperio de los nómadas. Nacido hacia 1336, cobró celebridad a partir de 1360 aproximadamente, época en que al frente de un poderoso ejército estableció su autoridad sobre toda la Transoxiana, alrededor de su capital, Samarcanda. Entre 1380 y 1385 conquistó las regiones orientales del Irán y lanzó, hasta su muerte, lejanas campañas a través de todos los países del Oriente musulmán. Sus ejércitos asolaron Persia, así como las provincias de la Horda de Oro (donde los enclaves comerciales italianos del mar Negro —Caffa y La Tana— fueron saqueados en 1395), llegando hasta Labore y Delhi en 1398. El imperio de Tamerlán abarcaba entonces desde el Eufrates hasta la llanura del Ganges y desde el golfo Pérsico hasta el mar de Aral. También dirigió otras expediciones más hacia el oeste y en una de ellas infligió una decisiva derrota a los turcos otomanos (Angora, 1402), devastando luego Siria hasta más allá de Damasco.

Sin embargo, la mayoría de las veces estas rápidas campañas no tenían otro objeto que la conquista de botín. A diferencia de Gengis Kan, Tamerlán fue incapaz de integrar sus conquistas y organizar un nuevo Estado.

Los imperios de Asia

Después de su muerte, sus sucesores —los príncipes *timúridas*—, debilitados por el desarrollo de una poderosa feudalidad militar, sucumbieron ante los ataques de los emperadores chinos. Asimismo, muy pronto perdieron toda autoridad efectiva sobre las provincias occidentales, divididas entre dos confederaciones rivales de nómadas turcomanos islamizados: la del *Carnero Negro*, chiita, establecida hacia 1375 en la región de Mosul, y que en 1410 dominaría Bagdad, y la del *Carnero Blanco*, sunnita, instalada en torno a 1400 más hacia el oeste, en las tierras de Edessa, Sivas y Diyarbekir, en los confines de las provincias otomanas.

Mientras, en las montañas de Azerbaidján, los *sufí*, místicos chiitas, reunieron numerosos partidarios entre los turcomanos y los kurdos. Estas órdenes religiosas ejercieron siempre una poderosa autoridad política. Con ello, fue consolidándose lentamente una dinastía monacal de *sufi*, los *sefévidas*, que organizó un nuevo Estado persa en torno a su santuario de Ardabil, en las proximidades del mar Caspio. En 1501, después de varias victorias militares, su jefe Ismail se proclamó rey (Sha). Este reino sefévida consagró definitivamente la ruptura entre Persia y los demás países musulmanes. De religión estrictamente chiita (sus soberanos eran, para los occidentales, los *Grandes Sufíes*), su expansión se limitó a las provincias iranias.

La civilización de Samarcanda

Los efímeros imperios surgidos de las campañas de Tamerlán, pese a su debilidad, conservaron durante largo tiempo una civilización rica en aportaciones extranjeras de todo tipo. Tamerlán, iletrado y sin gran interés por la cultura, construyó un soberbio palacio en su ciudad natal, Kech, y ornamentó Samarcanda con impresionantes monumentos: la mezquita de Chakni-Zinda, el mausoleo de Gour-Emir, que albergaba su propia tumba y la de otros varios príncipes timúridas. Sus sucesores atrajeron a su corte poetas y miniaturistas, sabios y músicos. El mismo Ouloug-Beg fue un famoso astrónomo y matemático. A su vez, Samarcanda ornó su gran plaza monumental, el *Reghistan*, zona de ostentación y de juego para los caballeros, rodeada de madrasas y mezquitas; más adelante, podían verse copias de esta magnífica plaza

rectangular en las capitales del Asia central y del Irán. En Bakú, los *sha* de Chirván dotaron también a su capital de magníficos palacios con innumerables habitaciones bajas cubiertas con cúpulas, baños públicos, mezquitas con inmensas salas centrales y un mausoleo principesco de techo piramidal; en el siglo XV, Herat poseía la escuela más famosa de pintores persas.

Este arte debía poco al de Extremo Oriente. Los artistas procedían fundamentalmente de las ciudades de Persia. La influencia del arte iranio queda bien de manifiesto en el uso de cúpulas sobre altos tambores, los alveolos en celdillas de abeja (*mokarna*) de los pórticos de entrada, las cinceladuras de piedra, la suntuosa decoración en cerámica vidriada o la ornamentación floral estilizada y convencional; más tarde, en los monumentos de los sefévidas, se copiaron varios de estos elementos.

EL NUEVO IMPERIO: LOS OTOMANOS

La primera conquista

Comparada con las empresas de los primeros invasores procedentes de Asia y con las de los mongoles, la conquista otomana presentó una clara originalidad. Ciertamente, se trató de la aparición de un nuevo imperio, sólidamente construido, apoyado en una consistente base social, y enriquecido constantemente por la llegada de nuevas olas. No se trataba de sublevaciones de mercenarios, de emires a sueldo del califa o de rápidas incursiones de caballeros nómadas; esta conquista fue una lenta progresión (duró más de ciento cincuenta años), jalonada por clamoro-

sas victorias, pero fundamentalmente caracterizada por una verdadera colonización y un ordenamiento administrativo, militar, económico e incluso religioso que aseguraba un dominio total sobre los pueblos sometidos, y aun sobre los propios conquistadores.

El hundimiento de los reinos mongoles había dejado Anatolia dividida en un gran número de principados dominados por guerreros turcos, con frecuencia establecidos allí desde hacía ya varias generaciones y agrupados en clanes que ostentaban el nombre de un antepasado común bajo la autoridad de un *emir*. Estos turcos dominaban fácilmente a los campesinos cristianos o musulmanes merced a numerosos establecimientos militares y especialmente a los *ribat*, conventos fortificados servidos por guarniciones de combatientes de la fe, los *ghazi*. Algunos de estos *emires* turcos se habían hecho fuertes en las grandes ciudades mercantiles de las mesetas centrales (en Konia o en Sivas, por ejemplo); otros, mantenían una lucha incierta en las fronteras del mundo cristiano, a veces como mercenarios de los ejércitos bizantinos. Otros aún, se instalaron en nidos de piratas de la costa, protegidos por inexpugnables fortalezas, y construyeron embarcaciones ligeras en arsenales labrados en el acantilado. Desde allí, sostuvieron en todo el Egeo una rentable guerra de rapiña, acosando a los navíos cristianos que se aventuraban entre las islas sin protección y saqueando las aldeas de pescadores, de donde regresaban con esclavos. Los turcos de Alanya, en Cilicia, y de Mentecheh, en Jonia, lucharon durante casi dos siglos contra los corsarios cristianos de Chíos y Samos, en especial contra los Gattilusio, príncipes corsarios de Mitilene, así como contra los caballeros de la isla de Rodas, los hospitalarios de San Juan, quienes mantenían una estrecha vigilancia sobre los caminos de Tierra Santa y que en varias ocasiones intentaron bloquear las costas musulmanas. Esta guerra corsaria proporcionó a los turcos sus primeras flotas de galeras, así como experiencia marítima; asimismo, anunció, con mucha anticipación pero con las mismas formas, las empresas de los piratas berberiscos de Argelia.

Uno de estos minúsculos principados, el de los otomanos —por el nombre de su primer jefe célebre, Osman u Othman—, inicialmente establecido en el pequeño valle de Sakaraya, al noroeste de Anatolia, había conquistado sólidas posiciones fortificadas en una región antaño vital para el Imperio bizantino. Sus príncipes se apoderaron de Nicea y de Brusa, plazas estratégicas y encrucijadas comerciales, en la última de las cuales instalaron su capital en 1326. Desde ellas, podían controlar los itinerarios que conducían a Constantinopla. Hacia 1350, sus tropas franquearon los Dardanelos y penetraron en Europa, si bien al servicio del emperador bizantino.

Desde entonces, la expansión otomana no sólo se desarrolló en Asia —donde, tras anexionarse varios emiratos turcos cercanos, extendieron su dominio hasta las proximidades de Ankara, después de medio siglo de duros esfuerzos— sino también, y principalmente, en los Balcanes, donde avanzó de modo espectacular. Así, el primer Imperio otomano fue esencialmente balcánico, siendo edificado a expensas de los eslavos. En 1366, el sultán Murad I trasladó su capital desde Brusa a Adrianópolis, que había sido una de las primeras ciudades conquistadas.

El rápido avance de los turcos en los Balcanes se explica por el estado de división y de anarquía en que se hallaban las provincias bizantinas y los reinos eslavos: rebeliones de los gobernadores, guerras entre los jefes servios, malestar social en los campos y en las ciudades, malestar agudizado por el recuerdo de las luchas religiosas y las persecuciones contra los herejes, los bogomilos en especial. Estas querellas religiosas habían debilitado tanto al Imperio bizantino como a los reinos cristianos de los Balcanes, que fueron por ello incapaces de oponer una resistencia organizada al avance turco. Por otra parte, este avance fue a menudo deseado, o al menos aceptado de buen grado, por la población. Resulta significativo constatar que la conquista se limitó, inicialmente, a las provincias sometidas a la iglesia de Bizancio. Hay que decir, por último, que la invasión otomana había estado preparada por el establecimiento, desde siglos antes, de numerosas tribus de origen asiático, turcomano, vecinas a veces de los propios otomanos; cierto es que estas tribus se habían convertido al cristianismo, pero también lo es que se opusieron siempre a griegos y eslavos. Tal ocurrió en Rhodopea y en Dobrudja, cerca del Danubio o del Vardar. Al parecer, en numerosos casos los bogomilos no fueron sino turcos convertidos deseosos de preservar su particularismo frente a la Iglesia de Constantinopla. Además, importantes colonias turcas se habían instalado en Bulgaria, lo cual favoreció indudablemente las empresas de los otomanos.

En 1389, los turcos consiguieron una importante victoria frente a los príncipes servios en la llanura de Klosovo, al suroeste de Nis. En 1396, Bayaceto I se enfrentó a un ejército de cruzados cristianos, formado por caballeros húngaros y franceses bajo el mando de Segismundo de Hungría y el príncipe Juan, hijo del duque de Borgoña. El resultado fue la terrible derrota cristiana de Nicópolis, en la orilla sur del Danubio (22 de septiembre de 1396). Bayaceto hizo ejecutar a millares de prisioneros. Poco después se dirigió contra Constantinopla, que sólo sería puesta a salvo merced a la intervención de una flota italiana dirigida por un francés, el mariscal de Boucicault, entonces gobernador de Génova.

Sin embargo, el avance de Tamerlán y su victoria en Angora (= Ankara) contra los turcos en 1402 —donde el propio Bayaceto fue hecho prisionero—, detuvieron la expansión del Imperio otomano durante más de veinte años. Anatolia se fragmentó de nuevo en varios emiratos independientes.

La segunda conquista; la caída de Constantinopla

Mohamed I reconstruyó el Imperio en Asia, extendiéndolo incluso más hacia el este y organizándolo sólidamente en torno a Brusa, la ciudad santa de la dinastía. Por su parte, Murad II (1421-1451) reanudó la conquista de los Balcanes pese a la oposición enérgica, y a veces desesperada, del rey húngaro Juan Hunyadi y, al oeste, de los habitantes de las montañas albanesas dirigidos por un jefe que adquiriría fama legendaria: Skandersbeg. Inicialmente vencido frente a las murallas de Belgrado (1440) y en Transilvania (en Silistria, 1442), el sultán obtuvo más adelante dos decisivas victorias contra los húngaros: en Varba (1444) y en Kosovo (1448). Al mismo tiempo, impuso su autoridad al déspota de Mistra, en el Peloponeso.

En 1453, su hijo Mohamed II (1451-1481) inició el asedio de Constantinopla, uno de los últimos bastiones del Imperio. Al parecer, la cristiandad subestimó el peligro: la ciudad había rechazado en tantas ocasiones a lo largo de su historia los ataques de

los bárbaros, persas y árabes que parecía inexpugnable. Los propios turcos habían fracasado ya en dos anteriores intentos. Por otra parte, el aislamiento político de los griegos se explica fácilmente por la hostilidad existente durante ya más de cuatro siglos entre los cristianos de Oriente y los de Occidente, que se despreciaban mutuamente. Se mantenía aún muy vivo el recuerdo de la toma de Constantinopla por los latinos, en 1204. Las tentativas de unión de las dos iglesias en los concilios de Florencia (1439) y Roma (1443) se saldaron con sendos fracasos. Enfrentándose incluso al emperador, el pueblo de la capital rechazó toda aproximación a los latinos, afirmando que eran preferibles los turcos a los francos. Con todo, la ayuda occidental tuvo su importancia: la infortunada cruzada de Nicópolis, la flota armada en el Mediterráneo por el duque de Borgoña y, en los últimos días, los cuatro enormes navíos italianos que, por sí solos, impusieron respeto a las galeras turcas e impidieron el asalto durante un buen período. El éxito final de los turcos se basó en su poderosa artillería, arma nueva y algo desconcertante, y a la estratagema que les permitió hacer llegar una parte de sus galeras al Cuerno de Oro, arrastrándolas sobre planchas a través de tierra firme. Sorprendida por la retaguardia y atacada por todas partes, la ciudad fue tomada el 29 de mayo de 1453, siendo saqueada posteriormente durante ocho días.

La caída de Constantinopla produjo una honda conmoción en Occidente. No obstante, la reacción efectiva fue escasa. A pesar del apremiante llamamiento del papa Pío II, tan sólo los venecianos y los genoveses libraron una interminable guerra con los turcos en defensa de sus enclaves mercantiles en el mar Negro y el Egeo. Lo máximo que hicieron los cristianos fue preocuparse de defender Italia y las tierras cristianas. La expansión de los turcos no cesó: Trebisonda cayó en 1461; Albania fue sometida en 1468; pese a la intervención de la poderosa casa de San Giorgio, cuyos navíos siguieron cruzando los Dardanelos durante varios años, Caffa, la última plaza fuerte del mar Negro, se rindió en 1475. Derrotada Venecia, los turcos llegaron hasta el Adriático, lanzaron en 1480 una audaz incursión contra Otranto. También en Oriente se consolidó su imperio. El príncipe turcomano de los Carneros Blancos, vencedor de los Carneros Negros en 1466 y aliado temporal de los venecianos contra el sultán, fue derrotado severamente en los años 1472 y 1473, teniendo que aceptar la soberanía otomana. Poco después, Selim I (1512-1520), llamado Solimán el Magnífico, ocupó Me-

sopotamia y buena parte de Persia tras vencer a los persas sefévidas en Chaldirán (1514). Fue entonces, al parecer, cuando el sultán tomó el título de califa de los creyentes e incrementó su prestigio al apoderarse de Siria, Palestina, Arabia occidental y las ciudades santas del islam. Egipto sería conquistada poco más tarde sin dificultades. Tan sólo la Persia chiita resistió, preservando su independencia en el momento en que los ejércitos turcos de los Balcanes amenazaban Viena y sus corsarios se instalaban en los puertos del Mogreb.


MAPA
XVIII
La formación del Imperio turco
Danubio
Viena
Tisza
Dniéster
Dniéper
Don
La Tana
Buda
Pest
Graz
HUNGRIA
MOLDAVIA
MAR DE AZOV
Kerch
Kuban
Venecia
Trieste
Moncastro
CROACIA
TRANSILVANIA
Caffa
Save
Kersón
BOSNIA
VALAQUIA
Belgrado
Silistric
DOBRUDJA
GEORGIA
Zara
SERVIA
MAR NEGRO
Nis
Nicópolis
Varna
Tirnovo
Sinope
Kosovo
Sofia
Trebisonda
Ragusa
Amastris
Maritsa
Adrianópolis
Samsun
ARMENIA
Durazzo
Constantinopla
ALBANIA
RHODOPEA
Amasya
Vardar
Galata
Salónica
Nicea
Sakaraya
Ankara
Sivas
Otranto
Brussa
Janina
Diyarbekir
Lago Salado
Karahissar
Kaisarieh
LESBOS
CORFU
Focea
Tigris
EUBEA
CHIOS
ANATOLIA
Meandro
Esmirna
Konya
Edessa
SAMOS
Nauplia
Atenas
Mentecheh
Tarso
PEQUENA ARMENIA
Aleppo
Alanya
CILICIA
Mistra
Antioquia
Eufrates
SIRIA
RODAS
Candia
CRETA
CHIPRE
Damasco
MAR MEDITERRANEO
PALESTINA
0
200 km

Todos estos éxitos, espectaculares pese a su lentitud, se explican por una estricta organización administrativa y militar capaz de limar las discordias existentes entre los musulmanes y, con frecuencia, de asociar los pueblos conquistados al gobierno del Imperio o a las nuevas empresas guerreras. Incluso hay historiadores que sostienen que, a diferencia de los bizantinos, los eslavos o los búlgaros, los otomanos poseían un agudo sentido del interés nacional (Cl. Cahen).

En los primeros tiempos de la conquista, los turcos de Anatolia siguieron siendo un pueblo nómada o seminómada: tan sólo en el distrito del alto valle del Meandro había aún 200 000 tiendas, y 30 000 al norte de Ankara. Estos caballeros se agrupaban en tribus o clanes familiares. Estos guerreros estaban capitaneados por los *ghazi*, combatientes voluntarios del islam que en sus *ribat* fronterizos formaban órdenes de caballería militar y encuadraban, al principio de las conquistas, los ejércitos otomanos. Los ghazi y sus hombres sufrieron la influencia de los *sufíes* orientales, de los iranios en especial. Estos derviches, que seguían fieles a sus tradiciones místicas y chiitas, convirtieron a los nómadas turcos a la religión musulmana. Posteriormente les siguieron a Anatolia y pronto dominaron toda la vida religiosa de los emiratos, formando algo así «como un islam de segundo orden». Muy arraigados entre la población rural, construyeron conventos en tierras deshabitadas, las roturaron y colonizaron. Recientemente, la obra de estas órdenes religiosas populares, como la de los bektachi, ha sido comparada, desde el punto de vista eco-

nómico y social, con la de las órdenes occidentales, especialmente con la de los cistercienses (Ö.-L. Barkan).

El tesón de los *ghazi* les otorgó un indudable prestigio, así como un intenso deseo de independencia que, en tiempos de paz y de botines escasos, se expresó en forma de rechazo de impuestos e incluso de graves rebeliones. Para ello se apoyaron, en tiempos de Mohamed I, en las empobrecidas masas rurales, en los cristianos y en los chiitas, y en todas las minorías. Sus jefes predicaban doctrinas comunitarias y defendían la institución de repúblicas igualitarias, amenazando seriamente la autoridad política y militar del sultán.

Los sultanes afrontaron esta amenaza organizando sólidos ejércitos y una administración centralizada. En primer lugar, una guardia personal y, luego, un nuevo ejército (*yenitsheri* = *jenízaros*) formado por infantes directamente reclutados, pagados y mantenidos por el soberano. Este ejército permanente de jenízaros estaba estrechamente ligado al palacio del sultán: sus principales oficiales ostentaban un título doméstico, que a menudo correspondía a un cargo de la cocina, y celebraban sus reuniones alrededor de una marmita. Desde los años 1400-1410, los turcos acogieron a numerosos artesanos huidos de Hungría o de Alemania, donde habían adquirido gran maestría en el arte de fundir y armar grandes cañones; fue entonces cuando su artillería jugó un papel decisivo en la guerra de asedio e incluso en las batallas a campo abierto. En cuanto a los *spahi*, caballeros rivales de los *ghazi*, cierto es que recibieron el *timar* —derecho de percibir los impuestos de determinadas tierras o aldeas—, pero estas concesiones, limitadas y estrechamente controladas, no permitían mantener más que unos pocos hombres.

La reordenación del ejército no excluyó el recurso a la Guerra Santa. Por el contrario, tanto sultanes como generales aparecían ante todo como jefes religiosos, adornados por virtudes y méritos contraídos tras largas oraciones y duras privaciones. Los jení-

zaros estuvieron siempre dirigidos por derviches, en particular de la orden de los bektachi, siendo considerados como un cuerpo de combatientes místicos, «verdaderos templarios del islam» (Cl. Cahen). Al igual que en la época de los seldjúcidas, los sultanes controlaban todas las formas de vida religiosa, llegando a imponer una especie de Iglesia de Estado. En todas partes construyeron nuevas mezquitas y —aún en mayor número— madrasas, escuelas de teología generosamente dotadas con dominios territoriales —*waqf*— para el mantenimiento de su personal. Toleraron e incluso estimularon a los derviches y las órdenes religiosas, pero no consintieron las herejías ni la existencia de fuertes comunidades independientes. De hecho, bajo los otomanos, las distintas tendencias del islam, hasta entonces hostiles entre sí, se reunificaron para un mejor servicio del sultán y de la Guerra Santa.

La burocracia palaciega controlaba la administración provincial y la de las nuevas circunscripciones territoriales, los *vilayet* y los *sanssak*. Los gobernadores y capitanes —*pacha*— dependían estrechamente de la capital. El más influyente de ellos ejercía las funciones de visir, pero este cargo fue a menudo ocupado por el hijo mayor del sultán. Poco a poco, todos estos cargos fueron escapando al dominio de las grandes familias de la aristocracia guerrera, siendo confiados a humildes funcionarios, servidores o esclavos del sultán. El sultán elegía a sus principales oficiales y consejeros entre sus allegados. El propio heredero solía ser hijo de una de las esclavas del harén, frecuentemente compradas en Georgia, pues el sultán no tenía esposa legítima.

De hecho, desde las primeras conquistas en los Balcanes, los jenízaros y servidores de la administración eran esclavos de origen griego, búlgaro o eslavo que habían sido hechos prisioneros en la guerra, o comprados en los mercados o substraídos de niños a sus familias. La «leva de niños», *devchirmeh*, realizada de forma sistemática en todos los países conquistados, favoreció la participación de los pueblos sometidos en el gobierno del nuevo Imperio. Más adelante, esta práctica provocaría la legitima indignación de los cronistas e historiadores. Sin embargo, todo parece indicar que las razzias y la venta de niños eran prácticas muy ex-

tendidas en los Balcanes y en todas las orillas del mar Negro mucho antes de la llegada de los turcos.

El poder del Imperio se basaba también en una sólida prosperidad económica. Cada año los turcos organizaban imponentes caravanas que transportaban, desde La Meca, especias de la India, seda, sederías y perlas de Persia. Asimismo, el sultán obtenía importantes ingresos de las aduanas marítimas y terrestres, así como del arrendamiento de las minas de alumbre de Focea y Karahissar que, hasta 1453, abastecieron a todo el mundo occidental. Anatolia proporcionaba la mayor parte de los cargamentos genoveses en el Levante mediterráneo: alumbre, madera y alquitrán, fruta, seda cruda, polvo de cochinilla y agalla, tapices, vajillas de cobre, etc. Su algodón competía con el de Egipto. Adrianópolis acogía a mercaderes de toda la Europa central y oriental: húngaros, polacos, servios, valacos y rusos. Brusa se convirtió en la principal encrucijada comercial de Oriente, ligada no ya a Constantinopla, sino al suburbio genovés de Pera. Había en ella amplios almacenes caravaneros, recintos para los viajeros y empleados italianos, artesanos expertos en el trabajo de la seda y de la cerámica. Metrópoli rica y brillante, al tiempo que ciudad santa, su prestigio se afianzó con nuevos y espléndidos monumentos: las mezquitas y mausoleos de los primeros sultanes, por ejemplo, todos ellos decorados con sorprendentes placas esmaltadas de vivos colores. Tal es el caso de la mezquita de Mohamed I, conocida como la *mezquita verde*, de gran sala central cubierta por una amplia cúpula. El arte de Brusa, frecuentemente inspirado en el de Tabriz, simboliza perfectamente el ascenso del nuevo Imperio. Su estilo se extendió por todo el Imperio hasta fines de siglo, incluido Estambul, la antigua Constantinopla, donde en 1466 se abrió la mezquita de Murad Pacha, y en 1497, la de Alí Pacha.

Bibliografía: G. WIET, «L'Egypte arabe» (*Histoire de l'Egipte*, de G. HANOTAUX). Cl. CAHEN, «La formation de la puissance ottomane» (*Histoire générale des civilisations*, t. III), págs. 512-547. F. BABINGER, *Mahomet II le Conquérant et son temps* (Payot), 1954.

Textos y documentos: IBN IYÂS, *Journal d'un bourgeois du Caire*, trad. por G. Wiet, 1955. G. MARÇAIS, *L'art de l'Islam*, págs. 110-125, 1946. L. HAUTECOEUR y G. WIET, *Les mosquées du Caire*, 2 vols., 1932. B. GRAY, *La peinture persane* (col. Skira), 1961.

CAPÍTULO XXIX

La expansión musulmana en la India y en el océano Índico

MAPAS: XIX y XX, frente a pág. 408.

Ya en la Edad Media, el mundo islámico desbordó ampliamente los marcos tradicionales de los imperios romano, parto o bizantino. Pero, más allá de estos límites, la expansión musulmana parece vinculada tanto a las relaciones mercantiles y al afán misionero como a la inmigración y a la conquista militar. Con todo, la decisiva islamización de la India estuvo protagonizada más por pueblos asiáticos convertidos a la fe musulmana que por los propios árabes.

LA INDIA MUSULMANA

La conquista

Ya antes del islam, los países de Omán y Bahrein eran famosos por sus pescadores de perlas, sus pilotos y sus piratas. Ya entonces los navíos árabes frecuentaban los puertos de la India y un geógrafo calificaba a Sohar, la antigua capital de Omán, como «la puerta de China». La unificación política y religiosa de Arabia realizada por el islam, así como la prosperidad de las ciudades y puertos del Iraq (Siraf, Basora, Bagdad, Samarra) dieron un fuerte impulso a estas actividades marítimas de los pueblos de la Arabia meridional o del litoral del golfo Pérsico (Mascate, por ejemplo, emplazada sobre la antigua Sohar, a la entrada del mar de Omán). Sus mercaderes fundaron activos centros comerciales en las costas de las provincias meridionales del Irán, y más adelante en las de la India, en especial a lo largo de las costas malabares: Cranganore, Calicut, Quilón. Poco después llegarían a Ceilán. Desde 640 aproximadamente, expediciones corsarias obtenían allí importantes botines. El propio califa de Damasco lanzaría posteriormente auténticas expediciones.

Después de varias tentativas y de algunos reveses, estos aventureros conquistaron el Sind en 712. Esta primera ocupación musulmana quedó restringida a algunas tierras pobres y desérticas. Pese a la implantación de colonias militares, centros comerciales y núcleos de propagación del islam (Mansura, Multan), se vio debilitada por las querellas entre clanes y tribus, por las persecuciones religiosas y por un reclutamiento demasiado amplio de mercenarios extranjeros. Además, esas nuevas colonias se independizaron pronto del califato.

La ocupación militar del norte de la India y el establecimiento de verdaderos Estados musulmanes fue, por el contrario, el resultado de las migraciones de los pueblos del Asia central: turcos, afganos y, más tarde, los mongoles. Continuamente, olas de tribus nómadas, deseosas de tierras y de botines, atravesaban las montañas y saqueaban las ricas llanuras; a ello les movía también su fanático celo de neófitos. Por otra parte, se encontraron con la circunstancia favorable de que los Estados hindúes estaban completamente dispersos y arruinados por los conflictos políticos y religiosos. Los reinos de los Rajputas, que se repartían la región indogangeática, se desgastaban mutuamente en continuas guerras, provocadas por los particularismos provinciales o por las peculiaridades étnicas o lingüísticas; estas guerras ponían también de manifiesto rivalidades económicas. Otro motivo de debi-

litamiento de esos principados fueron las querellas religiosas. Los soberanos favorecían el hinduismo: los brahmanes crearon verdaderas escuelas de misioneros y, desde entonces, persiguieron a los budistas, destruyendo sus monasterios e imponiendo el respeto por las castas. Por último, desde el punto de vista militar, las conquistas musulmanas, que supusieron una gran dificultad y se vieron retrasadas por largos asedios y tal vez por graves derrotas, consagraron la victoria de todo un pueblo de caballeros nómadas, perfectamente armados, sobre una casta de guerreros mucho menos numerosa; estos últimos, sin ningún apoyo exterior, no contaban más que con sus armas ancestrales y las cargas, en otro tiempo invencibles, de sus elefantes de guerra.

Las campañas más brillantes estuvieron dirigidas por los sultanes ghaznavíes, antiguos jefes de tribus mercenarias turcas que ya habían fundado en torno a Ghazna un inmenso imperio, incluyendo el Jorasán y las provincias orientales del Irán. Mahmud y los caballeros turcos lanzaron varias incursiones contra las fortalezas fronterizas y, entre 1010 y 1026, conquistaron todo el Afganistán y el valle del Indo. Saquearon los templos (y en particular el de Sommath, protegido por un ejército de monjes) y volvieron a sus tierras con enormes botines que despertaron la admiración de los cronistas: montañas de oro, de plata, de perlas y de piedras preciosas. No obstante, aunque Mahmud alcanzó las tierras del curso medio del Ganges, sus sucesores tuvieron que abandonar este territorio (entre 1140 y 1152) y, poco a poco, perdieron el control de las provincias hindúes.

A los turcos les sucedieron otros nómadas conquistadores, dirigidos por la tribu guerrera de los ghoridas, originaria del valle afgano de Ghor. Su jefe, Mohamet, conquistó para el islam las tierras más orientales, sometiendo a los pueblos de la llanura hasta la ciudad de Doab (en los valles del curso medio del Ganges y de sus afluentes) y hasta Bengala. Hacia 1200 aproximadamente,

instaló su capital en Delhi y fundó un poderoso sultanato musulmán, dominador de todo el norte de la India.

Los problemas de los sultanatos

Al principio reinaron en Delhi los príncipes mamelucos, descendientes de mercenarios, antiguos esclavos del Asia central: de ahí el nombre de *dinastía de los esclavos*. A continuación, reinaron sultanes de origen turco, siendo Mohamet-ibn-Tugluq (1325-1351) el soberano de más prestigio de la India medieval. En esta época la ocupación musulmana se extendió hacia el sur, hasta Dekkan. Mohamet-ibn-Tugluq se mostró muy interesado en este movimiento de expansión y fundó en Daulatabad, a 700 km al sur de Delhi, una nueva capital donde estableció por la fuerza a comerciantes, artesanos y funcionarios arrancados de las ciudades del norte. La experiencia concluyó con un lamentable fracaso.

Sin embargo, el sultanato de Delhi iba languideciendo y pronto se desmoronó. Los príncipes encontraron la oposición de los hindúes. Durante mucho tiempo esta resistencia, esporádica y efímera, se limitó a algunos arranques desesperados como los motines anárquicos de Doab, pero, en este momento, la oposición encontró en el sur un sólido punto de apoyo: el poderoso reino hindú de Viljayanagar, formado hacia 1336. Los musulmanes temían especialmente las incesantes incursiones de los demás nómadas del Asia y se veían obligados a mantener una guardia permanente en los caminos que unían a este país con el Afganistán. En 1397, Tamerlán condujo un poderoso ejército hasta Delhi, ciudad que fue tomada y saqueada al año siguiente; fue ésta una incursión rápida y devastadora, que dejó a las ciudades de la llanura exangües y arruinadas. Con esta invasión, la desmembración política de la India musulmana, anunciada ya por las sublevaciones de los gobernantes, se acentuó mucho más. Hacia 1440, el sultanato de Delhi, en manos de una nueva dinastía afgana, se reducía a las tierras próximas a la ciudad. Este estado de anarquía se prolongó hasta la llegada de un gran ejército mongol (1519) y la fundación, algunos años más tarde, del gran Imperio mongol, o *mhogol*.

LOS MUSULMANES DE LA INDIA

La colonización

A pesar de la conquista, dominación y administración de los musulmanes, la India rehusó la religión y la cultura de los vencedores y conservó sus cultos, su lengua y su civilización originales. Este rechazo, bastante excepcional en la historia de las conquistas árabes y musulmanas, se debió, sin duda, a circunstancias muy complejas.

En primer lugar, cabe destacar la brutalidad de la conquista. Fue una sucesión ininterrumpida de acciones de larga duración, retrasadas con frecuencia por la encarnizada resistencia de los habitantes: sangrientas matanzas, suicidios colectivos de millares de sacerdotes, monjes, nobles y mujeres… La destrucción de templos y el saqueo de los santuarios hicieron de las campañas musulmanas vastas expediciones de pillaje. Durante los primeros tiempos, por lo menos, se instauró un rígido clima de intolerancia.

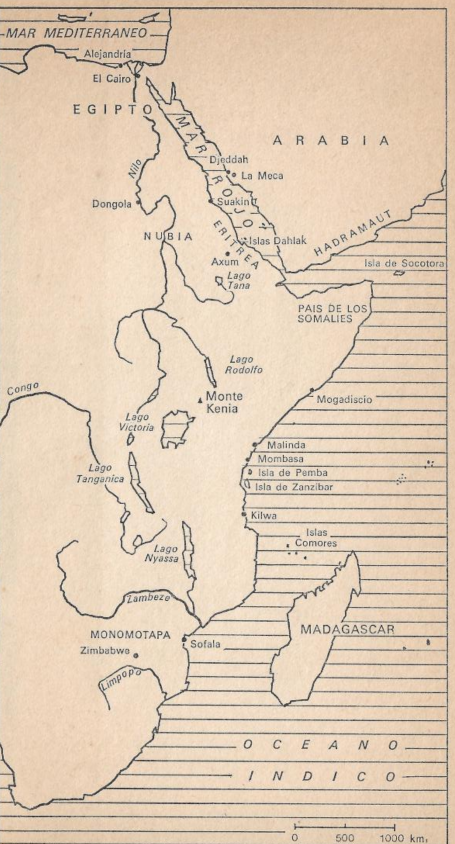
Los musulmanes eran perfectamente conscientes de haber descubierto una civilización más brillante y refinada que la suya. Describieron con gran entusiasmo los monumentos, templos y palacios de las ciudades sometidas; regresaron a Bagdad acompañados de numerosos artistas, médicos, sabios y filósofos. Sus estudiantes acudieron a la India para conocer la ciencia de los brahmanes y de los monjes budistas. No obstante, su celo religioso les hizo mantener una viva hostilidad hacia la religión hindú y una estricta discriminación entre fieles e infieles. En el plano financiero, por ejemplo, los indígenas tenían que pagar un impuesto sobre las tierras que podía suponer un cuarto, e incluso

dos quintos, de sus cosechas; asimismo, debían satisfacer una capitación y frecuentes impuestos arbitrarios. Los habitantes de Doab, por ejemplo, tuvieron que entregar hasta el 50% de los ingresos obtenidos de sus tierras y rebaños. De este modo, algunas tribus se vieron reducidas a la miseria y a una especie de esclavitud doméstica. Bajo la ocupación musulmana, la esclavitud aumentó en proporciones considerables. Esta discriminación se tradujo también en medidas vejatorias de todo tipo: prohibición de montar a caballo y de poseer armas, de vestir determinadas prendas, etc. El celo intempestivo de los doctores y teólogos, los *ulema*, muy influyentes en los medios allegados al soberano, provocó incluso persecuciones religiosas.

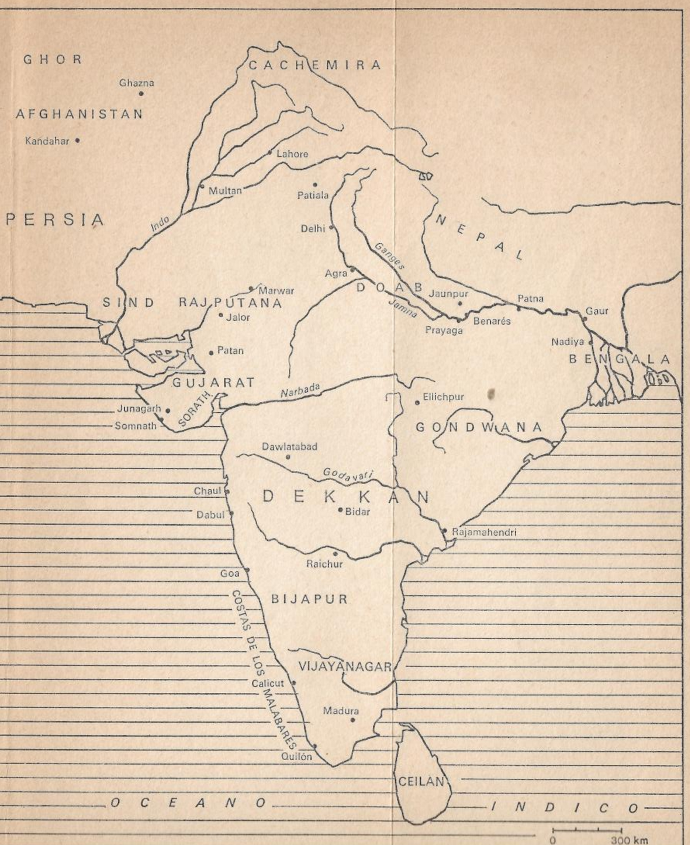
Los musulmanes formaban una clase particular, esencialmente militar. Durante la conquista, los guerreros habían recibido ciertos derechos —*iqta*— por los que podían percibir impuestos de los campesinos o de peajes. Otros, en especial los mercenarios, recibieron tierras confiscadas a los indígenas.

El peso de los impuestos provocó graves rebeliones duramente reprimidas por el ejército real, matando a campesinos y quemando sus casas. En la región de Doab, rica y densamente poblada, el bandolerismo endémico subrayaba la gravedad del malestar social y las dificultades económicas del campesinado. Pese a la dureza de la represión y al establecimiento de puestos de vigilancia en los caminos, los bandoleros, que se refugiaban en sólidas plazas fuertes prácticamente invulnerables, siguieron asaltando a los mercaderes en todas partes y atacando aldeas, incluso junto a las murallas de Delhi. Para evitar toda sorpresa, llegó a ser preciso cerrar las puertas de la ciudad durante las oraciones diurnas.

MAPA XIX — La expansión musulmana en Africa oriental



La India musulmana — MAPA XX



La vida espiritual y artística

En general, la India se mantuvo fiel a sus religiones. Pese a las considerables ventajas que, desde el punto de vista social y fiscal, implicaban las conversiones, éstas fueron muy escasas. Las conversiones forzosas fueron también muy limitadas y frágiles. De todas maneras, los hindúes, incluidos los más islamizados, respetaron siempre sus costumbres ancestrales, manteniéndose la prohibición de segundas nupcias para las viudas y la abstención del consumo de carne de vaca.

A pesar de este rechazo de la religión musulmana y de la discriminación social que comportaba, las dos civilizaciones se enriquecieron con las mutuas aportaciones. La India elaboró una cultura de síntesis, particularmente rica en los sultanatos de las llanuras del norte y del Dekkan. Los soberanos de Delhi, así como sus gobernadores, favorecieron en gran manera la construcción de palacios y mezquitas, hospitales, colegios, monasterios, jardines, imponentes fortalezas e incluso ciudades nuevas. Firuz (1351-1388) fundó varias ciudades, siguiendo la tradición de los sultanes establecidos en los territorios dominados por los musulmanes; es decir, traduciendo así el deseo de afirmar el poder de una nueva dinastía. Entre ellas cabe destacar: Firuzabad (1345), próxima a Delhi; Jaunpur, situada más al este; Fathabad y Tatehabad; un entusiasta biógrafo suyo afirmaba que llegó a ordenar la construcción de más de 800 edificios públicos. A él se debió el trazado de una red de canales de regadío destinada a irrigar los valles de la cuenca del Ganges, y se dice que empleó 50 000 obreros para desviar el curso de los ríos. Más al sur, los sultanes bahmanidas de Dekkan construyeron también ciudades de nueva

planta, rodeadas de gruesas murallas, y levantaron, especialmente en Bijapur, fastuosas mezquitas, colegios y mausoleos.

Este arte musulmán encierra una rica síntesis de las tradiciones propias de esos dos mundos. Algunos sultanes, defensores acérrimos de la ortodoxia musulmana, aconsejados por esclavos de tendencia iconoclasta, intentaron varias veces imponer en la India las concepciones arquitectónicas o decorativas del Asia occidental: macizos pilares de piedra, arcadas de arcos truncados y fachadas de ladrillo. Pero estos intentos no progresaron. Normalmente los soberanos acogían en sus cortes a los arquitectos hindúes y les pedían solamente la adecuación de su arte a las exigencias esenciales del culto islámico. Los artesanos se mantuvieron fieles a sus formas de construcción propias y decoraron los monumentos con motivos ancestrales, como la flor de loto de Bengala. En el Gujarat las mezquitas, tanto en sus formas externas como en su decoración, se inspiraron directamente en los templos hinduistas o jainistas.

La riqueza de la India musulmana

Por último, desde el punto de vista económico, la ocupación musulmana reforzó obviamente los lazos comerciales con Irán, Iraq o Arabia. En ocasiones sucedió que los abusos de una administración negligente o corrompida y los difíciles períodos de agitación social provocaron reacciones draconianas y medidas desafortunadas por parte de los sultanes que pretendían establecer un estricto dirigismo económico: control del tráfico de caravanas y de los precios de las ferias, inscripción de todos los mercaderes en los registros, emisión de monedas de cobre, etc. Sin embargo, la India apareció siempre, ante los ojos de Occidente, como un país fabuloso, de variadas riquezas; sus mercados provocaban la admiración y atraían a los viajeros. En 1406, un comerciante chino describía los campos de Bengala, que producían cada años dos cosechas de arroz, y las ciudades famosas por sus tejidos de algodón, sus pañuelos de seda, sus armas y sus utensilios de acero templado. Los árabes, llegados por los accesos del mar Rojo o del golfo Pérsico, compraban también especias —ca-

nela y gengibre—, plantas aromáticas —almizcle, áloe, ancanfor —, madera de teca, colorantes —índigo y madera de sándalo— y piedras preciosas. Se abastecían en los países del Mediterráneo de coral y plata, y en el Oriente musulmán, de tapices y preciadas telas. La conquista militar y el mantenimiento de una importante caballería (la del sultán de Delhi contaba, en 1371, con 90 000 hombres) suscitó un intenso comercio de caballos. Asociaciones de mercaderes, cada una de las cuales participaba con 200 animales, enviaban manadas de varios millares de caballos desde Irán, Iraq o Turquestán.

Con anterioridad al islam, los comerciantes hindúes de Gujarat habían llegado con sus navíos hasta Insulindia. Muy pronto los árabes seguirían sus pasos: al parecer, sus barcos visitaron por primera vez Cantón en 671. A partir de entonces, y siguiendo el ritmo de los monzones, aseguraron un tráfico regular con China. Numerosos mercaderes árabes se establecieron en Cantón, donde el islam hizo algunos progresos. Sin embargo, su ambición y, en especial, sus tentativas armadas de controlar el puerto y todo el comercio provocaron una fuerte reacción: en 878, los musulmanes residentes en la ciudad fueron aniquilados. Desde entonces, el tráfico se realizó por intermedio de los mercaderes judíos, muy numerosos en todos los puertos chinos.

Más adelante, los musulmanes se establecieron sólidamente en Malasia e Insulindia. Al principio lo hicieron en la parte septentrional de Sumatra y, posteriormente, en las restantes islas, en este caso ganadas al islam no por los misioneros, sino por los mercaderes y marineros. El éxito de la nueva fe se debió, en gran parte, a la buena acogida que le dispensó una aristocracia comercial indígena, deseosa de expresar su hostilidad e independencia frente a la religión real, el hinduismo.

LOS MUSULMANES EN EL ÁFRICA ORIENTAL

En las costas africanas, la expansión musulmana fue a remolque de la del tráfico marítimo y de los mercados, así como de las migraciones de grupos y tribus expulsadas de Arabia o del Irán por las persecuciones religiosas. La debilidad de estos grupos les

impidió formar ningún gran imperio. Tan sólo al norte los egipcios lanzaron algunas expediciones militares contra los cristianos de Nubia y Etiopía, si bien con escaso éxito.

Nubia y Etiopía

En tiempo de Mahoma, al sur de la primera catarata del valle alto del Nilo, se extendían tres reinos nubios, cristianos los tres, evangelizados por misioneros procedentes de Bizancio. Ortodoxos o monofisitas, todos ellos conservaban el griego como lengua litúrgica. Más hacia el este, alrededor de la ciudad santa de Axum, se encontraba el reino cristiano de Etiopía que extendía su dominio sobre todo el mar Rojo y comerciaba con los puertos del Yemen y de Hadramaut. Su Iglesia, monofisita, dependía del patriarca de Alejandría.

Axum acogió a los primeros seguidores de Mahoma cuando éstos fueron expulsados de La Meca, antes de la Hégira (615). Posteriormente, la flota del rey etíope infligió una severa derrota a la del califa Omar (640), mientras que los piratas abisinios lanzaban devastadoras incursiones sobre las costas arábigas, y en una ocasión saquearon Djeddah. No obstante, estos reinos cristianos se vieron debilitados por las invasiones terrestres procedentes del norte. Hacia el año 640, los egipcios atacaron los reinos nubios. Diez años más tarde, asediaron Dongola, capital situada entre la segunda y la tercera catarata del Nilo. Los egipcios impusieron un tratado de paz y exigieron un tributo en esclavos, al tiempo que islamizaban parte de la población. A fines de siglo, bandas de ladrones saquearon las minas de oro de Nubia, apoderándose de un gran botín. En los mismos años, las tribus nómadas de los Beja, parcialmente islamizadas, invadieron el reino de Axum y fundaron varios reinos abisinios entre el alto Nilo y el mar Rojo. Los del norte, cuyos habitantes eran aún paganos en su mayoría, acogieron a numerosos musulmanes egipcios atraídos por las minas de oro y las piedras preciosas. A consecuencia de ello, los etíopes se replegaron hacia el sur, iniciando la colonización de las tierras altas, donde formaron principados vasallos, mientras que Axum, que conservaba el rango de capital, se empobreció.

Fue entonces cuando se instalaron y consolidaron las primeras colonias musulmanas, comerciales y militares. Establecidas alrededor del año 700 en las islas Dahlak y a lo largo de las costas

eritreas, sus pobladores, árabes en su mayoría, fueron durante largo tiempo tributarios de los etíopes del interior. También se establecieron enclaves comerciales más hacia el sur, en las orillas del océano Índico. Todos ellos se enriquecieron con los intercambios con los pueblos nómadas de las mesetas, los danakil y los somalíes, que les proporcionaban esclavos a cambio de tejidos de algodón indio y de sal. La propagación del islam se realizó a lo largo de las rutas de este tráfico terrestre. Hacia el año 1000, los sultanatos musulmanes dominaban toda la costa.

Muy posteriormente, Etiopía experimentaría un nuevo período de poderío político bajo la dinastía indígena de los *Zagüe* (1149-1270) y todavía más tarde, bajo la de los reyes semitas llamados «salomónidas», que afirmaban descender de la unión del rey Salomón con la reina de Saba. Estos últimos favorecieron la reorganización de la Iglesia y estimularon la evangelización de los vecinos pueblos paganos. Asimismo, obtuvieron importantes victorias frente a los ejércitos egipcios que se aventuraban en tierras cristianas e impusieron su soberanía a los sultanes de la costa. A fines de la Edad Media, Etiopía se alzaba victoriosa frente a los musulmanes y hacía avanzar todas sus fronteras.

Enclaves comerciales e imperios mercantiles del África oriental

La expansión musulmana hacia el sur siguió las huellas de los mercaderes árabes que ya antes del islam frecuentaban los puertos del país de los *Zendjs* (= indígenas), la isla que posteriormente recibiría el nombre de Zanzíbar, quizá, hasta Sofala. También antes del islam, algunos grupos yemenitas se habían establecido en la costa oriental de África, en particular en la isla de Sanjo y Kato, al sur de Kilwa. Es posible que fueran ellos quienes intro-

dujeran en el continente africano algunas técnicas de la metalurgia del hierro y del oro.

Sin embargo, tanto la tradición como las crónicas —especialmente la de Kilwa, escrita en torno a 1400, que describe la historia de la principal familia de la ciudad— se refieren preferentemente a grupos de emigrantes árabes expulsados de sus países de origen a causa de querellas familiares o persecuciones religiosas. Tal fue el caso de los principes rebeldes de Omán, llegados con sus adictos al país de los somalíes; o el de los chiitas instalados en la isla de Pemba, al norte de Zanzíbar, hacia 731; o de las tribus de la baja Mesopotamia, frecuentemente piratas, que se refugiaron en la isla de Socotora. La primera emigración de gran alcance fue la de los partidarios de Alí y de su hijo Said (de donde el nombre de *emosaids*). Originarios de las orillas del golfo Pérsico y dirigidos por jefes religiosos, fundaron varios centros comerciales en la costa, entre los cuales el de Mogadiscio muy pronto eclipsaría a los restantes. Hacia 910, las tribus árabes de los Siete hermanos obligaron a los emosaids a refugiarse en el interior. Ya entonces los mercaderes de Mogadiscio frecuentaban el país de Sofala y los mercados del oro.

Alrededor del año 1000, la implantación musulmana en las costas africanas se vería incrementada por la llegada de un príncipe persa de la región de Chiraz, llamado Alí, al que acompañaban todos sus fieles. Alí fundó Kilwa y muchas otras colonias, fortalezas y enclaves comerciales, conquistando posteriormente las tierras e islas próximas. Con ello Kilwa se convirtió, hasta el año 1300 aproximadamente, en el centro de un extenso Imperio que se extendía más allá de Sofala, mientras que por mar alcanzaba hasta las islas Comores. Desde allí el islam penetraría en Madagascar, aunque de forma todavía muy limitada y superficial.

Inicialmente, estos establecimientos musulmanes contaban tan sólo con chozas hechas con ramas. Más adelante se enriquecerían con fortalezas y casas de adobe, así como con palacios rodeados de jardines. El *mihrab* de la mezquita de Kizimkazi, en la isla de Zanzíbar, que data de 1207, es el único vestigio arqueológico de cierta importancia que los primeros tiempos de la ocupación musulmana nos han legado. Sin embargo, en 1332, Ibn Battuta hacía una entusiasta descripción de los monumentos de Kilwa, donde los persas habían introducido el gusto por el lujo, así como sus suntuosas sederías.

Los Estados marítimos musulmanes como Mogadiscio, Kilwa, Malinda, Mombasa, Pemba y Zanzíbar, eran, frecuentemente, Estados corsarios y mercantiles al mismo tiempo. Sus poderosos arsenales, abastecidos por los bosques del interior, les permitieron obtener grandes beneficios del gran tráfico hacia Arabia, el Iraq y, sobre todo, la India. En estos enclaves musulmanes de África, se han encontrado también monedas chinas del siglo VIII. Mucho más tarde, en tiempos de la dinastía Ming (hacia 1400), algunas expediciones chinas alcanzaron repetidas veces estas costas del África oriental. Cabe decir que iban guiadas por un musulmán de Yunán, miembro de la corte imperial y gran maestre de la flota.

Del interior del continente, los mercaderes árabes obtenían recursos inestimables. Abastecían a los bantúes de cereales, carne y pescado seco. Su lengua comercial, el *swaheli*, se hablaba en el mismo corazón del continente, hasta el lejano Congo. A cambio, adquirían productos de caza y de pesca, azúcar de caña de excelente calidad, hierro de las minas de las montañas de Sofala y de las mesetas de Malinda, maderas, fibras textiles para tejer velas y cuerdas, aceites de coco y de palma, ámbar gris, marfil y, sobre todo, oro y esclavos. Las minas de oro más ricas se encontraban en el reino bantú de la actual región de Victoria, en Rhodesia, no lejos de la famosa ciudad de Zimbabwe. Allí se habían instalado, alrededor del año 1000, los bantúes, pueblo negro procedente del oeste. Habían aportado con ellos una nueva cultura, conocida como la de los *constructores*, que substituyó a la antigua cultura de los indígenas de raza blanca, la

de los *mineros*. Posteriormente, los portugueses darían a esta región el nombre de Monomatapa. Estas minas de oro experimentaron durante este período una intensa actividad: aún hoy hay restos de excavaciones separadas por más de 600 kilómetros, teniendo algunos pozos una profundidad de más de 30 metros (W. G. Randles).

En cuanto al lamentable tráfico de esclavos, es evidente que ha marcado durante más de mil años toda la vida de los países negros del África oriental. Ya antes del establecimiento de los enclaves comerciales, los árabes del golfo Pérsico —en especial los de la isla de Keich, en el mar de Omán— lanzaban devastadoras incursiones sobre las lejanas costas del país de los Zendjs a la captura de niños y jóvenes. La expansión musulmana dio un auge considerable a la trata de estos esclavos negros, que eran enviados a todas las provincias del Imperio, desde El Cairo al Irán. Las terribles expediciones de los mercaderes moros de esclavos alimentaban constantemente esta trata. Sus expediciones, que llegaban hasta la región de los Grandes Lagos, atacaban por sorpresa las aldeas de los negros, asesinaban a sus defensores y conducían a los cautivos, encadenados, en largos convoyes hacia las ciudades costeras. Allí, los mercaderes árabes cargaban en sus navíos a hombres y mujeres, amontonándolos sobre dos o tres tarimas superpuestas, entre las que sólo había espacio suficiente para permanecer tendido. El viaje hasta el golfo Pérsico, realizado en condiciones infrahumanas, solía durar cinco o seis semanas: muchos esclavos morían a causa del hambre o de las epidemias durante el mismo viaje. Pero esta trata proporcionaba substanciales beneficios a los árabes. Asimismo, despobló estas provincias africanas, tanto más cuanto que algunas tribus guerreaban entre sí para vender los prisioneros a los mercaderes.

Por el contrario, la acción civilizadora de estos enclaves comerciales sobre el interior parece que fue prácticamente nula.

Bibliografía: I. PRASARD, *L'Inde du VIIe au XVIe siècle,* 1930. A. TOUSSAINT, *Histoire de l'océan Indien*, 1961. R. CORNEVIN, *Histoire de l'Afrique* (Payot), 1962. A. W. MACDONALD, «Inde. La conquête musulmane», en *Histoire universelle*, t. II (*Encyclopédie de la Pléiade*), 1958, págs. 1319-1351. J. LACOUR-GAYET, *Histoire du commerce*, t. III, 1955.

Textos y documentos: J. AUBOYER, *Arts et styles de l'Inde* (Larousse), 1951. Ph. S. RAWSON, *La peinture indienne* (Tisné), 1961. D. BARRET y B. GRAY, *La peinture indienne* (col. Skira), 1963. *La civilisation de l'Inde* (dossier núm. 55.15, Doc. française).

NOTAS

[1] *Fief de haubert*: Feudo que obligaba a su posesor a servir al rey en la guerra, con derecho a llevar cota de mallas. <<

[2] En el original: 1906; probablemente lo correcto sea 1096. [N. del e. d.] <<

[3] *Sauvetés*: Burgo rural de características análogas a las de las ciudades francas o bastidas. Fundadas por iniciativa de los monasterios, servían de refugio a fugitivos y errantes. <<

[4] *Hôtes*: Nombre dado a los que roturaban pequeñas tenencias en un dominio señorial a cambio de ciertos servicios. <<

[5] *Formariage*: Casamiento celebrado con un siervo ajeno al feudo o con una persona de condición distinta a la suya. <<

ÍNDICE